

ANTES DE AHORA ERA NIORA AHORA SERA ANTES, DESPUES

EX LIBRIS

JOSE MARIA SERRET

T 1139481
C



96
Corr





Portrait of the author of the programme of St. Matvey

Paris 1848 J. Grolland



ISABEL

PRIMERA,

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL,

DE

D. Francisco José Orellana.

TOMO TERCERO.

~~~~~  
**ADORNADA CON CINCUENTA LÁMINAS.**  
~~~~~

BARCELONA.

Biblioteca de Ambos Mundos, de Juan Pons, editor,
Calle Ancha, núm. 1.

1867.

SEGUNDA PARTE.



EL REINADO DE LOS HÉROES.

BARCELONA

Imprenta de la Editorial de la Universidad de Barcelona, S. A.

1927

Es propiedad de J. Pons.

BARCELONA.

—
Imprenta Hispana de Vicente Castaños, Asalto, n. 20.

1867.



LIBRO PRIMERO.

LA AURORA DEL NUEVO DIA.



CAPÍTULO PRIMERO.

El hidalgo del solar.

LAS montañas de Asturias gozan el doble privilegio de los aires puros y de los recuerdos de gloria: en sus fértiles valles, cruzados por murmuradores arroyos; en sus hondas cañadas, cubiertas de entretegidos árboles, el cuerpo adquiere robustez y fresca lozanía; mientras sus altas y peñascosas cumbres, solo accesibles á la trepadora cabra montés y al indomable buitres, infunden vigor al espíritu y le inspiran el amor á la independenciam y los pensamientos levantados. Diríase que el génio de Pelayo y de sus héroes invencibles flota en la túnica sutil de azulada neblina que viste los lejanos montes, cuyas séries, como filas de gigantes, van á perderse en las fragosidades de Covadonga, cuna de la libertad española y solar del patriotismo.

Pero no todo era dulce y sublime poesía en aquellas monta-

ñas antiguamente, mas que hoy pobladas de espesas selvas, impenetrables muchas de ellas á los rayos del sol, y en cuyas intrincadas sinuosidades tenian su manida tribus enteras de velludos osos, piaras de jabalíes y manadas de lobos. ¡Ay del viajero extraviado á quien cogiese la noche en aquellos incultos lugares! ¡Ay del que, aun en medio del dia, caminase por aquel océano de vírgenes frondas, sin ir bien provisto de armas ofensivas y defensivas!

Una tarde clara, diáfana del mes de abril cruzaban los linderos de Castilla para entrar en Asturias por el consejo de Léna y no lejos del lugar de la Cortina, una cabalgada de diez personas: la de mas autoridad entre ellas era un caballero de cincuenta años, musculatura de hierro, continente rudo y altanero, conciso en las palabras y pronto en las obras. A su izquierda, cuando la senda y el ramaje de los árboles lo permitian, iba una graciosa doncella, imágen viva de Diana cazadora, en traje del siglo xv, que apenas habia cumplido este número de primaveras: rostro ligeramente aguileño, negros ojos, cutis de nieve y rosa, gesto atrevido, cabellos de azabache recogidos bajo un airoso y leve sombrerillo de grana, del cual pendia y flotaba un sutil velo, formas dulcemente desarrolladas; tales eran las gracias aparentes de esta noble jóven; la cual, montada en un soberbio morcillo andaluz, le manejaba con la intrépida soltura de una amazona.

Detrás de estos señores seguian seis vasallos armados y dos doncellas, todos en sendos caballos, con las maletas á la grupa; y delante á pié caminaba un guia, tomado antes de entrar en las montañas.

A pesar de esta precaucion, nuestros viajeros comenzaban á perder la senda, y el anciano caballero habia proferido ya entre dientes mas de una blasfemia, al tener que desviar su caballo de los troncos que le obstruian el paso.

—¿Sabeis, don villano, dijo por último el caballero al guia, que no me gusta nada este camino? ¿A dónde nos llevas, calla?

—Tranquilícese vuestra señoría, contestó el villano; que Dios

mediante, pronto saldremos á puerto de claridad. Ved allí aquellos montes azules: son los del valle de Guerna, cuyos pasos conozco lo mismo que las calles de mi lugar.

—Pues guía pronto, porque el sol va bajando; y en Dios y en mi ánima que lo has de pasar muy mal, si antes de anochecer no estamos en paraje claro y seguro.

El guía miró de soslayo al caballero, y continuó buscando la borrada senda; pero por mas que tuviese buena voluntad, acerca de lo cual nada dice la crónica, es lo cierto que cada vez se presentaba mas cerrada la espesura, y los viajeros veian crecer los peligros, mas alarmantes á medida que se aproximaba la noche. Temblaba el villano, escuchando el sordo rumor de la tormenta que se iba formando en el ánimo del orgulloso señor, cuya cólera podia estallar al menor incidente que la estimulase. Y con efecto, al doblar una colina donde los rayos del sol poniente llegaban con dificultad, tamizados por el espeso follaje, descubrióse un horizonte negro, alfombrado de robles y pinos, que ponía miedo en el corazón mas animoso, y agolpaba á la memoria los recuerdos de las mas tremendas consejas de bandidos.

—¡Rayos de Dios! exclamó el caballero: ¿se burla de nosotros este bellaco? Sin duda nos conduce á una emboscada de facinerosos como él.

—¡Oh! señor, tened un poco de paciencia.

Cegado por la ira, no pudo evitar el caballero el choque de una rama, que le dió en el rostro: esto bastó para colmar la medida de su furor.

—¡Vive Dios, que no te burlarás impunemente de Pedro de Sandoval! dijo.

Y tirando con furia de una jabalina que llevaba en el cinto, la arrojó al villano. Éste, al ver la accion, habia salido huyendo, pero mas rápida que él, partió el arma silbando, y le entró por las espaldas.

—¿Qué habeis hecho, señor? exclamó la jóven. Faltando ese hombre, ¿quién nos sacará de esta espesura?

—¡Ese hombre...! ¿Qué falta nos hace? Tranquilízate, Elvi-

ra, hija mia: mejor que con su ayuda, saldremos solos de este atolladero. Ese hombre nos llevaba, sin duda, al poder de algunos ladrones.—Y volviéndose hácia sus servidores, añadió el caballero: ¿A ver? Salid dos delante, y explorad el campo. Es menester que no nos coja la noche en este intrincado monte.

Dos de los armados avanzaron, y la cabalgada continuó su marcha á la ventura, sin cuidarse de los gritos y lamentos que daba el villano, revolcándose en su sangre.

Pronto conoció el caballero que habia cometido una imprudencia, dejándose llevar de su bárbara ira: los lamentos del herido villano, y acaso el olor de la sangre caliente, despertaron el instinto feroz de algunos animales, que allí cerca tenian su manida; y antes que nuestros viajeros pudiesen precaverse, vieron aparecer entre el denso tapiz de arbustos una familia completa de osos; padre, madre y tres hijos.

No desmintió su serenidad el caballero en este momento fatal; pero las mujeres lanzaron gritos de terror, y los demás hombres palidecieron.

—¿A ver? ¡Las mujeres al centro! gritó Sandoval..... Y vosotros armad esas ballestas! Formad círculo, é impedid que las fieras lo rompan.

Los ballesteros se apresuraron á obedecer las órdenes de su señor; pero fué demasiada rápida la acometida de aquellos feroces animales, para que pudiesen cerrar completamente la línea de defensa: apenas tuvieron tiempo para reponerse de su sorpresa, y les faltó para hacer uso de las armas arrojadas. La lucha comenzó desde luego encarnizada y sangrienta: los dos osos mayores se abalanzaron á los ginetes, desgarrando con sus zarpas los pechos de los caballos, mientras los pequeños les mordian los corvejones, y los hijares, haciéndoles dar saltos y bufar de dolor y de espanto. Los viajeros se defendian, cual con la espada, cual con la daga; pero por mas que hacian les era imposible reprimir los corceles y mantenerse en el órden que era su mejor garantia de triunfo.

Uno de los oseznos, metiéndose en el círculo por entre las patas de los caballos, acometió al de la jóven Elvira, el cual,

dando un tremendo bote, se salió de la línea: la doncella hizo esfuerzos para contenerlo, pero el empuje del fogoso bruto la venció en esta lucha, y á su pesar se vió arrastrada en una rápida y peligrosa carrera. En aquel momento, el mayor de los osos, que habiendo luchado cuerpo á cuerpo con D. Pedro de Sandoval, acababa de recibir profundas heridas, se lanzó rabioso en seguimiento de la jóven, como si conociese que en ella tenia una víctima segura y menos agresiva, en quien poder cebar á mansalva su saña.

Lo que pasó en aquellos instantes no se puede describir: las fieras, ensangrentadas por los repetidos golpes de los viajeros, saltaban de uno en otro sedientos de venganza: los hombres se veian forzados á sostener el choque para no ser devorados al menor descuido, y entre tanto la bella Elvira, sin auxilio humano, atravesando breñas, próxima tal vez á caer en un precipicio, seguia arrebatada por su desbocado caballo, que al sentir en pos de sí las trepas y los ahullidos del oso, erizaba las crines y la cola, y tendia el cuello y las manos, llevando la nariz hinchada y los ojos desencajados.

—¡Mi hija! ¡Socorred á mi hija! gritó con voz tonante el anciano caballero.

Pero al gritar así acababa de perderla de vista.

Elvira en aquel momento imploraba el amparo del cielo, cuando saliendo á un otero despejado de bosque, oyó el sonido de un cuerno de caza, que repetia dos notas agudas como una señal. Sin embargo, no vió á persona alguna, y lejos de esperar salvacion, divisó á corta distancia en la línea que seguia las profundas quebradas de un derrumbadero: segura de su muerte, cerró los ojos é invocó á la Virgen.

De pronto sintió que una mano vigorosa, asiendo del bocado á su montura, la detenia con violento empuje, obligándola, en fuerza de su resistencia, á doblar los corvejones. El valiente, que llevado de un instantáneo impulso de generosidad, acababa de ejecutar este acto de temerario arrojo precipitándose desde un altozano, donde casualmente estaba al aparecer en el otero la doncella, era un jóven cazador de bella presencia, suelto de

miembros, de mirada intrépida y rostro lleno, tostado por el sol y las fatigas, que frisaba en veinte años: su traje modesto no revelaba una alta posición social; pero el garbo de su persona, y el aire orgulloso con que llevaba su gorra, adornada con una pluma de águila, le daban cierta distinción, que impedía confundirle con un oscuro villano.

Apenas tuvo tiempo Elvira para reconocer á su salvador, el cual, desviando al caballo del precipicio, la dijo con voz varonil y simpática:

—Teneos firme y nada temais.

Y salvando de un salto una distancia de seis pasos, se halló frente á frente con el terrible oso, que puesto en pié, y abiertos los brazos y las hondas fauces, amenazaba destrozarle.

Fábula digna de los tiempos heróicos, hazaña mitológica de Hércules parecerá la verídica relación que tratamos de hacer. El jóven desenvainó su cuchillo de monte y, ocultándolo á la espalda, aguardó á pié firme: la fiera vaciló un breve momento, y se arrojó bramando hácia su temerario contendiente: rápidos como el pensamiento, se cruzaron los brazos de entrambos, quedando estrechamente unidos pecho con pecho, el hocico del animal sobre el hombro del cazador, sus cabezas tocándose, y pugnando cada cual por abatir á su contrario.

Largo rato duró la horrible lucha, en que á cada momento parecía que el jóven iba á quedar ahogado entre los brazos de la fiera; mas por último ésta abrió la espantable boca, lanzando un terrible bramido, y se estremeció de piés á cabeza. El cuchillo del cazador, entrándole por debajo del omoplato izquierdo, acababa de penetrarle en el corazón.—Pocos momentos después el jóven y su enemigo caían juntos al suelo, envueltos en un torbellino de polvo.

La hermosa doncella dió un grito de espanto, creyendo muerto á su valiente salvador; pero pronto se tranquilizó, viendo á éste levantarse batiendo las palmas, y dirigirse hácia ella.

—¡Oh! ¡Gracias á Dios! exclamó Elvira. ¡Cuánto he temido por vos, generoso jóven!

—Ya veis que todo peligro ha cesado, hermosa doncella,

contestó el cazador en un tono sencillo y exento de fanfarronería. Serenaos, pues, completamente, y ved en qué mas puedo servirlos.

—No ha cesado aun el peligro, repuso la jóven; pues no lejos de aquí lucha mi padre con otras fieras.

—¿Qué decís? ¿Dónde..... dónde está?

Y volviéndose hácia oriente, llevó el jóven á sus labios el cuerno de caza que pendia de sus hombros, y repitió la seña que antes habia oído Elvira. Otra tocata igual sonó en el fondo del bosque.

—Hácia esa parte quedó mi padre, dijo la doncella. ¿Le habrán socorrido?

—Así lo creo: tranquilizaos, que pronto lo hemos de ver.

Diciendo esto, el jóven se tendió en el suelo, aplicando el oído á la tierra, y levantándose á poco, volvió á tocar, y dijo:

—Nada temais ya: vuestro padre está salvado y viene hácia nosotros.

Con efecto, á la primera llamada del jóven cazador habian acudido otros tres compañeros suyos con una trailla de fieros alanos, y encontrándose con los acometidos viajeros, acababan de prestarles su auxilio, salvándoles del horroroso peligro. Mas, como D. Pedro de Sandoval estuviese intranquilo, y al mismo tiempo se oyese la repetida seña del bizarro mancebo, todos venian presurosos hácia el paraje donde aquella sonaba.

Pronto salieron de lo espeso de la floresta el anciano caballero, su comitiva y los tres cazadores. Elvira corrió hácia su padre, y mostrándole con la mano el jóven, exclamó llena de infantil entusiasmo:

—Vedle allí, padre mio: él me ha salvado de la muerte dos veces en breves momentos, y á él tambien debeis la vida. ¿Qué habria sido de nosotros sin ese generoso jóven, que Dios ha puesto en nuestro camino?

—¡Oh! ¡hija mia! contestó el anciano. Descuida que yo recompensaré á ese mozo.

Y acercándose á éste, que sin cuidarse ya de la doncella ni de su padre, se ocupaba en cortar la cabeza á la fiera que habia vencido, le dijo:

—Te estoy agradecido, mozo, al servicio que me has prestado, salvando á mi amada hija. En todo tiempo y para cuanto te ocurra, puedes contar con D. Pedro Diaz de Sandoval, segundo del ilustre conde de Castro, comendador y Trece de Santiago.

El jóven, sin descubrirse, hizo al caballero un saludo noble y atento.

—Pero no solo quiero recompensarte con la promesa de mi proteccion, continuó el comendador, sacando un bolsillo lleno de oro: toma, por ahora, esta pequeña espresion de mi gratitud, que será mayor cuando esté de vuelta en mis estados.

Al oir estas palabras, el jóven se irguió con ademan fiero, teniendo en una mano el cuchillo ensangrentado y en la otra la cabeza del oso, y mirando al caballero con rostro huraño, le dijo:

—Vuestras canas, caballero, os aseguran mi respeto, pero no os autorizan para insultar á un hidalgo, tan bueno como vos.

—¡Ah! Perdonad: ¿sois hidalgo?

—De los mejores.

—¿Vuestro nombre...?

—Pulgar.

—¡Pulgar....! repitió el comendador encogiéndose de hombros con desden. ¿Hidalgo de esta montañas....?

—Sí, de estas montañas: de los que mueren defendiendo á su patria y á su rey en Aljubarrota; de los que se retiran á su solar, por no ver las vergonzosas luchas intestinas de los que se apellidan grandes de Castilla. ¿Comprendeis?

El caballero arrugó el ceño, pero conociendo que el valor intrépido de aquel jóven le autorizaba en cierto modo para mostrarse atrevido, y tal vez consultando mas que nada á su propia conveniencia, reprimió la ira y contestó:

—Sí, bien lo comprendo: veo que sois un jóven apreciable: tomad mi mano y seamos amigos.

—Eso es otra cosa, repuso Pulgar envainando el cuchillo y presentando al caballero su mano: aquí está la mia. Pero no nos

detengamos mas tiempo: el sol ha traspuesto; estareis fatigado; vuestra amable hija debe de necesitar algunos auxilios para reponerse de las terribles emociones que ha sufrido: si teneis á bien aceptar la hospitalidad que os ofrezco, podreis reposar en casa de mi padre esta noche, ó el tiempo que os agrade. La torre solo dista de aquí media legua, y es el albergue mas cercano que hallareis.

—Acepto de buena voluntad, dijo el comendador.

Ya en este momento, uno de los cazadores compañeros de Pulgar traia del diestro cuatro caballos, que habia ido á buscar á un sotillo inmediato, donde habian estado paciendo. Montaron en ellos sus dueños, y habiendo colgado el jóven la cabeza del oso del arzon de su silla, comenzó él mismo á guiar á los viajeros, colocándose al lado del comendador.

Era ya de noche cuando llegaron al castillo del Pulgar, fortaleza modesta, pero de antigua y vasta planta y titánicos muros; el cual se levantaba sobre un escarpado montecillo, dominando la aldea de la Cortina. Los compañeros de nuestro jóven hidalgo, que eran vasallos y criados suyos, se adelantaron para dar aviso de la llegada de los huéspedes, y disponer su recibimiento, de modo que al presentarse aquellos, encontraron franco el viejo rastrillo y abierta la puerta.

En el umbral de ella y acompañado de un antiguo servidor, que hacía de maestresala, segun se conocia por la cadena que llevaba al cuello, y de otros dos que tenian en las manos teas de pino encendidas, apareció el hidalgo de aquel solar, padre de nuestro jóven, anciano de setenta años, pero fresco y robusto, y á quien no habia podido encorvar el peso de la edad. Su fisonomía era en extremo noble y bondadosa, y la blancura de su barba y de sus canas le hacian venerable: apenas se marcaban las arrugas de la vejez en aquella frente, dilatada por la pérdida de los cabellos, revelando en su tersura una vida honrada y un espíritu tranquilo. Sin embargo, aquel hombre habia tenido pasiones, y las conservaba en todo el vigor de la juventud, porque no abusó nunca de ellas; habia sufrido contratiempos, pero siempre supo hacerse superior á ellos.

Rodrigo del Pulgar, (así se llamaba este anciano), habia peleado valerosamente en la batalla de Olmedo, á favor del rey D. Enrique IV, y contra sus vasallos rebeldes; fué tambien uno de los campeones que acudieron á la *guerra santa*, cuando aquel desventurado monarca hizo un vano y ridículo alarde en la vega de Granada; pero habiendo despues perdido á su esposa, doña Constanza Osorio, nieta del marqués de Astorga, en Ciudad Real, donde residia, y deplorando con leal y honrado corazon las discordias intestinas y demás males de la patria, que no podia remediar, se habia retirado á vivir en su casa solariega de Asturias, donde se ocupaba en educar como buen cristiano y buen caballero á su hijo único Fernando, y en estudiar, con ayuda de su capellan Bernaldez, los clásicos griegos y latinos, á vueltas con los entonces modernos libros de caballería.

No se limitaban, empero, á esto solo las ocupaciones del anciano hidalgo, que en ello se habia propuesto imitar, seguramente, la conducta del *buen conde* de Haro, el mas honrado y sabio caballero de aquellos tiempos: aunque sus fieles servicios no recompensados, las calamidades generales de la época, y su falta de disposicion para la intriga y la lisonja habian menguado considerablemente su hacienda, sin embargo, reuniendo los dispersos restos de su patrimonio, acababa de reorganizar en el lugar de su señorío la antigua *Alberquería* fundada por sus mayores, con el objeto de dar alimento, lumbre y cama á cuantos viajeros pobres llegasen; teniendo además siempre franco su castillo y dispuesta su mesa para las personas de alguna distincion, siquiera fuesen simples soldados ú hombres de armas. A pesar de sus años, salia de vez en cuando á caza, y diariamente se ejercitaba con su hijo en el manejo de las armas, tanto á pié, como á caballo, cuidando además por sí mismo de la cria y educacion de perros y halcones. Así pasaba el tiempo siempre ocupado, y era feliz á su manera.

Fernando del Pulgar, mostrando que era tan cortés como valiente, saltó el primero de su caballo, y dejando las riendas en manos de un criado, corrió á ofrecer su apoyo á la jóven doña Elvira para que desmontase, dándole luego el brazo con mucha

galantería. Quizá un observador delicado de las reglas de la etiqueta habria encontrado en el modo como esta accion fué ejecutada, algo de torpeza ó rústico encogimiento; pero nadie habria podido afirmar si esto provenia de falta de educacion ó de hábito, ó si era efecto de sobra de atencion respetuosa. Tal vez doña Elvira hubiese resuelto la cuestion, revelando que el brazo vigoroso del mancebo que abatia los osos, temblaba ligeramente bajo el leve peso del suyo.

La corta servidumbre del hidalgo, compuesta de seis personas, sin contar el maestresala, hombre serio y ceremonioso, el capellan y el ama de gobierno, se apresuró á dar toda asistencia á los recién llegados, y en breves momentos estuvieron los caballos atados en las cuadras, provistos de pienso y camas frescas, aposentados los señores en la vasta cámara de ceremonia, las mujeres en posesion de la estancia destinada á doña Elvira, y los vasallos en la antigua sala de armas.

La cámara principal era un estenso cuadrilongo de techo abovedado en forma ojiva, en cuyo fondo habia una inmensa chimenea gótica, que remataba en un fronton guarnecido de follaje, y en su campo tenia el escudo y blason de la casa, sostenido por dos gigantes: eran las armas de este escudo un guerrero empujando con la espada el muro de una torre, y en torno este orgulloso lema: «el Pulgar quebrar y no doblar.»

Otro escudo igual habia en el caseton donde se juntaban los cuatro arcos angulares del techo, y otros varios se veian entallados en los respaldos de los sillones de roble, que de negro ébano parecian, merced al trabajo lento de ese gran químico llamado el tiempo.

En todó lo demás la gran cámara no revelaba la opulencia ni aun la comodidad de su dueño. Las paredes sin tapices ostentaban la fria desnudez de la piedra negruzca; los muebles eran, en lo general, sencillos y toscos; el alumbrado de gruesas velas de sebo colocadas en candeleros de madera; pero un entarimado de pino cubria el pavimento y en la chimenea se quemaba media encina, lo cual suplía en gran parte el desabrigo de la estancia.

Al entrar en ella el orgulloso comendador, acostumbrado al fausto de la corte y de los grandes, no pudo menos de hacer un gesto desdeñoso, que no se ocultó á la perspicacia del jóven Pulgar, y acaso le hirió en el corazon. No menos sagaz el anciano hidalgo, tambien lo comprendió, y apresurándose á ofrecer á Sandoval y á su hija los mejores asientos al amor de la lumbre, dijo con castellana franqueza:

—Aquí no encontrareis las comodidades que en otras partes; pero, ¡qué diantres! cuando se acaba de pásar esas montañas, no es cosa de pedir gollerías; pues, como dice el refran: á buen hambre no hay pan duro. Sin embargo, tenemos lo necesario para vivir, y buena voluntad: eso sí, por el alma de mi abuelo, ¡que Dios tenga en descanso!

—Eso nos basta, buen Pulgar, contestó el comendador con afable cortesanía: una hospitalidad como la vuestra es apetecible en todas partes.

—No lo negaré. Pero dejemos cumplimientos á un lado, que suenan mal bajo los ásperos techos de esta vieja casa. Tomad asiento aquí junto á la lumbre, y mientras nos aderezan la cena, entretendremos el tiempo lo mejor que podamos. ¿Bebeis?

—Beberé á vuestra salud, repuso Sandoval, á quien iba gustando la noble llaneza del hidalgo.

—Pues bien, replicó éste, nos traerán un vinillo riojano que guardo en mi bodega, capaz de hacer perder á Aristóteles, si viviera, toda su filosofía. Pero, ante todo, ved si esta noble doncella necesita algo: á lo que parece, viene indispueta.

—Sin duda alguna, señor, dijo de pronto el jóven Pulgar, que habia quedado pensativo en un extremo de la sala, cruzado de brazos y apoyado en una mesa. Despues de lo que ha sucedido no será extraño que su salud padezca.

—Con efecto, dijo el comendador, mirando á su hija: estás pálida, Elvira. ¿Te sientes mal?

—Esto no será nada, repuso la jóven: el susto, la sorpresa, el terror pueden haberme afectado. Es verdaderamente horrible el lance en que nos hemos visto.

—No, pues en estos casos, yo estoy con Ovidio por el *prin-*

ciptis obsta. Mal prevenido, escusa de curarse, como dice mi capellan Bernaldez, que no es solo médico de almas, sino tambien de cuerpos. Á ver, Fernando mio: haz venir al capellan y cuida de que se asista á esa doncella. Yo voy á ver qué hace Ortiz, y que nos traiga algun refrigerio.

En este momento apareció en la puerta el ceremonioso mayordomo que aguardaba órdenes, pero sin decidirse á entrar, por no infringir las reglas de la etiqueta. Fernando salió presuroso á obedecer el mandato de su padre.

—¿Dónde andais, Ortiz, que no atendeis á nuestro servicio? dijo el hidalgo.

—Señor, estaba junto á esa puerta, esperando que me llamaseis. No creo que haya faltado en esto á las instrucciones de mi oficio, y si otra cosa hubiera hecho.....

—Bien, basta, basta: es menester que nos traigan unas botellas de aquel rancio que sabes.

—Quedan pocas, señor, repuso en voz muy baja Ortiz. Y añadió en tono natural: sereis servido inmediatamente. No lo tendrá el rey mejor ni tan abundante.

—¿Qué rey, Ortiz? Vamos: has perdido la chaveta seguramente. Ahora no hay rey ni Roque. Anda, anda; trae lo que te he dicho, y haz que apresuren la cena; que estos señores necesitarán descansar.

Y sin hacer caso de la profunda reverencia que hacía el mayordomo por despedida, el anciano Pulgar le volvió la espalda, y se dirigió hácia sus huéspedes, frotándose las manos.

—Bizarro hijo teneis, buen Pulgar, le dijo el comendador, como si tratase de halagar su vanidad.

—¿Quién? ¿Mi Fernando? contestó el hidalgo con orgullo. No le conoceis bien: será la honra de su casa: y cuidado que á nadie cede en hidalguía y prez la raza de los Pulgares. No es vanidad, no: es la conciencia de nuestro valer. Mi abuelo murió en Aljabarrota; mi padre entró á escala franca en Antequera; yo derramé mi sangre en Olmedo al lado de mi rey. Entonces era rico por mi difunta. ¡Dios la tenga en su gloria! (y el anciano se quitó una lágrima con el revés de la mano). Despues

de años y de buenos servicios, me encuentro pobre, pero conservo el honor. Si ahora mismo me presentáran todo el oro de Oír en premio de una villanía, con mis setenta años cumplidos, desafiaria al que tal me propusiera, si fuese noble, y estaria seguro de vencerle. Y si mi hijo tuviese un pensamiento indigno de los de su padre, aunque le quiero mas que á mi vida, le mataria. Pero ¡gracias á Dios! estoy libre de este disgusto. Fernando es todo un cumplido caballero.

—No creo que exageréis nada vuestros elogios, repuso el comendador sonriéndose.

—¿Qué es exagerar? Yo digo siempre la verdad; y creo que, *tal debe el hombre ser, como quiere parecer.*

—Por lo mismo, continuó Sandoval, estraño mucho cómo es que vivís en este oscuro retiro, donde un jóven del mérito de vuestro hijo no saldrá nunca de las condiciones de un hidalgo de aldea.

—En este que llamais mi oscuro retiro, vivo honrado, señor de Sandoval, y mi Fernando recibe las nobles inspiraciones que mejor se avienen con su estirpe: serán quizás rudos sus modales, pero sus costumbres no se manchan con el lodo de la corte.

—Sin embargo,—y dispensad que os aconseje,—ved que acaso comprometéis su porvenir: un mancebo de sus prendas, en edad de brillar, y hoy que la guerra ofrece lauros y fortuna á los valientes, no está bien en un rincon de estas montañas. Si os decidieseis á lanzarlo al mundo, no faltaria quien le diese apoyo; y creo que á mi lado...

—¡A vuestra salud! interrumpió el hidalgo, llenando los vasos que un servidor habia dejado en una mesa junto á él.—Y despues de haber bebido, añadió:—Mucho os agradezco la fineza, comendador; pero no puedo aceptarla.—Por lo demás, sabed que Fernando del Pulgar no permanecerá ocioso cuando tantos otros se aprestan á combatir: pronto, muy pronto hará su estreno.

—¡Ah! ¡Cuánto me alegro! Supongo que le enviareis á sostener la buena causa.

—¿Y á cuál llamais la buena causa?

—No puede ser otra que la de la legitimidad: la de la reina doña Juana.

—Oid un consejo en cambio del vuestro, comendador, repuso el anciano hidalgo apoyando amistosamente su mano en el muslo de Sandoval. Si quereis creer á un viejo, que tiene esperiencia, no continueis vuestro camino; volvedos mañana á Zamora ó á donde os aguardè vuestro rey de Portugal. En este montañoso principado de Asturias, digo mal, en todo el territorio que baña el mar cantábrico, no hallareis un solo hombre dispuesto á seguir vuestra buena causa; y podeis dar con algunos que os faltan al respeto.

—¿Tan rebeldes creéis á estos honrados montañeses, que sean capaces de ultrajar á un buen servidor de su legítima soberana?

—Su legítima soberana, comendador, es la reina doña Isabel, única princesa de Asturias; por ella están dispuestos á derramar hasta la última gota de su sangre; y aunque respetarán, como yo respeto, las opiniones de cada cual, no creo que lleven con paciencia que por nadie se les trate de rebeldes, ni que se intente apartarles de su convicción, buena ó mala. Si traeis por objeto estudiar el espíritu de este país, ó tal vez ganar prosélitos para vuestra causa, ya os lo he dicho, podeis volveros; porque aquí no hallareis un amigo.

—Os equivocais, señor del Pulgar: yo no vengo mas que á dejar mi hija en poder de una tia suya que reside en Oviedo.

—Cuidado, señor de Sandoval, que yo no pretendo averiguaros la vida: os he dado solo un consejo de amigo, porque conozco mejor que vos lo que pasa por estas tierras, y porque me habia parecido que teniais algun interés en inclinarme al partido de los portugueses.

—Y aunque eso fuera ¿no deberiais agradecer mi conducta? Se conoce que á este apartado rincón de España no llegan las nuevas de lo que pasa en Castilla; pues de lo contrario, nadie pensaria en abrazar un partido desesperado. Sabed, pues, que la reina doña Juana se ha desposado con el rey de Portugal, su tío, en Plasencia, donde los han reconocido por reyes los principales grandes del reino.

—Sabemos eso, que es ya algo antiguo.

—Pero acaso no sabreis que sostienen sus legítimos derechos el poderoso duque de Arévalo, el ilustre marqués de Villena, con toda su parentela, que es como si dijésemos, la mitad de España del otro lado del Duero, los dos Girones, con la orden de Calatrava, y últimamente el señor arzobispo de Toledo...

—¡Cómo! ¡Tambien el arzobispo!...

—No hace quince días que doña Isabel intentó hablar á su antiguo protector en Alcalá de Henares, y habiéndole mandado un mensajero, recibió por toda contestacion: «que no venga, porque si ella entra por una puerta de la ciudad, yo me saldré por otra.» En estos momentos va el arzobispo camino de Zamora con su gente de armas, y yo mismo le he oido jurar que ha de hacer que la infanta vuelva á hilar á la rueca.

—¡Oh! ¡Eso es indigno!—¡Y perdóneme la mitra!—D. Alonso Carrillo, (no hablo del arzobispo, cuya dignidad respeto), es muy dueño de abrazar la bandera que mejor le parezca; pero ni es propio de sus antecedentes, ni honroso para un caballero tratar así á una dama, que es hija, hermana y esposa de reyes.

—¡Os acalorais demasiado, y no he de consentir que en mi presencia se ultraje á D. Alonso Carrillo! exclamó el comendador levantándose.

—¿Qué? ¿os enfadais? Tanto peor para vos, repuso el hidalgo con calma. Sentaos; sentaos, comendador: lo que he dicho estoy dispuesto á sostenerlo fuera de aquí con las armas en la mano y contra cuantos lo contrario sostengan. Mas ahora estais en mi casa, lo cual es decir que sois dueño de ella y de mi persona. Siento haberos incomodado, porque sois mi huésped.—Vaya otro trago.

El comendador volvió á sentarse, tomó el vaso y bebió: lo mismo hizo Rodrigo del Pulgar, y despues de limpiarse con la mano sus gruesos vigotes, continuó:

—Y en fin, ¿qué deducis de todo lo dicho?

—Deduzco que D. Fernando y doña Isabel tienen perdido el pleito, y que no conocen sus intereses los que se empeñan en sostenerles.

—¡Bah! eso es muy bueno para convencer á los que miden

la bondad de una causa por sus probabilidades de triunfo. ¡Par-diez! si así hubieran pensado los héroes de Covadonga ó aquellos espartanos de las Termópilas, que fueron á morir á sa-biendas, ni España seria hoy casi toda cristiana, ni los ejércitos griegos habrían ido hasta Babilonia. Desengañaos, amigo mio, en esta cruel contienda que ahora se levanta, solo una cosa me desalienta y abate: la idea de que viertan su sangre españoles contra españoles, cristianos contra cristianos. Por lo demás, á la guerra irá mi Fernando: si á morir ó á vencer, el tiempo lo di-rá; pero si perece, que sea como su abuelo: en frente, no bajo las quinas portuguesas.

—Señor, si me lo permitís, dijo doña Elvira á su padre, in-terrompiendo la conversacion, me retiraré á descansar.

—¡Cómo! exclamó el hidalgo: ¿sin tomar antes algun ali-mento?

—Me parece que no me haria provecho, repuso la jóven.

—¡Diantra! ¡No estais buena! ¿Y cómo es que tarda tanto mi hijo?—Nada, nada: pasad á vuestra cámara, que allí se os servirá lo que necesiteis. Venid conmigo: dispensad, comenda-dor, que os deje solo.

Y así diciendo, el anciano dió su brazo á la jóven para que se apoyase, y la condujo al cuarto que le estaba destinado. El comendador les siguió sumamente inquieto por este inopinado contratiempo, que podia trastornar sus planes: pues necesitaba del tiempo y de la libertad para ocuparse en el servicio de su partido, y por esto habia determinado llevar á su hija, huérfana de madre, á casa de un pariente de Oviedo.

Acababa de quedar doña Elvira al cuidado de sus doncellas, cuando llegó Fernando del Pulgar en compañía del capellan Bernaldez y de un doctor obeso, llamado Gracian Diaz, á quien su padre pagaba para que cuidase de los enfermos en el lugar de la Cortina y los que llegasen á la Alberguería. Conociáse que el jóven habia corrido mucho para encontrar al capellan y al doctor, pues venia sudando y fatigado.

—¡Ah! Por fin estais aquí, dijo Rodrigo al verles entrar. Estamos con cuidado por la hija de este caballero. Venid, venid pronto.

Fernando vió entrar á los facultativos y á su padre en el aposento de la jóven, y se quedó en la puerta limpiándose el sudor que se habia helado en su frente. Jamás habia sentido una ansiedad semejante.

Gracian Diaz examinó atentamente á la enferma, y cedió el puesto al capellan, apartándose á un lado, meneando la cabeza con aire magistral y sin decidirse á dar su dictámen. El capellan se acercó á su vez, y habiéndola pulsado, dijo:

—Encuentro fiebre y escitacion de ánimo. ¿Qué os parece, doctor?

—Con efecto, dijo el doctor sacando al frente su voluminoso abdómen. El caso es oscuro, porque, como dice Plinio el mayor, *in mulieribus adultis, febris continua et epidemica existit*. De manera, que habiendo escitacion de ánimo, no es inverosímil que haya fiebre; y habiendo fiebre..... ya sabeis: *febris in muliere caliditatis signum*.

—Quedamos enterados, repuso el viejo hidalgo; aquí lo que hay es un susto, y como consecuencia de él, una calentura. Ved vos, Bernaldez, lo que conviene hacer.

—Señor, dijo tímidamente el doctor, mientras el capellan volvía á pulsar á la enferma; no estrañeis que dudemos: *sapientis est dubitare*. La mujer es un abismo de confusiones, un laberinto donde se pierde la medicina, *natura demonia, et mulier consocia ejus*. Ahora, si como decís, ha precedido un susto, el caso es especial, y varía la cuestion.

—Perfectamente, doctor: ¿qué os parece, señor capellan?

—La dolencia no es grave, si la corregimos á tiempo. Una sangría y un buen método pueden curarla.

—Soy del mismo parecer, repuso el doctor, y si con la sangría se alivia, soy de opinion de que mañana se la repita, por aquel aforismo que dice: *quæ applicata jvata, continuata sanata*. ¿No es así?

—Corriente, dijo el hidalgo: menos aforismos y mas remedios. En vuestras manos queda la enferma. Curádmela pronto, y poco importa que sea en latin ó en castellano.

Dicho esto, el anciano salió á la sala principal, donde ya es-

taba preparada la cena: tranquilizó al comendador, y sin pensarlo restituyó con sus palabras la calma al espíritu del joven Fernando, cuyo corazón, siguiendo esa tendencia propia de los seres fuertes y generosos á cobrar cariño á los débiles por el solo hecho de haberlos protegido, sentía un vivo interés, un afecto mas tierno que el de hermano, hácia la delicada Elvira.

Durante la cena, rehuó Rodrigo del Pulgar toda palabra capaz de renovar la ardiente disputa sobre las cosas políticas á fin de no disgustar á su huésped; y el resto de la noche se habría pasado sin la menor sombra de discordia, á no ser por una acalorada reyerta que, á los postres, se oyó hácia la sala de armas, y de la cual hablaremos en el capítulo siguiente.



CAPITULO II.

De como Fernando del Pulgar salió á campaña.



DEMÁS de los hombres de armas que acompañaban á D. Pedro Diaz de Sandoval, habian llegado al castillo del Pulgar otros seis bizarros mozos, hijos de las montañas de Vizcaya, Santander y Asturias, que habiendo salido de diversas partes acababan de juntarse por casualidad en aquel punto: eran todos ellos hidalgos sin solar; segundones de nobles arruinados, y por lo tanto aventureros de profesion: sabian que en Asturias y en el norte de Castilla se levantaban gentes á millares para acudir á tomar parte en la contienda que debía decidir al cabo por medio de las armas la sucesion al trono, y de aquí el que se dirigiesen hácia donde podian encontrar un pendon y una caldera, que les sirviesen de base para entrar en campaña.

Estos hombres, aunque sueltos, llevaban ya formada su opinion y adoptado su partido: como casi todos los vizcainos y asturianos, eran adictos á doña Isabel.

Reunidos bajo un mismo techo con los servidores del comendador Sandoval; y sentados todos á una misma mesa, fácil es comprender que no podrian estar en paz mucho tiempo. Después de haber referido cada uno su corta historia, y de haber fraternizado entre sí los aventurerós por su identidad de miras, tomó la palabra uno de los de Sandoval, y dijo:

—Si buskais ventura, mal camino habeis elegido, señores hidalgos, pues no han de pasar de aquí dos meses, que vuestro rey Fernando y su mujer no tengan que escapar de Castilla á uña de caballo.

—¿Los echareis vos, señor escudero? preguntó con sorna uno de los hidalgos, hombre de treinta años, cara redonda y barba rubia y espesa.

—Los echará con la ayuda de Portugal y Francia, el pueblo entero de Castilla; porque nadie los quiere.

—Vive Dios que mentís, como villano, gritó el rubio echando fuego por los ojos. Yo, Gerónimo de Aguilera, os reto y desaffo á que probeis lo que habeis dicho, y sostengo que el pueblo castellano y con él toda la nobleza honrada, son buenos y leales defensores de la reina doña Isabel, y enemigos á muerte de los extranjeros.

—Y yo, Cristóbal de Castro, lo confirmo, exclamó otro de los jóvenes aventureros.

—Y á vuestro lado está Montesino Dávila, que sostendrá vuestra palabra.

—Y yo, Alvaro Peñalver, añadió otro, declaro que no son buenos castellanos los que se entregan al dominio de la Beltraneja y de un rey extranjero: una adulterina y un portugués.

—La reina doña Juana, gritó el que primero habia hablado, es la hija legítima del rey difunto, que la nombró su heredera, y yo declaro malsin al que la ultraje, y traidor al que no la defienda.

—Pues bien, repuso Gerónimo de Aguilera: aquí estamos seis contra seis; decidan las armas nuestra contienda. Pero antes, sabed, si acaso lo ignorais, que las cortes del reino, reunidas en Segovia, como única autoridad suprema en estos casos,

han prestado juramento de fidelidad á doña Isabel y á D. Fernando; y en prueba de que la nobleza, el clero y el pueblo reconocen sus legítimos derechos, ahí están las poderosas familias de Mendoza y de Velasco, las de Manrique de Lara y de Guzman, las de Henriquez y Portocarrero y otras mil, grandes, medianas, y pequeñas, que abrazan su partido: casi todos los obispos y abades son de la misma opinion; y para concluir: dos meses hace que Alonso V se proclamó en Plasencia rey de Castilla, desposándose con doña Juana: nuestros legítimos reyes tenian entonces quinientos hombres por todo ejército; y hoy pasan de treinta mil los voluntarios que de todas partes han acudido á militar bajo su estandarte. Allá vamos nosotros tambien, y pronto morderán la tierra los que no digan: ¡Viva la reina doña Isabel!

—¡Viva! esclamaron los otros cinco aventureros y con ellos los criados de Pulgar.

—¡Viva la reina doña Juana! gritaron los de Sandoval.

Y unos y otros, poniendo mano á las armas, iban á terminar con sangre su debate cuando apareció de pronto en medio de ellos el jóven Pulgar, y apartándolos, sin mas medios que sus vigorosos puños, exclamó:

—¿Qué avilanteza es esta? ¿Cómo osais turbar la paz de mi casa?

—¡Nos han insultado! gritaban los de Sandoval.

—¡Mienten! ¡ellos han sido los provocadores! decian los aventureros.

—¡Silencio todos! prorumpió Pulgar; ó ¡vive Dios! que os haré salir cuatro á cuatro por una ventana.

Y para probarles que era capaz de hacer lo que decia, de un envion, con cada mano, despidió á larga distancia los adversarios de ambos bandos que tenia mas cerca, quedándose solo en el centro. D. Pedro de Sandoval y el anciano Pulgar vinieron en su ayuda, y el primero, encarándose con los suyos, á quienes juzgaba con mas severidad que á sí propio, les dijo:

—¿Qué significa este alboroto? ¿Así me deshonrais violando la hospitalidad? Quitaos de mi presencia, si no quereis que haga en vosotros un escarmiento.

—Tristan, dijo el señor de la casa á un criado de su confianza, y señalando á los aventureros: conduce á estos hidalgos á su dormitorio, y que no se hable una palabra mas: tiempo y ocasion tendrán de arreglar en otra parte sus diferencias.

Gerónimo de Aguilera, Cristóbal de Castro y sus compañeros se disculparon cortesmente, sin acriminar á nadie, y se retiraron, siguiendo á Tristan de Montemayor, el cual, á pesar de la órden espresa de su señor, pasó con ellos mas de una hora en amistosa conferencia sin hablar de otra cosa que del objeto de la disputa. Tristan era un montañés, duro como un roble, nacido en la casa de Pulgar y connaturalizado, por decirlo así, con los hábitos y sentimientos de la familia á quien servia: era leal como un perro, tanto que si cualquiera de sus amos le hubiese mandado tenderse y dejar que pasasen sobre sí las ruedas de un carro, habria creído que aquello era su deber, y lo habria ejecutado sin abrir los labios para quejarse. Sin embargo, viéndose querido, se arrogaba muchas veces la facultad de pensar y obrar por su cuenta, siempre que creia hacerlo en consonancia con las ideas é intereses de sus señores. Contaba ya cuarenta años de edad, habia conocido al padre de Rodrigo del Pulgar y acompañado á éste á la batalla de Olmedo en calidad de paje, juntamente con su padre, que murió en aquella refriega defendiendo al hidalgo. Desde entonces disfrutaba la condicion y el sueldo de escudero, y era, en los ratos de ocio, el maestro de armas del jóven Fernando, á quien amaba como si fuera hijo suyo.

Tristan se despidió de los aventureros, luego que los dejó acostados, y al amanecer del dia siguiente se levantó á despedirlos, y salió acompañándoles fuera del castillo, á donde no volvió hasta muy entrada la mañana.

Los demás huéspedes permanecían aun en la casa solar y al parecer poco dispuestos á salir de ella por mas que lo contrario les desagradase despues de lo ocurrido la noche anterior. Pero la salud de doña Elvira no les permitia ponerse en camino, y Rodrigo del Pulgar, aunque deseaba ver lejos de su morada unas gentes que no podían estar de buen acuerdo con él ni con

los suyos, procuraba redoblar sus atenciones y hospitalario esmero, á fin de que no se trasluciese la menor sombra de molestia, ni por su parte se diese motivo alguno de disgusto.

Sin embargo, la situacion de ambas familias debia de ser tirante, su trato frio, sus relaciones quebradizas. El carácter franco y expansivo del hidalgo, no bastaba á desvanecer en todos el sombrío recelo que nace del antagonismo político. Don Pedro de Sandoval sabia que habitaba en casa de un enemigo, á quien necesitaba poner buena cara, y á quien, á pesar de su buen trato, habria despreciado, hallándose en circunstancias diferentes, de aquellas á que le habia conducido una especie de fatalidad. Por otra parte le causaba no poca molestia la detencion forzosa que sufría en aquel castillo, y esto aumentaba su mal humor y le hacía intratable.

Dos seres únicamente habia bajo aquellos techos, que sin verse armonizaban en sentimientos. Doña Elvira, encadenada en su lecho por la enfermedad, sentia un secreto consuelo acordándose continuamente de su jóven salvador; y su imaginacion febricitante se lo representaba con varias formas: ora como un hermano, niño todavía y ocupado con ella en juegos infantiles; ora como un intrépido campeador, venciendo en el palenque entre los aplausos de la multitud; ora, en fin, como un galante caballero cubierto de brocado, eclipsando á los mas ínclitos señores. Veía en torno suyo á muchas mujeres hermosas, que le contemplaban con admiracion ó con afecto; pero siempre creía distinguir en el embrollado caos de su pensamiento, la mirada simpática del bizarro mancebo, dirigida á ella sola. Quizá esta mirada imaginaria, este goce tranquilo y sin contrapeso de temor ni de celos, era un bálsamo que la naturaleza, siempre pródiga, oponia al ardor de la fiebre. Doña Elvira mejoraba insensiblemente bajo el influjo de aquella fascinacion, y á medida que la salud volvía, se borraba la imágen fantástica, reemplazándola en su mente otra mas real, aunque menos consoladora. Se acordaba del jóven hermoso y valiente, pero pobre y humilde en comparacion con el estado y clase de su padre. Al mismo tiempo Fernando del Pulgar se entregaba por pri-

mera vez en su vida, á serias meditaciones. Vivo de génio, atolondrado, impetuoso en todas las manifestaciones de su voluntad, jamás habia concedido un momento á la reflexion: si se le oponia un obstáculo, si le asaltaba un peligro, lo arrollaba ó lo vencía: y como nunca estaban en desacuerdo su corazon intrépido y su espíritu recto y generoso, desconocía las luchas de la pasion y el deber. Así es que, al representarse un espectáculo nuevo en el teatro de su conciencia, quedó indeciso como aquel á quien ofrecen dos manjares agradables al paladar, y sabe que no puede comerlos juntos sin que le ocasionen la muerte.

Su corazon le inclinaba de un modo irresistible hácia doña Elvira: la espontánea expresion con que la jóven le mostrara su gratitud en el monte, engendró en él la simpatía; el fluido generador del universo, que en momentos dados se desenvuelve y comunica, preparando los gérmenes de nueva vida; el amor, en una palabra, se habia infiltrado en sus venas, irradiando antes en los ojos de la doncella y en el calor suave de aquella mano que Fernando habia tocado. Los padecimientos de la jóven enferma, exagerados por la imaginacion del doncel, acababan de consumir la obra del mas indomable tirano de los séres.

Pero, apenas nacido este afecto, inocente y aun noble en un principio, un agregado de ideas diversas se levantó en el ánimo de Fernando para combatirlo. El orgullo del comendador despertó el de nuestro jóven y le dijo que debia elevarse por sus hechos á mayor altura de la que ocupaba aquel hombre; y esta idea, que pudo abatirle por un momento, le enaltecíó á sus propios ojos y le descubrió un porvenir de risueñas esperanzas: la diversidad de opiniones y de partidos que seguian su padre y el de doña Elvira, vino luego á colocarse como una insuperable barrera delante de su naciente amor.

¿Pero qué importa? se decia á sí mismo el doncel, para tranquilizar su espíritu: D. Pedro de Sandoval defiende á la Beltraneja: mi padre es partidario de doña Isabel: son enemigos irreconciliables en política; pero no por eso debo yo aborrecer á Elvira, que es un ángel en carne humana. Debemos amar á nuestros semejantes, como á nosotros mismos: así lo di-

ce el padre capellan; y yo á la verdad no aborrezco á D. Pedro, á pesar de su genio díscolo y orgulloso. ¿Por qué no habré de querer á su hija, que es la suma bondad?

«Sin embargo, añadía despues de meditar un momento: este cariño fraternal puede conducirme á una pasion mas grave, y entonces... ¡Oh! Nuestro destino es diverso: yo no debo seguir otra senda que la que me trace mi padre: D. Pedro y yo nos encontraremos quizá mañana frente á frente: yo tendré que verter su sangre, ó él verterá la mia: el amor me mandará respetar su vida, y el honor y el deber me impondrán la dura ley de atentar contra ella; no podré rehusar el combate con él, ni dejarme vencer, sin que me tenga por cobarde; y si admitiéndolo le venzo, despedazaré el corazon de su hija... No: yo no debo tomar parte en esta guerra fratricida: dénme enemigos de mi patria y de mi religion que combatir, contra ellos probaré mi valor; y en campo abierto, y en asaltos de plazas ganaré lauros y prez; y seré grande entre los grandes; y rico y estimado, podré ofrecer á la mujer que yo ame una mano codiciada por las mas ilustres damas.

De este modo soñaba despierto el jóven Fernando Perez del Pulgar, y así pasaron seis dias, sin que apenas se apercibiese de nada de cuanto le rodeaba, pues concentrado su espíritu en un solo objeto, á él únicamente atendia. Sin embargo, durante este corto período se habia ido labrando la urdimbre de su futura suerte. Doña Elvira estaba ya muy mejorada, y comenzaba á dar paseos por su cuarto; lo cual, unido á varios incidentes desagradables ocurridos entre los servidores de la casa y los de Sandoval, habia decidido á éste á continuar su viaje sin mas demora, aun á riesgo de que la jóven padeciese una recaida.— Sucedió que el ceremonioso maestresala Ortiz llevó muy á mal que uno de los criados del comendador se atreviese á entrar sin anunciarse, en la gran cámara del castillo, y llegó hasta decirle si era costumbre en casa de los señores principales faltar á las reglas de la buena crianza; movióse disputa, el comendador se enteró, y habiendo hablado con aspereza al maestresala, éste le previno que se reportase, pues trataba con un hijodalgo, aun

que pobre.—«Diablo de país este, dijo entonces el señor de Sandoval: aquí estoy por decir que hasta los alcornoques son hijosdalgo.» Rodrigo del Pulgar intervino, y reprendiendo á Ortiz, concluyó con estas palabras:—«Nadie, sin embargo, sería descomedido, si cada cual guardase á los demás las consideraciones debidas.»

No fué esto solo: el escudero Tristan salia por mañana y tarde, sin que nadie supiese á donde iba. El segundo día, estando él fuera del castillo, y paseándose por los alrededores cuatro de los hombres de Sandoval, fueron acometidos á boca de noche por otros cuatro, que los corrieron á palos. El comendador pidió una reparacion de aquella ofensa: el anciano Pulgar intentó dársela castigando á los agresores, pero no pudo averiguar quienes fueron: sin embargo, Tristan se reia con mucha sorna al hablar de aquella aventura, más cuando le preguntaban algo sobre ella, se encogia de hombros.

En este intervulo llegó al castillo un mensajero de Valladolid, el cual habiendo entregado á Rodrigo una carta, pasó allí la noche y volvió á partir con la respuesta á la mañana siguiente. El comendador, enterado de esto por uno de sus escuderos, y recelándose de alguna traicion, llegó á temer por su seguridad. Todo conspiraba para desviar á dos familias que, atendidas las circunstancias en que se habian conocido, parece que estaban predestinadas á estrechar una amistad invariable. Así habria sucedido, aun á pesar de los desagradables episodios que dejamos apuntados, si la animosidad de partido y el orgullo desmesurado del comendador, no se hubieran sobrepuesto en él á las dulces inspiraciones de la gratitud. Pero, por desgracia, este noble sentimiento, si por un instante pudo hablar á su corazon, pronto quedó ahogado entre el oleaje de las pasiones mas ruines; la vanidad ultrajada engendró el desprecio y el rencor, y el recelo y la desconfianza, con su séquito de bajas sospechas, produjeron el ogoismo mas suspicaz é ingrato: hasta el recuerdo de los recientes favores, despertaba en el ánimo de Sandoval ideas de humillacion, y servia para enfurecerle contra sí mismo por haberlos recibido, haciendo que interpretase los rasgos de

ingénita franqueza del hidalgo de Pulgar como insultos groseros, prodigados en consecuencia de la superioridad que daba á este último su calidad de favorecedor.

En tal estado se hallaban las relaciones de los dos nobles la tarde del sexto día de su conocimiento. Fernando del Pulgar apenas había reparado en tan deplorables disidencias; pero entre tanto su padre, que en todo estaba, no dejó de notar su repentino cambio de conducta. Mandóle llamar, y retirándose con él á la biblioteca del castillo, le habló de esta manera:

—Veinte años has cumplido ya, Fernando mio: eres un hombre, y como tal, es menester que comiences á dar pruebas del valor, que á modo de riqueza inestinguible, está vinculado en tu familia. Tiempo es ya de que salgas de este rincón oscuro, para buscar en los campos de batalla el laurel y la fama, sin los cuales no puede vivir un hidalgo de tu sangre.

Fernando oía este discurso con la cabeza baja, y sin dar ninguna muestra de su juvenil entusiasmo.

—Vas á correr peligros, hijo mio, continuó el anciano; á esponer tu vida en los combates, y acaso á perderla, como tu bisabuelo y tu abuelo, que sucumbieron felizmente, defendiendo á su patria. Lleva grabadas en tu memoria sus proezas, para que te sirvan de ejemplo, y haz, como ellos, que tu espada esté pronta siempre para defender al desvalido y menesteroso.... Pero no me escuchas, Fernando. ¿Será acaso posible que á los veinte años se haya helado en tus venas la sangre de los Pulgares?

—¡No, padre mio, no! exclamó el jóven, levantando su rostro pálido, como si le hubiese herido un puñal. El sagrado fuego del heroísmo, que condujo á mis abuelos á morir con gloria, no se ha estinguido en mi pecho. Envidio sus hazañas, y os juro por la fé de Pulgar, que no habrán de poder contar las mias los nacidos, si Dios me dá vida y próspera suerte. Pero, ¿dónde están los enemigos de mi religion y de mi patria, que debo combatir? ¿dónde la guerra digna de que un Pulgar la ilustre con sus proezas?.... ¡Oh! ¡Doloroso es pensarlo! Padres contra hijos, hermanos contra hermanos son los que van á esgrimir

las armas en la próxima lucha. ¿Y extrañáis que mi corazón no palpite con el fervor propio de su sangre?

—No me desagrada oírte hablar de esa manera, Fernando, repuso el anciano; pero tu corazón te engaña, y ese discurso que ahora pronuncias, no habría salido de tus labios hace ocho días. Temo profundizar con mi pensamiento en el fondo de tu conciencia; que si no, te diría la causa de esta mudanza.

El rostro del joven se cubrió de rubor. Rodrigo continuó después de una breve pausa:

—¿Preguntas dónde están los enemigos de tu patria? ¿Cómo lo has olvidado? Los que se oponen á la voluntad del reino junto en Cortes: los que de tierras extrañas vienen, talando la nuestra, á imponernos su ley; los que, ciegos de codicia y ávidos de desgobierno han mantenido á Castilla en continua discordia por espacio de veinte años, y ahora prestan su apoyo á un rey extranjero y á una princesa por ellos mismos deshonrada, ¿pueden llamarse amigos de la patria? ¿Qué importa que algunos hayan nacido en Castilla, si desgarrando las entrañas de su madre, han perdido el título de hijos? Yo he derramado mi sangre en Olmedo, peleando contra los mismos que hoy defienden á la Beltraneja; entonces era tiempo todavía de salvar el honor del trono, y acudí á su defensa; esos hombres han consumado su derrota, y ahora ya, sobre el honor de la corona, está la honra de la patria: esa te toca sostener, continuando la obra malograda de tu padre. Vé si es empresa digna del valor de los Pulgares.

Calló Rodrigo, y como Fernando, aunque lanzaba por los ojos destellos de ardor y convencimiento, permanecía silencioso, después de observarle un momento, prosiguió con estudiada ironía:

—No pretendo, sin embargo, infundirte alientos, que han de nacer del corazón: contando contigo he empeñado mi palabra de que irás á la guerra, y ¡vive Dios! que la palabra de un Pulgar vale por mil juramentos. Si no te sientes con valor suficiente para arrostrar la lucha tan temprano, iré yo en tu lugar: y á los que me pregunten, les diré, que mi hijo se guarda para empresas mas altas.

—¡Padre! ¡Padre! No me ofendais..... Ahora mismo quiero partir.

—¡Ah! ¡Bien sabia yo que hay en ese pecho un corazon de Pulgar! exclamó el anciano abriendo los brazos y disimulando sus lágrimas. Ven aquí, ven, y aprieta..... ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Qué oiga yo su nombre repetido con aplauso en boca de los buenos!.....

Un breve rato permanecieron estrechamente abrazados padre é hijo, y luego que la emocion dió treguas al raciocinio, dijo el primero:

—Todo está ya dispuesto, y mañana partirás, Fernando mio. Mira esta carta, que ayer recibí de tu buen tío D. Luis Osorio: (y le mostraba un papel que habia sobre una mesa): ayer me la trajeron de Valladolid, y no pensaba enseñártela por temor de que despertase en tí la vanidad, vicio feo que envilece á los hombres y empaña su mérito. En ella me dice tu tío que la reina tiene ya noticias de tí; de modo que te aguardan en su ejército, y tendrán en tus hechos puestos los ojos. Acuérdate siempre, hijo mio, de la divisa de tus mayores: *el Pulgar quebrar y no doblar*. Sé duro en la pelea, muere, si Dios te reserva ese destino, pero no cedas: en la victoria muéstrate generoso y magnánimo con los caidos: tiéndeles tu mano amiga, que Dios te recompensará. Que nadie te aventaje en lealtad, liberalidad y nobleza: ten por modelos á esos dignos héroes que te contemplan (y señalaba á los retratos de familia pendientes de las paredes), los cuales desde el cielo, repetirán sobre tí mis bendiciones.

—No dudeis, padre mio, repuso el jóven, que seré digno de vos y de ellos.

Era ya de noche, cuando, despues de esta escena, Fernando se separó de su padre. Estaba sumamente conmovido, y salió á una plataforma del castillo, que se estendia delante de las obras centrales, á fin de respirar el aire libre y dar ensanche á su corazon agitado. El momento era solemne: despejado el cielo, revelaba á la tierra los mas recónditos tesoros que guarda en su inmensidad: la luna llena sonreia en el Oriente: la poblacion

de la Cortina, recostada en la falda del monte, murmuraba las oraciones de la noche, mientras los ecos repetían aun la voz de la campana de la parroquia; y algunos ruiseñores albergados en un soto á orillas de un vecino riachuelo, disipaban la tristeza de sus hembras con dulces gorjeos de amor.

El jóven dió algunos paseos por la plataforma, y se apoyó en una almena para contemplar el bello espectáculo de la naturaleza. Su pensamiento, despues de girar sobre mil objetos, fué á posarse, como una paloma rendida, en el recuerdo de doña Elvira.

«¡Oh! ¡y qué dias tan felices pasaria yo con ella en este tranquilo retiro!» pensó Fernando. —Y volviéndose, vió iluminada una ventana que pertenecia al aposento de la jóven. —«Si yo pudiese, al menos, hablarla un momento á solas y despedirme de ella, murmuró, partiria satisfecho» ... Pero, no: ¿á qué hablarla, si no he de franquearle mi corazon? ¿Y no es un delirio pensar en ella? ¿Quién sabe si se acordará ya de mí?

Diciendo esto, el jóven apartó la vista de aquella ventana, y se quedó pensativo.

Una campana anunció á los habitantes del castillo la hora de cenar, y sacó de su meditacion á nuestro jóven, el cual se encaminó lentamente hácia la puerta que daba salida á la plataforma. Cerca ya de ella vió tres mujeres que venian en direccion opuesta: se detuvo, y reconoció en una de ellas á Elvira: habian estado paseando sin verse en los dos extremos de la azotea.

—¡Elvira! exclamó el jóven sin poder dominar su emocion!

—¡Fernando! murmuró turbada la doncella.

—¡Oh! ¡Qué felicidad! ¡Ya estais buena!

—Sí, gracias á vuestros prontos auxilios.

Siguió á estas palabras un intervalo de silencio, que rompió al fin Fernando diciendo:

—Os dejo, amiga mia: mañana parto.

—Yo tambien.

—Acaso no nos volveremos á ver.

—¡Oh! ¡No digais eso, Fernando! ¿Quién sabe lo porvenir?

Los dos jóvenes temieron haber dicho demasiado, y pasaron

á dentro, sin atreverse á proferir mas palabras. Despues entraron por puertas diferentes en la sala, donde les aguardaban sus padres, sentados á la mesa. Era la primera vez que Elvira les acompañaba.

La cena fué silenciosa y triste á pesar del cuidado que Rodrigo ponía en amenizarla con su conversacion. Fernando y Elvira, sentados uno en frente del otro, sellaron, sin embargo, un pacto de alianza con sus miradas, que en rápidos destellos reverberaban el amor y la amargura.

Al amanecer del dia siguiente habia un inusitado movimiento en el castillo del Pulgar. Los escuderos de Sandoval preparaban sus equipajes y caballos y los de sus señores. Tristan de Montemayor traía revuelta toda la servidumbre de la casa, y desde las caballerizas hasta la sala de armas, desde la cocina hasta la gran cámara, no habia rincon que no invadiese con sus arreos de guerra y de viaje, lo cual causaba la desesperacion de maese Ortiz. Tristan era el escudero que debia acompañar á Fernando del Pulgar en su primera salida. Despues de haber bruñido, á fuerza de limpiarla, una antigua armadura para su señor, la que le pareció mas adecuada entre las que se conservaban de la familia, se habia vestido él mismo un camisote de mallas, teniendo el mal gusto de escoger para cubrirse la cabeza, un capacete con visera de gavilanes, que daba á su rostro una espresion feroz y sombría. Engalanado con estos atalages, y haciendo resonar en el pavimento unas gruesas espuelas, andaba de una parte á otra, dando órdenes á cuantos encontraba, con mas desenfado que pudiera hacerlo un señor de horca y cuchillo. Su atencion activa y vigilante estaba particularmente concentrada en la cocina, donde habia mandado preparar medio corzo y medio ternero fiambre, con el pan y vino correspondiente.

—¿Pero á que fin tantas provisiones, señor Tristan? le decia la señora Nicolasa, el ama de gobierno. ¿Vais acaso á cruzar algun desierto? ¿Y luego cómo las llevaréis? Vuestra mula no es ningun carro, y esto se podrirá antes que lo comais.

—No paseis pena por eso, señora Nicolasa, respondia Tris-

tan: yo me entiendo. Vá con nosotros además Rodrigo Velazquez, el abijado del señor, y aun temo que sea poco lo que llevamos: añadid, si os parece, una buena lonja de pernil.

—¡Ave María purísima! Esto es peor que si hubieran entrando los moros á saqueo.

—Yo me entiendo, señora Nicolasa: yo me entiendo.

Entre tanto, D. Pedro de Sandoval con su hija y toda su gente montaban á caballo en el patio del castillo. Rodrigo y Fernando del Pulgar estaban allí para despedirles. El comendador dió su mano al hidalgo y á su hijo, y les deseó cortesmente una ocasion en que poder pagarles la hospitalidad.

—Nada hemos hecho que no sea de nuestro deber, contestó Rodrigo; así que estamos quitos, y solo resta por mi parte, desearos un buen viaje.

Fernando y doña Elvira se miraron afectuosamente, y la jóven apartó la vista para ocultar sus lágrimas.

Inmediatamente rompió la marcha el comendador, y Fernando permaneció en la puerta del castillo, hasta perder de vista el flotante velo blanco de la noble doncella. Entonces ahogando su emocion, se volvió á dentro y comenzó á llamar á Tristan á grandes voces:

—¡Mi caballo, Tristan! ¡Mis armas! No perdamos el dia.

En poco tiempo estuvo armado el bizarro jóven: su arrogante figura parecia formada exprofeso para llevar el lucido arnés, y su cabeza juvenil, cubierta con el acerado yelmo, tenia la dulce majestad de la de Palas.

Rodrigo, ya que no podia enviar á su hijo con un séquito numeroso de hombres de armas, habia dispuesto que al menos le acompañase mas de un escudero, y un tal Rodrigo Velazquez, ahijado suyo, se presentó en el castillo con armas y caballo, y ayudó á Tristan en sus preparativos de marcha, despues de lo cual salió delante á despedirse de su familia.

Fernando apretó la mano á todos los servidores de su padre, recibió la bendicion y un abrazo del capellan, y se dispuso á partir: fuera de la puerta principal aguardaba Tristan, teniendo del diestro el caballo de su señor y su mula cargada de víve-

res, y en la otra mano la lanza y el escudo del novel campeón. Rodrigo repitió á su hijo los consejos que la noche antes le habia dado, y añadió abrazándole con efusion de cariño:

—Vé á la guerra, Fernando; vé á combatir á los enemigos interiores y exteriores de tu patria: vé, hijo mio, y sosten con gloria el blason de tus abuelos.

El anciano abrió sus brazos: Fernando se desprendió de ellos con los ojos arrasados en lágrimas, y saltó sobre su caballo sin poner el pié en el estribo; en seguida picó al generoso bruto, que se gallardeaba orgulloso de su noble carga, y salió al paso diciendo:

—¡Adios, padre! ¡Adios, amigos!

Todos los habitantes del castillo salieron al puente, y permanecieron agrupados contemplando al brioso mancebo, que seguia su camino, volviéndose de trecho en trecho para saludar con la mano. Los corazones conmovidos enviaban á los ojos el rocío de la ternura. Cuando ya se le perdió de vista, el grupo se rompió por sí mismo, y la señora Nicolasa exclamó, enjugándose las lágrimas con sus tocas:

—¡Qué hermoso vá! ¡Dios le bendiga y le libre de mal!





Vé, hijo mio, y sosten con gloria el blason de tus abuelo.

The first part of the chapter discusses the general principles of the subject, and then proceeds to a detailed examination of the various aspects of the problem. The author's main argument is that the current approach to the subject is flawed, and that a new perspective is needed. This is supported by a series of arguments and examples, which are presented in a clear and logical manner. The chapter concludes with a summary of the author's findings and a final statement on the importance of the subject.

In conclusion, the author believes that the subject is of great importance, and that the current approach to it is flawed. A new perspective is needed, and the author has provided a series of arguments and examples to support this claim. The chapter concludes with a summary of the author's findings and a final statement on the importance of the subject.

CAPITULO III.

De como Tristan de Montemayor encontró quien le ayudase á comer sus provisiones.



PUDIERA compararse el corazon humano á una planta, que halla en sí misma los recursos naturales para resistir á las injurias de la intemperie, y para reponerse de las pérdidas que le ocasionan las influencias destructoras.

Fernando del Pulgar sentía, con toda intensidad propia de la juventud y de una constitucion vigorosa, las heridas que un amor repentino y acaso inaccesible, junto con una separacion tal vez perpétua, habian abierto en su corazon; iba por lo tanto, camino de Leon, triste y pensativo; pero el mismo vigor de su naturaleza juvenil le prestaba nuevos bríos, abriendo todos sus poros á la percepcion de la alegria que, derramada en los campos, en el cielo y hasta en la conversacion de sus compañeros de viaje, se infiltraba, sin sentirlo él mismo, en su espíritu, y le distraia, obligándole á seguir la variedad de los objetos.

Para un corazon jóven todo el universo material y espiritual se reviste de rosado color. ¿Cómo, sin esto, podria traspasar el

hombre el borrascoso piélagos de la vida, en la edad del sentimiento, precisamente cuando no hay roce, por suave que sea, que no le hiera, como el cardo en carne viva?

Fernando anduvo la primera legua de su jornada profundamente caviloso, y sin atender á sus escuderos, que marchaban detrás de él, engolfados en divertida plática; la aspereza del camino y los malos pasos que encontrára al atravesar la selva, sin distraer su pensamiento de doña Elvira, le habian recordado el momento de peligro en que la salvó de la muerte, dando un giro agradable á sus ideas; pues haciéndole complacerse en los efectos de su agilidad y valor, comenzó á exaltarse su fantasía caballeresca, y á predominar en él su innata inclinacion á los lances azarosos. Despejándose luego el horizonte ante su vista, y dominando desde las alturas dilatados espacios, las graciosas ondulaciones del terreno, los accidentes variados de la vegetacion, las lejanas llanuras, los paisajes diferentes que aparecian y desaparecian con la interposicion de una montaña, todo contribuia poco á poco á despertar en su ánimo los placeres de la vida aventurera, y á desvanecer aquella tristeza, que no era natural en su carácter.

Tristan vino á completar esta reaccion favorable, dirigiendo la palabra á su señor. Acababan de doblar la cima de una montaña, y á lo lejos, entre los repliegues del terreno, se descubria el curso tortuoso y profundo de un arroyo.

—Desde aquí estoy viendo, dijo Tristan, el paraje donde vamos á comer hoy. ¿Qué os parece, señor?

—Páreceme, Tristan, contestó Fernando, que siempre has sido demasiado gloton, y que es necesario mudes de costumbres. Lo que yo veo es un paisaje admirable, aun que tan quebrado, que dudo sea fácil atravesarlo á caballo.

—Por lo mismo, señor, no habrá en el mundo un sitio mejor para echar una cana al aire. A medio dia, cuando el sol caliente, será delicioso meterse en aquella profunda cañada que allí se divisa, y á la sombra de los abetos, roerle los huesos á una pierna de corzo y empinar la bota hasta que Dios diga bueno. Vamos que para un caballero como vos, no dejará de

ser grato brindar en la márgen del Orbigo, á la memoria del invencible paladin D. Suero de Quiñones, el que rompió trescientas lanzas con otros tantos campeones y quedó dueño del palenque.

—¿Aquel barranco es el Orbigo?

—El mismo: y es lástima que no podamos seguir su curso, por tener que dejarlo á la derecha, pues de lo contrario os enseñaría el famoso puente donde aquel caballero hizo tantas proezas por librarse del cautiverio en que le tenia su dama. Mi padre se halló presente al *paso honroso*: fué esto en tiempo del señor rey D. Juan el segundo, y en la época de la romería á Santiago de Compostela por el mes de julio. Sucedió que una dama, de quien D. Suero andaba enamorado, mandó á éste llevar al cuello una argolla de hierro, en señal de ser su siervo, y obligóle á no quitársela, mientras por via de rescate no rompiese trescientas lanzas por el asta en un torneo. El caballero, viéndose en tal premia, pidió permiso al rey para suplicar á todos los paladines de la cristiandad viniesen á singular combate con él y otros nueve sus mantenedores. Publicóse por pregones y carteles la justa descomunal, y puesto el palenque junto á cierto puente que está sobre el rio Orbigo, en el camino que vá de la ciudad de Leon á la de Astorga, estuvo allí el honrado caballero treinta dias cumplidos, defendiendo el paso. Acudieron en socorro de D. Suero para librarle de su cautiverio, juntando con él, campeones de Francia y de Alemania y de otros reinos; amen de los españoles que fueron muchos: á todos dió armas y caballos y ninguno le venció, que fué grande hazaña.

Trazas llevaba el escudero de referir, segun habia oido contar á su padre, todos los pormenores de aquella justa monstruosa; y lo habria hecho, puesto que su jóven señor le escuchaba complacido y entusiasmado, envidiando tal vez en su interior la ventura del campeón que tamaña empresa acometiera, por complacer á su caprichosa dama, cuando á lo lejos brilló un reflejo de armas entre la espesura de un sotillo, cerca del arroyo, hácia el cual nuestros viajeros descendian; y llamando esto la atencion de Pulgar, hizo que se suspendiera el relato.

—A ver, dijo el jóven: guarda para otra ocasion tu bella historia, y puesto que tienes alguna esperiencia de mundo, mira si puedes explicarme qué es aquello que allí bajo se divisa.

—Juraria que es gente armada, señor, contestó Tristan, guiñando el ojo á su compañero.

—Si no me sabes decir mas que eso, replicó Fernando Perez, tanto valdria que fueses mudo. Ya veo que es gente armada: pero ¿qué clase de gente? ¿Qué puede aguardar allí emboscada?

—Quién es capaz de saberlo, señor.

—Yo lo sabré, y muy pronto, repuso el jóven.

Y sin pararse á reflexionar un momento, enristró la lanza, melió espuelas á su caballo, y partió á galope hácia los desconocidos. Tristan, que tal vió, y que sin duda tenia sus motivos para temer un choque entre su amo y aquella gente, trató de seguir á los alcances del primero; mas, pronto conoció que una mula cargada de víveres no servia para disputar á un caballo la carrera, y comenzó á gritar, diciendo:

—Teneos, señor, teneos, que ya los he conocido, y no son enemigos, sino buenos hidalgos, que nos aguardan para ser de nuestra compañía.

Pero viendo que Pulgar no le escuchaba, y antes proseguia con ímpetu su carrera, exclamó:

—¡Santa Virgen de Covadonga! ¿Por qué no le habré advertido antes? ¡bestia de mí! Los vá á ensartar con la lanza á todos cuatro como cuentas de rosario. Y no es lo peor que los ensarte; sino que pierdo mis reclutas..... ¡Eh, señor, deteneos!

A pesar de los gritos y exclamaciones de Tristan, el novel campeón continuaba su carrera tendida hácia los emboscados, que eran cuatro, como acertadamente habia dicho el escudero, dos de ellos, viéndole venir, se apresuraron á montar á caballo, y requirieron las armas: los otros dos no tuvieron tiempo para tanto.

Pulgar se detuvo á una corta distancia de ellos, creyendo reconocer sus fisonomías, y les dirigió la palabra.

—Si sois hidalgos honrados y vais tranquilamente á vues-

tros negocios, les dijo, podeis contar con mi compañía y mi espada, pero si alguna mala intencion os tiene aquí en acecho, bueno será que encomendeis á Dios vuestras almas, porque estais en peligro de muerte.

Uno de los ginetes desconocidos, hombreton rubio y de espesa y revuelta barba, contestó:

—Hidalgos somos, y os esperamos dispuestos á cortaros el paso, y á saber si sois tan estremado en los hechos como en las palabras pareceis.

—¡Vive Dios, exclamó Pulgar, que pronto lo heis de saber!

—Pues bien, repuso el rubio: acortemos de razones, y ven-gamos á las manos, en el concepto de que estos hidalgos y yo hemos convenido en que si os venzo, vos y vuestros escuderos me pertencereis y habreis de seguirme, como vasallos, á donde me plazca; y si, por el contrario, me venciereis, yo y todos ellos seremos vuestros hasta la muerte, y os serviremos con nuestras personas y bienes, cuando los tengamos.

—Acepto las condiciones; pero hemos de pelear á caballo, á pié, con armas y sin ellas.

—Convenido.

Y sin hablar mas palabra, los dos combatientes tomaron campo en una pradera, que se estendia delante del bosque á orillas del arroyo que por allí corria. Tristan llegaba en este momento espoleando su cansada mula, y Rodrigo Velazquez acudia tambien solícito á ponerse de parte de su señor.

—Ténganse, por Dios, señores, gritaba Tristan: si quieren probar sus fuerzas, aquí les traigo carne abundante y vino rancio, que pueden beber hasta caer. Echar pié á tierra, señor de Aguilera, y no hagais armas contra mi señor, que esto no es lo prometido.

—¿Qué dice este loco villano? exclamó Pulgar volviéndose hácia su escudero.

—Señor, yo no soy loco ni villano, repuso Tristan: digo que ese hidalgo, y los otros tres que nos oyen, me habian prometido juntarse con nosotros, y seguiros como feudatarios al campo de la reina: y claro que, si por ventura les habeis provocado,

no conociéndoles, que no valga el reto, como no sea el que yo les habia propuesto de beber una azumbre por barba en buena paz y armonía.

—Eso será despues, contestó Gerónimo de Aguilera. Primero hemos de ver si el señor Fernando Perez tiene tantos brios como manifiesta; pues no he de entregarme á quien no valga mas que yo, cuando no hay superioridad conocida entre un Pulgar y un Aguilera.

—Eso está bien dicho, repuso Fernando Perez. Basta pues de conversacion, y á la prueba, á la prueba.

Dicho esto, el jóven tiró de las bridas de su caballo para tomar otra vez campo: lo mismo hizo Aguilera, mientras Tristan y Rodrigo se colocaban á un lado enfrente de los otros aventureros, como simples espectadores, y dispuestos á entrar en la pelea, si por acaso tomasen aquellos parte por su compañero.

Los dos campeones salieron á buen trote, y se encontraron en la mitad del campo partido: las lanzas de ambos dieron con igual ímpetu en los escudos, pero menos seguro el pulso de Aguilera, la suya resbaló, yéndose por alto, en el de Pulgar, mientras la de éste penetró recta, pasando de parte á parte la chapa de hierro y la madera del broquel de su contrario, y hasta le abolló el peto, impeliéndole con fuerza hácia la grupa.

—¡Buen puño! gritaron á una vez Aguilera y los otros tres aventureros.

—Cubríos mejor otra vez, dijo Pulgar; porque os voy á meter la lanza por el mismo sitio.

—¡Imposible! murmuraron todos los espectadores, menos Tristan, que se sonrió con muestras de aprobacion.

El segundo encuentro amenazaba ser terrible: los caballos, poseidos ya de belicoso ardor, marchaban como fúrias uno contra otro: los espectadores, como inteligentes en lides, preveian que los contendientes no llegarían á tocarse con las lanzas, pero que sus corceles chocarían, derribando al mas débil el de mas empuje: si los campeones acertaban sus golpes, uno de ellos, ó acaso los dos podían quedar muertos en el acto. Fernando lleva-

ba la lanza alta y el cuerpo tendido adelante, completamente cubierto con el pavés; pero á la distancia mas corta necesaria para dar la embestida levantó el brazo, bajó la punta, y antes que Aguilera pudiese reparar esta rápida maniobra, le metió la lanza, segun habia dicho, por el agujero del escudo, y asestando el golpe con un empuje de rebote, le sacó de la silla. Los caballos se chocaron al mismo tiempo, y el aventurero cayó al suelo por las ancas del suyo.

Los espectadores aprobaron con frenéticos aplausos esta lanzada maestra, en tanto que Pulgar echaba pié á tierra, y acudia á levantar á su contrario.

—No debeis de estar herido, le dijo con la seguridad de quien sabe lo que ha hecho.

—No creo que me hayais herido, contestó Aguilera; pero estoy magullado.

—En ese caso dejaremos por hoy el combate, repuso Pulgar, y otro dia lo continuaremos: no quiero llevaros ninguna ventaja.

—¡Pardiez! Me las llevais todas, replicó Aguilera levantándose con trabajo. No habria sido yo tan generoso, si hubiera tenido la suerte de desmontaros. Dadme esa mano para besárosla en señal de vasallage, pues bien merece ser mi superior quien, á vuestra edad, me iguala en valor y nobleza, y me aventaja en fuerzas y generosidad.

—Alzaos, amigo, dijo Pulgar: yo no puedo tomaros por vasallo, sino cuando mas por compañero: no soy bastante rico para llevar hidalgos á la guerra bajo mi pendon. Pero, si no me equivoco, sois uno de los adictos partidarios de la reina doña Isabel, que cenaron noches pasadas en mi casa: iremos juntos al ejército leal, y lo que ganemos formará nuestro patrimonio feudal.

—Señor, dijo Tristan: lo pactado se ha de cumplir. Yo he trabajado mucho para traer estos cuatro hidalgos á vuestra compañía: ellos han querido además someterse al vencedor, y el trato es trato. Por lo demás, yo, como repostero mayor de vuestra merced, voy á disponer el banquete en que seais reconocido por vuestros feudatarios.

—Dice bien el amigo Tristan, repuso Aguilera. Si os hubiese yo vencido tendria derecho para exigiros el vasallage pactado. ¿Por qué no usareis vos de este derecho que os reconozco? ¿Será que desdenéis mis servicios y los de mis compañeros?

—No, eso no; ya os he dicho que á donde yo vaya ireis vosotros.

—Pues bien, concluyó Aguilera, haciendo seña á sus amigos para que se acercasen, y dando cierta solemnidad á sus palabras: nosotros, Gerónimo de Aguilera, Montesino Dávila, Cristóbal de Castro y Álvaro Peñalver, hidalgos de buena sangre y nobles por todos cuatro costados, juramos por el santo nombre de Dios y por la fé de nuestra stirpe acataros y serviros á vos Fernando Perez del Pulgar; como al mas valiente y diestro, y os hacemos pleito homenaje, como á nuestro señor natural; y prometemos seguiros á la guerra y defender vuestra persona, siempre que vos protejais y defendais las nuestras, como es debido, en toda ocasion y lugar. Y de este pacto jurado hacemos testigos, primero á Dios, que nos ha de juzgar, y despues á los nobles escuderos presentes Tristan de Montemayor y Rodrigo Velazquez, para que nos acusen de traidores, si faltásemos á nuestra palabra.

Pulgar oia este discurso con asombro, aunque no sin dignidad, como quien dudando de su propio mérito, sentíase no obstante, capaz de mandar á otros hombres. Así, pues, con corteses palabras aceptó el homenaje que se le hacía, y que confirmaron los demás aventureros, y mandó á Tristan que dispusiese la comida para todos.

Tristan tendió en seguida sobre la pradera sus abundantes provisiones, y nunca mas alegre y cordial banquete se dió en dorados palacios, que el que allí, al aire libre, á la sombra de los árboles, celebraron aquellos siete hidalgos, de los cuales uno solo tenia solar conocido.

Al concluirse la comida, Pulgar mandó á Tristan traer el dinero, que le habia entregado su padre para atender á sus necesidades, y presentándolo á los aventureros, les dijo:

—Ahí están los bienes que poseo: son los únicos feudos que puedo repartir entre vosotros.

—Bueno es eso, contestó Aguilera: guardad vuestros fondos, que antes á nosotros toca pagaros tributos, que recibir mercedes. Ahí vá el mio, (añadió echando su bolsa en el monton); y que nuestro proveedor Tristan, se cuide de administrar nuestra hacienda.

—¡Es muy justo! dijo Montesino Dávila, poniendo tambien su dinero en el fondo comun.

Lo mismo hicieron los demás, con lo que Pulgar se encontró bastante rico para no temer ya por la provision de su gente. Tristan recogió el dinero y los restos de la comida, y habiéndolos acomodado sobre la mula, todos se dispusieron para marchar. Era ya mas de medio dia: para llegar á Leon antes de la noche, necesitaban apretar el paso, adelantando lo atrasado: y así lo hicieron, sin que en el resto del camino hasta aquella ciudad les acaeciese nada digno de escribirse en esta verídica historia.



CAPITULO IV.

Donde se verá que el miedo y el error hacen valer á cada hombre por diez.



Si Gerónimo de Aguilera y sus compañeros se hubiesen agregado buenamente y sin condicion á la comitiva de Fernan Perez, segun habia tratado con el escudero Tristan, por convenirles ingresar en el ejército de doña Isabel unidos con alguna persona de influencia, nuestro jóven campeón no habria podido contar con ellos mas tiempo que el de su viaje, y el necesario para que encontrasen otra colocacion mas ventajosa: pero habiendò mediado un combate singular con las circunstancias que dejamos referidas, los cuatro hidalgos debian considerarse como hombres propios de Pulgar, y éste no disimulaba la satisfaccion que sentia al verse al frente de seis escuderos armados y montados que eran suyos, y podia ofrecerlos á la reina, con el doble mérito de que, careciendo de recursos para tanto, habia suplido con su esfuerzo y destreza lo que no le era dado hacer con su escasa fortuna.

Poseído de este noble placer, y pensando en el gozo que daría á su tío D. Luis Osorio, presentándose en Valladolid con tan buena compañía, nuestro jóven, si no olvidaba á doña Elvira de Sandoval, por lo menos llevaba en sí un poderoso lenitivo al mal de ausencia. Sin embargo, de tiempo en tiempo suspiraba, recordando que el comendador era su enemigo político, y presumiendo que en dias no lejanos podia encontrarse con él en el campo de batalla, donde la ley del honor le obligaria tal vez á derramar su sangre.

A medida que avanzaba en su marcha hácia la corte de Castilla, pasando por comarcas contiguas al teatro de la guerra, mil incidentes le salian al encuentro para arraigar en su espíritu estos presentimientos dolorosos. En unas partes veia los campos talados; tendidas por el suelo, segadas ó pisoteadas las verdes mieses, que habian servido de forraje á los caballos: en otras encontraba los vestigios del paso de algun destacamento extranjero que se señalaban, ya por los rastros de sangre de un rebaño alanceado, ya por una aldea saqueada y desierta de sus moradores, ya en fin por la columna de humo de algun bosque incendiado; pues todas estas violencias eran buenos actos de guerra en aquellos tiempos de ferocidad. Otras escenas mas lamentables aun afligian con frecuencia su corazon generoso, y le estimulaban el deseo de señalarse defendiendo á los débiles. Muchos señores encastillados en sus inaccesibles fortalezas caian como aves de rapiña sobre los indefensos habitantes de las llanuras, y sobre los vasallos de sus vecinos. Los desórdenes, las vejaciones, los crímenes de toda especie, desencadenados durante la segunda mitad del reinado de Enrique IV, se cometian ahora en mayor escala por aquellos bandidos de blason, al abrigo del desquiciamiento consiguiente á una guerra civil, combinada con una invasion extranjera. No se respetaba ni aun el asilo de la religion: ni por otra parte dejaba de ofrecerse el espectáculo repugnante y lastimoso de escesos cometidos por algunos eclesiásticos, los mas indignos que han existido en España. Por do quiera se veian rastros del mas vandálico desenfreno.

Habian entrado ya nuestros caminantes en Tierra de Campos, y dejado á su espalda la villa de Mayorga, el tercer dia de su viaje, cuando á la caída de la tarde, y á tiempo que salian de un bosque plantado á las márgenes del camino, vieron venir multitud de gente, que corria dispersa, como si buscase una guarida en los montes comarcanos: mas lejos resonaba una espantosa gritería, y densas nubes de polvo y humo formaban una lúgubre cortina, tras la cual se ocultaba, sin duda, un sangriento drama.

Fernan Perez sintió arder en sus venas su sangre generosa, y volviéndose á sus escuderos, les dijo:

—Camaradas; el que se precie de noble y de valiente, que me siga: no sé lo que aquí sucede, ni de lo que se trata. Pero veo desgraciados perseguidos; míseros ancianos, débiles mujeres, y niños, espulsados seguramente de sus hogares, y nuestro deber es protegerlos contra sus ofensores, quienes quiera que sean.

—Ved, señor, donde os meteis, contestó Tristan: á lo que entiendo, y no en vano tengo cuarenta años y experiencia, eso que aquí vemos es la desolacion de algun pueblo, quizá el castigo de unos vasallos rebeldes á su señor, ú otra cosa que no nos importa; y como los autores de ese estrago no serán pocos, vamos á esponder la vida sin provecho.

—¡Cobarde! prorumpió Pulgar; guarda el miedo para tí solo, y no pretendas enseñarme á contar los enemigos. Si no te importa la desgracia de tus semejantes, á mí sí: quédate ahí, que tus compañeros me seguirán.

—¡Oh! señor, no me llameis cobarde: no lo soy, repuso Tristan. Yo iré delante de vos y sabré morir el primero.

Estas palabras acabaron de enardecer á los demás escuderos, que, como jóvenes todos y ávidos de aventuras, se precipitaron sin reflexion en seguimiento de Pulgar.

Los primeros fugitivos que encontraron fueron un viejo de cincuenta años y una mujer: el viejo llevaba al hombro un paquete de ropa: la mujer apretaba contra su pecho una criatura de pocos meses, y tenia de la mano un niño de seis años, el cual

volvía de cuando en cuando la cabeza descubierta, con el terror pintado en su rostro de inocencia.

Pulgar los detuvo, y les preguntó por qué huían.

—¡Ay, noble señor! contestó la mujer sollozando: ¿quó veis lo que sucede? Han incendiado nuestras casas: nuestros maridos y hermanos pelean como pueden, los infelices, defendiendo sus hogares y familias; pero los otros están mejor armados y los matarán. ¡Dios mio! Y todo por la lujuria de un abad, que estará ardiendo en los infiernos. ¡Dios me perdone!

—Pero, ¿cómo es eso? replicó Pulgar: ¿quiénes son esos otros que os maltratan? ¿Qué abad es ese de quien habláis?

—Señor, dijo á su vez el anciano: la historia es larga, y no podemos detenernos, que si no, de buen grado os la contaría. Nuestros enemigos son los vasallos del abad del Cerrato, los monjes: se han juntado con los vecinos de la inmediata villa de Aguilar, que de antiguo están con nuestro pueblo en continua guerra; y mas ahora, porque nosotros defendemos á doña Isabel y ellos á la Beltraneja; y so pretexto de vengar la muerte del abad, esta mañana nos han cogido de sorpresa y han hecho lo que veis. ¡Oh! ¡Dios mio! añadió el viejo saltándosele las lágrimas; ¡que no tuviese yo veinte años!

—Pero ¿esos monjes... ese abad...? repuso Pulgar indeciso.

—Esos monjes, señor, son unos bandidos, unos facinerosos: ¡Dios me perdone! Ninguna de nuestras hijas está segura de sus garras en esta comarca: nadie puede pasar por las inmediaciones al coto redondo del Cerrato, sin pagarles un tributo. El abad ha muerto á puñaladas, —¡castigo de Dios!— por haber querido robar del altar á una jóven que se estaba desposando. ¡Hija de mi alma! ¡Quizá en estos momentos serás presa de esos malvados!

—Anciano, replicó el jóven campeón: si es verdad todo lo que me decís, por mi alma, que sereis vengado; pero si habeis mentido, ¡ay de vos!

—Así Dios me salve, señor, como os he dicho la verdad.

—¡A escape, amigos! gritó Pulgar, ¡no es de nobles consentir tanta vileza!

Y metiendo las espuelas á su caballo, partió como una flecha en direccion al lugar de la refriega. Todos sus escuderos, y Tristan delante, segun habia prometido, le imitaron, lanza en ristre, ó espada en mano.

A la entrada del pueblo era espantoso el desórden: los fugitivos se atropellaban unos á otros, mientras sus feroces perseguidores los alanceaban ó acuchillaban sin misericordia: los hombres de vigor que mal armados habian sobrevivido á un gran número de sus compañeros, continuaban una desesperada resistencia, protegiendo la retirada á sus mujeres, hermanos é hijos. Cuando Pulgar se presentó en medio de ellos, temieron verse cortados por nuevos enemigos, y hubo momento de confusion; pero el valiente jóven les alentó, gritando:

—¡A recobrar vuestros hogares! ¡Nada temáis, que la reina os socorre! ¡Castilla y Aragon! ¡Vivan doña Isabel y D. Fernando!

Nadie creyó que siete hombres solos se presentasen con tanto arrojo á recobrar un pueblo vencido: la polvareda que levantaban los fugitivos y los caballos de los recién llegados campeones, impedia ver lo que habia detrás de ellos; y suponiendo todos lo probable, pronto corrió la voz de que una hueste numerosa de caballeros y hombres de armas estaba á las puertas de la villa: no faltó quien, alentado por la esperanza ú ofuscado por el terror, notando la juventud del guerrero que venia delante, dijese que la hueste era mandada por el rey Fernando en persona.

Los agresores volvieron inmediatamente las espaldas, comunicando el pavor á sus compañeros, que ocupados en el saqueo los unos, cargados otros de botin, y otros entretenidos en hacer cautivos, apenas tuvieron tiempo, sobrecogidos por la sorpresa, para buscar en la fuga su salvacion de un peligro imaginario. Pulgar, entre tanto, comenzó á herir en ellos, auxiliado eficazmente por las gentes del pueblo, á quienes su voz daba alientos; su ejemplo reanimaba los desfallecidos bríos de estos hombres sedientos de venganza, y el espanto de los, poco antes, vencedores les aseguraba el triunfo. Nadie osaba volver atrás la

cara; si algun enemigo se resistia, mas para defender su vida, que con esperanza de recobrar las perdidas ventajas, pronto recibia el castigo de su atrevimiento. El atropellado desórden con que los mas buscaban una salida, era causa de mayor confusion y sobresalto; á la voz de «¡el rey viene!» los jefes de aquellas bandas de foragidos fueron los primeros que procuraron salvar sus personas; de modo que cuando Pulgar llegó con su gente á la plaza del pueblo, solo encontró allí unos treinta cautivos abandonados, cuyas ligaduras se apresuró á romper con su espada vencedora. No se detuvo allí, sin embargo, el jóven héroe. Siguió al alcance de los malhechores, que para correr con mas desembarazo, iban sembrando sus presas por el camino; acuchilló multitud de ellos, y cuando rendido de cansancio echó de ver que venia la noche, y que su temeridad podia llevarle demasiado lejos, no viendo ya cerca de sí nadie á quien perseguir, reorganizó su gente y se volvió al desolado pueblo, cuyos habitantes se ocupaban en apagar los restos de varios incendios.

Seria imposible describir la gratitud de aquellas gentes, y sobre todo su admiracion, á medida que iban saliendo el corto número de sus libertadores: mirábanlos asombrados y dudaban de la realidad: corrian las mujeres á verlos, preguntando cual era el rey; los hombres abrian calle aun despues de haberlos visto pasar, esperando la muchedumbre de guerreros que les habia representado su imaginacion; y cuando sabian por otros que solo eran siete, los contemplaban con respeto supersticioso, y atribuian á milagro su victoria. No contaban con el miedo y el error, poderosísimos combatientes, introducidos de un modo providencial en el seno de sus contrarios.

Pulgar, tan valiente y denodado en los momentos del peligro, cruzaba ahora, sonrojado y con los ojos bajos, aquella muchedumbre, que, levantando los brazos, le victoreaba al pasar; si alguna parte tomaba de aquellos aplausos, era solo el sentimiento de gratitud que en las voces y en los semblantes rebosaba, y que le hacia verter lágrimas de ternura.

Los dispersos miembros del ayuntamiento de la villa se ha-

bian juntado para recibir al jóven héroe, cuyo nombre ignoraban: él tampoco sabia como se llamaba el pueblo á quien salvara con su arrojo. Uno de los concejales se le acercó, y tomándole las riendas del caballo, le dijo en representacion de sus administrados:

—Noble señor: la villa de Ceinos guardará siempre en su memoria el eminente servicio que acabais de prestarle, con la ayuda de Dios, que sin duda favorece á los valientes que acuden al amparo de los desvalidos. Dignaos, señor, aceptar la hospitalidad que os ofrecemos; y si no es demasiado pedir, nos direis vuestro nombre y el de vuestros caballeros, para inscribirlos en la sala del consejo, á fin de que nuestros hijos los vean y los bendigan.

Pulgar, cortado de vergüenza, no sabia qué responder.

—Amigos, dijo: vuestra gratitud es mi mejor recompensa: estoy seguro de ella, y nada mas necesito. Acepto, sin embargo, vuestra hospitalidad; pero que no se hable mas de lo pasado, como no sea para precaveros de nuevos peligros.

Esto diciendo, el jóven se apeó de su caballo, los escuderos le imitaron, y dejando las bridas en manos de varios vecinos del pueblo, que se disputaban el honor de servirles, y al cuidado de Tristan, que no consintió en abandonar su mula ni el caballo de su amo, entraron todos en la casa consistorial, mientras se les disponia un cómodo alojamiento. Pero al pasar el vestíbulo para subir al edificio, detuvo los pasos de nuestro héroe un espectáculo singular que otros no habrian reparado en aquellos momentos de efervescencia. En el primer peldaño de la escalera habia una niña de once ó doce años, sentada, cubierto el rostro con las manos y tan entregada al dolor, que no bastaba á distraerla el bullicio que la circuia: junto á ella, arrimado á la pared, y en la actitud del mayor abatimiento se veia un mozo de espuela, el cual parecia implorar con su elocuente silencio el amparo de los que pasaban.

—¡Pobre niña! exclamó Pulgar, quedando parado ante aquel cuadro de afliccion y abandono. Y volviéndose á los concejales: ¿por qué llora? les preguntó.

—No la conocemos, contestó uno encogiéndose de hombros. Es forastera.

—¿La conocéis vos? preguntó el jóven al mozo de espuela.

—¿No he de conocerla, señor? respondió el mozo, ¿qué buen criado desconoce á sus amos cuando les persigue la desgracia?

—Decidme qué desgracia os aflige, y si yo puedo remediarla....

—¡Oh, señor! La muerte no tiene remedio. Esta noble huérfana, que aquí veis, era ayer la hija mas feliz y querida de su madre: hoy, lejos de la casa paterna, se encuentra sin asilo, y sin mas proteccion que la de un criado fiel, pero pobre y desvalido.

La niña prorumpió en amargos sollozos, y Pulgar, temiendo afligirla con sus preguntas, solo dijo:

—Esta noble niña, (puesto que noble la llamáis), no está desamparada: yo la protejo y haré por ella cuanto se puede hacer por una hermana. Buenos amigos, añadió hablando á los concejales; si algun favor merezco de vosotros, únicamente os pido que deis asilo decente y cómoda asistencia á esta huérfana y á su criado, hasta tanto que yo pueda disponer lo que mas les convenga. ¿Me otorgareis esta gracia?

—Con el alma y con la vida, contestó el alcalde que antes le habia dirigido la palabra. En mi casa estarán y yo os prometo tratarlos como cuerpo de rey.

La niña se descubrió el rostro para mirar al protector que la deparaba el cielo: jamás tanta hermosura se vió junta con tanto dolor, ni un semblante embellecido por una mirada tan llena de inteligencia y sensibilidad. Todos los circunstantes se enternecieron al contemplarla.

—Generoso caballero, balbuceó entre sollozos: ¡Dios premie vuestra bondad!

Y volvió á su llanto, sin poder proferir mas palabra.

El alcalde la ayudó á levantarse, y la confió á unas mujeres para que la llevasen á su casa. Desembarazados de este incidente, subieron todos á la sala del consejo, á donde no tardó en

agolparse un numeroso gentío. Pulgar, mas atentó al interés de aquellos villanos que á su propia conveniencia, luego que hubo reposado algunos instantes, dijo:

—Señores, advertid que no estais seguros: si un feliz error ha hecho que siete hombres triunfemos de centenares de enemigos, cuando estos se hayan repuesto de su sorpresa y sepan cuan pocos somos, volverán sobre vosotros á satisfacer su venganza. Es menester que penseis en fortificar las entradas del pueblo esta misma noche: además convendrá que encendais muchas luminarias en el campo, para que se siga creyendo que acampa en él un ejército numeroso; y si hay cerca de aquí algun punto al cual podais acudir en demanda de socorros, hacedlo sin demora, porque yo os dejaré mañana.

Estos consejos que revelaban una prevision muy superior á los pocos años del jóven guerrero, acabaron de conquistar la admiracion de aquellas gentes, y escusado es decir que fueron aceptados sin réplica. Para pedir socorros, se decidió en el acto enviar emisarios al almirante de Castilla, que estaba á la sazón juntando un cuerpo de ejército en Medina de Rioseco, poblacion distante unas cinco leguas de Ceinos.

Estando en estas deliberaciones, apareció entre el público que las presenciaba, el anciano que encontró Pulgar aquella tarde cuando dió vista á la villa. Le acompañaban una hermosa villana de veinte años, un mozo de poca mas edad y otros cuantos individuos de su familia, hombres y mujeres. Al ruido que metian, el alcalde volvió la cabeza, y trató de poner orden, haciendo valer su autoridad. Pero nuestro campeon conoció al viejo, y pidió que le dejasen llegar hasta él.

Era el anciano una de las personas mas respetables del pueblo, como que pocos le aventajaban en riquezas, y en honradez á nadie cedia. Cuando se presentó en medio de la asamblea con los demás miembros de su familia, varios murmullos se levantaron entre los circunstantes, pero apenas se dispuso á hablar, todos callaron.

—Ilustre caballero, y vosotros dignos escuderos, dijo, dirigiéndose á Pulgar y á su gente: cuanto poseo es poco para gra-

tificaros por vuestro generoso favor; pero por lo mismo vengo á ofreceros, además de mi hacienda, nuestras personas, para que dispongais de ellas como mejor os plazca. Os debo la vida y el honor de mi hija Elena, y señaló á la hermosa jóven, á quien he llorado muerta, ó al menos cautiva en poder de estos bandidos, que habeis derrotado con vuestro arrojo; y no es posible que Tello de Bedmar, hidalgo rancio, desconozca este beneficio.

—Gracias, buen Tello, dijo Pulgar, ¿con que esa jóven, á lo que entiendo, es la Elena de esta Troya? ¡Bien, por Dios! Me alegro de veros ya tranquilo, porque así podreis acabar de contarme la historia que comenzasteis esta tarde. Sentaos, y hablaremos despacio.

—Mejor será que os lo cuente cenando, dijo un regidor: la cena está dispuesta en mi casa, y si no me engaño, en la mesa caben muy bien el señor Tello y su honrada familia.

No pareció mal esta proposicion á Pulgar, pues tanto él como sus compañeros hacía ya muchas horas que no habian comido, y la brega que acababan de tener por término de su jornada, les habia despertado el apetito. En particular Tristan, daba á todos los diablos las ceremonias con que suponía estaban obsequiando á su señor los concejales de Ceinos, y de buena gana hubiera trocado un arco triunfal por un par de piensos para el caballo y la mula que tenia del diestro, y un lomo de jabalí para él, con su correspondiente sangre de Cristo.

Quiso la buena estrella del hambriento escudero, que al formar este voto murmurando por la importuna tardanza de la cena, bajase su amo con los demás al vestíbulo donde aguardaba impaciente. Todos se encaminaron á la casa del regidor, y allí entre el vaho de sólidos y calientes manjares, y el suave mareo de frecuentes libaciones, comenzó Tello de Bedmar su historia prometida de la manera siguiente:



CAPÍTULO V.

Donde se cuenta el principio de la tragedia de Ceinos, y llega Pulgar al término de su viaje.



HACE cosa de diez años, señor, dijo el anciano Tello, los monges del Cerrato, merced á cierto servicio que prestaron al rey, durante las revueltas civiles, obtuvieron para su abadía el privilegio de jurisdiccion señorial y el mero y misto imperio, como cualquier grande del reino. Antes de esto, la abadía era una mansion celestial de paz y de piedad, el asilo de la caridad y de la sabiduría: los pobres de muchos pueblos á la redonda tenian en ella un hogar que les protegía contra las inclemencias del invierno, y los padres benditos que formaban la comunidad, eran venerados como santos: á ellos acudía el menesteroso en demanda de pan, el afligido en busca de consuelos, el atribulado y el pecador en solicitud de consejos y penitencia. Los dones todos del Espíritu Santo eran repartidos con mano pródiga á cuantos los deseaban. Pero no bien pasaron los umbrales del claustro las grandezas mundanas, el demonio de la codicia y el de la concupiscencia tomaron asiento en la casa

de Dios, y los ángeles de la humanidad y la pureza ocultaron sus rostros avergonzados.

«Desde entonces no ha pasado día sin que los monges hayan hecho esfuerzos para estender su dominacion temporal: de padres de las almas y dispensadores de bienes terrenales y eternos, se convirtieron en tiranos de todos los pueblos de la comarca; y su nombre solo fué objeto de terror. Primero solicitaron como donativo piadoso el diezmo de los frutos, y lo obtuvieron; logrando despues que se les confirmase por una cédula real y por una bula: enriquecidos con esto, exigieron de los dueños de tierras vecinas el usufruto de ellas para el pasto de sus ganados: mas tarde quisieron ejercer jurisdiccion y señorío en los términos de las villas y lugares libres, que, como esta, poseen de antiguo sus fueros privilegiados. La caza, que antes era beneficio comun y aliviaba en parte la indigencia de muchos infelices, fué vedada, no solo en el coto de la abadía, sino tambien fuera de él, y pasan de treinta los desdichados que, cogidos infraganti por los guarda-bosques y ballesteros del abad, han perecido ahorcados ó asaetados como criminales, infamándoseles además como sacrílegos, por haber tocado los bienes de la Iglesia.

Semejantes invasiones en el fuero ageno y en la seguridad de las personas suscitaron quejas que, ó no llegaron al rey, ó fueron desoidas: á cada queja era mayor la tiranía de nuestros molestos vecinos, y fué menester que todos pensásemos en defendernos, tomando la justicia por nuestra mano. Los monges vieron el peligro al ojo, y como la abadía está situada en un alto y en paraje áspero, la fortificaron é hicieron de ella un castillo inaccesible. La guerra fué ya en adelante el estado habitual de esta comarca, y los monges como mas hábiles y poderosos que nosotros, aprovechando las rencillas locales, formaron ligas con algunos pueblos, eximiéndoles de todo gravámen abacial y recibiendo de ellos el tributo de sangre: nadie es mas siervo de la abadía que esos pueblos coligados con ella, pero se dan por muy satisfechos con tener tan poderosa aliada y poder molestar á sus rivales. ¡Condicion miserable de los hombres!

Después de esta exclamación filosófica, Tello de Bedmar llenó su vaso, y exhalando un suspiro lo apuró de un sorbo. En seguida continuó:

—Yo era uno de los propietarios colindantes con la abadía: en otros tiempos mis donativos á la misma para el culto y la limosna eran siempre los primeros y los mas cuantiosos; y bien sabe Dios que todo cuanto daba me parecia poco, y que en ello no me llevaba ninguna segunda intencion. Mientras vivió el abad Lupercio, antecesor del último, se me guardaron algunas consideraciones, que, la verdad sea dicha, no eran interpretadas en buen sentido por mis convecinos: pero aquel santo varon era recto y justiciero, aunque ambicioso; y por otra parte ganaba mas en tenerme por amigo, que habria ganado en declararme la guerra. Sin embargo, sus gestiones conmigo para alcanzar la completa sumision de este pueblo, no tuvieron el éxito que apetecia, y nuestras relaciones fueron flojas. A su muerte, que acaeció hace tres años, los monges eligieron por sucesor al peor de ellos, al mas revoltoso é indomable; la relajacion de las costumbres monacales, el desenfreno de las pasiones no tuvieron ya límites: la abadía se convirtió en una guarida de bandoleros: basta decir que estendió sus alianzas ofensivas y defensivas hasta con el famoso alcaide de Castronuño, que teniendo la cabeza de sus dominios allende el Duero, ha llegado muchas veces á intimidar con sus vandálicas correrías nuestras cabañas.

«El nuevo abad me declaró una guerra de esterminio: intentó espulsarme de mis posesiones: me arrancó tributos por fuerza, y los impuso á las mercaderías que pasaban por un puente, que hizo construir sobre el arroyo de esta villa. Yo me presenté al difunto marqués de Villena, le hice presente nuestra situacion y le pedí que nos alcanzase la proteccion del rey; me contestó que el rey tenia otras muchas cosas mas graves en que pensar; pero que, sin embargo, él nos ampararia siempre que la villa se pusiese en sus manos: á este precio no quise aceptar la proteccion; me volví á mi casa, y pronto conocí que mis gestiones me habian valido la mas tenaz persecucion: mis ganados, mis sementeras, mis criados, hasta mis hijos sufrían los efectos

de la cólera del abad. Otros tambien eran víctimas de esta calamidad; díganlo, si no, los hijos arrebatados á sus padres, las esposas á sus esposos, y las nocturnas bacanales que resonaban lúbricas, donde otras veces se oia, como una voz de consuelo, la campana de la oracion.

«Un mes hace determiné casar á mi hija Elena con ese jóven que la acompaña y que ya es su marido: no bien se supo, cuando una mañana se presentó el abad en mi casa, y con poca vergüenza y menos respeto á su dignidad, me previno que estaba decidido á usar del derecho de *pernada*. Yo le contesté que semejante derecho no era conocido en Castilla, ni mucho menos entre porsonas que no estaban ligadas por ningun pacto de vassallage: que temiese á Dios no insistiese en exigir lo que en un señor lego era un abuso de fuerza y en él un sacrilegio. Entonces me dijo que si no le llevaba yo mi hija la noche antes de su desposorio, vendria él mismo por ella: y se marchó sin aguardar mas respuesta.

«En vista de esto, aceleré el casamiento, y dí cuenta á mis amigos y parientes de lo que me pasaba. Previnímonos de armas y de este modo fuimos á la iglesia. No creíamos que el licenciado abad llevase su audacia hasta el punto de profanar el templo, aunque sí nos parecia capaz de cumplir su amenaza, bien antes de entrar, bien á la salida de él; pero nos equivocamos. Se estaban celebrando las sagradas ceremonias del matrimonio; mis hijos, arrodillados delante del altar, oian con devocion la misa de velados, y los demás ocupábamos cada cual nuestro puesto, cuando de improviso vimos al abad armado de cota y loriga, y seguido de otros seis hombres, salir de lo oscuro de una capilla, arrojarle como un milano sobre mi hija, y arrebatarla en sus brazos (*). El grito de indignacion que se levantó por todas partes ante este sacrilego atentado, fué la señal de una lu-

(*) Los cronistas contemporáneos, que no disimularon los escesos á que se entregaba una parte considerable de los eclesiásticos, al hablar de la reforma del clero y en particular de las órdenes religiosas, que llevó á cabo doña Isabel, por consejo de Cisneros, refieren un acto igual á este, cometido por el arzobispo de Santiago, á quien el pueblo amotinado castigó dándole muerte.

cha cruenta, que empezando en las gradas mismas del altar, acabó en la puerta del templo. El agresor, separado de sus compañeros por nuestros amigos, quedó desarmado antes que pudiese echar mano á la espada, y cayendo al suelo bajo el peso de cien cuerpos que por todos lados le oprimian, fué sacado arrastrando hasta la calle. Sus viles seides, que al principio trataron de defenderle, creyéndole muerto, huyeron, despues de haber herido á cuatro de los nuestros; é hicieron bien, porque habrian perecido, como su jefe, el cual á los pocos momentos habia dejado de existir. Entonces se le quitó el yelmo y fué reconocido; su cadáver, arrojado al campo, no mereció los honores de la sepultura; sus cobardes cómplices no se atrevieron á recogerlo y sirvió de pasto á las fieras.

—¡Castigo merecido! exclamó Gerónimo de Aguilera, que, como los demás, habia escuchado sin pestañear esta horrible historia.

—Dios le habrá juzgado, repuso Pulgar, respetemos á los difuntos.

—El resultado de este desastre, continuó Tello de Bedmar, ya lo sabeis: los habitantes de la abadía, persuadiendo á sus aliados los de Aguilar, que habiamos asesinado á su jefe, trayéndole á una emboscada, juntaron fuerzas numerosas y han venido resueltos á arrasar este pueblo. Pero Dios, que vela por sus criaturas, os ha traído á tiempo para aterrar á nuestros enemigos.....

Calló el anciano; y como su relato habia causado en los ánimos una impresion dolorosa y tétricas ideas, Tristan se levantó de pronto, y agitándose como quien desecha una pesadilla, dijo:

—Señores, con vuestro permiso: brindo por la salud de la novia; y pido que no se hable ya sino de cosas alegres. A los muertos tierra: carne y vino á los vivos, y Dios sea con todos.

Un aplauso general fué la contestacion á este lacónico discurso: el vino llenó los vasos y humedeció las fauces en redondo de la mesa.

Terminada la cena, el anciano Bedmar repitió sus ofrecimientos á nuestro héroe, y éste á su vez le aconsejó se presen-

tase á la reina, prometiéndole hacer valer la mediacion de su tío D. Luis Osorio, si necesario fuese, á fin de poner un término á los escandalosos desafueros de la gente del Cerrato.

El dueño de la casa condujo á sus huéspedes á los dormitorios que les tenia preparados, y los concejales con el viejo Tello permanecieron algun tiempo en sesion, hasta que, adoptadas algunas disposiciones, determinaron separarse.

Al otro dia se levantó Pulgar muy de mañana para continuar su viaje. Llamó á Tristan: que, no menos madrugador, le tenia ya ensillado el caballo, y le preguntó por los demás.

—Ya están los seis dispuestos á montar, contestó el escudero, y los peones con los arcabuces al hombro.

Oye, Tristan, repuso el jóven cogiéndole del brazo y sacudiéndole: pide agua fresca, y remójate la mollera, á ver si despiertas: ¿qué peones ni qué arcabuces son esos de que hablas? ¿Ni qué seis han de montar, si somos siete, y aquí estamos dos?

—Pues yo os digo, señor, que no estoy dormido, ni el vino de anoche me ha hecho efecto; pero así Dios me salve, como somos ocho á caballo, sin contar mi mula que se queda para acémila, y además ocho peones.

—Pero ¿cómo puede ser eso, Tristan?

—Por arte de encantamiento será, señor; pero no lo dudeis: se nos ha aumentado la familia.

—Tú te burlas, Tristan: y cuidado conmigo, que soy poco aficionado á bromas.

—Podeis verlo vos mismo. Venid.

Con efecto, el buen Tello de Bedmar, agradecido al servicio de nuestro jóven campeón, habia propuesto al consejo que se ofreciese á sus defensores un peon armado por cada ginete, debiendo ir costeados y mantenidos de los fondos de la villa; y él por su parte habia dispuesto armar á uno de sus hijos, llamado Francisco, juntamente con su criado á pié, regalando además un caballo á Tristan en reemplazo de su mula.

Grande fué el regocijo que sintió Pulgar, al ver acrecentada su pequeña hueste de aquel modo. Sin embargo, se resistió á recibir tan considerables favores; pero no pudo menos de acep-

tarlos atendiendo á la buena voluntad con que se le ofrecian. Tristan se guardó muy bien de participarle que, en su calidad de proveedor, habia recibido por mano de Francisco Bedmar un cuantioso donativo en metálico para atender al mantenimiento de la compañía.

Antes de marchar recomendó de nuevo Pulgar al alcalde su jóven protegida, y siendo ya muy entrada la mañana, partió para Valladolid, llevando las bendiciones de todo aquel pueblo agradecido.

A la mitad del camino de Rioseco encontró un destacamento que enviaba á Ceinos el almirante Henriquez, respondiendo á la peticion que le habian hecho los concejales de aquella villa por medio de un emisario espreso. Desde entonces Pulgar respiró con desahogo, pues no dejaba de inquietarle la suerte de sus improvisados amigos; y pudo volver á pensar en doña Elvira, en el comendador y en el oscuro porvenir de sus amores. No eran ya tristes sus presentimientos: desde que habia visto como la fortuna se empeñaba en favorecerle, sentia renacer en su alma la esperanza y el buen humor.

«Vengan aventuras, decia para sí: haya lances de empeño en que demostrar valor y serenidad, que sacándome Dios con bien de todos ellos, adquiriré fama, y con ella seré estimado hasta de mis enemigos.

Quizá al formar este juicio le engañaba su corazon leal, incapaz de comprender la envidia.

Nuestros caminantes llegaron á media tarde á Medina de Rioseco, donde presenció Pulgar un espectáculo, que habia deseado con impaciencia. Unos ocho mil hombres entre caballeros y peones se ocupaban en ejercicios de guerra en una llanura fuera de la poblacion. El almirante Henriquez presenciaba y á veces dirigia las maniobras desde una altura, donde le acompañaban varios nobles guerreros y un secretario. Empeñábanse luchas ficticias, escaramuzas, combates generales y singulares cuerpo á cuerpo. Varios oficiales recorrian el campo á caballo, transmitiendo las órdenes del general, ó bien preguntando los nombres de los caudillos cuyos tercios ó huestes se distinguian

por su arrojo y destreza, los cuales inscribía el secretario en un registro, que llevaba abierto sobre el arzon de la silla.

El corazón de Pulgar latía con fuerza en presencia de aquel aparato marcial: el ruido de la trompetería, de los clarines y tambores, las cargas de la caballería; el silbido de las saetas lanzadas contra los blancos; el estruendo de la arcabucería y de la artillería; las evoluciones de las nutridas haces de lanceros y alabarderos de á pié; las avanzadas de honderos y demás tropa ligera, que á una señal se destacaban en guerrilla como una banda de insectos dañinos, todo tenía un encanto particular para el jóven campeón, que por primera vez presenciaba este simulacro de guerra. Hubo un momento en que pudo comprometerse, arrastrado por la ilusión y el entusiasmo: había una hueste que se distinguía entre todas por la brillantez de sus maniobras; llevaba pendon blanco y en el fondo un león de oro: Pulgar simpatizó con ella desde el momento de su llegada. Desplegóse en batalla, y otra hueste cuyo pendon era rojo con un escudo particular, recibió la órden de arrollarla. El primer encuentro fué sostenido con bravura y arrancó aplausos á los espectadores; pero la caballería de ataque se revolvió en masa, marchando de flanco, y logró envolver el ala izquierda de sus contrarios, que en breve espacio quedaron cortados.

Ver esto Pulgar y encendérsele la sangre fué todo uno.

—¡Seguidme! ¡seguidme! gritó á sus escuderos; ¡que se pierda el estandarte real de León!

Tristan estuvo á tiempo para coger las bridas del caballo de su señor, y detenerle en el momento que iba á emprender la carrera.

En esto vino un oficial á reconocer al nuevo caudillo y su gente. No conociendo á Pulgar por su escudo y habiéndole preguntado su procedencia y destino, le dijo:

—Debereis presentaros al señor almirante, que desea conoceros.

Y le condujo á la presencia de aquel magnate, quien, informado del nombre de nuestro jóven y del objeto que á Valladolid le llevaba, le dijo con amabilidad:

—Creo tener ya noticias de vos: si no me engaño, sois el que ayer atacó y venció en Ceinos á una horda de malhechores.

—Os han engañado, señor, contestó Pulgar: no fuí yo, que el miedo los venció.

—Siempre pelea el miedo delante de los valientes, jóven: no lo olvidéis.

Despues de este delicado elogio, el almirante dió permiso á Pulgar para irse cuando quisiese.

Nuestro jóven estaba indeciso, sin saber si se quedaria en Rioseco ó si continuaria su marcha. Para decidirse, puesto que aun le quedaba mucho dia, trató de informarse si podria encontrar algun pueblo ó posada en el camino donde pasar la noche: ó si apretando el paso, podria llegar á Valladolid. El oficial que le habia presentado al almirante le dijo que le faltaba una jornada, aunque corta, para aquella ciudad, y le aconsejó no se aventurase á pasar de noche los montes de Torozos, porque estaban infestados por algunas bandas de malhechores, partidas sueltas del alcaide de Castronuño, las cuales podian muy bien sorprenderle.

Al oír esto Pulgar no vaciló ya un momento: detenerse en Rioseco, cuando podia creerse que lo hacia por temor á un peligro, era cosa que solo de pensarla le avergonzaba. Inmediatamente se despidió del almirante y del oficial, y reuniendo á sus hombres, les dijo:

—En marcha, camaradas: mañana temprano estaremos en Valladolid.

El camino desde Rioseco á esta ciudad era un desierto, donde solo se encontraba tal cual venta ó ermita; y en el fragoso y dilatado espacio de los temibles montes de Torozos, algunas cruces diseminadas á trechos entre los árboles seculares, como recuerdos de otros tantos asesinatos cometidos en aquellas soledades.

La noche sorprendió á Pulgar en el corazon de los montes, cerca del arroyo de la Mudarra. La oscuridad que sobrevino era densa, y la hacia mas profunda y medrosa el espesor de las selvas extendidas á uno y otro lado del camino hasta inmensu-

rables distancias: la luna estaba en menguante, y no debía disipar las tinieblas en el espacio de algunas horas. Cada vez que el viento movía el ramaje de los árboles, ó que el ruido de los caballos espantaba alguna pareja de aves nocturnas, se producían sonidos indefinibles y vagarosos, semejantes á los rumores que preceden á las tempestades en alta mar. Los compañeros de Pulgar, aunque nada cobardes, se estrechaban unos con otros, y ora cantando, ora chaceándose, procuraban disimular sus aprensiones. No temían á los enemigos corpóreos, que pudieran asaltarles; pero les parecía temeridad incurrir en el desagrado de los espíritus; y á no ser porque estos señores no suelen tener trato con ninguna reunion de mas de tres personas, quién sabe si aquella noche habrían hecho alguna de las suyas. Es lo cierto que los que caminaban detrás, mas de una vez oyeron distintamente pasos á su espalda, y no se atrevieron á volver la cabeza.

Serian las diez de la noche cuando empezó á blanquearse el cielo por la parte del Oriente, y un céfiro bullicioso anunció la proximidad de la luna á nuestro hemisferio. Los primeros rayos del astro melancólico que divisaron los viandantes, vinieron á iluminar los contornos de una negra roca, sobre la cual habia clavada una cruz de madera. Todos se santiguaron y rezaron un *pater noster* por el alma del que allí habia muerto. Francisco Bedmar comenzó á referir la tradicion de aquella cruz: hacia cosa de veinte años, un viajero extraviado fué perseguido por los lobos, que le mataron el caballo; huyendo de sus voraces perseguidores se refugió en un árbol, donde permaneció tres dias con sus noches, cercado por las ambrientas fieras. Cuando sentia ruido de gente en el camino, gritaba sin cesar: «¡socorredme, caminantes!» pero nadie se acercó á socorrerle por temor á los lobos, que daban feroces ahullidos. Por último, perdidas las fuerzas por la falta de alimento, cayó desmayado del árbol; y al dia siguiente se encontraron sus huesos al pié de la roca, donde la piedad de un devoto colocó despues una cruz, que recordase esta desgracia. Desde entonces todas las noches en el aniversario de la muerte de aquel hombre, se oía una voz lastimera que decia: «¡socorredme, caminantes!»

Acababa de proferir esta exclamacion Francisco de Bedmar, cuando se oyó otra igual, como si fuera su eco, hácia un lado del camino. Todos se estremecieron involuntariamente, y hasta los caballos hicieron hincapié aguzando las orejas.

—¿Habeis oido? preguntó Pulgar, que iba delante, á uno de los peones que le servia de guía.

—Será el eco, señor, contestó el interrogado, pegándose al caballo.

—Ha sido una imprudencia traer aquí ese recuerdo, dijo Tristan: los muertos quieren que se les deje en paz.

—¡Silencio! exclamó Pulgar refrenando su corcel.

Esta vez se percibió mas clara y distinta la voz lastimera, que clamaba: «¡socorredme, caminantes!»

—Ven conmigo, Tristan, dijo nuestro jóven caudillo: veamos lo que es eso, quedáos aquí vosotros para lo que pueda ocurrir.

—Señor no tenteis á Dios, respondió Tristan, echando mano á su rosario, que llevaba entre el colete y la cota. Las almas solo piden sufragios: recemos algo, y sigamos nuestro camino.

—¿Y si fuese algun hombre acosado de lobos? repuso Pulgar. Sígueme pronto si no es que el miedo te lo impide.

Y esto diciendo, saltó de un bote el ribazo del camino, y se metió en el bosque: Tristan le siguió, encomendándose á todos los santos del cielo. El grito de socorro se repitió, con lo que el denodado jóven pudo dar á su caballo una direccion acertada, y á los pocos pasos encontró á un hombre maniatado y tendido de boca en el suelo: su traje era el de un escudero; á su lado se reflejaba la luz de la luna en una charca de sangre, y mas allá se veia un caballo muerto y despojado de sus arreos.

—¡A mí, Tristan! gritó Pulgar echando pié á tierra: ven y ayúdame á socorrer á este infeliz, que se desangra.

Y acercándose al desconocido, le cortó las ligaduras y le ayudó á sentarse. Tristan llamó á otros dos de sus compañeros, les entregó los caballos, y acudió al lado de su señor.

El desconocido tenia dos heridas graves: una de maza en la cabeza, y otra de puñal en el pecho: Tristan se las fajó como pudo, á fin de detener la sangre, y hecho esto se pensó en los medios de buscarle un asilo.

—No penseis en mí, nobles caballeros, dijo el herido: con tal que no pierda mas sangre, Dios me dará fuerzas para llegar á alguna posada. Lo que mas me aflige es la suerte que habrá cabido á mi querido señor, á quien se han llevado cautivo.

—¿Quién es vuestro señor? ¿Qué os ha pasado? preguntó Pulgar.

—Mi señor es el valiente D. Jorge Manrique, hijo del ilustre conde de Paredes, gran maestro de Santiago. Pasábamos por aquí esta tarde camino de Medina, con un mensaje de la reina para el señor almirante; cuando nos asaltaron diez bandidos, contra los cuales no valió toda nuestra resistencia. A mi señor le mataron el caballo y le prendieron: á mí, despues de herirme en el pecho, me ataron; mas creyéndome luego despreciable, diéronme un golpe y me dejaron por muerto. Yo fingí estarlo, y de este modo he podido escapar con la vida.

—¿Y hácia dónde han llevado á vuestro señor? ¿No podriais darnos algun indicio?

—Sí en verdad: mientras yo me hacía el muerto, dos de los facinerosos se detuvieron á despojar el caballo de mi señor: hablaban entre sí, y pude oírles que pensaban pasar la noche en ciertas ruinas que hay hácia esa parte del bosque.

Pulgar, sin aguardar mas indicaciones, mandó desmontar á sus escuderos, y dejando los caballos al cuidado de los peones, hizo que le siguiesen aquellos andando con cautela y con el sigilo posible.

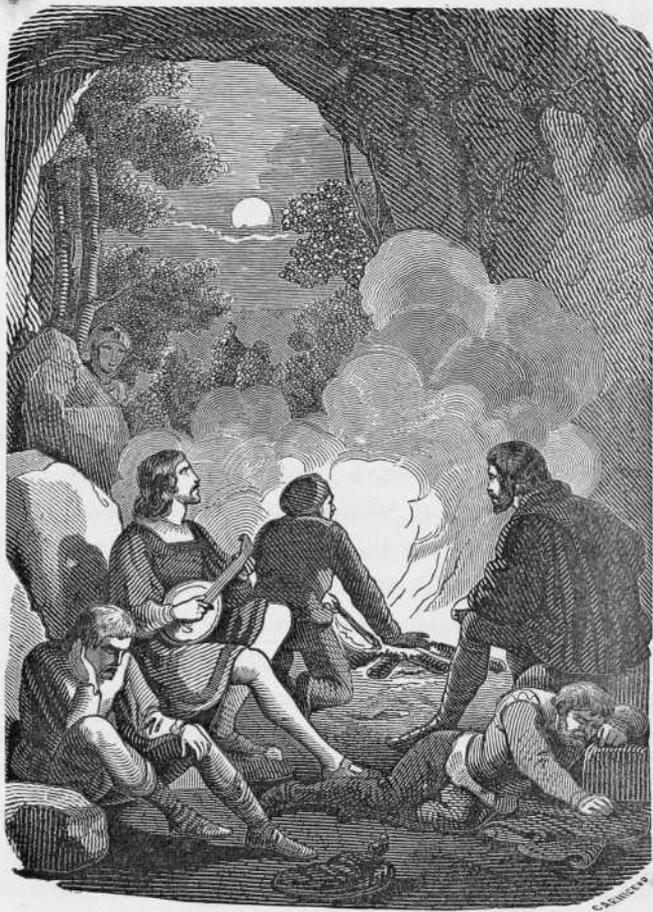
Largo rato vagaron por el bosque sin percibir rumor alguno ni el menor rastro que conducirles pudiera al término de sus indagaciones; pero procurando no desviarse de la direccion que les habia marcado el herido, al cabo descubrieron á lo lejos una claridad rojiza, que parecia salir de entre unas rocas, y hácia ella encaminaron sus pasos. Nuestro héroe, tan previsor como atrevido, detuvo á sus compañeros, y presumiendo que los bandoleros tendrian algun centinela avanzado, se adelantó solo hácia el paraje sospechoso. Sus ejercicios venatorios en las montañas de Asturias le habian adiestrado en el arte de las sorpresas, de tal modo que podia andar á cuatro pasos de una

liebre sin despertarla, y una vez puesto á tiro de su presa, era imposible que se le escapase. Buscando siempre la sombra de los árboles, evitando pisar la hojarasca, conteniendo hasta el rumor inevitable de sus armas, llegó á colocarse detrás de un tronco, enfrente del cual reposaba tranquilo un vigilante apoyado en su ballesta. Dar un salto á la manera del tigre, caer sobre el bandido, asirle del cuello y presentar ante su vista un puñal desenvainado, fué todo obra de un rápido momento para el osado mozo.

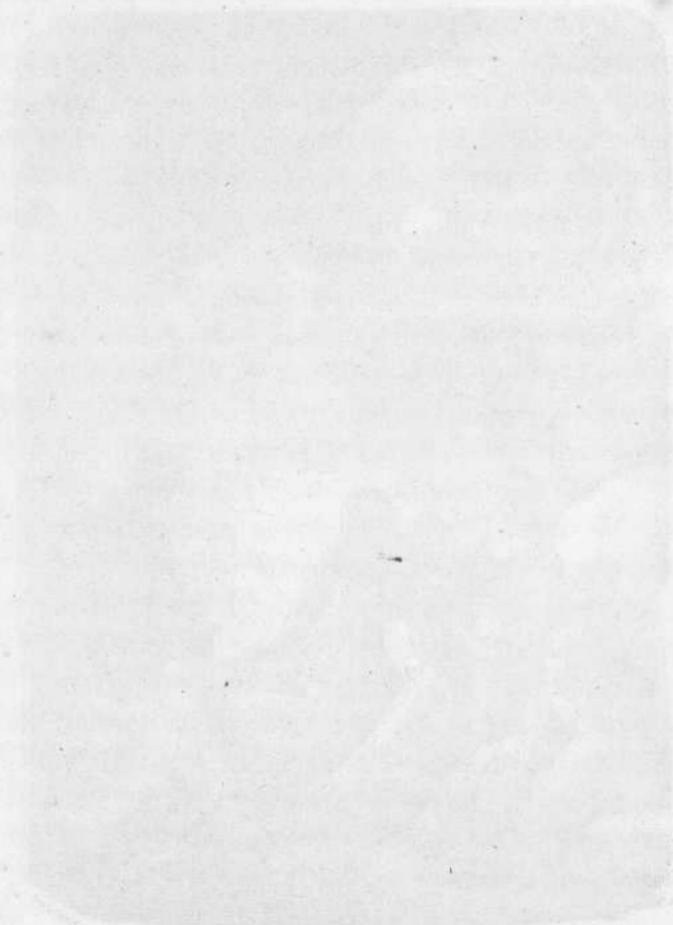
—¡Calla ó mueres! le dijo con voz sigilosa y enérgico acento.

Y llevándole á donde estaban sus escuderos, le obligó á darle esplicaciones acerca de los demás bandidos y sus medios de defensa, despues de lo cual mandó amarrarle y teparle la boca con un pañuelo. Hecho esto, se hizo seguir de sus compañeros y penetró en las ruinas de una antigua capilla, que obstruidas en gran parte por los árboles y la maleza, presentaban el aspecto de una caverna tortuosa. Tomando siempre la delantera en el peligro, percibió el primero las dulces armonías de un bandolín tañido por mano diestra, y un canto monótono profesido por una voz, aunque varonil, melodiosa.

Pulgar se adelantó solo hasta la boca de la caverna, y avanzando la cabeza, observó lo que pasaba dentro: un espectáculo extraño se presentó á su vista. Sentados alrededor de una hoguera medio apagada, habia cuatro hombres de rostros fieros y atezados, y entre ellos un jóven de corta edad y constitucion delicada parecia distraerlos tocando y cantando; otro bandido recostado contra el denegrido muro, dormitaba; los demás roncaban como cerdos tendidos en el suelo, donde se veian armas, restos de comida y una gran bota de vino medio vacía. El jóven cantor tenia vestido el arnés, pero le habian despojado de sus armas: era D. Jorge Manrique, poeta de raro talento, que aprovechando su habilidad, se entretenia en aprisionar jabalíes con sargas de perlas: estaba improvisando un canto melancólico, unas dulces endechas, por cuya virtud y con ayuda de la música que habia elegido, iba logrando que se durmiesen uno á



Se entretenia en aprisionar javalies con sartas de perlas.



Very faint, illegible text or a caption located below the illustration, possibly a title or a description of the scene above.

uno, aquellos bárbaros incapaces de comprenderle; y esperaba por medio de esta ingeniosa estratagema, evadirse de su duro cautiverio.

Hernan calculó de una ojeada las probabilidades del ataque: aunque el sueño, el entorpecimiento producido por el vino y la sorpresa no inutilizasen por lo menos la mitad de sus contrarios, suponiendo que todos ellos tomasen la defensiva, eran nueve contra nueve, y por consiguiente no podía dudar un momento de la victoria. Hizo seña á su gente, y de un salto se colocó en medio de aquel ahumado recinto, gritando:

—¡Nadie se mueva!

El poeta comprendió al momento su ventajoso cambio de situación, y arrojando el bandolin al fuego, se armó de un tizon, que fué lo primero que halló á mano, y dando con él un golpe en el rostro á uno de sus guardianes, le tendió cuan largo era, ofuscado por el dolor. Los otros tres bandidos acudieron á las armas, dando con el pié á sus compañeros para despertarlos, y en el momento se empeñó una desesperada lucha.

—¡Duro en ellos! gritaba Pulgar entre tanto sacudiendo tremendos tajos y reveses con su espada: no haya merced.

Gerónimo de Aguilera, Montesino Dávila y Tristan le secundaban con heróico esfuerzo; mientras los otros cuatro escuderos se apoderaban de las armas dispersas, daban una á don Jorge, y ataban con sus cintos á los bandidos amodorrados.

La pelea quedó en breve espacio reducida á la resistencia tenaz de cuatro foragidos contra nueve hombres denodados. Los primeros, convencidos de su desventaja, pugnaban por abrirse paso; pero tenían siempre delante una muralla de acero, que desgarraba sus carnes. Uno de ellos, armado de una hacha, mostraba el valor y la destreza de un héroe, teniendo siempre á raya á sus contrarios, y causándoles algunas heridas: era un jayan de seis piés de estatura, barba negra y revuelta y ojos rasgados: aquel hombre, en otro estado de vida, habria parecido hermoso, y con efecto, tenía todos los rasgos característicos de aquella belleza varonil de la edad media, que difícilmente se encuentra en nuestros dias. Desesperaba á Pulgar la resistencia

que encontraba en este bandido, pero en medio del coraje que le infundia la dificultad de vencerle, aplaudia, como valiente, la bravura de su arrogante competidor: iguales sentimientos pudiera decirse que animaban al foragido respecto á Hernando, aunque en él predominaba la ira de verse acorralado por un niño. Ambos se buscaban con predileccion mútuamente para medir sus fuerzas, pues acaso del vencimiento de uno de ellos pendia el resultado definitivo de la lucha.

Hernando, cansado de pelear sin éxito con su formidable contrario, cerró con él parando rápidamente los golpes que le asestaba, y arrojando de pronto la espada, dió un salto y quedó con sus brazos y piernas enlazado al cuerpo del jayan, á la manera de una serpiente que ciñe el tronco de un roble. El bandido conoció entonces por la presion que sentia, las prodigiosas fuerzas del mancebo imberbe: púsole una de sus anchas y callosas manos sobre la frente, con ánimo de apartarle de sí, pero aunque la hinchazon de las arterias yugulares del jóven revelaba el poder de aquella mano, el ángulo saliente de la barbera de Pulgar se hincaba tenazmente en el pecho del gigante, arrancando de él dolorosos bramidos.

En esta lucha hercúlea, el bandolero, forzado á retroceder á su pesar, aunque sin poder arrancarse del cuerpo su enemigo, resbaló en la sangre que manchaba el suelo, perdió tierra y cayó de espaldas. Hernando le puso entonces un pié sobre el pecho, y sacando la daga, le apuntó al cuello, diciéndole:

—¡Ríndete, que no quiero matarte!

—Mátame: yo no me rindo, contestó el bandido con voz ronca.

En sus ojos inyectados de sangre aparecieron las lágrimas del despecho.

—¡Pardiez! mucho orgullo tienes, repuso Pulgar. Pues bien: no quiero matarte. Si de buen grado no te avienes á ser mi prisionero, te llevaré atado á Valladolid, y te venderé á un juglar, para que te enseñe por dinero: ó bien servirás de diversion al populacho en las manos del verdugo, y de espantajo á los chicos.

—No, eso no, ¡vive Dios! Prefiero rendirme á un valiente como tú.

—Enhorabuena: dame palabra de honor de seguirme sin hacer resistencia, y te dejo libre.

El bandido tiró de una cinta que llevaba al cuello, sacó un escapulario con la imágen de la Virgen, y besándola con devoción, contestó:

—Juro por esta santísima imágen obedeceros en todo cuanto me mandeis, no faltando al honor.

Pulgar entonces le dió la mano, y ayudándole á levantarse, dijo á sus escuderos, que, vencedores ya de los demás bandidos, miraban con interés esa escena final:

—Muchachos, ahí teneis un compañero.

Don Jorge Manrique, despues de espresar su gratitud á nuestro campeon por haberle restituido la libertad, le ofreció su amistad y valimiento, y concluyó diciendo:

—Solo falta para que este acto de vuestra generosidad sea completo, y obligarme mas y mas á estaros agradecido, que mandeis á vuestro prisionero devolverme una carta de la cual he sido despojado y que estimo en mas que mi vida. Basta decirnos, para que conozcais su importancia, que es de mi señora la reina, y que mi honor está empeñado en hacerla llegar esta noche á su destino.

—¿Donde está esa carta? preguntó Hernando al gigante.

—Vedla aquí, contestó éste, sacando un pliego de sus bolsillos, y entregándolo al poeta. Y sabed que pierdo con ella el mando de cien caballos, ó tal vez una alcaldía. Pero, ¡cómo ha de ser!

—En cambio ganais la cabeza, que no es poco, repuso Pulgar.

Y decidido á no perder mas tiempo, hizo recoger los caballos de los bandidos que allí cerca pacían, entregó uno de ellos y dos hombres para que le acompañasen á D. Jorge, se despidió de éste y de su escudero, que, aunque mal herido, no quiso apartarse de su señor, y llevando atados cinco de los salteadores que habian escapado con vida de la refriega, continuó su interrumpida marcha.

Durante el camino supo de boca de su prisionero que se llamaba Diego de Baena y era oriundo de Córdoba, é hijo de nobles padres aunque de origen bastardo: despues de nacido él, y cuando ya contaba algunos años, su padre habia casado con una señora de la poderosa familia de Mendoza, y no llegó á reconocerle. Su madre murió de pesar, y los hermanos de ella y otros parientes declararon la guerra al que suponian ser autor de esta desgracia, mezclándose al efecto en las luchas intestinas de las dos ramas de la casa de Aguilar. Durante estas discordias, varios de ellos perdieron la vida, y los bienes de todos pasaron á diferentes manos por derecho de conquista.

Entre tanto, el bastardo niño se hizo jóven, se encontró pobre y desvalido, pero dotado por la falta de educacion de un espíritu indomable, y por la naturaleza de un vigor hercúleo y de una ambicion idrópica. Tratando de mejorar de suerte, primero sirvió á varios grandes señores en clase de soldado mercenario, pero pronto se cansó de esta vida que le imponia deberes y humillaciones inconciliables con su carácter altanero: despues, de resultas de un desafio en que mató á un escudero del marqués de Cádiz, tuvo que huir de Andalucía; y se dió á la vida aventurera, hasta venir á ingresar, como caudillo, en las bandas volantes del alcaide de Castronuño. Siguiendo las órdenes de este poderoso bandido, que habia abrazado el partido de los portugueses, acababa de apostarse el dia antes en las inmediaciones del camino de Valladolid á Rioseco, á fin de interceptar toda correspondencia entre la reina doña Isabel y el almirante: comision que habria sido fielmente desempeñada hasta el fin, á no mediar el lance que dejamos referido.

Tal fué la historia que contó Diego de Baena, y que entretuvo agradablemente á Pulgar hasta el amanecer; á cuya hora aparecieron á media legua las torres de Valladolid.

El ex-caudillo de bandoleros rogó á Pulgar se apiadase de sus compañeros y no los entregase á la justicia; asegurándole, bajo su palabra, que si queria servirse de ellos como soldados,

no le darian motivo de arrepentirse; pues mas que bandidos eran hombres de guerra. El jóven consultó la proposicion con sus escuderos, que la aprobaron; con lo cual, se dió suelta á los presos, y el que habia salido de su casa solar con dos criados, se presentó á su tío D. Luis Osorio con una pequeña hueste, adquirida en virtud de su valeroso esfuerzo.



CAPITULO VI.

La recompensa.

ON Luis Osorio, tío materno de Fernando del Pulgar, era, como lo indica su apellido, miembro de una de las familias mas nobles, la de los marqueses de Astorga, y capitán de los nuevos reyes: hombre dado á las armas y á las letras, como por lo comun acontecia en esta época de regeneracion entre las clases elevadas de España; sentíase, sin embargo, mas inclinado á la vida estudiosa que á la activa de los campamentos: de carácter grave y seco, á pesar de que estaba todavia en una edad no distante de la florida juventud, parecia incapaz de abrigar ningun sentimiento expansivo; mostrábase rígido con todos, empezando por sí mismo, en el cumplimiento de los deberes, y por nada de este mundo se alteraba su fria impassibilidad. No obstante esto, era en el fondo, un buen sugeto, y á medida que se le trataba, se conocia que su sequedad no dimanaba de un mal corazon.

Fernan Perez, que, como habrá conocido el lector, era todo

fuego y entusiasmo, todo ingenuidad y franqueza, se representaba á su tío, antes de conocerle, cual una persona respetable por su posición, pero en particular enteramente parecido á sí mismo. Cuando echó pié á tierra á la puerta de la casa que aquel habitaba, esperaba verle salir á recibirle con los brazos abiertos, y se figuraba que luego le colmaría de elogios por la conducta heroica que habia observado durante su primera expedición. Pero pronto se desvanecieron sus ardientes ilusiones: el noble caballero estaba revistando en su patio las armas y arreos de sus escuderos y cabos de lanza, y aunque le avisaron de la llegada de Fernan, no por esto interrumpió su tarea: solo cuando el jóven, impaciente por verle, se presentó á él, le tendió amistosamente la mano, diciéndole:

—Bien venido, sobrino: esperad un poco.

Fernan tuvo que aguardar á que su buen tío concluyese su interesante revista, despues de lo cual vió con placer que se volvía de nuevo hácia él para dirigirle la palabra.

—Bien venido, sobrino, repitió el caballero mirándole de alto á bajo: habeis tardado mucho.

—Señor, cuando mi padre me ha mandado.....

—No; es que, segun mi cuenta, debisteis llegar ayer..... y ¿qué tal vuestro padre? ¿Ha quedado tan fuerte como siempre?

—¡Bueno, á Dios gracias!

—Observo, sobrino, que venís muy mal parado: traéis manchado y sucio el arnés; aquí se os han roto dos hebillas. ¿Qué escuderos teneis, que os han dejado entrar en Valladolid de esa manera?... y el penacho ajado. ¡Pardiez! no parece sino que acabais de salir derrotado de un combate.

—Lo mismo podria suceder habiendo salido victorioso, contestó el jóven picado en su orgullo.

—Teneis razon, repuso D. Luis con su imperturbable sangre fria. De cualquier modo será menester que sufran una reforma vuestros arreos antes de presentaros á la reina. Hoy descansareis y mañana veremos de arreglar eso.

—No vengo cansado, señor: mi gente sí necesitará de reposo, porque hemos caminado sin parar ayer y toda la noche.

—Mucho es: mandadles entrar.

Hernando se acercó á la puerta de la calle y llamó á sus compañeros de viaje. D. Luis arrugó el ceño al ver la estraña mezcolanza que desde luego chocaba en el armamento y atalages de aquella gente, pues solo en los hombres de Ceinos habia alguna uniformidad.

—¿Qué barullo es este, sobrino? dijo. ¿De dónde ha salido esta tropa?

—No la mireis por fuera, señor, contestó Pulgar: todos son valientes. Han salido de aquí, añadió señalando á su espada; de donde, con la ayuda de Dios, sacaré para uniformarlos.

—¡Hola! Eso me gusta. Pero ¡diantres! Viene una caterva. Vuestro padre me habia escrito que traierais solo dos escuderos, y aquí cuento.....

—Seis escuderos, hijos-dalgo, sin otros dos que están en Rioseco; mas cuatro ginetes y ocho peones: total veinte hombres, con diez y siete caballos y una acémila: todo es mio. ¿Será que os cause molestia mi numeroso séquito?

—No tal: ya veremos el modo de acomodarlo: aunque fuese doble, no estorbaria. Pero es menester que me conteis cómo ha crecido esa comitiva desde Asturias acá. Subamos arriba, os desarmareis, y almorzaremos juntos.

Dicho esto, D. Luis dió las órdenes oportunas para el alojamiento de los compañeros de Pulgar, y pasó con éste á una ancha pieza que le servia de biblioteca y comedor. Tristan dejó encargados los caballos á Rodrigo Velazquez y siguió á su joven señor para desnudarle de la armadura, y ponerle ropas nuevas que al efecto habia traído en su maleta; hecho lo cual, y habiendo tomado posesion de la pieza, que al novel paladin estaba destinada, volvió éste á reunirse con su tio, que ya le aguardaba sentado á la mesa.

Durante el almuerzo contó Hernando todas las aventuras de su viaje, sin poder arrancar al estóico D. Luis una exclamacion, ni otra muestra de entusiasmo. Solo cuando hubo concluido le dijo:

—Nunca hubiera creído tener un sobrino tan calavera.

—¿Desaprobais, según eso, lo que he hecho? preguntó Pulgar desconcertado.

—No tanto como desaprobarlo: pero me parecen algo disparatadas esas travesuras, y por prudencia os aconsejo que no habéis de ellas á nadie en la corte: pudiera ser que os valiesen el desagrado y el ódio de algunas personas.

—¿Cómo, señor! ¿En la corte de nuestra señora la reina Isabel puede haber quien repruebe el valor empleado en defensa de los oprimidos y de los que sirven á Su Alteza?

—En la corte, sobrino, hay de todo; y aunque yo nada afirmo, puede aquí haber influencias ocultas de la abadía del Cerrato, y también del alcaide de Castronuño: ¿cómo, si no, han sabido los agentes de Mendaña la ida de D. Jorge Mañrique á Rioseco con cartas de la reina?

—Eso puede haber sido una casualidad: pero sea lo que quiera, si al lado de mi señora la reina hubiese traidores, no seré yo quien los tema. Declárenme la guerra, cuanto antes mejor: puños no me faltan para quitarles la afición á su oficio.

—Sois un niño, Hernando, y no conocéis el mundo: si creéis que todo se compone á cintarazos, estais en un error. Hay lides más árduas que las de las armas, en las cuales no vence el valor, sino la astucia. Pero dejemos esto y decidme: ¿con qué recursos contais para mantener vuestra numerosa tropa? ¿Habéis pensado en ello? ¿Ó creéis que los escuderos y soldados se mantienen del aire, como los héroes de los libros de caballería?

Pulgar quedó un momento cortado por esa nueva contrariedad, pues había creído que su tío le facilitaría los medios de subvenir á las necesidades de su gente, al menos mientras no adquiría en la guerra las riquezas indispensables. Sin embargo, repuso:

—Con efecto, señor, no he pensado que, aunque quisiera buscar dinero, dejando en prenda mis barbas, como de cierto personaje histórico se cuenta, no puedo hacerlo, pues carezco de ellas; pero no faltará algún judío que me preste, como al Cid Campeador, sobre la garantía de mi palabra, y de una arca llena de arena.

—Eso pasaba antiguamente: ahora nadie presta sino sobre buenos estados y pingües haciendas. La reina misma no sabe como hacer frente á las necesidades de la guerra, dado que hombres le sobren; pero le faltan dineros con que sostenerlos.

—¡Bravo inconveniente! ¿Hay mas que ir á tomar los que tendrá de sobra el enemigo?

Esta vez, D. Luis Osorio, á pesar de su fria sequedad, no pudo menos de sonreirse.

—No es del todo malo el arbitrio, dijo: veremos de indicarlo al señor cardenal de España, para que lo aconseje á la reina; la cual es muy capaz de ejecutarlo.

Pronunció, sin embargo, estas palabras con tal tono de broma, que Pulgar no se atrevió á replicar, por temor de decir alguna tontería. Despues de esto, D. Luis recomendó á su sobrino el descanso, dió algunas órdenes para que le arreglasen la armadura de un modo decoroso y digno de su persona, y despidiéndose de él, salió á cumplir con sus obligaciones cerca de la reina.

Hernando, luego que estuvo solo, comenzó á cavilar sobre el extraño carácter de su tio, de cuya acogida no podia estar de modo alguno satisfecho. Parecia que su comunicacion con aquel espíritu aparentemente glacial habia secado en un momento el verdor lozano de su imaginacion juvenil, y apagado el ardor de su corazon. Miraba desvanecerse, como nieblas, sus mejores ilusiones y propósitos: acordábase de la huerfanita de Ceinos, á quien ofreció amparo, contando siempre con el valimiento de D. Luis, y á quien ahora dudaba si podria proteger. De intento habria hecho mencion de ella durante el relato de sus aventuras; pero ni entonces ni despues tuvo el caballero para la infortunada ni una palabra de compasion ni un recuerdo. ¿No era esto decir tácitamente que no estaba dispuesto á recibirla en su casa de solteron, ni á dar el menor paso en su socorro? ¿Y qué podia hacer por ella el jóven Hernando, sin el apoyo de aquel sugeto ó de alguna otra persona de valimiento en la corte? Sin embargo, su palabra estaba empeñada de mirar por la niña como por una hermana, y era forzoso cumplirla. ¿Mas cómo ha-

cerlo? ¿Con qué títulos reclamaria de nadie el favor para una criatura, cuyo nombre ignoraba él mismo, de quien solo sabia que era noble y desgraciada, pero sin tener al menos una indicacion positiva de su calidad y familia, ni de las desventuras que motiváran su abandono?

Estas reflexiones afectaron de tal modo el ánimo de Pulgar, que por mas que hizo, y á pesar del cansancio, no pudo el jóven cerrar los ojos y entregarse al sueño. Harto de dar vueltas en su lecho, saltó al cabo de el, se vistió, y llamando á Tristan para que le acompañase, salió á recorrer la ciudad, con ánimo de distraerse.

La ocasion era oportuna, pues pocas veces habia ofrecido Valladolid un espectáculo mas animado que el que presentaba en aquellos dias. La reina doña Isabel no era ya aquella princesa resignada y paciente, que en vida de su hermano Enrique se condenaba voluntariamente á la inaccion, y al aislamiento: era, por el contrario, el espíritu activo y emprendedor, el genio del imperio, que poseido de su alta mision y de la idea de sus deberes, en todo estaba, todo lo animaba con el soplo de su aliento. Y Valladolid era su residencia temporal, su cuartel de operaciones y á un mismo tiempo su corte, su arsenal y su campamento. A donde quiera que se mirase, allí se veia impreso el impulso vivificador de la jóven soberana. Por las calles circulaban incesantemente multitud de carros, y otros medios de transporte, conduciendo materiales de guerra: en varios puntos de la poblacion se habian formado vastos talleres, donde millares de operarios se ocupaban, unos construyendo armamentos y equipos militares, otros reparando antiguas armas y arreos deteriorados, otros forjando el hierro y transformándolo en enormes lombardas y otras piezas de gruesa artillería, ó bien los elementos de arrastre, los atalages, las cajas de municiones y las camillas para heridos, invencion de la reina: y en medio de tantos y tan diversos trabajos notábase el órden mas admirable: las faenas estaban distribuidas por secciones y falanges de trabajadores, demostrando que habian sido organizadas y eran dirigidas por una inteligencia superior, metódica y previsoras.

Pulgar encontró pábulo abundante para su distraccion en todo este movimiento inusitado, y como vagaba sin objeto que guiase sus pasos, impensadamente fué á parar á las inmediaciones del palacio del almirante, que era la mansion de la reina. En aquel punto la agitacion era menor, pero tambien mas variada: veíanse pasar graves letrados abstraídos en la discusion de árduos puntos de derecho; reverendos padres, cuyos rostros les denunciaban como practicadores de la virtud y depositarios de la ciencia; nobles pundonorosos revestidos de lucientes armas, y grandes del reino, que si marchaban precedidos de un brillante cortejo, no le permitian atravesar las puertas de la régia morada. Y ni un cortesano frívolo, ni un semblante suspicaz ó maligno, ni una accion insolente ó desenvuelta se notaba en todo el ámbito del edificio y á gran trecho en torno de él; lo que hizo que se representase á la mente de nuestro jóven como uno de aquellos palacios encantados que habia leído en los libros de andantes caballeros, ó como un templo en los días de Semana Santa, cuando la iglesia celebra sus mas imponentes ceremonias en medio del verdor y los perfumes de la primavera.

Despues de haber permanecido largo rato en muda contemplacion, exclamó:

—*¡Vere Dominus est in loco isto!* Esta es verdaderamente la mansion de la majestad.

—Teneis razon, señor, dijo Tristan, que habia estado tambien absorto al lado del jóven guerrero: en verdad que nada de esto se parece á lo que yo ví hace años en el palacio del rey D. Enrique. Me acuerdo bien que los mozos de la servidumbre ínfima retozaban con ciertas hembras desenvueltas en un patio del alcázar, y á los pocos dias de esto los grandes rompian las puertas con hachas y partesanas. Pues, ¿y lo que cantaban las gentes del pueblo, motejando á voces el valimiento de D. Beltran de la Cueva, la conducta liviana de la reina y de sus damas, y la paciencia del rey?

—¡Eh! ¡Basta, basta! No empuerques mis oídos con semejantes suciedades, ni murmures del honor de un rey muerto, y

de una reina desgraciada, si no quieres que te arranque la lengua.

—Es que no digo nada que no sea público y notorio.

—Pues bien, si tan sabido es, no hay para qué repetirlo.

Tristan calló, no sin proferir antes una especie de gruñido, semejante al del perro, que se resigna contra su gusto á la voluntad de su dueño.

En esto vieron entrar en la plaza que habia delante del palacio, un jóven caballero, seguido de otros dos ginetes; el ruido de los caballos les hizo volver la cabeza.

—Mirad, señor, mirad, dijo Tristan: nuestro cautivo de anoche, y mis compañeros Castro y Peñalver.

Con efecto, los recién llegados eran D. Jorge Manrique y los dos escuderos de Pulgar. Éste salió al encuentro de su libertado, el cual, reconociéndole al momento, á pesar de su cambio de traje, se apeó del caballo, y corrió á darle los brazos.

—¡Cuánto me alegro de encontraros aquí, mi valiente amigo! exclamó D. Jorge. Venid y os presentaré á mi padre, para que conozca al esforzado jóven que ha salvado el honor de mi familia.

—Tened calma, D. Jorge, contestó Pulgar; acaso exagera vuestra generosidad el servicio que he podido prestaros.

—¡Oh! No exagero nada: vos no sabeis cuanto vale lo que habeis hecho por mí. Era cuestion de honra lo que á Rioseco me llevaba cuando me encontrasteis cautivo. La reina necesitaba enviar un aviso importante á D. Alonso Henriquez, y la convenia que esto se hiciese con sigilo: estábamos presentes cuatro jóvenes nobles, entre ellos D. Fadrique, hijo del almirante, y Ramiro de Guzman. El maestresala Cobarrubias, y en su apoyo el conde de Benavente manifestaron que habia grave peligro en pasar de noche por los montes de Torozos: entonces dijo la reina que sería menester fuesen con el mensaje ocho ó diez hombres de armas, aunque lo sentia. Don Fadrique propuso que fuésemos dos caballeros con nuestros escuderos.—No hay necesidad de tanto, repuso mi padre: venga el mensaje, que mi hijo lo llevará, y juro por mi nombre que saldrá airoso de su

empeño. —Ya veis, amigo mio, que á no ser por vuestro generoso apoyo, estaria deshonrada mi casa.

Pulgar se encogió de hombros con un movimiento espresivo, y contestó:

—En ese caso no hableis mas del asunto; pues, por mi parte, debo olvidarlo.

El jóven poeta le apretó la mano con efusion, y no tuvo palabras para contestarle. Solo le dijo:

—Venid: mi padre debe conocer al mejor amigo de su hijo.

Los dos jóvenes entraron en el palacio, y se encaminaron á una estancia donde residia temporalmente el maestre de Santiago, D. Rodrigo Manrique.

Hallábase este magnate solo á la sazón, y reconociendo á su hijo por las pisadas, le salió al encuentro.

—¡Ah! ya estás aquí, D. Jorge, le dijo. Mal rato me has hecho pasar.

Y reparando en su compañero, esclamó:

—¡Este caballero es Pulgar!

—Vuestro humilde servidor, contestó nuestro jóven lleno de confusion.

—Decid mejor mi amigo. ¡Pardiez! Bien comenzais vuestra carrera, mozo. ¡Sois un valiente!

—¡Cómo, señor! repuso D. Jorge: ¿sabeis.....?

—Lo sé todo.

—¿Quién ha podido deciros?... interrogó Pulgar abochornado al pensar que su tio se hubiese jactado de sus propias hazañas.

—¿Quién ha de ser? replicó el maestre: quien todo lo sabe: la reina.

—¡La reina! esclamó Pulgar: saltándosele el corazon de alegría.

—Sí, la reina.... y tomad, —añadió el maestre sacando de su escarcela un pliego, del cual pendia un sello real: tomad esto que me ha entregado para vos. Su Alteza se digna nombraros *continuo* de su casa, y manda que se os dé de su real tesoro cien mil maravedís de plata cada un año.

—¿Pero he merecido acaso tanto favor?... repuso el jóven

cada vez mas confundido, y sin atreverse á tocar la real cédula, que le presentaba el maestre.

—¡Pardiez! ¿Que si lo habeis merecido? Y mi amistad, que vale mas que todas las mercedes reales, contestó D. Rodrigo. Cuando la reina os premia, tened por seguro que os habeis portado como bueno; y cuando yo os doy mi mano, podeis creer que os tengo en gran estima.

Pulgar estrechó la mano del maestre, tomó la real cédula, besóla y la apretó contra su corazon. Al mismo tiempo volvió la cabeza, porque brotaban de sus ojos lágrimas de placer y de entusiasmo.



CAPITULO VII.

De como Tristan encontró dinero

Si los reyes,—y cuando decimos los reyes se entiende que hablamos de cuantos hacen sus veces,—si los reyes comprendieran bien que toda la sabiduría necesaria para desempeñar con gloria y provecho su elevado destino se concreta en saber premiar á tiempo y con justicia, no existirían muchas de las páginas sangrientas y absurdas que manchan la historia del género humano; el gobierno de los hombres no sería, como acontece con frecuencia, un estado de guerra entre el súbdito y quien le rige, ni se vería otro espectáculo mas frecuente que el de la grandeza de ánimo, el del heroismo, el de la abnegacion y el sacrificio del interés personal en las aras del bien comun.

Hernando del Pulgar no era, cuando vino á Valladolid, mas que el embrion de un héroe; un jóven atolondrado, aunque de inmenso corazon; un aventurero que, merced á la educacion y al sentimiento del honor, sobresalia un poco de la línea vulgar. Enrique IV habria hecho de él un diestro cazador de cor-

zos ó de damas; Cárlos V, un galanteador pendenciero; Isabel, cuya elevada política consistió siempre en buscar el mérito y premiarlo, distinguió á nuestro jóven, y atrayéndolo á sí, fijó para siempre todas las brillantes cualidades de su bello carácter. Ya podia pedir imposibles á Pulgar; ya podia confiarle los mas delicados encargos, ya podia, en fin, contar con un cumplido caballero, pues tal lo habia creado, al darle una muestra de su alta penetracion y espontánea justicia.

Poseido de la mas profunda gratitud y del mas vehemente deseo de distinguirse por nobles y caballerescas hazañas, se retiró Pulgar á casa de su tio, el cual le esperaba tan impasible como le habia visto por la mañana.

—¡Hola, hola, sobrino! exclamó al verle entrar D. Luis Osorio. ¿Tanta impaciencia teniais por salir á la calle, que no habeis podido aguardar á que yo os acompañase?

—¡Oh! No me reprendais ahora, mi querido tio, dijo Pulgar dando sueltas al torrente de felicidad que inundaba su alma. Permitid que os abrace y alegraos conmigo.

—¿Pero qué es esto, chicuelo? ¿Te has vuelto loco?

—No estoy loco, no; y sin embargo, me parece que sueño. ¡Mirad, mirad! prorumpió el jóven mostrando á su tio la real cédula.—Soy continuo de la casa de la reina: tengo cien mil maravedís de haber. Pero, ¿qué digo? ¿Acaso no debo estas mercedes á vuestra mediacion?

—¡Calla! Y es verdad, repuso el capitan, mirando la cédula con fria atencion. Efectivamente tienes suerte, chicuelo: pero á mí no me lo debes. La reina no admite ni atiende recomendaciones de parientes: si hace mercedes, las hace de su propia voluntad.

—Entonces no comprendo cómo ha sido esto. ¿Quién, sino vos, ha podido decir á S. A.....

—¡Oh! Eso es un misterio. Hernando, escucha: yo soy hombre que me precio de leido: poseo toda la filosofía de los antiguos: he cultivado las ciencias naturales y políticas; estoy en relaciones con los sabios de Paris, Florencia, Roma y Granada; y sin embargo, si no conociese á fondo las virtudes de nuestra

hermosa reina, diria que es nigromántica. No pudiendo creer esto, presumo que, ó es santa, ó está dotada de un talento sobrenatural. Todo lo sabe, nada se oculta á su penetracion.

—Entonces, repuso Pulgar arrastrado por la admiracion y el entusiasmo, sabrá tambien la desgracia de mi protegida. ¡Oh! y si no la sabe, vos se la participareis: no lo dudo. Es menester que yo cumpla mi palabra.

—¡Bah! ¡Bah! Dejaos de eso, replicó D. Luis, recobrando su impenetrable gravedad. Yo no diré nada á la reina.

—Pero, señor; ¿habrá de quedar abandonada aquella huérfana infeliz? No, eso no puede ser: la palabra de un Pulgar es inviolable. Si es menester emplearé la mitad de mi sueldo en el amparo de esa niña; pero no será olvidada.

—Haced lo que queráis: yo en eso no me meto, con tal que no se importune á la reina; pero lo mejor será que no os ocupéis mas en ese asunto.

El jóven calló: no le parecia conveniente insistir, viendo que su tio no se mostraba propicio á tomar bajo su proteccion á la huérfana desconocida. Deploraba la ligereza con que habia obrado, no inquiriendo siquiera el nombre de aquella niña, y comenzaba á temer que fuesen vanos todos sus esfuerzos para favorecerla, como habia prometido.

Con efecto, sin el apoyo de D. Luis Osorio, ¿qué podia hacer un jóven guerrero, cuya vida desde aquel dia estaba consagrada al servicio de las armas? Si al menos hubiese tenido cerca su casa, aunque no vivia su madre, habria dispuesto darle un asilo conveniente, mientras otra cosa se determinaba; pero ni aun esto podia hacer. Sin embargo; no se desanimó. Pensó enviar á Ceinos á su escudero Bedmar, con el encargo de adquirir acerca de la tierna adolescente noticias circunstanciadas, y de obrar en consecuencia como mas conviniera, bien colocándola á pension en un convento de monjas, bien restituyéndola á su familia, si acaso la tenia.

Comunicó su pensamiento á D. Luis; pero este hombre singular, tomando un tono decisivo, aunque no duro, le contestó:

—Ya os he dicho, Hernando, que no os ocupéis mas en ese asunto; protectores no le faltarán á vuestra ahijada.

—¡Oh, señor! repuso Pulgar: esas palabras me indican que ya los tiene.

—Puede ser: pero no penseis mas en ello. Parece que no tenéis otras atenciones mas graves. ¿Habeis dispuesto que os limpien y aparejen las armas? ¿Habeis organizado vuestra gente, de modo que pueda presentarse en público sin que se burlen de vos?... Nada de esto habeis hecho. ¡Ya se vé! Estais distraido con niñas y con niñerías.

El genio turbulento del jóven se sublevó contra la dura reconvencion de D. Luis.

—¿Niñerías llamais, dijo Pulgar, al ejercicio de la caridad y al cumplimiento de la palabra? ¿Pues cuáles son entonces las cosas serias en que se ocupan los caballeros? Yo he oido siempre decir á mi padre, que un noble digno de este título, debe amparar al débil y ser fiel á sus promesas. Por lo demás, des-cuidad, que nadie se burlará de mi gente, ó el que tal hiciere, habrá de habérselas conmigo.

Dicho esto, y sin aguardar respuesta, salió el jóven de la estancia de su tio, y se encaminó asaz disgustado al departamento que ocupaban sus hombres de armas y arcabuceros.

Llamó á Tristan aparte, y le dijo:

—Dame albricias, amigo Tristan: la reina me ha nombrado continuo de su casa.

—¡Oh! ¡Qué fortuna, señor! exclamó el escudero abriendo desmedidamente los ojos. Eso quiere decir que esta noche tendremos racion doble de vino, y mañana temprano el aguardiente, para matar el gusanillo. Voy á dar tan buena noticia á todos mis camaradas.

—Espera, malandrin, gloton, repuso Pulgar, sentando la mano á Tristan: á donde vas ahora mismo, es á buscarme un judío que tenga mucho dinero, ó que quiera cambiar todos nuestros arneses, arreos y armas, escepto las mias, por otros nuevos, pagándole lo que sea de razon.

Tristan meneó la cabeza, como quien prevé grandes dificultades.

—Señor, dijo: para hacer ese cambio que deseais se necesita

dinero, pues no creo, que nos den mano á mano unos arneses nuevos por otros viejos y malos.

—¿Y quién te ha dicho que yo pretenda el cambio de balde? Haz lo que te he mandado y calla.

Tristan bajó la cabeza, y salió á cumplir la órden de su señor.

Éste llamó á Diego de Baena y le dijo:

—Ahí tenemos cinco caballos sobrantes. A ver si hallaremos quien los compre de hoy á mañana.

—Con tanta premura, contestó el ex-bandido, no es fácil que nadie los compre, ó tendremos que malbaratarlos, y es lástima; porque son cinco alhajas. ¿Supongo que hablareis de los de mi partida?

—De esos hablo; pero podeis hacer otra cosa: escoged de entre todos cinco, los peores, y activad la venta, porque necesito dinero.

Diego de Baena entró á escoger los caballos; y mientras tanto Pulgar dió instrucciones á Francisco Bedmar, para que al dia siguiente fuese á traer de Ceinos la huérfana abandonada. Nuestro jóven se proponia presentarla él mismo á la reina y ponerla bajo su proteccion. Habia oido decir que doña Isabel daba audiencia pública todos los viernes para escuchar las quejas de sus vasallos y hacer justicia, y pensó aprovechar la primera ocasion para implorar la munificencia real en favor de aquella desgraciada niña. Tenia pues tomada la resolucion de obrar por sí y ante sí en todos sus asuntos particulares, sin aguardar la vénia ni el auxilio de su tio.

Entre tanto el escudero Tristan recorria á la ventura las calles de Valladolid en busca de un judío que quisiese prestar dinero, ó tuviese arneses y otros arcos militares nuevos que cambiar por los viejos y desiguales de toda la compañía. Tristan no carecia de maña, y esperaba poder cumplir su encargo á gusto de Pulgar; pero le sobraba criterio para conocer que, si buscaba dinero, no encontraria arneses, y si lograba encontrar estos, lo tendria todo, pues era precisamente lo que se necesitaba. Decidióse, pues, á buscar un taller ó tienda de armería,

pero como en aquel tiempo se cerraban las puertas á poco de anochecido, y los mercaderes no usaban por muestras otra cosa que las mercancías, que solian colgar delante de sus establecimientos, pronto se convenció de que serian inútiles sus pasos, si no daba con alguna persona que le informase de lo que deseaba saber.

Con este propósito llegó á desembocar en la plaza de la Red, donde algunas posadas y tabernas permanecian abiertas, merced á ser el dia siguiente, dia de mercado, y acudir á aquel punto muchos forasteros. Entró en una de aquellas casas, la que le pareció mas concurrida, y pidió de beber, buscando así pretexto para entablar conversacion con el tabernero ó con sus parroquianos.

La casualidad, esa deidad caprichosa que tantas veces cambia y decide los destinos humanos, hizo que nuestro buen escudero topase allí con gente que no le era desconocida. Mientras saboreaba un vaso del confortante jugo de la vid, dirigiendo algunas palabras al dueño de la casa, que no habia cesado de mirarle con atencion desde que le vió entrar, observó que en la trastienda ó pieza reservada á los parroquianos de confianza se encontraban solos dos individuos, conferenciando sigilosamente: parecióle, sin embargo, reconocer el metal de la voz de uno de ellos, y aunque no podia entender nada de lo que hablaba, escitada su curiosidad, hacía lo posible por escuchar, y adelantaba de vez en cuando la cabeza, con el deseo de afirmarse en el recuerdo que tenia de aquel hombre.

La curiosidad de Tristan parecia dar pábulo á la atencion con que le observaba el tabernero, el cual, cumpliendo, sin duda, algun encargo que tenia, entró en la trastienda, habló algunas palabras con uno de los parroquianos íntimos, y volviendo á salir, dijo al escudero:

—A lo que entiendo, señor escudero, sois asturiano, si no me engaña vuestro acento.

—De Asturias vengo, buen amigo, respondió Tristan. ¿Por qué me lo preguntais?

—No es sin motivo, y dispensad mi impertinencia. ¿Cuándo habeis llegado?

—Esta mañana. Pero.....

—Ya lo decia yo, repuso el tabernero frotándose las manos muy satisfecho. No habreis venido aquí sin misterio. ¿Eh?

—Claro es que no: ando en busca de un judío.....

—Pues: un judío; ó mejor dicho, un converso. No hay duda: sois el mismo.

—¿Cómo?....

—No necesitais disimular.—Venid.

Tristan se dejó conducir á la trastienda, encogiéndose de hombros, y decidido á seguir la corriente de los que, al parecer, tomándole por otro, querian meterle en una singular aventura. Como astuto y marrullero que era, desde luego se propuso explorar el campo, sin soltar prendas, y ver si podia sacar partido de las circunstancias; ó en todo caso, divertirse un rato y satisfacer su avivada curiosidad.

Los dos interlocutores misteriosos estaban agrupados tras de una mesa; vueltos hácia la puerta y cobijados con la penumbra que sobre ellos proyectaba la pantalla de un velon: tenian delante un jarro y dos vasos de estaño mediados de vino. A lo que podia verse en la semioscuridad que los envolvía, los dos eran aproximadamente de la edad de Tristan; pero el uno, aunque no lo revelara su vestimenta, tenia trazas de hombre de armas, era de constitucion física vigorosa y gastaba largos bigotes; mientras el otro, ruin y contrahecho, parecia, por su traje modesto y su aire apocado y compungido, un mandadero de monjas.

Tristan saludó cortesmente á los desconocidos; y apenas hubo dejado oír su voz, el que parecia hombre de armas se levantó de un salto, esclamando:

—¡Calla! ¡Si es mi camarada Tristan de Montemayor!

—El mismo, [compadre Perafan de Urrutia, contestó el escudero reconociendo en el que acababa de hablar á un compañero de la batalla de Olmedo y uno de los mejores soldados del arzobispo D. Alonso Carrillo.—El mismo que viste y calza.

—¡Voto á Cribas! repuso Perafan, estrechando la mano de su antiguo camarada. Venid acá, sentaos, y bebamos en amor y

compañía.—Mas vino, maese Ardilla, traed mas vino.—¡Pardiez! ¿Quién habia de pensar que hubiésemos de volver á ser compañeros de armas?

Diciendo esto el servidor del arzobispo llenó los vasos y presentó uno á Tristan. Luego que hubieron bebido, continuó:

—Podemos hablar sin reserva. El señor,—añadió señalando al otro personaje,—es uno de los mayordomos de su Ilustrísima; ya sabeis, el hermano Froilan de Avila; un santo varon, no porque esté presente.

—Sí, ya lo sé, respondió Tristan.

Froilan, por sobre-nombre el *Beato*, á quien ya conocen los lectores de la primera parte de esta historia, se inclinó afectando humildad.

—Pues bien, prosiguió Perafan: ¿qué nuevas nos traéis de Asturias? ¿Habreis visto al Sr. D. Pedro Diaz de Sandoval? Este nombre fué como un rayo de luz para Tristan. Sin embargo, se mantuvo en su prudente reserva.

—¿Que si le he visto? contestó. Yo lo creo; como que ha pasado seis dias en casa de mi señor, y han hecho en ella estragos los lindos ojos de doña Elvira: sin duda tendremos boda.

—Es verdad: el bravo Rodrigo del Pulgar tenia un hijo.

—Un leoncillo, direis mejor: Fernan Perez se llama, y ha de ser con el tiempo la mejor lanza de estos reinos, sin agraviar á nadie. Ha jurado por la cara de sol de doña Elvira ganar fama de gran batallador en esta campaña, y se saldrá con la suya.

—Tanto mejor: cuantos mas hombres decididos tengamos, mas fácil será hacer que triunfe la santa causa de la legitimidad: echaremos de Castilla á los aragoneses, y la buena de doña Isabel volverá, como dice mi señor, á hilar á la rueca.—Pero en fin, ¿qué tenemos de cierto? ¿Traeis carta ó recado del señor de Sandoval?

Tristan se encontró algo perplejo para contestar. Sin embargo, repuso:

—No traigo carta, y á decir verdad, no soy yo, sino mi joven señor quien trae instrucciones secretas que comunicará con el rey. Pero, con todo, puedo aseguraros que Asturias sigue la buena causa de la legitimidad.

—Eso es lo que importa. ¡Oh! D. Pedro de Sandoval no habrá echado en valde su viaje. Pero si no tenemos noticias mas precisas, no podemos obrar en consecuencia; y el señor obispo de Segovia está impaciente: de un momento á otro puede volver Andrés de Cabrera y desbaratar el plan. ¿Dónde está vuestro señor? Ó al menos, ¿qué encargo os ha dado para nosotros?

—Mi jóven señor ha quedado esperándome fuera de aquí: me ha enviado primeramente á estar con vosotros, y luego á comprarle veinte arneses nuevos para la gente que le acompaña, pues no de otro modo quiere presentarse á Su Alteza, y no sé cómo hacerlo; pues él confiaba en su tío, que aquí tiene, y ese tío es un isabelino como una loma y tacaño por añadidura: inútil es pensar en su dinero.

—Nada de eso nos interesa, interrumpió el Beato, que habia escuchado hasta ahora la conversacion sin tomar parte en ella. Si vuestro señor necesita dinero, y es de los nuestros, deberá saber que estoy autorizado para proporcionárselo. Pero es menester que nos digais sin ambages, qué hay de Asturias; si se levanta ó no se levanta. ¿Supongo que á esto habeis venido?

—¡Por supuesto! exclamó Tristan, mirando de reojo al Beato: ¿pues no lo he dicho ya? Cuando salimos de Asturias todo el mundo estaba levantado.

—¡Ah! No lo habiais dicho.

—Pues es evidente,—repuso el ladino escudero, que siguiendo la capciosa doctrina de los casuistas, que dice: «disimular la verdad no es mentir,» sostenia esta plática de doble sentido, engañando á los otros y creyendo transigir con su conciencia.—Es evidente que todos los habitantes de Asturias, hasta los niños, estaban levantados. Ahora, en cuanto á lo del dinero, mi señor no me ha dicho que os lo pida, quizás por delicadeza, ó porque no se sepa que lo necesita. Es muy orgulloso, aunque esto no es un defecto. No tomará dinero vuestro, y eso que el señor de Sandoval le ofreció todos sus haberes y valimiento.

—Así lo creo, dijo Perafan, y no está bien que vayais á mendigar favores de ese tío isabelino, que será el de Osorio,

presumo. Tanto mas, cuanto quien paga es nuestro generoso rey D. Alfonso V. ¿Quereis saber á cuánto asciende el regalo que ha hecho al conde de Benavente?

—¿Cómo, el de Benavente, decís? Yo creia que D. Rodrigo Pimentel estaba en la corte de doña Isabel.

—Así es; pero yo mismo le he llevado los regalos del rey de Portugal y Castilla por valor de mil doblas de oro. Y no es él solo, que otros grandes se van ganando. Pues qué, ¿el obispo de Segovia trabajaria como trabaja para levantar á los segovianos contra el alcaide Cabrera, y apoderarse de la infanta Isabel, que está en el alcázar, sino fuera por el oro portugués?

—¡Ah! repuso Tristan; ¿con que al fin nos apoderamos de la infantita?

—¿Quién lo duda? Sin eso, mal podriamos realizar nuestro plan.

—¡Oh, amigo, amigo! exclamó Tristan demostrando alborozo. La cosa vá bien, muy bien.—Y añadió para sí:—Que me azoten si entiendo una palabra.—De modo que, prosiguió: es cosa hecha que el obispo sacará á la infanta del alcázar: y en sacándola de allí, tendremos una garantía para negociar.

—Eso es. Pero, ¡cuidado con el secreto! Los segovianos nada saben de lo que se trata: para ellos todo se reduce á un motin contra Cabrera.

—¡Oh! ¡por supuesto! Pues no faltaba mas..... Con que, señores, ya que sabeis como anda en Asturias el negocio del señor de Sandoval, me retiro, porque necesito buscar todavía esta noche algun judío que me fie las veinte armaduras nuevas, ó quiere cambiarlas por las usadas que tenemos. Si me mandais algo, podremos vernos aquí mañana temprano.

—Esperad un poco, dijo Froilan.—Y llamando aparte á Perafan, le preguntó:

—¿Creéis que se pueda tener confianza en este hombre?

—Aunque parece poco enterado en los pormenores de nuestro negocio, respondió Perafan, esto no debe inspirarnos desconfianza: puede ser efecto de sobra de cautela por parte de su señor, quien, como habeis oido, está en muy buenas relaciones con el comendador.

—Bien está, repuso el Beato: y ¿os parece que le demos el dinero que necesite?

—Siempre seria bueno asegurar por este medio la adhesion del señor de Pulgar.

El Beato se acercó á Tristan, y le dijo:

—A pesar de que vuestro señor no solicita nuestros auxilios, yo tengo orden de proveerle de cuanto haya menester. ¿Necesitareis mucho para la compra de los arneses?

—¡Oh! No me atrevo á aceptar.....

—¡Pardiez! dijo Perafan: tomad lo que se os dá, y si tan delicado sois, nos firmareis un recibo.—¡A ver, maese Ardilla! gritó al tabernero: traednos un tintero y papel.

Maese Ardilla trajo lo que se le pedia, y el Beato escribió en un pedazo de papel:

«El reverendo padre prior del monasterio de San Benito de Valladolid, entregará al portador de la presente la cantidad de.....»

—¿Cuánto os parece? preguntó á Tristan.

—Poned cien doblas de oro, contestó Perafan. Me parece bastante: ¿ó quereis mas?

—No: eso basta.

..... «Ciento diez doblas de oro, continuó escribiendo el Beato; las cuales serán á cargo del ilustrísimo señor arzobispo de Toledo.—Fecho en esta ciudad de Valladolid, á treinta dias de Abril del año de gracia 1475.—El mayordomo privado de su señoría ilustrísima.—*Froilan de Ávila.*»

Tomó luego otro papel y escribió:

«Yo Tristan de Montemayor, escudero del señor Fernan Perez del Pulgar, he recibido ciento diez doblas de oro, que me ha entregado el mayordomo privado del muy ilustre señor arzobispo de Toledo, con cargo al tesoro real de S. A. el rey don Alfonso V de *Portugal*, para arreos y armas del dicho señor Fernan Perez del Pulgar.»

Leido este documento, lo presentó á Tristan para que firmase.

Tristan tomó la pluma, y pintó con ella una cruz, diciendo:

—No sé escribir, y eso que mi señor es docto como un canónigo.

Froilan miró á su compañero, el cual se encogió de hombros, murmurando:

—¿Qué importa eso? Poned ahí que yo soy testigo.

Hízolo así el Beato, y entregó á Tristan el vale que habia estendido contra el prior de San Benito.

Tristan lo tomó disimulando su regocijo, y habiéndose despedido hasta el dia siguiente de los burlados conspiradores, corrió desalado á dar cuenta á su amo del modo singular como habia desempeñado su cometido.

Pulgar aguardaba impaciente á su fiel escudero, tanto que al verle entrar habria tal vez desahogado en él, de un modo brusco, la incomodidad que sentia, si Tristan no hubiese conjurado la tormenta, presentándose desde luego con el semblante alegre y mostrando el vale de las ciento diez doblas con aire de triunfo.

—Mas vale tarde que nunca, señor, dijo. Mirad, aquí os traigo dinero, y dinero que no tendreis que devolver; porque os lo regala el señor arzobispo de Toledo por cuenta del rey de Portugal.

Hernando miró con asombro al escudero, y por un momento dudó si debia creerle, ó reirse de lo que decia.

—¿Con qué sandeces me vienes ahora, despues de hacerme aguardar tanto tiempo, menguado charlatan? repuso. Habla: ¿qué dinero es ese que dices me traes, y qué tienen que ver conmigo el arzobispo de Toledo y el rey Alfonso?

Tristan refirió entonces su aventura sin omitir el menor detalle, y recargando mucho sobre el nimio cuidado que habia tenido de no comprometer á su señor, ni faltar á la verdad en cuanto habia dicho á los emisarios del arzobispo. Eseuchóle Pulgar atentamente, y luego que hubo concluido, le dijo:

—¿Y has podido creer, alma de villano, que yo aceptaria ese dinero?

—¿Por qué no, señor? respondió Tristan. ¿Acaso no aceptan regalos de mayor cuantía personajes como el conde de Bena-

vente? No seais bobo: puesto que os lo dan, tomad ese dinero á cuenta del botin que mas adelante nos depare nuestra buena estrella, y aprovechadlo en servicio de nuestra señora la reina. Eso no os compromete de modo alguno á servir al rey de Portugal.

—Pero es cometer una doblez indigna de un caballero.

—Yo digo que es un modo como otro cualquiera de hacer la guerra al enemigo. Ni vos, ni yo le hemos compelido ni engañado para que nos entregue ese dinero: el que me lo ha dado, mañana se tirará de las barbas; pero á esto respondo: el que sea tonto que estudie.

—Pues bien, yo te mando devolver el dinero á su dueño. Lo único que acepto son las revelaciones que te han hecho, y que voy á utilizar ahora mismo, para que cojan á esos perillanes y que canten de plano. ¡Ahí es nada! Vienen aquí á sobornar á los leales servidores de la reina, y tratan de apoderarse de la infanta. La reina lo sabrá esta misma noche.

Tristan se encogió de hombros, pero dijo para sí:—«Por esas no paso yo: seria vender á un antiguo camarada.»

En cuanto á la devolucion del dinero, pensó que lo mejor era seguir las inspiraciones de su conciencia.

Pulgar, por su parte, olvidando por un momento el cuidado que le habia inquietado toda la noche, y que cedia ante otro interés mas poderoso, pasó á verse con su tio, y le refirió cuanto acababa de saber. D. Luis Osorio, que estaba ya acostado, saltó del lecho apenas oyó las revelaciones de su sobrino, se vistió apresuradamente, y se dispuso á salir.

—Ceñíos la espada, Hernando, dijo únicamente, y venid conmigo.

—¿Vamos á ver á la reina? preguntó Pulgar.

—Sí.

El corazon de nuestro jóven héroe, aquel corazon que no se estremecía por nada ni ante ningun peligro, dió un vuelco y palpité largo rato con violencia á la sola idea de presentarse á la ya famosa reina de Castilla. Los dos caballeros atravesaron las calles lóbregas y silenciosas de Valladolid, hasta llegar al

palacio del almirante, allí se observaba un movimiento inusitado: multitud de ginetes y peones bien armados ocupaban las avenidas de la régia morada, y eran, al parecer, recién venidos de fuera. En lo interior del palacio se notaba aun mas animacion: varios pajes y otros individuos de la servidumbre real andaban presurosos haciendo preparativos de marcha: los palafreneros enjaezaban los caballos, y algunos grandes, poseidos al parecer de cierta inquietud, departian en voz baja, y daban órdenes á sus criados.

El capitán Osorio se acercó á uno de aquellos personajes, y le dijo:

—¿Será servido el señor conde de Benavente de informarme de lo que ocurre? ¿Ha vuelto de Búrgos el rey?

—No tal, señor D. Luis, le contestó el conde: S. A. sigue al frente de aquella ciudad, ocupado en reducir á su obediencia á los rebeldes; y creo que habeis de ir á tenerle compañía. Cosas mas graves son las que nos traen alterados.

—¿Mas graves? ¿Cuáles, pues?

—Ahí viene la señora marquesa de Moya, que os podrá informar mejor que yo; pues por mi parte, solo sé que debo partir para Segovia antes de una hora.

—¿Con tanta precipitacion?

El conde se encogió de hombros, y continuó dando sus disposiciones.

Don Luis se dirigió hácia la hermosa dama doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, que parecia venir á su encuentro, y que como amiga íntima de la reina, y mas aun, como esposa del alcaide gobernador de Segovia, debia de estar bien impuesta en lo que ocurría, y la dijo:

—Deseaba veros, señora.

—Y yo encontraros, caballero, contestó la marquesa. La reina os manda llamar.

—Con lo que acabo de saber, hace un momento, he debido adelantarme á los deseos de S. A. Sospecho, sin embargo, que estais ya bien informada de lo que ha llegado á mi noticia por una casualidad.

—Sí, D. Luis: la reina lo sabe todo: es una infamia. El obispo Arias y otros cuantos régulos de Segovia, aprovechando la ausencia de mi marido, intentan despojarle del mando y han promovido un vergonzoso motin.

—¿Y no sabeis mas que eso, señora?

—¿Pues qué mas? Nosotros tenemos amigos en Segovia, que se han apresurado á informarme de todo. Abraham Señor es hombre sagaz y que no miente.

—Sin embargo, señora, puede ignorar los ocultos resortes de esa intriga. El objeto principal del motin es apoderarse de la princesa niña para que la tenga en rehenes el marqués de Villena ó su amo el rey de Portugal; lo que quieren hacer con ella, no se sabe, pero el objeto es arrebatarla del alcázar.

—¡Dios mio! ¿Qué decís? exclamó la marquesa. Pronto, pronto, venid: es menester que hableis á la reina.

—Vamos, señora, y me permitireis que nos acompañe mi sobrino Pulgar, que está mas enterado que yo.

—¡Ah! ¿este es el jóven Pulgar? repuso la hermosa dama, fijando con particular atencion sus miradas en el mancebo.—Sí, sí; que venga tambien.

Y los dos caballeros, precedidos de la marquesa, penetraron en el departamento de la reina.



CAPITULO VIII.

La expedicion.

EN aquellos momentos la reina doña Isabel se hallaba en su cámara rodeada de sus consejeros de mas confianza.

Era la cámara una pieza cuadrada, amueblada con régia severidad: cubrian los muros, tapices de paño carmesí con anchas franjas doradas: en el fondo se veian, sobrepuestas y hechas de realce, las armas de Castilla y Aragon, y á cada lado, bajo un yugo y un manojo de flechas, enlazados en forma de trofeo, las iniciales I. F. de Isabel y Fernando: anudaba estos dos símbolos de fortaleza, union y fidelidad conyugal una ancha cinta, cuyas estremidades formaban con arte caprichosas ondulaciones, ostentando este mote: TANTO MONTA. Lo mismo el escudo de armas que los trofeos y su invencion, eran obra de la reina, que los habia bordado con sus propias manos. Cubríalos un dosel de brocado de oro, bajo el cual se veian dos sillones sobre una estrada: delante de estos habia una mesa con tapete, y varias sillas en dos hileras á uno

y otro lado. Encima de la mesa llamaba particularmente la atención una gran caja de maderas preciosas, que tenia en la tapa las armas de Portugal y de la casa de Benavente, labradas con embutidos de oro.

Doña Isabel, vestida con extraordinaria modestia, pues los metales á que el hombre dá estima no brillaban en su ropaje de sarga ni en su toca de hilo, ocupaba uno de los sillones debajo del sólio; y únicamente por esto y por la dignidad de su compostura y el amable respeto que infundia su agraciado semblante, se habria sospechado que era reina.—Sentado junto á la mesa, con un papel delante y una pluma entre los dedos, estaba un secretario, hombre de edad proveya y de continente humilde. Tres personas mas habia en pié á los lados de la reina: su primer ministro el cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza, su consejero el doctor Montalvo y su maestresala D. Gutierre de Cárdenas.

El cardenal de España leia una carta de D. Juan de Aragon, que la reina escuchaba con la mayor atención, teniendo la mejilla apoyada en el reverso de la mano.

... «Y esto vos aconsejo y propongo, señor cardenal, leia éste, «porque nada encuentro mejor ni mas hacedero; y porque la «esperiencia de mis largos años me ha enseñado, que en tanto «son los homes inclinados á servir á sus reyes, en cuanto esperan de ellos mercedes. Prométenlas mis hijos muy amados á «sus grandes vasallos, como fiz su antecesor el rey Enrique II, «é hallar han los tesoros de que carescen para esa guerra, é «triunfar han en gracia de Dios; ca si aquel rey, siendo bastardo, halló cuantos quiso, que bien le sirviesen, con la añagaza de las mercedes, é destronó á su hermano mayor é legítimo fijo de su padre, ¿qué no podrán alcanzar los mios por «igual medio, y teniendo de su parte el derecho?....»

—No sigais, señor cardenal, dijo la reina interrumpiendo la lectura. Las mercedes son la causa de las revueltas y de la miseria de mis pueblos. Acostumbrad á los hombres á venderse, y se venderán al que mejor los pague. ¿Cómo les pedireis luego que sean fieles y estimen su honra?

—Decís bien, señora; pero no debo disimularos nuestra situación.

—La conozco tan bien como vos, cardenal Mendoza: hoy debo lo que ha comido mi servidumbre.

—Señora.....

—No necesito nada: os digo esto, solo para que veais que conozco nuestra situación. Pues bien, á pesar de eso, antes consentiré en perder la corona, que en desmembrar un palmo de terreno de los pueblos para darlo á mis grandes vasallos. Podré hacerles merced de lo que sea mio; podré darles lo que conquisten; podré premiar sus servicios y merecimientos con honores y empleos, cuando vea que en ello ha de ganar el reino; pero no despedazaré esta herencia de menores, (el reino es una herencia de menores: ¿no es así, doctor Montalvo?) No la despedazaré para venderla á retazos por algunos maravedís, que luego se gastan.

—Sin embargo, señora, repuso el doctor: vuestros mayores hicieron mercedes y las prometieron en premio de servicios; y pudieron hacerlas, porque el reino era suyo, salvos los derechos de señorío; y aun estos están sujetos á la prestacion personal, ya que no al pago de pechos é impuestos pecuniarios.

—Ese es vuestro parecer, doctor: oid ahora el mio, dijo la reina. Los pueblos deben al rey tributos, pero no le pertenecen, porque se pertenecen á sí mismos. ¿Qué pensariais si yo pidiese al rey de Granada el dinero que necesito, y en cambio le diese á Murcia ó Andalucía? Bien sé que se han cometido abusos de autoridad por el estilo; pero los abusos no dan derecho. Mis antecesores han regalado pueblos á sus magnates y favoritos: pero, ¿qué sucede hoy mismo? Los pueblos rompen la palabra real, y sacuden el yugo de los señores que les impusieron: mas de veinte poblaciones, que yo sepa, se han levantado, negando la obediencia solo al marqués de Villena, y yo las apoyaré, porque quiero ver libre el reino de tanto tiranuelo como lo oprime y lo saquea, con mengua de la dignidad real.

—Eso es muy cierto, señora, replicó el cardenal, y sobre todo encierra un pensamiento altamente político; pero no esta-

mos aun en situacion de realizarlo. En estos momentos el Portugués, ufano con la posesion de Toro y Zamora, os propone la paz si le dais estas ciudades y el reino de Galicia.

—Si tan fuerte se cree, interrumpió la reina; ¿por qué propone la paz? ¡Tiene á Zamora y Toro y pide que se las dé! ¡Y tambien á Galicia!... ¡Oh, mengua! No: yo le echaré del reino, yo, mujer, si no hallo hombres capaces de hacerlo.

—Sí, hallareis; pero esos hombres podrán volveros la espalda, sabiendo que no teneis mas recursos que los suyos, como no esperen grandes recompensas.

—¡Recursos!... Cardenal, si la nacion reconoce mis derechos, ella me dará esos recursos. Escribid, Covarrubias.

El secretario se dispuso á escribir: y la reina, levantándose, le dictó lo siguiente:

«Se convocarán Cortes generales de mis reinos de Castilla y Leon, para dentro de quince dias, en la villa de Madrigal: concurrirán á ellas todos los grandes y señores, y los obispos, prelados y abades y los procuradores de las ciudades y villas con voto, sin esceptuarse ninguna. Vendrán sabiendo que pienso pedirles la tercera parte de la plata de las iglesias, que necesito para sostener la guerra contra los pretendientes al trono, D. Alfonso de Portugal y su sobrina doña Juana, y cuyo valor pagaré en tres años. Los grandes y nobles que concurrieren, se entenderá que toman la defensa de mis derechos, y estarán obligados á servirme con sus personas y gentes de armas en esta campaña, los que no, serán tenidos como rebeldes. Los pueblos verán si pueden ayudarme con algunos subsidios extraordinarios, y darán al efecto los poderes necesarios á sus procuradores; pero entendiéndose que no les exijo sacrificios obligatorios, sino voluntarios.»

Escrito lo que antecede, la reina lo firmó, y entregó el papel al cardenal, diciéndole:

—Cuidad de que esto se ejecute. Si los castellanos me aman, vereis cuan pronto me otorgan recursos: si me los negasen, sabré que no merezco reinar en Castilla: en cuanto á los nobles, seguirán la bandera que les parezca mas honrosa, y ya irán re-

cobrando poco á poco el hábito de las virtudes que heredaron de sus abuelos.

Y volviéndose á D. Gutierre de Cárdenas, le dijo:

—¿Está todo dispuesto para la marcha?

—Todo, contestó el maestresala: no falta mas sino que V. A. mande montar.

—Ved si ha venido D. Luis Osorio.

En este momento penetraba en el régio aposento la marquesa de Moya, seguida del capitán y de su sobrino.

—Aquí está, dijo D. Gutierre.

—¿Y ese jóven que viene con él?... ¡Ah! exclamó la reina: es el valiente de Torozos.

La marquesa se acercó á doña Isabel y corroboró su sospecha mientras D. Luis y Pulgar permanecían inclinados á una respetuosa distancia.—Y luego que hubieron hablado en secreto algunos momentos doña Beatriz y la reina, dijo ésta:

—¿Cómo es eso? ¿Pretende robarme mi hija? Acercaos, capitán: y vos, Pulgar, venid aquí, amigo mio.

Don Luis se aproximó al trono, con la serenidad propia de un hombre acostumbrado á mirarlo de cerca; pero nuestro jóven lo hizo temblando, y sin atreverse á fijar la vista en la amable soberana, que le llamaba amigo.

—Decidme, Osorio, ¿qué nuevas teneis de Segovia? interrogó la reina.

—Señora, contestó el capitán: las nuevas que yo tengo, mi sobrino Pulgar me las ha dado. ¿Si permitís que él las refiera?

—Sí, hablad, Pulgar.

—Poco hablaré, señora, dijo el jóven, porque cuando se necesita obrar, las palabras son ociosas.

Dos agentes del señor arzobispo de Toledo han venido á Valladolid, á esperar noticias de Asturias, que ha ido á sublevar un noble personaje: no lo conseguirá, porque Asturias os ama, pero esos agentes han recibido informes falsos, que, tal vez esta misma noche, serán transmitidos al obispo de Segovia: en virtud de ellos habrá un motin bajo cualquier pretexto en aquella ciudad, y mi señora la infanta será robada en medio

del tumulto. A lo que entiendo, se piensa conducir á la ilustre niña á uno de los castillos inespugnables de mi pais, donde la guerra empeñada se eternizaria, comprometer á los leales asturianos, y asegurar con este apoyo la desmembracion de Galicia y el éxito de las operaciones que se emprendan sobre Castilla. Esto es lo que comprendo, señora mia, y aunque no dudo de la fidelidad de mis paisanos, creo que conviene apresar á los agentes del arzobispo, y caer sobre Segovia para impedir las consecuencias del motin que se prepara.

—Bien habeis hablado, Pulgar: pero decidme, ¿quién ha visto esos agentes de D. Alonso Carrillo?

—Los ha visto un escudero mio, á quien han intentado seducir, dándole dinero para mí. ¡A mi dinero! Deseo verles, para arrojárselo á la cara.

Las noticias que acababa de dar el jóven habian producido en todos los presentes una alarma, que se reflejaba visiblemente en sus actitudes y fisonomías. Solamente la reina permaneció tan serena, que tuvo calma para acercarse á la mesa y abrir la caja que habia sobre ella, diciendo:

—Amigos míos, nada de lo que ha dicho el jóven Pulgar me coge de sorpresa: ved aquí los regalos que el rey de Portugal ha hecho al buen Pimentel por medio de los emisarios del arzobispo. ¡Qué mal hace quien piensa que la lealtad se corrompe con el oro! D. Alfonso regala á mis buenos vasallos, para que ellos me regalen.—Covarrubias, escribidle en mi nombre, dándole las gracias por su galantería.

Y volviendo á cerrar la caja, continuó:

—Sí, tengo noticias de esa conspiracion; pero no creia que el atentado se dirigiese contra mi hija: vamos, Cárdenas, ved si están ya dispuestos mis caballos y comitiva.—Vos, Pulgar, me acompañareis: gusto mucho de que me acompañen los valientes.—Vos, Osorio, tomad este pliego, (y le dió uno que habia sobre la mesa); llevadlo al rey mi esposo, y decidle de palabra, que, si no puede acabar pronto lo de Búrgos, convendrá ir concentrando las fuerzas sobre Toro y Zamora; que el almirante queda en Rioseco, y me ha mandado guarnicion suficiente para Va-

lladolid.—Vos, señor cardenal, no echeis en olvido la convocación de las Cortes: á mi vuelta, pienso reunirme con ellas. A vos y al maestro de Santiago confío esta ciudad: tratadla como su lealtad merece.—Pronto, Beatriz, pronto á caballo. Segovia rebelde me ha de dar los primeros subsidios. Ya vereis.

Don Luis Osorio y Pulgar, obtenida la vènia de la reina, salieron á fin de disponerse para sus repentinos viajes. Cuando llegaron á su casa, el afortunado jóven llamó á Tristan; pero éste habia salido, y nadie supo darle razon de su paradero. Fuéle preciso hacerse acompañar de Rodrigo Velazquez y de otro de los escuderos. No le pesó, pues temia justamente que Tristan, con su glotoneria y su capacete de gavilanes, pudiera ser la irrisión de la régia comitiva. Se armó con prontitud, montó á caballo y volvió á palacio, seguido de sus dos hombres de armas.

En el momento de su llegada, la reina, la marquesa de Moya, el conde de Benavente con otros cuantos personajes de la corte y una escolta de treinta lanzas estaban dispuestos para partir. Un oficial de justicia se acercó al maestresala Cárdenas, que estaba junto á la reina, é inclinándose respetuosamente, le dijo:

—Señor, hemos acudido tarde: los agentes del arzobispo estaban allí, pero se han fugado.

Pulgar lo oyó, y dijo entre dientes:

—¡Ah! ¡perro Tristan! Ya sé donde andabas. A la vuelta nos veremos.

Con efecto, Tristan, al saber que Pulgar iba á dar cuenta á la reina de su aventura, no queriendo perder las ciento diez doblas, que no habria cobrado si por su delacion fuesen presos los agentes del arzobispo y repugnándole que por su causa padeciese un antiguo compañero de armas, habia ido á decir á Pefafan de Urrutia que se pusiese en salvo, suponiendo haber oido cierta conversacion en casa de D. Luis Osorio, de la cual inferia trataban de perseguirle. De este modo, el astuto escudero, sin descubrir á su señor, afianzaba la confianza que en él habia depositado su amigo, y conservaba el dinero del arzobispo, que, en su sentir, habria sido cargo de conciencia devolver.

La reina, despues de repetir algunas instrucciones á las personas de su consejo que quedaban en Valladolid, á pesar de ser una hora incómoda y avanzada de la noche, partió con todo su acompañamiento.

Aun no se habian retirado de delante del palacio todos los que presenciaron la marcha de la reina, y permanecia pensativo el oficial de justicia, que tuvo la mala suerte de llegar tarde á la taberna de la Red, cuando se oyó tropel de gente hácia un ángulo de la plaza. El oficial corrió á informarse de lo que ocurría, y pronto reconoció á cuatro de sus corchetes, que traian preso á un hombre.

—Aquí le teneis, dijo uno de los corchetes; queria escaparse, haciéndose el zonzo, pero como teniamos cercada la casa segun nos mandasteis, lo hemos cogido en el garlito, es un conspirador.

—¡Miente el bellaco! respondió el preso. No soy conspirador sino escudero y bueno del mas leal de los hidalgos, y aquí está el blason que lo acredita. Me llamo Tristan de Montemayor, y sirvo al señor de Pulgar.

—¿Y quién es el señor de Pulgar? preguntó el oficial de justicia.

—¿No sabeis quien es Pulgar? repuso el escudero.

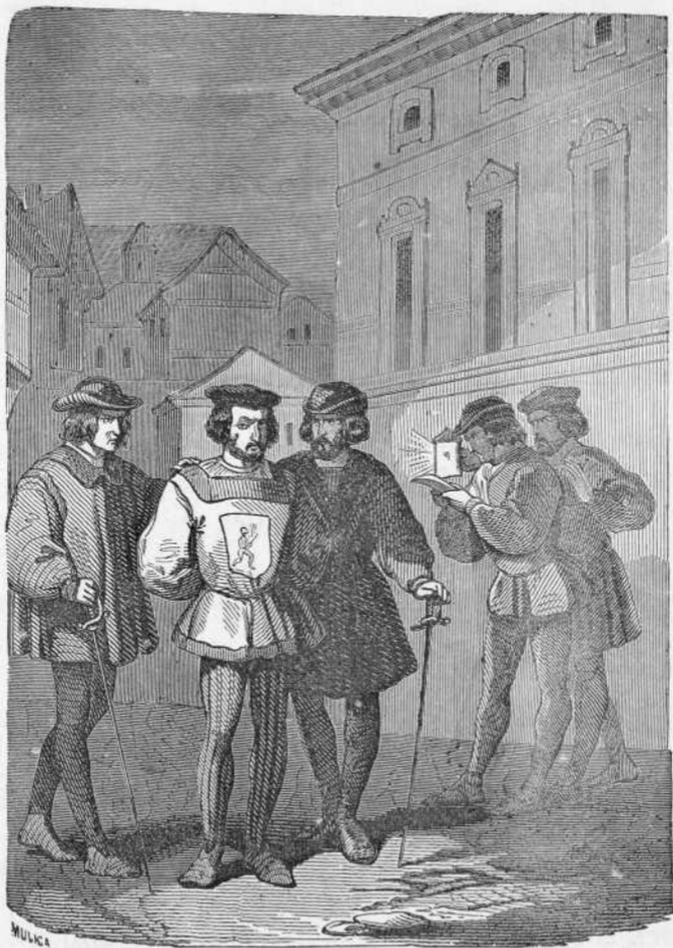
—Ni nos importa saberlo, dijo el corchete: ahora lo que interesa es averiguar lo que hacía este perillan en la taberna de maese Ardilla, y lo que significa un papel que le hemos encontrado encima.

—¡Un papel! exclamó el oficial. ¿A ver? ¿a ver? eso es grave: dádmelo y alumbrad.

El corchete entregó el papel á su jefe, que lo desdobló con afan y se puso á leerlo, alumbrándole aquel con una linterna. No bien hubo recorrido con la vista las pocas líneas que contenia, el oficial sacó el labio inferior haciendo un gesto de indignacion grotesca, y exclamó:

—¡A la cárcel con él! ¡Es un conspirador! ¡Es un malvado!

Y preguntó en voz baja al corchete:—¿Supongo que no habreis leído lo que aquí dice?



¡Es un conspirador! ¡un malvado!

—No, de ninguna manera.

—Es un secreto de Estado. A la cárcel con ese conspirador, y que no hable con nadie: mañana veremos lo que se ha de hacer con él.

Y se guardó el papel en un bolsillo.

—¡Adios, mi dinero! murmuró Tristan suspirando, al ver desaparecer el vale de Froilan de Ávila.

Pero como aquel documento era por sí solo un temible acusador de connivencia con los agentes del arzobispo, no se atrevió á reclamarlo; y conociendo que era inútil oponer resistencia, se dejó conducir á la cárcel pública de la ciudad. Esperaba quedar libre al dia siguiente con ayuda de su señor, ó poniendo en juego los resortes de su ingenio.



CAPÍTULO IX.

Justicia es autoridad.



SEGOVIA, la ciudad leal, que un año antes había la primera levantado pendones proclamando á doña Isabel, era á la sazón teatro de las intrigas del anciano arzobispo de Toledo, y de su antiguo compañero de cábalas el obispo D. Juan Arias.

Guardaba éste mala voluntad al alcaide Andrés de Cabrera, no porque tuviese de él motivo alguno de queja, sino solo porque ocupaba un puesto, que antes era casi patrimonial de su familia. Cabrera entró á reemplazar á Pedro Arias, hermano del obispo, á quien se quitó el gobierno de Segovia y la alcaldía de su alcázar por resentimientos políticos, sacrificándole á las miras personales del marqués de Villena D. Juan Pacheco; y ni la influencia de éste sobre el ánimo apocado del difunto rey D. Enrique, ni las intrigas de mala índole, que en varias ocasiones se pusieron en juego, habían podido derribar al nuevo gobernador, pero los Arias no perdían la esperanza de recobrar su antiguo poderío.

Proclamada reina de Castilla doña Isabel, á quien tantos y tan buenos servicios habia prestado Cabrera, la dominacion de éste se afianzaba de una manera indestructible. De aquí la alianza ofensiva y defensiva entre el obispo Arias y su familia con los enemigos de aquella augusta señora, de los cuales podian esperar la reparacion de su desgracia. El arzobispo don Alonso Carrillo, el jóven marqués de Villena D. Diego Pacheco y el duque de Arévalo, jefes del partido de la Beltraneja, así se lo habian prometido; y puestos de acuerdo unos y otros, convinieron en que el obispo con toda su parentela y allegados trabajasen para malquistar á Cabrera con los segovianos, y aprovechando la ausencia de aquel, cuyo carácter enérgico podia ser un obstáculo invencible, y la de la reina, promoviesen un motin, y se apoderasen de la ciudad y del alcázar, entregando luego la infanta, que se guardaba en él, á los partidarios de doña Juana.

Entraba en este plan el pensamiento de llevar á la infanta á los confines de Galicia y Asturias, para de este modo distraer las fuerzas de doña Isabel en la lucha obstinada que se empeñase en aquel pais montañoso, y entre tanto, teniendo á Segovia por base de operaciones, reparar la imprudencia que habian cometido los portugueses de invadir á Castilla por el Norte, trayendo la guerra á las provincias meridionales, donde contaban con el apoyo de los dominios de sus mas fuertes aliados.

Como se deja conocer por este sucinto relato, el movimiento de Segovia era un asunto de inmensa trascendencia, que comenzando por derribar tumultuariamente á un gobernador, debia concluir con un cambio de dinastía, ó al menos dificultar considerablemente el resultado de la guerra de sucesion.

Las noticias recibidas por la reina en Valladolid no eran sino el aviso de lo que se temia; pero á doña Isabel le gustaba mas prevenir, que remediar, y así dispuso inmediatamente su partida, porque sabia que bastaba su presencia para desconcertar todo el plan de sus enemigos. Pero cuando á la mañana siguiente llegó á Tordesillas, encontró allí á un enviado del vicealcaide de Segovia, portador de gravísimas nuevas.

Un suceso imprevisto habia precipitado la rebelion: se estaba en la cobranza de los tributos, y habiéndose trabado de palabras un receptor del alcaide tesorero con cierto sugeto que era de los conjurados, vinieron los dos á las manos, y hubo el primero de malherir al segundo. Los amigos y parientes del conjurado salieron persiguiendo al receptor, que se refugió en el alcázar, y clamaron por las calles pidiendo venganza contra la tiranía del gobernador. La ciudad puesta en armas por los secretos instigadores de la revuelta, habia tenido ya varias colisiones sangrientas con la escasa guarnicion del alcázar, y ésta se hallaba sitiada por los amotinados, que pedian la cabeza de Cabrera y del alcaide interino.

Cuando la reina oyó este relato, estaba tomando un corto refrigerio para reparar sus fuerzas: habia caminado toda la noche, sin haber dormido una hora. Dejó que su gente se restaurase con algun alimento, y convocando á los grandes y caballeros que la acompañaban, les dijo:

— Amigos míos, Segovia está en plena rebelion, y es necesario que mañana, á mas tardar, quede apaciguada. Sé que os doy mucha molestia; pero ¿sereis vosotros, hombres fuertes y aguerridos, menos vigorosos que yo, para soportar la fatiga? No lo creo, porque fuera ofenderos. ¡A caballo, pues, y á Segovia!

Esta órden fué acogida con entusiasmo, y á los pocos momentos estaba en marcha doña Isabel, compitiendo entre sí en ardor y deseos de servirla todos los individuos de su comitiva.

Dejémosles seguir su precipitada caminata, y adelantándonos un dia y algunas leguas, veamos lo que pasaba en Segovia.

Ya hemos indicado al principio de este capítulo las causas y el objeto de la escision promovida en aquella ciudad, y como por un impensado incidente vino á estallar antes de tiempo la mina preparada.

Don Juan Arias, sus hermanos, en particular Pedro, el ex-gobernador de Segovia, la poderosa familia de Contreras, y otros varios personajes influyentes, de esos que siempre dominan en las poblaciones, por sus riquezas ó por su audacia, coligados de antemano contra Andrés de Cabrera, y dispuestos á

conducir la rebelion al término mas propicio á sus particulares intereses, acudieron inmediatamente á capitanear las turbas amotinadas. El ayuntamiento mismo de la ciudad, cediendo por una parte al peso de las influencias locales, y por otra á la necesidad de proteger los intereses del pueblo, tuvo que colocarse tambien al frente del movimiento. El objeto de éste parecia plausible: tratábase de sacudir el yugo de un gobernador en demasia rígido, y que llevaba ya mucho tiempo de mando, razon de ser la mas poderosa de todas las revueltas, en que siempre se espera con la novedad mejorar de condicion.

El aspecto de la ciudad era por demás imponente: todas las calles que conducian al régio alcázar estaban cerradas con parapetos y estacadas: las murallas y las puertas, excepto una que habian podido conservar á duro trance los soldados del alcaide, estaban fuertemente defendidas por el paisanaje armado: los vecinos pacíficos tenian sus casas abiertas y á merced de los amotinados, mientras ellos se refugiaban con sus mujeres é hijos en el último rincon, temerosos de los desmanes del populacho, al cual se veian precisados á entregar sus provisiones como donativo gracioso, á fin de tenerlo propicio. Durante tres dias consecutivos con sus noches, no habia cesado la alarma: de cuando en cuando resonaban fatídicos los tiros y la gritería de los combatientes, cuya lucha no era, sin embargo, obstinada ni sangrienta, gracias á la inferioridad numérica de los defensores de la autoridad, que les obligaba á mantenerse á la defensiva detrás de sus fortificaciones.

Pero el pueblo, perfectamente organizado y mandado por buenos gefes, se habia constituido en sitiador, y tenia bloqueado el alcázar, cuyos habitantes solo y á duras penas conservaban una salida para proveerse de víveres: aun este resquicio de libertad les era continuamente disputado, y en tal disposicion estaban los ánimos de los sitiadores y sitiados, que á ser rendida la fortaleza, éstos no podian esperar gracia de sus enemigos.

Entre tanto el centro de la ciudad disfrutaba de una paz aparente; sin que otro síntoma de turbulencia se notase que el frecuente galopar de los caballos y el ir y venir de los cabecillas

del motin á la casa consistorial y al palacio del obispo, donde se hallaban constituidos en junta de gobierno los principales jefes de la rebelion, aguardando que el triunfo, bien fuese alcanzado á fuerza de tiempo y constancia, bien por medio de un atrevido golpe de mano, los hiciese dueños absolutos de la plaza y de las riquezas que suponian encerradas en el castillo.

En tal estado, y siendo ya cercana la noche del tercer dia de combate, llegó á la ciudad un ginete de las avanzadas, que los sublevados tenian puestas en las alturas contiguas á los caminos, y se dirigió galopando hácia la casa de la ciudad. Multitud de gente curiosa le siguió, porque en aquellos momentos de agitacion era objeto de vivo interés, de zozobra para unos y de esperanza para otros, la llegada de un hombre, que podia ser mensajero de nuevas complicaciones.

Con efecto, la ansiedad pública no se engañaba. El ginete se apeó á la puerta del Ayuntamiento, dejó su caballo en manos de un hombre del pueblo, y entró en la sala capitular. Su aparicion en medio de los concejales, despertó en estos la mas viva curiosidad.

—¿Qué nuevas traeis? ¿Qué sucede? le preguntaron varios á una vez.

—La reina viene á Segovia, contestó el mensajero.

Esta lacónica respuesta hizo que se inmutasen todos los semblantes.

—¡La reina! ¡La reina! repitieron los concejales en voz baja, y con ellos las demás personas que allí habia congregadas. Para algunos este nombre significaba «reconciliacion;» para otros sonaba como «castigo;» para los mas comprometidos era sinónimo de «resistencia ó muerte.»

—¿Qué haremos, señores, en este trance? preguntó uno de los regidores.

—¿Qué hemos de hacer? dijo el primer alcalde, hombre anciano y respetado por su posicion y buen consejo. La reina no puede ser detenida: la recibiremos cual corresponde, y exponiéndole las quejas del vecindario, hará justicia. Obrar de otra manera será atraer sobre Segovia su justa indignacion.

—¿Qué nos importa esa indignacion? repuso Pedro Arias. Cuando una ciudad se levanta no reconoce otro poder superior al suyo.

—Cuidado con eso, replicó el alcalde. Nadie es mas celoso que yo de los fueros de la ciudad; pero así como estoy dispuesto á representar ante el trono, pidiendo con toda independenciam y energía que se respeten esos fueros, así tambien me dejaré matar antes que consentir se rebaje la dignidad real. Una cosa es que un pueblo demande justicia, y la demande, si á ello le obligan, con las armas en la mano, y otra que desconozca la autoridatd suprema, sin la cual no hay respeto á la ley.

—No se trata ahora de faltar á la autoridad de la reina, respondió Juan Contreras; se trata solo de impedir que nos crea débiles, y entrando sin condiciones en la ciudad, descargue su cólera contra nosotros. ¿Estará bien que todo ese pueblo comprometido quede espuesto á sufrir la venganza del trono?

—Lo que os inquieta menos en este momento es ese pueblo, repuso el alcalde; y nada os importaria verlo degollar todo, con tal que salvaseis vuestra cabeza.

—Aquí no está en peligro la cabeza de nadie, gritó Pedro Arias. La reina no entrará en Segovia, sino con las condiciones que se la impongan.

—Ni el pueblo lo consentirá, añadió Contreras. Yo os lo aseguro.

Y sin hablar mas palabra, salió precipitadamente de la sala. Pedro Arias intentó seguirle, pero el alcalde le detuvo, diciéndole:

—Todo estremo violento solo puede empeorar nuestra situacion: no sigais á ese botarate, señor Pedro Arias: ved mas bien lo que determina el señor obispo vuestro hermano, y decidle que, por el bien de la ciudad, deseo se apele á medios conciliadores.

—No hay conciliacion posible. Que venga la reina y tome á Segovia si puede.

Y esto diciendo, el orgulloso noble llamó aparte al mensajero, y le preguntó si sabia qué gente acompañaba á la reina.

—Segun nos han informado no llegan á cuarenta personas las que vienen con S. A., contestó el mensajero; son algunos señores y damas de la corte, entre ellas el conde de Benavente y la marquesa de Moya; y además un corto número de caballeros y servidores; pero ignoramos si vendrá detrás alguna hueste.

—¿Lo veis? dijo Pedro Arias, volviéndose á los concejales: doña Isabel nos trae al de Benavente y á la mujer de Cabrera. Si estas personas llegan á pisar la ciudad, no respondo de que el pueblo, en su desesperacion y en su ira, no las arrastre en presencia misma de la reina. Tampoco respondo de vuestras cabezas si haceis traicion á los segovianos.

En seguida, sin aguardar respuesta, salió de la sala, y se encaminó al palacio episcopal, sembrando la alarma entre el gentío, que se agolpaba á su paso, y dando á entender que la reina, de acuerdo tal vez con el Ayuntamiento, venia decidida á castigar severamente la sublevacion de Segovia.

El obispo D. Juan Arias, informado ya de lo que pasaba, habia tomado su resolucion. Era esta la de aparentar que se respetaba á la reina, dando cerca de ella un paso de sumision; pero imponiéndola desde luego condiciones para su entrada en la ciudad: si accedia á ellas, desde luego se lograba rebajar su autoridad, y preparar el camino para exigirla luego mayores concesiones; si las denegaba, como era probable, atendido su carácter, se tenia con ello un pretexto para faltarle abiertamente á las consideraciones debidas.

En consecuencia de esta determinacion, se pensó en comisionar al alcalde Diego de Frias, á otros tres concejales y algunos particulares, para que saliesen á impetrar de la reina que no entrase en Segovia con el conde de Benavente y doña Beatriz de Bobadilla, so pretexto de que estas personas eran odiosas al pueblo, y se temia que cometiese con ellas algun desaguisado.

Fácil fué convencer al buen Diego de Frias y á sus compañeros de la conveniencia de este paso aparentemente conciliador. El obispo, mostrándose afligido por los disturbios y el derramamiento de sangre humana, les hizo entender que él por su parte solo deseaba se restableciese la paz; y que para ello no habia

como que la reina se inclinase á satisfacer las justas quejas de su pueblo. Al mismo tiempo, para dar fuerza á sus razones, comenzó á oírse una desahogada gritería en las calles; el paisanaje armado pedía á voces la muerte de Cabrera, la de su mujer y amigos, entre quienes se nombraba en particular al de Benavente.

Los sugetos encargados de la delicada comision se apresuraron á cumplirla. Inmediatamente salieron á pié de la ciudad, procurando al paso calmar la efervescencia de los bullangueros, y tomaron el camino de Valladolid, á tiempo que llegaba la reina con su comitiva. Un inmenso gentío coronaba las murallas y miradores altos de las casas contiguas al campo, mientras la muchedumbre bullia en las calles, los amotinados ocupaban sus puestos preparándose á la resistencia, y la guarnicion del alcázar se ponía en activo movimiento, destacando un cuerpo de arcabuceros, protegidos por algunos caballos, hácia el portillo de comunicacion que conservaba, para mantenerlo espedito.

La reina se adelantó á su comitiva, al ver á los diputados que hácia ella se acercaban con las cabezas descubiertas; y refrenando su caballo, preguntó:

—¿A qué venís? ¿Os envia Segovia para que me demandeis el perdon de su culpa?

El anciano Frias tomó la palabra, en nombre de sus compañeros, y doblando una rodilla en tierra, contestó:

—Con dolor de mi corazon siento deciros, alta y poderosa señora, que otra es la comision que me trae á vuestras plantas. Segovia, por mi boca, os suplica que mandeis se retiren de vuestra compañía el señor conde de Benavente y la señora marquesa de Moya, á quienes aborrecen por su amistad y deudo con el gobernador Andrés de Cabrera. Con esta condicion, V. A. será bien recibida de sus leales vasallos: de otro modo nadie responde de que se os guarde el debido acatamiento.

—¿Y vos, anciano, repuso doña Isabel, ignorais, á pesar de vuestras canas, que imponer condiciones á un monarca es ya faltarle al respeto? Volveos á Segovia, y decid á quien os envia, que soy la reina de Castilla, proclamada hace un año por esa

misma ciudad hoy rebelde; y que la reina oye benigna las justas quejas del mas humilde de sus vasallos; pero no sufre condiciones, ni aun de sus iguales.

—Señora, ved que..... dijo el alcalde con voz balbuciente.

—Nada escucho, anciano; reconozco vuestro buen deseo, y os perdono. Volveos á Segovia, que yo me abriré sus puertas.

Dijo la reina estas palabras con tanta dulzura y gracia, que el honrado alcalde se levantó, y haciendo una profunda reverencia, volvió el rostro para limpiarse una lágrima. Le arrancaba esta lágrima el tierno efecto que acababa de inspirarle su afable soberana; aquella atencion con que le habia tratado de vos, que en su concepto era un miramiento á sus años, aunque en realidad debemos decir que doña Isabel nunca habló de *tú*, como otros reyes, sino á sus íntimos amigos; y por último, el despecho de no poder servirla como leal vasallo, abriéndole de par en par y sin condicion las puertas de la ciudad.

Doña Isabel llamaba entre tanto al oficial que le habia comunicado en Tordesillas la noticia del alboroto, y señalándole el alcázar con la mano, le dijo:

—Guiad.

En seguida, sin detenerse un momento, picó al caballo, hizo un gracioso saludo á los diputados, que estupefactos la contemplaban, y partió á escape, arrastrando en pos de sí á su comitiva, que quedó envuelta en un denso torbellino de polvo.

Pronto hendió los aires el vehemente clamoreo de los soldados, que, preparadas las armas, victoreaban á su soberana desde los adarves y avenidas del régio alcázar. La avanzada que habia salido á recibirla formó con sus pechos un muro para defenderla: el pendon morado de Castilla ondeó en la torre de homenaje, y mientras el pueblo, sin comprender lo que sucedia, se agolpaba hácia el camino de Valladolid, la reina, dentro ya de la magnífica fortaleza, cubria de besos el rostro de su hija y la estrechaba contra su pecho.

Nadie apenas se apercibió en la ciudad de esta rápida y casi furtiva entrada de la reina en el alcázar: era ya anochecido, y para verificarla se habia dado un largo rodeo, perdiendo de

vista á los diputados, que creyeron se trataba de una retirada, para volver sobre Segovia con fuerzas superiores. Los jefes de la rebelion, sin embargo, enterados de aquella circunstancia, concibieron inmediatamente la idea de ocultarla, y difundir voces que lo contrario asegurasen.

Era su intento sobreescitar las pasiones populares con la negativa de la reina, y explotar á la vez el temor fundado de un seguro castigo, para resolverse á dar aquella misma noche un atrevido golpe de mano. Ignorando los instrumentos materiales del motin la presencia de doña Isabel, se evitaba que decayese su osadía. Juan Contreras reunió á los cabecillas mas audaces, y exagerándoles el peligro que corrian y la necesidad de hacerse fuertes, para no caer sin condicion en poder de las fuerzas reales, ofrecióse á escalar el alcázar, para tomarlo por sorpresa; prometiéndoles por botin todo cuanto se encontrase de algun valor en el tesoro real, y no necesitó emplear grandes esfuerzos de elocuencia para obtener un completo asentimiento.

Concertados los medios para dar el asalto y habiéndose retirado cada cual á su puesto á esperar el momento convenido, Contreras pasó á verse con el obispo, el cual le dijo:

—Esta noche triunfamos ó nos hundimos: doña Isabel ha venido á caer en nuestros lazos: todo depende de vuestro arrojo. Si conseguís apoderaros de su persona, y no es difícil, nos hacemos árbitros de la suerte del reino.

—Descansad en mí, contestó Contreras: cuento con hombres decididos para hacer nuestro el alcázar, y conseguido esto, lo demás es muy fácil.

La reina, entre tanto, aunque sumamente fatigada á consecuencia de su precipitado viaje, se ocupaba en recoger noticias y antecedentes de todo lo ocurrido, esperando al dia siguiente para presentarse en medio de los sogovianos y hacer justicia á sus querellas. Todos cuantos habian ido en su compañía estaban durmiendo, de órden suya: solamente permanecia en vela, doña Beatriz, teniendo en sus brazos á la princesa niña, y el jóven Pulgar, que habiéndose retirado al aposento que se le designó, se entretenia, como buen enamorado, en contar las estrellas des-

de una ventana, pensando en doña Elvira y en la estraña suerte que le habia hecho conocerla y amarla para separarle al momento de ella.

La noche, si bien estaba serena, era profundamente oscura: en la ciudad no se percibia ningun rumor siniestro; reinaba por el contrario una calma medrosa, cuyo silencio interrumpia de tiempo en tiempo la voz de los centinelas. Pero estas voces sonaban allá, lejanas, como si los amotinados, abandonado el bloque del alcázar, hubiesen puesto su atencion en otro lugar. Esta circunstancia, interpretada por los guardadores de la régia fortaleza como una tregua, les tenia confiados; y muchos de ellos, cediendo al cansancio de las anteriores fatigas, se entregaban al sueño.

Era ya cerca de media noche: Pulgar, despues de haber dejado divagar su fantasía, iba á retirarse de la ventana, cuando llamó su atencion un rumor sordo debajo de ella y hácia el muro exterior del alcázar: la oscuridad no le permitia distinguir bien los objetos. Al pronto pensó que seria el relevo de centinelas, pero observó que aparecian y desaparecian con cautela varios bultos unos en pos de otros, y cruzando por su mente la idea de una sorpresa, gritó con fuerza:

—¡Alerta, guardias de la reina! ¡Alerta!

No bien hubo el jóven proferido estas palabras, la sucesion de los bultos que llegaban al muro se hizo mas rápida y tumultuosa; y un momento despues resonaron los gritos de ¡Traicion! ¡Alarma! juntamente con el seco crugir de los aceros, y el tronar de la arcabucería. Centenares de voces furiosas se oyeron á la vez hácia la puerta principal del edificio, que decian:

—¡Segovia! ¡Segovia! ¡Muera el alcaide!

Pulgar corrió á donde estaban sus escuderos y la demás gente de la comitiva de la reina, gritando:

—¡Arriba, camaradas! ¡La reina está en peligro!

No fué menester repetir el aviso, pues ya el estruendo del combate habia despertado á muchos, y los que aun dormian se levantaron sobresaltados, corriendo todos á las armas.

Pero por pronto que acudiesen era ya tarde para contener la invasion del pueblo armado. Cogida por sorpresa la guardia principal del alcázar, habian sido abiertas las puertas y la multitud amotinada inundaba los patios y galerías interiores. Los soldados que acudian en tropel al punto amenazado, eran repelidos sin combate formal por la fuerza numérica de sus contrarios. El conde de Benavente, reuniendo la escasa, aunque escogida gente, que habia venido con la reina, se limitaba á cubrir el recinto interior, cerrando las puertas que conducian á él, y tomando otras precauciones para defender contra la invasion la cámara real. El alcaide interino andaba atribulado de una parte á otra, sin poder colocarse al frente de sus soldados, pues para hacerlo tenia que pasar del patio central á los exteriores, esponiéndose á franquear él mismo la entrada á los insurrectos. Así es que todo era confusion entre los defensores de la fortaleza, y esta se hallaba realmente á la merced de los invasores, que solo necesitaban romper algunas puertas, y arrojar la débil resistencia de un corto número de caballeros denodados para triunfar completamente.

Pulgar, despues de haber intentado en vano salir con sus dos escuderos al lugar de la refriega, corrió á colocarse á la entrada de la galería que conducia á la cámara de la reina, resuelto á defenderla hasta morir. Pero hacía pocos momentos que allí estaba, cuando la animosa soberana, que acababa de oir el tumulto, se presentó en la galería seguida de doña Beatriz y de otras damas del servicio de la princesa.

—¿Qué sucede, Pulgar? le preguntó.

—Señora, contestó el jóven, lo ignoro, porque no me han dejado salir allá fuera; pero á lo que parece la guarnicion del alcázar ha sido sorprendida.

—¡Sorprendida!

—Nada temais, señora: os juro que nadie pasará por esta puerta.

—Gracias, Pulgar. Quiero ver lo que es esto. Ven conmigo, Beatriz; volveos vosotras y cuidad de mi hija: vos, Pulgar, hacédlas compañía.

Diciendo esto la reina bajó al piso inferior que ocupaba el conde de Benavente con su escasa fuerza, y viendo las precauciones de defensa que se tomaban, preguntó por el alcaide.

Éste se presentó confuso, y la reina le dijo:

—¿Cómo consentís que los rebeldes pisen este edificio? Si tal sucede estando yo en él, ¿qué sería en mi ausencia?

—¡Oh! Señora, no me culpeis, repuso el alcaide. No sé cómo ha sido esto.

Una gritería infernal se oyó hácia la parte exterior, y ruido de golpes como para romper una puerta. El conde de Benavente se acercó á doña Isabel, y la dijo:

—Esto no tiene remedio, señora; retiraos á vuestra cámara y mandad cerrar todas las puertas: yo os prometo que esos bandidos no llegarán hasta vos.

—¿Cómo no han de llegar, si á eso vienen? repuso la reina. Yo impediré que profanen mi cámara, pero será acortándoles el camino. ¿A ver? Abrid esas puertas.

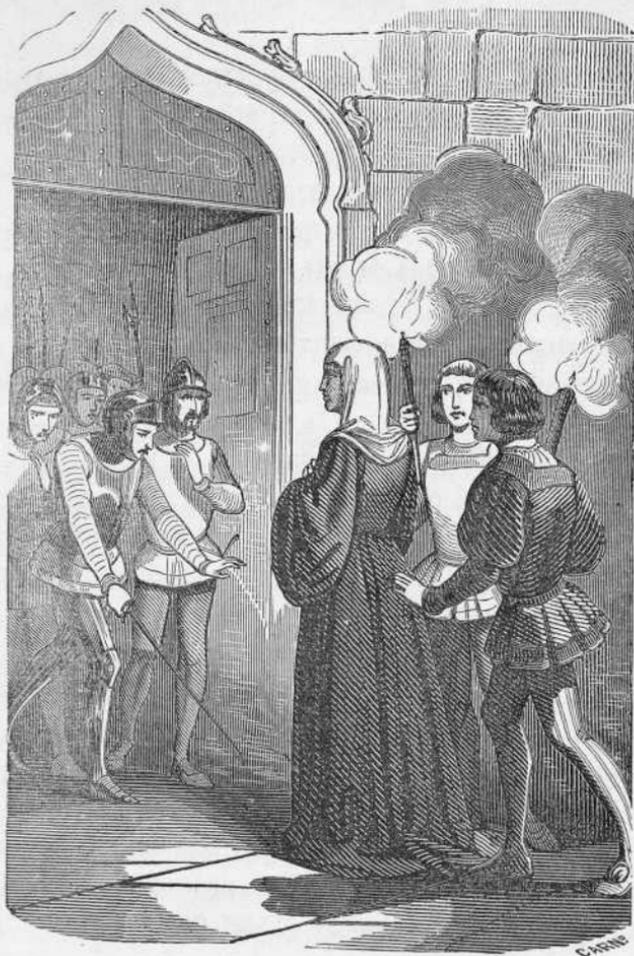
—¿Qué vais á hacer, señora? le preguntó en voz baja doña Beatriz.

—No te asustes, amiga mia, contestó la reina; mis súbditos piden audiencia y debo dársela.

Y viendo que andaban torpes los soldados para abrir una puerta, ella misma cogió el cerrojo y abrió. El estruendo del tumulto se oyó distintamente al otro lado del patio central, y al mismo tiempo retumbaron los golpes dados con hachas en la única puerta que de aquel separaba á los amotinados.

El conde y los demás caballeros acudieron instintivamente á colocarse delante de la reina, pero ésta les mandó retirarse con un ademan, y solo consistió que quedasen junto á ella dos hombres con teas encendidas.

El desenfreno de los revoltosos habia llegado á su colmo en aquellos momentos: vencedores de todos los obstáculos que hasta aquel punto se les presentáran, la embriaguez misma de su triunfo les irritaba contra el débil estorbo de una puerta que no podían romper. La reina la mandó abrir; y aguardó cruzada de brazos en medio del patio.



¿Es á mí á quién buscais?

Los amotinados, que no concebían como se les dejaba el paso franco, se detuvieron un instante, recelosos de alguna emboscada, y doña Isabel aprovechó esta momentánea ocasión para dirigirles la palabra.

—¿Es á mí á quien buscais? les dijo con voz imponente. Responded.

Un murmullo de asombro y de sorpresa se oyó por toda contestación. El jefe que acaudillaba la turba, rindió la espada que tenía en la mano sin saber qué decir.

—¿No hay entre vosotros, segovianos, continuó la reina, quien sepa darme razón de lo que deseais? ¿Ó es que venís aquí engañados? Sin duda es esto, porque de otro modo, á no haber perdido el juicio, los mas leales de mis vasallos no asaltarían mi morada de noche, como si fuesen bandidos.

—Perdon, señora, balbuceó el cabecilla: nosotros no sabíamos.....

Una voz se oyó fuera, que gritaba:

—¡Adelante! ¿Qué os detiene, cobardes?

Era la voz de Juan Contreras, el cual, habiendo encontrado mayor resistencia que sus compañeros en el punto que se propuso atacar, no había podido hasta ahora reunirse con ellos. Pero su voz fué ahogada, y su autoridad desconocida.

—¡Silencio! ¡Callad, que está delante la reina! le gritaron veinte voces á un tiempo.

Contreras temió por su vida, y tuvo que devorar en silencio su despecho. Doña Isabel continuó:

—Vamos, decidme vuestras quejas. ¿No soy la misma reina que proclamasteis hace un año? ¿No sabéis que me gusta hacer justicia á todos y contra todos? A ver: que venga ese que ha gritado en mi presencia.

Contreras, empujado por los mismos á quienes mandaba, se presentó indeciso ante la reina.

— Señora, dijo: Segovia se queja y con razón de que la gobiernan mal. Cabrera nos oprime.

— ¡Basta! replicó doña Isabel. Si Cabrera es culpado, yo os juro bajo mi real palabra que recibirá el castigo que merezca,

sin consideracion ninguna; porque yo no tengo favoritos, sino servidores que miren por el bien de mis pueblos. Cabrera queda depuesto mientras se justifica su conducta: entre tanto os mandará Pedro Arias. Comunicadle mi órden.

—¡Viva la reina! gritó la muchedumbre con frenético entusiasmo.

—¡Gracias, segovianos! Ahora retiraos tranquilos á vuestros hogares, y no deis lugar á merecer mi indignacion. Os perdono esta vez, porque habeis sido engañados.

Toda la turba, poco antes indómita y feroz, se dispersó en seguida, parte silenciosa, parte victoreando á la reina. Ésta se volvió á sus servidores, y les dijo:

—¿Veis qué fácil es apaciguar á un pueblo? no se necesitan armas: basta ser justos con él; porque toda autoridad emana de la justicia.



CAPITULO X.

La política de la reina.



El día siguiente la reina se trasladó con solemne aparato al palacio real de la ciudad. De todas partes acudía la muchedumbre á saludarla con muestras inequívocas de respeto y amor.

Ya estaban convocados por mandato suyo los principales jefes de la rebelion, los miembros del Ayuntamiento y algunos jueces, letrados y personas graves de la ciudad. Sentada en su trono, y despues de recibir el acostumbrado homenaje, les habló de esta manera:

—Os he llamado para que todos juntos y congregados en tribunal permanente de justicia, procedais sin descanso á examinar en conciencia y en ley la conducta pública de mi gobernador D. Andrés de Cabrera. No pongo condiciones ningunas á vuestro importante cometido: vais á juzgar, como juzgaria yo misma. Solo os prevengo, para vuestro gobierno, que la reina de Castilla es imparcial, y que si mañana fuese Dios servido darme un hijo, y este hijo cometiese un crimen, le alcanzaria la ley, como al último de mis vasallos. Si Cabrera resulta condenado por voso-

tros, sufrirá la pena; pero no olvideis que sé descubrir á todos los culpables, y que si dieseis una sentencia injusta, se volverá contra vosotros.—Podeis ya retiraros.

Y volviéndose en particular hácia los hermanos Arias, añadió:

—Vos, señor obispo, y vos, Pedro Arias, quedaos: tengo que hablaros.

Despejada la cámara, la reina mandó al obispo sentarse junto al trono, y le dijo:

—Ya estamos solos, señor D. Juan, y puedo hablaros con aquella confianza que merecí de vos en otro tiempo. Tengo enemigos poderosos, muy poderosos, padre mio; ¿quién lo creyera! Los mismos que mas han trabajado en los dias mas azarosos de mi vida para defenderme contra la tiranía y la usurpacion, son los que con mayor empeño me combaten.—Y escuchad una cosa, que á nadie he dicho todavía: no temo á esos enemigos, porque los conozco; ni me aflige su oposicion por el mal que me causa. Duéleme solo el pensar, que me hacen esa guerra, no por convencimiento de su deber, que en tal caso no les culparia; sino por intereses mezquinos, por el afan de figurar en puestos elevados, que junto á mí son cargos de inmensa gravedad; por envidias ruines, que degradan y envilecen á los hombres mas nobles.

—¡Oh, señora! contestó el obispo: si tal sucede, eso es indigno de perdon.

—¡Ay! Bien sabeis vos que sucede, y eso es la mayor calamidad que puede caer sobre un reino. Yo comprenderia que me hiciese la guerra el duque de Alburquerque, y sin embargo, me es leal, sacrificando sus sentimientos á sus deberes. Comprendo que me la haga el de Villena, porque sigue las tradiciones de su padre; pero no concibo que un Carrillo, un anciano prelado, que siempre fué mi mejor amigo, convierta en cuestion de derecho ultrajado, una cuestion de preponderancia cortesana; como tampoco concebiria que un Arias vendiese su legítima soberana y espusiese el reino á los horrores de una civil contienda por el miserable gobierno de una ciudad.

—¡Señora, podeis pensar!.... exclamó el obispo estendiendo la mano con fingido asombro.

La reina cogió aquella arrugada mano, la estrechó entre las suyas, y contestó:

—Amigo mio: yo no pienso mal, sino de quien mal obra. ¿No os doy una prueba de confianza, poniendo en vuestro poder, ó en el de vuestro hermano, que es lo mismo, esta ciudad y mi amada hija, tan codiciadas ambas por mis enemigos? Demasiado sé que no me vendereis; porque manchariais para siempre vuestro blason con indeleble mancilla. Nada ignoro de lo que ha pasado, ni de lo que se proyectaba en Segovia: y sin embargo, creo en el honor de los hombres, y me fio de ellos: no os digo mas.

—Señora, dijo Pedro Arias, vuestra generosidad no merece que un caballero como yo guarde por mas tiempo una reserva, que seria indigna de nuestra lealtad. Es cierto, señora, que nos hemos dejado seducir; pero os prometo que mientras yo aliente no tendreis otro defensor mas decidido.

—Es verdad, señora, es verdad, añadió el obispo. No debimos haber dado oidos á las sugerencias del enemigo. Vos, tan buena, tan generosa..... ¡Oh! ¡me avergüenzo!

—Dejemos esto, repuso la reina. Pero ya que confesasteis la culpa, tengo que imponeros la penitencia: no á vos, respetable amigo: no alcanza á tanto mi poder. A vos sí, Pedro Arias.

—Decid, señora.

—Desde hoy llevareis vuestro escudo en blanco..... Direis que es una penitencia impuesta por una dama.

—Pero, señora, á mi edad..... Nadie lo creerá.

—¿Por qué no? ¿Tan viejo sois? Además que nada importan los años: un caballero está obligado hasta la muerte á servir á las damas; y tal puede ser la que os mande, que no debais rehusarle vuestros favores.—Sí, yo soy desde hoy la dama á quien servís, y por mi mandado llevais el escudo sin blason, hasta que lo ganeis, á juicio mio en buenas lides. No quiero ser tirana, y desde luego pienso daros ocasion de procurar vuestro

rescate: os nombro capitan de una de mis huestes en el ejército del rey.

—Señora, pronto ganaré mi rescate; os lo juro.

¿Qué caballero, y especialmente en aquellos tiempos de sentimiento, podia, en efecto, resistir al influjo de un castigo, impuesto con tanta gracia? ¿Qué hombre de honor, por poca estima que tuviese de sí mismo, sería capaz de faltar á una reina, que sabiendo el delito de su vasallo, sin mostrarse ofendida, le indicase el único camino del verdadero engrandecimiento, el de la gloria, para purgarse de una traicion?

Las palabras de la reina produjeron una impresion profunda en el ánimo de Pedro Arias, y su arrepentimiento era sincero. No sucedia otro tanto á su hermano, cuyo espíritu calculador y egoista, solo cedió ante la perspectiva de su futuro valimiento, y á la consideracion de que, descubiertas sus tramas, nada podia hacer, sin comprometer su porvenir, en obsequio de su aliado, el arzobispo de Toledo.

Despues de esta entrevista, la reina permaneció en Segovia los dias necesarios para que el tribunal nombrado por ella juzgase al gobernador Cabrera. Éste se presentó á tiempo para dar sus descargos, y como quiera que habian cesado ya las causas que suscitaba las iras del pueblo y las quejas contra su gobierno, fué absuelto por el voto unánime de los jueces.

No estuvo ociosa la reina durante su corta permanencia en aquella ciudad. Desde el momento en que por primera vez vió al alcalde Diego de Frias, conoció con la profunda penetracion de que estaba dotada, que aquel hombre era capaz, por su lealtad, de prestarle los mayores servicios. Despues se afirmó su convencimiento, al saber que, como uno de los jueces de Cabrera, aquel anciano se habia mostrado el mas rígido de todos en la defensa de los fueros de la ciudad. Dijo que, aunque la reina le mandase ahorcar, no daria su voto absolutorio al gobernador, como éste no probase que sin su mandato se habia intervenido militarmente en el mercado público, y hecho otras cosas ajenas á su autoridad: ni se creeria en adelante obligado á prestarle su cooperacion en el gobierno interior, mientras no

jurase limitarse en lo sucesivo á mantener y guardar la tranquilidad y seguridad de la plaza, como hombre de guerra, dejando á la municipalidad intactas sus atribuciones, ú obrando de acuerdo con ella y con su beneplácito.

Este razonamiento llegó á oídos de doña Isabel, quien mandó llamar al anciano alcalde, y le dijo:

—He sabido, buen Diego Frias, que en el tribunal habeis dicho, que no absolveréis á Cabrera, aunque yo os mande ahorcar. Esto es una ofensa que haceis á mi justicia.

—Señora, contestó el alcalde: si os ofendí, lo siento; pero yo no faltaré á mi deber.

—Eso es lo que yo quiero, y si os he llamado, no es para imponeros mi voluntad, sino para que sepais que estoy satisfecha de vuestro celo por el pro comun. Hombres virtuosos como vos necesito yo: que miren por los intereses de mis pueblos, y no sufran que nadie los tiranice.

—¡Ah, señora! exclamó el buen viejo temblando de emocion. Esas palabras rejuvenecen mis canas: ya puedo bajar tranquilo al sepulcro, porque sé que impera la justicia en Castilla, y que merezco la aprobacion de mi soberana. Señora, ya el otro dia cautivasteis mi corazon: ahora me habeis hecho esclavo de vuestro albedrío. Soy viejo, pero todavía puedo vivir algunos años, y no habrá servicio que yo no esté pronto á prestaros, aunque sea á costa de mi vida.

—En estos momentos pudierais prestarme uno, repuso la reina: y aprovecho vuestro ofrecimiento, porque sé que me lo negareis, si Segovia no está en disposicion de soportarlo.

—Vuestra alteza mande, y yo veré si Segovia puede obedecer: si no pudiere, os lo diré con franqueza.

—Pues bien, con esa condicion, oid: Segovia me ha dado mil hombres, pero me los ha dado desnudos: yo he de vestirlos, equiparlos y mantenerlos. Mi tesoro está exhausto, como que ahora mismo se convocan Cortes, para que se me otorgue como subsidio prestado la tercera parte de la plata de las iglesias; no quiero que los pueblos sufran esa carga, que no pueden llevar. No obstante, Segovia es rica; y si sus vecinos me aman, harán por mí un esfuerzo extraordinario.

—Señora, contestó el alcalde; Segovia puede mantener sus mil hombres. Mandad que os dé los subsidios necesarios.

—No, yo no mando eso, buen Diego Frias. Mas tarde, cuando mis derechos no sean disputados, pediré con igualdad los tributos á todos los pueblos, y sabré exigirlos, porque serán para emplearlos en provecho de ellos. Ahora se trata de mí sola, de sostenerme en el trono de mis padres, y los servicios que me otorgan los pueblos han de ser voluntarios.

—Enhorabuena: descansad en mí, señora. Yo os prometo un subsidio anual mientras dure la guerra.

El anciano besó la mano á la reina y se despidió de ella. Ocho dias despues habia cumplido su palabra.

Juzgado y absuelto Cabrera por sus mismos enemigos, aseguradas las libertades de Segovia, satisfechos y contentos todos con la conducta de doña Isabel, no hubo una persona acomodada que no suscribiese una lista abierta en el Ayuntamiento para sostener en pié de guerra los mil hombres de Segovia. El alcalde Frias, fué el primero que puso su firma: siguiéronle los demás concejales, el obispo dió tambien su contingente, y á la cabeza de los particulares apareció el nombre del rico hebreo D. Abraham Señor, con el cuantioso donativo de quinientas coronas anuales. En vista de este ejemplo, nadie quiso ceder en generosidad á un judío, y el dia de la partida de la reina encontró ésta á las puertas de su palacio un convoy de tres mulas cargadas de dinero.

Esic dia fué señalado en Segovia, y por mucho tiempo se habló de él como de un suceso memorable.

Toda la parte honrada de la poblacion, los hombres que de ningun modo habian contribuido á los desórdenes anteriores, y los que intervinieron en ellos con el objeto de evitar desgracias, reconocidos á la magnanimidad y prudencia de doña Isabel, que con tanto acierto habia logrado satisfacer á todos, sin castigar á nadie ni hacer que se derramase una lágrima, dispusieron darla una pública demostracion de su gratitud. Al efecto levantaron de noche tres magníficos arcos triunfales, que por la mañana aparecieron á los ojos de la multitud ignorante como

edificios hechos por arte de encantamiento. En cada uno de aquellos arcos pusieron los atributos de las principales virtudes, adornándolas con festones, guirnaldas y coronas de flores y laurel; y dentro de ellos colocaron músicos invisibles, que al aparecer la reina, debian dar al viento los sonidos armoniosos de sus ocultos instrumentos. En el primero habia dos angelotes, abrumados bajo el peso de un cartelon, en que se leia:

SEGOVIA SIEMPRE FIEL

Á FERNANDO É ISABEL.

Figuraba el segundo un castillo formidable, coronado por la estatua de la fortaleza: sobre las puertas se veian por un lado el escudo de Segovia, con esta leyenda:—*¿Quién me vence?*; y por el otro las armas de Castilla y Aragon con un mote que decia: *Quien se hace amar, se hace obedecer.*—Por último, el tercero, colocado á la salida de la poblacion, representaba un vasto pórtico abierto á los cuatro puntos cardinales, con alegorías en cada frontispicio, y teniendo por remate una corona real. A la parte de Oriente, por donde habia de entrar la reina, se notaba una augusta matrona rompiendo las prisiones de un leon encadenado, y debajo un letrero con estas palabras: *Él la defenderá*; y en el opuesto extremo, otro leon armado, emblema del pueblo segoviano, tenia estendida una de sus garras hácia la corona, en ademan de guardarla, y esta inscripcion al pié: *¡Ay de quien la toque!*

Cuando llegó el momento de partir, la reina aun no tenia noticia de estos preparativos, hechos para festejarla; de modo que fué para ella objeto de la mas agradable sorpresa al ver la muchedumbre de gente que acudia, cual si de una gran solemnidad se tratase, á saludarla y despedirla; y fué mayor su satisfaccion al observar que aquel gentío, no á impulsos de una vana curiosidad, se agitaba, sino que tenia por móvil manifestarle sus leales sentimientos.

A las puertas del palacio real se presentó la municipalidad en corporacion, y al descender la reina, y antes que montase á caballo, se adelantó hácia ella Diego de Frias, llevando en las

manos una bandeja de plata, en la cual iba la lista de los contribuyentes, que habian suscrito el tributo voluntario; y doblando una rodilla en tierra, dijo:

—Señora, dignaos conservar este documento, que es el testimonio de fidelidad, que os rinden cuantas personas de algun valer hay en Segovia: sea en vuestras manos el pacto de homenaje, con que podais en todo tiempo recordarnos nuestros deberes.

Sumamente complacida la reina con esta espresion de lealtad, tomó la lista, y antes de entregarla á su tesorero Cabrera, que estaba delante, contestó:

—Con estraordinaria satisfaccion recibo este documento, que conservaré para que siempre me recuerde lo que debo á mis buenos vasallos. Decidles que mi anhelo es hacer del trono y de ellos un solo poder, grande, incontrastable, ante el cual humillen la frente todos los enemigos de la religion y de la justicia, y que no serán perdidos sus generosos sacrificios, pues, como semilla echada en tierra fértil, fructificarán algun dia.

—¡Viva la reina! exclamó el anciano alcalde.

Los demás concejales repitieron este grito, que halló millares de ecos en la multitud agolpada á las inmediaciones del palacio.

Doña Isabel montó á caballo. Diego Frias tomó las riendas, para guiarla hasta las puertas de la ciudad; y sus compañeros se colocaron á los lados: el obispo iba á la derecha de la reina, y á su izquierda la princesa niña en brazos de su aya. Detras marchaban en la mejor armonía el gobernador Cabrera y Pedro Arias, que le dejaba el codiciado puesto, para desempeñar el que se le habia conferido en el ejército. Seguian luego la marquesa de Moya, otras damas, el conde de Benavente y los demás caballeros de la corte; y por último la guardia de nobles é hidalgos con su respectivo séquito de escuderos y demás servidumbre.

Desde el palacio hasta las afueras de la ciudad no cesó el clamoreo del pueblo que victoreaba á su soberana: el gentío era tal que difícilmente se podia dar un paso. Doña Isabel se

detuvo al pié de los tres arcos triunfales, dirigiendo palabras de gratitud y oportunas observaciones á los que la rodeaban. Llegado ya el momento de la separacion, tomó á su hija de los brazos del aya, la besó afectuosamente, y dijo de manera que todos pudiesen oirla:

—¡Adios, hija mia de mi corazon! Te dejo en el seno de una ciudad leal, que en otro tiempo fué mi asilo, y que nunca desmentirá sus nobles sentimientos.—Y volviéndose á Cabrera, añadió:—Marqués de Moya: no olvideis que Segovia es mi patria adoptiva: los segovianos son mis hijos, y como tales han de ser tratados.

Los mas entusiastas vivas apagaron su voz.

En seguida la reina se despidió de todos los circunstantes, y emprendió su marcha en medio de fervientes aclamaciones. Cabrera regresó al alcázar con la princesa, y el obispo, el Ayuntamiento y demás personas notables de la ciudad les fueron acompañando.

Al tiempo de perder de vista á Segovia, se volvió la reina; y contemplándola un momento, dijo á Pedro Arias y al conde de Benavente:

—Amigos míos, estoy contenta, muy contenta de mí. Al recobrar el afecto de esa ciudad, he rescatado multitud de víctimas; porque así estrecho el círculo y acorto la duracion de la guerra. ¿Qué mayor gloria puede alcanzar un rey, que la de ahorrar la sangre, ganando al mismo tiempo el amor de sus pueblos?



CAPITULO XI.

Un golpe de mano.



DESDE Segovia iba la reina directamente á Madrigal, donde tenia convocadas las Cortes del reino. Acababa de dejar á su hija, y su gran corazon, todo ternura, palpataba de placer y esperanza al recuerdo de una madre anciana y achacosa, que, retirada en aquel rincon de Castilla, empleaba sin duda los dias y las noches en rogar á Dios por ella. Hija y madre á la vez, en el lleno de su juventud y vigor, estaba doña Isabel colocada por la Providencia entre aquellas dos débiles criaturas, la una en el oriente, la otra en el ocaso de la vida, como para ejercitar en el secreto de sus afecciones privadas la gran virtud que habia de elevarla como reina sobre todas las de su clase. Del tierno y cariñoso amor que le inspiraban una niña y una anciana, pedazos de su alma, fluia, como del sol los rayos, aquella caridad ardiente, cuyo suave calor alcanzaba al último de sus vasallos.

Hablando de su madre caminaba doña Isabel con sus amigos, procurando desviarse de la villa de Arévalo, que no muy

léjos se veía, por temor de algun encuentro desagradable con las gentes de D. Álvaro de Estúñiga, su enemigo titulado duque de aquel nombre.

—Doloroso es, iba diciendo, que por todas partes encontremos vestigiõs de la usurpacion; y que la reina de Castilla tenga que apartarse del camino recto, evitando entrar en un pueblo que pertenece de derecho á su madre.

—¿Cómo ha de ser, señora? contestó el conde de Benavente: dia vendrá en que sean reparadas todas las injusticias, y entonces el duque de Arévalo habrá de soltar su rica presa.

—Sí; pero entre tanto, es mengua de nuestra dignidad el haber de andar como criminales por sendas estraviadas, para no incurrir en el desagrado de un vasallo rebelde. Os aseguro, Pimentel, que si llevase mas gente, habia de pasar por medio de Arévalo.

Pulgar oyó estas palabras de la reina, y retirándose á retaguardia, dijo á varios de sus compañeros:

—La reina quiere entrar en Arévalo: ¿quién viene conmigo á mandar que le abran las puertas?

Los hombres de edad que iban en la escolta se sonrieron al oir esta proposicion temeraria; pero cuatro ó cinco jóvenes picaron á sus caballos, y se salieron de las filas. Pulgar se puso á la cabeza de ellos, y partió á escape á campo travieso en direccion á la villa.

—¿Qué es aquello? exclamó el conde de Benavente: ¿á donde van esos locos?

—Dicen que á mandar abrir las puertas á la reina, contestó uno de los caballeros.

—¿A eso van? dijo Pedro Arias metiendo espuelas á su caballo. Pues allá voy por las llaves.

—¡Qué disparate! prorumpió el conde: nos van á comprometer.

—Dejadlos ir, repuso la reina, cuyos ojos chispeaban de júbilo. Y añadió gritando:—¡Corred, corred, Pedro Arias; á ver si encontrais ahí el escudo que habeis perdido!

Los siete espedicionarios, entre tanto, no corrían, volaban há-

cia la villa, tanto que en dos minutos se les perdió de vista, percibiéndose solamente un torbellino de polvo que se movía como una nube.

—Acudid, acudid algunos, por si es menester cubrirles la retirada, dijo la reina, viendo desaparecer á sus amigos.

Otros quince caballeros se adelantaron con el objeto de observar la marcha de sus compañeros y de acudir á su defensa en caso necesario.

Pasó un cuarto de hora, durante cuyo tiempo permaneció la reina esperando el resultado de aquella expedición temeraria; y á medida que transeurrian los instantes, iba desvaneciéndose su entusiasmo y creciendo su ansiedad. Fijas sus miradas en el punto del horizonte por donde habian desaparecido sus leales caballeros, pudiera decirse con propiedad que su alma estaba transportada, y que sus sentidos carecian en aquel momento de sensibilidad inmediata: tenia la mano derecha sobre el pecho, como para contener los latidos del corazon, mientras la izquierda comprimía las riendas del caballo, dejándolas sin embargo flojas y á la ventura.

—¡Mucho tardan! exclamó por último con acento gutural, que denotaba su profunda inquietud.

—Temo que no los dejen volver, dijo el conde de Bena-vente.

—¡Iré yo á buscarlos! prorumpió la reina. ¡Seguidme!...

—Teneos, señora, repuso el conde, cogiendo del freno el caballo de la reina. No se pierda V. A., que yo sabré venir á rescatar esos caballeros.

En esto se vió ondular sobre el perfil de la tierra una nubecilla de polvo, y á poco se destacó de en medio de ella la figura de un caballero.

—¡Ya vuelven! exclamó la marquesa de Moya.

Todas las miradas se fijaron con ansiedad en aquel punto movable, que se acercaba por momentos. Pronto se reconoció á Pedro Arias, el cual, con el brazo derecho estendido, como para mostrar un objeto, venia gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Aquí las traigo! ¡Aquí las traigo!

—¿Qué es eso, Pedro Arias? le preguntó doña Isabel, cuando aquel hubo llegado á una distancia conveniente.—¿Qué me traeis?

—Las llaves, señora: las llaves de Arévalo. Venid, venid, que la villa es vuestra.

Todos se miraron con asombro, sin poder comprender lo que sucedia.

Pero no tardó en aparecer una diputacion del Ayuntamiento de Arévalo, acompañada de los valientes jóvenes y de los demás caballeros espedicionarios, cuya presencia confirmaba las palabras inverosímiles de Pedro Arias.

Éste, mientras llegaba la diputacion, esplicó á la reina lo que habia pasado.

Al saberse en Arévalo la pacificacion del motin de Segovia, y la presencia de doña Isabel en esta ciudad, los habitantes de aquel pueblo se habian levantado contra su duque postizo, y tenian sitiado el castillo, aguardando que la reina, sabedora de este acontecimiento, acudiese y les ayudase á conquistar su independenciam. De modo que cuando el atrevido Pulgar se presentó de súbito en las calles de la villa, gritando:—¡Viva la reina! un clamor unánime repitió esta aclamacion, y el Ayuntamiento se apresuró á entregar las llaves en señal de sumision, disponiéndose en seguida para salir al encuentro de su soberana.

Doña Isabel recibió con sumo agrado el homenaje de la diputacion, y á pesar de los cautelosos consejos del conde de Benavente, que aun desconfiaba, pasó inmediatamente á la villa, entrando en ella rodeada de una inmensa muchedumbre que la aclamaba; y habiendo enviado á Segovia un correo aquella misma tarde á pedir gente armada, que ayudase á la de Arévalo para la toma del castillo, se aposentó y pasó allí la noche, decidida á no proseguir su viaje, hasta dejar asegurada aquella importante adquisicion.

El dia siguiente era viernes, dia en que, segun costumbre antigua, solian los reyes de Castilla administrar por sí pública-

mente justicia. Doña Isabel, mientras llegaban los refuerzos que habia mandado pedir á Segovia, no quiso permanecer ociosa, y dió encargo á Pedro Arias, para que en las afueras de la villa hiciese levantar un dosel, á manera de tienda abierta, contra el tronco de un árbol centenario, colocando al pié del mismo una silla para ella, y en lugar mas bajo otras para los letrados y jueces que hubiese en Arévalo. Al dar esta órden al noble caballero, le dijo:

—Pedro Arias, hoy pienso administrar justicia: que se publique así por toda la villa. Pero voy á empezar desde luego por vos. ¿No teneis algo que pedir?

—Nada, señora. No tengo ninguna queja de nadie.

—Sin embargo, yo sé que estais quejoso de mí. Ayer me pareció que ibais á encontrar en Arévalo vuestro escudo, pero no habeis encontrado mas que un cuartel.

—¿Cómo, señora?

—Sí, podeis usar desde hoy en un cuartel del escudo un brazo armado con una llave, y si mas adelante recobrais vuestro blason, podreis añadir ese timbre mas á los de vuestra familia.

—Os prometo colocarlo en la region mas noble de mi escudo, porque ningun otro será de tanto aprecio para mí como ese que viene de vuestra mano.

Dicho esto el caballero saludó respetuosamente á la reina, y salió á disponer el tribunal para la audiencia pública.

En pocos momentos circuló por toda la poblacion la noticia de este juicio solemne, acaso nunca visto entre aquellas gentes, y aunque los mas, solo pensaron en presenciarlo como un espectáculo curioso, muchos hubo, sin embargo, que comenzaron á temer el castigo de culpas atrasadas, ó la restitution de robos consentidos.

Luego que estuvo todo dispuesto, salió la reina de su alojamiento, vestida con magnificencia, y acompañada de sus damas y corte y de su escolta de caballeros, se encaminó primero á la iglesia mayor; donde oró un breve rato, dirigiéndose en seguida al tribunal improvisado. Allí tomó asiento en la silla real, y habiéndose colocado á sus lados las personas de su séquito, y la

guardia á una distancia conveniente para impedir todo tumulto y desacato, se hizo dar cuenta primeramente por un notario de la villa de todos los pleitos y querellas que habia pendientes, resolviendo en el acto aquellos que aparecieron de estricta y fácil justicia, y mandando llamar testigos y litigantes para que en su presencia alegasen las pruebas de su derecho, cuando este ofrecia complicaciones ó dudas.

Procuraba la reina decidir estas cuestiones conforme al fuero y á las leyes generales de Castilla, y á veces con sujecion al fuero local, para lo que consultaba á los miembros de la municipalidad que se acababa de nombrar con motivo de la emancipacion de la villa; pero teniendo sumo cuidado de desechar todo alegato que se fundase en el derecho de señorío, porque su objeto principal en aquella ocasion era restablecer, por medio de un acto público, la jurisdiccion real ordinaria, y abolir prácticamente la jurisdiccion señorial que venia ejerciendo en Arévalo D. Álvaro de Estúñiga. De este modo, aquel pueblo recibia la libertad, incorporándose á la corona.

Resueltos los litigios pendientes, un pregonero á caballo gritó á la muchedumbre:

«Venga quien quiera y nadie se detenga, y diga sus quejas, que la muy alta y poderosa señora reina de Castilla está en su silla, y á todos hará justicia.»

Tres veces repitió este pregon en diferentes lugares, sin que nadie se presentase á pedir justicia: y no era que faltasen agravios, sino que los mas se acobardaban, por no tener la costumbre de comparecer ante la majestad del trono. El primero que se atrevió á dar el ejemplo fué un anciano octogenario y andrajoso, que, apoyado en una muleta, y llevando delante dos niños de diferente sexo, atravesó el gentío y se arrodilló delante de la reina.

—¿Qué teneis que pedir? le preguntó ésta con su afable dulzura.

—Yo, señora, dijo el anciano, soy conocido en esta villa con el nombre de Juan Labrador: en el dia no labro mas que mis desdichas, esperando que Dios me dé la cosecha en el cielo. La

usura ha devorado mi hacienda, y vivo de limosna. Esto lo llevo con paciencia, y no me quejo por ello. Si vengo á vuestras reales plantas, es á pedir justicia contra el rico avariento Matías Algarra, que ha causado la muerte de mi hijo, y dejado en la horfandad y la miseria á estas dos criaturitas.

En el momento de formular el anciano esta acusacion hubo un ligero tumulto entre el gentío. Un hombre gordo y bien vestido que estaba entre los espectadores, intentó retirarse; pero la gente pobre se echó sobre él y le detuvo, gritando:

—¡Qué no se escape! ¡Qué responda! ¡Qué se le castigue!

La guardia de la reina detuvo al hombre gordo, y restableció la calma. El anciano continuó:

—Mi hijo era labrador como yo; pero no tenia mas que una yugada propia y una yunta con que se ganaba la vida. Vino un invierno malo y tuvo que pedir prestado para mantenerse al rico avariento: para pagarle al tiempo del agosto necesitó darle todo el fruto de la cosecha. Su familia quedaba á perecer: trabajó cuanto pudo con su yunta, pero vino otro invierno peor, y hubo de empeñar su hacienda, que pasó luego á manos de Matías Algarra. Este hombre cruel no se dió por satisfecho, y para el pago de costas hizo que se vendiese la yunta, último recurso de una familia honrada. Mi hijo murió de pesadumbre, y de miseria; porque este año nos ha negado Dios su rocío, y los logreros han negado el pan á los pobres.

Una mujer se introdujo en medio del tribunal, pidiendo testificar. La reina le dió licencia, y ella dijo:

—Lo que Juan Labrador ha dicho es la pura verdad, y ahí está medio pueblo que no me dejará mentir, y si no, que se vea como los pobres han detenido al rico avariento que queria escaparse. Y yo puedo añadir, que este año pasado Matías Algarra ofreció á la Virgen de las Nieves una corona de oro, porque no lloviese, porque él tenia sus trojes llenas de trigo; y no llovió, lo cual debió de ser por artes del demonio, y ahora todos pasamos hambre, y el usurero no quiere vender su trigo, y lo mismo que él hay muchos. Esto clama al cielo, y es menester que se castigue; que hijos de Dios somos los pobres y todos debemos vivir.

—Que se presente el acusado, dijo la reina.

La muchedumbre empujó con violencia al hombre gordo, el cual compareció en medio del tribunal con la cabeza erguida y como desafiando con su insolencia á los acusadores.

—¿Habeis oido los cargos que se hacen contra vos? le preguntó la reina.

—Los he oido, señora, contestó el usurero; y no sé por qué se me acusa. Mi delito es ser rico; pero yo socorro á todo el mundo en sus necesidades, y por cierto que esos miserables cuando me piden lo hacen medio llorando y con el sombrero en la mano: luego les cobro, como es justo. ¿Tengo obligacion de mantenerlos de balde?

—¡No, pero cobra el triple! gritaron muchos de los espectadores.

—¡Silencio! exclamó la reina; dejadle hablar.

—Yo cobro como puedo, continuó el avaro: y les hago favor, pues me contento con tomar lo que tienen.

—¿Y es cierto que os negais á vender el trigo cuando hay hambre? preguntó doña Isabel.

—Eso, cada uno está en el caso de sacar de sus bienes el provecho que puede.

—Sí, sí, repuso la mujer acusadora: recogiendo todo el grano casi de balde á los pobres labradores, cuando hay abundancia, y vendiéndolo luego por un ojo de la cara.

—¿Por qué lo venden los labradores? replicó el acusado.

—Porque habeis traficado antes con su miseria, dijo el anciano.

—¡Eso! ¡Eso! gritó el gentío.

—Que procureis ganar un módico interés con vuestro comercio, dijo la reina, es muy justo; pero es crueldad impía el que con la esperenza de un excesivo lucro cerreis vuestros graneros, cuando el pueblo se muere de hambre.

—Señora, contestó el usurero, es menester ganar en los años escasos, ya que se pierde en los abundantes.

—¡Miente! ¡Miente! ¡Gana siempre! gritó la turba.

—Y luego, prosiguió imperturbable el acusado, yo he gas-

tado un dineral en la corona que ofrecí á Nuestra Señora; porque soy buen cristiano, y necesito recobrar algo de lo perdido.

—¡Basta! exclamó la reina levantándose. Os habeis condenado vos mismo.

Y dirigiéndose al notario, le dijo:

—Escribid:—«Se procederá sin trégua á investigar por medio de peritos el justo precio de las haciendas adquiridas por Matías Algarra, y se devolverá á sus antiguos poseedores la parte que esceda del valor en que fueron compradas, y del legítimo interés que establecen las leyes.—Otro tanto se hará con los bienes de los que se hallan en el mismo caso.—El donativo sacrílego hecho por Algarra á la Virgen Nuestra Señora, será despedazado y vendido públicamente al mayor postor, y su precio se distribuirá de limosna entre los pobres. Los graneros del mismo Algarra serán intervenidos por la municipalidad en este día, y el grano que contengan se venderá á dos reales de plata menos del precio medio corriente en Castilla.—Todos los poseedores de trigo abrirán sus trojes al mercado público en el término de ocho días, y de no hacerlo, se les confiscará, la mitad para los pobres, y la otra mitad para las iglesias y los gastos de guerra por iguales partes.—Los nietos de Juan Labrador serán prohijados por el Ayuntamiento, y criados y educados á costa de Matías Algarra.—Este mandato se ejecutará al pié de la letra, y el que contraviniere ó se opusiere á él perderá todos sus bienes y con ellos la mano derecha.»

—¡Viva la reina! gritó la muchedumbre.

Y durante algunos minutos no cesaron los murmullos de admiracion y de alabanza, porque el hombre agradece siempre y recibe con aplauso los actos de justicia.

Pasó algun tiempo, sin presentarse ningun otro quereloso, y parecia terminada la audiencia sin otro incidente, cuando se vió llegar un ginete, hidalgo, segun sus trazas, y hombre de edad propecta, el cual echó pié á tierra, confió su caballo á un mozo de la villa, y metiéndose entre el gentío, preguntó:

—¿Es cierto, como me han dicho, que está aquí la reina haciendo justicia?

—Sí, pasad, pasad, le contestaron varios.

El forastero no aguardó que le repitiesen la invitacion. Co-deando á unos y á otros se abrió paso, y penetró en el recinto del tribunal. Todas las miradas se fijaron con curiosidad en aquel hombre, que llegaba cubierto de polvo, como si acabase de hacer una larga jornada. El desconocido se descubrió, dobló una rodilla y aguardó la orden de hablar. Obtenida ésta, dijo:

—Alta y poderosa señora: mi queja es un secreto; es la revelacion de un horrendo crimen cometido quince dias hace en la persona de mi amada esposa, la cual ha sido asesinada, para robarle ciertos documentos que acreditaban una herencia: el criminal, segun mis sospechas, es un primo de mi mujer, señor poderoso y rico de Galicia. Si V. A. se dignase oirme en particular, ó enterarse del contenido de este escrito, (y sacó de su escarcela un papel doblado), pudiera otorgarme los medios de perseguir al culpable y conducirle á vuestra presencia.

—Dadme ese papel, dijo la reina.

El hidalgo se acercó respetuosamente á la silla real, y arrodillándose de nuevo, puso el memorial en manos de la reina; la cual lo leyó para sí, en medio del mas profundo silencio de los espectadores de esta escena.

Conforme iba leyendo, la reina parecia dar muestras de recordar algunos antecedentes; y luego que hubo concluido, preguntó al hidalgo:

—¿Habeis estado ya en Valladolid?

—Todavia no, señora: vengo de Alcalá la Real, y pasaba por aquí en busca de V. A., cuando mi buena suerte me ha hecho encontraros.

—Pues bien: estad tranquilo respecto á vuestra hija, que, si no me engaño, se halla bajo mi amparo á estas horas. Podeis, sin embargo, ir á Valladolid, donde os informará mi maestra sala Cárdenas, y vereis si es la misma. En cuanto á vuestra demanda es justa y voy á satisfacerla.

Diciendo esto, doña Isabel se acercó á la mesa, tomó una pluma, y escribió al pié del mismo memorial:

«Prevengo á todas las justicias, autoridades, adelantados, oficiales mayores y menores, caballeros y escuderos, y á cuantos «las presentes letras vieren, que auxilien á Montesino de la Isla «para prender al rico hombre Alvar Yañez de Lugo y conducirlo á mi presencia. — *Yo la reina.*»

—Tomad, añadió, devolviendo el memorial decretado á su dueño. Sed vos mismo el ejecutor de mi justicia.

Montesino de la Isla, pues ya sabemos que así se llamaba el hidalgo, tomó el papel, lo besó, y habiendo dado las gracias con profunda emocion de gratitud, se retiró del tribunal.

A este tiempo entraba otro viajero, pues no parecia sino que en todos los dominios de Castilla se hubiese dado cita para la audiencia de Arévalo. El nuevo demandante acababa de llegar por el camino de Madrigal, y era un jóven de veinticinco años, de bella presencia, en traje de mercader ó rico artesano. Al verle la reina dió muestras de sorpresa, y se apresuró á decirle:

—¿Qué me traes, Juan Lainez? Tu semblante me anuncia alguna desgracia. ¿Quieres hablarme á solas?

El vivo interés que parecia inspirar á la reina el artesano, escitó mas y mas la curiosidad de los espectadores, frustrada en el asunto del otro viajero. Así es que la guardia con mucha dificultad pudo contener á la gente.

—Tranquilícese V. A., contestó Juan Lainez; pues la desgracia que revela mi semblante solo atañe á mi persona y familia. Puedo, por consiguiente, hablar á solas ó públicamente á V. A., segun sea su voluntad.

—Habla, pues: dí lo que quieres. ¿Vienes á pedir justicia?

—Vengo á pedir armas, señora. El honrado artesano, si ha de ganar tranquilo el sustento de su familia, necesita seguridad y paz; y para tener paz en Castilla, es menester antes conquistarla, esterminando, persiguiendo como á lobos carniceros, á esos señores bandidos, que, abusando de la fuerza, todo lo atropellan. Sí, señora, es preciso oponer á su fuerza otra fuerza mayor, para que los derechos del menestral sean respetados como los del grande de Castilla; para que aprendan algun dia que si la ley no les alcanza, puede alcanzarles el brazo de la justicia popular, y castigarles como á los perros rabiosos.

—Espílicate con calma, y dime tus agravios, para que yo vea si tienen justa reparacion, repuso la reina.

—¡Oh! Señora mia, no hay reparacion en lo humano para mis agravios. En otro tiempo, cuando V. A. salvó á mi Isidora y á mí de las garras de la tiranía, pude renunciar á la venganza, porque vos misma me dabais el ejemplo del perdon. Entonces vuestra generosidad me sacó de la nada, me procuró los medios de ser feliz trabajando honradamente, y echó los cimientos á la prosperidad de un pueblo entero. La fábrica que levanté en Madrigal bajo vuestros auspicios, era el gérmen de la riqueza de toda la comarca; no hace seis dias alimentaba ella sola centenares de familias; allí se albergaban la virtud y el trabajo, que son, señora, las bases de la grandeza nacional. Hoy aquel asilo del proletario no existe ya: cayó sobre él la mano del bandido feudal, y desapareció de la tierra. El fuego lo ha consumido, devorando juntamente á un pedazo de mis entrañas, ¡al mayor de mis hijos! ¡Ah! ¡No hay reparacion posible sino en las armas, en el esterminio!

La reina escuchaba con atencion profunda las desconcertadas razones que arrancaba el dolor al honrado fabricante de Madrigal, sin acabar de comprender lo que éste pretendia.

—Pobre Juan Lainez, le dijo, adivino tu desventura; pero necesito que me la cuentes con serenidad. Dime lo que ha pasado.

—Señora, repuso el industrial: V. A. sabe que hará año y medio fuí la causa de que el señor rey vuestro esposo derrotase y espulsase del reino al alcaide de Castronuño; este poderoso malhechor, hoy mas fuerte que nunca, juró vengarse de mí: ya varias veces ha interceptado mis paños y lanas, maltratando cruelmente á sus conductores, pero nunca llevó su bárbaro sentimiento hasta el estremo que vais á oir.—El domingo último se proclamó la convocacion de las Cortes en Madrigal, y con tan fausto motivo habia yo reunido el gremio de tejedores, á fin de preparar festejos con que felicitar á V. A.—Era ya anochecido, y estando en la junta, oí gritos de alarma y desesperacion; salí á la calle, y encontré á mi Isidora, que venia en mi bus-

ca, trayendo en los brazos sus dos hijos menores, y á su hermano Rodrigo que le seguía, defendiéndose, con un palo, de dos asesinos armados.

«¡Juan, estamos perdidos! exclamó mi mujer al verme. Nuestra casa está ocupada por una banda de malhechores: le han pegado fuego: todo lo saquean: yo he podido salvarme por milagro; pero allí queda nuestro hijo mayor.

«Inmediatamente reuno á los tejedores, y armados cada cual con lo que halla á mano, corremos á mi casa. Los bandidos la tenían cercada, y nos recibieron á tiros: el incendio habia tomado ya cuerpo, y las voraces llamas salían por las puertas y ventanas lamiendo las paredes. Allí no hubo mas recurso que empeñar una desesperada lucha: los bárbaros se burlaban de nuestra impotencia y atizaban el fuego, bailando alrededor con diabólica algazara.—Todos los vecinos acudieron en nuestra ayuda, y al cabo logramos dispersar la banda incendiaria, pero ya era tarde. Las maderas del edificio estallaban, los techos se hundían con estruendo, la ruina era inevitable.—Y entre tanto mi hijo, mi pobre hijo estaba allí encerrado..... Yo me precipité entre las llamas, repitiendo á voces su querido nombre..... le busqué inútilmente: no habia salvacion para él.

—¡Y pereció! exclamó la reina dolorosamente afectada.

Juan Lainez no pudo contestar. El recuerdo de su hijo le arrancó del pecho roncós sollozos.

El pueblo entero le acompañó en su justo pesar, prorumpiendo en un sordo murmullo de indignacion.

El fabricante de paños levantó de pronto su abatida cabeza, y agitándola como el leon cuando sacude la guedeja, continuó diciendo con valentía:

—Ilustre reina de Castilla: yo no soy aquí el artesano arruinado, ni el padre vengador de su hijo, no: represento al innumerable hormiguero de la clase menestral y proletaria, vilmente hollada y abatida por una caterva de tiranuelos sin fé, sin honor y sin ley: á donde quiera que se dirijan vuestras reales miradas, encontrarán á esos enemigos de toda autoridad y

hasta de los preceptos de Dios, cebando su codicia y su lujuria, su ira y su venganza en este pueblo humilde, que aunque modesto, es, sin embargo, la piedra angular en que reposa el edificio de vuestros reinos. Sí, señora, yo represento á ese pueblo que crea el oro con gotas de sudor, y con la sangre de sus hijos riega los laureles que crecen alrededor del trono. En nombre de ese pueblo, señora, os pido armas: armas para esterminar á los enemigos del reposo público, á los enemigos de vuestra autoridad, á los enemigos de la patria comun. Uno de ellos ha quemado mi lanzadera: pues bien, yo tomaré en su lugar el arcabuz y la espada, y no los dejaré de la mano hasta haber conquistado la paz y el respeto á mis derechos: entonces me volveré á mi taller.

El pueblo escuchaba poseido de entusiasmo este razonamiento, aunque acalorado, fiel espresion de sus profundos males y de sus necesidades mas apremiantes en aquella época de anarquía feudal; pero abatido por su larga servidumbre, no comprendia cómo un hombre de humilde condicion osaba elevar sus quejas en tales términos á los oidos de la reina, y temia que ésta, léjos de acceder á su demanda, le hiciese castigar por irreverente.

Sin embargo, no fué, ni pudo ser así: doña Isabel, que desde mucho antes de ceñir la corona, abrigaba el pensamiento político de abatir el poder bastardo y opresor, adquirido por muchos grandes y en general por la baja nobleza, y de robustecer la vilipendiada majestad real, dando la conveniente latitud y vida al elemento popular, doña Isabel, que conocia mejor que nadie los males de su pueblo; que aspiraba á regenerar la sociedad española, partiendo del principio de la igualdad evangélica, considerando á todos los hombres como á hijos de Dios, sin mas preeminencias que las de la virtud y el mérito, y que por lo tanto estaba poseida de las mismas ideas emitidas por el pañero de Madrigal, dejó á éste que se desahogase completamente, y luego dijo:

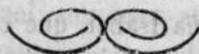
—No es aquí donde conviene resolver esa sentida queja, cuyo fundamento reconozco. Pronto estarán reunidas las Cortes, y á

ellas propondré el medio de que todos mis pueblos tengan armas y tribunales destinados especialmente al esterminio del bandidaje. La santa Hermandad se organizará de tal modo, que en pocos años no ha de quedar uno solo de esos ladrones caballeros, y sus guaridas feudales, baldon de la edad presente, serán arrasadas hasta los cimientos.

Una ferviente aclamacion acogió estas mesuradas palabras de la reina. El pueblo veia en ellas una promesa solemne, una grata esperanza, que les aseguraba la curacion radical de sus padecimientos diarios.

Era llegada ya la noche: con ella terminó esta importante audiencia de justicia, y la reina regresó á su alojamiento con el mismo séquito y aparato que de él habia salido.

Tres dias mas permaneció en Arévalo, negociando con el alcaide del castillo la rendicion de éste; y luego que la hubo conseguido con su entereza y con el apoyo de algunas fuerzas llegadas de Segovia, prosiguió hácia Madrigal su marcha, tan felizmente interrumpida.



CAPITULO XII.

El reto.



CHO veces habia cambiado su aparente forma la variable faz de la luna, desde que partió de Arévalo la reina, y en el corto espacio de tiempo necesario para verificarse aquellas periódicas transformaciones, mucho habia trabajado, mucho habia conseguido la infatigable soberana: obtuvo de las Córtes el préstamo pedido, cuyo valor ascendió á treinta cuentos de maravedís, equipó sus tropas, fortificó las plazas de guerra, y se dispuso para tomar la ofensiva.

Tambien sus enemigos, los partidarios de la infortunada doña Juana, se habian agitado sin descanso: la guerra, aunque concentrada en las orillas del Duero, ardía diseminada en casi todos los pueblos de los reinos de Castilla y Leon: en Galicia era desconocida la autoridad de los nuevos reyes, y cien señores independientes se repartian ó se disputaban los despojos de aquella desventurada tierra: en Andalucía luchaban, cual por uno, cual por otro bando, los diversos partidarios del duque de Medinasidonia y del marqués de Cádiz. En Estremadura se formaban partidas sueltas que, traspasando las

fronteras de Portugal, talaban y saqueaban su territorio, inquietando constantemente al enemigo: en toda la region que se estiende desde Salamanca hasta Murcia, las poblaciones se alzaban para sacudir el yugo de sus señores, siempre con pérdidas de dominio para el marqués de Villena y sus deudos y amigos. Por otra parte el rey de Francia, coligado con el de Portugal, y ávido de poseer en el Norte de España, invadia la Navarra y el pais Vasco. Nunca habia parecido mas dudoso el triunfo de Isabel y Fernando, á pesar de la decidida aficion que les mostraba la generalidad de los pueblos.

El rey de Portugal estaba en Toro, donde acababa de traerle refuerzos su hijo el infante D. Juan. El rey D. Fernando ocupaba á Zamora y combatia su castillo. Doña Juana residia en Astorga. Doña Isabel, puesta al frente de un ejército ligero, tenia sus reales en Tordesillas, y con incesante actividad llevaba diariamente la alarma á toda la línea defendida por su enemigo.

Era una madrugada fria del mes de febrero; los habitantes de Zamora soñaban escaramuzas y asaltos. Diez mil hombres de guerra ocupaban sus casas y dormian con las armas puestas, aguardando que la señal del combate les despertase antes de amanecer. En las murallas de la parte del Norte, y dando frente al castillo, se cruzaban los centinelas en silencioso paseo, bajando de tiempo en tiempo la cabeza para evitar el golpe de alguna flecha, cuyo agudo silbido les anunciaba la vigilancia de sus contrarios. Los ballesteros aragoneses, puestos de acecho en las saetas del muro, contestaban de vez en cuando á estos saludos militares.

En una torre de la muralla, frente al castillo, hacian el servicio de vigilancia dos caballeros jóvenes, los cuales, sentados junto á un ancho brasero de hierro, y echados de codos sobre una vieja mesa de pino, se entretenian en un juego de naipes para alejar el sueño.

Uno de estos jóvenes, delgado y fino como una dama, tomó la baraja al terminarse una mano, y recorriendo las cartas rápidamente con el dedo índice, dijo á su compañero:

—Malhaya si me divierte este juego francés, amigo Pulgar.

—Á mí menos, contestó nuestro antiguo conocido: si tuviera aquí el bandolin de Torozos, nos distraeríamos algo mejor, con tal que no cantaseis la canción que dá sueño.

—No, la poesía no hace dormir mas que á los animales de cierta especie semejante al hombre. Yo habia hecho esta observacion en un criado de mi padre muy cerrado de mollera, que no podia oír leer, aunque fuesen las coplas de Mingo Revulgo, sin quedarse al punto dormido.

—Sin ser nada romo de entendimiento, tengo yo un escudero, á quien le sucede lo mismo. Ya sabeis, Tristan. Y ahora que de él hablo, recuerdo que os debo dar las gracias, amigo Manrique, por haberle tratado con tanto interés cuando estuvo preso. Por cierto que ó no ha sabido, ó no ha querido explicarme cómo pasó aquel lance.

—Fué muy singular: cierto oficial de justicia, muy tuno, yendo en busca de unos conspiradores, prendió á Tristan; y habiéndole encontrado en los bolsillos un vale de cien doblas, contra los monges de San Benito, se lo guardó como si fuese una prueba de connivencia con los conjurados.

—Y algo habia de eso, aunque Tristan no hizo mas que engañar á los agentes del arzobispo Carrillo.

—¿Cómo es eso? En tal caso tambien me engañó á mí; porque habiéndome llamado al dia siguiente para implorar mi auxilio en ausencia vuestra, me dijo que aquel dinero procedia de una deuda contraida por el mayordomo del arzobispo en otro tiempo, y era cosa particular de vuestro padre.

—¡Ah! ¡Malsin, embustero!

—Sea de ello lo que quiera, lo cierto es, querido Pulgar, que averiguado el caso, el abad de San Benito declaró lo mismo: seguramente Tristan se habia puesto de acuerdo con él; y el oficial de justicia, que ya habia cobrado la cantidad, presentó sin embargo el documento acusador.

—¿Pues cómo, si habia cobrado?

—Era una copia falsificada.

—¡Ah, bribon!

—Esto le costó la pérdida de su cargo, y pagar dos veces

el dinero usurpado. A Tristan se le dió libertad, y además sus cien doblas, que empleó en armaduras y arreos para vuestra gente. Fué, sin embargo, gran fortuna el que yo interviniese en el negocio; pues conociéndole y conociéndoos, no cabia dudar de vuestra lealtad. A no ser por esto, despues de perder el dinero, lo habria pasado muy mal.

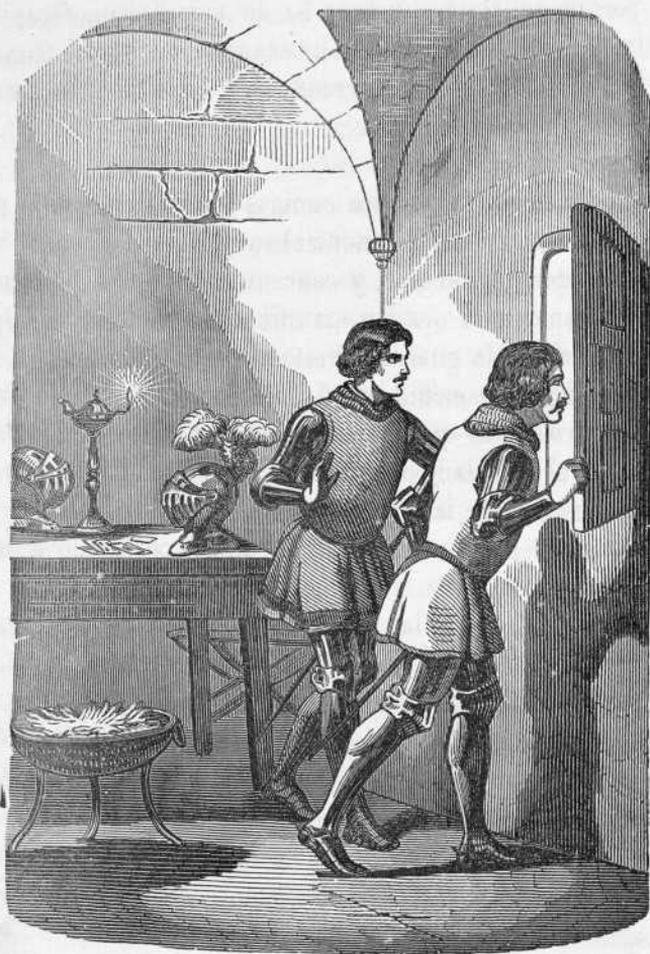
—Pues advertid, amigo Manrique, que yo habia mandado á Tristan devolver aquel dinero, que no me pertenecia, y el perillan me ha ocultado la circunstancia de haberlo recobrado, suponiendo que la compra de las armaduras habia sido cosa de mi tío D. Luis Osorio. Ya se vé, él no contaba con que al cabo habríamos de reunirnos, despues de andar cada uno de nosotros por esos mundos, como Dios ha querido.

—¡Bah! No debeis ya pensar mas en eso. Ahora solo hemos de tratar de adquirir juntos nombre y fama en esta guerra, que lleva trazas de formalizarse.—Y decidme, ¿qué tal caballero es ese jóven andaluz que ha venido con vos del campo de la reina? Me ha parecido hombre de pró: y su hueste es de las mas lucidas que se han presentado en el real.

—¡Ah! ¿quereis hablar de Gonzalo de Córdoba? Pardiez, que cuando uno ve aparecer jóvenes como ese, siente llenársele el corazon de alegría y desaliento á la vez. Gonzalo es un anciano de sesenta años para el consejo, y un mozo de veinte para la pelea. Os aseguro, á fé de Pulgar, que antes de conocerle, tenia yo la presuncion de ser la primera lanza de Castilla; pero he visto á Gonzalo de Córdoba, y me contentaria con ser su escudero.

—¡Qué tal digais, Pulgar! ¡Aunque Gonzalo fuera el Cid en persona!.... Se conoce que sois tan modesto como valiente, y tan admirador del mérito ageno, como severo con vos mismo.

—No tal, D. Jorge: soy justo, y nada mas que justo apreciador del mérito. Gonzalo es un jóven como nosotros, y deberia inspirarnos celos; sin embargo, no inspira mas que amistad y respeto. Nadie como él maneja caballo y armas; nadie como él ostenta garbo y bizarría en una justa, nadie con tanto empuje y limpieza rompe una lanza; nadie muestra mayor serenidad y



¿Qué novedad tenemos?

brio en un combate cuerpo á cuerpo, ni con mas prudencia y rapidez dirige una maniobra: nadie tampoco es mas humilde y generoso en el trato comun. Digo y sostengo que Gonzalo es el cumplido caballero, y que debemos todos proponérselo por modelo; porque andando el tiempo ha de ser el primer capitán de Castilla. Y esto no es modestia ni exageracion de mi parte. Cobarde y ruin seria yo, si no reconociese las altas prendas de ese noble rival de nuestra gloria.

—Rival digno de vos.

La conversacion de los dos amigos fué interrumpida por el sonido de los clarines que anunciaban la venida del dia, los dos se descubrieron las cabezas, y concentrándose en sí mismos, rezaron devotamente la oracion matutina. En seguida se dispusieron para revistar la guardia puesta á su cuidado.

Pero en aquel momento llamó su atencion el sonido de otros clarines y trompetas que parecia responder á los de la plaza en campo raso al otro lado del rio, y á poco retumbó con sordo estruendo el rugido de la artillería.

—¿Qué novedad tenemos? dijo Pulgar, corriendo á una de las ventanas de la torre, y abriéndola impetuosamente.

Á la escasa luz de la aurora y á través de la niebla fria, propia de una mañana de invierno, pudo verse en la orilla meridional del Duero todo el aparato bélico de un ejército: multitud de banderas desplegadas ondeaban al viento, distinguiéndose hácia el centro de los escuadrones los estandartes reales de Portugal y Castilla enlazados en uno. Era evidente que el rey Alfonso estaba á las puertas de Zamora, con su ejército combinado de portugueses y castellanos.

La artillería de la plaza comenzó á contestar á los tiros de los recién llegados sitiadores, que tenian la pretension de coger á D. Fernando entre sus fuegos y los del castillo, y desde aquel momento se empeñó una vana escaramuza que debia prolongarse muchos dias sin resultado alguno de provecho.

El estruendo imponente de las lombardas, tiros y falconetes puso en movimiento á todos los grandes y capitanes del ejército de Fernando, los cuales acudieron presurosos, unos á orde-

nar su gente, otros á rodear al jóven monarca. Éste se hallaba ya en su pabellon armado y pronto para todo evento; estaban con él varios caballeros de la primera nobleza de Aragon, el cardenal Mendoza, el almirante Henriquez y el duque de Alba.

El pabellon del rey ocupaba el centro del ejército, en paraje alto, aunque resguardado al Norte contra las líneas de ataque del castillo: desde sus miradores se podia inspeccionar gran parte de la plaza y del campo. Don Fernando quiso ver por sí mismo la posicion ocupada por su enemigo, y habiéndole observado algun tiempo, se volvió y dijo á D. Alonso Henriquez:

—Me parece, primo, que el rey de Portugal chochea. Dispone que se refuercen las trincheras de la entrada del puente, y ya podremos dormir tranquilos, como si el enemigo estuviese en la India. ¿No sois de mi opinion?

—Sí, ciertamente, contestó el almirante. Trabajo le mando al rey Alfonso, si ha de ponernos en aprieto, como habrá imaginado sin duda: nuestra posicion es inespugnable: para pasar el rio necesita perder la mitad de su gente: como no aguarde otro ejército por el Norte, que venga en ayuda del castillo, no se me alcanza el objeto que se ha propuesto; y aunque así fuese, tenemos libre la retirada.

—¡Bah! repuso D. Fernando. Dejémosle, señores, dejémosle: haced lo que os he dicho, y luego almorzaremos juntos.

Pasó aquel dia y el siguiente sin novedad: como habia previsto D. Fernando, asegurada la puente no era posible atravesar el rio, á la sazón crecidísimo con las lluvias: los dos enemigos se contemplaban y se respetaban mutuamente: las piezas de gruesa artillería, enfiladas al puente por uno y otro extremo, parecian perros de presa que guardan la casa dormitando con los ojos sombríos: nadie osaba despertar aquellas fieras de hierro.

La mañana del tercer dia se presentó en la cabeza del puente por el extremo del campo, un heraldo, precediendo á un arrogante caballero, armado de punta en blanco, al cual seguia una brillante, aunque escasa, comitiva. Los defensores de la plaza aprestaron las armas, y habiendo oido el clarin de parla-

mento, se le contestó como era de cortesía; y saliendo al adarve el jefe que mandaba aquel puesto avanzado, hizo seña al heraldo para que se acercase.

Adelantóse el heraldo hasta una distancia conveniente para ser oído, y dijo en alta voz:

—En nombre del muy alto y poderoso señor D. Alfonso, rey de Portugal, Castilla y Leon, os hago saber: que el muy noble caballero Eduardo de Almeida, alférez mayor de dicho señor rey, la mejor lanza del mundo y de Portugal, quiere entrar en Zamora y transmitir un mensaje al señor rey de Sicilia.

—Esperad, si os place, las órdenes del señor D. Fernando, rey de Sicilia y de Castilla, Leon y Galicia, contestó el jefe de la avanzada.

Y retirándose del adarve, despachó con el aviso á uno de sus caballeros, y aguardó la respuesta.

Una hora despues se recibió el permiso, y adoptadas las precauciones indispensables en tales casos, se abrió un portillo y se dejó pasar al heraldo, al caballero Eduardo de Almeida y á su comitiva. Desde la muralla de la ciudad hasta el pabellon del rey, dos filas compactas de ginetes y lanceros de á pié formaban una estrecha calle para el paso de la embajada.

Segunda vez se anunció la presencia de esta á D. Fernando, que ya esperaba sentado bajo un sόlio de tisú de oro, y rodeado de su corte y de los caballeros escogidos que componian la guardia de su persona. Eran de la primera el cardenal de España, que ocupaba una silla al pié de la estrada real, el almirante de Castilla, el maestro de Santiago, D. Pedro Manrique y el duque de Alba: entre los caballeros de la guardia figuraban Pulgar, Fadrique Henriquez, Ramiro de Guzman, señor de Torral, y un jóven de modesta apariencia, continente marcial sin afectacion, elevada frente y ojos negros y brillantes.

—Que entre el caballero Almeida, la primera lanza del mundo y de Portugal, dijo el rey con un tono enfático que hizo asomar la risa á los lábios de todos los presentes.

El embajador entró á poco, precedido de su heraldo, y seguido de dos pajes que conducian su yelmo y sus guanteletes

de acero. Era el portugués un hombreton de treinta y cinco á cuarenta años, arrogante figura, barba rubia espesa y ensortijada: su presencia imponia cierto respeto inevitable. Don Fernando le dijo:

—Hablad, teneis licencia.

—Don Alfonso quinto de Portugal, duodécimo de Castilla...

—Podeis suprimir los títulos, interrumpió el rey. Supongo que vuestro señor es rey hasta de la Luna y gran duque del Cielo Empíreo. Proseguid, y... no os ofendais por esto.

—El rey mi señor, continuó Almeida con frialdad, os participa que ha escrito al rey de Francia y al Santo Padre, con cuyos auxilios cuenta, y ha comunicado á los grandes señores y pueblos de Portugal y Castilla su determinacion de prenderos inmediatamente, como á usurpador de la corona de mi señora la reina doña Juana, ó de arrojaros de estos reinos, á donde no habreis de volver. Todo ello se contiene mas por menor en el manifiesto de S. A. de que os traigo una copia. Entregadla, Barreira.

El heraldo se acercó al trono, puso una rodilla en tierra, y entregó al rey un pliego enrollado que en la mano tenia.

Don Fernando, sin mirarlo, se lo dió al almirante, diciéndole:

—Tomad, primo; esto para tacos de arcabuz.—Y añadió dirigiéndose al embajador: ¿Teneis algo mas que decir?

—Sí, rey de Sicilia. El alto y poderoso señor D. Alfonso V, queriendo guardar á vuestra señoría las atenciones de caballero, me manda deciros que no os prenderá, ni os echará del reino; porque os permite salir de Zamora y de Castilla con toda libertad, y os dará escolta, si la hubiereis menester.

Un murmullo de indignacion resonó en todos los ángulos de la estancia. Don Fernando miró á sus caballeros, y se echó á reir.

—¿Habeis perdido el juicio? dijo: ¿no veis que el señor don Alfonso, rey de medio mundo, se chancea? Noble Almeida, decid á vuestro señor, que me ha divertido en extremo su embajada, y que, agradecido á sus bondades, si algun dia me vence en

batalla campal y logra ponerme el pié en la garganta, le perdonaré la vida.

—Ilustre príncipe, replicó Almeida con altanería; el rey de Portugal y de Castilla no se chancea jamás; ni su alférez mayor Eduardo de Almeida ha venido á ser el bufon de vuestra corte. Si en el término de ocho dias no aprovechais la magnánima oferta del rey Alfonso, tendreis que arrepentiros.

—¡Basta, orgulloso portugués! prorumpió D. Fernando con energía: ¿no veis que estais apurando mi paciencia? Yo desprecio la generosidad de vuestro rey, á quien podeis decir, que si él es caballero y paladin de una hermosa Griselda, yo lo soy de la legítima y única señora y reina de Castilla: que señale campo y dia, donde los dos solos, cuerpo á cuerpo y brazo á brazo decidamos la contienda: que espero en Dios y en mi derecho derrotarle y matarle: y que si tan magnánimo es, acepte el reto y ahorre la sangre de sus vasallos, como yo estoy pronto á economizar la de los míos, esponiendo solo mi vida.

—Los vasallos de D. Alfonso, contestó Almeida, no se dueñen de su sangre; y en prueba de ello, aquí queda esta prenda: recójala el que sea hombre.

Y así diciendo, tomó un guantelete de manos del paje que los llevaba, y lo arrojó en medio de la sala.

Todos los caballeros se precipitaron á un tiempo á recogerlo: veinte armaduras se chocaron con marcial estrépito: pero mas ágil que ninguno, el jóven de los negros y brillantes ojos alzó el guantelete del suelo, y mostrándolo en alto, exclamó:

—¡Yo le tengo, yo, Gonzalo Fernandez de Córdoba! No olvidéis mi nombre, caballero Almeida.

El portugués, entre tanto, ejecutada su accion atrevida, salia de la cámara con paso medurado y continente fiero. Varios caballeros intentaron seguirle y detenerle, pero el rey gritó:

—¡Nadie se mueva! Dejadle ir.

Esta órden fué obedecida, aunque con general disgusto, y el temerario Almeida salió de la ciudad desafiando las iras de todo el mundo con su apostura orgullosa y aire de triunfo. Luego que estuvo fuera de las murallas, volvió su caballo, y gritó con voces roncadas y destempladas:

—Sepan cuantos caballeros castellanos hay en Zamora que yo, Eduardo de Almeida, los reto por cobardes, y los aguardo á todos y á cada uno dentro de mi tienda; y juro no comer pan á manteles, ni dejar del cuerpo las armas, ni dormir en lecho, hasta haber tomado venganza en ellos de los agravios que he recibido. Y pongo por testigos al cielo, y á la tierra, y á los hombres, y á las aves, y á los brutos, y á las plantas y á las piedras, de que no he de faltar, así el sol me falte, á ninguno que me busque.

Despues de este arrogante desafio, el caballero metió espuelas al caballo, y se fué á su campo.

Entre tanto el rey D. Fernando sostenia una disputa contra el cardenal, el almirante y otros grandes de su corte, los cuales reprobaban el combate singular propuesto por el jóven monarca.

—No es prudente, señor, decia el cardenal, esponer la suerte del reino al resultado, siempre dudoso, de un paso de armas. Un descuido, un traspies del caballo, el accidente mas trivial puede poner en riesgo vuestra preciosa vida y entregar el disputado trono á la Beltraneja y á ese rey aventurero. Si V. A. se obstina en eso, yo y conmigo todos los grandes lo desaprobamos.

—No sé á qué vienen esos temores infundados, replicó el rey. ¿Creeis posible que D. Alfonso me venza? ¡Pardiez! Hace ya años que tengo vivos deseos de habérmelas cuerpo á cuerpo con ese desfacedor de entuertos, y ¡vive Dios, que ha llegado la hora! Mi palabra real está empeñada, y no sereis vosotros, señores castellanos, tan celosos de vuestra honra, los que me hagais pasar por fanfarron y cobarde.

—Augusto primo, dijo el almirante, la palabra de los reyes no puede obligarles sino en aquello que está conforme con el interés de sus reinos. ¿Qué necesidad hay de jugar á un albur el éxito de esta contienda, cuando teneis un ejército ganoso de pelear y valientes caudillos que le guien á la victoria?

—¿Y qué necesidad hay de prodigar la sangre, repuso el rey, cuando basta con la de un viejo loco?

Una fuerte gritería y ruido como de tumulto interrumpió esta disputa.

—¿Qué sucede? preguntó D. Fernando. Se habrán amotinado contra el embajador?

El almirante corrió hácia la puerta, y la abrió, á tiempo que llegaban Gonzalo de Córdoba, Pulgar y otros cuantos caballeros de sangre caliente..

—¿Qué pasa? ¿Por qué esas voces? preguntó á su vez don Alonso Henriquez.

—Señor, dijo Gonzalo, el ejército quiere pelear, y vive Dios que le sobra la razon. El insolente portugués ha retado á todos los caballeros que hay en Zamora, llamándoles cobardes, y yo, como uno de ellos y como el mas obligado, vengo á pedir licencia al señor rey para salir inmediatamente á castigar la locura de ese hombre vano.

—Tened calma, jóven, contestó el cardenal: cuando llegue la hora oportuna, no seré yo quien se quede el último, ¡os lo juro por Dios vivo! Pero en estos casos vale mas la prudencia que el arrojo. Los portugueses pretenden atraernos fuera de la plaza para ocuparla ellos con las gentes del castillo, ó por medio de algun ardid que nos tienen preparado, y por eso nos provocan. Ni un caballero, ni un soldado ha de salir de Zamora: nuestra posicion es esta: continuemos el asedio del castillo, hasta rendirlo, que despues habrá tiempo para todo. Este es mi consejo, que no dudo seguirá el rey como prudente.

Para dar mas autoridad á la cuerda opinion del cardenal, entró á la sazón en la cámara el conde de Benavente y dijo que á media legua de la ciudad estaba construyendo el enemigo un puente de madera para pasar el rio, segun ávise que acababa de recibir.

El almirante salió á calmar el ardor de las tropas, logrando á duras penas convencerlas de la necesidad de aguardar algunos dias para conocer á fondo los recursos y la intencion del enemigo.

CAPÍTULO XIII.

Toro.



La embajada impertinente del rey de Portugal no habia tenido, con efecto, otro fin que el de atraer á D. Fernando y á su ejército á una emboscada. Descubierta esta, y desbaratado el plan con algunas escaramuzas parciales, aunque el jóven rey de Castilla repitió el desaffo, enviando un heraldo á su rival, éste, receloso de alguna trama oculta para envolverle, si bien aceptó el reto y señaló dia, dió largas al negocio, y se aplazó indefinidamente el combate.

La situacion del ejército portugués iba, entre tanto, siendo algo apurada. Habia ido á Zamora con el objeto de recobrar esta plaza, que debia mantener abiertas las comunicaciones con Portugal, y lejos de poder conseguirlo, ni le era dado recobrar el castillo, ni aun recibia los víveres para su propio mantenimiento, que esperaba por el camino de Toro. Y era que doña Isabel, situada convenientemente, le interceptaba los bastimentos, y hasta tenia en continua alarma el campo de D. Alfonso, con un puñado de valientes, que á trueque de oír un elogio de su graciosa soberana, espo-

nian sus vidas para conquistar un giron de tela de una tienda portuguesa, ó cualquier otro insignificante trofeo.

Don Alfonso llegó á temer verse cogido entre dos ejércitos, el de Zamora y otro que suponía existir á la espalda de aquellas molestas avanzadas, que le inquietaban noche y dia. Por otra parte luchaba con el desaliento de sus tropas, que, viéndose reducidas á la inaccion delante de una plaza ocupada por el enemigo, comenzaban á dudar de sus jefes.

Otro era el aspecto que ofrecia el real de Zamora: caballeros y escuderos, hombres de armas y simples soldados, todos arrian en el deseo de venir á las manos con los portugueses, y era necesaria toda la habilidad del cardenal Mendoza y el prestigio del rey para contener su impaciencia. Llegó, empero, un dia, en que ya no fué posible demorar la accion, sin esponer el éxito de la campaña.

Al amanecer el primero de marzo, un tumulto espantoso despertó á D. Fernando, que, incorporándose en su lecho, llamó á voces á sus servidores. El duque de Alba se presentó armado de todas armas en la cámara, diciendo:

—Pronto, señor, armaos, ó todo lo perdemos.

—¿Qué sucede?

—Vuestro enemigo ha levantado el campo esta noche; se retira, y el ejército pide á gritos que le conduzcan á su alcance, amenazando nombrarse nuevos jefes, si los que tiene no le llevan á la victoria. El almirante, viendo el estado de los ánimos, ha prometido que V. A. se pondrá inmediatamente á la cabeza de sus guerreros. No les hagais esperar, ó va á ser imposible evitar la insubordinacion.

—Cuidado no tengamos una retirada falsa, repuso el rey.

—No es posible, señor; porque el enemigo ha cortado el puente; señal de que teme se le persiga. Gonzalo de Córdoba ha pasado el rio á nado, y está construyendo balsas para que pase mas gente, y le ayuden á componer el puente roto.

—¡Pardiez! ¡Inmediatamente, pedid mis armas, mi caballo! Decid á mis valientes, que al punto estaré con ellos, y que hoy mismo hemos de verle las barbas á Eduardo de Almeida. Corred, amigo.

Pocos minutos despues, el rey á caballo recorria las desordenadas filas de sus tropas, que le recibian con fogosos vítores. El cardenal Mendoza, sin otro distintivo de su dignidad que la muceta morada y la cruz de oro al cuello sobre una bruñida armadura, y llevando pendiente del cinto un largo montante, hacía caracolear un magnífico morecillo de raza andaluza, enjaezado con gualdrapas de seda y oro, delante de una division del ejército. El maestro de Santiago D. Rodrigo Manrique pasaba revista en el campo á la hueste aguerrida de caballeros de su órden. El almirante Henriquez y el condestable D. Pedro de Haro daban órdenes á otros jefes superiores para la organizacion de las fuerzas; y cada cual por su lado se afanaba solícito en apresurar los preparativos de marcha.

Era un espectáculo indescriptible, mezcla estraña de agitacion, ferocidad y entusiasmo, el que presentaba aquel ejército ávido de pelear, comunicando el espíritu de accion á sus capitanes, que á la vez lo traducian en órdenes, rápida y tumultuosamente ejecutadas. El agudo clamoreo de los clarines, el ronco estruendo de los tambores, el acompasado andar de los tercios ligeros, que marchaban á formar las falanges avanzadas, los saludos á voces de los soldados amigos, que figuraban en diferentes cuerpos, el erugir de las armaduras, el choque de los escudos, el ruido de la caballería, las voces de mando, el chirrear de los carros de guerra y de las cureñas en que iban las pesadas lombardas, todo producia el mas discordante concierto que puede imaginarse.

Dos horas despues todo el ejército estaba perfectamente ordenado fuera de las puertas de Zamora, cada cuerpo con su jefe á la cabeza, el rey en el centro, acompañado de los principales caballeros aragoneses y castellanos, y seguido inmediatamente de su guardia de donceles, todos jóvenes distinguidos por su nobleza y valor personal. El puente habia sido reparado, el enemigo llevaba mas de una legua de delantera; urgía, por consiguiente, seguirle á los alcances, y así es que la señal de partir fué acogida con gritos de alegría, y los diez mil combatientes emprendieron su movimiento casi á la carrera.

Otro pequeño ejército, no menos necesario que el principal, se habia formado instantáneamente y seguia los pasos del primero, aunque no tenia jefes, no por eso carecia de unidad de pensamiento; componíalo multitud de mercaderes, judíos la mayor parte, los cuales, atraidos por la perspectiva de la ganancia, conducian en carros y mulas profusion de víveres de toda especie, agua, vino y medicinas para atender á las necesidades fijas y eventuales de la gente de guerra. Algunos de aquellos mercaderes eran proveedores contratados por el rey: los demás habian acudido por su propia cuenta.

Un obstáculo sobrevino al principio de la marcha: la artillería pesada embarazaba el rápido movimiento que deseaban seguir ginetes y peones. Mas como aquella arma poderosa, que con el tiempo ha venido á ser el rayo de las batallas, no era entonces esencial mas que para batir en brecha las murallas de las plazas fuertes, se resolvió dejarla á retaguardia, y pasarse sin ella.

El ardor de las tropas, que parecia ir en progresivo aumento á medida que se avanzaba, y la brillantez del dia, uno de los mas claros y hermosos de aquel año, hacian presagiar al rey Fernando y á los grandes de su consejo la proximidad del triunfo. Mirábase aquella expedicion como precursora de un gran torneo, en donde se iba á disputar la supremacia de una dama contra la de otra dama, y solo ideas risueñas y pensamientos caballerescos daban pábulo á todas las conversaciones.

—Difícil me parece que demos hoy alcance al *gallo viejo*, iba diciendo D. Fernando á su hermano bastardo, D. Alonso de Aragon y al cardenal Mendoza, que marchaban á sus lados: tiene las alas demasiado duras y vuela como un gerifalte.

—Lo malo será que se meta en su gallinero de Toro, y echemos el viaje en balde, contestó el cardenal. Mucho lo sentiria, porque tengo ganas de ver cómo se porta mi viejo compañero Carrillo.

—Pues yo, repuso el rey, no deseo mas que es romperle un ala al *gallo* portugués y otra al *pollo* D. Juan; (*) y encargó á

(*) Estas calificaciones de gallo y pollo son las mismas que daba D. Fer-

todos que si, *Deo volente*, los alcanzamos esta tarde ó mañana, me los dejeis por mi cuenta: es asunto este que debíamos haber arreglado nosotros solos.

—Si escuchais el parecer de todos los capitanes y hasta del último balletero, dijo el infante D. Alonso, vereis que cada uno cree que es asunto suyo. ¿Quién no querrá venir á las manos con alguno de los *beltranejos* en particular? El pollo, por ejemplo, debería pertenecerme: sin embargo, me contentaré con el alférez mayor.

—No puede ser, hermano, contestó el rey con viveza. Ese es propiedad de nuestro continuo Gonzalo de Córdoba.—Y volvió la cabeza para mirar al jóven campeón, que venia detrás entretenido en amistosa plática con otros caballeros.—Ya encontrareis mozos de cuenta en que escoger: D. Diego Pacheco es una lanza poderosa, y si éste no, allí estarán los dos Girones, que valen un mundo, y el trece de Santiago Diaz de Sandoval, que es duro como un roble. No faltará tela, no: descuidad.

Á corta distancia del rey marchaba la flor de la juventud castellana y aragonesa: la conversacion allí era de amores, de justas y galanteos.

Entre estos jóvenes, el mas notable, sino por su mérito, por su clase y brillante apostura, era sin disputa D. Fadrique Henriquez, hijo del almirante, y sobrino de primo hermano del rey. Contaba este mozo unos veintidos años; no carecia de valor material; pero infatuado con la elevacion en que le colocara su nacimiento, y habiéndole faltado una educacion acomodada al mismo, era insolente, descomedido, grosero, y creia que todos los demás hombres habian nacido para someterse á sus caprichos. Los otros jóvenes de su edad naturalmente le trataban con despego, y aun algunos le tenian ódio.

Uno en particular, algo mayor en edad que D. Fadrique, huérfano de padre algun tiempo hacía, y heredero de un mediano señorío, pero de las familias mas nobles de Castilla, le

nando al rey de Portugal y á su hijo el príncipe D. Juan. Así los designaba en una carta que escribió á doña Isabel despues de la batalla de Toro.

miraba con profunda ojeriza. Llamábase éste último Ramiro de Guzman, y era señor de Toral. De ambos hemos ya hecho mención en diferentes lugares de esta historia.

Ramiro llevaba este día una banda azul atada al brazo, y en ella bordadas con hilo de oro las iniciales E. S., y debajo este mote: *soy del valor, no del amor.*

Á pesar del significativo sentido de esta letra, el uso que Ramiro hacía de la banda, indicaba bien á las claras que el jóven caballero la tenia en particular estima, y la llevaba mas como prenda de amor que como gala de valor.

Otro jóven habia puesto sus miradas con envidia en aquella presea de la hermosura, que despertaba en su corazon mal dormidos recuerdos. Nuestros lectores no habrán olvidado las simpáticas, aunque cortas, relaciones de Pulgar con doña Elvira de Sandoval. Aquella E. y aquella S. ¿no podían significar el nombre de la hermosa aventurera de las montañas de Asturias?

Pulgar no pudo menos de sentir el aguijon traidor de los celos; pero rival generoso, al mismo tiempo que le ahogaba la sangre amontonada en el pecho, pensaba en luchar y vencer á su contrario con las armas que dan el amor y la abnegacion, si por desgracia fuesen ciertas sus sospechas. Pero, ¿cómo explicar la existencia en poder de Ramiro de una banda que parecia haber pertenecido á doña Elvira? ¿No habia quedado ésta en Asturias, para permanecer allí durante la guerra? ¿Ó acaso era anterior al viaje de la jóven la entrega de aquella prenda?

Tales eran las reflexiones que se hacía Pulgar, sin poder darse á sí mismo una solucion satisfactoria.

Fluctuando en un mar de dudas seguia el jóven campeón, como un autómeta, la marcha de sus compañeros, mirando sin cesar la bordada banda, que arrancaba hondos suspiros á su pecho. Á encontrarse á solas con Ramiro le habria pedido satisfaccion de una cosa que para su amor herido constituia una ofensa; pero semejante paso, dado en presencia de tanta gente, y cuando carecia de la certidumbre del hecho que sospechaba, y hasta de derechos á la fidelidad de Elvira, le esponia á ponerse en ridículo, y este es un escollo que huyen siempre los

enamorados, quizá por la frecuencia con que, sin pensarlo, se dejan conducir á el.

Mas tarde que Pulgar reparó en esta circunstancia el orgulloso D. Fadrique; el cual inmediatamente refrenó su caballo, y aguardó á que llegase Ramiro. Estos dos jóvenes se miraron con ceño, comprendiendo á la vez recíprocamente sus ocultos pensamientos.

—Celebro mucho, dijo D. Fadrique echando una ojeada significativa á la banda,—celebro mucho conocer por fin á mi bravo competidor en el tercer torneo de la proclamacion de Segovia. Nunca creí que fueseis vos el orgulloso y poco atento paladin, que ni aun para recibir el premio de manos de la reina de la hermosura, quiso descubrir su rostro.

—Pues bien, yo soy ese paladin, contestó Ramiro; y ya veis que puedo llevar el rostro descubierto. Si en aquella ocasion no lo hice, podeis pensar que fué por no avergonzaros de que mi humilde lanza hubiese derrotado al hijo del primer grande de Castilla.

—¿Derrotado, decís?

—Dadle el nombre que os acomode, repuso Ramiro, mostrando la banda: ved aquí el premio destinado al vencedor.

Don Fadrique se mordió los lábios. Pulgar, interesado en esta conversacion, al ver la accion de Ramiro, se acercó todo lo posible para oir lo que hablaban sin parecer indiscreto.

—No disputaremos sobre eso, replicó el hijo del almirante; aunque ocasion tendremos de averiguar si fué el valor ó la fortuna quien os favoreció con esa presea. Lo que extraño es que hagais ostentacion de ella en un dia como el de hoy, habiendo pertenecido á una dama, cuya familia se ha declarado enemiga de nuestros reyes. ¿No os parece, Ramiro de Guzman, que llevar esa enseña es hacer gala de rebeldía?

—Paréceme, señor D. Fadrique Henriquez, que á leal y buen caballero no me gana ninguno del rey abajo. Ya veis que esta prenda no revela absolutamente las opiniones políticas de la que fué su dueña; y puesta en mi brazo significa... ¿quereis saberlo? —significa que el amor no reconoce partidos, y que puede lle-

gar un día en que se abracen y estrechen personas que hoy militan en diferentes bandos.

—Pulgar escuchaba esta disputa con vivo interés, pues creía encontrar en las alusiones de los dos contendientes la explicación clara y precisa de las dudas que asediaban su entendimiento. Una dama, cuya familia militaba en el bando portugués: ¿quién podía ser para su espíritu visionario de enamorado sino doña Elvira? Si no era ella, por lo menos las apariencias conducían á creerlo así: por lo menos la duda tomaba cuerpo de probabilidad, prestando alimento á la hoguera de los celos. Se hacía indispensable para nuestro jóven una explicación. Pero, ¿cómo, y á quién pedirla? Dos competidores se presentaban: el uno al parecer favorecido; el otro temible por su elevada posición.

En tal estado se resignó á seguir escuchando, aunque temía á cada momento oír la revelación completa que agujoneaba su impaciente curiosidad.

—¿El amor habeis dicho? repuso D. Fadrique en tono sarcástico. Me parece que os engaña la linda rebelde.

—No me creo obligado á daros cuenta del estado de mis negocios, ni este es el lugar ni la ocasión convenientes para hablar de ese particular, respondió con seriedad Ramiro. Si tanto interés os tomáis por la hermosa rebelde, á pesar de vuestra indudable adhesión á la causa de nuestros reyes, cuando estamos menos acompañados, y ella no se encuentre tan léjos de nosotros, podremos arreglar nuestras desavenencias.

—¡Me retais, vive Dios!

—Ya sabeis que puedo hacerlo.

—¿Y quién sois vos para atreveros á pensar que podeis medir conmigo las armas?

—Soy el vencedor en el torneo de Segovia.

—¡Insolente!

Don Luis Osorio, Pulgar y Gonzalo de Córdoba se interpusieron entre los dos jóvenes, que, empuñando las espadas, se miraban con ojos encendidos en ira; é invocando la presencia del rey, que á pocos pasos les precedía, lograron separarles, y evitar un sangriento choque.

Como persona de mas representacion y autoridad, el capitan Osorio, dijo:

—Guardad, señores, vuestras rencillas personales para tiempo y lugar mas oportuno: pues no es honroso para hombres de vuestra valía aparecer rivales y desunidos, cuando á combatir vamos todos por una misma causa. Callen los ódios por hoy; mañana tendreis tiempo, si es que el negocio lo merece, de hacer hablar al acero.

Don Fadrique se encogió de hombros con ademan de desprecio, y picando á su caballo, tomó la delantera; mientras que el señor de Toral permanecia en su puesto, mirándole con rencor.

En esto habia llegado el ejército á la mitad de la jornada; el rey mandó hacer alto en una estensa llanada que á orillas del rio se dilatava, y habiéndose desplegado la tienda real en el centro, y en los puestos convenientes las de los principales jefes, se colocaron avanzadas de observacion, y se procedió á restaurar las fuerzas, consumiendo una parte de los víveres.

Una hora despues, los adalides penetraban en un estrecho desfiladero, formado por una cadena de escarpadas montañas á la derecha, y á la izquierda por las aguas del Duero. Veíanse á trechos, esparcidos por el suelo, restos de cadáveres, caballos muertos y armas rotas, indicios de que aquel parage, tan adecuado para las sorpresas, habia sido teatro de recientes luchas entre los proveedores del ejército luso-castellano y los atrevidos guerreros de doña Isabel.

Los adalides, conociendo los peligros de aquel trayecto, destacaron exploradores que fuesen descubriendo el terreno desde las alturas; pero ningun obstáculo, al parecer, se oponia á la espedita marcha del ejército. Solo á cosa de las tres de la tarde, y cuando ya se iba venciendo el desfiladero, se oyeron algunas voces de alarma.

—¡Los portugueses! ¡Los beltranejos!

El almirante soltó riendas á su caballo, y corrió á saber por su propia inspeccion cuál era la causa de estas voces. No era otra sino que la retaguardia de D. Alfonso, picada ya por la vanguardia de D. Fernando, corria desbandada á resguardarse

con el grueso de su ejército, el cual, situado en una llanura cerca de Toro, comenzaba á tomar posiciones para hacer frente á su enemigo.

La hora del combate habia llegado mas pronto de lo que se esperaba. Don Fernando reunió en consejo á todos sus capitanes para decidir lo que hacerse debia en aquel trance. Algunos opinaban que se escusase la batalla, alegando el cansancio de los soldados.

— Preguntadlo á ellos, dijo el rey. Mas cansados estarán mañana de nuestra prudencia, que hoy de la jornada. La fatiga igual es por ambas partes, y de la nuestra tenemos el deseo de combatir. Á ordenar, pues, las líneas, y que hable el hierro.

— ¡Viva D. Fernando! ¡Viva doña Isabel! ¡Santiago! ¡San Jorge! gritaban en todas partes los guerreros impacientes.

— ¿Lo oís? ¿A qué esperarnos? dijo el rey.— Vos, primo, con el de Alba, ocupad mi izquierda; vos, cardenal, haceos cargo del ala derecha en union con mi hermano; seis batallones os doy de arcabuceros y ballesteros y los hombres de armas de Leon y Galicia. Yo mandaré el centro con mis falanges de caballeros.

En breves momentos se hizo todo como lo habia mandado el rey, quedando los dos ejércitos uno en frente del otro, y viéndose y reconociéndose como enemigos muchos que, en tiempos no muy distantes, habian comido y peleado juntos.

El ala derecha del ejército portugués, que se apoyaba en el rio, era mandada por el arzobispo de Toledo en persona: en el centro estaba el rey Alfonso V, con el grueso de los caballeros y hombres de armas, apoyado por una numerosa reserva. La izquierda compuesta de arcabuceros y lanzas, tenia por jefe al intrépido príncipe D. Juan: distinguíanse á un extremo de esta ala, entre ella y el cuerpo del centro, una division de gente dura, equipada muy á la ligera, y con anchos capotes pardos sobre flexibles mallas, parte caballería y parte ballestería: era la falange del alcaide de Castronuño, con su jefe á la cabeza.

Pronto sonó en ambos campos la señal de acometer, y avanzó con ardor el ala derecha del ejército de D. Fernando; el

príncipe D. Juan de Portugal la aguardó á pié firme, pero recibéndola con un nutrido fuego de arcabucería, que diezmó sus filas.

Tres veces reorganizaron los deshechos batallones el cardenal de España y el infante de Aragon; tres veces los condujeron á la pelea, pero siempre fueron rechazados, sin que los portugueses cedieran un palmo de terreno; y á la tercera, aprovechando la confusion, los hombres de armas y la division auxiliar de Castronuño, cayeron de improviso sobre aquellos, y los acuchillaron, obligándoles á buscar un refugio contra la muerte en el estrecho desfiladero que á la espalda tenian.

—¡A mí, los valientes de Aguilar! ¡Santiago! ¡Santiago! gritó Gonzalo de Córdoba á sus ciento veinte lanzas. (*)

Y cruzándose con esta formidable hueste entre los perseguidos y los perseguidores, cerró con estos, desordenó sus compactas filas, y cual un leon fiero en un rebaño de ovejas, comenzó á herir y matar en ellas con tremenda furia.

Pulgar, entre tanto, se empinaba sobre sus estribos, enviando la suerte de Gonzalo, y anhelando que le llegase el turno de poder señalarse en esta empeñada refriega. Era sin embargo, la primera batalla formal que presenciaba.

Llegó por fin para él el momento deseado. Viendo el rey como iban de vencida los campeones del príncipe portugués, mandó llamar su reserva para que reforzase los batallones de su hermano, y en seguida hizo dar á su centro la señal de acometer. Don Alfonso, que observó el movimiento de su rival, no le aguardó en su puesto. Los dos centros, lo mas brillante y aguerrido de ambos ejércitos, avanzaron á un tiempo, y se encontraron con tremendo empuje en medio de la llanura. El almirante y el duque de Alba por un lado y el arzobispo Carrillo por otro, siguieron el movimiento, y la batalla se hizo pronto general en toda la línea.

Gonzalo Fernandez, conseguido su objeto, replegó sus fuerzas

(*) Unos mil hombres entre caballeros y peones. Los mantenía D. Alonso de Aguilar, hermano de Gonzalo.

hacia el centro, á tiempo que se vió ondear ufano el real estandarte de Portugal. Don Fernando lo señaló con la espada y gritó al jóven campeón:

— ¡Allí, Gonzalo, allí está vuestro negocio!

El novel héroe no aguardó segunda órden; metió espuelas á su caballo y penetró con su gente entre lo mas florido de los escuadrones enemigos, gritando:

— ¡Aguilar! ¡Aguilar! ¡Santiago! ¡Santiago!

Lo que pasaba en aquellos momentos no se puede describir: la fuerza y el valor personal, no la pericia de los jefes, debia decidir el éxito de esta tremenda lucha, en que los combatientes peleaban cuerpo á cuerpo, buscando cada uno su enemigo particular. Las lanzas habian quedado rotas á los primeros encuentros: la espada, la maza, el hacha de armas y el puñal eran los instrumentos de muerte, que con sordo estruendo se agitaban; y aquel tremendo rumor, dominado por los alaridos de guerra, los relinchos de los caballos y los ayes de los moribundos, pudiera compararse á los bajos de una inmensa orquesta en una sinfonía de Bellini, ó con mas propiedad, al bramido del mar en tempestad, cuando se traga la tripulacion de un navío.

En la imposibilidad de pintar el conjunto de aquel palenque monstruoso, referiremos algunos encuentros y rasgos particulares.

Gonzalo Fernandez, metido en el centro de los escuadrones enemigos, acabó por encontrar á su adversario. Levantóse en los estribos, y trazando un semicírculo con la espada, gritó á sus escuderos:

— ¡Esa presa es mia! ¡Nadie me ayude á disputarla!

Eduardo de Almeida conoció el intento de su enemigo, y se preparó á defender el pendon real que ostentaba en la mano.

Tremendo fué el choque de los dos caballeros: el escudo de Gonzalo vino al suelo hecho pedazos, y la armadura del portugués quedó falseada y rota á los primeros golpes. Firmes ambos en los estribos, ambos valientes y diestros campeadores, la muerte de uno y otro parecia deber ser el término de su espantosa lucha.

Los hombres de armas que los seguían, no pudieron permanecer ociosos en presencia de sus jefes, y los portugueses agrupados en torno al estandarte real, oponían un muro de acero á los valientes de Aguilar.

Entre tanto Eduardo de Almeida mostraba con los hechos que no solo sabía hablar: era sin disputa el guerrero mas duro y temerario del ejército luso-castellano.

Un dardo arrojadizo vino á dar en el pretal del caballo que montaba Gonzalo, y con tal acierto, que el noble bruto, atravesado el corazón, dobló las rodillas y cayó muerto. El valiente caballero dirigió la punta de su espada al cuello del brido de su adversario y lo degolló de un golpe. Ambos quedaban iguales: pero entonces se representó una escena heróica, sublime de horror.

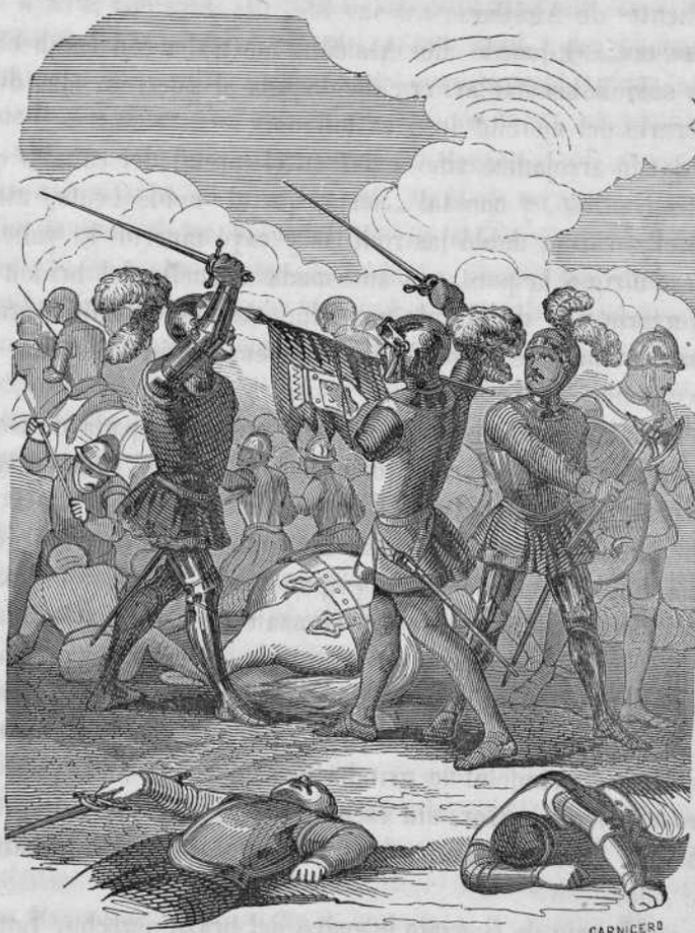
Al bajar desmontado el héroe portugués, la espada de Gonzalo cayó sobre su hombro izquierdo, y le cortó el brazo á cercen, á pesar de la armadura. El estandarte iba á ser presa del terrible castellano; pero Almeida, lanzando un espantable grito de rabia, cogió aquel del asta, empuñada todavia por la mano separada de su cuerpo, mientras Gonzalo de Córdoba lo afianzaba por el otro extremo, y en tal estado se trabó una lucha de fuerza en que el estandarte quedó despedazado. Almeida venció al fin, y cogiéndolo entre los dientes, vibró de nuevo la espada.

—¡Ríndete! ¡ríndete! le gritaba Gonzalo: eres mio.

Pero el alferez mayor, sin escucharle, repetía sus golpes con la rabia de la desesperacion: sus hombres de armas le habian dejado solo.

Un nuevo tajo de Gonzalo le privó del brazo derecho. Entonces el bravo campeón, se arrojó al suelo y cubrió con su cuerpo el asta de la enseña real portuguesa, que era lo único que habia quedado de ella. Pocos momentos despues entregaba su alma al Criador este noble héroe digno de mejor fortuna.

Otra escena de índole diversa se representaba no léjos de allí. Ramiro de Guzman, rodeado por un grupo de ginetes de Pedro Mendaña, defendía su vida y una bandera que habia cogido, parapetándose con el cuerpo de su caballo muerto. En



Un héroe de la batalla de Toro.

aquel momento llegaba Pulgar con sus bravos escuderos, que habian hecho aquel dia prodigios de valor. El jóven caudillo llevaba la espada roja de sangre hasta la empuñadura. Reconocer al que presumia fuese su rival y precipitarse como un rayo sobre sus feroces enemigos, fué todo uno. De diez que eran, cinco quedaron tendidos en el campo, los otros huyeron espantados.

Ramiro tendió la mano á su libertador, y le juró amistad eterna.

Entre tanto uno de los escuderos de Pulgar, el gigantesco Diego de Baena, se habia separado de sus compañeros y peleaba cuerpo á cuerpo con un campeon que llevaba sobre sus hombros las insignias de comendador de Santiago. Eran raros los caballeros de esta órden que militaban bajo el estandarte portugués. A los pocos encuentros, el jayan de Pulgar hizo caer del caballo á su contrario, y saltando del suyo, le puso el pié en el pecho, y la daga en la visera.

Fernando del Pulgar vió esta lucha de lejos, y un frio glacial le circuló por las venas.

—¡No le mates! ¡No le mates! gritó con desaforado esfuerzo, lanzándose hácia aquel punto á todo correr de su caballo.

Al llegar al lugar de la refriega, oyó al vencido que decia con voz ronca:

—Mátame, quiero morir.

Pulgar se tiró del caballo, y detuvo el brazo de Diego de Baena.

—¿Qué vas á hacer? le gritó. Si le matas, prepárate á morir á morir á mis manos.

Diego de Baena le miró con asombro.

Pulgar levantó la celada al caballero vencido, y al reconocer sus facciones dió un grito de alegría.

—Era él, no me engaÑé, dijo.

Al mismo tiempo Diego de Baena retrocedia horrorizado murmurando:

—¡Es mi padre!

Fernando del Pulgar ayudó al caballero á levantarse, diciéndole:

—Señor de Sandoval, mi vida defiende la vuestra. Venid conmigo, quiero salvaros.

El comendador se levantó de mal talante, y aceptó el ofrecimiento del jóven, que ayudándole á montar, se alejó con él del campo de batalla.

Esta iba ya de vencida: el rey Fernando, con un cuerpo de caballeros, se habia metido en medio de la refriega, y perseguia á su rival D. Alfonso. Hubo un momento en que estuvo á punto de acorralarle y prenderle; pero el príncipe D. Juan cayó de improviso, y obligó al rey de Sicilia á replegarse.

Esto no le aseguró, sin embargo, la victoria. D. Alfonso, protegido por Pedro de Mendaña, tuvo que huir y refugiarse en el castillo fuerte de Castronuño, mientras su hijo se parapetaba en un alto con algunos caballeros, y sus huestes, dispersas en todas direcciones, buscaban su salvacion en la fuga. Parte de ellas, que intentó refugiarse en Toro, pereció al filo de la espada en el desfiladero del puente, y sus cadáveres, arrojados al Duero, llevaron á Zamora la noticia de su sangrienta derrota.

La noche sobrevino oscura y tempestuosa. El fulgor de los relámpagos alumbraba aquella vasta llanura cubierta de cadáveres y dispersos miembros, entre los cuales hormigueaba la soldadesca vencedora, despojando á sus enemigos muertos ó moribundos; y allá en una eminencia resonaba, entre el fragor de los truenos, el clarin portugués llamando á los guerreros desbandados.

FIN DEL LIBRO PRIMERO DE LA SEGUNDA PARTE.

LIBRO SEGUNDO.

LA JUSTICIA DE LA REINA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Los postres de doña Isabel.



Qué alegre rumor es aquel que se levanta en las calles y plazas de Valladolid? ¿Por qué se ha extendido en ellas arena y juncia, y el pueblo bullicioso las recorre impaciente, hollando con sus plantas la cárdena violeta y el aromático mastranzo?

Es que la corte de Castilla espera al vencedor de Toro, dos meses despues de su triunfo. Por eso las fachadas de la catedral y del real palacio están cubiertas de rojo damasco, las ventanas y miradores particulares ostentan colgaduras vistosas y toda la carrera desde el puente Mayor hasta Santa María, pasando por la plaza de San Pablo, es un jardin continuo é improvisado.

Escuchad el murmullo de la poblacion: en todas partes se refieren las hazañas del jóven rey Fernando, y al paso que los

hombres elogian su valor y el de los héroes que le acompañan, las mujeres relatan enternecidas su generosidad nunca vista.

La multitud se agolpa con preferencia en la plazuela de San Pablo, porque espera ver salir de palacio á la reina, que piensa recibir á su esposo en las afueras de la ciudad.

—Mirad, mirad, gritó una vieja alta y seca, señalando á un hombre rechoncho y de fisonomía ordinaria, que salía del palacio.—Allí viene el proveedor de la cocina real, que podrá informarnos bien de todo.

—Sí, sí, vamos á preguntarle, dijeron á un tiempo varias mujeres que junto á ella estaban.

Y todas corrieron al encuentro del proveedor, que se vió de pronto rodeado y sin poder andar.

—¡Eh! ¡paso, paso! gritó el buen hombre, defendiendo con las manos cruzadas su voluminoso vientre.

—No tengais tanta prisa, maese Bonifacio, le dijo la escuálida vieja. Dadnos algunas nuevas, vos que sabreis muchas cosas buenas. Vamos, sed amable con nosotras.

Maese Bonifacio enarcó las cejas, miró por alto, dándose importancia y repuso:

—¡Si supierais lo que yo sé!

—Vamos, decidnos, decidnos algo.

—La reina ha dispuesto recoger todas las mujeres desoficiadas, y mandarlas á hilar en los conventos de monjas.

—¡Eh! ¡Dejaos de bromas!—¡Bueno está eso!—¡Vaya una salida! chillaron á una todas las curiosas.

—No lo tomeis á broma, repuso Bonifacio: S. A. dice, y con razon, que las mujeres bigardas son como los zánganos en las colmenas, que se comen la miel sin dar provecho, y quiere que hilen para suplir los vestidos que el rey ha dado á los prisioneros portugueses.

—¿Con qué es cierto que el rey ha mandado vestir á los prisioneros?

—¿Qué habia de hacer? Como que los llevaron á Zamora tan desnudos cual los parió su madre. ¡Pobres diablos! Y no es solo esto, sino que S. A. les ha dado dinero y mandó salir

compañías volantes para proteger la vida de los fugitivos; porque los mataban en los pueblos, como si fueran langostas.

—Y decidnos, ¿es verdad que se ha escapado el rey de Portugal?

—Tan se ha escapado, que no doy por él un ardite. Se ha vuelto á su tierra con su desposada la Beltraneja, de quien diz que está enamorado.

—¡Enamorado! ¡El viejo! ¡Jah! ¡jah! ¡jah! ¡jah!

Una carcajada general formó coro á las últimas palabras de Bonifacio: y con efecto, el anciano rey Alfonso se habia enamorado de su sobrina, que apenas contaba entonces diez y seis años.

—¿De suerte, repuso la vieja, que ya se ha concluido la guerra?

—Eso es lo que yo no sé: todavía queda el rabo por desollar.

—¿Pues cómo?

—Como que el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena con sus parientes los Girones se han corrido hácia Estremadura, y en Fuenterrabía están los franceses.

—¡Malditos! ¡No nos dejarán en paz!

—Ni vosotras á mí, dijo por último Bonifacio, haciendo un esfuerzo para escapar. ¡Ea! Dejadme ir á mi negocio, que es tarde, y no tengo el tiempo sobrado.

—Esperad, esperad, seor Bonifacio, dijo una mozuela relamida, deteniendo al proveedor por el faldon del tabardo. ¿Sabéis si viene con el rey el conde de Paredes?

—No; porque ha quedado en Zamora muy mal herido. Pero, ¿qué tiene que ver la marilinda con el señor maestre de Santiago?

—Nada tengo que ver con el señor conde, ni á vos importa el por qué lo pregunto, repuso la muchacha poniéndose colorada.

—El por qué ya se sabe. ¡Adios, adios! replicó Bonifacio sonriéndose con malicia.—É inclinándose al oido de la jóven, añadió:—El conde no viene, pero vienen sus caballeros y gentes de armas.

—Gracias, seor Bonifacio, contestó la jóven.

El proveedor abrió paso con las manos y siguió su camino.

Durante esta conversacion no habian cesado de entrar en el palacio real personajes notables por su clase y posicion. De cuando en cuando se oia gritar:—¡Plaza! ¡Plaza al poderoso, al ilustre ó al noble señor tal!... Y se veia llegar, atropellando á la muchedumbre, una larga fila de hombres de armas, escuderos y pajes, con rozagantes vestidos de seda y costosos blasones al pecho, precediendo al sugeto nombrado, que dejando á su gente en la plaza ó en los patios, penetraba solo en la régia morada. De este modo fueron llegando el obispo, los miembros del ayuntamiento, Juan de Vivero, D. Alonso de Cárdenas, hijo del maestresala D. Gutierre, D. Juan Chacon, y otros muchos caballeros de alto rango.

La gente se apartaba para dejarlos pasar, y se descubria respetuosamente; pues el pueblo bajo de aquella época, si bien murmuraba en secreto de la magnificencia de los poderosos, y maldecia tal vez á los que brillaban á costa suya, tenia en público las mas humildes y aun afectuosas deferencias con la alta nobleza, en quien reconocia la superioridad de las glorias militares, y del valor personal.

Un caballero pasó á escape el puente Mayor sobre el Pisuega, y fué á echar pié á tierra en la puerta del palacio. Pocos momentos despues se notó dentro una grande actividad: todos los personajes que habian acudido para acompañar á la reina, y los que componian su corte comenzaron á salir por el órden que les correspondia, segun su clase, y por último apareció doña Isabel montada en un hermoso caballo blanco, y adornada con deslumbradora magnificencia: llevaba en una mano las riendas de raso blanco bordado de oro, un manto de brocado sobre los hombros, y en la cabeza un sombrero ceñido con una figurada diadema. El obispo de Valladolid iba á su derecha, y á su izquierda D. Gutierre de Cárdenas. Seguíanla sus damas y una escolta de pajes adolescentes, hijos de las principales familias de Castilla: entre dos de ellos llevaban una ancha bandeja de plata cubierta con un paño de seda y oro.

La muchedumbre dobló la rodilla al ver á su soberana en toda su magestad, pero doña Isabel hizo un ademán para que todos se levantasen, y entonces sucedieron las demostraciones de amor á las del mas merecido respeto. Millares de voces poblaron los aires aclamando á la reina, mientras una multitud de jóvenes, vestidas de blanco y coronadas de rosas, se adelantaban á la régia comitiva, tocando sus instrumentos armoniosos y bailando al compás de la música.

Desde el palacio hasta el puente no cesaron de repetirse los ardientes vítores del pueblo, que de este modo revelaba su participacion en el regocijo de sus reyes. Al dar vista al rio, doña Isabel quedó un momento suspensa contemplando el aguerrido ejército vencedor, cuyos escuadrones y tercios ocupaban la llanura á la derecha del camino. Viniendo de Peñaflo, último refugio del alcaide de Castronuño, que habia quedado sitiado, aquel ejército habia hecho noche en Villanubla, para presentarse á la reina en un estado brillante.

—Seguidme, señor obispo, dijo doña Isabel, buscando con la vista á su esposo: seguidme y bendecireis á esos valientes, que han asegurado la corona en mis sienes, y la paz del reino.

Diciendo esto, la reina tomó la delantera de su comitiva, y se encontró de pronto con D. Fernando, que á su encuentro venia. Los dos afortunados esposos se detuvieron al verse, y haciéndose tres reverencias se acercaron el uno al otro. Al mismo tiempo las bandas militares hicieron estremecerse los aires y los corazones con sus marciales armonías.

Doña Isabel se quitó el sombrero, y presentó la mejilla á D. Fernando, el cual le dió un ósculo de amor.

El ejército y el pueblo prorumpieron en vivas aclamaciones.

—¡Oh! ¡Qué feliz me haceis, Fernando! murmuró la reina al oido de su esposo. Habéis triunfado dos veces: una derrotando á nuestros enemigos, y otra socorriendo al vencido. ¡Ah! ¡Sois grande, sois como yo os quiero!

Era ciertamente un espectáculo arrobador el que presentaban aquellos dos seres en toda la lozanía de su juventud, pues el mayor apenas contaba veintiseis años, adornados con las bri-

llantes galas del poder, de la fortuna, de la virtud y del amor. La imaginacion exaltada por el sentimiento se complacia en revestirlos de una auréola de gloria, que debia tomar incremento á medida que trascurriesen los años. Isabel, presentándose en público á recibir á su jóven esposo vencedor, despues de haber contribuido al triunfo de sus armas, enaltecia á la faz de su pueblo el mas dulce sentimiento de la mujer: daba el ejemplo de las virtudes conyugales, y al mismo tiempo parecia decir á Castilla entera: «Mira si es digno de tu grandeza el esposo que ha elegido mi corazon.»

Y es que, con efecto, si bien Fernando solo no habria sido en la historia mas que un rey batallador y astuto, unido á Isabel estaba destinado á brillar como héroe y gran reformador, siquiera fuese de ella esta gloria, que su modestia y su cariño no le permitiera nunca dejar de compartir con el compañero que que habia escogido.

Era esta la primera ocasion que se presentaba de hacer ostentacion ante el pueblo castellano del mérito de Fernando. La reina, despues de pagar dulce tributo á sus íntimas afecciones, hizo seña para que se acercasen los pajes que conducian la bandeja cubierta, y levantando el paño con sus manos, dejó ver varias bandas de seda bordadas con esmero. La que habia sobre todas deslumbraba la vista con su magnificencia. Isabel la tomó, y mostrándola al rey, le dijo:

—Esta banda la he bordado para el vencedor de Toro. ¿Tendreis á bien aceptarla?

—¿Cómo no, repuso Fernando, si es el don del amor y de la hermosura?

La reina colocó la magnífica banda sobre los hombros de su marido, el cual dijo:

—Yo tambien tengo un presente que ofreceros, señora mia.

Y volviéndose á uno de sus caballeros le dió una órden verbal que no pudo oirse. El caballero partió á recorrer las filas del ejército, de entre las cuales iban saliendo otros á medida que él pasaba, trayendo en las manos banderas desplegadas. Nueve se presentaron delante de los escuadrones, que conservaron inmóviles su formacion.

—Ved allí los trofeos de la victoria, dijo el rey á la reina: ocho banderas se han cogido al enemigo, y el asta del estandarte real portugués, en la cual viene la mutilada armadura del valiente Eduardo de Almeida, que lo conducia. Venid, señora, y aceptad esas enseñas, testimonio del valor de vuestros castellanos.

Isabel acompañó á su esposo, haciendo que la siguiese toda su comitiva, y se acercó á los caballeros vencedores, los cuales tremolaron con orgullo las banderas cogidas al enemigo; y las rindieron á los piés de su jóven soberana.

Ésta, entre tanto, no podía disimular su emocion. Veia en aquellos duros guerreros el gérmen de la grandeza de su patria, que habia sido el pensamiento de toda su vida.

—Nobles campeones, les dijo: el triunfo alcanzado por vuestro esfuerzo y el de todo el ejército que os contempla, llena mi corazon de placer; pero de un placer amargo, porque representa la derrota y la humillacion de nuestros hermanos. Esto no amengua el mérito que habeis contraido, y que voy á recompensar con un recuerdo de mi gratitud, para que sirva de estímulo á todos. Dias de gloria os esperan: cuando llegue la hora de vencer á los enemigos de Dios y de la patria, entonces, si yo no estoy á vuestro lado, acordaos de mí.

—¡Viva la reina! ¡Viva el rey! gritaron los caballeros; y sus voces fueron repetidas por todo el ejército.

Isabel tomó en seguida las otras bandas, y fué repartiéndolas entre los nueve campeones, cuidando de advertirles que habian sido, bordadas por ella misma. Les dirigia la palabra en particular, nombrándolos para que viesen que no olvidaba á los que bien la servian, y de este modo, con su dulzura llena de magestad, cautivaba los corazones.

—Tomad, buen Gonzalo Fernandez, dijo al arrogante mozo vencedor del alférez mayor de Portugal, que ostentaba, en lugar de bandera, la rota armadura de aquel héroe: os doy esta banda que yo he labrado, pues bien la mereceis. Escelente principio habeis dado á vuestras hazañas. Seguid por ese camino, que yo os lo premiaré, y rogaré á Dios por vos cuando entreis en batalla.

El arrogante jóven tomó la banda y la besó enternecido. La reina pasó á felicitar á cada uno de los otros héroes. Entre ellos estaba Pedro Arias.

—Tambien vos, mi valiente amigo, haceis como los mozos. Puedo deciros que la dama á quien obedecéis está ya desagraviada, y os devuelve la libertad. Esta banda, que yo he bordado, sentará bien cruzada en vuestro blason.

El último de todos estaba Ramiro Nuñez de Guzman.

—¡Cómo habia de faltar un Guzman entre mis bravos! le dijo la reina. Recibid, pues, el premio que doy á mis paladines.

—Mi deber me manda, señora, contestó Ramiro, no aceptar un don que tantos envidiarían. Yo he ganado esta enseña en buena lid; pero si la conservo y con ella la vida, el mérito es de Hernando del Pulgar, y no mio.

—Sin embargo, repuso la reina, yo os mando llevar esta banda en memoria de vuestro valor. Pulgar tendrá vuestra amistad y mi aprecio.

El caballero tomó la banda y la besó, poniéndola sobre su corazon.

Terminada la distribucion de los premios, la reina y el rey con sus respectivos acompañamientos se pusieron á la cabeza del ejército victorioso y entraron en la ciudad, encaminándose á la catedral. Durante el tránsito una lluvia de flores caia de todas las ventanas y miradores, y la multitud apiñada en las calles saludaba á los príncipes y á sus soldados con repetidos vítores, uniendo sus entusiastas voces al sonoro clamoreo de las campanas.

Poco despues el ruido seco de las espuelas y armaduras resonaba con marcial estrépito bajo las bóvedas de la catedral. Los reyes tomaban asiento en un lugar preferente del coro, y los trofeos de la victoria eran ofrecidos á Dios, mientras las armonías del órgano entonaban el himno *Tedeum laudamus*, y nubes de incienso envolvian el tabernáculo en blandas espirales.

Dadas gracias al Altísimo por la victoria, los reyes se retiraron á su palacio, donde se preparaba un banquete para ob-

sequiar á los generales y á los héroes que mas se habian distinguido en la batalla de Toro, y el ejército fué enviado á descansar de sus fatigas, despues de recibir abundantes provisiones de carne y vino, para celebrar á su modo la festividad del dia.

No nos detendremos á describir la magnificencia del banquete régio. Diremos solo que, siendo el objeto de la reina, obsequiar á sus campeones, para estos fué toda la profusion y riqueza de esquisitos manjares, mientras que ella, en compañía de D. Fernando, D. Alonso de Aragon, y el cardenal Mendoza, se limitaba á disfrutar su modesta comida ordinaria, si bien aumentada con algunas golosinas preparadas por su mano, y sazónada con la salsa inapreciable de la felicidad.

Ocupaban los príncipes y el cardenal una pequeña estancia, no lejos del vasto aposento donde se celebraba el festin de los guerreros. Su mesa, en la cual brillaban como el mejor adorno las aromáticas flores de la estacion, colocadas en canastillos de filigrana, era servida por jovencitas, hijas de los primeros nobles del reino; entre las cuales llamó desde luego la atencion del rey una que á trece años no llegaba, y que se distinguia por su rara hermosura y por el aire de profunda melancolía que bañaba su delicado semblante.

—¡Cuánto he temido por vuestra vida, señor! dijo la reina, mirando con dulzura el tostado rostro de su marido. Nunca hubiera sospechado que dieseis al valor mas de lo que exige la prudencia, esponiéndoos á tan graves peligros por mi causa; pues aunque es cierto que el ejemplo de los reyes vale mas que sus órdenes, vuestro arrojo ha sido estremado.

—Eso me decia el señor cardenal, contestó el rey; que no espusiese mi persona; pero ¿habria sido mejor manifestar cobardía en presencia de un ejército rabioso, como el que habeis puesto bajo mi mando? ¡Diantre! son calientes como el fuego vuestros castellanos, señora, y os confieso que yo no los conocia.

—¡Por fin les haceis justicia!

—Sí, ciertamente: además, señora, prosiguió el rey, mirando á las jóvenes de la servidumbre con algun deleite; ¿qué caballero no espondria su vida por recibir de vos tan buen trato? Nos haceis servir por ángeles.

Y fijándose en la interesante niña que antes hemos mencionado, y que á la sazón le presentaba un plato, añadió:

—¡Bella criatura! ¿cómo te llamas?

—Francisca Monte de la Isla, señor, humilde servidora vuestra, contestó la niña, bajando los párpados ruborizada.

—No he oido nunca esos apellidos, dijo D. Fernando, dirigiéndose á la reina.

—No es de estrañar, señor, repuso doña Isabel; porque Francisca, aunque noble, no pertenece á las grandes familias de Castilla. Es una huérfana de madre, á quien yo protejo, y á quien nunca abandonaré, porque es muy buena niña.

—Ésta, dijo el cardenal, es hija de aquel Montesino de la Isla, que os pidió justicia en Arévalo contra cierto rico-hombre de Galicia, segun me escribisteis. Por cierto que, con las andanzas de la guerra, no he vuelto á saber nada de él, ni de su asunto.

—Yo sí; pues la guerra no me ha impedido ocuparme en otras cosas no menos importantes. Á Montesino le ha sucedido lo que tiene que suceder en nuestros reinos, mientras el rigor de la justicia no allane todas las barreras que deprimen el imperio de la ley. Ha ido á Galicia y no ha podido hacer que se acate mi autoridad. El oro de un Alvar Yañez manda mas que la reina de Castilla.

—No debeis estrañarlo, señora, repuso el cardenal; pues con motivo de la invasion portuguesa, Galicia está muy estragada, y allí el que mas puede, aquel manda.

—Como en todas partes, amigo mio, dijo la reina, exaltándose por grados. Pues qué, ¿hay alguna comarca de mis estados en donde no impere la fuerza brutal del hierro, ó en su defecto la vil seducción del oro? En verdad os digo, señor cardenal, que si no confiase en el amparo de Dios, temeria conservar sobre mis sienes la corona de Castilla; porque, creedlo, no me consideraré en posesion de mi espinoso cargo, hasta que todos, desde el mas grande al mas humilde de mis vasallos, puedan andar desarmados y seguros de dia y de noche por pueblos y despoblados. Entonces me llamaré reina: hoy no; pues solo

he heredado las ruinas de un edificio, y un reino que necesito conquistar.

—Y lo conquistaremos, repuso el rey con calma. Eso está hecho en poco tiempo con un pedazo de pan y un palo.

—Decís bien, señor, contestó el cardenal. En Castilla tenemos, como ha dicho mi señora la reina, las ruinas de un edificio, pero son ruinas magníficas, entre las cuales florecen como plantas silvestres la fé y la veneracion al trono. ¿Qué mas necesitamos para reconstruir el edificio abatido? Pan y palo; pero palo seco y sin misericordia á todo el que maltrate á esas riquísimas plantas, y se oponga á la justicia, que es la base de los imperios y la felicidad de los pueblos. Dése á los nobles gloria, que los eleve; poder poco, pues abusan de él: prémiese al mérito donde quiera que se encuentre, y caiga el malo, aunque tenga mas blasones que el rey. Este es el camino que se debe seguir, y os aseguro que el erial de Castilla se convertirá pronto en jardin ameno.

Mientras así hablaba el noble cardenal de España, se había concluido la comida. La reina atrajo hácia sí los dos canastillos de filigrana llenos de flores, que tenia mas cerca, y dijo:

—Es oportuna la imágen que habeis usado, señor D. Pedro. Precisamente he guardado para los postres dos cosas, que pueden servir de escelentes istrumentos para cultivar ese jardin de que hablais.

—¿Cómo es eso? ¿Á ver? Mostradnos esos raros presentes, dijo el rey.

—Sí, mostradnoslo, añadió el bastardo de Aragon. Tengo curiosidad de ver esas cosas, que sirven de postres y de istrumentos para cultivar.

—¡Oh! repuso la reina con buen humor: no se comen, hermano: son una escarda y un sementero de nueva invencion. He creido que no podia hacer á mi esposo un regalo mejor que este, hoy que celebramos su triunfo.

Y apartando las flores, dejó descubiertos en los canastillos un cuaderno de papel escrito y un libro de mediano volúmen, ricamente encuadernado, y con filetes, cantoneras y broches de

oro: en una de las tapas se veían las armas de Castilla y Aragón y las iniciales F. I., labradas del mismo metal.

—¿Qué os parece de esto? prosiguió la reina sonriéndose.

—Vamos, sacadnos pronto de dudas, dijo el rey, mirando, como los demás, aquellos objetos con sorpresa.

—Mirad, repuso la reina tomando en la mano el cuaderno manuscrito. Cuando se disolvieron las Córtes de Madrigal, mandé que permaneciese reunida una junta en Aranda, que es pueblo seguro, hasta que hubiese establecido las bases de la Santa Hermandad. Ayer me las dieron concluidas, y están en este cuaderno. Ahí teneis la escarda.

—Esceleste idea, dijo el cardenal. Con ella limpiaremos á España de criminales.

—Así lo espero, replicó la reina.

—¿Y el sementero? Veamos el sementero, dijo el rey.

—Este vale mucho mas, y es un regalo que os guardo á vos solo, señor, contestó doña Isabel, abriendo el libro, y presentándoselo á su esposo.

El rey quedó sorprendido al ver las letras, tanto que no pudo menos de lanzar una exclamacion. Don Alonso y el cardenal se acercaron para contemplar aquella maravilla. Era el primer libro que se habia impreso en España.

—¡Qué manuscrito tan raro! El copista que lo ha hecho merece premio, dijo el rey, que aun no tenia noticia de la prodigiosa invencion de Guttemberg.

—El copista que tal hace, repuso la reina, transformará la faz de la tierra, amado mio: es mas poderoso que nosotros.

—¿Pero cómo es esto? preguntó D. Fernando hojeando el libro.

—Es impreso, escrito con molde, señor, dijo el cardenal. Yo tengo otro como este hecho en Alemania.

—Sí, replicó la reina; pero este se ha impreso en España: ved aquí, en Valencia. Es de himnos á la Virgen María en lengua lemosina. Este es un tesoro de tanto precio, que al aleman Teodórico, que me lo ha presentado, le he concedido exencion de pechos y tributos por toda su vida, siempre que continúe

imprimiendo, para que otros muchos se dediquen á la misma industria. Con esto se instruirán los hombres y se mejorarán las costumbres; porque se harán mas libros en un mes que se hacen ahora en dos años, y costarán veinte veces menos de lo que hoy cuestan. ¡Oh! ¡es una maravillosa invencion! Esto solo equivale á la conquista de un reino.

—Es verdad, señora, si no se abusa de ello, contestó el cardenal.

El rey, entre tanto, seguia hojeando el libro, y cerrándolo de pronto, exclamó:

—¡No cabe duda que es un magnífico sementero! Pero cuidado con la semilla que por medio de él se siembre, pues lo mismo puede producir espinas que flores.

En la vasta sala del festin habia llegado al colmo el contentamiento gastronómico de los comensales, y era tal el estruendo que movian con sus conversaciones y brindis, que parecia como que hubiesen olvidado el lugar donde se hallaban.

La reina habló bajo al cardenal, y éste, saliendo á la estancia del banquete, suspendió la atencion de los caballeros, diciéndoles:

—Señores, os propongo un brindis en nombre de SS. AA.: que rogueis á Dios por las almas de nuestros amigos y enemigos muertos en esta campaña.

—¡Vivan SS. AA.! gritaron los alegres comensales.

Y recogién dose todos en silencio, dirigió cada cual sus preces al Señor por los que habian fallecido.



CAPITULO II.

La protegida de Pulgar.



DESDE que Isabel subió al trono, se habia propuesto reformar las costumbres públicas; y comprendiendo que en una monarquía el soberano es como la raiz de un árbol, de donde parten los jugos á todas las estremidades; y que no puede haber lozanía en las ramas ni salud en las frutas, cuando el tronco elabora una sávia corrompida, comenzó por introducir prácticas rigurosamente morales y religiosas en su palacio.

Mirando luego en torno suyo, vió que las clases elevadas de la sociedad ejercian una influencia directa é inmediata entre ellas mismas y sobre las demás: que sus virtudes y sus vicios, se reflejaban, como en un espejo, en toda la masa del pueblo, acreciéndose la maldad y barbarie de los hombres en proporción de su ignorancia y rudeza. Comprendió, por lo tanto, que la regeneracion que meditaba, no podia ser obra de un dia, y que era menester educar en la escuela de sus severos principios á la juventud distinguida por su nacimiento; y sin necesidad de un grande esfuerzo,

dato que la costumbre favorecía sus intentos, hizo acudir á su corte los niños de ambos sexos de la primera nobleza, para que se criasen á su vista.

Con frecuencia solía decir, recreándose en la contemplacion de aquel bello plantel de sábios, héroes y escelentes madres de familia:—«Estas criaturas serán el modelo de sus hijos, y harán mejores á sus padres.»

Y no se engañaba: el ejemplo es la mejor escuela de la virtud, y las semillas del bien que caen en el corazon de los niños, dan fruto en lo porvenir, y suavizan la índole de los viejos.

Los cuidados de la reina se dirigian con particular esmero al cultivo de las facultades morales é intelectuales de las niñas. Reconocía en ellas una influencia superior á la de los hombres para el mejoramiento de las costumbres, y las miraba como instrumentos mas idóneos para la próxima realizacion de sus benéficos planes. Ella, que no habia podido ser corrompida en la estragada corte de su hermano, aprendió allí, sin embargo, que la mujer, en el período de sus gracias seductoras, es un poder irresistible, que vence las voluntades mas fuertes. De este poder queria valerse para apartar á los jóvenes de los vicios y frivolidades á que en general se entregaban, y atraerlos á la senda del honor y la virtud. Aquellas niñas estaban destinadas á engrandecer á los hombres que lo mereciesen, y á procrear una nueva generacion digna de ellos.

Habia buscado para que las educasen algunos eclesiásticos virtuosos y notables por su sabiduría, y para velar constantemente sobre ellas y tenerlas ocupadas en labores propias de su sexo se valia de las dueñas mas honradas y dignas de respeto, prefiriendo las viudas de grandes personajes muertos en servicio de la patria. Siempre que se lo permitian las graves atenciones del gobierno, se presentaba en medio de sus educandas, tomaba la aguja y cosía ó bordaba con ellas, para hacerles comprender que la aplicacion doméstica, léjos de ser degradante, es el ejercicio mas noble de la mujer; y procuraba enterarse de sus progresos, examinándolos por sí misma.

De esta escuela debieron salir con el tiempo literatas ilustres

como la marquesa de Monteagudo y doña María Pacheco, sobrinas del cardenal de España, y catedráticas como doña Lucía de Medrano y doña Francisca de Nebrija, que por muchos años fué asombro de la universidad de Alcalá. ¡Gran prodigio, sin duda, en un país, donde poco antes de la proclamación de Isabel, fué menester prohibir que recibiesen órdenes sagradas los que no supiesen latín! Entre estas nobles alumnas, futuras compañeras de las infantas de España, estaba por un capricho de la suerte, y porque la reina prefería el mérito al nacimiento, la bella jovencita doña Francisca Monte de la Isla, hija de un simple hidalgo de Andalucía.

El lector habrá ya reconocido en esta interesante criatura á la huérfana que Pulgar encontró abandonada en la villa de Ceinos.

Al terminarse el banquete dado por los reyes á sus grandes y caballeros, Pulgar, que, en calidad de continuo de la casa real, tenía en ella su alojamiento, se retiraba á descansar, después de haberse despedido de su tío y de haber dado las órdenes convenientes á sus hombres de armas. Pasaba por una de las galerías principales de palacio, seguido á cierta distancia de su escudero Tristan, cuando al revolver de un ángulo vió á una niña de trece años que salía de los aposentos de la reina en compañía de una noble dueña, cuyo semblante adusto y grave formaba singular contraste con el tierno y angelical de la muchacha. Detúvose el jóven por cortesía para saludar á estas damas, pero vió con sorpresa que la niña, fijando en él sus hermosos ojos negros, y dando un grito de alegría, se precipitaba hácia él con los brazos abiertos; sin que bastasen á contenerla, ni el lugar donde estaba, ni la presencia de la dueña, que con el gesto y el ademán se apresuró á reprobar este acto inconsiderado.

—¡Ah! ¡Mi querido protector! exclamó la adolescente ciñendo con sus brazos la cintura del jóven guerrero, que asombrado la miraba.—Por fin os encuentro. ¡Cuánto he deseado volver á veros!

—¡Niña! ¡Niña! prorumpió la dueña con enojo: ¿qué atrevimiento es ese?



¡Ah! ¡mi querido protector!

La niña, sin escuchar nada, cogia una mano á Pulgar, y se la besaba con ternura y respeto. El jóven, para quien no eran del todo desconocidas aquella voz y aquella dulce fisonomía, la miró con cuidado, y de pronto, dándose un golpe en la frente, exclamó:

—¡Calla! ¡Es ella! ¡Es mi amiguita de Ceinos!

Antes de seguir en la relacion de esta singular ocurrencia, debemos retroceder, para aclarar algunas circunstancias, que no hemos tenido ocasion de esponer anteriormente.

Pulgar tenia casi ya olvidada á su linda protegida; y no es porque hubiese dejado de pensar en ella, mientras lo creyó necesario, sino porque hacía mucho tiempo que presumia estuviese en poder de su familia. Lo que él menos imaginaba es que se hallase al lado de doña Isabel.

Sabe el lector que nuestro jóven, fuese por efecto de la ligereza de su carácter, fuese por no molestar con preguntas á la niña, cuando la encontró abandonada y afligida, no la preguntó su nombre ni el de sus padres. Sabe tambien que, llegado á Valladolid, intentó ponerla bajo el amparo real, valiéndose de su tio D. Luis Osorio, y que temiendo no conseguirlo, pensó en mandar á Ceinos á uno de sus escuderos, para cumplir de algun modo su palabra empeñada. Esto no pudo realizarse tan pronto como fué pensado, por falta de dinero y á causa del repentino viaje de la reina á Segovia, en el cual le acompañó el jóven campeon; pero apenas estuvo en situacion mas desahogada envió á Francisco de Bedmar con aquel encargo.

Bedmar fué á Ceinos; pero ya no estaba allí la huerfanita: se habia presentado mucho antes que él una señora mayor, á quien aquella reconoció como parienta suya, y con la cual habia partido. Pulgar quedó tranquilo, y no volvió á pensar mas en su promesa, si bien conservó el disgusto de no haberla cumplido como deseaba.

Sin embargo, á él debia la niña Francisca su nueva situacion; mas esto era un misterio para Pulgar. Pudo enterarse de ello, cuando fortuitamente se presentó en Arévalo Montesino de la Isla, pidiendo justicia á doña Isabel; pero como ignoraba que éste fuese el padre de su protegida, no hizo alto en lo que allí pasó.

¿Cómo era, no obstante, que Pulgar habia cumplido su palabra, sin saberlo él mismo? Hé aquí la solucion de este enigma. Don Luis Osorio, aquel hombre aparentemente frio y sin corazon, entusiasmado interiormente con las hazañas de su sobrino, pero evitando con estudiada indiferencia darle á conocer su satisfaccion, para no envanecerle, contó á doña Beatriz de Bobadilla cuanto de él sabia, sin omitir la mas leve circunstancia de su caballeresco viaje, y recomendándole mucho la niña abandonada. Esta dama lo refirió á la reina, y fué casualidad que se hallase presente la noble dueña doña Lucía de Meneses, parienta cercana por parte de madre de la recomendada de don Luis; la cual, teniendo noticia del viaje de su prima y del asunto que hácia Galicia la llevaba, sintió uno de esos movimientos con que nos habla el corazon y exclamó:—«¡Plegue á Dios, señora mía, que esa pobre criatura no sea mi sobrina Francisca!»—Averiguarlo podeis, le contestó la reina, porque yo no la he de abandonar: partid hoy mismo, y sea quien sea, traédmela á Valladolid.»

Y así fué como, por la recomendacion de Pulgar, estaba Francisca en palacio, y al cuidado de aquella noble dueña, que hemos visto salir acompañándola, y que era la misma doña Lucía de Meneses. En cuanto á la reina, hecho el beneficio, creyó un deber de conciencia y de propia dignidad, no hablar mas de él.

La exclamacion del jóven, reconociendo á su protegida, desarregló el ceño de doña Lucía, la cual dijo á su vez:

—¡Ah! ¿Este caballero es el señor de Pulgar?

—¡Él mismo! ¡él mismo! repuso Francisca, mirando con amor infantil á su amigo: ¡le quiero tanto!...

—Es muy justo que le apreciéis, pero habeis hecho mal en arrojaros á mostrarle vuestra gratitud con tanta vehemencia.

—¿Por qué, señora? replicó la niña. ¿Pues no me habeis dicho que debia rogar á Dios por la conservacion de su vida? No sabeis que es mi hermano, pues como tal ofreció no desampararme, y lo ha cumplido? ¡Oh! Yo he pedido á Dios por él todos los dias, y no olvidaré nunca los favores que me ha hecho.

—Eso está muy bien, hija mía, dijo la dueña; pero una noble dama debe ser muy comedida con los caballeros.

Pulgar presenciaba esta escena, en que representaba un papel tan principal, sin comprender por qué ni cómo era objeto de unas demostraciones de agradecimiento que no creía merecer. Pero aun creció su confusion y su asombro, al oír de boca de doña Lucía las mas atentas disculpas por su desagrado, y los ofrecimientos propios de una persona reconocida.

—No estrañeis, señor de Pulgar, le dijo, que haya reconvenido á mi sobrina por su inmodesto arrojó; en esto cumplo con mi deber. Sin embargo, reconozco que eso y mucho mas mereceis por vuestra generosidad con ella, y podeis contar para siempre con mi amistad.

—No sé que haya hecho nada para merecer tanto favor, repuso el jóven; pero á mi vez seria ingrato, sino aceptase la amistad que me ofreceis, y de la cual procuraré hacerme digno.

—Ya lo sois, señor hidalgo, ya lo sois. Venid esta noche á mi aposento; allí encontrareis al padre de doña Francisca, que desea conoceros, y hablaremos. Preguntad por doña Lucía de Meneses.

Dicho esto, la noble dueña saludó á Pulgar: Francisca le apretó la mano, que conservaba entre las suyas, y ambas se alejaron, dejándole perplejo y admirado.

—Ven acá, Tristan; dijo el jóven hidalgo á su escudero. ¿Entiendes tú lo que todo esto significa? ¿Crees que por haber dado una promesa de proteccion, y no haberla cumplido, merezca yo esas atenciones y esas caricias?

—Señor, contestó el escudero; puesto que os las hacen, sin duda las mereceis. Aquí ha pasado algo que no sabemos: vuestra huérfana está en palacio, y os llama su protector: luego vuestra mediacion le ha sido de algun provecho, y así como os nombró la reina contínuo de su casa sin haberlo vos solicitado, pero con justo motivo, así tambien puede haber amparado á esa noble niña por vuestros respetos.

Pulgar no quedó satisfecho con las conjeturas de Tristan, y retirándose á su aposento, se hizo desnudar la armadura, y aguardó con impaciencia la noche.

Llegada esta, nuestro jóven acudió á la cita de doña Lucía.

Un hombre de cuarenta años salió á recibirle, y le dió los brazos. Pulgar reconoció en él al hidalgo de la audiencia de Arévalo, el cual le dijo:

—No dudo que sois vos el generoso protector de mi hija, el que la ha traído á ser menina de nuestra adorada reina. Yo valgo poco, señor de Pulgar; pero en mí encontrareis siempre un leal amigo, dispuesto á dar vida y hacienda en vuestro servicio.

—Agradezco en el alma la amistad que me ofreceis, señor hidalgo, le respondió Hernando; tanto mas, cuanto es muy poco lo que he hecho para merecerla.

—Sois tan modesto como generoso, repuso Montesino. Pero aunque vos olvideis los favores que haceis, yo no olvidaré jamás que disteis consuelo y asilo á mi hija, y que empleasteis la influencia de vuestro noble tío D. Luis Osorio para interesar á la reina por ella, sin conocerla, ni aun indagar su nombre. Por esto desde hoy os ruego que os considereis como miembro de mi familia. Venid y hablaremos de nuestros asuntos; pues no está bien que vos permanezcáis estraño á quien os debe gratitud eterna.

Pulgar se dejó conducir á la estancia interior, donde le aguardaban la hermosa menina y la severa dueña. Parecíale ser juguete de un encantamiento, y estar enredado en una aventura de hadas.

Doña Francisca se levantó de su asiento, á pesar de las señas que le hacía la dueña para que permaneciese quieta, y fué á colocarse cerca de Pulgar, á quien miraba como á un ser sobrenatural. Tanto cariño en una edad mas adelantada habria infundido sérios recelos á su padre y al jóven guerrero. Y sin embargo, ¿no se ha visto mil veces nacer el amor en corazones infantiles? Tres años mas adelante la hermosa menina se habria turbado al pensar en el afecto que su protector la inspiraba: en esta ocasion, sin embargo, no sentia mas que un deseo vehemente de acercarse á él, de contemplar sus bellas facciones varoniles, de absorver las luces animadas de sus brillantes ojos; y protegida por la inocencia y la pureza de sus sentimientos, ni aun

remotamente imaginaba que hubiese peligro para su tranquilidad futura en dejarse dominar toda entera por aquel atractivo, que tenia todos los caracteres propios de la mas ardiente passion. Era, con efecto, amor lo que sentia; y amor tanto mas acendrado, cuanto era nacido de la gratitud y la admiracion, y no participaba de ningun deseo mundano. El espíritu, solo el espíritu tomaba parte en él, y se abrasaba en su llama.

La conversacion, ceremoniosa en un principio, entre Pulgar y sus nuevos amigos, se hizo pronto íntima, gracias á la tierna solicitud de Francisca, que trataba al jóven con la misma llaneza que si fuera su hermano. Sentada en un taburete pequeño al lado de aquel, le miraba sonriéndose, y le tomaba la mano, como si toda la vida hubiesen vivido ambos bajo un mismo techo. Montesino estaba en frente de ellos, y mas retirada se arrellanaba en un sillón doña Lucía de Meneses, grave con sus tocas y sus cincuenta años cumplidos.

—Cara me cuesta la felicidad de teneros hoy en el número de mis mejores amigos, decia Montesino de la Isla. El dia que encontrasteis á mi hija, sin mas amparo que el de un criado fiel, acababa de consumarse el crimen mas horrendo, el mas vil asesinato en la persona de mi amada esposa. Y aunque me aflige este doloroso recuerdo, quiero contaros toda mi desventura, pues no dudo que la sentireis al par conmigo.

—Desde luego podeis creerlo, como tambien que os ayudaré á vengarla, contestó Pulgar.

—Para que tengais una idea cabal de esta deplorable historia, menester será que os dé antes algunas noticias de mi familia y linage. Yo desciendo de una noble y antiquísima casa inglesa, que en tiempos del rey Alfonso el de las Navas, emparentó por matrimonio con una dama del solar de Montes Claros. El marido de esta dama, espatriado de Inglaterra, con motivo de la muerte violenta dada al arzobispo de Cantórbery, volvió allá poco despues de casado, con la esperanza de recobrar sus estados, que eran la Isla de Man, y que un hermano suyo habia usurpado en su ausencia. No pudo conseguirlo, y corrió peligro de ser preso y asesinado. Unióse á la expedicion del príncipe Ricardo

Corazon de Leon, y murió en Palestina. Dejó, sin embargo, de su matrimonio un hijo, que fué el progenitor de mi raza.

«Desde aquel tiempo se han hecho repetidas gestiones para recobrar el señorío de Man, que de derecho nos pertenece, pero todó ha sido inútil. No obstante, el usurpador dejó mandado en su testamento que, si andando el tiempo se estinguiese su rama, pasasen aquellos bienes á la de su primitivo dueño, y que entre los herederos de igual grado, fuese preferido el que reuniese las dos líneas de varon y hembra. Este documento se hallaba en mi poder.

«Al cabo de casi tres siglos ha sucedido lo que previó el testador. Un Ramsey, último de su familia, acaba de fallecer canónigo en Oxford, y teniendo presente la voluntad de su antecesor, la ha confirmado; añadiendo, que si hubiese varon y hembra con igual derecho, sea preferible esta última.—Tal vez os molesto con estos pormenores, amigo mio, añadió Montesi-
no; pero voy á concluir.

—No me molestais: os escucho con atencion, contestó Pulgar.

—Debo advertir, que en virtud de estas disposiciones testamentarias, la herencia usurpada recaia directamente en mi hija. La casa de Montes Claros se habia dividido en dos ramas, que volvieron á juntarse por mi matrimonio; yo represento la línea de varon, y un primo de mi difunta esposa, llamado Alvar Yañez, posee iguales derechos que los de ella por la línea femenina. Era menester, sin embargo, para que él heredase, que no existieran ni mi mujer ni mi hija.

—Lo comprendo perfectamente.

—Cuando llegó á nosotros la nueva de la muerte del canónigo, dispusimos lo necesario para tomar posesion de los bienes, y hechas las principales diligencias, pensé ponerme en camino. ¡Ay! ¡Ojalá lo hubiese realizado! ¡No tendria hoy que llorar á la mejor de las esposas!

Pulgar sintió sobre su muslo el leve peso de la hermosa menina, y el calor de una lágrima que habia caido en su mano.

—Mi mujer, continuó Montesi-
no, despues de una pausa, era una dama intrépida y valiente.—Habia que recoger unos docu-

mentos en Galicia, para acreditar nuestra ascendencia en Inglaterra, y mi buena Mencía me dijo:—«Para un hombre es peligroso viajar á través de España en estos tiempos de revueltas. Las mujeres podemos hacerlo con mas libertad, pues siempre encontramos mas protectores que enemigos. Iré yo con nuestra hija, recogeré esos documentos, y embarcándome luego con ella, nuestra presencia allanará todo obstáculo en Inglaterra. Si vais vos, correreis mas peligros, tardareis mucho tiempo, y entre tanto padecerá nuestra hacienda, que yo no sabré cuidar.»—Parecióme acertado el consejo y lo era; pero ni ella ni yo contábamos con las asechanzas de un vil asesino.

—«El dia de la partida mi corazon me presagiaba la horrible desgracia. La pena me ahogaba, y si hubiese podido, habria llorado. Tres veces quise deshacer el viaje y marchar yo, ó desistir de la herencia esperada por tanto tiempo; y sin embargo, el temor de aparecer débil ó cobarde sin causa reconocida, me impidió seguir el impulso de esta inspiracion de Dios. Mi Mencía se despidió de mí llorando. No debí dejarla partir.

—¿Á qué os atormentais con ese recuerdo? dijo doña Lucía, disimulando su emocion. ¿No veis que eso es ofender á Dios? Él en sus altos juicios permitió lo que ha sucedido, y á nosotros solo nos cumple bendecir su santa voluntad.

—Decís bien, señora, decís bien: ¿quién sabe si la muerte de aquella inocente habrá sido consentida por Dios para remedio de mayores males? ¿No murió el hijo del Eterno Padre para salvar á los hombres? Sin embargo, la Virgen María, con ser quien era, cayó traspasada de dolor al pié de la cruz. ¿Cómo no habré de afligirme yo, simple mortal, aunque sufra resignado?

—Continuad, y no os detengais mucho en esos crueles recuerdos, repuso la dueña.

—Yo habia escrito á varios parientes de Galicia, participándoles la ida de mi esposa é hija, para que saliesen á recibir las y acompañarlas, pues el país estaba y está infestado de bandoleros. El viaje fué feliz, y hasta Tordesillas no ocurrió nada que sea de contar; pero desde la salida de este pueblo, mi fiel criado Maturana observó con recelo, segun él me ha referi-

do, la presencia de dos viajeros, que caminaban siempre detrás, alargando mas la distancia cuando aparecia gente en el camino: así continuaron tres dias, sin que los dos hombres sospechosos se les reuniesen de noche en las posadas donde paraban, hasta que llegaron á Ceinos.—Allí se hospedaron en la misma casa dos, al parecer simples mercaderes, que hablando poco y pretestando cansancio, se acostaron á dormir á un lado del hogar.

«Al amanecer todos los moradores de la posada despertaron sobresaltados: habia en el pueblo un tumulto espantoso, y las llamas devoraban una parte del edificio. Los supuestos mercaderes lo habian incendiado, aprovechando la ocasion del alboroto, y el fuego dominaba la habitacion ocupada por mi esposa y mi hija. Sin embargo, los malvados no habian huido, y aparentaban querer prestar auxilio.—Mis dos criados, que dormian en las cuadras al otro lado de un patio, vieron á su señora que les llamaba desde una ventana: la puerta de su aposento habia sido cerrada por fuera. Con animoso corazon tomó á su hija casi desnuda en los brazos, y recibéndola desde abajo Matu-rana, la hizo descender al patio, echando luego sus vestidos, y retirándose á recoger sin duda sus papeles. Pero en aquel momento abria la puerta y se apoderaba de ellos uno de los mercaderes, mientras su compañero asesinaba al otro criado, que acudia á socorrer á su ama.—Lo que dentro de la habitacion pasaba entre tanto, sábelo Dios, añadió Montesino con voz ahogada y ronca;—solo puedo deciros que el asesino salió huyendo del fuego que le sofocaba, que arrastró en pos de sí la puerta, y que entre las cenizas y los escombros se encontró el cadáver de una mujer, que conservaba en la mano, fuertemente afianzada, una escarcela de cuero.

—¿Y esa escarcela?... profirió Pulgar, apretando los dientes y con el pecho dilatado de indignacion.

—Habia sido arrancada por la víctima del cinto de su verdugo. ¡Era el principio de la justicia de Dios! Contenia la declaracion del criminal.

—¡Oh! ¡Y ese hombre vive!

—Sí, vive; porque la fuerza y el oro le protegen; pero yo

no descansaré hasta que caiga la cuchilla de la ley sobre el paricida Alvar Yañez de Lugo.

—¡Ah! ¡El miserable! ¡Cometer tan feo crimen por un pedazo de tierra!

Al decir esto, Pulgar apretaba, temblando de cólera, la mano que Francisca había dejado entre las suyas; mientras la sensible niña reclinaba su cabeza en el pecho del caballero, alzando los ojos al cielo y con el rostro bañado en lágrimas. La dueña se enjugaba las suyas con un pañuelo, y Montesino, cerrado el entrecejo, sin ver, tenía en el suelo la mirada fija.

Después de un rato de silencio, que ninguno osaba romper, por no chocar con el pensamiento ajeno, Montesino se estremeció, como si se encogiese de hombros, y dijo con tono indiferente:

—¿Sabeis noticias de vuestro padre, señor de Pulgar?

El jóven se conmovió á su vez, como si saliese de una pesadilla, y contestó:

—Hará un mes que me escribió participándome que pensaba ir á Ciudad-Real, con el objeto de poner en claro ciertos asuntos de familia: después no he tenido mas noticias de su merced.

—Yo tuve el gusto de verle á su paso por esta ciudad: por cierto que le aconsejé suspendiera su viaje, hasta saber el rumbo que llevaban el maestro de Calatrava y su hermano el conde de Ureña, que es de presumir hayan escogido la Mancha para teatro de sus hazañas. Pero vuestro padre es valiente y no quiso escuchar mis amonestaciones.

—No lo extraño: mi buen padre creerá como yo, que no son ya de temer los enemigos de la reina, después del escarmiento de Toro. Algunos harán esfuerzos para sostenerse, á fin de conseguir capitulaciones honrosas, como sucede al bravo alcaide de Castronuño, que resiste dos meses há el asedio en su castillo fuerte de Peñafior, y como el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena, que no pueden esperar avenencia, sino después de cansar al país y á las tropas reales; pero ya habreis visto que otros se someten, y entre ellos el temible duque de Arévalo, y los demás irán siguiendo poco á poco su ejemplo.

—Sin embargo, yo sé, (y esto no lo digo para alarmaros), que los Girones aprestan sus formidables fuerzas para renovar la campaña en Sierra-Morena, y que el arzobispo y D. Diego Pacheco, de acuerdo con el marqués de Cádiz, les apoyarán en Estremadura y Andalucía.

—Siendo eso así, repuso Pulgar; ¿cómo es que el rey dispone su ejército para marchar sobre Guipúzcoa? Desengaños: la guerra civil está agonizando; el portugués, derrotado su pabellón, no puede levantar la cabeza. Yo mismo,—y guardadme el secreto,—he protegido la fuga del rey Alfonso, y sé como vá.

—¿Es posible! ¿Con que vos?...

—He hecho lo que vos habriais hecho en mi lugar: figuraos un rey anciano, que llora de despecho, al verse vencido; que si no muere de pesar, se volverá loco, y decidme: ¿quién no le prestaría su apoyo para librarle de la muerte?—Además, he obrado así para merecer el aprecio de otro hombre, que espero atraer al servicio de nuestra señora.

Pulgar dió un suspiro al pronunciar estas palabras: pensaba en doña Elvira de Sandoval.

—No necesito vuestras disculpas para estar convencido de que os habreis portado como leal y buen caballero, repuso Montesino.

Esta conversacion fué interrumpida por el capitan D. Luis Osorio, que armado de todas piezas, apareció de pronto en la puerta de la estancia.

Montesino y Pulgar se levantaron para recibirle, y el primero le ofreció una silla.

—No puedo aceptar vuestro honor, dijo el caballero.—Y dirigiéndose á su sobrino, añadió:—Apresuraos á vestir el arnés, y tened pronta vuestra gente para partir de aquí á una hora.

—¿Pues qué hay de nuevo? preguntó Montesino.

—Ciudad-Real está sitiada por el maestro de Calatrava, y la reina me manda acudir al socorro de los suyos con las gentes del marqués de Astorga.

—¡Partir otra vez! murmuró la hermosa menina, dejando caer los brazos con muestras de abatimiento.

—Con que no os detengais, sobrino, continuó D. Luis. Pensad que vamos á pelear en defensa de vuestro padre.

Pulgar, como si un vigoroso resorte hubiese impulsado sus miembros al oír estas palabras, se apresuró á despedirse de sus amigos, y salió con la rapidez del rayo.

—¿Es muy grave lo que sucede señor D. Luis? preguntó Montesino al capitán.

—Bajo el aspecto de la guerra no mucho, contestó D. Luis; pero temo que lleguemos tarde para impedir otros males. Si es cierto lo que me han dicho, el buen Rodrigo del Pulgar está gravemente herido.

—¡Ah! ¡Qué desgracia!

—Sí; es una desgracia, pero también una gloria mas para su familia; pues el valiente anciano ha logrado poner á raya al enemigo. Por eso vamos á impedir que no sean perdidos sus esfuerzos.—¡Quedad con Dios!

—¡Él os acompañe y os proteja!

Montesino apretó la mano de D. Luis, quien, habiendo saludado á las damas, salió del aposento.

Una hora despues la puerta de este se hallaba entreabierta, y junto á ella se veía una ligera sombra. Sonó en la galería el ruido seco de unas espuelas, y el que lo producía un caballero armado al andar. La sombra se deslizó pegada al muro, y al emparejar con ella el caballero, le salió al encuentro. Al mismo tiempo se oyó una voz de niña, que decía:

—¡Pulgar, adios!

—¡Vos aquí! exclamó sorprendido el jóven inclinándose hácia su protegida.

—Sí, porque os vais.

—¡Adios, hermoso ángel! repuso Pulgar. Adios y rogad por mí.

Dicho esto, se inclinó y la besó en la frente, alejándose conmovido.

La niña se quedó llorando.

CAPITULO III.

Dios, Patria y Rey.

QUINCE días despues de las escenas que dejamos referidas, los campos de Ciudad-Real estaban sembrados de los despojos de una reñida batalla. Véanse allí hacinados cadáveres de hombres y caballos, junto á otros que aun luchaban con la muerte; y sobre la yerba pisoteada y roida por las bestias, habia dispersos y en desórden trozos de armaduras, cascos, cimaras, mantos de Calatrava y armas rotas.

Era cerca de anochecer, y la luz del crepúsculo aparecia turbia en el Occidente, como si una densa niebla la oscureciese: los cuervos aleteaban graznando alrededor del campo, se dejaban caer sobre el, y no podian luego remontar el vuelo, bartos de carnicería. Todo el contorno presentaba el aspecto de la devastacion: las aves no tenian una rama en que posarse, ni los insectos una hoja tierna para su alimento.

Las puertas de la ciudad estaban cerradas y guardadas por mujeres y ancianos, y en las murallas aparecia multitud de gente, que miraba con interés hácia el ocaso. En un ángulo

avanzado tremolaba el pendon castellano, y bajo sus ondulantes pliegues se veía una camilla rodeada por algunos hombres de armas. En aquella camilla reposaba un anciano septuagenario, cuya faz, abatida por los padecimientos físicos, recobraba de tiempo en tiempo destellos de animacion y vigor. Asistíale un médico y un sacerdote, aunque el primero había ya renunciado á la eficacia de su ciencia.

Lleguémonos á este grupo, y reconoceremos á un antiguo amigo.

—No veo bien, decia el anciano: levantadme mas para que pueda descubrir á lo léjos el campo: ¿hay una niebla en el aire, ó está en mis ojos?

—Tampoco nosotros vemos nada, dijo el sacerdote; y convendria que nos retirásemos.

—¿Temeis que me muera? ¡Oh! No hayais cuidado: todavía tengo fuerzas, y Dios querrá que las conserve hasta ver á mi Hernando volver triunfante.—¿Oís? Ya suena la trompetería: ya vuelven.

El médico meneó la cabeza en señal de desaprobacion.

—Qué, ¿lo dudais? repuso el anciano. Callad y vereis que Rodrigo del Pulgar no miente.

Todos los circunstantes guardaron profundo silencio, fijando las miradas en el ocaso. Á poco se percibió, con efecto, el vibrante sonido de las trompetas, que tocaban una antigua marcha de triunfo.

En seguida se levantó una inmensa gritería en las murallas, aclamando á Castilla y á la reina. Las gentes de D. Luis Osorio y las que habían defendido á la ciudad, aparecieron á lo lejos envueltas en una nube de polvo. Regresaban de perseguir á los sitiadores, á quienes habían vencido.

—Ya puedo morir tranquilo, dijo Rodrigo del Pulgar. Amigos míos, conducidme á mi morada.

Los hombres que le rodeaban se apresuraron á satisfacer su deseo. Entre tanto seguían avanzando las huestes vencedoras: las campanas de la ciudad saludaban su llegada, y el viejo Pulgar, depositado ya en su lecho de muerte, se sonreía con placer inefable.

—Dadme, dadme, decia, un crucifijo, llave del cielo, esperanza del pecador.....

El sacerdote se lo presentó. Rodrigo lo besó fervorosamente, y permaneció largo rato abrazado con él.

—¿No ha llegado todavía mi hijo? preguntó luego. Avisadle para que venga á despedirme.

Habia en la estancia multitud de personas, que, mudas de asombro, presenciaban la muerte de aquel hombre, abismándoseles su tranquilidad de espíritu y la lucidez de sus ideas.

Despues de una larga pausa, durante la cual solo se oia dentro de la habitacion el murmullo del anciano que rezaba, se le vió incorporarse, y mirar con cuidado á su alrededor.

—¿Os falta algo? le preguntó el médico.

—Sí, dijo Rodrigo. Quisiera que cubriesen mi lecho con el pendon real de Castilla.

Uno de los circunstantes se apresuró á salir, para traer el objeto deseado por el moribundo.

Á este tiempo se oyeron los gritos del pueblo alborozado, y el sonido de los instrumentos marciales, que cruzaban las calles de la ciudad.

Poco despues cesó el belicoso estruendo, y entraron en la habitacion del anciano Pulgar su hijo, D. Luis Osorio y otros caballeros.

—¡Ven, hijo mio, ven! exclamó Rodrigo reconociéndole. ¡Qué hermoso estás así, cubierto con el polvo de la victoria!

Hernando se acercó á su padre con el corazon oprimido y sin poder hablar.

—Dame tu mano, y escúchame atento. Hernando mio, continuó el moribundo. Mi vida se acaba; pero soy muy dichoso. ¡Dios me espera!

El jóven no pudo reprimir los sollozos.

—¿Qué es eso? ¿Lloras? ¡Será cosa de ver un Pulgar llorando!

El jóven cayó de rodillas junto al lecho, estrechando entre las suyas la mano yerta de su padre.

—Eso sí, dijo éste: ruega á Dios por mí, la oracion es el

rocío del consuelo, y el incienso del alma... Hernando; no te aflijas por mí... Soy muy dichoso, te he dicho, pues muero como mi padre y mi abuelo... Á mis años no podia esperar tanta fortuna.

El moribundo hizo una pausa, y luego continuó:

—No te encargo mas, Hernando mio, sino que seas como ellos. Ama á Dios y á tu prójimo, hasta morir por ellos: sé fiel á tu patria: obedece siempre á tus reyes.—¡Adios, hijo mio! ¡Yo te doy mi bendicion!

Hernando besó la mano de su padre, el cual añadió:

—¡Ahora retírate: déjame solo con Dios!

Sonaron en un ángulo de la estancia unos ahogados sollozos. Hernando se levantó, y dirigiéndose hácia aquel lado, dijo á su escudero que allí estaba arrimado á la pared:

—Ven, Tristan; ¡Salgamos de aquí!

Y llevándole á una pieza inmediata, le abrazó estrechamente. Las lágrimas corrian por sus tostadas mejillas.

Un cuarto de hora despues Rodrigo del Pulgar habia dejado de existir. Sus lábios estaban unidos á los piés del crucifijo, y con la mano izquierda oprimia sobre su corazon una punta del estandarte de Castilla.

Su muerte fué envidiada.



CAPITULO IV.

Que trata de unos amores y de otras cosas de mas peso.



EN una estrecha calle de Valladolid, al lado del oratorio del Val, y á espaldas de este santuario, se elevaba una casa de dos cuerpos, cuya ancha portada de género bizantino denunciaba una antigüedad de tres siglos. Entrando en ella se encontraba un espacioso vestíbulo abovedado, al fin del cual habia un gran patio con galerías altas, sostenidas por enormes pilas-tras, que terminaban en diformes capiteles de roble, toscamente tallados, figurando mónstruos, guerreros, y objetos de montería. El pavimento de este patio, hecho á manera de arrecife, estaba poblado de menuda y espesa yerba: sobre él, y enfrente de una gran escalera, abierta en uno de los lienzos laterales, habia fijos una horca y un tajo, y cerca de este, pendiente de la pared, una mohosa cuchilla ó machete, signos todos de que el dueño de aquella casa gozaba de jurisdiccion criminal, ó á lo menos de que en aquel recinto privilegiado se hacía justicia con independencia de la autoridad real y de cualquiera otra. Varias puertas situadas en el vestíbulo y en el patio daban comunicacion á las

habitaciones del piso bajo, en las cuales, aunque húmedas por haber estado cerradas mucho tiempo, se albergaban á la sazón multitud de soldados y caballos.

Subiendo al piso superior se encontraban pasadizos angostos, puertas, la mayor parte muy bajas, y aposentos inmensos, que, despojados de los tapices y voluminosos muebles, con que en aquel tiempo se adornaban las casas, habrían dado frío y pavor al que entrase en ellos.

Era una tarde del mes de junio: en una vasta sala del edificio que hemos procurado describir, amueblada sin lujo, aunque sí con severidad antigua, estaban sentadas dos damas, la una jóven y hermosa, la otra bastante entrada en años, pero que aun conservaba rasgos de belleza. Para no ser prolijos, diremos desde luego que la jóven se llamaba doña Juana de la Cerda, era hermana del conde de Medinaceli, y esposa del ínclito caballero D. Álvaro de Mendoza y Guzman, señor de Castrojeriz, dueño de la casa y uno de los capitanes que mas gloria habían ganado en la memorable batalla de Toro. La otra dama era doña Inés de Sandoval, hermana del comendador D. Pedro Diaz de Sandoval, y esposa de D. Alfonso de Solís, caballeros ambos de alto renombre, que habían abrazado el partido de la Beltraneja. Debemos advertir, de paso, que el comendador era cuñado de D. Álvaro, y por consiguiente, aunque su hermana doña Inés no tenía vínculos de parentesco con el señor de Castrojeriz, mediaban entre ambos las relaciones de familia mas cercanas.

—Siento en el alma, decía doña Inés, que por quedaros acompañándome, os hayais privado de asistir al torneo, y mucho mas cuando vuestro marido es uno de los mantenedores. Afortunadamente, la reina preside la fiesta, que se celebra en honor suyo, y no es posible que ningun caballero se desmande en su presencia, ni que ocurran lances desagradables; pero, no obstante, debo estaros muy agradecida, pues una dama de vuestra clase y hermosura es siempre uno de los mejores adornos del palenque, y se sacrifica faltando en él.

—Os confieso que habría tenido mucho gusto en presenciar

la lid, contestó doña Juana. Sin embargo, me he privado de ir, por no agravar el natural sentimiento de vuestra hija: ella tambien es jóven, mucho mas jóven que yo; sabeis que presidió el último torneo en las pasadas fiestas de Segovia, y que tendria un interés poderoso en asistir al que se está celebrando, pues toma parte en él nuestro primo Ramiro. Y no pudiendo ella concurrir á esa diversion, ¿no hubiera sido una refinada crueldad el ir yo y dejarla aquí?

—¡Oh! no; porque mi Estrella no es envidiosa.

—Pero es sensible.

—Eso sí, mucho: ¡si supiérais cuánto padece por causa de su padre! Ella, que hace dos años era tan querida de la reina Isabel...-Perdonad: la costumbre me ha hecho hablar como si hubiese dos reinas.-Ella, digo, que compartia el afecto de nuestra soberana con la marquesa de Moya y Mencía de la Torre; que era obsequiada por los primeros jóvenes de la corte, y que, á la verdad, no podia ser indiferente á las respetuosas atenciones de alguno que conoceis, sufre necesariamente, al verse alejada de tan caras afecciones por el rigor de los partidos. ¡Ah! si vuestro esposo lograse conciliar al mio y á mi hermano con la reina, ¡cuánto se lo agradecería!

—Mi marido, repuso doña Juana; piensa en eso desde que vinisteis de Oviedo, y yo no pierdo ocasion de recordárselo. Ahora está en tratos con el rey de Portugal para el rescate del conde de Penamazon, que cautivó en Toro, y que no quiere entregar, como no se le dé en cambio el conde de Benavente, que se halla en poder de los portugueses; y esto le distrae de todo.

—Lo sé; ¡qué bella accion! Los reyes se lo agradecerán mucho, y el de Benavente no deberá olvidar nunca que el señor de Castrojeriz ha despreciado, por rescatarle, las mas brillantes proposiciones del rey Alfonso. Esto mismo me hace esperar que vuestro marido alcanzará de la reina cuanto quiera.

—Yo tambien lo espero; y sin embargo, tengo para mí que vuestro hermano el comendador ha de ser el principal obstáculo á esa reconciliacion: es hombre duro, y de ánimo indomable.

—Teneis razon, señora, repuso Doña Inés de Sandoval. Don Pedro no abandonará fácilmente el partido que una vez ha abrazado. ¿Á qué negarlo? Seria menester que estuviese muy seguro de que no habia de padecer por ello su honra. Pero, ¿qué otra cosa debe apetecer el señor de Castrojeriz? El honor de su cuñado, ¿no es el de su familia? ¡Oh! Parece que el corazon me anunciaba lo que hoy está pasando; el dia que mi hermano se presentó en Oviedo con su hija Elvira, siempre reprobé que él y mi marido tomasen las armas contra la reina. Por esto he venido á Valladolid, y soy capaz de entregarme con Elvira y Estrella en manos de nuestra soberana, para hacer fuerza al comendador y á mi esposo.

—No habrá necesidad de eso. Ramiro, como primo de don Alvaro y tio de Elvira, se encargará de atraer á vuestro hermano á una fácil avenencia.

Mientras así hablaban estas dos damas, las jóvenes doña Estrella de Solís y doña Elvira de Sandoval, citadas en su conversacion, estaban asomadas á una ventana de la misma sala con vistas hácia el campo, distraidas en oir el ruido del torneo, ya que les era imposible verlo. El palenque se habia levantado entre el rio Pisuerga y las murallas de Valladolid, á espaldas del monasterio de San Benito, en el parage hoy llamado paseo de las Moreras. Mediaban, por lo tanto, entre él y la casa de D. Alvaro de Mendoza, un ala del convento y la muralla, pero Elvira y Estrella oian distintamente el murmullo del gentío, el toque de los clarines, los aplausos y vítores que se daban de tiempo en tiempo, y hasta los nombres de los paladines.

Estrella de Solís, prima de Elvira de Sandoval, era una joven de estremada hermosura, que contaba veintiun años: educada en la corte de Enrique IV, aunque virtuosa y modesta, habia contraido hábitos de coquetería: muchos caballeros se habian disputado sus favores, que ella, sin embargo, no prodigaba sino de un modo frívolo, reservándose su corazon. Elvira, por el contrario, habia vivido en el aislamiento, acostumbrándose desde muy niña á no recibir otro culto que el de la sumision y el res-

peto: huérfana de madre, se consideraba como la señora de su casa, y á los diez y seis años era una muger formal, con toda la gravedad de una persona mayor. Sus primeros años los pasó en un castillo de su padre cerca de Baena, rodeada de servidores reverentes, y entregada á la direccion de los quehaceres domésticos; sin tener otras distracciones que la equitacion, la caza y el espectáculo de la naturaleza. Este género de vida influyó de un modo decisivo en la formacion de su carácter sério, reflexivo, y aunque vivaz, propenso á la veneracion. Cuando por primera vez sintió las emociones del amor, consideró este sentimiento nuevo como una solemne transformacion de su espíritu, y se creyó obligada para siempre á conservarlo puro: para ella, todo afecto noble tenia algo de divino, y su amor, tal como lo concebía, era sagrado, era un precepto del cielo, no menos digno de culto que la amistad y el cariño filial.

Ambas jóvenes tenían rasgos de semejanza física, y casi no se observaba en ellas la diferencia de edades; pues Elvira, por efecto de sus ejercicios campestres, había adquirido un desarrollo prematuro: ambas eran blancas, de ojos y cabello negros: ambas se distinguían por la vivacidad de la mirada y el aire imperativo de sus facciones un tanto aguileñas. Diferenciábanse, sin embargo, en sus caracteres é inclinaciones, y esto daba á sus fisonomías un marcado tinte de singularidad. Estrella representaba el espíritu independiente y ligero: Elvira la voluntad firme y constante: la primera se burlaba de todo; la segunda veía motivos de serias reflexiones en los objetos mas triviales.

—¿Has oído, prima? decía Estrella, empuñándose y apoyando las manos en el antepecho de la ventana. Victorean á Ramiro de Guzman. Hace año y medio que le ceñí una banda en Segovia; pero nadie le conoció mas que yo. Estaba celoso de mí, y se presentó encubierto á disputar el premio á Fadrique Henriquez. pequeño mérito, en verdad; pues Fadrique era entonces un niño.

—Pero, un niño, á quien tú preferirías, contestó Elvira; porque al cabo es mas rico y poderoso que el señor de Toral.

—Si he de hablarte en verdad, me eran indiferentes el uno y el otro. Me gustaba Fadrique por sus riquísimos arreos y por-

que viste muy bien; y tambien me agradaba el primo de tu madre por su arrogancia y gallarda apostura.

—¿Oyes?—¡Toral! ¡Toral! gritan. No hay duda que él gana esta tarde, como la otra vez. Si tiene por contrario al hijo del almirante, van luego á romperse la cabeza los dos.

—No quiera Dios que tal cosa suceda, repuso Elvira. Si algun dia llegasen á las manos, y ocurriese una desgracia, serias tú en parte responsable ante Dios.

—¿Yo? ¿Á qué son nécios? ¿Crees acaso que, cuando riñen dos caballeros, mediando una dama, lo hacen por ella? ¡Bah! Todo es efecto de su vanidad. Yo me rio de esas disputas.

—Si no te conociese, prima, al oírte hablar así, creeria que tienes mal corazon. ¿Es posible que no te inspire interés ninguno el hombre que te ama, y que por tí daría su vida, cuando la espone por parecer bien á tus ojos? ¡Oh! sin duda no has comprendido cuanto hay de abnegacion y de generosidad en el cariño de Ramiro: yo, que soy su confidenta, quizás porque conmigo puede hablar sin el respeto que tú le infundes, sé lo que valen esos arrebatos de celos, ese exclusivismo ciego, que tachas como nacido de la vanidad.

—No te negaré que Ramiro me quiere bien: lo mismo que Fadrique. Y ahí tienes la razon de mi indiferencia. No puedo contentar á ninguno de ellos, sin disgustar al otro, y por lo mismo los dejo iguales. Además, prima, no estamos en tiempo de pensar en amores: otras cosas mas graves deben ocupar nuestro pensamiento.

—¡Ay! bien lo sé, querida Estrella; y no creas que olvido un instante á nuestros padres. Si tanto me intereso por el amor de Ramiro, es en parte, porque ese amor puede contribuir mucho al logro de nuestros deseos.

—Y porque Ramiro te recuerda cierta aventura que te ocurrió en Asturias, cuando ibas á nuestra casa. ¿No es verdad? Confíesalo, picarilla.

Elvira se puso encendida, y aunque llena de confusion, contestó:

—No sé que te haya dado motivo para pensar mal de mi

gratitud hácia el jóven Pulgar. ¿Acaso no la merece? ¿No sabes por Ramiro que á él debe mi padre la vida?

—¿Quién lo niega? Vé ahí una cosa estraña. Yo quiero á Pulgar, sin conocerle, por lo que hizo contigo, por su hazaña con Ramiro y por la generosidad con que salvó á tu padre.—Cuidado que no vayas á tomar celos.

—¡Yo celos!

—Pues, celos. Pero no perdono á ese jóven el que teniendo en su poder á tu padre, no le haya traído prisionero á Valladolid. Con eso estaríamos ahora mismo en un balcon del pallenque, y nuestras familias gozarian del favor de la reina.

—¿Quién sabe! Yo de todos modos admiro la conducta de Pulgar, que pudiendo ganar gloria y prez con la sumision de un caballero como mi padre, le acompañó hasta sacarle fuera del peligro, y le dejó ir libre, salvando su honra.

—¡Escucha, Elvira, escucha! exclamó Estrella. ¡Qué ruidosos aplausos! ¿Quién será el afortunado caballero?

—Parece que dicen el desconocido, repuso Elvira escuchando.

—Sí, eso dicen. ¡Quién estuviera allí! ¡Me gusta tanto que haya desconocidos!—Oye los clarines. Ahora le van á dar el premio..... Ya se retira el vencedor..... ¡Cuánto le aplauden!

—¿Qué tropa es aquella que por allí viene? Parece gente de justicia, dijo Elvira, señalando á una patrulla, que pasaba hácia la plaza de San Miguel.

—Deben de ser, dijo Estrella, de esas tropas que ha mandado levantar la reina para mantener el órden, y perseguir á los criminales.

—¡Ah! ¡de la Santa Hermandad!

—Sí.—Pero escucha: ya se ha concluido el torneo. La música suena y se acerca. Ocultémonos un poco, y desde aquí podremos ver pasar á los reyes y á toda la comitiva.

No bien habia pronunciado Estrella estas palabras, cuando llamó su atencion un caballero que, doblando la esquina del monasterio, se dirigió hácia donde estaban las jóvenes, gallardeándose en su caballo: traia en la punta de la lanza dos sortijas, de las cuales pendian flotando dos cintas de seda de dife-

rentes colores. Aunque llevaba echada la celada, Estrella le reconoció al momento.

—¡Ah! exclamó. Allí viene Ramiro; le conozco en el penacho blanco y rojo.

—Y viene solo, dijo Elvira: sin duda se ha adelantado para saludarte.

Con efecto, el caballero llegó hasta el pié de la ventana, se descubrió el rostro, hizo que se arrodillase su caballo y levantándose en los estribos, presentó á su dama en la punta de la lanza las sortijas que habia ganado en el torneo. Estrella las tomó y dió una de ellas á su prima: el caballero saludó y volvió grupa, corriendo á incorporarse con la régia comitiva.

En aquel momento, y mientras Elvira, con la sortija en la mano, saludaba al caballero, apareció por el otro lado del monasterio un nuevo campeón, cubierto de negra armadura y seguido de un escudero. Traia calada la visera y ceñido el yelmo con una diadema de laurel y siemprevivas.

—¡El desconocido! ¡El desconocido! exclamó Estrella.

Y avanzó el cuerpo para mirar al caballero, mientras Elvira volvía la cabeza permaneciendo en su puesto, con la mano en que tenia la sortija fuera de la ventana.

El desconocido parecia fijar la vista en ella, y á juzgar por el abandono con que guiaba su caballo, podia inferirse que sufría una profunda distraccion. De pronto, al emparejar con las jóvenes, se llevó la mano al casco, tomó la diadema de laurel y siemprevivas, que acababa de ganar en buena lid, mereciendo el aplauso público, y la hizo pedazos, arrojando al suelo sus hojas y flores.—En seguida metió espuelas al caballo con vivas muestras de rabia, y partió á escape.

—¿Has visto, Estrella? preguntó Elvira á su prima, llena de admiracion. ¡Qué lance mas extraño! ¿Quién será ese caballero?

—En verdad que ha sido raro el suceso, contestó Estrella, encogiéndose de hombros. Ese caballero no puede ser Fadrique Henriquez, porque es mas alto, y porque además he visto antes pasar al hijo del almirante con un séquito de escuderos y pajes muy fastuoso.

Elvira no replicó; pero se quedó pensativa.

Las dos jóvenes permanecieron un rato en la ventana, viendo pasar á lo léjos multitud de caballeros y damas, armados ellos, vestidas ellas con magnificencia: luego vieron á los reyes con su corte que se retiraban á palacio, mientras el gentío de espectadores se dispersaba en varias direcciones, regresando á sus hogares.

Antes de pasar adentro, dijo Elvira á su prima:

—No hables de esa aventura singular que hemos presenciado.

—¿Por qué? preguntó la caprichosa Estrella.

—No hables de ello, te suplico. Deja que antes pueda yo departir á solas con Ramiro.

Las dos primas entraron en la sala, donde aun permanecian en conversacion la señora de la casa y doña Inés de Sandoval.

Era ya casi anohecido, y las damas aguardaban con impaciencia la vuelta de D. Álvaro de Mendoza y de su sobrino Ramiro de Guzman, para que les contasen los lances del torneo. El ruido de los caballos que entraban en el patio de la casa, anunció al cabo la llegada de los dos caballeros, y Elvira y Estrella salieron á la escalera para recibirles y darles la enhorabuena, suponiéndoles vencedores.

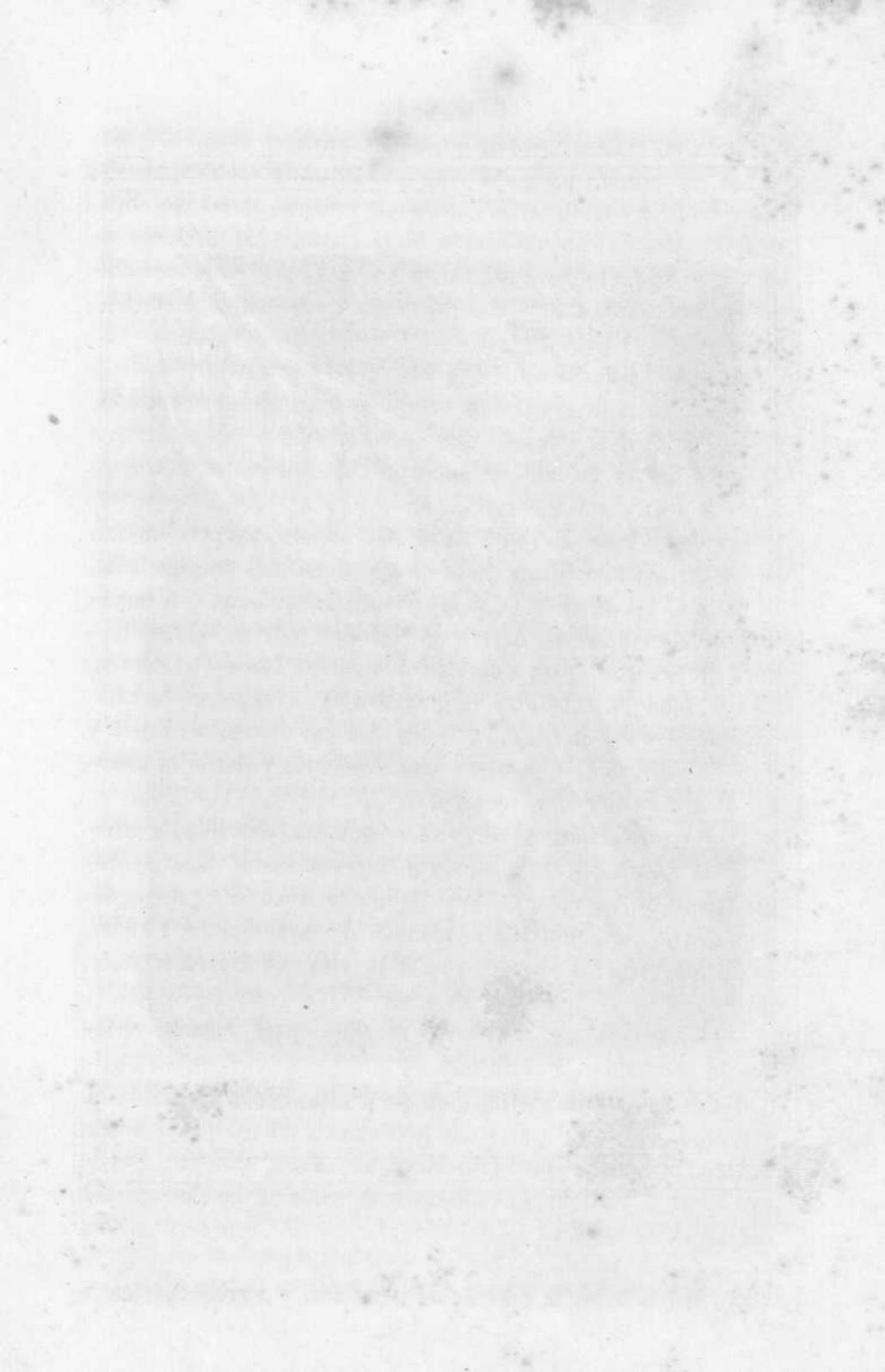
Don Álvaro era un caballero rudo, que mas entendia de achaques de guerra que de costumbres cortesanias: sin embargo, tenia treinta y seis años, es decir, que estaba en edad de agradar todavia, y se preciaba de galante. Apenas echó pié á tierra, se dirigió hácia las jóvenes, y saludándolas con áspera cortesía, les dijo:

—Afortunado soy, mis lindas rebeldes, pues alcanzo el favor de que salgais á recibirme.

Iba á contestarle Elvira, pues su prima estaba distraida en ver llegar á Ramiro y al conde portugués cautivo, que le acompañaba, cuando le cortó la palabra un súbito alboroto, que se oyó hácia el vestíbulo, al mismo tiempo que un hombre gritaba con azoradas voces:

—¡Asilo! ¡Asilo!

Volvieron todos la cabeza sorprendidos, y vieron aparecer á





No escaparás á mi furor, aunque te ampare Satanás.

un judío, que huyendo, vino á refugiarse á los piés de D. Álvaro. Inmediatamente detrás se presentó un jóven caballero, vestido aun con las armas del torneo, trayendo, en vez del casco, un sombrero con plumas, y en la mano una fusta: el cual, en la ceguedad de su ira, no reparó en presencia de quien se hallaba, y atropellando por todo, corrió hácia el mísero fugitivo, diciendo:

—No escaparás á mi furor, aunque te ampare Satanás.

Y levantando el brazo descargó un golpe con la fusta en el rostro del judío.

—¡Ved dónde estais, D. Fadrique! gritó D. Álvaro, deteniendo en el aire el brazo del jóven, que intentaba repetir el castigo.

Don Fadrique alzó entonces la cabeza, y á la escasa luz crepuscular que penetraba en la escalera, reconoció á Estrella de Solís.

La presencia de esta hermosa jóven, estando Ramiro cerca de ella, solo sirvió para inflamar la cólera del insolente mozo. El orgullo le inspiró al momento la idea de humillar á su rival delante de la dama, prevaleándose de su elevada clase, para exigir la entrega del hombre que se habia acogido al asilo de D. Álvaro. Tal vez creyó vergonzoso el retirarse, sin oponer antes el peso de su dignidad y de su valor: tal vez, y es lo mas probable, incitado por el aguijon venenoso de los celos, obedeció, sin reflexionar, al impulso de la ira y la soberbia, que tumultuosas bramaban dentro de su pecho.

—¿Qué me importa ver dónde estoy? contestó, repeliendo á D. Álvaro. Una persona de mi calidad no necesita de vuestro permiso para usar de su derecho.

—¡Es que nadie, ni el rey, tiene derecho á violar el asilo de mi casa! replicó D. Álvaro con entereza. Retiraos, pues, y no trateis de conseguir lo imposible.

—Para mí no hay imposibles. Sígueme, judío.

El judío echó á temblar, y se acurrucó á los piés de las damas. Don Álvaro se puso delante de él, y acariciando la guardación de la espada, repuso:

—No os canseis, D. Fadrique, porque nadie implora en vano

el asilo de la casa de Castrojeriz. No conozco á este judío, ignoro por qué le perseguís, pero os advierto que no saldrá de aquí por la fuerza.

—¡Lo veremos!

—¡Veámoslo, pues!

Los dos nobles desenvainaron á un tiempo las espadas. Ramiro y el conde portugués se pusieron al lado de D. Álvaro, y multitud de servidores de éste aprestaron las armas para defender su derecho. Á este tiempo habian entrado en el patio unos treinta hombres del séquito de D. Fadrique. Iba, pues, á trabarse una de aquellas luchas, tan frecuentes entre los miembros de la aristocrácia, que muchas veces habian ensangrentado las calles por motivos menos importantes que la libertad de un hombre.

Ramiro, ya fuese por evitar una efusion inútil de sangre, ya por impedir que su tío se malquistase con una familia que tenia un parentesco tan cercano con el rey, quiso mediar, diciendo:

—Señores, no está bien que caballeros de nuestra stirpe vengan á las manos por cosas de poca monta. Este hombre se halla bajo la jurisdiccion de Castrojeriz; segun ella será juzgado, y si ha delinquido contra el señor de Henriquez, no quedará impune.

—¿Y quién os mete á vos á personero en este pleito? dijo Fadrique con tono desdeñoso.

—¡Eh! ¡Basta de palabras! prorumpió D. Álvaro. ¡Salid de mi casa!

Don Fadrique, por toda contestacion, apellidó á los suyos, y se puso en guardia. En seguida cien espadas salieron de la vaina y se cruzaron con estrépito: las damas huyeron asustadas gritando, y el judío, léjos de aprovechar la ocasion para escaparse, bajó arrastrando la escalera, y se ocultó detrás de una puerta de las habitaciones inferiores. Entre tanto seguia la lucha casi á oscuras, pues habia cerrado la noche, y los combatientes, mezclados y confundidos, necesitaban gritar continuamente para conocerse, nombrando cada cual al gefe de su respectivo bando: era con esto infernal el estruendo, sin que en

realidad fuese grande el daño, pues dándose los golpes á la ventura, y estando armados casi todos los combatientes, solo resultaron muchos contusos y algunas orejas cortadas.

Sin embargo, el tumulto puso en alarma á la vecindad: de pronto aparecieron en el ancho vestíbulo varios hombres con teas encendidas, con lo que se iluminó la escena, brillaron á su luz varias partesanas y arcabuces, y se oyó una voz estentórea que gritaba:

—¡Ténganse todos á la Santa Hermandad!

La lucha se suspendió por un momento.

—¿Qué es esto? dijo D. Álvaro: ¿quién ha facultado á la Hermandad para invadir mi jurisdiccion?

El que habia invocado la institucion popular se adelantó, y saludó cortesmente al señor de Castrojeriz.

—La han facultado, contestó, la reina y las Cortes del reino.

—Yo no reconozco en nadie poder para violar mi fuero, repuso el señor de Castrojeriz. Dentro de estos muros soy señor absoluto, y mando yo solo, así como la Hermandad puede ejercer su jurisdiccion en despoblado.

—Además, dijo Ramiro terciando en el debate: no puede ser este caso de Hermandad, pues aquí solo se trata de una diversion, de un asalto de armas.

El cuadrillero, que era un veterano muy versado en materia de lides, miró al jóven noble sonriéndose, y repuso:

—No dudo de vuestra palabra, señor caballero: sin embargo, me concedereis que es peligroso ocuparse á oscuras en estos nobles ejercicios; y confio en la bondad de todos vosotros, que me hareis el obsequio de suspender vuestro entretenimiento para cuando sea dia claro. Este es mi parecer, y creo que os conformareis con él para no incurrir en el desagrado de S. A. la reina nuestra señora.

Los agentes de la Hermandad habian ido cercando poco á poco á los combatientes, de modo que si alguno se moviese podia ser preso en el acto.

Uno de los servidores íntimos de D. Fadrique habló á éste al oido, y le dijo:

—Retirémonos, señor: no provoquemos la justicia de la reina.

—Aparta, contestó en alta voz el impetuoso jóven. Yo no saldré de aquí sin haber logrado antes mi deseo.—Y esgrimindo la espada, gritó:—¡Ah de los míos!

Algunos intentaron acometer; pero al punto se vieron desarmados por los soldados de la Hermandad. El cuadrillero acabó de comprender la situación, y acercándose á D. Fadrique, le dijo muy quedo, despues de hacer una profunda reverencia:

—No habia reparado que estuviese aquí vuestra señoría, pues de lo contrario antes os habria comunicado una órden que tengo de la reina.

Y buscando entre varios papeles, que sacó de una cartera de cuero, presentó al jóven uno, que, leído por éste en voz baja, decía así:

«El muy ilustre caballero á quien será comunicada esta órden, se presentará inmediatamente en palacio.—*Yo la Reina.*»

—¿Pero es para mí esto? preguntó el jóven.

—No lo dudeis; y debo advertiros que es urgente, contestó el cuadrillero.

Don Fadrique meneó la cabeza con aire de disgusto, y envainando la espada, dijo á D. Álvaro:

—Un deber superior á todo me obliga á retirarme en este momento; pero nuestra partida queda aplazada.

—Id tranquilo: yo os prometo continuarla, y si me la ganais entregaros la puesta.

El jóven salió orgulloso á la cabeza de su gente, y luego que se hubo perdido en la calle el rumor de sus pasos, el cuadrillero se acercó á D. Álvaro, y le dijo en voz baja:

—Deseo hablaros á solas, pues con este objeto he venido.

El caballero le condujo á un extremo del patio y le invitó á que hablase.

—Nuestra señora la reina, continuó el cuadrillero, me ha mandado entregaros esta órden, que no he creido prudente daros en presencia de D. Fadrique, por si acaso es reservada.

Don Álvaro tomó la órden y la guardó. El cuadrillero se despidió en seguida con mucha ceremonia, y todo volvió á su estado de calma habitual.

En aquel momento el judío asomó la cabeza con precaucion, para convencerse de la ausencia de su enemigo. Don Álvaro, que no le habia olvidado, miraba á todas partes, preguntando por él.

—Aquí estoy, señor, dijo el desventurado, saliendo de su escondite: no me desampareis.

—¡Ah! exclamó el caballero: tenia que te hubieses huido, porque soy responsable de tí. Ven, sígueme.

Y subiendo la escalera, le condujo á su aposento particular, y se encerró con él.

Entre tanto Ramiro y el conde de Penamazon pasaban á la estancia de las damas, y despues de tranquilizarlas, conversaron con ellas sobre los lances del torneo. El cautivo portugués no hallaba palabras para encarecer la valentía y destreza de los caballeros castellanos: hizo un elogio ampuloso del señor de Castrojeriz y de su sobrino Ramiro, y dió lugar á que éste dijese:

—Todos hemos cumplido con nuestro deber, y no por ello merecemos particular alabanza. Si hemos de ser justos, esto solo es debido al caballero incógnito, que á última hora se presentó en el palenque.

—¡Oh! Sí; es una fuerte lanza, repuso el portugués: vale tanto como el mejor campeón de mi tierra.

—¿Y no se sabe quién es ese caballero? preguntó Elvira de Sandoval.

—No se sabe, contestó Ramiro. Sin embargo, de cuantas lanzas conozco, fuera de los caballeros que han tomado parte en la lid, solo Hernando del Pulgar puede hacer lo que ha hecho esta tarde el desconocido. Y presumo que es él, porque he sabido que acababa de llegar á Valladolid, y porque estando de luto por la muerte de su padre, esta circunstancia esplica su incógnito.

Elvira y Estrella se miraron con interés. No podian esplicarse la conducta estraña observada por el caballero laureado debajo de su ventana.

Ramiro continuó apoyando su sospecha con otras conjeturas, y elogiando el valor y las nobles prendas de Pulgar, á quien se

complacia en dar el nombre de amigo; y así continuó la conversacion, durante la cual, el señor de Castrojeriz, despues de haber hablado un rato á solas con el judío, volvió á salir de su aposento, y llamando á uno de sus hombres de armas, le dijo: —Tened á este hebreo bajo vuestra custodia, sin permitir que hable con nadie, ni que nadie le ofenda, y cuida de que se le dé cuanto haya menester.

En seguida salió de su casa con direccion al real palacio, haciendo que le acompañase una corta comitiva.



CAPÍTULO V.

De como D. Fadrique hizo propósito de enmienda.



Al establecer la reina la Santa Hermandad sobre las bases, hasta su tiempo desconocidas, de una mútua alianza entre el pueblo y la autoridad suprema, se habia propuesto dos objetos: el de garantizar la seguridad personal, reprimiendo los crímenes, y el de reducir á límites convenientes las prerogativas usurpadas por la aristocracia feudal. Esto último no se podia conseguir desde luego por medios violentos, á no ser ejerciendo un despotismo brutal ó una política traicionera como la de Luis XI; pero sin ello, en vano podia esperarse que prevaleciese la justicia sobre la fuerza. Doña Isabel tenia bastante talento para conocer el valor intrínseco de la nobleza castellana, y le sobraba corazon para llevar á cabo su árdua reforma por medio de la persuacion combinada con la firmeza: queria reedificar, sin destruir lo existente; arrancar de cuajo los vicios constitucionales de la sociedad que habia recibido; y aunque estaba resuelta á llevar adelante sus planes con energía, encontraba obstáculos que era menester salvar con prudencia.

Para evitar el choque entre el poder soberano del trono, y la soberanía parcial de hecho que venian ejerciendo los grandes, era preciso acostumbrar á éstos á la obediencia de una ley comun, al reconocimiento del bien general, como supremo regulador de los derechos y deberes humanos. Á este fin tendia la institucion de la Santa Hermandad, tribunal de justicia sostenido con la fuerza y ramificado sobre toda la faz del reino, ante cuyo fuero debia ceder toda jurisdiccion privilegiada, desapareciendo el derecho de asilo, de que se abusaba, amparando á los mayores criminales: siendo una la autoridad y una la justicia, todas las distinciones sociales quedaban sometidas á la clasificacion moral de los hombres en buenos y malos.

Claro es que semejante revolucion en los hábitos envejecidos de la edad media, por mas que fuese reconocida como buena en el seno de la conciencia íntima, debia de encontrar una vigorosa oposicion en los altivos señores, acostumbrados á obrar como otros tantos reyes absolutos en el circuito de sus dominios territoriales. Por lo mismo la reina comenzó á dominarlos, valiéndose de suavidad y artificio.

Los primeros cuadrilleros nombrados recibieron órdenes escritas y firmadas de la real mano, como las que hemos mencionado en el capítulo precedente. Por medio de ellas, los jefes de la fuerza monárquico-popular, evitando chocar con los personajes elevados, que cometian escesos, les obligaban políticamente á presentarse á la reina, siendo ellos mismos, sin saberlo, portadores de su acusacion. Este recurso ingenioso tenia la doble ventaja de inspirar la dignidad y el decoro debidos á personas llamadas á distinguirse por su ilustre cuna, y demostrarles á la vez que la corona, como el ojo de la Providencia, estaba presente en todas partes.

Acababa de retirarse doña Isabel á su camarín particular, con ánimo de hacer las oraciones que tenia siempre de costumbre despues de cenar, cuando se presentó la marquesa de Moya en la puerta, y permaneció allí un momento indecisa. La reina volvió la cabeza, y viendo á su amiga, la dijo:

—¿Qué ocurre, mi querida Beatriz?

—Señora, contestó la marquesa, acercándose: ahí está don Fadrique Henriquez, y dice que V. A. le ha mandado llamar.

—¡Ah! Sí: decidle que entre.

Retiróse la dama, y á poco entró en el camarín el hijo del almirante. La reina le esperó sentada, mirándole con particular atencion.

—Bien venido seais, primo, le dijo: ¿dónde habeis recibido mi órden?

—La he recibido en casa de D. Álvaro de Mendoza, contestó el jóven.

—¡En casa de D. Álvaro! Lo estraño mucho; pues nunca supe que fueseis amigo de ese caballero. ¿Qué haciais allí?

—¡Psé! Nada: repuso D. Fadrique encogiéndose de hombros. Me entretenia en un ejercicio de armas.

—Se os conoce; porque estais agitado. ¿Y no sabeis que tengo prohibidos los duelos, y que ayer fueron presos, por haber infringido la ley, los condes de Luna y de Valencia? ¿Os parece que vuestra calidad de sobrino de mi marido os faculta para quebrantar mis preceptos? Decidme, ¿qué motivos habeis tenido para reñir con D. Álvaro? Confesadme la verdad, en el concepto de que yo he de saberlo todo.

—La verdad es que D. Álvaro se ha negado á entregarme un judío que ha tomado asilo en su casa; y ese judío es un perro usurero que se atreve á insultarme, y á quien yo debo castigar.

—¿Hablais de Natham Haleví?

—¡Ah! ¿le conoceis?

—Sí, le conozco; y os prevengo que, si teneis de él queja, me la representeis, y os prometo castigarle como merezca. Pero volviendo á D. Álvaro, ¿le habriais vos entregado una persona que se hubiese acogido á vuestro amparo? ¿Creeis que tuviese él derecho para arrebatarosla por la fuerza?

—Creo, señora que hay grande distancia de mí á D. Álvaro de Mendoza, y que, si no por cortesía, por consideracion á quien soy, debió proceder con mas acatamiento, y poner en mis manos á ese miserable Natham.

—Don Fadrique, repuso la reina con gravedad: no hay de hombre á hombre mas distancia que la que establecen sus acciones. ¿Os parece que, delante de Dios, cuando llegue la hora del tremendo juicio, habrá una justicia para los grandes de la tierra y otra para los pequeños? Pues bien, los reyes somos vicarios de Dios en este mundo, y á nuestros ojos deben desaparecer las categorías de los hombres, quedando solo en pié, para juzgarlos, sus virtudes y sus vicios. Sois un jóven á quien amo, D. Fadrique, y por lo mismo deseo corregiros de vuestros defectos para elevaros algun dia, sin escrúpulo, al puesto á que sois llamado por vuestra cuna: y sabed que las faltas que cometais no serán borradas de mi memoria, pues el hallaros tan cerca del trono, léjos de atenuarlas, por el contrario, las agrava. Esta es la diferencia que hay entre vos y el señor de Castrojeriz, que, por ser vos mi pariente, al cometer ambos un mismo delito, si él es culpable como uno, vos lo sois como diez.

—Dura estais conmigo.

—No, estoy justa.

—De modo, señora, que mi condicion es peor que la del último vasallo.

—¡Por qué! ¿Acaso humilla al hombre la virtud? ¿ó habeis creido que la grandeza humana consiste en poder hollar todo precepto? Cumplid vuestros deberes; sed el primer mantenedor de la ley, como sois el primero en nobleza, y tendreis derecho á ser respetado. En la escala del deber, sabedlo, yo por mi posicion, soy la última esclava: el que mas acate la justicia, ese será el primero despues de mí.

Don Fadrique guardó silencio: su espíritu rebelde comprendia vagamente las ideas severas de la reina, que penetraban en él debilitadas por el rencor que le animaba, como la luz se amortigua y descolora al pasar á través de un agua turbia.

—Os lo repito, D. Fadrique, continuó la jóven soberana despues de una pausa: yo mido la grandeza de los hombres por sus virtudes y merecimientos; y para mí, el mas leal, el mas obediente á la ley, ese es el mas digno de aprecio.

—Y por eso me reprendeis, repuso el mancebo, cuyo carác-

ter indómito se rebelaba contra el consejo. Es decir, que yo no merezco vuestro aprecio, por haberme opuesto á la insolencia de un hombre tan leal, que abrigo en su casa á vuestros enemigos.

—¿Cómo es eso? Explicaos.

—Sí, señora, es forzoso decirlo: D. Álvaro tiene en su casa personas que os son desafectas; yo las he visto, y esta es la causa principal del ódio con que le miro.

—¿Quiénes son esas personas que habeis visto?

Don Fadrique sintió una repugnancia instintiva á concluir su indigna delacion, y aunque tarde, se arrepintió de haberse dejado arrastrar por los celos á decir mas de lo conveniente. La reina notó su indecision y adivinando la causa, le dijo:

—Os dispenso de contestarme; porque veo que os encontrais entre dos escollos, que cualquiera de ellos puede menguar la dignidad de un caballero. No permitiré que seais delator, ni que retireis vuestra palabra.

—No tengo porque retirarla...

—¡Ea, basta! concluyó la reina.

Y señalando á la puerta de un aposento interior, añadió:

—Entrad ahí, D. Fadrique, y aguardad á que yo os llame.

Don Fadrique obedeció. La reina cerró la puerta y dió un golpe en un timbre de acero. En seguida se presentó el oficial que estaba de servicio en la cámara real.

—¿Ha venido el señor de Castrojeriz? le preguntó la reina.

—Sí, señora.

—Decidle que entre.

Pocos momentos despues se presentó D. Álvaro de Mendoza.

—He sabido, le dijo doña Isabel, que teneis en vuestra casa personas desafectas á mí: quizá me han engañado, porque tal no es creible de vuestra conocida lealtad. Por lo tanto os he llamado para que vos mismo me informeis, pues para mí nada es tan validoso como la fé de un caballero.

—No os han engañado, señora, contestó D. Álvaro; pues tengo en mi poder al ilustre portugués, conde de Penamazon, conocido enemigo de V. A. Desafectos de esa especie son los que yo suelo abrigar bajo mi techo.

Esta contestacion altiva, léjos de irritar á la reina, la hizo sonreirse y responder:

—Tengo bien presente vuestro servicio, D. Álvaro, y no os he preguntado por el conde de Penamazon.

—Hay además en mi casa, repuso el caballero, tres damas, que han venido á conspirar para que V. A. perdone á sus parientes rebeldes; y son: mi sobrina Elvira, hija del comendador D. Pedro de Sandoval, una hermana de éste y esposa de don Alonso de Solís, y su hija Estrella.

—Estrella de Solís, repitió la reina: la conozco. Decid á esas damas que vengan á verme, y que el comendador y don Alonso serán perdonados luego que se me presenten á rendirme homenaje.—Otra queja tengo de vos.

—¡Queja! decidla.

—Sabiendo que repruebo las luchas parciales entre mis nobles, ¿cómo es que habeis sacado la espada contra D. Fadrique Henriquez?

Don Álvaro refirió fielmente todo lo que habia pasado, y concluyó diciendo:

—En suma, yo solo he defendido mi derecho, repeliendo una agresion osada y descortés, y amparando á un desvalido, cuya única tacha consiste en ser judío.

—Pero á ser cierto que ese judío ha insultado á una persona tan respetable como D. Fadrique, merece ejemplar castigo.

—El delito de Natham, señora, consiste en haber rehusado dar dinero á D. Fadrique, cumpliendo así una orden espresa del señor almirante.

—Lo sospechaba. Pues bien, señor de Castrojeriz, os recomiendo el secreto sobre este particular: dejad ir libre á Natham, y prevenidle que si profiere una sola palabra ofensiva al honor de D. Fadrique, mandaré arrancarle la lengua. Y en cuanto á vos, puesto que sois hombre formal, espero que en adelante me ahorrareis disgustos, y evitareis querellas que me ofenden, y que estoy decidida á castigar severamente.

—Señora, si D. Fadrique me busca, no soy hombre que consienta ultrajar mi honor. Además yo le he prometido guardar

á Natham, para hacerle justicia, y el mismo judío no aceptará una libertad peligrosa.

—Don Fadrique no os buscará: yo os lo aseguro. Y en cuanto á hacerle justicia, me parece que toda jurisdiccion acaba donde comienza mi autoridad.

—Sin embargo, señora, mis derechos señoriales.....

—¿No ha intervenido en la cuestion la Santa Hermandad?

—Ciertamente.

—Pues la Santa Hermandad representa mi persona, y no hay señor que mande al rey.

La entereza con que la reina pronunció estas palabras dió á conocer á D. Álvaro que habia incurrido en el desagrado de su soberana. Resolvió guardar silencio por el momento, pero su espíritu altivo batallaba con la idea de abjurar sus derechos señoriales ante el poder naciente de la Hermandad.

—No, decia en su interior: esa institucion abusiva y tiránica no debe prevalecer; de lo contrario ¿qué vá á ser de los fueros de la nobleza?

La reina comprendió su pensamiento, y repuso:

—Yo espero de hombres como vos, amantes de la justicia y del bien comun, el apoyo necesario para robustecer esa potestad que me representa, y que ha de dar á todos seguridad y reposo. ¿De qué os sirven, sin esto, unos derechos, que pocas veces podeis ejercer, y solo contrá el débil? Hoy vuestra vida y hacienda pueden seros arrebatadas por otro mas fuerte que vos: esto no sucederá cuando el rey, que á todos necesita y á nadie puede ofender sin dañarse á sí mismo, sea de hecho superior á todos, como lo es de derecho. Una es la justicia, y para que tenga fortaleza, uno ha de ser el brazo que la ejecute. No dudo que así lo comprendereis, D. Álvaro. Ahora os podeis retirar.

El señor de Castrojeriz hizo una profunda reverencia y se retiró caviloso. No podia decidirse á creer que conviniese á un señor de horca y cuchillo, á un casi rey, el abandono de sus altos privilegios en manos del monarca, si bien reconocia que por este medio se afianzaba la proteccion debida á grandes y pequeños.

La reina llamó á D. Fadrique, y le habló de esta manera:

—Porque os amo como á un hijo, necesito corregiros. Habéis provocado una lucha sangrienta, movido de injusto resentimiento y arrebatada ira. Esto es mal hecho, D. Fadrique.....

—¡Pero, señora!.... exclamó el jóven con mal modo.

—¡Silencio! No me interrumpais, repuso la reina. Vuestro delito, siendo quien sois, es muy grave, y merece un severo castigo. Sin embargo, por esta vez os perdono, y solo os impongo una correccion: estareis quince dias detenido en mi palacio: si durante ellos dais muestras de arrepentimiento, os aliviaré la pena: en caso contrario, sentireis el rigor de mi justicia.

—Bien, señora, obedeceré, pero esto es vergonzoso para mí, y no creo merecer tanto rigor.

—Vergonzosa es la culpa; no lo es la pena, si tras de ella viene la enmienda. Yo os castigo porque habeis quebrantado mis mandatos provocando un combate personal, y porque habeis maltratado á un miserable judío, que os daba una leccion de honradez, rara en los de su clase.

—¿Cómo?....

—Sí, yo lo sé todo. Vuestras locas prodigalidades, vuestros costosos devaneos han obligado á vuestro padre á prohibir al judío Natham que os prestase dinero. Natham os lo ha negado, como debia, accion loable, que ningun avaro ejecuta, y por esto le maltratais.—Aquí estamos solos y nadie nos oye: mis palabras no os ofenden, porque son las de una reina, de una madre; y aquí os digo, que ese miserable judío vale mas que vos, como hombre. ¿No os da vergüenza de que así sea? Yo espero, sin embargo que vuestros hechos borrarán en mí esta impresion dolorosa. Retiraos ya.

Don Fadrique saludó á la reina y salió cabizbajo; pero cuando estuvo fuera del aposento real, meneó la cabeza, rechinando los dientes, se mesó los cabellos, y las lágrimas del despecho asomaron á sus pestañas.

—Juro á Dios, murmuró, que me la han de pagar.

CAPITULO VI.

De como D. Álvaro fué hecho conde, y D. Fadrique le dió la mano.



VALLADOLID, mas que ciudad y corte, parecia un campamento. Cincuenta mil guerreros de todas clases y condiciones, habia dentro de sus muros, y aguardaban la hora de partir para la frontera de Francia.

Este numeroso ejército, que escedia mucho á las esperanzas de la reina y de su esposo, se componia en gran parte de nuevos allegados, que poco antes militaban bajo las banderas portuguesas. No pasaba dia sin que se presentase algun caudillo, grande ó simple caballero, con las gentes de su acostamiento, á rendir pleito homenaje á la reina y á ofrecerla sus servicios.

Urgía mucho acudir á Guipúzcoa para rechazar la invasion francesa, que, si llegaba á dominar en algunas plazas de la frontera, podia encender de nuevo las mal apagadas teas de la guerra civil. El rey apresuró los preparativos de marcha, y una hermosa mañana del mes de julio pudo montar á caballo, y pasar revista á sus tropas á las puertas de Valladolid, juntamente con su esposa, que salió á despedirle.

Magnífico espectáculo se presentaba á la vista en las afueras de Santa Clara, camino de Búrgos. Los rayos del sol naciente se reflejaban y partían en millares de lucidas armaduras, en los bruñidos y tachonados caparazones de los corceles de guerra, en las espadas desnudas y en los hierros de las picas y lanzas. Un blando zéfiro movía centenares de banderas desplegadas, y jugueteaba con los innumerables penachos de diversos colores, que se mecían gallardos sobre los cascos de los caballeros: las compactas falanges de peones, armados con lanzas, ballestas y arcabuces, los pesados trenes de artillería, y la masa desordenada de bagajes, acémilas y carros provistos de víveres y municiones cerraban á lo léjos el cuadro imponente de aquel aparato marcial.

El rey cabalgaba en un soberbio caballo alazan claro, en cuyos jaeces brillaban el oro y la plata. Vestía calzas de raso celeste, llevaba encima de la coraza, una sobrevesta blanca, y un rico manto de brocado le pendía de los hombros: cruzábale el pecho la banda que le regaló su esposa, y le cubría la cabeza un ligero yelmo coronado, pendiéndole de la cimera un lloron de plumas rojas. La reina iba á su derecha montada en un palafren blanco y adornada con todo el esplendor que solía guardar para las ocasiones solemnes. Seguíanles los principales grandes de Castilla, muchos caballeros aragoneses, el cardenal Mendoza y varias damas de las mas distinguidas.

Los reyes recorrieron toda la línea del ejército, que se dilataba en el espacio de media legua, saludando, al pasar, á los caudillos y recibiendo el homenaje de los batallones, que les saludaban rindiendo los pendones y banderas, y dando al viento los sonidos marciales de las bandas y de los tambores y trompetería.

Pasada esta revista de marcha, Isabel y Fernando volvieron á la cabeza del ejército, que se apoyaba en la puerta de la ciudad, y llegaron á tiempo que por ella salía un corto destacamento de caballeros: los dos que marchaban delante mostraban bien á las claras que pertenecían á una elevada clase, á juzgar por su arrogante compostura y el lujo deslumbrador de sus arreos.

La reina fijó en ellos la vista, y reconociéndolos al momento, exclamó:

—Mirad, señor, mirad quien viene allí.

—¡Ah! ¡Benavente! dijo el rey.

El conde de Benavente, libertado de su cautiverio por la generosidad del señor de Castrojeriz, que era el otro caballero con quien venia, llegaba en aquel momento de la frontera de Portugal, donde se habia verificado el cange entre aquel grande y el conde de Penamazon. Los dos nobles personajes echaron pié á tierra, y tomando D. Álvaro de la mano al conde, lo presentó á los reyes, diciendo:

—Altos y poderosos señores: la fortuna que favoreció á vuestras altezas en la gloriosa jornada de Toro, amargó vuestra ventura, privándoos de mi noble amigo el señor conde de Benavente. Su rescate no podia pagarse con oro, porque no hay oro en el mundo para comprar á tan esforzado caballero. Yo tenia en mis manos á otro ilustre cautivo, y lo he cambiado por él, seguro de ganar y de que ganais en ello. Aceptad, señores, mi humilde servicio.

—¡Bien, Mendoza! contestó el rey. Os estamos reconocidos.

—Vuestra accion, añadió la reina, vale tanto como la mas heroica hazaña. ¡Nunca la olvidaremos, conde de Castrojeriz!

—¿Conde, habeis dicho, señora? repuso confundido D. Álvaro.

—Sí, conde: ¿acaso puede ser menos el que cautiva y rescata condes?

El de Benavente se adelantó y dijo:

—A mí me toca, señora, daros las gracias por la merced que haceis á mi generoso amigo. Y como nadie está mas obligado que yo á pagar su magnánimo desprendimiento en favor mio, me apresuro á declarar aquí ante vuestras altezas y en presencia de Dios, sin perjuicio de confirmarlo por escritura pública, que yo y todos mis descendientes somos deudores á los condes de Castrojeriz, y les acudiremos con nuestras personas y estados en cuantas ocasiones se les ofrecieren (*).

(*) Histórico.

Oía estos discursos á corta distancia el jóven D. Fadrique Henriquez, libre ya, por haberse cumplido los dias de detencion que le impuso la reina; y sin mostrar visible descontento, se mordía los labios hasta el punto de brotar sangre. Aunque Don Álvaro de Mendoza no era el objeto primordial de su ódio, pues, como sabe el lector, su resentimiento se dirigia principalmente contra Ramiro de Guzman, sin embargo, el castigo que acababa de sufrir por su querella con aquel caballero, le habia hecho concebir un rencor profundo hácia él. Créfase humillado, y blanco de las burlas de sus enemigos; y las distinciones que se prodigaban al generoso D. Álvaro, tanto por los reyes, cuanto por el conde de Benavente, torturaban su alma, incapaz de reconocer, en su mala predisposicion, el mérito de quien las recibia.

La reina, despues de aplaudir la gratitud honrosa del rescatado conde, acordándose de la pasada disputa entre D. Álvaro y D. Fadrique, se volvió á éste y le dijo:

—Acercaos, primo, y puesto que debeis tomar parte en nuestras alegrías, hoy que el conde de Castrojeriz nos devuelve á uno de nuestros mas apreciados amigos, mostradle la satisfaccion que sin duda sentís; y dadle la mano, en prueba de que no le guardais rencor. Supongo que D. Álvaro deseará tambien contar entre sus amigos á un jóven de vuestras prendas.

—Por mi parte, señora, dijo el nuevo conde, me tendré por muy honrado con la amistad de D. Fadrique, cuyo valor y gentileza reconozco.

Y se adelantó hácia el jóven; el cual, cediendo á la ley de las circunstancias, se apresuró á salirle al paso, presentándole su mano, con la sonrisa en los labios y el ódio en el corazon.

—Aquí teneis mi mano, conde, dijo: yo tambien aprecio vuestro mérito singular.

Verificada esta conciliacion, mas aparente que real, D. Fernando, que veía con impaciencia levantarse el sol sobre el horizonte robándole las horas, se despidió de la reina y de sus damas y nobles.

—¡Adios, señora! exclamó con mal sentido pesar. Voy á

vencer á los franceses, como he vencido á los portugueses, invocando vuestro querido nombre en la pelea.

—Id con Dios, señor, le contestó doña Isabel, y él os dé felicidad. Yo entre tanto acabaré de apagar los restos del incendio que ha estado á punto de devorarnos, y pediré al cielo por vos. Aquí me quedan el ilustre cardenal para el consejo; el aguerrido Benavente, el bravo Haro, el leal Castrojeriz, y multitud de jóvenes, caudillos para la accion. Con el auxilio de tan leales vasallos y con el favor de Dios, nada temo, y podeis ir tranquilo.

El rey levantó su baston de general, y el ejército entero se conmovió, como un leon fiero que sale de su letargo; pocos momentos despues la cabeza del primer escuadron rompió la marcha, ejecutando un cambio de direccion, y las dilatadas falanges, moviéndose y girando sobre la misma base, comenzaron á ondular, semejantes á una inmensa serpiente de erizadas escamas.

La reina con sus nobles y damas permaneció en su puesto, hasta que pasó el último soldado, recibiendo de todos gratas demostraciones de amor y respeto. En seguida se retiró á su palacio.



CAPÍTULO VII.

La reina y la mujer.



Pocos días después de la marcha del rey estaba doña Isabel en su cámara de consejo rodeada de sus ministros y de varios letrados y guerreros, que componían el tribunal ó junta suprema de la Santa Hermandad. Veíanse allí personajes tan notables como el cardenal Mendoza, que desempeñaba el alto cargo de gran canciller ó primer ministro; el infante don Alonso de Aragon, hermano bastardo del rey, que habia sido nombrado superintendente y general de la Hermandad; D. Pedro Fernandez de Velasco, conde de Haro y condestable de Castilla; el conde de Benavente, y otros hombres de saber, como Alonso de Quintanilla, tesorero del rey, y el secretario Fernando Alvarez de Toledo.

Éste último estaba sentado enfrente de la reina, junto á una mesa, sobre la cual habia multitud de papeles, clasificados por orden de materias, y separados en varios grupos ó legajos. Los demás personajes ocupaban diferentes sillas, segun su categoría, mas ó menos cerca del trono.

Doña Isabel pedía indicaciones al secretario, acerca de los diversos asuntos, y señalaba aquellos de que debía dársele cuenta con antelación. El secretario la iba dando por medio de una lista que tenía delante.

—Notas de la guerra, dijo Fernando Alvarez.

—Veamos eso, contestó la reina.

El secretario tomó uno de los legajos, y empezó á leer los extractos que había puesto al márgen de cada parte de los últimamente recibidos.

—El ilustre señor D. Alonso de Fonseca, obispo de Ávila, participa desde su campo sobre Toro, que ha descubierto un punto flaco, aunque muy peligroso por la fragosidad del terreno, para dar el asalto á la ciudad. Doña María de Ulloa, que la defiende, tiene fuerzas y pertrechos bastantes para sostenerse mucho tiempo. El reverendo obispo pide un corto refuerzo de caballeros y escaladores.

—¿No es vergüenza, dijo el condestable, que una mujer obligue á un campeón como D. Alonso de Fonseca á pedir refuerzos?

—Ciertamente que es duro trance, repuso la reina. Pero eso prueba que doña María es valiente, y tiene en mucho la honra de su marido. Podrá darse aviso á D. Fadrique Manrique para que acuda al señor obispo con su gente. Seguid.

—El noble caballero Pedro Arias, continuó el secretario, dá cuenta de haberse levantado con los vecinos de Madrid contra el marqués de Villena, y de haber puesto en grande apuro el alcázar, que espera rendir muy pronto.

—¡Bien por Pedro Arias! exclamó el conde de Benavente: no está contento con los cuarteles de su escudo y quiere mas.

—Le daremos cuantos desee, contestó la reina. ¿Pero no os parece, señor cardenal, añadió dirigiéndose al canciller, que á Pedro Arias puede perderle la confianza? El arzobispo de Toledo está otra vez en Alcalá, y no dejará de acudir sobre Madrid.

—Bien puede ser que así suceda, repuso el cardenal. Madrid nos importa mucho, y sería conveniente asegurar su presa.

—Anotad ahí, Fernando Alvarez, dijo la reina; que acuda

el conde de Castrojeriz con cincuenta lanzas al socorro de Pedro Arias.

El secretario lo anotó, y continuó dando cuenta.

—Peñaflor se ha rendido: Cantalapedra resiste, gracias á los esfuerzos del conde de Marialba, que no deja en sosiego á los caudillos sitiadores, y trae revuelta la comarca. Pedro de Mendaña se ha fortificado en Castronuño y es el enemigo mas temible que hoy se presenta en Castilla.

—¿Pues cómo, si estaba en Peñaflor? preguntó la reina.

—Ese bandido es terrible, dijo el condestable. Ha sabido abrirse paso con la espada á través de los sitiadores.

—Dejemos esto, repuso el cardenal: los pueblos de la comarca darán buena cuenta de Mendaña.

—Seguid, dijo la reina al secretario.

—La condesa viuda de Medellin, doña Beatriz Pacheco, y el clavero de Alcántara de Alonso de Monroy se han concertado para hacer la guerra á V. A. en Estremadura. El pais está en el mayor desórden, y muchos de sus habitantes piden que se les ampare.

—Iré yo misma á entenderme con la condesa. ¿No es esa doña Beatriz la que ha usurpado la herencia á su hijo D. Juan Portocarrero?

—La misma es, señora, contestó el cardenal. Es una mujer temible por su audacia y sus grandes recursos de hombres, y yo aconsejaria á V. A. que, dejando la pacificacion de Estremadura á cargo de cualquiera de vuestros grandes, no espusieseis vuestra persona, yendo á un pais desafecto, donde los mas obedecen á la condesa, ó al menos la siguen, porque la temen.

—Por lo mismo, D. Pedro, replicó doña Isabel, no me está bien calcular los peligros ni las fatigas en mi propia causa. En Castilla basta por ahora la resolucion de mis pueblos: en Estremadura tengo amigos, que no debo desalentar con una timidez intempestiva. Iré allá, y yo amansaré á esa leona que tanto aterra. Este es negocio de mujeres.—Continuad Fernando.

El secretario tomó otro papel, y desconociéndolo, se detuvo

á leerlo: en seguida se inmutó, y trató de ocultarlo; pero la reina, que le miraba, se adelantó y dijo:

—Dadme ese papel.

—Señora, repuso el secretario: es una nota insignificante.

—No importa: quiero verlo.

Fernando Alvarez se levantó, y aunque á su pesar, entregó el papel á la reina. Ésta lo examinó, y se inmutó á su vez; pero, dominando la profunda emocion que sentia, dijo rompiéndolo:

—Con efecto, no vale nada. Prosigamos. ¿Qué hay de quejas y peticiones?

—Señora, continuó el secretario con voz mal segura: son innumerables las quejas de pueblos y particulares sobre los atentados que diariamente se cometen contra las haciendas y las personas; robos á mano armada, violaciones de mujeres, asesinatos, sacrilegios: aquí hay veinte súplicas de Galicia, en que aquellos habitantes piden se les ampare, pues no pueden vivir bajo la tiranía de los bandidos que se albergan en las casas fuertes. Quéjense en particular del rico-hombre de Lugo, Alvar Yañez, que burlándose de toda autoridad y temor de Dios, acaba de acometer en su propia casa á Juan de Villandrando, pariente del conde de Rivadeo, que le persigue, y ha dado muerte á él y á toda su familia, saqueando luego el pueblo donde reside, sin perdonar la iglesia.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó la reina: ¡que no pueda yo estar en todas partes!

—Además, con una banda de doscientos malhechores ha recorrido varios pueblos rompiendo los edictos en que se manda establecer la Santa Hermandad.

—Decidme, condestable, preguntó la reina: ¿qué clase de hombre es ese conde de Rivadeo, á quien no conozco?

—Es un valiente, que vive retirado de la córte hace años.

—Y un noble honrado á toda prueba, capaz de los mas heroicos sacrificios, añadió el cardenal.

—¡Y sin embargo, vive retirado! continuó la reina. Estended luego para ese conde el nombramiento de gobernador de

Galicia, y acordaos de avisar á Montesino de la Isla, que se vea conmigo esta noche. ¿Qué otras quejas hay?

—La Municipalidad de Ceinos pide se le ampare contra la abadía del Cerrato.

—Conozco ese negocio. Encargaos, Benavente, de arrasar esa abadía, que está cerca de vuestros dominios, y ved de modo que sus moradores tengan que refugiarse en Portugal ó en África.

—El asistente y el Ayuntamiento de Sevilla desean que V. A. pase á aquella ciudad, para sosegar los bandos que la despedazan: dicen que no es posible contener el desenfreno de aquellos pueblos turbulentos, agitados continuamente por las casas de Guzman y Ponce de Leon, si no se obliga á estos dos grandes á deponer las armas. Los robos y los asesinatos son innumerables; y las calles de la capital son ensangrentadas diariamente por las luchas intestinas.

—Iré á Sevilla, y espero en Dios que me han de soñar los sevillanos, dijo la reina.

El cardenal meneó la cabeza y repuso:

—Menester es ir al Andalucía, y poner coto de una vez para siempre á tantos desmanes, que son la consecuencia necesaria del estado de guerra en que nos hallamos. Pero no considero prudente que V. A. vaya por ahora á un pais donde probablemente no será respetada.

—Creo, dijo el infante D. Alonso, que tiene razon el señor cardenal. No es prudente ir á Sevilla, donde el marqués de Cádiz, tan adicto al de Villena, cuenta hoy con partidarios numerosos.

—No dudo que he de arrostrar peligros, lo mismo en Sevilla que en otras partes, amigos míos; esto lo sabia cuando eché sobre mis hombros la pesada carga del gobierno, que no hubiera aceptado si me creyese débil para obrar con la resolucion necesaria, y estirpar los males que consumen á nuestra patria. Pero confio en la Providencia, y espero que Dios encaminará á buen término mis justos propósitos. He aprendido ya á no temer las iras de los pueblos amotinados: ¿habrán de acobardarme los grandes rebeldes?—Continuad, Fernando.

—Aquí hay una petición muy grave, firmada por varios magnates.

—Ya se cual es: el primero que la firma es el marqués de Santillana, repuso la reina.

—Tengo noticia de esa petición, dijo el cardenal: mi hermano se ha empeñado en hacerla, contra mi consejo. Podeis dar cuenta de ella, señor secretario.

—Los altos personajes que representan, continuó el secretario, piden que no se lleve á cabo el establecimiento de la Santa Hermandad, ó al menos que no se exija su introduccion en los estados de señorío; dicen que es gravosa á los pueblos y atentatoria á los de su clase, en quienes se tiene poca confianza; y anuncian que se retirarán de la corte si no se accede á sus deseos, nombrando á cuatro de los principales para formar el consejo y dirigir los negocios.

—¡Qué tal diga el jefe de la noble casa de Mendoza! exclamó la reina. Señor cardenal, encargaos vos mismo de contestar á esa impertinente demanda, pues lo hareis con el miramiento debido á vuestro hermano. Decidle, sin embargo, terminantemente, «que la Hermandad es una institucion muy saludable para el reino, y como tal aprobada por él; que nos es muy grata, «y haremos que prevalezca sobre todo poder: que á Nos toca «determinar quienes deban ser promovidos á los cargos, teniendo por regla para ello el mérito, no la calidad de las «personas: que él y sus compañeros pueden seguir á la corte, «ó retirarse á sus estados, como mejor les parezca; pues mientras Dios quiera que ocupemos el trono de Castilla, procuraremos no imitar el ejemplo de nuestro hermano D. Enrique, «sirviendo de instrumento en manos de los nobles.» Retened bien mis palabras; porque es mi voluntad que lleguen sin alteracion á su conocimiento.

—Lo hare así, señora, repuso el cardenal, aunque temo que esto provoque una coalicion formidable; pues son muchos los que murmuraron contra las atribuciones de la Hermandad.

—No importa. Yo no temo á esas coaliciones, porque para vencerlas cuento con el amor de mi pueblo. Si hay nobles que

se opongan á mi autoridad, peor será para ellos; porque les trataré como á rebeldes. Yo les brindo con mi amor y les anuncio mi indignacion: que escojan. Aprecio sus méritos y sabré utilizarlos; pero si me abandonan, porque no me dejen subyugar por ellos, buscaré otros hombres menos altaneros y los ennoblecere segun su capacidad.

—Es necesario condescender algun tanto con los altos privilegios de la grandeza, dijo el infante.

—¡Privilegios! replicó doña Isabel. Quien pretenda privilegios mientras yo reine, esté seguro de no acercarse á mi trono. Los grandes son mis hijos mayores, y como tales merecen mi afecto, pero no tienen derecho á que yo los quiera mas que á los pequenuelos. ¿Por ventura, rechazo á ninguno de mi lado? El que se ofende, porque prefiero á otro mas virtuoso ó mas sabio, ese es un envidioso ignorante ó un malvado: esfuércese cada cual por merecer mi estimacion y la del reino, que yo le buscaré, sea grande ó pequeño.

Los miembros del consejo escuchaban estas palabras, mudos de asombro, y se miraban unos á otros, cual si quisiesen expresar con los ojos la idea comun que les animaba. Todos ellos pertenecian á familias mas ó menos ilustres; algunos, como el condestable, tenian parentesco hasta con la casa real; y era evidente, por lo mismo, que la reina no pretendia ofender ni despreciar á los nobles, por el hecho de serlo, puesto que de ellos se servia, y que solo basaba su predileccion ó su desagrado en las cualidades morales y en la capacidad ó inutilidad de las personas. Esto, léjos de ser un ultraje para los que merecian su distincion, era por el contrario el elogio de su saber y de sus virtudes. Así que no podian menos de apreciar en su justo valor la sabiduría y la entereza de la reina.

El contador Alonso de Quintanilla rompió el silencio en que habia quedado el consejo por algunos momentos, diciendo:

—Nada extraño es, á mi ver, que los altos señores de Castilla miren con recelo la institucion de la Santa Hermandad, que parece desconocer sus prerogativas. Acostumbrados á mandar como príncipes soberanos, y á imponer tal vez la ley á los mis-

mos reyes, no pueden mirar con indiferencia una potestad nueva que ligando al brazo popular con el trono, coarta en cierto modo sus fueros é inmunidades.

—Eso depende, repuso la reina, del modo como la consideran: y han de tener entendido que, á mis ojos, todo el que se resiste á introducirla en sus estados, no piensa bien. ¿Qué mal se sigue á nadie de que la ley alcance al criminal en todas partes? ¿No son hoy los castillos y casas fuertes el asilo de los malhechores? Pues bien, los que reprueban la Hermandad, muestran que están dispuestos á proteger el crimen y á burlarse de la ley. ¿Qué provecho sacarán del ejercicio de sus prerogativas? Uno de dos: ó el de coligarse ellos mismos con los malhechores, mancillando sus timbres y blasones, ó el de que los malvados, engraidos con la impunidad, les roben mañana sus propias haciendas, ó les maten sus hijos. No hay mas que dos caminos que seguir: ó el de la justicia estricta y severa, que ha de dar á cada uno la libertad y el honor segun su categoría y virtud, ó el del desenfreno, que hace á los hombres tiranos unos de otros. Los que escojan el primer camino, esos me siguen. ¡Ay de los que se aparten de él!

—Sois, señora, la suma sabiduría, dijo el cardenal, y yo espero que toda la nobleza castellana, fiel á sus tradiciones, procurará seguiros en la senda de salvacion que habeis emprendido.

—Yo tambien lo espero; y puesto que algunos grandes se me resisten por temor á mi fortaleza, ellos aprenderán muy pronto que para ser fuertes necesitan adherirse á mí.—Condestable, añadió dirigiéndose al conde de Haro: vos, como uno de los primeros jefes de la Santa Hermandad, debeis robustecer mi autoridad, engrandeciendola á la vez la vuestra. Vos no temeis á esa institucion salvadora, porque los buenos no temen, antes aman la justicia. Establecedla desde luego en vuestros dominios, y así mostrareis á los demás que sois mas fuerte que ellos. ¿Quién se os atreverá cuando á vuestra potestad hayais unido la mia?

—Hoy mismo daré las órdenes para complaceros, señora, contestó el condestable.

—Yo haré otro tanto por lo que toca á mis estados, dijo el de Benavente.

—Gracias, amigos, repuso la reina: pronto me las dareis, porque honrándome os honrais.

No habiendo mas asuntos de que tratar en este consejo, la reina, que estaba impaciente por quedarse sola, despidió á sus consejeros, que se retiraron. Detúvose el último el condestable, el cual dijo:

—Señora, me he detenido, porque deseo pedir os una gracia.

—Podeis hablar.

—El conde de Ureña pretende la mano de una de mis hijas, y yo le he prometido alcanzar vuestro perdon por sus pasados yerros y que le restituireis sus dominios.

—¿Estais seguro del arrepentimiento de D. Pedro Giron?

—Respondo de él, señora, y aun espero que atraiga tambien á vuestro servicio al maestre su hermano.

—Pues bien, disponed la boda de vuestra hija, y cuando el conde sea vuestro yerno, recibirá sus estados.

El condestable dió las gracias, y salió de la cámara real. En seguida se levantó la reina, y dirigiéndose á la puerta, la cerró por dentro: volvió luego al lado de su silla, y recogió cuidadosamente todos los pedazos del papel que habia roto, los puso sobre la mesa, y procuró colocarlos de modo que se pudiese leer lo escrito.

Quién hubiese visto poco antes á doña Isabel tan enérgica y celosa de su autoridad real, y la viese ahora ocupada en descifrar, temblando, los desunidos períodos de un escrito, sin duda la hubiera desconocido. No se notaba en ella ninguno de los rasgos propios de su alma fuerte: para tenerse en pié necesitaba apoyar las manos en la mesa; su cuerpo se inclinaba, cual si un enorme peso la abrumase; mientras en su rostro se pintaban la ansiedad y el abatimiento.

—¡Dios mio! exclamó por último, arrancando de su pecho un amargo suspiro. ¿Será esto verdad?—Mi esposo, mi Fernando, el ser que mas amo y venero despues de Dios, ¿me será infiel? No; ¡este papel miente!

Y diciendo así, dió con la mano un golpe á los trozos del papel, que se dispersaron sobre la mesa, y algunos cayeron al suelo. En seguida se desplomó en la silla, permaneciendo un rato profundamente pensativa.

Volvió despues á levantarse, á recoger los pedazos de papel y á juntarlos, y deteniéndose á leerlos, tuvo que interrumpir varias veces su penosa tarea, porque las lágrimas la turbaban la vista.

—Tiene dos hijos de ella..... murmuraba con palabras entrecortadas: el mayor se llama Alfonso, y cuenta ya siete años... Nació el mismo año de mi matrimonio..... ¡Ah!... ¡En Cervera..... donde él recibió á mis embajadores Coca y Cárdenas!.... ¡Oh!.... ¡Mentia, cuando les dije que me amaba!.... ¿y despues?.... El menor es una niña de cuatro años..... ha nacido durante nuestro matrimonio..... Se llama Juana, y su madre Aldonza Ibarre.... La vió cuando fué á Perpiñan, á socorrer á su padre..... ¡Dios mio, y nada me han dicho! ¡Y yo que le creía el mejor de los esposos, y me engañaba!.... No; ¡pero esto es imposible! ¡esto es una calumnia! ¡Fernando me ama..... me ama á mí sola!

Diciendo esto cayó de rodillas, y cubriéndose el rostro con las manos, exclamó:

—¡Dios mio! ¡Cúmplase tu voluntad!



CAPITULO VIII.

De varios lances que pasaron en el palacio de Valladolid.



La oracion era el consuelo de doña Isabel en todas sus aflicciones. Luego que la virtuosa señora hubo llorado largamente, ofreciendo á Dios en holocausto su pena, y pidiéndole fortaleza, se levantó tranquila, enjugó sus lágrimas, y abrió una ventana para que el aire libre serenase la turbacion de su semblante. Tomó luego los trozos del papel acusador, y los rompió en menudos fragmentos; en seguida abrió la puerta de la cámara, y mandó llamar al secretario Fernando Alvarez.

El buen hombre se presentó temblando:

—Habeis cometido un grave desacato y una reprehensible imprudencia, le dijo la reina con tono severo. ¿Con qué fin conservábais en vuestro poder aquella nota que ya no existe, y cómo es que la habeis traído á mi consejo? Si os la dieron, ¿cómo no la quemasteis, deteniendo al calumniador de vuestro rey?

—Señora, contestó el secretario: juro por el alma de mis padres, por el amor de mis hijos, por cuanto debo á V. A., que ignoro de dónde ha venido ese papel, y que al encontrarlo en-

tre los otros, mi sorpresa ha igualado á mi pesar. ¿Qué fin podía yo proponerme trayéndolo aquí, sino incurrir en el desagrado de V. A.?

—Pero, ¿cómo lo teniais? ¿Quién os lo ha dado?

—Lo ignoro, señora. Sin duda lo puso entre los demás algun enemigo mio.

—¡Alma ruin!... murmuró la reina. Y añadió en voz natural: —Lo que habeis visto en aquel escrito debe quedar olvidado; porque es una ofensa al rey: el que ofende á mi esposo me ofende á mí. Fernando Alvarez, y vos debeis saber que todo eso es una infame impostura.

El secretario meneó la cabeza en señal de incredulidad. La reina le observó y repuso:

—Vos sabeis algo mas: os permito hablar, pero á mí sola, y por la última vez.

—Pues bien, señora: lo que aquel papel decia, es verdad. ¡Ojalá no hubiese llegado á saberlo nunca V. A.!

—¿Qué es verdad, decís? Basta: vos hablais de oidas, Fernando; pero aunque hubieseis visto lo que afirmais, deberiais dudarle. ¡Id con Dios!

El secretario se inclinó con profundo respeto, y salió. Entre tanto, en la antecámara real D. Fadrique Henriquez disputaba con otros varios jóvenes nobles: en su semblante pálido y ojeroso, y en el cinismo de sus palabras se notaban los síntomas de la embriaguez. Sus contendientes eran en particular D. Rodrigo de Mendoza, hijo, que el cardenal D. Pedro habia tenido de doña Mencía de Lemos, dama de la reina doña Juana y D. Diego de Ribera, hijo del adelantado mayor de Andalucía. Estos dos defendian la nobleza del nuevo conde de Castrojeriz, mientras D. Fadrique la declaraba dudosa.

—¿Qué me podreis oponer que yo no sepa? decia el hijo del almirante. Demasiado sé que los abuelos de D. Álvaro han ocupado el alto cargo que hoy corresponde á mi padre; pero no lo obtuvieron, ¡vive Dios! por sus servicios, ni por la limpieza de su sangre, sino por ciertas intrigas de córte,

—No hableis de su sangre señor D. Fadrique, contestó don

Diego, porque es tan buena como la vuestra, y á ninguna cede en nobleza la de los Mendozas. El señor de Mendivil y de la Ribera, bisabuelo del conde, fué vástago de mi familia, que viene de los reyes de Oviedo y de Leon.

—Yo no niego la nobleza de los Hurtados de Mendoza, dijo D. Fadrique, recalcando la palabra *Hurtados*: ya sé que descienden de un hijo adulterino de la reina doña Urraca.

—Es muy cierto, repuso el hijo del cardenal, poniéndose encendido: y además puedo decir que D. Álvaro es biznieto de doña María de Castilla, nieta del rey D. Alonso oncenno: de modo que por ambas líneas desciende de sangre real.

—Todo eso está muy bien, replicó D. Fadrique. Pero no me negaréis, añadió bajando la voz, que el conde de Castrojeriz y el judío Natham Aleví son próximos parientes.

Al decir esto, el licencioso jóven soltó una carcajada, y se volvió, encontrándose frente á frente con Fernando Alvarez, que salia de la cámara real.

—¡Ah! exclamó de pronto; aquí viene el sabio contador y secretario de mis augustos primos, que conoce todas las genealogías de Castilla, y podrá sacarnos de dudas.

—Decidme, señores, de qué se trata, y si puedo servirlos.....

—No es asunto en que debais mezclaros, señor secretario, contestó D. Diego de Ribera. Don Fadrique ha dicho una cosa, que nada tiene que ver ya con los linajes ni las genealogías.

—Pues bien, Fernando Alvarez puede sacáros de la incertidumbre, repuso D. Fadrique.

—No: es asunto que toca solo á mi honor aclarar.

—No creo que vuestro honor se resienta, por cosas que á vos no atañen.

—Si atañen ó no, eso yo me lo sé, y á nadie le importa averiguarlo.

—Señores, dijo el honrado secretario: yo sé lo que son cuestiones de honor, y creo que en ciertos casos deben anteponerse á la vida. Sin embargo, aquí, á lo que entiendo, solo han mediado algunas palabras acaloradas, que tal vez en el fondo nada signifiquen; y es muy sensible que nazcan de ellas desavenen-

cias y ódios entre jóvenes de vuestro valer. ¡Ea! Dejaos de disputas: nada se ha dicho, y pelillos á la mar.

—Es que se ha querido echar un borron de infamia sobre la clara estirpe del señor de Castrojeriz, replicó D. Diego, y yo no puedo consentirlo.

—Es, repuso D. Fadrique con sarcasmo, que estoy pronto á probar lo que he dicho. Ese Mendoza y su sobrino el señor de Toral, y cuantos han nacido de Tello de Guzman, abuelo del conde de Castrojeriz, tienen sangre judía en las venas.

—¡Mentís! prorumpió D. Diego encendido en ira.

Fernando Alvarez se puso en medio de los dos jóvenes, próximos á venir á las manos, y procurando infundirles su moderacion, les dijo:

—Señores: haya paz. Si fuésemos á examinar las mas elevadas estirpes, acaso encontraríamos muy pocas limpias de toda mancha. En el mas claro diamante aparece una sombra, pero no por esto brillan menos las luces de sus facetas puras. El hombre, mas que de sus abuelos, es hijo de sus obras, y en prueba de ello os citaré al sabio obispo burguense, que es de raza judáica por todos cuatro costados, y sin embargo merece la estimacion de nuestros reyes, y el afecto de Su Santidad el Padre comun de los fieles.

—Todo eso, señor secretario no prueba nada en nuestra disputa, replicó D. Fadrique. La religion todo lo purifica. Lo que yo digo es que Tello de Guzman era un pobre hombre, y que los hijos de su mujer, doña Elvira, madre de D. Álvaro y doña Juana, y Nuño, padre de Ramiro, nacieron de un judío abuelo de Natham.

Mientras el joven lanzaba esta acusacion, con la volubilidad de un hombre acalorado por la bebida, apareció en la puerta de la antecámara Ramiro Nuñez de Guzman, y avanzando el cuerpo con la animosidad del tigre, se contuvo para oír hasta el fin.

—Y yo declaro, repuso D. Diego, que sois un villano, si no salís de aquí al momento para que os arranque la lengua.

—¡Estoy pronto! contestó D. Fadrique.

—Deteneos, D. Diego, dijo Ramiro interponiéndose con fria

calma. No debéis hacer caso del perillustre señor D. Fadrique Henriquez; porque ha pasado la noche en una mancebía, y está borracho.

—¡Miserable! gritó el jóven grande. ¿Os atreveis á insultarme? ¡De rodillas! ¡Sois mi vasallo!

—¿No os lo digo? repuso Ramiro, encogiéndose de hombros: está borracho.

—¡De rodillas, señor de Toral! ¡Fuera esa gorra! prorumpió D. Fadrique.

Y gesticulando como un furioso, avanzó hácia su rival; pero Fernando Alvarez le detuvo.

—¡Ah! exclamó el jóven magnate fuera de sí. Yo castigaré tu atrevimiento; yo te arrancaré el estado que te dió mi abuelo, y te haré morir á palos, como á villano y mal nacido.

Á los gritos de D. Fadrique acudió la reina, cuya repentina presencia transformó instantáneamente la escena. Ramiro se quitó la gorra, y se retiró á un lado, quedando en actitud respetuosa: D. Diego y los demás jóvenes se inclinaron, ocultando el primero la espada desnuda, entre los pliegues de su tabardo: el secretario buscó en su imaginacion algun pretexto para disculpar á los jóvenes. Solamente D. Fadrique permaneció en medio de la estancia con los cabellos en desórden, la cabeza erguida, y las facciones descompuestas,

—¿Qué significa este alboroto? preguntó la reina. ¿Quién se atreve á gritar en mi palacio?

—Señora, dijo el secretario, perdonadles. Se han trabado de palabras..... son mozos..... y no saben.....

—¡Eh! ¡Quitaos de aquí, vos sois el que no sabe, prorumpió D. Fadrique. Yo os diré lo que ha sido señora: vuestro protegido, el señor de Toral, ha osado insultarme con palabras soeces, por las cuales habrá de sufrir todo el peso de mi indignacion, puesto que es mi vasallo.

—¿Es cierto que le habeis insultado, señor de Toral?

—Es cierto, señora, que he respondido como se debe, á quien infama mi estirpe.

—¡Oh! ¡Y aun se atreve!... exclamó D. Fadrique. Ved ahí,

señora, las consecuencias de haber dado alas á estos hidalguitos. Así faltan al respeto á sus señores naturales.

—Vivís muy engañado, señor D. Fadrique, repuso Ramiro: si mis mayores, sirviendo á la patria bajo el mando de los vuestros, merecieron premio, lo que ellos ganaron nada os debe. Soy Guzman y de sangre tan noble como la vuestra, y nunca los de mi raza tuvieron otros señores que los reyes de Castilla.

—Yo os haré ver lo contrario.

—¡Cese ya esta vana disputa en mi presencia! exclamó la reina. Disponed, Fernando Álvarez, una informacion jurídica de todo lo que aquí ha pasado, escuchando las quejas de los dos ofendidos y deslindando sus derechos, para hacerles justicia.

—Yo no me avengo á pleitear con un inferior mio, dijo don Fadrique, dirigiéndose á la puerta.

—Os conformaréis, puesto que ambos sois iguales ante mí: y, ¡ay de vos, si intentais algo contra el señor de Toral, á quien, como parte mas débil, pongo bajo mi real seguro, mientras se dilucida esta contienda!

—¡Siempre lo mismo! murmuró D. Fadrique. Si estuviese aquí el rey mi primo, no se me humillaria de esta manera.

—¡Don Fadrique! Ved que usamos con vos de una consideracion escesiva.

—Está bien, señora, está bien.

Diciendo esto, el indómito jóven hizo un saludo desdeñoso, y salió de la antecámara. La reina le dejó marchar, reprimiendo la indignacion que ardía en su pecho. En seguida hizo entrar en su cámara al secretario, y á solas con él le pidió cuenta de todo lo ocurrido. Fernando Álvarez refirió el hecho fielmente, y luego que hubo concluido, le dijo la reina:

—Estended el seguro para el señor de Toral y el nombramiento del gobernador de Galicia, y traédme los luego á firmar.

El secretario se retiró á ejecutar lo que se le mandaba, mientras que doña Isabel, paseándose á lo largo de su cámara, parecia estar poseida de la mayor agitacion. De pronto se detuvo con los puños apretados, y exclamó, golpeando el suelo con su pequeño pié:

—¡Habrán creído, porque soy mujer, que pueden burlarse de mí! ¡Oh! ¡no me conocen! Ese niño, ese niño, sobre todo, se ha propuesto desafiar mi poder. ¡Temerario! Dá un paso mas, y Castilla entera sabrá, que no hay en el mundo nada que detenga la justicia de la reina:

Entre tanto Ramiro de Guzman y D. Diego de Ribera conversaban acaloradamente, apartados de los demás jóvenes, en el hueco de una ventana de la galería contigua á la antecámara.

—Si vos dejais esto así, decia D. Diego, yo no lo sufriré. Mande la reina lo que quiera, yo no dejaré sin castigo la afrenta, que ese canalla deslenguado ha tenido la audacia de arrojar sobre una familia ilustre, que tiene mi sangre, y á la cual no podria unirne sin desdoro.

—Nadie está mas ofendido que yo, señor D. Diego, contestó Ramiro. Sin embargo, la reina ha intervenido, y mi deber es acatar su voluntad sagrada.

—La reina puede disponer de nuestra espada y de nuestra vida; puede, si lo consentimos, juzgar sobre nuestras contiendas; pero no tiene autoridad para mandar al honor. Yo os digo que D. Fadrique habrá de batirse conmigo cuerpo á cuerpo, ó de lo contrario le haré apalear donde quiera que le encuentre.

—No hareis tal cosa, porque yo os lo suplico. Nuestro honor no está manchado, porque no manchan las palabras de un hombre ébrio, sino al malsin que las profiere.

—Y ¿cómo quereis que deje yo sin castigo á ese insensato? ¿No veis que mi rostro se cubriría de vergüenza, si me presentase á vuestra sobrina Elvira, sin haberla vengado, puesto que á ella alcanza el baldon lo mismo que á vos? No, antes que sufrir tal mengua, los soberbios palacios del almirante se habrán de tornar en picaderos de mis caballos andaluces: traeré la guerra al corazon de Castilla, y si el rey se opondre, lucharé con el rey.

—Ved ahí lo que desea evitar nuestra prudente y hermosa reina. Dejemos en sus manos el desagravio de nuestra honra, que nadie podrá decir la hemos abandonado por cobardía.

—¡La reina! la reina mirará por nuestro honor, es cierto; pero cuidará de salvar al sobrino de su marido.

—No la conoceis, D. Diego, la reina no tiene ni amigos ni parientes. Si D. Fadrique fuera su hijo, y le considerase culpable, le castigaria del mismo modo que al último villano.

—Así será, repuso el jóven andaluz; pero eso no basta para satisfacer nuestro agravio. ¿Qué dirá de mí doña Elvira, cuando sepa que ha sido ultrajada, y no he salido á su defensa?

—Ya lo habeis hecho..... Y; ¡por Dios! amigo D. Diego, no hablemos mas de esto; porque me obligareis á ser desleal é ingrato. ¿Creéis que mi corazon está tranquilo? No: os engañais. La violencia que me hago en este momento, es un sacrificio tan grande que á él preferiria perder mil vidas, si las tuviera. Vos temeis el desagrado de Elvira; yo temo el de Estrella, que es la luz de mis ojos; pero sabed que una y otra desaprobarian nuestra conducta, si desobedeciésemos á la reina. Cuando han venido á implorar el perdon de sus padres, el menor desacierto de nuestra parte, sería tal vez un golpe cruel para sus mas dulces esperanzas. Dejemos pasar el tiempo, que ocasiones no faltarán de mostrar al mundo lo que cada cual vale.

D. Diego meneó la cabeza en señal de despecho, y despues de un corto intévalo de silencio, preguntó á su amigo:

—¿Visteis á doña Elvira?

—La ví, y hablamos de vos.

—¿La digisteis que su padre me ha otorgado su mano?

—Se lo he dicho.

—¿Y qué ha contestado?

—Se echó á reir, diciendo, que aun era muy temprano para pensar en eso. Estaba delante su tia.

—¡Oh! No me ama!

—¡Quién sabe! Lo mismo digo yo de Estrella, y sin embargo su prima me asegura, que se impacienta con mi ausencia, y que se acuerda constantemente de mí.

—Es verdad, pero en el carácter grave de Elvira, esa ligereza con que os ha contestado, no me augura nada bueno. ¡Si tuviese otro amor!...

—La ofendeis, señor D. Diego. Elvira no piensa en nadie: me lo hubiera dicho, porque me quiere como á un hermano, y no tiene secretos para mí. Además, es todavía una niña.

La llegada de otros dos personajes que pasaban por la galería, interrumpió esta conversacion. Ramiro se volvió, exclamando:

—¡Ah! ¡mi querido Pulgar! ¡Gracias á Dios que os veo! No parece sino que huís de mí!

—Huyó de todo el mundo, señor de Guzman; no puedo olvidar la pérdida de mi padre, y á no ser por este noble hidalgo, el señor de la Isla, que tiene á bien hacerme compañía, quizás me habria ya retirado á la soledad de un claustro.

—¡Eseelente idea! exclamó D. Diego de Ribera: con eso teniais bastante para morir de fastidio.

—¡No faltaba mas! añadió Ramiro. Un jóven como vos, meterse fraile!

—¿Qué quereis? Es una idea estravagante, pero no la puedo desechar.

—Amigo mio, dijo Montesino de la Isla; si me lo permitís, mientras estais con estos caballeros, voy á ver lo que me manda la reina. Ya sabeis que me ha llamado.

—Sí, podeis ir: aquí os aguardo, si no es que he venido á estorbar la conversacion de estos señores.

—¡Cómo estorbar! exclamó Ramiro. Venid acá, mi buen amigo, venid: hablábamos de mi linda sobrina Elvira de Sandoval. Ya veis, conversacion propia de jóvenes que no piensan en meterse frailes.

Montesino se retiró. Pulgar tuvo deseos de seguirle; pero un secreto impulso superior á su voluntad le atrajo hácia el jóven que acababa de pronunciar el nombre de Elvira. Su rostro, notablemente alterado por los padecimientos morales, palideció mas aun, y un destello de fuego brilló en sus ojos amortiguados por el insomnio.

—¡Hablábais de vuestra sobrina! dijo. No sabia que esa jóven fuese sobrina vuestra.

—Sí, su madre era hermana de D. Álvaro de Mendoza, y prima hermana mia.

Esta sencilla declaracion, que habria parecido insignificante y trivial á cualquiera otro que á Pulgar, fué para nuestro jóven la expresion mas elocuente de consuelo que hubiera podido inventar su amigo. Con efecto, explicar el parentesco tan cercano, que meditaba entre Elvira y Ramiro, era lo mismo que justificar sus relaciones íntimas, y despojarlas de todo carácter de un amor profano.

Ya hemos visto como Pulgar, engañado por falsas apariencias, habia creido que Ramiro amaba á Elvira; mas tarde llegó á persuadirse que la jóven le correspondia; y como él por su parte se hallaba respecto á ella en una situacion anómala, como su amor era un secreto que jamás habia salido de su pecho, y hasta carecia del apoyo moral que dá una mútua declaracion de afectos, desde aquel punto resolvió combatir una pasion, que parecia haber nacido solo para ser contrariada.

Pero esto mismo habia envenenado mas su herida; pues la flecha del amor es como el anzuelo en la boca del pez, que mas se clava, cuanto mas se forceja para arrancarla. Pulgar, afligido por la muerte de su padre, quiso apartarse de todo trato humano: buscó en lo posible la soledad, huyendo de cuantos objetos pudiesen recordarle á la hermosa Elvira, pero este mismo empeño hacfa que constantemente se le presentase delante. Mientras tuvo ocupacion activa en la guerra, mientras alimentó una esperanza débil de ganar algun dia la estimacion de la jóven, vivió distraido, sin temer que nadie le disputase una dicha que habia soñado de un mado pasajero.

Quizás con el tiempo y la ausencia habria llegado á olvidar aquella impresion del momento. Pero nacieron las sospechas de que otros ambicionaban la misma joya, y nacieron los celos: comenzó luego la resistencia del orgullo y aun de la generosidad contra el amor: pero este sagaz combatiente venció á sus enemigos con sus propias armas.—Pulgar sentia en su corazon una voz que le gritaba:—«Perdiste la ocasion que te se presentó de asegurar tu ventura, y ya es tarde para recobrarla; no pienses en ello, porque sufrirás un desaire;» y á esta voz contestaba un gemido de arrepentimiento, que no era sino el soplo pa-

ra avivar la llama de su deseo.—Escuchaba otra voz que le decía:—«Si fuiste torpe ó descuidado, de quién te quejas? El hombre que la ama es digno de tu aprecio; debes tomar la mano de amigo que te ofrece.» Y sin embargo, esta idea generosa encendia en su alma el ódio, porque le representaba tanto mas imposible su dicha, cuanto mayores eran los merecimientos de su rival. Otras veces pensaba que acaso Elvira amaba ya á otro cuando él la conoció, y entonces el abatimiento se apoderaba de todo su ser, y se compadecia á sí mismo. Siempre tenia el escollo delante; á cualquier lado que se volviese, tropezaba siempre con los cuchillos de su tormento.

Así es que las palabras de Ramiro fueron para el enamorado jóven como el sonido de una campana para el viajero extraviado en noche borrascosa. En el primer momento sintió una alegría inmensa; poco despues volvió á nacer la incertidumbre. No eran tan próximos parientes Elvira y Ramiro, que no pudiesen casarse.

—Os creia mas enterado de cuanto atañe á Elvira, continuó el señor de Toral. Seguro es que ella no está tan ignorante de lo que á vos concierne, pues no pierde ocasion de elogiaros, como mereceis, y os considera como á uno de sus mejores y mas desinteresados amigos.

Pulgar se avergonzó de oír este elogio en boca del que creia su rival; pero en seguida sospechó que Ramiro le hablaba con ironía, y que sus palabras eran la espresion de los celos.

—No me conceptuo digno de tanto favor por parte de doña Elvira, contestó. Si esa noble jóven me favorece, como decís, sin duda es por efecto de su mucha bondad.

—Eso es ya demasiada modestia, señor de Pulgar, repitió Ramiro. Y dirigiéndose á D. Diego, añadió:—Figuraos, amigo mio, que este caballero encontró á Elvira y á su padre en grave peligro de muerte, y sin conocerlos, les salvó la vida con su arrojo; que siendo adversario político de ellos, los albergó en su casa; que mas tarde me defendió con heróico valor, sacándome de entre una caterva de enemigos, y en seguida, teniendo en su poder á D. Pedro de Sandoval, usó con él de la mas fina

cortesanía, protegiendo su fuga; y decidme si Elvira tiene motivos para estarle agradecida. Es mas: el hombre que hace todo esto, ni siquiera se presenta á recibir en premio de sus bellas acciones una palabra de gratitud. ¿Puede darse mayor desinterés? Cuanto Elvira y yo digamos en su elogio, es poco, y si alguna queja tenemos, será la de que desdeñe nuestro trato, como parece hacerlo.

Á pesar de esta franca manifestacion, Pulgar no desechaba sus crueles recelos. «Elvira, pensó, me agradece que haya defendido á su amante.» La delicadeza le obligó, sin embargo, á contestar:

—Me ofenderiais, si creyeseis que puedo desdeñar vuestras bondades. Mis desgracias me tienen alejado, ya os lo he dicho, de toda comunicacion con las gentes.

—Pero no deberian alejaros de vuestros amigos, que os habrian consolado.

—Tiene razon mi amigo Ramiro, añadió D. Diego; y desde hoy es menester que hagais vida nueva. Si mi amistad vale algo, con todo mi corazon os la ofrezco, y creeré no poder emplearla en cosa mejor que en restituiros la alegría.

—Pulgar tomó la mano que le presentaba D. Diego, y ahogando un suspiro, repuso:

—Nunca podré hacer lo bastante para merecer una amistad tan generosamente ofrecida.

—Es que no os la ofrezco sin condicion. Desde este momento podeis pensar que estais obligado á divertirlos; porque yo gusto de la vida alegre, y vos no teneis cara de anacoreta. Con que así, preparaos á reir y á diablear: entre los tres podremos revolver el mundo.

—No conteis conmigo por ahora, dijo Pulgar.

—¿Qué nó? Es verdad; habia olvidado que pensais haceros monge.

—No será mal monge, añadió Ramiro, siguiendo la broma, por distraer á Pulgar, el que derriba un hombre de cada cintarazo.

—Apuesto cualquier cosa, dijo D. Diego, á que nuestro amigo está enamorado: ¿Acerté?

—Bien podria ser, contestó Pulgar con amarga sonrisa.

—Sin duda es eso, dijo Ramiro: y ahora me convenzo de que tiene razon Elvira.

—¿Y qué sabe doña Elvira de estas cosas? replicó Hernando algo turbado.

—Ella no sabe nada; claro está: pero se le ha puesto en la cabeza que sois vos el incógnito que triunfó en el último torneo..... Cuidado, Pulgar, añadió en seguida Ramiro, viendo que á su amigo se le encendia el color del rostro;—cuidado que no trato de sorprender vuestro secreto. Esto no es mas que una suposicion de ella y mia: principalmente mia.

Pulgar se encogió de hombros, no sabiendo que decir. Él era, en efecto, el vencedor laureado en el torneo; él mismo que, habiendo visto á Ramiro separarse de la régia comitiva, y sospechando que iba á rendir los trofeos ganados por él á los piés de su dama, se propuso seguirle, para satisfacer su curiosidad; él mismo, en fin, que sorprendiendo á Elvira en la ventana con una sortija en la mano, y en actitud de saludar á Ramiro, arrancó de su yelmo la diadema de laurel y siemprevivas, y la hizo pedazos.

Esta última circunstancia le retraia de confesar que él era el caballero incógnito. ¿Qué pensaria Elvira de su estraña conducta? ¿No sería, tal vez, objeto de burlas entre ella y Ramiro? Valía mas negar la verdad que esponerse á los comentarios de una mujer amada y de un rival correspondido. Pero, ¿cómo mentir? ¿No era esto indigno de un caballero? Por otra parte las alusiones hechas á su recóndita pasion, y las referencias de Ramiro á conversaciones tenidas sobre su proceder en el torneo, parecian dar á entender que su secreto estaba descubierto, y le hacian sospechar que esta conversacion era una sangrienta burla. El pobre jóven fluctuaba entre la confusion y el despecho. Por contestar algo, dijo:

—¿No sé por qué hubiera de avergonzarme, si fuese yo el incógnito que decís?

—¡Oh! ¡por nada! replicó Ramiro. ¡Pardiez! Un caballero, que entra solo en el palénque, cuando está mas empeñada la refriega, y casi dispersos los campeones; los reorganiza y ar-

remete luego con los mantenedores; saca uno de la silla al primer encuentro, derriba otro al solo empuje del caballo; para con el escudo un bote de mi puño, haciéndome astillas la lanza; y en fin, logra el triunfo mas completo y legítimo; un caballero así no tiene sino motivos para blasonar de su hazaña.

—¡Y quereis que ese caballero sea yo!

—Lo habria jurado.

En este momento vino á sacar de su perplejidad á Pulgar la presencia de Montesino de la Isla. El hidalgo traia en la mano dos pliegos cerrados, de los cuales entregó uno á Ramiro, reservándose el otro.

Ramiro abrió el suyo, que contenia el seguro de la reina. Montesino dijo á Pulgar:

—Nos separamos, amigo mio: mañana debo partir para Galicia.

—Tanto mejor, repuso D. Diego: así podremos disponer de nuestro amigo.

—Sí, pero no por hoy, dijo Pulgar: en vísperas de ausencia me debo todo al señor Montesino.

—Es muy justo, es muy justo, replicaron D. Diego y Ramiro.

Pulgar se separó de ellos y siguió al hidalgo, llevando en su corazon el tormento de la incertidumbre.

«Si ese hombre, pensaba, me roba la dicha, ¿qué destino fatal le hace cada vez mas digno de mi estimacion? Daria la mitad de mi vida por poder despreciarle y aborrecerle.»



CAPITULO IX.

De como D. Fadrique acabó de enmendarse.



LA mayor desgracia de Pulgar era, con efecto, la de poseer un amigo bueno y leal en Ramiro. Su alma franca no podia decidirse á concebir que hubiese doblez en las espresiones afectuosas y laudatorias de aquel jóven; y siendo esto así, ni aun pensar debia en disputarle el amor de Elvira: un destino fatal le condenaba á embotar las armas de la ira luchando contra su propio corazon.

El dia siguiente, despues de haber despedido á Montesino y consolado á la tierna Francisca, lo pasó encerrado en su cuarto, entregado á un rudo combate. Repasaba en la memoria todas las palabras de Ramiro, y se atormentaba sin provecho, arguyéndole la pasion con los mas sùtiles sofismas.—«Ramiro no ama á Elvira, se decia, sino como á una próxima parienta y amiga; pero entonces, ¿cómo es que á cada momentó la recordaba? ¿Por qué parecia complacerse en darme á conocer su intimidad con ella?—Sí, la ama, y tiene celos de mí.... Pero ¿cómo es posible, si yo no he revelado á nadie mi pasion? ¡Quién sabe! Acaso mis impru-

dencias me han descubierto: acaso la gratitud que ella me tiene incomoda á su amante, y le ha hecho que sospeche la verdad. Sí, esto es: por eso insistió tanto al encarecerme cuanto Elvira me aprecia. ¿Sería su objeto fondear mi corazón? ¡Oh! en este caso se ha salido con la suya, porque mi torpeza era estremada. Pero no puede ser: él lo sabía todo; mi incógnito en el torneo, mi aventura despues debajo de la ventana..... Sí, todo lo sabía..... Entonces, se ha estado burlando de mí..... y el otro también..... ¡Oh! Pero yo me ciego: no es posible, no: aquella ingenuidad con que hablaban; aquel calor con que él hacía mi elogio..... No cabe tanta falsía en un pecho noble. ¡Si yo pudiera convencerme de que él me ódia, y me brinda con una amistad mentida!.... ¿Por qué no me ha cabido en suerte un rival franco, un rival enemigo, irreconciliable, audaz, que me disputase el corazón frente á frente para yo arrancarle el suyo?»

Callaba un rato, y luego esclamaba de repente:

«¡Pulgar! ¿hasta qué miserable estado has descendido? ¡Tú esclavo de un amor insensato! ¡Ah! ¡me avergüenzo! Yo debo olvidar á esa mujer, y ocuparme en cosas mas dignas de mi prosapia..... ¡Olvidarla! ¡Si pudiese estrujarme el corazón!.... Y me llaman valiente, cuando no tengo fuerzas para desechar el recuerdo de una niña.—Sí, las tendré, ¡vive Dios! ¡Fuera de mí, livianos pensamientos, que enervais mis fuerzas y me quitais el valor!.... ¡Mi caballo, mi espada, campo abierto y enemigos de Dios y de mi patria que combatir, esos deben ser mis amores! Y en pos de la pelea, cuando vuelva, con mi bridon rojo en sangre hasta la cincha, oir los gritos de victoria, y sentir en mi rostro el aura de las rosas y de los laureles; y que digan las damas: ¡allí viene Pulgar, el invicto, el glorioso campeón! Y luego..... ¡Ah! ¡No tener un pecho amante sobre que reclinar mi cabeza!.... Sí, lo tendré..... Elvira será mia: lo será, porque Ramiro miente; no es mi amigo..... yo nada le debo..... ¡Estoy loco!»

En seguida se dejaba caer abatido en una silla, y lanzaba gemidos como un leon aprisionado.

Volvia luego á comenzar con calma sus reflexiones, y así pasó casi todo el dia. Tristan se asomaba de tiempo en tiempo á la puerta del aposento, movia ruido procurando distraer á su señor, le hablaba sin obtener contestacion las mas de las veces, y se retiraba meneando la cabeza, y diciendo:

—El demonio anda aquí, ó alguna consocia suya, como dice el doctor en mi lugar.

Al anochecer logró el escudero hacerle tomar algun alimento, y en seguida Pulgar se ciñó la espada, púsose un sombrero, y se dirigió á la puerta. Tristan, que le observaba, sin decir nada, le echó un ferreruelo sobre los hombros, porque el tiempo amenazaba tormenta, y se apresuró á salir detrás de él, siguiéndole á larga distancia.

La noche estaba lóbrega, nubes densas y desiguales cubrian el cielo, dejando á trechos espacios blanquecinos, iluminados por el escaso resplandor de las estrellas, que no llegaba á la tierra: el aire oscilaba, perdido su equilibrio por la absorcion eléctrica, que no habiéndole aun impreso un rumbo fijo, le obligaba á moverse en ráfagas intermitentes. La luz trémula de los relámpagos, brotando de varios puntos del horizonte, hacía surgir del seno de las tinieblas las agujas de los templos, que en seguida se tragaba una oscuridad mas profunda.

Apenas transitaba un alma por las calles de Valladolid: por ellas enderezó Pulgar su paseo errante y solitario, y quien le hubiese visto marchar sin rumbo cierto, embozado en su ferreruelo negro y con la mano en la espada, le habria tomado por el espíritu de algun desesperado galan, evocado de la tumba por la tempestad. A treinta pasos de él, parándose cuando él se paraba, y precipitando la marcha cuando era necesario, le seguia Tristan.

De este modo llegaron á las inmediaciones del monasterio de San Benito. El jóven apoyó la espalda en el muro de este edificio, mirando con avidez á una iluminada ventana de la casa que tenia enfrente: el escudero se quedó en la esquina del monasterio.

Los rugidos del trueno sonaban, ya lejanos, ya en próximas

regiones, y el viento dislocado zumbaba en los campanarios, haciendo rechinar las enmohecidas veletas. En medio de este lúgubre concierto, se dejó oír la armonía de un arpa: en los vidrios de la ventana iluminada se pintaba la sombra del instrumento, y se veían, moviéndose á compás, las manos que lo tocaban. Pulgar concentró todas sus facultades en aquel punto, y oyó á poco una voz femenil, dulce y sonora que cantaba:

Ya vuelve de la frontera
mi caudillo vencedor;
las plumas de su cimera
mece el aura del amor.—
Caballero mas garrido
no ha nacido,
ni mas diestro campeador:
cien moros ha cautivado
mi amado batallador.

—
Bajad el ferrado puente,
que ha venido mi señor,
y he de refrescar su frente
con el aura del amor.—
Ven, mi bravo caballero,
que te espero,
cautiva de tu valor.

Descansa, que estás cansado,
mi amado batallador.

Cesó de pronto la voz y la armonía del arpa, y Pulgar exhaló un suspiro, que fué ahogado por el fragor de la tempestad. Aquella voz era la de Elvira: el jóven la reconoció, aunque la oía cantar por primera vez. Sus ojos permanecían fijos en la ventana: en el momento de concluir el canto vió acercarse rápidas dos sombras y confundirse en un estrecho abrazo: estremeciése de piés á cabeza, y llevó la mano á la guarnicion de la espada; pero en seguida respiró con fuerza, como si le aliviasen de un gran peso: las dos sombras, al separarse, quedaron inmóviles un momento, y Hernando pudo conocer que eran las de dos mujeres. En seguida se desvanecieron.

Mas no por esto el jóven pudo resolverse á retirarse de aquel sitio, donde parecia que sus piés habian echado raíces. Guarecido trás del ángulo saliente de una pilastra, permanecia observando, sin que la oscuridad le permitiese ver mas que el cuadro luminoso de la ventana.

Un brillante relámpago inundó de luz verdosa la plazuela del monasterio: Pulgar, aunque ofuscado por el resplandor, pudo percibir la figura de un hombre, que parecia recoger un objeto del suelo: en seguida oyó un golpecito seco, cual si hubiesen tirado una china á los vidrios de la ventana. El corazon de nuestro jóven palpitó con violencia. Esperó, sin embargo, dominando la cruel ansiedad que le devoraba. Pasado un corto iotérvalo, una mujer se acercó á la ventana, abrió los vidrios y echó el cuerpo fuera. El contorno de aquella mujer era el de Elvira. Pulgar reprimió la respiracion para oir: no podia creer lo que miraban sus ojos.

—¡Elvira! exclamó el hombre que aguardaba en la calle.

—¡Ramiro! contestó la mujer.

Ya era imposible dudar: la realidad mas horrible se mostraba desnuda, bajo las deliciosas formas del amor correspondido. Pulgar empuñó la espada, resuelto á morir ó dejar en el sitio á su contrario; pero se detuvo al oir á la jóven, que decia:

—Esperad: no sé si podrá salir.

Elvira se retiró de la ventana.

—¡Qué es esto, Dios mio! murmuró Pulgar: ¿seré juguete de una ilusion? ¿Habré oido mal?

Á poco apareció de nuevo una forma de mujer: era la misma de Elvira, ó al menos asi pareció á Pulgar. Ella y Ramiro hablaban tan quedo, que apenas se les podia oir; sin embargo, el metal de la voz de aquella mujer, no era el de Elvira. Por fin pudo Hernando percibir distintamente estas palabras:

—Perdonad, querida Estrella, si os he ofendido con mi venida. ¿Cómo queriais que yo pasase un dia sin veros, y sin escuchar la dulce armonía de vuestro acento?

Pulgar, en el frenesí de su alegría repentina, creyó estar soñando.

—¡Ah, soy feliz! exclamó interiormente. ¡No es á ella! ¡no es á ella!

Y recatándose de los dos amantes, se deslizó á lo largo de los muros del monasterio. Todavía volvió á pararse en la esquina junto á donde Tristan estaba oculto, permaneciendo allí un rato pensativo, á pesar de la lluvia que comenzaba á caer en gruesas gotas.

Por último oyó el ruido de cerrar los vidrios de la ventana y los pasos de Ramiro que se alejaba; y ya pensaba retirarse cuando hácia el otro extremo de la calle sintió el rumor de una pelea, y voces que gritaban:

—¡Dáale! ¡dáale! ¡que no se escape!

—¡Qué es esto! exclamó Pulgar, aplicando el oído.

La trémula antorcha de la tempestad vino en su ayuda, mostrándole un caballero acorralado por seis ó siete villanos armados de palos. Inmediatamente corrió hácia el lugar de la lucha, espada en mano y gritando:

—¡Ánimo, caballero, que ya somos dos!

—¡Y yo tres! dijo una voz detrás de Pulgar.

Era la del fiel escudero Tristan, que habia seguido los pasos de su señor.

—¿Tú aquí, perillan? exclamó el jóven: no estás de sobra. ¡Firme con ellos!

Y comenzó á dar tajos y reveses con tal brío, que en pocos momentos hizo retroceder á los villanos.

Sin embargo, éstos, fiados en la superioridad del número, pues eran siete contra dos, en atencion á que habian desarmado al otro caballero, al tiempo de acometerle, seguian luchando con una terquedad brutal. Pero no tardaron mucho en sentir el peso de la mano del jóven continuo, y el de la no muy ligera de Tristan. Dos de ellos cayeron aterrados, con las cabezas abiertas y pidiendo misericordia con sus gritos; los demás, temerosos de un igual contratiempo, trataron de apelar á la fuga.

Pero en aquel momento se oyó ruido de pasos precipitados, y á poco aparecieron en la oscuridad seis ú ocho embozados,

que sacando algunos faroles de debajo de las capas, se dieron á conocer, al grito de:

—¡Ténganse á la Santa Hermandad!

Los apaleadores echaron á correr en varias direcciones, menos uno, á quien Tristan cogió por el cuello, y los otros dos que habian quedado tendidos.

—¿Qué ha pasado aquí? preguntó el jefe de la cuadrilla.

—Este mal-engendro lo dirá, contestó Tristan, presentando, sin soltarlo, el individuo que habia cogido.

—Suélteme, con mil diablos, dijo el villano, y no apriete tanto, que yo no tengo la culpa de nada. Yo he sido mandado.

—¿Á ver, á ver? repuso el cuadrillero: ¿quiénes son esos heridos?

—Son, dijo Pulgar, otros dos agresores, de los que han acometido villanamente á este caballero, á quien yo he defendido, como es mi deber.

—¡Ah! ¡Pulgar! exclamó el apaleado. No os habia conocido, amigo mio.

—¡Ramiro! ¡Vive Dios! Lo sospechaba, contestó Hernando. ¿Qué infamia ha sido esta?

—Recelo que esto viene de D. Fadrique Henriquez.

—Aquí tengo un cuco, que lo cantará claro, dijo Tristan, dando un empellon á su víctima, sin soltarle. Vamos á ver: ¡canta y dinos quién te ha mandado, ó por la camisa de San Rogelio que te he de ahogar!

—Señores, contestó el villano: yo soy criado del señor almirante, y he tenido que obedecer á quien me paga.

—¡Mientes, canalla! El almirante no puede haberte mandado esto, replicó Pulgar.

—Pero me lo ha mandado su hijo.

—¡Cómo, su hijo! exclamó el cuadrillero, acercándose despues de reconocer á los heridos y dejarlos en manos de sus agentes.—¿Y dónde está el señor D. Fadrique? Hablad.

—No lo sé: partió esta mañana de Valladolid.

—Señores, repuso el cuadrillero: tendreis la bondad de acompañarme á casa del señor condestable.

—Con mucho gusto, dijo Pulgar; pues deseo que esta noche queden en buen recaudo estos tres malhechores. Vamos ya, que la tempestad arrecia.

En seguida se encaminaron todos á casa del condestable Haro, jefe supremo de la Hermandad.



CAPÍTULO X.

Una visita intempestiva.



SEAN las diez de la noche: las nubes, despues de haber descargado, con fuertes detonaciones y torrentes de lluvia, el fluido eléctrico, de que estaban impregnadas, cubrian toda la estension del cielo, presentando una superficie igual y uniforme, y derramaban un abundante rocío.

En un aposento mediano del palacio real de Valladolid, amueblado con noble sencillez, y cuyos objetos de mas valor eran un reclinatorio de ébano embutido de plata, con un crucifijo de buena escultura encima, y un lecho de persona con colgaduras de seda, velaban dos personas; la una recostada en la cama, la otra sentada en un sillón, leyendo el evangelio del dia, á la luz de una lámpara colocada sobre una mesa de noche. La primera era doña Isabel; la segunda, su íntima amiga la marquesa de Moya.

Oíase dar en los vidrios de una ventana el agua impulsada por el viento, y el monótono ruido de la lluvia que caía en la calle, parecia convidar al recogimiento, y armonizaba suavemente con el murmullo de la lectura.

Doña Isabel escuchaba con atencion religiosa las palabras del libro santo, y como si fuesen un alivio para su corazon acongojado, cada vez que la dama se interrumpia para volver una hoja, la reina miraba en torno suyo, y exhalaba un suspiro.

La marquesa concluyó su lectura, y cerró el libro, dejando un dedo dentro.

—¿Se acabó ya, Beatriz? dijo la reina.

—Os ha parecido corto: ¿no es verdad?

—Ciertamente; porque nunca me sació de beber en ese manantial de consuelos celestiales. Mi espíritu encuentra en él la sabiduría, la calma y la fortaleza.

—¿Os sentís mejor?

—Sí; gracias, amiga mia, por tu cuidado.

—No habeis permitido que se llame al sabio doctor de Toledo.....

—No: el médico del cielo es el único que entiende mi dolencia. Mi mal está, Beatriz, en el corazon: bien lo sabes; y solamente Dios dá el remedio para curarlo. ¿Ves? la palabra divina me ha confortado, infundiéndome la resignacion, la conformidad y el valor para perdonar. Ya me siento aliviada y fuerte..... ¡Qué noche! ¿Dónde estará ahora mi Fernando?

Sonó en este momento un golpecito dado en la puerta de la estancia.

—Vé quien llama, dijo doña Isabel.

La marquesa se dirigió á la puerta y la abrió. La persona que habia llamado era una de las damas que estaban de servicio, la cual habló muy pocas palabras con doña Beatriz.

—Esperad, le dijo ésta, volviendo al lado de la reina.

—¿Qué ha ocurrido, Beatriz? preguntó doña Isabel, incorporándose.

—Acaba de llegar á palacio el condestable, y desea hablar á V. A.

—Que pongan luz en mi cámara, y que entre el condestable.

Doña Beatriz transmitió la orden á su compañera, y volvió á componer el tocado de la reina.

Pocos momentos despues, doña Isabel, acompañada de dos damas, aguardaba en su cámara al personaje anunciado. El conde de Haro entró solo, y hecho el debido acatamiento, esperó que se le mandase hablar.

—Asunto importante debe de ser el que os trae á estas horas á mi palacio, condestable, dijo la reina.

—Importante es, señora, contestó el conde, por su gravedad, aunque no por su urgencia; pero no me ha parecido conveniente demorar el daros noticia de él.

—¿Qué es? Hablad.

—Señora, el apreciable jóven señor de Toral, acaba de ser apaleado en las calles de Valladolid por una pandilla de hombres miserables, que cobran sueldo de vuestro primo el almirante. Ya conoceréis que el hecho es grave, por cuanto esto puede ocasionar bandos terribles entre dos de las mas poderosas familias de Castilla, Henriquez y Mendoza, con sus numerosos deudos y parciales.

—¿Pero estais seguro de lo que decís, condestable? preguntó la reina, pasándose la mano por la frente, bañada en sudor frio.

—Tan seguro estoy, señora, como que tengo presos á tres de los agresores, dos de ellos heridos de mano de vuestro contínuo Pulgar, que llegó á tiempo para defender á Ramiro; y esos mismos agresores han confesado su culpa, como tambien que han obedecido las órdenes de D. Fadrique Henriquez.

¿Y cómo no me habeis traído preso á D. Fadrique?

—Señora, nunca me hubiera estralimitado á tanto.

—¿Por qué no?

—Es un grande de Castilla.....

—¡Es un criminal! prorumpió doña Isabel con los ojos chispeantes de indignacion. Es un criminal, y un mal vasallo, que pisa mi corona; y vos teneis el doble cargo de acabar con los malvados, y de sostener el esplendor de mi majestad.

—Reconozco mis deberes, señora, repuso el condestable; pero aun así, no me habria sido posible hacer prender á D. Fadrique, porque no está en Valladolid.

—Le habeis mandado buscar.

—Sí, señora.

—¡Y no está en Valladolid!

—Partió está mañana, segun dicen, para el castillo de Simancas, donde se halla su padre.

—No se me escapará, dijo la reina.

Y volviéndose á una de las damas, añadió:

—Prevenid que inmediatamente me ensillen un caballo, y que haya seis de mis oficiales dispuestos á acompañarme.

La noble dama se apresuró á obedecer; mientras el condestable decia:

—No es mi ánimo, señora, oponerme á vuestra voluntad soberana; pero, ¿á qué fin habeis de tomaros tanta molestia, y en una noche como esta, cuando el cielo parece que se deshace en lluvia? Si quereis adoptar una resolucion activa, pronta, ¿os faltarán ejecutores fieles, sin necesidad de que vos misma salgais de vuestro palacio?

—No dudo de la fidelidad de mis servidores, conde, respondió la reina; pero ninguno me servirá en esta ocasion como yo misma. Nadie puede ser el ejecutor de mi voluntad, porque se trata de castigar á uno de los primeros grandes de Castilla, y solamente yo soy superior á él.

—Pero ved, señora.....

—No insistais, Velasco: mi determinacion es irrevocable. ¡Quedad con Dios! No puedo detenerme.

Diciendo esto, la reina se encaminó presurosa á su estancia reservada, y dijo á la marquesa de Moya, que la seguia:

—Vísteme pronto, Beatriz: quiero estar en Simancas antes de media noche.

Mi querida señora, repuso la marquesa con tono suplicante: ¿no pudierais dejar este viaje para mañana? Oid como llueve: no estais buena, y acaso espongais vuestra preciosa vida.

Es imposible, amiga mia. La justicia ha de ser pronta para ser saludable. Si dejase yo esto para mañana, me costaria una enfermedad: y luego, que pudiera escapárseme D. Fadrique. No, no.

—¿Con que os empeñais en marchar?

—Sí, es preciso.

—Pues bien, al menos acedme la gracia de que os acompañe.

—¿Acompañarme tú? ¿Para qué? No hay necesidad, amiga mía. Tengo que ir muy deprisa y no podrias seguirme... Vamos, vamos: vísteme pronto.

Una ráfaga de viento pasó silbando por los muros de palacio, y la lluvia azotó con fuerza los vidrios de la ventana.

—¡Dios mio! exclamó doña Beatriz: ¡con este tiempo!... Vais á enfermar.

—Descuida... Me pondré un sombrero ancho y un tabardo de abrigo... Pero ya ves: si me ha de hacer daño la lluvia, tambien te lo haria á tí: no quiero que te espongas cuando no es necesario.—Vamos: ya estoy bien... ¡el fieltro y el tabardo!...

Beatriz trajo las prendas que pedia doña Isabel, y se las puso con particular cuidado.

En el vestíbulo de palacio aguardaban ya seis caballeros montados, y un palafrenero tenia de las riendas el caballo de la reina, la cual, atravesando la muchedumbre de servidores suyos, que pululaban, atraídos por la novedad de aquel repentino y extraño viaje, bajó rápidamente la escalera, seguida de su amiga, y teniendo el estribo el mismo condestable, cabalgó de un brinco.

—Si me lo permitís, os acompañaré, dijo el condestable.

—No, conde, repuso la reina: os podriais enemistar con el almirante. ¡Adios! Hasta luego.

Y picando al caballo, pasó como una saeta por entre los oficiales, diciéndoles:

—¡Á escape, caballeros! Á Simancas vamos.

Todos los habitantes del palacio se quedaron asombrados, sin atreverse á comunicar unos con otros la profunda impresion que les habia causado la enérgica determinacion de la reina: muchos ignoraban hasta el objeto de aquella precipitada marcha, y estaban poseidos de vagos temores: los que lo sabian, temblaban al pensar en las terribles consecuencias que pudiera traer un paso tan audaz, aconsejado, al parecer, por la ira. No

se percibía ya el ruidoso galope de los caballos, y aun permanecían los servidores de la reina mudos de asombro, y mirándose unos á otros.

Entre tanto doña Isabel, recibiendo en el rostro el azote de la lluvia, llevaba flojas las riendas del caballo, que, cual si conociese la impaciencia de su señora, la conducía con una velocidad fabulosa. En dos minutos atravesó la ciudad, y haciéndose abrir las puertas, salió al campo. Sus oficiales la alcanzaron á la salida, pero muy pronto la perdieron de vista, siendo vanos todos sus esfuerzos para igualarla en la rapidez de la carrera. Una hora bastó á la intrépida amazona para andar las dos leguas que separan á Simancas de Valladolid: la escolta llegó cinco minutos despues, y encontró á nuestra heroína esperándola y refrenando la impetuosidad de su bridon. Las fuertes torres del castillo de Simancas se dibujaban confusas en el ceniciento lienzo de las nubes, que á la sazón despedían una espesa y menuda llovizna. Los centinelas habian observado el ruido de los caballos, y se notaba movimiento detrás de los adarves.

—Flojos andais, mis caballeros, dijo doña Isabel.—Adelántese alguno, y mande abrir la puerta de ese castillo.

Uno de los oficiales avanzó hácia el rastrillo, y á los pocos pasos se detuvo, al oír la voz de un vigilante que le gritaba:

—¡Quién vá!

—¡La reina! contestó el caballero: ¡abrid á la reina!

Estas palabras produjeron una extraordinaria agitacion en el castillo. Apenas podían creer sus moradores que doña Isabel estuviese á sus puertas á una hora tan avanzada de la noche, y con el mal tiempo que hacía. Inmediatamente se dió aviso al almirante, que estaba durmiendo, muy ageno de esperar la régia visita.

—¿La reina decís? ¿Estais locos ó borrachos? preguntó don Alonso Henriquez incorporándose en el lecho, y mirando á sus servidores con ojos ahotargados.

—No lo dudeis, señor, le dijo el alcaide de la fortaleza. Levantaos: la reina espera, y está lloviendo.

—¿Qué busca aquí la reina?... repuso el almirante, ponién-

dose á toda prisa una sobrevesta larga de brocado, y calzándose unas babuchas de tafíete rojo, bordadas de oro.—Id, no la detengais... Pero reconoced antes si es efectivamente S. A.

Mientras D. Alonso acababa de vestirse, dando disposiciones para recibir decorosamente á su augusta prima, ésta, reconocida por el alcaide, pasaba con rapidez el rastrillo, seguida de sus oficiales y echaba pié á tierra en la plaza de armas; y mandando á dos de aquellos precederla con las espadas desnudas, y á los otro cuatro que la aguardasen, tomó el camino de una escalera, sin mas ceremonia, dirigiéndose, como quien conocia bien toda la distribucion interior del edificio, á la estancia del almirante. Al llegar á la puerta, ordenó á sus dos caballeros permanecer allí en guardia, y pasó adelante. El alcaide entró detrás con las llaves del castillo en la mano.

Á este tiempo salia el almirante de su dormitorio, y apresurándose á saludar á la reina, la dijo:

—Dispensad, señora, que no se os haya hecho el debido recibimiento: vuestra llegada nos ha cogido de sorpresa.

—Estais dispensado, señor almirante.

—Si os dignais tomar asiento....

—¡Gracias! ¿No hay aquí nadie mas que vos de vuestra familia?

—Nadie mas, señora. Pero.... ¿podré saber á qué debo el honor de esta estraordinaria visita?

—Sí, podeis saberlo, contestó la reina frunciendo sus finas cejas y estendiendo el brazo con dignidad. ¡Almirante de Castilla, vengo á prender á vuestro hijo!

La delicada figura de la reina parecia haber crecido en aquel momento un palmo, y se ostentaba tan gallarda y valiente, que habria merecido ser copiada por el mágico pincel de Velazquez. Su rostro, azotado por la lluvia, tenia un color de rosa mas encendido que de ordinario, y en sus labios entreabiertos, y en el brillo magnético de sus ojos azules, y en la actitud imponente de su cabeza, se descubria todo el poder fascinador del génio de la majestad.

Don Alonso Henriquez, subyugado por aquel poder moral in-

The first part of the report deals with the general situation of the country and the progress of the war. It is followed by a detailed account of the military operations in the various theatres of war. The author then discusses the political and economic conditions of the country and the impact of the war on the population. The report concludes with a summary of the findings and recommendations.



Quiero que todos sean iguales ante la ley.

contrastable que á su vista se levantaba sobre el frágil pedestal de una débil mujer, y sorprendido por las duras palabras de la reina, quedó turbado algunos momentos, con los brazos caídos y la cabeza baja; pero luego, recobrando la dignidad de su clase, dijo:

—Señora, no es posible lo que quereis.

—¿Y quién se opondrá? ¿Seréis vos por ventura? repuso la reina con una energía que demostraba de cuanto era capaz su corazón animoso.—No lo creo, añadió en seguida con un acento noble, mezclado de severidad y dulzura. El almirante de Castilla, el primer apoyo de mi autoridad, no impedirá que yo castigue á un delincuente, aunque ese delincuente sea su hijo.

—No he querido decir, señora, contestó D. Alonso, que trate de oponerme á vuestra voluntad. Si Fadrique ha delinquido contra vos, yo, como padre y como vasallo de V. A., estoy pronto á contribuir á vuestro desagravio. Pero Fadrique no está en Simancas.

—¿Qué no está aquí? replicó la reina, sonriéndose y moviendo la cabeza en señal de incredulidad. Permitidme que lo dude: sois su padre.

Y dirigiéndose al alcaide, que permanecía lleno de asombro, arrimado á una pared y con las llaves en la mano, le dijo:

—¿A ver? Tomad una luz, é id delante de mí.

El alcaide hizo lo que le mandaba la reina, y ésta registró una por una todas las habitaciones del castillo, cuidando de hacer cerrar las puertas de comunicacion, que pudiesen servir para frustrar su intento. Sin embargo, todas sus pesquisas fueron inútiles; y convenida, por último, de que D. Fadrique, ó no habia ido á Simancas, ó habia logrado fugarse, volvió á donde estaba el almirante, y se despidió de él diciéndole:

—Don Alonso; vuestro hijo ha incurrido en mi mayor desagrado: me vuelvo á Valladolid con el profundo sentimiento de no haber podido encontrarle, á vos dejo el encargo de presentármelo, y hasta que así lo hagais, no piseis los umbrales de mi palacio.

—¿Tan grave es la falta que ha cometido Fadrique?

—Sí, muy grave; tan grave que no se la perdonaré jamás, tenedlo entendido. Ha despreciado mi real seguro, dado de palabra y por escrito espresamente para evitar sus tropelías, cometiendo una agresion brutal é indigna de un caballero contra uno de mis mas leales vasallos.

—¡Ah! murmuró D. Alonso, meneando la cabeza con muestras de pesar: ¡ese hijo..... ese hijo!.... Señora, yo os prometo corregirle severamente.

—Bueno es que vos le corrijaís; pero no por eso olvideis lo que os he dicho. ¡Adios!

—Pero, señora, ¿es posible que os marcheis sin descansar?

—No estoy cansada. ¡Buenas noches, almirante!

Y sin aguardar mas respuesta, salió de la estancia, bajó al patio, montó á caballo, y se volvió á Valladolid.

Al dia siguiente se hallaba la reina en la misma habitacion en que la encontramos al empezar este capítulo. Estaba en cama con alguna fiebre y el cuerpo quebrantado de resultas de la fatiga de la noche anterior. Beatriz de Bobadilla la asistia con su acostumbrado esmero y cariño: algunas otras damas la rodeaban, y el doctor de Toledo, su médico de cámara, la hacía varias preguntas para conocer su dolencia.

—No os canseis doctor, le dijo por último doña Isabel: mi mal es conocido. «Me duelen los palos, que ha mandado dar D. Fadrique contra mi real seguro.»



CAPITULO XI.

De como D. Fadrique fué paseado con escolta de honor.



URANTE una semana no se habló de otra cosa en los círculos de la corte, y aun entre todos los habitantes de Valladolid, que de la enérgica actitud tomada por la reina en el negocio de los palos de D. Fadrique, y de la notoria desgracia en que habia caido por esta causa, la familia del almirante, cuyos miembros, sin escepcion, no eran recibidos en palacio. El asunto se prestaba mucho á la charla, tanto por ser ruidoso en sí mismo, cuanto por la condicion elevada de las personas que figuraban en él.

Sin la conducta singular de la reina, la murmuracion y la sátira probablemente habrian hecho blanco de sus mordaces tiros al caballero apaleado; pues tal suele ser la condicion humana, que á las veces se goza en reir á costa del caido, aunque padezcan por ello la conveniencia y la justicia; pero el espíritu de los que obedecen se amolda con facilidad á las tendencias de los que mandan, siendo éstas en sí graves y justas; y la corte de Valladolid, mirando al rostro de su soberana, conoció por su seriedad, que la ocasion no era de risa, y

dió á cada cual su merecido, reprobando el comportamiento audaz y villano de D. Fadrique, y manteniendo el señor de Toral en todo el goce de su estimacion.

Pero doña Isabel no se dió con esto por satisfecha: se habia cometido el escándalo, maltratando en su persona á un caballero, y ofendiéndole además en su honor y en la buena fama de su ilustre familia. Para ofrecer una pública reparacion de este agravio, al terminar un dia la reina su audiencia de justicia, estando rodeada de las personas mas notables de su corte, vió á Ramiro entre otros oficiales, y le dijo de modo que todos lo oyesen:

—He sabido que está aquí vuestra sobrina Elvira de Sandoval, y como me consta que vuestra familia es de las mas nobles é intachables y de las mas honradas, desearia tenerla á mi lado, como tambien á su prima Estrella de Solís. Podeis decírselo.

Á consecuencia de esto Elvira y Estrella se contaron á poco en el número de las damas de la reina; y entre tanto la familia entera del almirante permanecia en desgracia.

Pulgar estaba de enhorabuena: la fortuna parecia favorecerle, pues un momento habia disipado la negra borrasca de sus infundados celos, estrechando la distancia que le separaba de su amada Elvira, y descargando su conciencia del ódio que sentia hácia el mejor de sus amigos. Ya no pensaba en meterse fraile: la alegría y la esperanza renacian en su corazon.

Sin embargo, el pundonoroso jóven luchaba todavia con dos graves obstáculos, para llegar á la posesion de su dicha. La rígida disciplina de palacio le impedia acercarse á Elvira, con quien únicamente habria él comunicado su secreto pensamiento; y por otra parte su condicion humilde, comparada con la del orgulloso señor de Sandoval, le retraia de dar ningun paso, que pudiese tal vez rebajar su dignidad. Y es que, con efecto Pulgar, aunque no cedia en familia á la persona de su amada, no era bastante rico y elevado en categoría para no esponerse á sufrir un desaire; y el orgullo, esa pasion invencible de los hombres de temperamento fuerte, hablaba muy alto en el ánimo de nuestro jóven hidalgo.

Por lo mismo se contentaba con aprovechar todas las ocasiones que se le presentaban de ver á Elvira, y aunque habia estrechado su amistad con Ramiro de Guzman hasta el punto de pasar con él, á veces los dias enteros, jamás le revelaba su pasion, por mas que su amigo le diese las mayores pruebas de confianza.

Ramiro le contó su amor á Estrella, su rivalidad con D. Fadrique, sus confidencias con Elvira: le consultó sobre sus rencillas amorosas, sobre sus proyectos y esperanzas, felicitándole muchas veces por la independenciam en que al parecer conservaba su corazon. Pulgar le oia sin franquearse por su parte, si bien tenia en ello un verdadero placer, y hasta le estimulaba para que hablase, pues siempre en sus conversaciones se mezclaba el nombre de Elvira.

Paseaban los dos jóvenes una tarde por las márgenes del Pisuerga, entretenidos en sabrosa plática. Pulgar habia visto aquella mañana á su amada, en ocasion que ésta salia con sus demás compañeras, de oir misa en la capilla de palacio, y habia notado en su semblante una espresion de pena muy marcada, y que mirándole con suplicante anhelo, apartó luego de él los ojos como arrepentida. Esto habia dado mucho en que pensar al joven hidalgo; pero su modestia no le permitia suponer que Elvira le amase, aunque estaba seguro de su estimacion.

—Tengo un peso en el corazon, amigo Hernando, le dijo Ramiro, que no me permite respirar. Acabo de ver á mi sobrina Elvira, y cuando menos lo esperaba, he oido de su boca palabras tan estrañas que me hacen sospechar es víctima de algun secreto pesar.

—¿Qué me decís? exclamó Pulgar no pudiendo contenerse: yo tambien he reparado hoy en sus miradas una espresion tan singular, que, á la verdad, me ha conmovido. ¿Qué os ha dicho?

—Ya sabeis que ayer vino, por fin, su padre, á prestar el juramento de sumision á la reina. Era natural que estuviese contenta, pues quedan ya cumplidos sus mas ardientes votos. Mil veces me ha espresado, con las lágrimas en los ojos, su deseo de que se restableciese la armonía entre todos los miembros

de nuestra familia; y de que no siguiesen mas que una bandera las personas que ama. Pues bien: anoche habló largamente con su padre y desde entonces, la pobre niña está inconsolable. Lo que á mí me aflige es el temor,—no lo achaqueis á vanidad,—de ser la causa involuntaria de su desgracia.

—¿Pero en qué os fundais para creer...? preguntó Pulgar con acento inseguro. No comprendo lo que eso significa.

—Yo tampoco; y sin embargo, ¡es tan caprichoso el amor!

—¿El amor decís? ¿Creeis que Elvira os ame?

—No quisiera creerlo, y repito que mi sospecha puede ser efecto del temor que me inspira semejante eventualidad; pero vos sabeis hasta qué punto he depositado yo en ella mi confianza, cuan íntimo y afectuoso ha sido nuestro trato. ¿Qué tendria de extraño que esta dulce amistad, este cariño tierno de hermano que yo la profeso, hubiese adquirido en ella el carácter de otra pasion mas grave?

—Pero sabiendo que amais á su prima...

—Eso es precisamente lo que, en mi concepto, la hace desgraciada.

—Explicaos, Ramiro.

—Sí, necesito explicaros bien mi situacion, porque deseo escuchar vuestro consejo, amigo mio; vos, que teneis la dicha de ser hasta lo presente insensible á los atractivos de la hermosura, podreis juzgar con mas serenidad que yo.

—Teneis razon, yo estoy sereno... yo no debo pensar por ahora en el amor... no puedo inspirarlo... Hablad, hablad.

Y al decir esto el jóven continuo, corrian por su frente gruesas gotas de sudor frio.

—Yo amo á Estrella, es verdad, prosiguió Ramiro: Elvira lo sabe, y ha sido mucho tiempo la protectora de mi pasion; pero sabe tambien que no soy correspondido con un afecto semejante al mio: mejor que su prima, conoce ella toda la ternura que mi corazon abriga; porque yo he tenido la debilidad de comunicarla sentimientos, que no habria osado expresar á la que es árbitra de mi destino. Pues bien: hoy, hablándome de cierto proyecto, que le ha participado su padre, se ha escedido hasta de-

cirme con acento profundamente conmovido:— «La felicidad no es de este mundo; porque parece que un oculto enemigo de nuestro reposo se complace en atormentarnos, dirigiendo nuestro destino contra el rumbo de nuestras inclinaciones. Vos, por ejemplo, añadió como á su pesar, amais con frenesí á Estrella, que os estima, sí; pero que no os corresponde como mereceis, y á mí me destinan á un hombre, á quien no amo, ni podré amar jamás.» —Yo quise apurar el sentido de estas palabras; pero ella, sin duda, se arrepintió en seguida de haberlas proferido, pues se encerró en la mas profunda reserva, y torciendo el giro de la conversacion, comenzó á hablarme de vos. ¿Qué pensais de esto? ¿No es verdaderamente extraño?

Pulgar no estaba para contestar, ni mucho menos para dar consejos, despues de tan crueles revelaciones. Sin sospecharlo siquiera, Ramiro acababa de clavar un dardo emponzoñado en su corazon. Elvira estaba destinada por su padre á un hombre que no era de su agrado, mientras ella amaba á otro; y este otro era Ramiro, segun parecia inferirse de sus palabras.

Acontece con los caractéres francos y decididos, que, cuando se ven precisados á ocultar sus sentimientos, no saben disimular, y se vuelven tímidos y reservados; y es que esta clase de temperamentos llegan á infundir miedo á los mismos que los poseen; porque enseñan á ser prudentes en proporcion igual á la impetuosidad con que tienden á manifestarse, y al mismo tiempo carecen de la calma necesaria para avezarse al disimulo. Así acontecia á Pulgar, que, siguiendo el impulso de su corazon fogoso, habria roto en este momento las vallas de toda consideracion hácia un amigo, impertinente por ignorancia, pero que, temiendo á su propio fuego, preferia sufrir interiormente, á cometer una imprudencia. Notando su silencio, continuó Ramiro:

—Conozco que mi posicion es árdua: yo daria mi vida por labrar la felicidad de Elvira; pero dos gravísimos inconvenientes se oponen á cualquiera resolucion que yo quisiera tomar. ¿Cómo es posible que yo renuncie al amor de Estrella? Esto sería factible, sin embargo: pues no me ciega la pasion hasta el extremo de desconocer que Elvira vale infinitamente mas que

su prima: es una jóven séria, modesta, grave en todas sus acciones y hasta en sus mas íntimos pensamientos: su cariño hará feliz para siempre al que lo merezca: su abnegacion es heróica. Sería fácil amarla, sin haberla tratado, y el que á ella una su suerte, puede estar seguro de encontrar una compañera fiel y afectuosa. Pero el hombre que la adora, y que pretende su mano, es uno de mis mejores amigos, y yo me mataria, primero que disputarle su ventura.

—¿Quién es ese hombre? preguntó Pulgar, haciendo un supremo esfuerzo para disimular su desesperacion.

—¿Qué, no lo sabeis?—¡Ah!—esclamó de pronto Ramiro conteniéndose. Callad, aquí viene. No hablemos de esto.

Pulgar levantó la vista, que habia tenido fija en el suelo, y vió acercarse á D. Diego de Ribera.

—¡El! murmuró con voz gutural.

Don Diego se acercó presuroso, y dijo tendiendo una mano á cada uno de los dos amigos:

—Camaradas, estoy quejoso de vosotros: hemos jurado una triple alianza, y no contais conmigo para nada. Esto es inaudito, y os declaro que por nada del mundo renunciaré á mis derechos.

—Siempre está de buen humor el bueno de D. Diego, repuso Ramiro.

—¡No, que seré como vosotros, que pareceis almas en pena! replicó el jóven andaluz. La alegría es el alma del mundo, y los que procuran divertirse son los sábios de la tierra.

—¡Dichosos los que pueden vivir alegres! dijo Pulgar: pero yo creo que no dá pruebas de gran sabiduría ni de tener un corazon delicado el que no siente las miserias de este mundo, ni procura compartir las penas de sus semejantes.

—¡Bah! ¡bah! repuso D. Diego. ¿Quereis que llore vuestras aflicciones? Pues no me dá la gana: prefiero ahogarlas en risa.

—De ese modo piensan los que son afortunados, sin considerar que su alegría bulliciosa es un insulto para el dolor ageno, respondió Pulgar.

—¡Cómo! ¡un insulto! Pues bien, que lo sea. Pero dejemos esto; ¿no sabeis las grandes novedades que corren?

—No: contestó Ramiro. ¿Qué novedades son esas?

—¡Vamos! Estais en el limbo, amigos míos. Venid, venid: acaso llegaremos á tiempo.

Y diciendo esto D. Diego, tiró de sus amigos y los condujo hácia la ciudad.

—Pero contadnos lo que sucede, repuso Ramiro.

—Sí, vamos andando y os lo contaré. Primeramente que don Fadrique Manrique ha tomado á Toro, y ha echado del reino al conde de Marialba: de modo que Castilla entera sería hoy una balsa de aceite, á no ser por el alcaide de Castronuño, ese demonio encarnado, que no hay quien pueda meterle el diente.

—¡Oh! Pues esa es una gran noticia, dijo Ramiro. Pedro Mendaña caerá al fin, pues, segun mis informes, toda la tierra de Campos, y en particular un valenton de Madrigal, el bravo Juan Lainez se ha levantado contra él.

—Con todo, es un hombre de hierro, y todavía dará que hacer. En segundo lugar, el maestre de Santiago D. Rodrigo Manrique, que como sabeis fué herido en la batalla de Toro, acaba de fallecer en Uclés, y todos los grandes que pretenden sucederle en su alta dignidad andan revueltos.

—¡Don Rodrigo ha muerto! exclamó Pulgar: ¡Oh! ¡qué pérdida tan lamentable! ¡Cuánto daría por estar al lado de mi amigo D. Jorge!

—Pues creo que se os logrará el deseo; porque segun he llegado á entender, la reina piensa partir inmediatamente á Uclés para evitar las desavenencias, que pueden sobrevenir con motivo de la sucesion al maestrazgo.

—Graves son esas nuevas, repuso Ramiro; pues si ahora se enredan los pretendientes al maestrazgo, que serán muchos, Dios sabe lo que podrá suceder. ¿Y qué mas sabeis?

—¡Oh! La gran noticia, la que sin duda os llenará de sorpresa, es de aquellas en que se necesita ver para creer.

—Vamos, decid.

—La familia Henriquez, ya sabeis, vuestra enemiga, convencida de la entereza de la reina, se ha domesticado.

—¿Cómo? ¿qué decís?

—El almirante ha venido en persona á entregar á su hijo. Por eso he corrido á buscaros porque el suceso es notable.

—¿Es posible! Con que D. Fadrique....

—Se halla en poder de la reina.

—¡Diablos!

—No habia otro recurso para apaciguarla.

—¿Y qué hará con él? ¡Oh! Yo quisiera que le obligase á desagraviarme, haciéndole pelear conmigo cuerpo á cuerpo en campo cerrado.

—Y yo sería vuestro segundo, repuso D. Diego. Pero no creo que la reina lo consienta.

Llegaban en este momento los tres jóvenes á la plazuela del Rosario, cuando vieron venir multitud de gente, y correr por todos lados innumerables curiosos, dando muestras de incredulidad y asombro. Sobre el gentío se percibia el movimiento oscilatorio de un centenar de picas, y el brillo de los petos y cascos de algunos ginetes, que abrian paso. Esta comitiva parecia dirigirse hácia la plazuela de las Angustias, donde estaba el palacio del almirante.

—¡Le llevan preso! esclamaban las mujeres del pueblo.—
¡Llevan preso á D. Fadrique!

Y corrian á cerciorarse de lo mismo que decian, como si necesitasen el testimonio de sus ojos para creerlo.

—¿Habeis oido? preguntó Ramiro, D. Fadrique vá preso: esperemos aquí.

Diciendo esto, el señor de Toral atrajo á sus amigos hácia el portal de una casa, donde los tres aguardaron el desenlace de este inesperado episodio.

Pronto se convencieron de la realidad: el joven D. Fadrique Henriquez, hijo del almirante de Castilla y sobrino del rey, marchaba á pié, desarmado, pero con la cabeza erguida y altivo continente, rodeado de tropas de la reina, las cuales á duras penas podian contener á la muchedumbre de curiosos, que por momentos engrosaba.

Ramiro y sus amigos dejaron pasar al preso y á su escolta, y siguieron detrás, no pudiendo decidirse á creer que se llevase

la severidad del castigo hasta el extremo de conducir á D. Fadrique á una prision pública. Suponian que se le llevase al palacio de su padre; pero no tardaron en ver con asombro que, pasándole por delante de aquel edificio, la comitiva continuaba su marcha por las calles de Cantarranas y Platerías hácia la Plaza Mayor.

—¿Qué significa esto? murmuró Ramiro.

—Significa, que la reina no juega, contestó D. Diego.

—No hay mejor modo, añadió Pulgar, de hacer que se respete la ley.

—Convengo en ello, repuso Ramiro. Pero yo no debo consentir que esto pase muy adelante. Don Fadrique me ha ofendido, y dia vendrá en que él reciba la revancha de mi mano públicamente, no á traicion; mas no por eso habré de mirar con indiferencia su infortunio, y si yo puedo impedir....

—¡Bah! Dejaos de generosidades intempestivas, replicó don Diego. La reina sabe donde le aprieta el zapato: ved que muestras de arrepentimiento vá dando el tal Fadrique.

—Poneos en su lugar, dijo Hernando.

—Yo en su lugar no me habria dejado prender.

Hablando así, nuestros jóvenes apretaron el paso, para no perder de vista al preso y ver en qué paraba tan extraordinario acontecimiento. Don Fadrique fué conducido con la mayor ostentacion por medio de la plaza, y desde allí á la cárcel pública de la ciudad. La escolta quedó guardando las puertas de su prision, y el gentío que hasta ellas le habia ido acompañando, se dispersó silencioso y consternado. Interiormente no dejaban muchos de regocijarse, pues veian que la justicia de la reina era imparcial y á todos alcanzaba; pero nadie habria osado comentar este hecho en medio de la calle, si bien por mucho tiempo no se habló de otra cosa debajo de techado.

Entre tanto Ramiro y sus compañeros regresaban por el mismo camino, dirigiéndose al palacio real. El primero iba pensativo y como pesaroso de la prision de su rival. Hernando tambien caminaba silencioso, pensando en sus desventurados amores, que cada vez se presentaban mas imposibles: solo D. Diego conservaba su tranquilidad de ánimo y su buen humor.

CAPÍTULO XII.

Las órdenes militares.

CUANDO llegaron á palacio los tres amigos encontraron á sus moradores poseidos de la profunda sensación que les habia causado la decidida severidad de la reina. Ésta, entre tanto, se hallaba encerrada con el cardenal Mendoza y otras cuantas personas de su consejo; y las damas en su departamento, y los caballeros en las antecámaras y galerías formaban mil juicios acerca del porvenir reservado á D. Fadrique.

Al ver á Ramiro, muchos le rodearon, creyendo que estuviere mas enterado que ellos mismos de las intenciones de la reina, y felicitándole por el favor de que, en su concepto, gozaba. Pero el jóven les dió á conocer que no eran muy de su agrado tales felicitaciones, y que en cuanto al pensamiento de doña Isabel sabia menos que los demás. Costaba á todos trabajo acabarse de desengañar, y comprender que en la nueva corte no tenian cabida para nadie ni por nada el favoritismo y la privanza, y que solo la justicia y la conveniencia política daban la norma de conducta á su inflexible soberana.

Entre los otros caballeros andaba el comendador D. Pedro Diaz de Sandoval, quien, al ver á D. Diego de Ribera y á sus compañeros, se vino hácia ellos y los saludó cordialmente.

—Aquí teneis al hombre de las hazañas y aventuras, dijo luego señalando á Pulgar: mozo mas afortunado no ha nacido de madre. Siempre sale bien de sus empresas, y por cierto, con gran provecho para sus amigos. Si yo tuviese mas de una hija procuraria hacerle mi yerno.

—Me dispensais demasiado favor..... contestó Pulgar algo cortado.

—¡No, diantre!.... Vuestro padre, que Dios haya en su gloria, tenia razon cuando me dijo que valiais mucho, y pardiez, que vos deberiais imitar la hidalga franqueza de aquel honrado anciano. ¡Lástima que haya sido víctima de nuestras fatales discordias!

Los ojos de Pulgar se arrasaron de lágrimas.

—Hablemos de otra cosa, si os place, señor comendador, interrumpió D. Diego. ¿Sabeis lo que piensa hacer la reina con su sobrino?

—No lo sé; pero hará bien teniéndole guardado, al menos mientras yo ande cerca de él; porque no respondo de sus huesos, si un día me cogiese de mal humor.

—¿Creeis que yo se los habria dejado sanos, á no ser por este bonachon de Ramiro, que todavía le tiene lástima?

—Yo no le tengo lástima, contestó el señor de Toral; pero creo que la reina ha hecho ya lo bastante para vindicar nuestra honra; y os aseguro que si mi enemigo ha de sufrir alguna pena grave, interpondré mis súplicas para que se le dispense.

—Eso es muy noble, dijo Pulgar, y por mi parte lo apruebo completamente.

—Pues yo no os aconsejaré que lo hagais, primo, repuso el comendador; porque de ese modo se creeria humillada la altivez de D. Fadrique, y tendriais que volver á las andadas: además que la reina no os escucharia, porque necesita castigar el desacato hecho á su autoridad.

Un murmullo de atencion que se movió en la antecámara,

hizo que el comendador y sus interlocutores volviesen la cabeza, quedando sorprendidos. El almirante, adornado con las insignias de su dignidad, y seguido de un brillante cortejo, atravesaba la estancia con paso grave y magestuoso, dirigiéndose á la habitacion de la reina. Todos los circunstantes no pudieron menos de hacerle el debido acatamiento.

El almirante dejó en la antecámara á los caballeros de su séquito, y entró, sin que nadie intentase impedirselo, en la cámara real. Doña Isabel estaba sentada bajo el sólio, y á sus lados ocupaban sillas en lugar inferior el gran canciller, el condestable, el infante de Aragon, D. Gutierre y D. Alonso de Cárdenas. A los piés de la reina habia en aquel momento dos lindas jóvenes en actitud suplicante, alentadas por la presencia de la marquesa de Moya, que estaba á su lado.

—Bien venido seais, primo, dijo doña Isabel al almirante: no lleveis á mal que antes de vos escuche la súplica de estas damas: oidla, pues creo que os habrá de interesar.

Y dirigiéndose á las jóvenes, añadió:

—Vamos, podeis hablar, hijas mias.

Entonces la mas jóven de las dos, aunque en la apariencia eran de una misma edad, dijo:

—Señora: estraño habrá de parecer á V. A. el que nosotras, y yo en particular, vengamos á implorar misericordia en favor de un caballero, con quien ningun vínculo de amistad ni de parentesco nos liga. Muévenos á ello, sin embargo, la consideracion de que, habiendo sido por él ofendidos los miembros de mi familia, la pena que por ello sufra, podrá ser quizá mañana causa de inmotivados rencores. Al presenciarse el rigor de vuestra justicia, señora, nuestro corazon ha temblado, y sin que nadie nos incite á ello, por un movimiento propio y espontáneo, venimos á las reales plantas de V. A. para impetrar el perdon del señor D. Fadrique, nuestro enemigo; no dudando que tendreis en cuenta su mucha juventud, que le disculpa.

—Tendré presentes vuestros ruegos, á pesar de que la juventud, cuando es advertida, no merece que se le perdonen sus culpas. Vivid tranquilas, hijas mias, pues mi justicia será tan

moderada como la desea mi propio corazon, enemigo del rigor.

—¡Dios bendiga á V. A.! esclamaron á una las dos jóvenes.

Y haciendo una reverencia, se retiraron turbadas, conduciéndolas la marquesa.

—Ya veis, primo, dijo la reina, como se portan las personas á quienes ofende vuestro hijo en lo mas sagrado, que es el honor de las familias: esa joven que acaba de suplicarme le perdone, es Elvira de Sandoval, sobrina de Ramiro de Guzman. La otra es prima suya, y bien la conoceis. Decidme ahora, puesto que una feliz casualidad os ha traído á tiempo para presenciar esta escena, y puesto que no se oculta á vuestra penetracion y lealtad, que sin la obediencia de los súbditos es imposible todo gobierno, ¿qué os parece de mi conducta para con D. Fadrique?

—Señora, con la franqueza de un buen vasallo y con la dignidad de un grande de Castilla, os confesaré que he venido á quejarme de la humillacion que acaba de sufrir mi familia en la persona de mi hijo. Yo os lo he presentado para que le castigueis, pero no podia esperar que se le condujese públicamente preso, como á un criminal de baja ralea. Esto es lo que mi leal ingenuidad no puede escusarse de manifestaros.

—Me parece que la errais, señor almirante; porque, siendo vos primo hermano del rey mi marido, sería menester para humillaros, humillarme á mí misma.

—Vos sois la reina, y no os alcanza el ultraje hecho á mi honor.

—Si ha caído mancilla sobre vuestro honor, mi autoridad ha sido escarnecida; y de ambas cosas es culpable vuestro hijo: su atropellado comportamiento nos deshonra á todos: por él ha merecido el desprecio de las gentes, y mi castigo no hará mas que rehabilitarlo. ¿Acaso no es ahora mismo objeto de compasion el que ayer solo inspiraba repugnante desden?

—Es cierto, señora; y yo solo me quejo de la publicidad humillante con que se han ejecutado vuestras órdenes. Aparte de esto, despues de lo que acabo de presenciar, despues de haber oído á V. A., reconozco que el desagravio de personas tan nobles por su ascendencia y por sus sentimientos, y la repara-

cion del desacato hecho á vuestra autoridad, exigian un severo castigo: y como no quiero aparecer á vuestros ojos menos leal que los enemigos de mi hijo, toda vez que el bien del reino lo reclame, aquí me teneis, cual otro Guzman el Bueno, pronto á sacrificarlo yo mismo, si fuese necesario.

—No pudierais emplear mejores medios para desarmar mi rigor, primo, repuso la reina. Comprended, no obstante, que si la culpa y el desacato de Fadrique han sido públicos, pública tenia que ser tambien la reparacion, para que fuese saludable. Vuestro leal ofrecimiento me es muy grato, y para que veais que os estimo, y que no quiero que sufrais desdoro por la prision de vuestro hijo, él permanecerá por ahora donde le tengo, y vos seréis su guardador, y el depositario de mi confianza. Yo parto esta noche de Valladolid: en vuestras manos queda D. Fadrique, hasta que os lo reclame mi justicia.

—Sereis obedecida, señora; os lo juro por la fé de caballero que profeso. Sin embargo, soy padre, y no debereis estrañar que anhele saber la suerte que reservais á mi hijo.

—Pudiera satisfaceros en este momento, porque tengo autoridad bastante para juzgar por mí sola á D. Fadrique y condenarle. Pero deseo ser clemente, porque mi objeto es corregirle: por lo mismo aguardaré la vuelta del rey para decidir este asunto: entre tanto se calmará mi resentimiento, y vuestro hijo tendrá tiempo para reconocer sus faltas y arrepentirse de ellas, en lo cual no dudo me ayudareis.

—Estad segura de que lo haré, señora, pues además de tener un deber en ello, me lo aconseja así el interés de padre.

Doña Isabel acababa de dar un paso que bastaria por sí solo para acreditar su gran talento político. Castigando la rebeldía de D. Fadrique, mostraba á todos que ningun poder, por grande que fuese, estaba fuera del dominio de su autoridad suprema, y que nadie podia esperar sustraerse al imperio de la ley. Entregando al preso en manos de su padre, conciliaba con su justicia los miramientos debidos á una familia poderosa, que no le convenia tener disgustada; y al mismo tiempo que la sometia mas y mas á su obediencia, encargándole la ejecucion de sus órdenes,

la daba una satisfacion pública, desterrando toda idea de discordia entre ella y el almirante. Hizo mas: teniendo que ausentarse de Valladolid aquella misma noche, necesitaba dejar cortado el hilo de ulteriores conflictos. Si resolvía desde luego la cuestion, imponiendo una pena á D. Fadrique, podia parecer precipitada su justicia, y discontentar al culpable y á sus parientes, sin corregirlos: si lo dejaba en poder del condestable ó de otro servidor suyo, era fácil que el almirante, resentido, y poseyendo en Valladolid inmensos recursos, se le revelase en su ausencia. De ningun modo se salvaban todos los inconvenientes y se conciliaban todos los extremos, mejor que como acababa de hacerlo. La dignidad real y la del almirante conservaban sus respectivos fueros: solo quedaba humillado y vencido el delincuente, con opcion á recobrar la suya por medio del arrepentimiento y la expiacion.

—Ahora sentaos, primo, dijo la reina: estábamos tratando de asuntos que convienen á la salud del reino, y en estas cosas os corresponde emitir, y á mí me agrada oír vuestro dictámen. Sabéis que ha fallecido el gran maestre de Santiago, lo cual equivale á decir que está casi encendida una guerra civil: pues tal sucede siempre, cuando es menester nombrar sucesor para esa elevada dignidad.

—Decís bien, señora, contestó el almirante. Pero ¿cómo es posible evitar esos conflictos? El nombramiento de maestre corresponde al capítulo de los Trece, su aceptacion al rey, y su aprobacion al Santo Padre.

—Lo sé; pero eso es precisamente lo que yo deseo abolir.

—Está en los estatutos de las Órdenes, señora, y no podreis abolirlo, sin sostener una tremenda lucha.

—Tambien lo sé; ved ahí los estatutos, respondió la reina mostrando unos cuadernos que habia sobre una mesa. He pasado algunas noches en vela estudiándolos, y me he convencido de que las órdenes militares no corresponden hoy al objeto de su instituto, y de que necesitan una reforma. ¿Sabéis para qué fueron creadas? Lo fueron para defensa de nuestra santa religion, para ayudar á los reyes y á los pueblos en sus conquistas

contra el enemigo comun. Pues bien: ¿qué sucede hoy? Teneis en Castilla un rey de derecho y tres reyes de hecho, mas poderosos que él. Cuatro reyes en un solo reino, mal pueden vivir en paz, y ¡desgraciado el pais que los sustenta! ¿Necesito decir en qué emplean los maestros de las órdenes su vasto influjo y sus formidables ejércitos? Vos, que teneis mas años y mas experiencia que yo, lo sabeis perfectamente, y no habreis olvidado que en Toro peleasteis con el maestro de Calatrava. Contad las batallas que en todo el presente siglo han ganado esas ilustres comunidades á los enemigos de nuestra santa Fé; contad las veces que se han revelado contra sus soberanos, cubriendo de sangre y ruinas la superficie del reino, que tienen oprimida bajo una red de hierro. Sin duda encontraréis que á este lado se inclina la balanza. ¿Y puede un rey justo y celoso del bienestar y sosiego de sus pueblos consentir esa anarquía organizada?

—Teneis razon, señora: lo que habeis dicho es la pura verdad.

—Pues vengamos al dia fatal de una eleccion, al caso presente. Los Trece de Santiago están reunidos para nombrar su gefe, pero no pueden ponerse de acuerdo entre sí. ¿Por qué? Porque todos trece quieren ser elegidos, y además hay otros catorce fuera del capítulo que pretenden lo mismo. La rivalidad comienza por el soborno y acaba por una guerra sangrienta, en que los infelices pueblos, siempre ellos, pagan muy cara la animosidad de unos cuantos ambiciosos. ¿Está eso en los estatutos de la órden? A mí, que por deber y conciencia me toca velar por el bien de todos, á mí, á quien Dios pedirá estrecha cuenta de las lágrimas de mis súbditos, ¿me será lícito consentir esas rivalidades funestas? ¿Ni qué me deben importar los intereses personales de unos cuantos hombres sedientos de poder, que mañana pondrán su planta sobre mi corona? Luego hay que considerar, que no siempre recae la eleccion en el mas digno, sino en el mas intrigante ó poderoso, el cual distribuye las encomiendas y beneficios entre gentes de su jaez, ó los vende, como ha sucedido, al mejor postor.

—No cabe duda, señora, que todos esos males y otros mu-

chos trae consigo la organizacion actual de las órdenes: yo reconozco que necesitan una reforma; pero es difícil, si no imposible emprenderla.

—No, para mí no hay nada imposible, con la ayuda de Dios. Sé que necesito luchar, y que puedo encontrar una oposicion formidable; pero conozco el mal, y lo extirparé. No me gusta combatir de frente los abusos, porque esto provoca conflictos: sin embargo, si fuese necesario apelar á medios violentos, el que me busque, esté seguro de encontrarme. Oid lo que he pensado, á ver lo que os parece. Voy á presentarme inmediatamente en Uclés, y á persuadir al capítulo de la inconveniencia de sus debates, á fin de que él mismo solicite la administracion del maestrazgo para el rey mi marido. ¿Quién mas digno que él de ocupar tan elevada gerarquía, ni quién mejor evitará la discordia? Creo que no me lo negarán.

—Comprendo el pensamiento, y lo apruebo. Pero ¿y despues?

—Despues el rey nombrará maestro á quien lo merezca, y el nombrado sabrá que depende de su soberano, y de acuerdo con él procurará reformar los vicios de la institucion, y dar los cargos por recompensa al mérito.

—Escelente idea, señora; no debeis demorar un momento el ponerla en ejecucion.

—Por eso parto esta noche. Vos, señor almirante, quedareis al cuidado de esta ciudad. El señor condestable con mi hermano D. Alonso tendrán el gobierno interior de Castilla, repartiéndose los negocios de paz y de guerra, hasta la vuelta del rey. El señor cardenal me acompaña, juntamente con nuestros amigos Cárdenas y Chacon, y el conde de Medinaceli cuidará de organizar el ejército que debe esperarme en Estremadura.

—¿Os empeñais en ir á Estremadura?

—Sí: allí me llama mi deber: voy á terminar la guerra, y luego pasaré á Andalucía, donde necesito acabar con los revoltosos. Ya veis, señores, que yo no descanso: trabajemos todos de buena fé, y vereis como pronto hacemos de Castilla el reino mas poderoso de la tierra.

Dicho esto, la reina despidió á los señores de su consejo, y quedándose sola con el cardenal y con D. Alonso de Cárdenas, dijo al primero:

—Veo, mi querido padre, que vamos triunfando. La razon y la justicia se abren paso por medio de la persuasion en los pechos mas endurecidos. Ved ahí que el almirante aprueba mi pensamiento de anexion de las órdenes á la corona. Porque, al cabo, llegaremos á esto: ¿no es verdad?

—Indudablemente, respondió el sábio prelado: y si vos no lo conseguís, lo conseguirán vuestros nietos. ¿Qué mas dá? Ya sabeis que nuestra política no es política de un dia. Lo que hoy establezcamos, debe seguirse con perseverancia, sin lo cual es efímera la grandeza de los estados.

—Es verdad, repuso la reina. ¿Teneis ahí el documento que sabeis?

—Aquí está, dijo el cardenal, sacando un largo escrito que extendió sobre la mesa.

Doña Isabel dijo á D. Alonso de Cárdenas:

—Acercaos, último maestre de Santiago.

Don Alonso, que era uno de los que pretendian esta dignidad, se quedó sorprendido al oirse nombrar así por la reina.

—¿Qué, os sorprendeis? continuó ésta. Vais á ser nombrado por el rey maestre de Santiago, pero seréis el último, y con una condicion. Ved aquí este escrito: en él se especifican todos los abusos introducidos en la órden, y se prueba la incompatibilidad que existe entre la autoridad del maestre y la del rey, como tambien que es imposible gobernar el reino mientras aquella dignidad resida en un particular. Esta es una memoria de conciencia que dirigís al Santo Padre, acabando por pedirle, que confiera de por vida al rey la administracion de la órden. No tiene fecha: se le pondrá á vuestra muerte: Firmad y guardad el secreto.

Don Alonso firmó aquel escrito, y la reina se lo devolvió al cardenal, diciéndole:

—Conservadlo vos, con los demás documentos de nuestra política tradicional.

En seguida el cardenal y D. Alonso se retiraron para hacer sus preparativos de marcha. La reina debia partir acompañada solamente de algunos caballeros y de tres damas: entre aquellos iban el comendador de Santiago D. Pedro Diaz de Sandoval y Ramiro de Guzman; las damas eran la marquesa de Moya y las dos primas Elvira y Estrella. Pulgar se quedaba en Valladolid, para marchar despues con el ejército, que debia reunirse en Estremadura.

La situacion en que se encontraba nuestro enamorado jóven era por demás desconsoladora: por segunda vez se le ausentaba la mujer en quien habia concentrado todas sus afecciones: ¡pero en qué circunstancias!—Cuando se separó de ella en el castillo del Pulgar temia no volver á verla; y sin embargo, una dulce esperanza lucía en medio de su desconsuelo, como el albor de la estrella matutina que aparece entre oscuros celajes. Ahora todo parecia conspirar á destruir para siempre su soñada felicidad. Habia tenido tiempo de alimentar su pasion viendo á Elvira diariamente y sufriendo el estímulo de los celos, y al separarse de ella la creia enamorada de un amigo suyo, de un hombre que la trataba con intimidación y con quien iba á emprender un largo viaje: sabia que además la pretendia un jóven de alta posición: rico y de gran porvenir: verdad es que ella no le amaba, pero, ¿qué hija noble y obediente podria resistir á la voluntad de su padre? Hernando era, pues, doblemente desgraciado: perdía á su amada, sabiendo que no iba á ser dichosa. En el colmo de su desventura se felicitaba de haber sido cauto, y resolvió hacer de su amor un secreto impenetrable que le acompañase hasta el sepulcro.

Estando en esta disposicion de ánimo, se presentó en su habitacion Ramiro de Guzman, que iba á despedirse de él. Pulgar no pudo menos de mirarle con un sentimiento de envidia; si bien conociendo la injusticia de este involuntario impulso del corazon, se apresuró á darle los brazos, diciéndole:

—Os vais, amigo mio: cuánto daría por ser de vuestra partida.

—¡Cómo ha de ser, Pulgar! contestó Ramiro: yo daría cual-

quier cosa por quedarme con vos, y eso que tengo la dicha de acompañar á Estrella. Pero no debemos inquietarnos: pronto nos volveremos á juntar.

—¿Y vá tambien con la reina D. Diego de Ribera? preguntó Hernando con alguna turbacion.

—No: nuestro amigo vá á Córdoba, con el objeto de que su padre el adelantado prepare los ánimos de modo que S. A. sea bien recibida en Andalucía.—Pero, ¿qué hacemos? Oid: ya sueñan en el patio los caballos de la reina, y no me puedo detener: venid y nos acompañareis hasta la puerta. Mi primo Sandoval se alegrará de estrecharos la mano antes de partir.

Hernando estuvo tentado de escusarse, por lo mismo que le impulsaba interiormente un vivo deseo de ver á Elvira una vez mas antes de separarse de ella: pero este mismo anhelo le hizo temer que sus excusas pareciesen sospechosas. Bajó con Ramiro al patio de palacio, donde ya estaban reunidas todas las personas que eran de la partida, despidiéndose de sus amigos. Estrella y Elvira saludaban afectuosamente á sus otras compañeras, entre las cuales se hallaba la jóven protegida de Pulgar. Durante la corta residencia de la hija del comendador en el palacio de Valladolid habia mostrado á Francisca una particular predileccion: se acercó á ella, y no se contentó con saludarla, sino que la abrazó estrechamente, como pudiera hacerlo con una hermana querida.

Pulgar observaba todo esto; pero no pudo ver, pues las sombras de la noche se lo impedian, las lágrimas que brotaron en los ojos de Elvira, la cual, sin embargo, parecia no haber reparado en él.

Un momento despues bajó la reina con el cardenal y la marquesa de Moya. Ramiro y D. Pedro de Sandoval apretaron sucesivamente la mano á Hernando, y todos se apresuraron á cabalgar. Aunque el jóven continuo permaneció al lado de sus amigos hasta el momento de partir, y por consiguiente á muy corta distancia de Elvira, ésta no volvió la cabeza, ni mostró apercebirse de su presencia.

—Cuando hubo salido el último de la comitiva, nuestro jóven

suspiró con profunda amargura, y murmuró hablando consigo mismo:

—Yo no quiero que me ame; pero ¿he merecido su ingratitud?

Al formular esta injusta frase, notó que le tomaban la mano: volvióse y vió junto á sí á la inocente Francisca, que le dijo:

—Pulgar, ¿nos hareis esta noche compañía?

El jóven sintió refrescado el corazon por aquella aura de pureza, y siguió á la niña y á su respetable tia, que le brindaban una amistad dulce y tranquila.



CAPÍTULO XII.

Que trata de algunos pormenores necesarios para la inteligencia de esta historia.



TRES meses despues, la ciudad de Sevilla preparaba grandes fiestas, para recibir á doña Isabel, cuyo nombre exaltaba las imaginaciones andaluzas, siempre aficionadas á lo extraordinario y maravilloso. La jóven reina caminaba hácia la antigua corte de San Fernando, precedida por la fama de sus hechos, que la daban el doble carácter de sábia justiciera y de intrépida heroína.

El pueblo, amigo de novedades, llenaba las calles y plazas, y se juntaba en corros, para hablar de acontecimientos recientes, que por su magnitud y trascendencia, eran objeto de los mas exagerados comentarios.

Cerca del puente que une á la ciudad con el arrabal de Triana se estaba construyendo un arco de triunfo, y multitud de curiosos contemplaban la obra, tomando el sol, cuyo calor era tanto mas agradable, cuanto habian aparecido ya las primeras nieves. Notábase entre los desocupados un veterano aventurero, andaluz de nacimiento, que habia servido sucesivamente á la mayor par-

te de los señores de su país, y era, por decirlo así, un cronicón ambulante de todos los sucesos acaecidos en España durante aquel siglo: dotado de una memoria feliz y de una facundia natural, aunque tosca, florida y amena, cifraba su mayor satisfacción en reunir á su alrededor un numeroso auditorio, y terciándose la capa ó ferreruelo, á la manera de los modernos improvisadores italianos, contar lo que sabia y lo que no sabia, supliendo las faltas de exactitud histórica con las galas de su imaginación metafórica.

Este hombre, notable entre los de su condición, se llamaba Juan del Prado, apellido que no le venia de su familia, pues no la tenia, sino de habérsele encontrado, como á Homero, recién nacido en un prado cerca de Lucena. Gozaba reputación de valiente: al menos él contaba de sí mismo innumerables proezas; jactancia que se le podría disimular, en gracia del aplomo con que mentía. Por esta y otras cualidades recomendables era tan conocido en los pueblos donde habia estado, y particularmente en Sevilla, que por do quiera que iba encontraba amigos, y los muchachos, al verle, publicaban su nombre á voces.

Réstanos decir para completar el bosquejo de este popular personaje, que habiéndose criado cuando niño entre la gente de los Aguilares de Córdoba, profesaba una particular predilección á esta familia, si bien, como hijo del azar, pretendia ser independiente de todo señorío y dominio; y que, á pesar de sus setenta y ocho años cabales, andaba derecho como un pino y sostenia con brío el peso de las armas.

En el momento en que le damos á conocer, el aventurero estaba rodeado por una docena de hombres de todas edades, que le abrumaban á preguntas.

—Vamos al cuento, Juan del Prado, le decia un espadero jubilado muy amigo suyo: tú que sirves ahora al señor D. Pe-rasán de Rivera, y tienes en el ejército de la reina á tu hijo Ortega, debes saber mas que nadie de las cosas que hoy pasan.

El aventurero se terció la capa, y señalando á una taberna aislada, que se veia cerca de allí á la orilla del rio, contestó:

—Si hay entre vosotros quien pague el refresco, vamos á vi-

sitar á Juanilla la Chunga, y os contaré todita la historia del mundo conocido. Si no hay eso, no me haréis hablar, porque se me pone el gaxnate hecho una yesca.

—Por eso no ha de quedar, repuso el espadero: vamos allá.

Juan del Prado se dirigió hácia la taberna con aire triunfante, seguido de su curioso auditorio, y tomando asiento en un banco de madera junto á una mesa que habia en la puerta de la casilla, gritó como jefe absoluto á la tabernera:

—Juana, tráenos aquí de lo mejor que Dios ha criado.

Mientras Juana servia un vino, rúbio como el ámbar, de la campiña de Jerez, los demás compañeros del viejo soldado se colocaron á sus lados y en frente de él, apoyando los codos en la mesa, y esperaron sus prometidas historias.

—Pues, señor, dijo por último Juan del Prado, despues de haber tosido tres veces: vosotros no conoceis al rey Luis de Francia. ¿Qué habeis de conocer, si no habeis salido nunca de la sombra de la Giralda? Pues yo sí: le he visto, lo mismo que te estoy mirando, Ruy Perales.—Y señaló con ademan enfático á uno de sus oyentes.—Un rey mas feo no lo hay en toda la cristiandad, con perdon sea dicho. Cuando estuvimos á conferenciar con él, allá en lo último de España, sobre el rio Bidasoa, lo tuve tan cerca de mí, que si llego á respirar un poco fuerte, se lo lleva el viento: yo iba en la barca con vela de brocado, que conducia al rey Enrique IV y á D. Beltran de la Cueva, y no hubiera cambiado mi colete nuevo por toda la ropa del rey de Francia. Debe de ser tacaño como un judío: llevaba un sombrero lustroso de mugre, con una vírgen de plomo por todo joyel, un justillo de fustan raído, y una sobrevesta de paño burdo de color de ala de mosea, que no le tapaba las nalgas.

—Ya nos has contado eso cien veces, repuso el espadero. Vamos á lo de ahora.

—¿Qué entiendes tú de historias? contestó el veterano. Las cosas se han de comenzar por el principio.—Pues, señor, este rey Luis hizo alianza con el rey Enrique por aquello de la Beltraneja, y luego con el rey de Portugal, segun yo creo, para pes-

car algo en el Rosellón y Navarra, que son unas tierras, allá muy léjos, en los montes Pirineos.

—Adelante, ya lo sabemos.

—Ea, pues, si lo sabeis, me escuso de contarlo.

—No te enfades, replicó el espadero, bebe un trago, y continúa.

Juan del Prado bebió tranquilamente un vaso de Jerez, y luego dijo:

—Despues de lo de Toro, el rey Fernando salió á compañía contra el francés, que tenía sitiada la plaza de Fuenterrabía, y como es mozo muy formalote, y llevaba consigo quinientos mil hombres.....

—¿Cómo quinientos mil?

—Quiero decir, cincuenta mil: poca es la diferencia. El francés vió que la cosa iba seria, y se avino á buenas.

—¿Y el rey de Portugal, que habia ido á Francia á pedir socorro?

—Ese está haciendo penitencia por sus pecados, y podeis contarle con los muertos. Así se lo ha escrito á su hijo, que ya es rey hará ocho dias. De modo que la guerra se acaba, y por eso vamos á festejar á la reina, que viene de Medellin, donde diz que ha puesto las peras á cuarto á la condesa Doña Beatriz y al clavelero de Calatrava.

—¿Con qué el rey Alfonso se ha retirado á un convento, segun eso?

—No se sabe: hay quien dice que se ha ido á un desierto de la Armenia, donde no sepan mas de él: otros aseguran que vá en romería á visitar el preste Juan de las Indias ó á buscar al Kan de la gran Tartaria para contarle sus desventuras; pero lo que hay de cierto es que se ignora su paradero.

—¿Y la Beltraneja?

—Se queda viuda y doncella por la décima vez. La escelente señora, como la llaman los portugueses, puede ir preparando la palma, porque yo creo que morirá vírgen y mártir. Doña Isabel tiene mucho nervio: cuentan maravillas de ella los que la han visio en el cerco de Medellin y en la batalla de Albuhera.

—¡Eso es lo que se llama una hembra poderosa! dijo Ruy Perales.

—¡Y tan poderosa! continuó el veterano: dígalo el marqués de Cádiz, que al saber que viene á Sevilla, se ha retirado á su castillo de Jerez, para dejar que pase el chubasco; y si es el duque de Medina Sidonia, con ser amigo de la reina, no creo que las tenga todas consigo. Pero volviendo á la batalla de Albuera, lo que allí ha pasado tiene algo de milagroso.

—Decid, decidnos eso.

—Al ruido de la guerra que se hacía contra la condesa de Medellin, habia acudido el obispo de Evora, capitan general de los portugueses, con un enjambre de finchados. Don Alonso de Cárdenas, á quien acaban de hacer maestre de Santiago, y que mandaba el ejército de la reina, salió al encuentro del obispo para darle batalla; eran casi dobles las fuerzas portuguesas, porque gran parte de las de Castilla estaban ocupadas en el cerco de Mérida. ¡Pero aquí de los hombres arrojados! El maestre tenia consigo á Gonzalo Fernandez el hermano de D. Alonso de Aguilar, ese rapazuelo, que ayer de mañana, como quien dice, lo llevaba yo con andadores: por cierto que un dia, cuando apenas contaba dos años, quiso tomarme la daga, y porque no se la dejé, me dió un bofetón, que, (no es broma), todavía me duele. ¡Oh! ¡es mucho mozo el tal Gonzalo! Como todos los de su familia, ¡pardiez! ¿Dónde hay dos mas bizarros caballeros que el señor de Espeja y el conde de Cabra? Pero Gonzalo les gana. Pues, como iba diciendo, este noble caudillo andaba allí con la gente de su hermano el señor de Aguilar: la cosa se ponía fea; caian los hombres como los pámpanos de una viña tierna cuando graniza. Los castellanos envueltos tenian cercana su perdicion. Entonces Gonzalo se volvió hácia los suyos, y les dijo:—«Aquí á triunfar hemos venido, no á dejar que nos quiten con la vida la honra. Vea cada cual que de su valor depende el salir bien librado de este aprieto, y que la reina nos mira.»—Cuidado que la reina estaba sobre Medellin: pues á pesar de esto, al punto la vieron todos al frente de los batallones, montada en su caballo blanco, y mas reluciente que ese sol que nos alumbra. ¿Qué ha-

bia de quedar un portugués? Los que no cayeron al suelo muertos de miedo, se escaparon como un puñado de moscas, y el obispo con ellos.

—Eso es lo que yo no he podido comprender, dijo el espadero; cómo la reina se halló á un tiempo en dos partes.

—¿Cómo? Muy fácilmente: ¿cómo hizo antes para presentarse en Uclés, cuando todo el mundo creía que estaba en Valladolid? La reina es santa: yo no he dicho que acudiese en persona á la batalla; lo que no se puede negar es que todo el ejército la vió, como á Santiago cuando pelea contra los moros, y que la espada de Gonzalo de Córdoba caía sobre los enemigos cien veces por minuto y movida por sí sola.

El auditorio escuchaba atónito esta relacion de prodigios, admirando á la vez el valor positivo de Gonzalo y la influencia sobrenatural de doña Isabel. No sabiendo explicarse aquellos hombres toscos los efectos de una actividad verdaderamente asombrosa, los atribuian á milagro.

Despues de una pausa, que Juan del Prado empleó en saborear un buen trago del néctar jerezano, rompió el silencio uno de los oyentes, diciendo:

—Yo habia creido que era cosa de cuento lo que refieren de la reina, cuando apaciguó el motin de Segovia, presentando el pecho indefenso á los alborotados, y lo de la prision del hijo del almirante; pero ya veo que todo eso es nada en comparacion de lo que acabamos de oír,

—Sí, cuentos, cuentos, repuso el veterano. Ya vereis la que se prepara.

—¿Qué es? ¿Qué es? preguntaron varios á un tiempo.

—¿Veis ese arco de triunfo que han levantado allí? prosiguió Juan del Prado estendiendo el brazo con ademan teatral: ¿no habeis reparado cómo se aprestan danzas públicas, torneos, y otros festejos? Pues todo eso lo inventa el miedo: vosotros, y con vosotros todo el pueblo humilde de Sevilla, esperais á la reina como el agua de mayo; pero la gente gorda está temblando, porque ha llegado para ellos la hora de la justicia. No les tengo compasion, aunque tampoco les arriendo la ganancia.

¿Por qué no hacen como yo, que nací desnudo y me contento con poco? Un colete de gamuza, una libra de pan moreno, un vaso de vino, y un rincón donde dormir, eso me basta, y estoy sano y robusto y tengo ochenta años. Pero ellos no saben vivir como no sea nadando en la opulencia y el vicio, y como Dios no les ha dado fortuna, ni han heredado de sus padres lo suficiente para saciar su avaricia, roban y esclavizan á los pobres de espíritu; y atizan la discordia, para amontonar oro, que chorrea sangre. La reina viene, y ella les ajustará la cuenta.

—Dios quiera que eso no provoque la rebelión, dijo el espadero. Si los gordos, como tú dices, se hacen fuertes en sus castillos, ¿quién les entra?

—¿Quién? Apuradamente la reina repara en esas pequeñeces. Basta que ella mire un castillo con ojos airados para que desaparezcan hasta las piedras. ¿No sabéis lo que acaba de hacer en Galicia? Cuarenta fortalezas, que eran otros tantos nidos de milano, se han hundido para siempre: como si se los hubiera tragado la tierra.

—Pues qué, ¿ha estado también la reina en Galicia?

—La reina está en todas partes. No ha ido á Galicia, pero como sabe buscar á los hombres de mérito, aunque se escondan, ha dado encargo de hacer sus veces al conde de Rivadeo, que es un caballero tremendo, á quien yo serví en mis mocedades; y dice el capellán de mi señor el adelantado, que es gallego, que sus paisanos bendicen á la reina y al conde, porque les han librado de un cautiverio peor que los de Egipto y Babilonia.

—¡Lástima que no haya hecho lo mismo en Andalucía! exclamó otro de los oyentes.

—Aquí, amigos, es mas delicado el negocio. Ni el adelantado ni el asistente de Sevilla hubieran podido meter por vereda á los enemigos del sosiego público: solamente las casas de Córdoba y las de Guzmán y Ponce de León son bastante poderosas para hacerse respetar; pero viven como perros y gatos; y dar á uno la preferencia, sería provocar la enemistad de los otros. Son lobos demasiado gordos y nadie mas que la reina puede sujetarlos.

—Dice bien Juan del Prado, repuso el espadero: habla como un doctor de Salamanca.

En esto llamó la atención de los circunstantes una multitud de gente que se agolpaba hácia las afueras de la ciudad, mirando al campo, y señalando á un objeto que se divisaba sobre las montañas, en el confin del horizonte.

—¿Qué es aquello? exclamó el veterano levantándose. Si mi vista no me engaña, es una ahumada que hacen las atalayas del asistente; y eso significa que esta tarde ó mañana tenemos aquí á la reina.

Con efecto, lo que atraía las miradas de los sevillanos, era una columna de humo, señal que en aquellos tiempos hacía las veces del telégrafo moderno, y que de muy antiguo adoptaron los pueblos de España, para darse avisos, cuando los moros se acercaban á sus fronteras. Á falta de otro medio, servía esto para anunciar la aproximacion de doña Isabel á la hermosa capital de Andalucía.

La entrada triunfal de la reina no se verificó, sin embargo, hasta el dia siguiente. Fué una festividad solemne, á que asistieron juntos amigos y enemigos, pues los que por muchos años habian luchado en opuestos bandos, se aliaban ahora para rivalizar en fidelidad á su jóven soberana, cuyo rigor temian. El Ayuntamiento de la ciudad salió con sus maceros ó reyes de armas á recibirla, llevando á la cabeza al asistente Diego de Merlo, á quien seguia un numeroso cortejo de caballeros, magníficamente ataviados. El cabildo eclesiástico se presentó con un pálido de tisú de oro, conducido por ocho canónigos, á quienes presidia el de mas dignidad, por hallarse vacante la silla arzobispal: acompañaban á la comitiva religiosa todo el clero y las comunidades de ambos sexos, cantando el himno *Vexila regis pro deunt*, en alternados coros de hombres y mujeres. Además formaba parte del cortejo el adelantado mayor D. Perafan de Rivera, con los guerreros mas distinguidos que servian bajo sus órdenes.

Doña Isabel, que usaba en su vida íntima de la mayor sencillez y humilde trato, desplegó en esta ocasion, como solía

hacerlo en semejantes casos, toda la pompa régia, capaz de infundir respeto y admiracion aun á los mas poderosos; en su trage brillaban el oro y la pedrería: sus damas y caballeros mas parecian reyes que vasallos. La muchedumbre corria de todas partes á contemplarla, y al ver su gracioso y afable rostro, su cuerpo delicado, que no parecia hecho para soportar la fatiga, se preguntaban unos á otros, cómo sin un particular favor de la Providencia podia desplegar tanta fortaleza una mujer tan débil; aumentábase el asombro, cuando algunos observaban el abultado talle de la reina, pues contando los meses desde que D. Fernando se partió para Vizcaya, era de notar que se hallaba en cinta y muy avanzada, no habiéndole servido esto de obstáculo para emprender rápidos viajes, ni para esponerse á los azares y peligros de una activa campaña.

Recibida la reina en las afueras antes de llegar á Triana, fué rogada para que entrase bajo el páblio, que no admitió, contentándose con el honor, y se dirigió á la ciudad en medio de las aclamaciones del pueblo: las campanas de todas las iglesias la saludaron á un tiempo con alegres repiques, y al pasar el puente, poblaron el aire las armoniosas notas de la música de varias orquestas, conducidas en barcas empavesadas, que flotaban en las tranquilas aguas del Guadalquivir. Otras barcas habia llenas de damas y caballeros, que agitaban los pañuelos y las gorras á impulsos del entusiasmo. La reina contestaba á todos con gracioso ademan, y las personas de su comitiva mostraban en sus semblantes la satisfaccion que sentian al presenciar aquel espectáculo: el cardenal Mendoza se hacía notar por su vivacidad inquieta; la marquesa de Moya iba radiante de hermosura, y sin embargo no era la mas bella de las muchas damas que acompañaban á doña Isabel. En los rostros de los guerreros sombreados por el sol de los campamentos, se dibujaba una sonrisa de noble orgullo: Pulgar iba allí, mas hombre ya que cuando por primera vez le conocimos, con la faz varonil poblada de crecido bozo negro: el comendador Sandoval, el maestro de Calatrava y su hermano el conde de Ureña, con otros nobles recientemente sometidos, seguian tambien los pasos de su señora. Pero entre tantos héroes y per-

sonajes, cuya brillantez ofuscaba la vista, los sevillanos echaban menos á un jóven, al valiente caudillo Gonzalo Fernandez de Córdoba, y unos á otros preguntaban por él. Habia quedado en Estremadura con el nuevo maestre de Santiago para proveer á la seguridad de la frontera.

No haremos una prolija descripción de los festejos con que la reina fué obsequiada. Diremos solo, que ésta, despues de visitar la catedral, se retiró al antiguo alcázar, y que durante una semana hubo torneos, lidias de toros á la usanza mora y otros juegos en que lucieron su valor y rivalizaron en gentileza y galantería los caballeros castellanos y andaluces.

Doña Isabel no asistió, sin embargo, sino á muy pocas de estas fiestas, que en su honor se celebraban: estaba triste y ocupada en graves pensamientos. Varios mensajes, que habian llegado, unos antes, otros despues de ella, de diferentes puntos del reino, la tenían en un estado de ansiedad por una parte, y de agitacion por otra. En el momento de entrar en su cámara reservada, encontró allí algunos pliegos que la habian precedido; examinólos por fuera con precipitacion, y no viendo entre ellos el que buscaba, dejó caer los brazos con señales de abatimiento, y murmuró:

—Ninguno es de él.

Pero este movimiento, de afanoso deseo al principio y de pesar despues, fué, sin embargo, tan rápido y concentrado, que apenas repararon en él D. Pedro de Mendoza y sus secretarios Alvarez de Toledo y Hernando de Zafra, que estaban presentes. Pero no pasó desapercibido para la marquesa de Moya, que andaba cuidando de la colocacion del equipaje de su señora.

Ésta, para mejor disimular su pena, volvió á tomar los pliegos, y los abrió por su mano, pasándolos luego al cardenal, despues de enterarse de su contenido.

—Ved, aquí nos dan una buena noticia, dijo entregando el primero: el alcázar de Madrid se ha rendido, y el arzobispo Carrillo parece estar inclinado á entrar en tratos.

—Mucho me alegraria de que se le hiciese buen partido, contestó el cardenal, para que viese mi compañero que yo no influyo contra sus intereses.

—Ya veremos eso, repuso la reina, leyendo con ansiedad otra carta.—¡Oh! ¡qué desgracia! exclamó de pronto con los ojos arrasados de lágrimas. ¡Maldita guerra!

—¿Qué ha sucedido? preguntó el cardenal con prontitud.

—Mirad: mi querido poeta Jorge Manrique ha muerto en Cañavete, peleando con el marqués de Villena. ¿Quién me resarcirá de esta pérdida?—¿Recordais sus dulces endechas á la muerte de su padre?

—Y las guardo como un tesoro, dijo el cardenal. Ese jóven era una de nuestras mejores esperanzas.

La reina permaneció un rato suspensa, y pasándose luego la mano por la frente murmuró:

—Hay que hacer la paz pronto, aunque sea menester imponerla, aunque tengamos que ceder algo en bien de los vasallos rebeldes: todos son nuestros hijos, y cada uno que muere es un diamante arrancado á nuestra corona.

—Como que esta guerra intestina debilita nuestro poder, sin darnos ninguna ventaja, repuso el cardenal. Si al menos fuese dirigida contra los infieles, daríamos fuerza al reino, haciendo méritos para con Dios.

La reina tomó otra carta, y despues de leerla, exclamó:

—¡Por fin! Hé aquí algun fruto de nuestros afanes. El conde de Rivadeo corresponde á mis esperanzas: treinta fortalezas, guaridas de ladrones, han sido arrasadas; doscientos criminales han caido bajo el poder de la justicia, y mas de quinientos se han internado en Portugal, huyendo de la Hermandad. Monteseino de la Isla ha preso á Yañez de Lugo.

—No le ha validô el oro, dijo el cardenal.

—El oro solo corrompe á quien se deja corromper. Zafra, añadió la reina, dirigiéndose á su secretario: escribid al gobernador de Galicia, que active el proceso de Alvar Yañez, y me lo remita para dictar yo misma la sentencia. Las riquezas de ese hombre pudieran hacer que declinase la justicia.

Las demás cartas eran de poca importancia: solo participaban la rendicion de algunos castillejos y poblaciones insignificantes,

y la destruccion de varias partidas de bandoleros, enmascarados con la capa de partidarios de doña Juana.

Pasaron algunos dias, durante los cuales la reina recibió otros muchos mensajes, favorables los mas, algunos adversos á su causa y á la realizacion lenta y progresiva de sus planes de reforma. Pero aunque esto la distraia y la daba ocupaciones útiles, no disipaba su tristeza. Siempre que llegaba algun emisario al régio alcázar, sentia una viva emocion, y el feto que alimentaba en sus entrañas se removia, como impulsado por la agitacion maternal. Estos movimientos eran de amor y esperanza, pero pronto cedian al desengaño. Los mensajeros ó bien venian de parte de los gobernadores y alcaides de los pueblos de Castilla, ó bien de parte de los grandes personajes de Andalucía, que se apresuraban á felicitarla y á ofrecerle sus servicios.

Un dia ya no pudo resistir su inquietud: se hallaba á solas conferenciando con el cardenal, á quien acababa de presentar para la silla arzobispal de Sevilla, y le dijo:

—¿No habeis recibido noticia ninguna del rey, desde que nos envió el nombramiento del mestre de Santiago?

—Sí, señora: he sabido que S. A. está en Cataluña.

—¿Y qué hace el rey en Cataluña? ¿Cómo es que ya no ha vuelto?

—Interesa mucho su presencia en aquel pais. El rey su padre tiene mas de ochenta años, y es menester que los catalanes y aragoneses se acostumbren á respetar y querer al que pronto habrá de sucederle en el trono.

Doña Isabel meneó su linda cabeza, como poco satisfecha de esta explicacion.

—Lleva ya mas de seis meses de ausencia, dijo: es demasiado tiempo, y yo quisiera que estuviese aquí antes de mi alumbramiento.

—Le escribiré, señora, y no dudo que vendrá cuanto antes. Os ama mucho.

—¿Lo creéis así, D. Pedro? preguntó la tierna esposa con vivacidad.

—No lo dudeis: en sus cartas siempre me habla de vos con palabras del mas acendrado cariño.

—Y sin embargo, hace un mes que no me escribe.

—Tal vez medita volver, y quiere daros una grata sorpresa.

Doña Isabel dió muestras de tranquilizarse, y se entregó con un afan ardiente á los negocios del gobierno, como si por este medio tratase de adormecer ú olvidar las penas de su corazon. Sin embargo, cuando á las altas horas de la noche se encontraba sola en su lecho, no podia cerrar los ojos, y dos nombres salian involuntariamente de sus labios.

—¡Aldonza! ¡Fernando! murmuraba.

Pero luego, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, se quedaba dormida pronunciando la oracion dominical.



CAPÍTULO XIV.

De lo que pasó á Pulgar por ser llamado.



La prision del rico hombre Alvar Yañez de Lugo llegó pronto á noticia de doña Lucía de Meneses, quien al punto la puso en conocimiento de su sobrina Francisca.

La hermosa menina lloró al recuerdo de su madre bárbaramente asesinada, pero luego se alegró pensando que pronto habria de abrazar á su padre: no pasó por su mente el pensamiento de la expiacion que aguardaba al criminal, pues su corazon de paloma era inaccesible al rencor.

Durante el tiempo de la campaña de Estremadura, Francisca y Elvira de Sandoval habian estrechado mucho los vínculos de su amistad. Libres casi enteramente de los cuidados y de las ceremonias de la corte, mientras la reina se ocupaba en las árduas disposiciones de sitios y campamentos, ellas aprovechaban todos los ratos de ocio para entregarse sin reserva á una intimidad peligrosa. Sus conversaciones recaian siempre sobre las bellezas de la creacion, objeto digno de sus almas elevadas, y sobre el valor heróico y los generosos hechos

de algunos caballeros. Francisca no podia tocar este punto, sin hablar de su libertador, á quien miraba como á un ser dotado de cualidades divinas: á sus ojos nadie habia tan valiente, tan leal, tan caballero como Pulgar: ninguno era mas gallardo, mas pronto en esponer su vida por hacer bien, ni mas indifere-
rente á las alabanzas.

Elvira encontraba un dulce desahogo en escuchar á su tier-
na amiga, y en confirmar sus juicios apasionados con la rela-
cion de las heroicidades del jóven guerrero. Cien veces se ha-
bian repetido mútuamente la historia de los servicios que á Pul-
gar debian, y de las demás hazañas que se contaban de él; otras ciento se habian separado, llevando cada vez mas graba-
da la idea del merecido afecto que le dispensaban, y siempre
estaban dispuestas á contar y á oir sin desagrado la misma re-
lacion.

Y sin embargo, entre estas dos jóvenes no llegó á nacer el
desacuerdo de la rivalidad: parecia que sus corazones se ha-
bian fundido en uno, para amar á un solo objeto. Elvira, como
de mas edad, no dejaba de llevar intencion, cuando comuni-
caba á Francisca sus sentimientos respecto á Pulgar. Habia ob-
servado que éste padecia, ó al menos estaba resentido por su
aparente desvío, y no podia resistir al deseo de revelarle de al-
gun modo que era injusta su queja: necesitaba merecer, sino el
amor, á que renunciaba, la estimacion del jóven, y al espresar
sus íntimos afectos, alimentaba la esperanza de que llegase á
conocerlos él por la mediacion de su amiga, en quien no veia
una rival, sino una niña agradecida. Francisca, por su parte,
consideraba muy natural el entusiasmo de Elvira, y si de algo
se resentia, era de parecerle á veces reservado ó poco fervoroso
aquel entusiasmo, pues todo elogio de su protector era escaso
para ella.

De este modo las dos jóvenes, sin abrigar desconfianza, ni
descubrirse el fondo de su corazon, se habian habituado á re-
posar la una en la otra, fomentando, sin pensarlo, el afecto co-
mun á entrambas que servia de lazo á su mútuo cariño. Siem-
pre que algun motivo de pena ó de alegría reclamaba de cual-

quiera de ellas la expansion del ánimo, se buscaban para llorar ó regocijarse juntas. Así fué que Francisca, no bien supo el feliz éxito que habia tenido la comision arriesgada de su padre, y que éste debia regresar en breve espacio, hallándose sola en su aposento, lo encontró estrecho para dar cabida al júbilo que sentia, y salió á participar á Elvira la noticia.

Elvira, entre tanto, estaba mas que nunca necesitada de consuelo, y acaso habria revelado á Francisca sus mas ocultos pensamientos, si en aquel instante hubiese podido comunicárselos. Verdad es que ningun fruto hubiera sacado de esta revelacion, pues su destino estaba ya decretado: sin embargo lo deseaba; porque la esperanza nunca nos tiende con mayor anhelo sus manos, que cuando está próxima á separarse de nosotros.

Las dos amigas salieron casi á un tiempo de sus habitaciones respectivas; pero en el momento de abandonar Francisca el corredor estrecho donde estaba la suya, se encontró con Pulgar, que paseaba mústio y cabizbajo.

La menina dió un grito de alegre sorpresa: el caballero se dirigió maquinalmente hácia ella.

—¿Qué os sucede, Francisca? le preguntó. ¿Á dónde vais, querida niña?

—Sois muy curioso, señor mio, contestó la jovencita con zalamería.

—Si no quereis decírmelo, yo no tengo empeño en saber vuestros secretos.

—¡Mis secretos, Pulgar! repuso Francisca poniéndose colorada y séria. Yo no tengo secretos para mi hermano. Vos sí, que nunca quereis confiarme vuestras penas. ¡Como soy una niña!...

—Yo no tengo penas, amiga mia, contestó Pulgar esforzándose por sonreír.

—Me engañais, señor de Pulgar. Pues qué, ¿no veo yo que estais siempre triste, y suspirais?

Hablando así Francisca habia retrocedido, conduciendo á Pulgar hácia su cuarto. El jóven la dijo:

—No son mis penas tan graves que merezcan vuestro cuida-

do, amable niña. Pero, ¿qué haceis? Por mí no os volvais; id á donde ibais.

—Ya no es menester, repuso Francisca con vivacidad: iba á dar á mi amiga Elvira una buena noticia; pero habeis venido vos, y es lo mismo. Entrad, entrad.

Hernando siguió á la jóven, que le hizo sentarse á su lado, y la preguntó:

—Veamos, ¿qué buena noticia es esa, que lo mismo puedo yo saberla que vuestra amiga?

—Me lo preguntais de un modo, que me dan intenciones de no decíroslo. Vos no me amais, Pulgar, si me amaseis, no podriais sospechar que cabe en mí para vos ningun secreto.

—¿Que no os amo, decís? repuso Hernando, algo desconcertado con esta salida verdaderamente infantil, que no esperaba.—¿Es posible que tal creais?

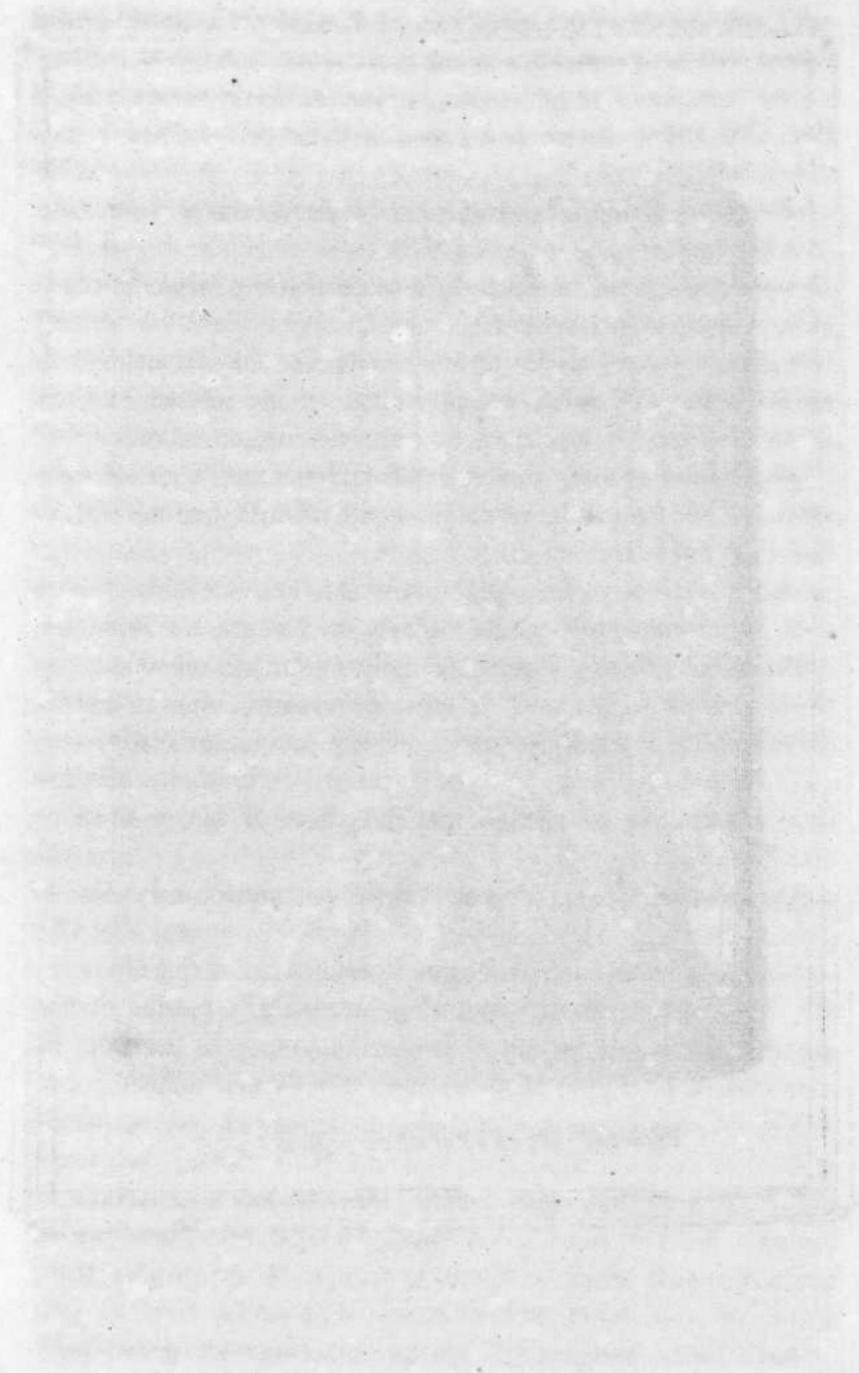
—Sí, lo creo: yo no soy para vos mas que una niña, que os debe agradecimiento: no veis en mí otra cosa que un objeto encontrado por acaso, y á quien protegió vuestra generosidad; pero no pensais en mí, como yo en vos. Verdad es que no merezco ya vuestro interés, porque ya no soy tan desgraciada como antes, ni tampoco tengo derecho á vuestro cariño; pero mi gratitud me autoriza para exigir que se crea en el mio; y aun algo mas.....

La jóven se detuvo. Pulgar la instó para que concluyese su pensamiento.

—Pues bien, lo diré, continuó Francisca. ¿Por qué me ocultais vuestros pesares, que no podeis negar? ¿Es porque dudais del interés con que los miro? Eso sería injusto. ¿Es por falta de confianza en mi sigilo? Miradme bien: soy ya una mujer.

El jóven contempló con cuidado, no exento de algun sobresalto, á su tierna amiga, y conoció que tenia razon; que acostumbrado á tratarla como á una niña, no habia observado lo bastante los progresos del tiempo. Las palabras apasionadas que acababa de oir, le hicieron temer que, acaso involuntariamente, estuviese labrando la desgracia de aquella criatura.

—Es cierto, amiga mia, dijo, que me aflige un pesar; pero





CARNICERO

Francisca exclamó sobresaltada:—¿Habeis oido?

es un secreto, que no puedo confiaros todavía, no porque desconozca vuestra discrecion, sino porque aprecio como debo vuestro cariño.

—No entiendo eso, Pulgar: si me quisierais como yo á vos, con el afecto de un hermano, me confiariais vuestros mas ocultos pesares, seguro de que yo haria cuanto pudiese por remediarlos.

—Y si eso fuese imposible, ¿no os causaria una pena inútil? Ya veis que os amo verdaderamente como á una hermana.

—¡Oh! no: los hermanos se comunican sus aficciones, y si no pueden remediarlas, se consuelan mutuamente sintiéndolas juntos.

—¡Dulce amiga mia! exclamó Pulgar estrechando una mano de Francisca, y procurando distraerla de su infantil capricho. No os atormenteis con pensamientos quiméricos. Mi pena es hija del aislamiento en que vivo: es un mal que curará el tiempo.

—¿Luego no hallais contento en nuestra amistad?

—¡Oh! no digais eso. Vuestra amistad, vuestro cariño puro y sincero, es la única ventura que disfruto en el mundo. Creedlo, Francisca; ¿y cómo podria ser otra cosa, siendo vos quizás el único sér que me ama?

En el momento de pronunciar Hernando estas palabras, se agitó levemente el tapiz que cubria la puerta, y se percibió en la pieza que servia de antecámara un ligero ruido de pasos. Francisca exclamó sobresaltada:

—¿Habeis oido?

—Sin duda, contestó el jóven: alguien habia detrás de esa cortina.

Y levantándose presuroso, corrió á la antecámara; pero no halló á nadie: se adelantó hasta la puerta, y vió en el estremo del corredor parte de la falda de un tabardo de mujer, que doblando la esquina desapareció en el acto. Nuestro jóven sintió palpitar con fuerza su corazon: en los colores de aquel vestido hábale parecido reconocer á la que lo llevaba: precipitóse rápido en el corredor, llegó hasta la galería en que aquel desembocaba, miró á uno y otro lado; pero en vano: la gentil apa-

ricion se habia desvanecido. Pulgar dudó si habria sido realidad, ó efecto de la imaginacion lo que acababa de oir y ver, y volvió mas caviloso que antes al lado de Francisca.

Pero no le habian engañado sus sentidos ni el instinto de la pasion: una mujer estaba detrás de la cortina cuando él pronunció su protesta de cariño á la jóven menina, y esta mujer era Elvira de Sandoval. La habia conducido allí el deseo de llorar con su amiga, de quien debia separarse muy pronto, y quizás para siempre. Su padre acababa de anunciárselo así aquella misma mañana.

Para que se comprenda esta inesperada resolucion, necesitamos esplicarla. El enlace proyectado entre los padres de Elvira y D. Diego de Ribera ofrecia considerables ventajas al comendador, pues por este medio reparaba el grande menoscabo sufrido en su fortuna durante la guerra de sucesion, y antes de ella, por efecto de las luchas intestinas. El adelantado mayor era la persona de mas influencia en la frontera, y D. Pedro de Sandoval, su amigo de infancia, esperaba, entroncando en su familia, ganar nuevos estados de los que se quitasen á los moros vecinos. Solicitado por el jóven D. Diego, le habia prometido la mano de Elvira, y el orgulloso noble no habia faltado á su palabra por nada del mundo, aunque no mediase el poderoso aliciente de la posicion y las riquezas.

Pero el comendador habia encontrado en su hija una repugnancia marcada á ceder á sus deseos, tanto que llegó á sospechar la verdadera causa de esta resistencia pasiva, impropia del carácter dócil y sumiso de la jóven; mas no pudiendo averiguar quién fuese el caballero á quien ella se inclinaba, habia resuelto alejarla de la corte, para quitar con la ocasion todo peligro.

Elvira, si bien acataba esta resolucion de su padre, no podia desconocer el motivo que la dictaba; y al mismo tiempo que se sometia con dolorosa resignacion á una forzada ausencia, veia en ella el triste consuelo de poder olvidar, ó al menos el de vivir en la soledad, refugio fiel de los corazones afligidos. Sin embargo, no era este el pensamiento del comendador, y su misma

hija reconocia interiormente, que alimentaba una esperanza vana; pues que toda su oposicion al enlace que se la proponia, era preciso que cediese tarde ó temprano á la fuerza de la autoridad paternal y á la consideracion de su propio decoro. Por esto se hallaba inconsolable, y aunque no tenia bastante audacia para resistirse abiertamente, formaba en su interior el propósito de permanecer soltera el resto de su vida.

Pero cuando oyó las últimas palabras de la conversacion de Pulgar con Francisca, un vértigo de dolor y despecho se apoderó súbitamente de su alma: corrió á ocultar en su aposento la agitacion que la dominaba, y creyendo encontrar en sí un valor de que carecia, se apresuró á decir á su doncella:

—Busca inmediatamente á mi padre, y dile que deseo verle en este momento.

Y apenas quedó sola, exclamó:

—¡Nécia de mí! ¿Cómo no he conocido antes, lo que ahora veo tan claro? ¡Ah! ¿Y es posible que haya contrariado la voluntad de mi padre, por seguir un loco devaneo? Afortunadamente aun puedo reparar mi pasado yerro: D. Diego será mi esposo: debo aceptarlo. Es el hombre que cuadra á mi condicion.

Diciendo esto daba largos pasos por la estancia: dejóse caer luego en un sillón, donde permaneció un rato pensativa, y apoyando la frente en la mano, comenzó á derramar abundantes lágrimas.

—Pero, ¿cómo he delirado tanto, Dios mio! murmuró despues: cuando le ví por primera vez en aquellas montañas, cuando le encontré en las azoteas del castillo, ¿no me decian sus miradas y su cortado acento que me amaba? ¿Cuando salvó á Ramiro y á mi padre, no parecia querer enviarme noticias de su cariño? Y mas tarde ¿quién fué el desconocido, premiado en el torneo de Valladolid? ¿Cómo se hallaba él debajo de mis ventanas la noche de la traicion de D. Fadrique? Y cuando yo partí para Uclés, ¿no estaba él allí abrumado de pesar? ¿Y no le he visto mil veces en los sitios donde podia encontrarme, fijos en mí sus ojos, y obligándome á bajar los míos? sin embargo, no me ama;

porque ama á otra... He sido ciega, y solo he visto lo que me fingia la imaginacion.

—Al formular estas ideas, creyó sentir pasos que se acercaban, y se estremeció.

—¡Será mi padre! dijo. ¡Ah! ¿Y habré de casarme con un hombre á quien no puedo amar?

Pasado el primer momento de acalorado despecho, Elvira se arrepentia ya de haber llamado á su padre, vacilaba entre su amor y su instantánea resolucion.

—¿Pero qué importa? añadió en seguida: puesto que no he de ser nunca feliz, debo sacrificarme á la felicidad del que me ha dado la vida.

Formado este generoso propósito, la jóven se levantó con energía, su rostro estaba encendido, pero las lágrimas se habian secado.

En este momento llegó D. Pedro de Sandoval.

—¿Me habeis llamado, Elvira? dijo, haciendo un ademan á la doncella para que se retirase.

La jóven no sabia qué contestar, tanta era su turbacion.

—Sí, señor, repuso por último: os he llamado para haceros una súplica.

—¿Será, por ventura, que os cueste repugnancia tambien el abandonar la corte? Ved que ya es tarde; pues tengo pedida una audiencia á la reina para que os permita seguirme.

—No es eso, señor: por el contrario, deseo que partamos cuanto antes.

—Pues bien, si no es eso, decid lo que quereis.

—Deseo que me perdoneis, padre mio.

—Que te perdone, hija de mi alma, repuso el comendador, mudando de tono. ¡Ah! Ya sé lo que esto es: has meditado, has pensado bien lo que te tengo propuesto: conoces que por un capricho, sin ejemplo, no debes oponerte á mi voluntad; que sería una locura renunciar á un enlace tan digno de tí: en una palabra, comprendes al cabo que, obedeciéndome, labras tu felicidad y la mia. ¿No es eso?

—Sí, señor, contestó Elvira con voz ahogada por los sollozos.

—¡Bien, bien, Elvira! dijo el comendador, abrazando á su hija. No podia yo esperar menos de tu docilidad. Pero, ¿lloras? Me harás creer que te sacrifico, ó que alguna villana pasion....

—No, no, padre mio: estas lágrimas son de arrepentimiento. Conozco que no he debido oponerme á los deseos de un padre que tanto me ama; esto me hace llorar.

—¡Bah! No pensemos ya en lo pasado, Elvira mia. Oye, tu prima Estrella celebra su enlace con Ramiro dentro de ocho dias: yo pediré á la reina que os nombre padrinos, y os casareis juntos.

—¡Cómo! ¿Pues no deciais que íbamos á partir?

—Eso será despues: cuando estés casada iremos á celebrar las bodas en nuestro castillo de Baena. Con que, adios, querida mia. No debemos perder el tiempo.

Don Pedro abrazó segunda vez á su hija y salió á dar la buena nueva á D. Diego de Rivera y á disponer lo necesario para apresurar la boda. Elvira le acompañó hasta la puerta, y en seguida retrocedió vacilando, y exclamó cubriéndose el rostro con las manos:

—¡Dios mio! ¡Qué es lo que he hecho!

Seis dias despues se estaba disponiendo la marcha de una embajada, que debia ir á reclamar del anciano rey moro Abul-Hacem el pago de cierto tributo anual, que los reyes de Granada se habian obligado á dar á los de Castilla, como condicion para mantener treguas entre los dos pueblos enemigos. Este tributo habia dejado de pagarse hacia trece años, desde que ocupó el trono granadino aquel fiero monarca, y hallándose exhaustas las cajas del tesoro real castellano á consecuencia de las guerras interiores, y mas aun por el despilfarro escandaloso del reinado precedente, doña Isabel determinó pedir todo el atraso, que era una suma considerable. Al efecto acababa de comisionar á un caballero de los mas valientes y distinguidos, llamado D. Juan de Vera, que, durante el largo tiempo de la tregua, muchas veces habia tomado parte en los torneos que celebraban los moros en la misma corte de Granada.

Varios jóvenes nobles deseaban acompañar al embajador, por

ver aquella ciudad tan celebrada, último baluarte de la dominación agarena: entre ellos Pulgar lo solicitó con tal instancia, que la reina no pudo negárselo, siendo esta la primera gracia que le pedía.

Pocas horas antes de partir, el joven continuo quiso despedirse de su amigo Ramiro, y pasó á verle.

—No me habéis, le dijo el señor de Toral. Estoy muy quejoso de vos.

—¡Quejoso de mí! repuso Hernando con fria calma. No creo haberos dado motivo.

—Sabiedo, como debéis saber, que dentro de dos dias celebros mi matrimonio con Estrella, es por demás extraño que hayais solicitado ir á Granada en estos momentos. Me quitais de ese modo la mitad de la dicha que yo esperaba gozar.

—Si hubiese podido creer que mi presencia os era tan grata, no dudeis que habria sacrificado mi gusto al vuestro.

—Eso es decirme que solo atiendo á mi conveniencia; pero yo no habria imaginado siquiera que me sacrificaba, deteniéndome á presenciar vuestra felicidad.

—Ya sé que sois muy generoso: yo, amigo mio, no tengo tanta abnegacion.

—¡Eh!... No digais eso. Pero reconoced que no habeis sido bastante consecuente con nosotros en esta ocasion. Mi primo, Elvira, Estrella, D. Diego, todos hemos sentido vuestra determinacion: pero en cambio os prometemos no faltar á vuestras bodas.

—Os agradezco la atencion; pero yo no me caso.

—¿Cómo no? Pues Elvira me ha dicho que teneis amores; y ella debe saberlo.

—Se ha equivocado, repuso Pulgar reprimiendo su emocion. Mas, decidme, ¿se casa contenta? ¿No aborrece ya el matrimonio?

—¿Qué sé yo? Es una niña muy singular. Hasta hace pocos dias he creido que era víctima de alguna secreta pasion, y aun llegué á presumir que hubiese yo tenido la desgracia de inspirársela: pero no hay nada de esto. Mi enlace con Estrella parece

ser el objeto esclusivo de su contento, y en cuanto al suyo lo contrae resignada, pero sin violencia. Vendreis á despediros de ella antes de partir, si quereis verla por la última vez; pues no ha consentido en desposarse, sino con la condicion de alejarse inmediatamente de la corte.

—Tendria en ello sumo placer, pero me es imposible, porque marchamos dentro de dos horas. Decidla que deseo su felicidad.

Pulgar abrazó á su amigo, y se retiró con el corazon traspasado de pena, y el alma poseida de vagas sospechas. El cambio de conducta repentino de Elvira, la alusion hecha por ella á unos supuestos amores, su deseo de alejarse de la corte, le hacian arrepentirse, aunque tarde, de su nimia circunspeccion. Pero no era ya tiempo de remediar las omisiones pasadas: el matrimonio de Elvira estaba definitivamente resuelto, debiendo verificarse bajo la proteccion de la reina y en la capilla de palacio. Era una fiesta cortesana que no podia revocarse, sin escándalo de los convidados.

Al salir de Sevilla la embajada de la reina, seguida por las miradas de multitud de gentes, que le deseaban feliz suceso, Pulgar se volvió, y murmuró, fijando la vista en el régio alcázar:

—¡Adios para siempre, amor! ¡mi esposa será la gloria!



CAPITULO XV.

Los dos leones.



El placer y el dolor no reconocen clases ni condiciones entre los mortales: lo mismo está sujeto á su dominio el mísero pordiosero, que el rey mas poderoso.

Los breves dias del invierno pasaban lentos é interminables para doña Isabel, cuyo corazon padecia al recuerdo constante de su esposo, que ausente en lejanas tierras, acaso la olvidaba por el amor de otra mujer.

Cada vez que salia el sol, le traia con su fúlgido resplandor una nueva esperanza, pero llegaba la noche, y entonces la amante esposa contaba los dias pasados y las esperanzas idas.

Servíanle empero de solaz y esparcimiento los graves quehaceres del gobierno: auxiliada por sus sábios ministros, por su confesor fray Hernando de Talavera, por la junta permanente de las cortes y por los magistrados de Sevilla, se ocupaba en la reorganizacion del consejo supremo de Castilla, procurando constituirlo de modo que no fuese, como hasta entonces, un cuerpo aristocrático y clerical, sino que componiéndose de

algunos nobles y clérigos, preponderase en él la clase de jurisconsultos. Era esta una reforma, no solo conveniente para la buena y acertada administracion de justicia, sino tambien política y civilizadora; pues al mismo tiempo que contenia el desbordamiento de los fueros privilegiados, indicaba á la nobleza el camino por donde podia elevarse á la magistratura suprema; esto es, el estudio y el saber.

Además trabajaba sin descanso en activar una informacion pedida á las autoridades de Sevilla, para poder juzgar á todos los que se habian enriquecido en poco tiempo á la sombra de las revueltas y motines, apoderándose con violencia y astucia de bienes agenos y de los pertenecientes á la ciudad y á la corona. Tenia establecido su tribunal gratuito en una de las salas principales del alcázar, donde con gran solemnidad y afable compostura daba audiencia pública los viernes de cada semana, pasando ya de ciento las personas de todas categorías que de balde habian obtenido la justicia, que antes no pudieran conseguir á ningun precio, y de cincuenta los reos condenados á diferentes castigos.

Pero estas y otras graves atenciones no bastaban á distraer el pensamiento de la reina, que como el dardo al blanco, partia rápido á fijarse en el distante objeto de su cariño. El cardenal y la marquesa de Moya, que conocian su triste ansiedad, participaban de ella, y procuraban consolarla, sin dejar de extrañar el prolongado silencio del rey.

Por fin una mañana llegó á Sevilla un mensajero de Valladolid, con cartas para doña Isabel y una para el cardenal, quien, reconociendo el sello del rey, la abrió presuroso y leyó estas pocas líneas:

«Con el pié en el estribo mando escribiros, amigo D. Pedro, «para deciros, que recibí vuestras cartas, de cuyo contexto me «holgué mucho; y mas hlogárame si estar pudiera cabe mi se- «ñora la reina. Decidla vos, aunque se lo escribo, que habré «de verla antes de su alumbramiento, así Dios me ayude. Hoy «parto para Castronuño, que espero rendir, si su duro alcaide «no quisiere darse á partido; y por no detenerme, ni dejar de-

«trás este pertinaz enemigo, haré cualquiera cosa. Rogad á «Dios por mí, como yo lo hago por vos. De Valladolid á quin- «ce de enero.—*Ferdinandus, rex.*»

El cardenal corrió á ver á la reina, y la encontró llorando de alegría.

—Dadme albricias, señor obispo de Sigüenza y arzobispo presunto de Sevilla, le dijo con la vivacidad de una niña.

—Bien puedo dáosla, señora, contestó el cardenal. Ya sé que el rey está en Valladolid, y pronto estará en Sevilla: S. A. misma me lo escribe. ¿Creereis aun que os olvida?

—¡Oh! no: el rey no puede olvidarme; pero se distrae.

Quince dias mas pasaron antes que la reina tuviese el ine- fable gozo de abrazar á su marido. Para apresurar la hora de esta reunion deseada, y poder asistir al parto que por momen- tos se acercaba, D. Fernando, no pudiendo vencer la resisten- cia del terrible Pedro Mendaña, sino á espensas de un largo y costoso sitio, habia consentido en capitular con él, permitiéndole sacar sin armas, pero libre, toda la guarnicion de su castillo fuerte, y dándole siete mil florines, bajo su palabra de retirar- se á Portugal, y no volver mas á inquietarle. ¿Se podia fiar en las promesas de aquel audaz aventurero, que por espacio de muchos meses habia desafiado todo el poder de Castilla dentro de los muros de Castronuño?

La reina llevó á mal, sin embargo, que se hubiese capitula- do de aquel modo con un bandido; no por la pérdida de los sie- te mil florines, sino por el mal ejemplo, y por el descrédito que caia sobre la potestad real. Élla, que habia domado la osa- día del hijo del almirante y de los hermanos del cardenal, ar- rostrando las iras de dos familias tan poderosas, no podia com- prender que un rey valiente transigiese con un bandolero. Ver- dad es que este bandolero era muy capaz de sostener el peso de una corona.

Departiendo acerca de este y otros asuntos relativos á Casti- lla se hallaban D. Fernando, su esposa y el cardenal, á quien la gente solia llamar *el tercer rey de España*, cuando se oyó ruido de caballos y murmullo de pueblo. El cardenal se acercó

á una ventana, que daba al patio del alcázar, y vió entrar en él al embajador D. Juan de Vera y á su lucida cohorte de caballeros, con algunos moros y moras que, de rebato, (lo cual, segun la costumbre admitida, no era quebrantar la trégua), habian cautivado en algunos pueblos del tránsito.

—Mala respuesta le han dado á Juan de Vera en Granada, dijo D. Pedro de Mendoza, acercándose á los reyes; pues trae moros cautivos.

—Nunca esperé que se la diesen tan buena como la necesitamos, repuso la reina, pero ni tan mala, que no le permitiese volver con las manos ocupadas. Ved si sube.

El cardenal se acercó á la puerta de la cámara y la abrió. Á poco resonaron sobre el pavimento las espuelas del recién llegado caballero.

—Entrad, D. Juan, entrad, le dijo el gran canciller.

El embajador era un arrogante caballero de mediana edad y despejado continente. Presentóse á los reyes con gallardía, pero sin audacia, y habiendo hecho el debido acatamiento y besádoles las manos, aguardó que le mandasen dar cuenta de su cometido.

—¿Qué nuevas nos traéis de Granada? le preguntó el rey: ¿os ha recibido bien el viejo Muley?

—¡Pluguiera al cielo, muy poderosos señores, contestó don Juan, que hubiese yo tenido á mis órdenes siquiera doscientas lanzas! Granada, con sus mil torres y sus cincuenta mil combatientes, habria visto lo que vale un caballero castellano, á quien se trata con altanería.

—¡Cómo es eso! exclamó la reina: contadnos lo que os ha pasado.

—Llegué á Granada, y acampando á sus puertas envié á Garcilaso con un heraldo, á participar al rey moro mi presencia en la Vega, y la órden que llevaba de vuestras altezas, para verle y hablarle en calidad de embajador. Dos dias se pasaron sin obtener respuesta, durante los cuales muchos caballeros de las familias de los Gomeles, Abencerráges y Venegas salieron á visitarme y ofrecerme sus casas, por si me queria hospedar en al-

guna de ellas, y me obsequiaron con presentes y agasajos, á mí y á mis compañeros: eran todos conocidos míos, y deseaban saber el objeto de mi embajada: por sus palabras conocí que sospechaban cual fuese; pero les dejé en la duda.

«Por fin, al tercer dia volvió mi mensajero, y con él algunos oficiales moros llegaron al campo. El rey Muley-Hacem me permitia comparecer en su presencia: los habitantes de la ciudad, conmovidos y curiosos, salian á las calles y á los miradores para vernos pasar; mientras algunos mufties y otros fanáticos adoradores de Mahoma desde léjos levantaban las manos hácia el cielo, y se apartaban de nuestro camino, para no encontrarse con nosotros.

«El rey moro habia querido, sin duda, ostentar fuerza y poder á nuestros ojos; así que nunca ví en Granada mayor aparato guerrero, ni á los nobles y magnates de la corte vestidos con tanta magnificencia: los altos muros de los tres recintos de la antigua Alcaraba se veian cubiertos de soldados, como tambien las torres Bermejas y la encumbrada fortaleza de la Alhambra, donde está el principal palacio del Muley. En el tránsito, desde la puerta Bib-el Beira, hasta la de Bib-el-Aujar, hormigueaba una muchedumbre de personas principales á pié y á caballo, que deslumbraban con el fausto de sus vestidos de seda y oro, y con el brillo de sus armaduras damasquinas.

«Llegamos á la Puerta Judiciaria, donde el cadí del rey oye las quejas de sus vasallos, la cual dá entrada al último recinto de la fortaleza, y allí se nos mandó detener. Preguntóseme si era de paz ó de guerra la mision que llevaba, y contesté al ministro que tal demanda me hacía.—Cuando hable tu señor, él dirá de lo que soy mensajero: paz le traigo, si la quiere, y si apetece la guerra, se la haremos. No es á tí, sino á él á quien debo dar cuenta de mi cometido; y advierte que ya me canso.

—¡Bien contestado! dijo el cardenal.

—Pero algo duro, añadió el rey. Proseguid, Vera.

—Hiciéronme aguardar tres horas mortales, y al cabo de ellas vino un jefe del consejo con muchos caballeros, y me dijo

que podia entrar, pero solo. ¿Qué me importaba ir solo ó acompañado? Dejé mi escolta fuera, y en seguida me introdujeron en el palacio y en la opulenta sala de Comáresch, en cuyas caladas paredes brilla el oro en fondo de azul y púrpura. El rey estaba sentado en su trono singular, formado con arte de lucidos arneses y bajo un pabellon de lanzas y saetas, cimitarras y gumfías: él mismo tenia puesto bajo el manto real un pesado cosoete, y sobre sus sienas brillaba un yelmo coronado: apoyaba la mano izquierda en la empuñadura de oro y perlas de su espada, y los piés en una piel de leon. Rodeábanle sus ministros, cubiertos de seda y oro, y su hijo bastardo Muza, á la cabeza de treinta caballeros, la flor de Granada, que formaban ala desde el trono hasta la puerta de la régia estancia.

—«Habla, cristiano, y sé breve, dijo el rey Abul-Hacem.

Y yo, que preveia el resultado de mi embajada, por el bélico aparato y las altaneras palabras del rey moro, fuí tan breve, que solo le dije estas mismas palabras.—«Los altos y poderosos reyes de Castilla, Leon y Sicilia, mis señores, á tí me envian, rey de Granada. Trece años hace que no les pagas el tributo que les debes, y que se impuso tu padre por conservar el reino que gobiernas y el trono que ocupas. En tanto tiempo no te han molestado, ni han roto las concertadas treguas, por mostrarte su generosidad y largueza. En tu mano tienes ahora la continuacion de la tregua, que hace prosperar tus estados, ó su inmediato rompimiento: eres rico, y puedes pagar la paz, como la pagó siempre tu antecesor Ismail. Escoge, pues entre lo que mas aprecies, entre el oro que debes y la tranquilidad de tus pueblos.»

—¿Y qué contestó á ese discurso? preguntó D. Fernando.

—Una cosa que me abochorno de repetir, y que no sé como tuve paciencia para escucharlo.

—Decidla sin empacho, repuso la reina. Nosotros podemos oirlo todo.

—Pues bien: continuó Juan de Vera. El Muley miró á sus consejeros, revolviendo á uno y otro lado sus ojos torvos, y fijándolos luego en mí,—¿has concluido, cristiano? me preguntó.

—He concluido, le contesté.—Pues aprende á ser lacónico, repuso: dí á tus señores, que *las fábricas de Granada no batan ya moneda, sino acero.*»

—¡Brava respuesta! exclamó D. Fernando con irónica frialdad. ¿Y qué replicasteis á eso?

—Buen metal es, le dije, y ahora lo tomaria, sino me faltasen acémilas.

—Tambien es buena, repuso el rey.

—El anciano Abul-Hacem, prosiguió el caballero, se levantó en seguida, y gruñendo un «¡Alah te guardel!» se dispuso á salir de la gran cámara. Entonces le volví la espalda, sin ceremonia, dado que me desairaba, y fui á reunirme con mis compañeros, que ya me aguardaban impacientes. La ciudad estaba agitada: el populacho habia llegado á traslucir el objeto de mi mensaje, y pedian á voces la prision de los *nazarenos*.

—¡Querian prenderos! exclamó doña Isabel, que habia permanecido pensativa.

—Sí, señora.

—¡Insolentes por demás están esos perros enemigos de Dios! dijo el rey. Habrá que atarlos corto.—¿Y qué hicieron?

—Nada, señor. Yo cabalgué al momento, enderecé mi camino por medio de la ciudad, con mi comitiva en ala, cuanto lo permitia el ancho de las calles, y me quedé á retaguardia. Los perros moros nos seguian, ladrando en tumulto: de trecho en trecho me volvía, y les gritaba:—¡Chucho!....—Pero no llegaron á morder.

«Ya fuera de Granada, conocí que era mengua el volverme con las manos vacías, y hemos traído á cuenta del tributo veinte moros y moras, cogidos á la vista de la ciudad, para ofrecerlos á vuestras altezas.

—Os los cedemos, D. Juan. dijo la reina: podeis repartirlos entre los caballeros que os han acompañado, encargándoles que los traten bien, para que se conviertan á nuestra santa fé. Pero cuidad que las mujeres pasen al servicio de damas. Ahora id á descansar, y ya premiaremos vuestra lealtad.

El caballero se retiró, despues de hacer una profunda reve-

rencia, y habiendo quedado solos el rey y la reina con el cardenal, dijo el primero:

—El viejo Muley nos provoca, y esto me place; porque nos abre el camino para cojer su *Granada de rubíes*, como la llaman sus poetas. Solo que nos faltan las acémilas de Juan de Vera para cargar el acero.

—Tuviéramos oro, dijo el cardenal, que gente hay de sobra en Castilla para humillar la soberbia del insolente moro. Pero la empresa es árdua, y ha de ser costosa: el reino de Granada es como esos mónstruos fabulosos, pequeños en cuerpo, pero inmensos en fuerza que nos pintan los árabes en sus cuentos. En poco territorio encierra innumerables riquezas, y una poblacion apiñada en multitud de ciudades y villas fortificadas: los dos tercios de sus habitantes son serranos, gente ágil y dura, como sus caballos de África, de donde pueden recibir pronto socorro en caso necesario. Son menester muchos tesoros para mantener grandes ejércitos en tierra, y numerosas naves en la mar; y desgraciadamente carecemos de dinero.

—¿Y habremos de sufrir el ultraje del granadino, y perder la ocasion que nos ofrece, por falta de dinero? dijo la reina. ¿No veis que nos amenaza, y que entrará por nuestras tierras, si conoce nuestra flaqueza? ¡Oh! no: si nos falta dinero, yo empeñaré mis joyas, que algo valen, y mis nobles imitarán mi ejemplo.

—¿Para qué empeñar nada? repuso el rey. Haremos alquimia.

—¿Cómo, señor! ¿vos creéis?... murmuró doña Isabel.

—Sí, haremos alquimia: quemando todos los judíos que hay en España, algun oro saldrá de ellos.

—No digais eso, ni aun en chanza, señor, contestó la reina. Me haceis estremecer.

—¡Ea! pues imaginad un modo mas espedito de hacer oro. Parece que teneis lástima á los judíos, enemigos de Dios: emprended la guerra con su dinero prestado, y al acabarla serán ellos los dueños de la conquista, porque se llevarán todo el provecho.

—Sin embargo, quemarlos sería una crueldad inhumana. Yo

emprenderé la guerra con mis nobles, y resarciré sus gastos con los tesoros mismos de la conquista: entre tanto, mis pecheros, libres de las turbaciones de sus señores, aumentarán con su trabajo pacífico las riquezas del reino; daremos reglamentos que protejan la industria y desarrollen el comercio: ensancharemos fuera con una mano el campo de la gloria y del engrandecimiento para la nobleza, y abriremos con la otra los cauces de la prosperidad, en lo interior de nuestros reinos, fomentando la agricultura, las artes, y las letras, al abrigo de la paz y la justicia: Esta es la verdadera alquimia, señor: esto nos hará grandes, poderosos é invencibles .

—¡Bah! ¡bah!... Todo eso es muy bueno, replicó el rey: no lo niego; pero se necesita tiempo para que pase de ilusion á realidad, y no se hace sin dinero abundante para empezar. Además, la insolencia del moro reclama un pronto correctivo.

—¡Es verdad! exclamó la reina con triste acento. Se necesita dinero, y no lo tenemos: pero no importa: Dios proveerá.

Desde este dia no cesó de pensar doña Isabel en los medios de allegar cuantiosos recursos en un breve plazo, para poder dar principio á sus grandiosos planes. Ante todo, conociendo que la prodigalidad y el excesivo lujo arruinaban á los grandes y enriquecian á los usureros, hizo montar su casa bajo el pié de la mas estrecha economía, y prohibió el uso de la seda y del oro en los vestidos que debían reservarse solo para los mas altos personajes y para los dias de gran solemnidad: y previno á todos los que ejercian destinos públicos, diesen el ejemplo de la moderacion y la templanza, bajo pena de perder sus cargos. Ella misma vestia diariamente de sarga de lana, tejida en Castilla; y con una sabiduría superior á su siglo, al mismo tiempo que favorecia la introduccion de las ciencias y de los adelantamientos industriosos de los otros paises, coartaba el consumo de frutos y artefactos extranjeros, iguales ó semejantes á los que se producian en España.

Los sábios de nuestro tiempo han criticado las leyes suntuarias de doña Isabel, y algunos han considerado su sistema de comercio como un tejido indigesto de libertad y restriccion; pero,

si se atiende á las circunstancias del tiempo en que vivió esta gran reina, y se juzgan sus actos sin prevenciones de escuela, se conocerá que sus ordenanzas contra el lujo eran una medida política y salvadora del momento, el medio mas eficaz para moralizar á una nobleza estragada, enriqueciéndola, sin peligro de que se abandonase á los deleites, y preparándola para ayudar á la conquista: en cuanto á su sistema comercial, digan lo que quieran los economistas visionarios, y salvos algunos errores de poca monta, está de acuerdo con la sabiduría práctica de todos los siglos.

Mientras la reina preparaba estas saludables reformas, sobrevino un acontecimiento que llenó de júbilo su corazón; dió á luz un hijo, á quien se puso por nombre D. Juan, y que por muchos años fué la alegría y la esperanza de los buenos españoles. Con tan fausto motivo hubo en Sevilla magníficas fiestas, á que acudieron todos los nobles de Andalucía, y sirvió esta ocasión para reconciliar con la reina y entre sí mismos á las grandes enemistades y desafectos. El conde de Cabra y D. Alonso de Aguilar, jefes de las dos ramas de la casa de Córdoba, que habian vivido en continua discordia, depusieron sus ódios. El duque de Medina Sidonia, D. Enrique de Guzman, que era casi un rey en Andalucía, pues costeara un fuerte ejército y una considerable flota en el mar, consintió en hacer las paces con su rival el intrépido bastardo y heredero de la casa de Arcos, D. Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, la mejor lanza del reino de Sevilla. Éste, que habia favorecido indirectamente la causa de la Beltraneja como cuñado del marqués de Villena, se sometió á la reina, sirviéndole de medio decoroso para ello un lance característico de la época, que merece relatarse.

Celebrábase un torneo, despues de restablecida doña Isabel, la cual lo presidia con su esposo y toda la corte. La lid fué muy reñida, por haber tomado parte en ella la flor de los caballeros andaluces, castellanos y aragoneses; pero entre todos habia llamado la atención, y merecido los aplausos de la brillante multitud de damas y caballeros que ocupaban los andamios y balcones del palenque, un arrogante campeón, que permanecia en-

cubierto, cual si fuese insensible á los halagos de la vanidad. Muchos de los espectadores pronunciaban en voz baja su nombre, suponiendo que era un personaje muy conocido en Sevilla, pero nadie podia sostener la seguridad de su aserto.

Este paladin ganó un premio, que consistia en una magnífica flor de lis de oro, cuajada de rubíes y pendiente de su tallo una cinta con un lema, objeto de alabanza para el vencedor. El caballero tomó la flor, y atándola en la punta de su lanza, se dirigió á un extremo del palenque, donde habia una dama principal, notable por su hermosura, rodeada de galanes admiradores de su belleza, y poniendo su trofeo á los piés de ella, la dijo con singular mesura:

—Flores y cintas me dan, señora mia; tomad la flor vos que sois la reina de ellas, y dadme el lazo, símbolo de las prisiones en que deseo vivir para vuestro servicio.

La dama tomó la flor y devolvió la cinta, no sin escitar el despecho y la ira de sus rendidos galanteadores. Uno de ellos, mas audaz que los otros, se adelantó hácia el campeón, y le dijo en altas voces:

—Vuestra ofrenda, señor encubierto, es tan osada, como in-tempestiva. Debierais cuidar que esta dama está bien servida, sin necesidad de que la obsequieis vos, á quien no se ha visto el rostro.

—Pues quejaos á ella, señor indiscreto, respondió el galante paladin, que yo sé lo que debo y lo que hago.

—Si tan bien lo sabeis, ya D. Fernando de Robles, veinticuatro de Sevilla, os reto por atrevido y felon, y lidiaré con vos cuando sepa quien sois.

—¡Vedlo, pues! replicó el encubierto levantándose la celada. Un murmullo de sorpresa se abrió entre los espectadores de esta escena, y el nombre de D. Manuel Ponce de Leon corrió de boca en boca. Los que mejor le conocian, daban ya por muerto al veinticuatro de Sevilla. La dama se sonrió con maliciosa complacencia.

—Y ya que me conoceis, prosiguió D. Manuel, no llevareis á mal que ahora mismo pidamos á la reina el permiso para efec-

tuar el paso de armas á que me retais, ni que yo imponga las condiciones del duelo.

—Estais en vuestro derecho, contestó el veinticuatro. Vamos á hablar á la reina.

La atencion general se habia distraido de la arena, para fijarse en este particular episodio, y mas aun cuando se vió á los dos caballeros encaminarse hácia el tablado que ocupaban los reyes. D. Manuel echó pié á tierra, y llegó á las gradas del trono antes que su adversario; pero le aguardó, y luego que le tuvo á su lado, dobló una rodilla y dijo:

—Señora, D. Manuel Ponce de Leon, hermano del marqués de Cádiz viene á impetrar de V. A. la real vénia, para combatir con el noble caballero D. Fernando de Robles, conforme á las leyes del honor: he sido retado, y aunque hubiera de sufrir la cólera celeste, no cederia un punto de lo que mi honra demanda. Ruego pues á V. A. se digne otorgarme la gracia que solicito.

La reina oyó con gusto esta peticion, que era una muestra de acatamiento y homenaje de parte del hermano del marqués de Cádiz, y aunque no pensaba otorgar la vénia que se le pedia, contestó:

—Debeis saber, D. Manuel, que tenemos prohibidos los combates singulares: sin embargo, como no desconocemos lo que las leyes del honor exigen, os permitimos arreglar las condiciones de la lid, y despues que me las presenteis escritas, veremos sí conviene concederos lo que demandais. Entre tanto, sabed que habeis incurrido en nuestro desagrado, vos y ese caballero vuestro retador, y os condenamos á pagar una tercera parte de los gastos de la fiesta de mañana.

Los dos caballeros se retiraron á la tienda de los mantenedores, y habiendo elegido acompañados para el duelo, procedieron en el acto al arreglo de las condiciones. D. Manuel, como retado, las propuso en estos términos singulares:

—El campo de la lid será el puente de Triana sobre el rio Guadalquivir: los dos combatientes montarán caballos en pelo, é irán completamente desnudos de cintura arriba, y no llevarán

mas armas ofensivas y defensivas que lanzas con hierros agudos (*).

—Eso es eludir el combate, dijo D. Fernando.

—¡No, vive Dios! exclamó el tremendo Ponce de Leon. Si las condiciones no os placen, id á la reina, y que os dispense del reto; pues sin este requisito, por mi ánimo os juro que, obténgase ó no el permiso real, iré al puente tal como he dicho, y os aguardaré allí de sol á sol, y si no compareciereis, ataré vuestro retrato á la cola de mi caballo, y os pregonaré por cobarde.

—Nadie llamará cobarde á Fernando de Robles, sin que le cueste la vida, contestó el veinticuatro. Pero yo no acepto esas informales condiciones.

Y así diciendo, se salió de la tienda disgustado. Los adjuntos estendieron, sin embargo, el acta de la conferencia, para presentarla á la reina.

Cuando ésta vió las estrañas condiciones impuestas por don Manuel, holgóse mucho, pues le autorizaban para no consentir el duelo. Negó por consiguiente su vénia, pero al mismo tiempo impuso doble multa á D. Fernando, por no haberlas aceptado. Con esto quedó satisfecho el valiente Ponce de Leon.

Al dia siguiente se debian rejonear unos toros, terminando la fiesta con una lucha entre varias fieras, que habia ofrecido á la reina el duque de Medina Sidonia. D. Manuel, en pago de la pena que se le habia impuesto, presentó un magnífico leon de Numidia, regalo del famoso alcaide moro Alí-Athar, hecho á su hermano el marqués de Cádiz.

La primera parte de la fiesta no tuvo todo el interés ardiente que solia ofrecer esta clase de espectáculos; porque la reina, llevada de un sentimiento nada comun en aquella época semi-feroz, habia mandado poner astas dobles á los toros sobre las suyas naturales, á fin de prevenir las desgracias que tan frecuentes eran, á causa del excesivo ardor de los lidiadores. Sin

(*) Este D. Manuel tuvo un lance, tal como el que aquí se refiere, con un caballero francés en Paris. Su competidor no aceptó el combate, y se acogió al rey de Francia para que se lo dispensase.

embargo, estos dieron mucho que reir; porque confiados en lo innócuo de sus enemigos, cayeron muchas veces rodando á impulsos de las testas poderosas, sufriendo la grita y las bromas de la multitud.

Pero en cambio, la lucha de las fieras prometia ser un episodio sangriento y dramático. La mayoría de los espectadores, inclinados unos á favor del duque de Medina Sidonia y otros al del marqués de Cádiz, parecian dispuestos á renovar sus antiguas discordias con motivo de esta lid, solo porque tomaban parte en ella animales de ambas casas. Habíanse atravesado grandes apuestas de dinero en pró y en contra del leon de Numidia, destinado á pelea con un soberbio tigre de Fez, y anticipadamente se empeñaban inútiles disputas sobre el valor respectivo de ambas fieras, como si se tratase de un caso de honor entre sus dueños. Éstos no dejaban de interesarse, como sus parciales, en el éxito del combate, y en particular el duque miraba como cuestion de orgullo personal el triunfo de su tigre. Hallábase en un tablado junto al de los reyes con un séquito numeroso de caballeros y criados, y su competidor estaba enfrente en una grada, cerca de un balconcillo ocupado por la dama de sus pensamientos, la cual jugueteaba con un ramo de flores naturales, que tenia en la mano.

Comenzó la lucha por un simulacro de caza: varios ojeadores vestidos con vistosas libreas aparecieron en la arena llevando traillas de perros: en seguida se presentaron doce monteros, ginetes en magníficos caballos ricamente enjaezados, los cuales recorrieron el palenque, gallardeándose y ostentando destreza. El montero mayor del rey dió la señal de esperar la caza, y habiéndose replegado los demás á un extremo, se dejó escapar un ciervo de diez cuernos, que al principio huyó despavorido sin direccion fija; pero acosándole los caballeros, tomó carrera en redondo de la valla: en el acto se soltaron los perros, y el combate presentó un espectáculo divertido. El ciervo, siguiendo su curso circular, tenia un campo infinito que recorrer, y los sabuesos, yéndole á la pista y contenidos por los caballos, solo podian vencerle, escediéndole en constancia y agilidad. El pú-

blico animaba ya al uno, ya á los otros con gritos y ademanes, formando concierto con las tocatas de los cornetas. Por fin el cansancio empezó á rendir al mísero fugitivo, que tendió sobre la espalda su ramosa cornamenta, mostrando una gruesa lágrima en un ojo, y pronto le alcanzaron sus fieros perseguidores, que hicieron presa en el con sangrienta furia. La reina hizo una señal para que se le salvase la vida, y fué retirado, quedando los perros por dueños del campo.

Siguió al ciervo un jabalí, que atravesó el palenque dando bufidos y corcovos: la trailla se lanzó en su persecucion, recorriendo en mil líneas diversas la marcha irregular de la fiera, y sufriendo sus rabiosos dentellados: seis perros quedaron tendidos, pero al cabo, abrumado por el peso y la furia de los otros, cayó abatido el cerdoso animal, y los monteros le sacaron medio muerto, retirándose de la arena.

Presentáronse luego una pantera y un oso, cuyo combate fué débil; porque acobardándose la fiera africana, su enemigo se retiró satisfecho. Entonces gritó D. Manuel Ponce desde su asiento:

—¡Echadles el leon, á ver si los anima!

Á esta voz todos los interesados en la lucha se agitaron en diferentes sentidos: los parciales de D. Enrique de Guzman la interpretaron como una baladronada insultante; y sus contrarios temieron que se comprometiese el éxito que apetecian.

—Pero antes que se diese orden alguna en contrario, apareció en la arena el rey de las selvas, cuya presencia hizo callar todos los rumores. En el primer momento se adelantó con paso mesurado, paróse luego, estiró las garras, levantó en arco el espinazo, y se esperezó sacudiendo la melena: en seguida movió lentamente la cabeza observando á los espectadores con mirada estúpida y meneando la cola, y se lanzó en dos saltos al encuentro de las otras fieras. La pantera y el oso, poco antes contrarios, se unieron para defenderse del enemigo comun, pero á pesar de su alianza, despues de un corto aunque reñido combate, sucumbieron, destrozados por el leon, que estremeció el palenque con un espantoso rugido.

El duque de Medina Sidonia, arrugó el ceño, y habló precipitadamente con sus caballeros, levantándose para observar con mas cuidado las peripecias de la lucha.

—¡El tigre! ¡el tigre! gritaron de todas partes.

El terrible africano salió al campo tambaleándose con feroz blandura, como si pisase con piés de lana. Dió algunos paseos sin rumbo cierto, haciendo ondear como una bandera su ágil y jaspeado cuerpo, antes de reparar en su contrario; el cual le aguardaba tranquilo, sentado de ancas delante de las otras fieras, que acababa de vencer. Pero apenas le vió el tigre, se abrió de brazos, humilló la cabeza, esponjó el cerro y la encorvada cola, y fuése hácia él: llegado á una distancia conveniente, dió un gran salto y cayó violentamente sobre el leon. En el momento resonó en todo el ámbito del circo un furioso bramido, y los dos hijos del desierto se ocultaron á la vista del público detrás de una densa nube de polvo. Un profundo silencio de espectacion siguió al instantáneo ataque, oyéndose solo un áspero rumor, semejante al del mar embravecido, en el lugar misterioso de la pelea. Al mismo tiempo una liviana esclamacion partió de uno de los balcones, y se vió caer á la arena un ramo de flores. D. Manuel Ponce de Leon miró el ramo y luego á su dama, y observando que esta no lo tenia, se lanzó á recogerlo sin reparar en el inmenso peligro que corria.

Ya en esto se habia despejado el torbellino de polvo que ocultaba á los feroces combatientes: D. Enrique de Guzman dió una patada de ira que hizo retemblar todo el tablado, sobre el cual estaba, y por todas partes sonaron esclamaciones en sentidos encontrados. El tigre yacia muerto: su poderoso enemigo, habiéndole aguardado á pié firme, le habia desgarrado los hijares en el momento de la acometida, sacándole enredados los intestinos entre las corvas garras, y despues de cebarse en su sangre, le abandonaba con desprecio.

La fatalidad hizo que, al pisar D. Manuel la arena, dirigiese el leon su marcha triunfal hácia donde estaba el ramo de flores. Nadie habia reparado hasta entonces, en la accion temeraria del caballero: un grito de sorpresa y terror se escapó

involuntariamente de todos los pechos, al ver á un hombre sin mas defensa, que una daga en la mano, y cubierto de blanda seda, frente á frente á la terrible fiera, que á su encuentro iba con los ojos encendidos y la ancha boca ensangrentada y babeando.

—¡Huid! ¡huid! exclamaron muchas voces á un tiempo.

Pero el valiente caballero continuó avanzando con imperturbable serenidad, hasta colocarse junto al ramo de flores. La fiera quedó un momento sorprendida de tanto arrojo, y ya sea que reconociese á su dueño, ya que tan extraordinario valor le inspirase respeto, permaneció inmóvil, mientras D. Manuel recogia su codiciada presa, y la levantaba en aire de triunfo.

Una nutrida exclamacion de aplauso resonó en todo el ámbito del palenque, y la reina, que no habia dejado de observar el descontento de D. Enrique de Guzman, le dijo:

—No podeis estar quejoso, primo duque; si un leon os ha ofendido, otro leon os desagravia.

La retirada de D. Manuel era mas peligrosa que su audaz empresa. Conociólo así el denodado jóven, y se acercó á la barrera lentamente, sin perder de vista al fiero leon, que recobrado de su asombro, y aprovechando un instante que aquel se detuvo á recoger la gorra, que se le habia caido, comenzó á rugir y á seguirle los pasos.

—¡Guarda! ¡guarda! gritaron los espectadores.

Pero antes que la fiera le alcanzase, D. Manuel, poniendo una mano sobre el valladar, y apoyándose en el, saltó de un brinco á la grada. En aquel momento llegó el leon, y en su furioso ímpetu, despedazó con las garras una tabla del cercado.

El caballero subió á donde estaba su dama, en cuyo rostro sonrosado y bello no se descubria otro sentimiento que el de la vanidad satisfecha, y notándolo él, la dijo:

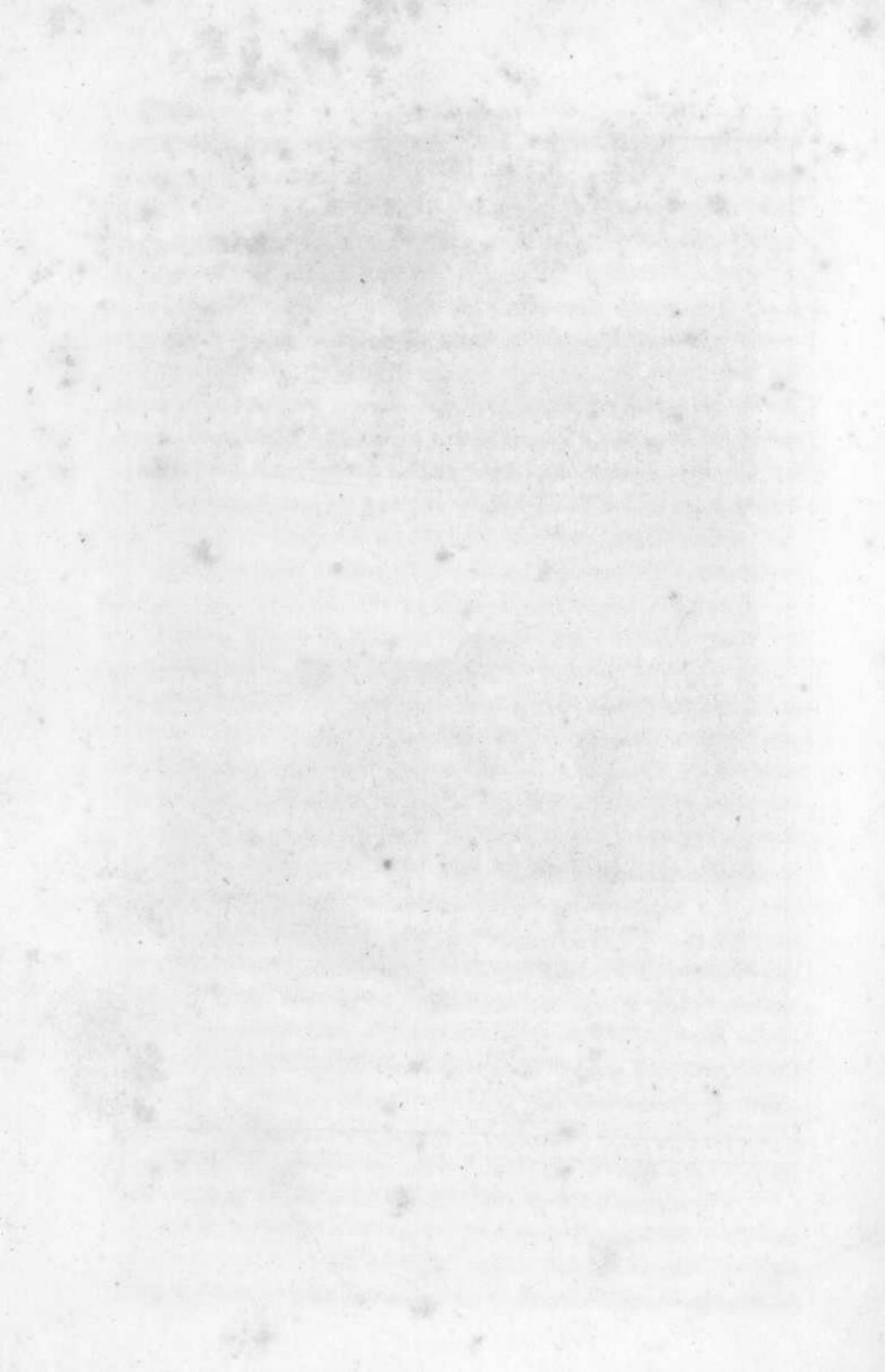
—Tomad, señora mia, vuestras flores, y cuidad mas de ellas otra vez, por si no hallaseis quien os las recoja.

—Guardadlas para vos, que vuestras son, contestó la dama.

Entre tanto la reina hablaba en voz baja con el asistente de Sevilla y con el duque de Medina Sidonia, á quien habia lla-



La fiera quedó sorprendida de tanto arrojo.



mado cerca de sí: los dos caballeros convenian en que los Pon-
ce de Leon, aunque enemigos suyos, eran personas de estrema-
do valor y dignos de particular estima.

Doña Isabel, aquella misma noche, hizo comparecer en su
presencia al jóven D. Manuel, y despues de elogiar su heróica
hazaña, le regaló una cadena de oro, en memoria de ella, y le
espresó el disgusto que le causaba el desamor con que la trata-
ba su hermano.

Por este medio se reconcilió con su soberana el temible mar-
qués de Cádiz, el cual se presentó á poco en palacio con dos ó
tres criados, cuando menos se le esperaba, y contribuyó á ne-
gociar la sumision de su cuñado D. Diego Lope Pacheco.



CAPITULO XVI.

La justicia es la libertad.

No todo era regocijo y fiestas en Sevilla: tambien habia llanto y desesperaciones. El tribunal de nuestros reyes no cesaba de funcionar, y cada dia se descubrian nuevos desafueros y crímenes: la Santa Hermandad acababa de establecerse en Andalucía, y su activa persecucion no dejaba esperanza ni asilo á los delincuentes. Las sentencias que recaian contra ellos, eran ejecutadas inmediatamente con el mayor rigor, y como habia muy pocas familias que no tuviesen algun pariente culpable, llegó á difundirse un vago temor entre ellos, y comenzó á emigrar mucha gente.

Los buenos vecinos de Sevilla, los que personalmente al menos, no habian manchado sus manos con sangre, ni usurpado lo ageno durante las tumultuosas discordias de los bandos señoriales, lloraban ó temian por algunos de sus deudos ó amigos, y juntándose los principales, determinaron implorar la clemencia de la reina, confiando en su buen corazon. Al efecto redactaron una fervorosa súplica, que en pocos dias recogió multitud de firmas, y nombraron para presentarla al asistente Diego

de Merlo, y á fray Alonso de Ojeda, prior del monasterio de dominicos de San Pablo.

Estos dos hombres gozaban reputacion de católicos ardientes y caritativos, aunque el primero encubria con capa de religion una desenfrenada codicia, y el segundo era mas fanático que religioso, y no estaba exento de ambicion. Desde que la reina llegó á Sevilla, habian procurado introducirse en la corte, donde no tardaron en adquirir alguna influencia, como personas piadosas y no faltas de saber. Ellos habian contribuido en gran manera al descubrimiento de los culpables, y estaban por consiguiente en posicion de inclinar la justicia real hácia la misericordia.

La reina les recibió en particular, y oyó afable la súplica de los sevillanos: decian estos que para producir un escarmiento saludable, bastaban los castigos impuestos; que temerosos de la severidad de la justicia, eran ya cerca de cuatro mil los individuos que habian huido á los vecinos reinos de Granada y Portugal, y que Sevilla se despoblaria, si continuase el rigor, y por último, se obligaban á hacer que fuesen devueltos los bienes usurpados, si se les concedia un indulto general.

La reina contestó de palabra, que no queria esterminar á sus súbditos ni ser temida por su rigor, que su corazon aborrecia la sangre, y se inclinaba á la clemencia; pero que necesitaba convencerse de los buenos efectos de su justicia, antes de otorgar el indulto que se la pedia.

Y como se oyese á la sazón ruido de muchachos que jugando estaban debajo de las ventanas del alcázar, se levantó como inspirada por un súbito pensamiento, y diciendo al prior que la siguiese, miró por una de aquellas y dijo:

—¿Veis aquel pobrecillo enfermizo y desarropado, que toma el sol, sin osar mezclarse en el juego con sus compañeros?

—Ya le veo, señora, contestó el prior: es un infeliz idiota, que todos los dias recibe la sopa en nuestra santa casa; cuenta ya quince años y parece un niño: todos le conocen, y los muchachos le maltratan á veces.

—Pues bien, repuso la reina, sacando un bolsillo con algu-

nas monedas de plata. Dad á ese desdichado este dinero; mandadle recorrer las calles mas peligrosas de Sevilla con el en la mano y sonándolo, hasta la noche, y advertidle que, si se lo quitan, vuelva y le dareis otro tanto, con tal que reconozca al ladrón.

Tomó el reverendo padre el dinero, y sin comprender bien á buenas lo que se proponia doña Isabel, bajó á ejecutar su mandato. La reina permaneció observando en la ventana y vió al pobre idiota, que con una sonrisa vaga y una actitud medrosa se acercaba al prior: en seguida notó como abria desmesuradamente los ojos, para comprender las instrucciones que aquel le daba, y como por último recibió la bolsa, y echó á correr sonándola, y gritando con salvaje alegría. El religioso volvió á subir, y doña Isabel le entretuvo, juntamente con su compañero, consultándoles un proyecto que meditaba para estirpar el feo vicio de la apostasía, generalizado entre los judíos conversos, y el escándalo con que muchos se mofaban de la religion cristiana, despues de haberla abrazado aparentemente; lo cual influia sobremanera en la relajacion de las creencias y buenas costumbres.

El asunto no podia ser mejor escogido para enardecer el celo, un tanto estraviado, de los dos fanáticos. El pensamiento de la reina era fundar planteles de misioneros sábios y virtuosos que se dedicasen esclusivamente á predicar contra la apostasía, y á instruir á los conversos en las doctrinas del cristianismo, procurando á la vez reavivar la amortiguada fé de los malos cristianos. Pero el padre Ojeda veia el asunto de otra manera.

—No es posible conseguir nada por medio de la persuasion y la dulzura, señora, dijo: el espíritu malo está encarnado en esos enemigos de Dios, y trabaja sin tregua para perder las almas. Inútilmente sudo y me afo en el púlpito y en el confesionario por persuadir á los tibios, que huyan del contacto de la lepra judaica, y de la peste de Viclef: cuando creo haber tocado el corazon de mis ovejas estraviadas, las veo luego encenagarse en el lodazal de la herejía. Puedo revelar á V. A. un secreto de confesion, callando el nombre del pecador: hay en España, y

a caso en todo el orbe cristiano, una asociación tenebrosa, obra de Lucifer, organizada de tal manera y con tan diabólico artificio, que no es posible descubrir á ninguno de sus miembros, como no sea por sus obras, y si alguno revela el secreto, están los demás obligados á matarle, aunque sea su padre, madre ó hermano. Esta hermandad tiene su núcleo en la mala raza judía, y aspira nada menos que á establecer el reinado de Israel entre nosotros, y sobre nuestra ruina; para lo cual los verdugos de N. S. Jesucristo no perdonan medio: seducen á los cristianos y los atraen á su conciliábulo infernal con la hermosura de sus hijas, y con los hechizos que saben confeccionar esos hijos de Satanás; fingen convertirse muchos de ellos, para obtener altos cargos de república y ganar influencia, y en secreto se entregan á sus abominaciones; procuran tener algun agente astuto al lado de los reyes y poderosos, para corromperlos y conocer su política, y por último, allegan riquezas con insaciable codicia, para con ellas hacerse necesarios y ganar las conciencias.

—¡Ese, ese es el punto mas importante! exclamó Diego de Merlo. No hay firma de general, que valga el sello real, dice el adagio; y á buen seguro que toda la elocuencia de un San Pablo, como no viniera el bendito santo en persona, no evitará en un año, los estragos que puede hacer en una hora un centenar de doblas de buena ley. El dinero mal empleado es la perdición del mundo, y desconsuela el corazón de los buenos cristianos el ver que, casi todo el que hay, lo tienen esos perros judíos y sus afiliados. No sé cómo se las componen; pero ello es que, sin trabajar, con sus tratos y malas artes, recogen todas las riquezas del reino, y empobrecen á los verdaderos hijos de Dios. Son la esponja de nuestro sudor. Así vemos que despues que han arruinado á una noble familia, creen hacerla un favor, manchando su sangre por medio de vergonzosos enlaces. ¿No es un espectáculo que contrista el de tanto y tanto católico de las mejores casas de Andalucía, como han emparentado con la mala sangre de Judá, por evitar el oprobio de la pobreza? ¿Pues quién duda que nada de esto sucederia, si esa pícara raza pereciese, volviendo sus inmensos tesoros á manos mas dignas?

—No cabe duda, repuso el prior; y por mi parte, creo firmemente que seria una obra muy meritoria á los ojos de Dios, el esterminio del judaismo y la herejía, como tambien que no habrá paz en España mientras subsistan. Es una necesidad de nuestra época depurar la sociedad de todo veneno impío, y para que no se corrompa el cuerpo entero con la gangrena de un miembro, es indispensable el cauterio.

—Eso es, añadió el asistente: como se hacia en otros tiempos. Al fuego, al fuego con ellos, hasta que se purifiquen.

—De ese modo los exasperareis sin corregirlos, dijo la reina: podreis acabar con todos, pero no atraer sus almas al buen camino. Además, seria demasiada crueldad, obrar así con unos desgraciados, á quienes debemos tener mas compasion que ódio.

—¡Demasiada crueldad, señora! exclamó el fraile dominico, en tono de asombro. ¡Compasion tratándose de los enemigos de Dios! ¿Pues no están condenados al fuego eterno? ¿Qué importa el pasajero tormento que pueden sufrir en vida, si se compara con el que les aguarda de mano del mismo Dios?

—Pero así acelerais la hora de su condenacion eterna, sin darles tiempo para arrepentirse; y enviais almas al infierno, en vez de ganarlas para el cielo.

—Señora, repuso el fanático religioso: no conoceis bien la negra piedad de la maldita raza de Judá, cuando así hablais: nunca se conseguirá de ella un arrepentimiento sincero, si se la dá tiempo para recaer en la impureza. Por el contrario, viéndose á las puertas de la muerte, ¡cuántos recibirán en aquel trance la clara luz de la verdad, y ganarán por un instante de dolor el eterno premio de los justos! La hoguera será para ellos la puerta del purgatorio. ¡Qué inmenso bien no se les hará, libránoles así de las llamas perdurables! Además, aunque perezcan para siempre, ¿no es ese su destino? En todo caso, ¿no se obtiene el supremo bien de purificar al mundo de esa peste negra, impidiendo el contagio?

—Tendreis razon, repuso doña Isabel con impaciencia y angustia. Pero eso mismo puede conseguirse por medios suaves. Mézclese, si se quiere algun rigor contra los relapsos, pues

castigo merece siempre el que quebranta la fé jurada; y mucho mas en cosas tan graves: castiguese sin misericordia á los que conspiran, pública ó secretamente, contra la ley de Dios; pero una proscripcion en masa..... un esterminio completo..... eso es horrible, y no puede ser grato á los ojos de Dios, que espiró en la cruz perdonando á sus enemigos.

—Señora, sin duda me he esplicado mal, replicó el padre Ojeda, reprimiéndose. Lo que vos quereis, es lo mismo que yo he propuesto. El castigo de los relapsos y contumaces, obligándoles á que confiesen sus culpas y denuncien á sus cómplices, puede servir de escarmiento saludable; y si despues insisten otros en sus abominaciones, la espada del Señor no debe descansar, hasta su completo esterminio.

—Y sobre todo, añadió el asistente, los judíos deben perecer en las llamas, confiscando sus tesoros, que son el instrumento de corrupcion de que se valen, y el incentivo de sus falsas conversiones y apostasías. ¿No es una mala vergüenza, que mientras ellos nadan en oro nuestro, con el cual pierden el reino, tengamos que sufrir los insultos del agareno, que nos reta, por falta de recursos? Con el oro de los judíos pudiérase conquistar á Granada, y concluiríamos de una vez con todos los enemigos de Cristo.

—Esa es la mia, dijo el rey, que entraba á la sazón; no hay mejor cosa que hacer alquimia de judíos y herejes.

—Hablemos de otra cosa, repuso la reina, pesarosa ya de haber promovido esta conferencia. Este asunto es demasiado grave para tratarlo con ligereza.—¿Sabeis algo de Portugal?

—Corren voces, dijo el asistente, de que el rey Alfonso, á quien creian muerto para el mundo, se ha presentado de pronto en Lisboa, cayendo sobre su hijo como una casa que se hunde; pues ya no le esperaba.

—¿Segun eso vuelve á cobrar la corona?

—Justamente: parece que el rey de Francia le ha hecho mudar de resolucion.

Doña Isabel sabia todos los pormenores de este suceso; pero hablaba de él, solo por distraer la atencion de sus interlocutores.

En esto se oyeron en la calle unos gritos destemplados y el padre Ojeda reconoció en ellos al pobre idiota. El infeliz habia perdido su bolsa, y venia en busca del fraile para que le diese otra, segun lo prometido; pero no encontrándole donde le dejó, se puso á llorar, dando gritos como un verraco, y estaba rodeado de una multitud de muchachos que se burlaban de él.

El reverendo prior bajó á consolar al afligido mozo, y en el camino hizo que le acompañasen, de órden de la reina, un cuadrillero y cuatro soldados de la Santa Hermandad, los cuales debian seguir las indicaciones que diese el idiota, para descubrir y prender al que le habia robado el dinero.

Apenas apareció en la puerta del palacio el fraile, corrió hácia él, dando brincos el pobre tonto, y como de sus ojos no habia brotado una lágrima, á pesar de su sentido llanto, apareció su rostro risueño, pero con aquella risa indolente que le era peculiar.

—Vamos á ver, ¿qué has hecho de la bolsa que te dí? le preguntó el prior.

El muchacho le miró espantado, abriendo mucho sus redondos ojos, que casi se escondian en una espesa maraña de cabellos lácios, y despues de rascarse la mollera, como si quisiese despertar su tarda inteligencia, contestó:

—¡El bolsico!.... Ya no le *tengo*.

—¿Pues quién le tiene?

—¡Toma!.... Los *lairones*.

—¿Te le han quitado?

El idiota hizo muy de prisa un signo afirmativo con la cabeza.

—Pues no te doy otro bolsico, repuso el prior, si no me dices quien te le ha quitado.

El infeliz bajó la cabeza con muestras de profunda afliccion, y luego dijo, dando un castañetazo con la lengua:

—Eso no: ¡para que me zurren otra vez!

—¡Hola! ¿Tambien te han pegado? Pues bien, descuida, que no te pegarán mas.

—Entonces... vamos, replicó el idiota, dando espresion á la palabra con un movimiento impulsivo de todo el cuerpo.

—Seguidle, dijo el prior al cuadrillero; y no volvais sin los ladrones: ese bolsillo que le han robado es de la reina.

—Vamos allá, contestó el cuadrillero. ¿Cuándo se acabarán los amigos de lo ageno? Yo tengo ochenta años, y estoy robusto. Nunca he necesitado mas que un pedazo de pan moreno, un vaso de vino y un colete de cuero. ¿Para qué sirve robar á nadie? ¡Vamos, echa adelante, Reduan!

Este era el nombre que daban las gentes del pueblo por ironía al enfermizo idiota.

Nuestros lectores habrán ya conocido al cuadrillero, Juan del Prado, que viendo en la Hermandad un elemento mas propio de su origen y carácter que en el servicio de un gran señor, habia conseguido ocupar esta plaza por recomendacion del adelantado mayor.

El prior de San Pablo dió cuenta de lo ocurrido á la reina, la cual dijo á él y al asistente:

—Ya veis que todavía no han bajado bastante las aguas del Diluvio: la paloma ha vuelto al arca por falta de seguridad. Esperemos algunos dias mas, y entonces concederé lo que me piden los sevillanos.

Y en seguida les despidió.

Tres dias despues, en la esplanada del castillo de Triana se agolpaba un inmenso gentío, para presenciar la ejecucion de un reo, que debia morir asaeteado; y segun lo gritaba el pregone-ro, aquel hombre era criado del asistente de Sevilla, y moria por haber cometido robo con violencia contra el idiota Reduan: otro compañero suyo habia sido condenado á galeras.

En el acto de la ejecucion llegaban á la ciudad cuatro viajeros, que al parecer venian de lejanas tierras, los cuales se pararon mudos de asombro al escuchar el pregon.

—Mal agüero es este para nuestro amigo Alvar, dijo uno de los viajeros, que parecia letrado, á otro de los que con él venian.

—¡Y tan malo! contestó este último. Si el asistente de Sevilla no ha podido libertar á su criado, teniendo tan poco delito, no sé que podamos nosotros alcanzar perdon para nuestro cliente.

—¡Bah! No hay que desanimarse, repuso el primer abogado. El asistente no habrá querido gastar dinero por su criado, y nosotros traemos carta blanca para emplear el que se quiera; y además, que Alvar Yañez es un rico-hombre. Procuraremos entendernos con el rey.

Diciendo esto, los viajeros entraron en la ciudad.

Hacia ya algun tiempo que el ruidoso proceso del rico-hombre de Lugo estaba en el tribunal de la reina, quien, despues de oir el dictámen de los miembros de su consejo, habia tomado el trabajo de examinar por sí todas las piezas para convencerse de la culpabilidad del reo. Las pruebas presentadas contra él no dejaban lugar á duda, y hasta sus declaraciones altaneras y contradictorias dejaban entrever la lucha entre el orgullo aun no domado, y los remordimientos de la conciencia, revelando el crimen de parricidio cometido por él tres años antes en la persona de su prima doña Mencía. Para complemento de prueba, iba unida al proceso una escarcela de cuero, conteniendo papeles de Alvar Yañez, la cual estaba toda ella chamuscada y ennegrecida por el fuego, escepto en un extremo, donde se veia estampada la mano de la víctima. La reina decidió en su conciencia la condenacion del rico-hombre.

Para ganar tiempo y poder negociar un indulto ó conmutacion de pena, se habian propuesto algunas escepciones y nulidades, y esta era la causa de que aun estuviese pendiente la sentencia definitiva. Los abogados que hemos visto llegar á Sevilla no traian otro objeto que el de entretener el negocio, y valerse de mediadores y de leyes caducas para obtener el perdon de la vida, pagando una cuantiosa suma. No dejaron de encontrar valedores entre las personas mas allegadas á la reina, y aun el mismo rey les dió oidos.

Un jueves por la noche, víspera del dia en que debia fallarse el proceso, se presentó D. Fernando en la cámara particular de su esposa, la cual estaba dando el pecho al príncipe D. Juan. El rey se acercó á ella mas solícito que de costumbre, la besó y besó á su hijo.

—¡Qué hermoso es! murmuró con paternal complacencia.

La reina suspiró: su pensamiento, por una coincidencia de ideas muy natural, habia volado á Cervera.

—¿Estais triste, Isabel? preguntó D. Fernando. No es esta la primera vez que os oigo suspirar desde que vine de Aragon.

—¡Fernando! exclamó la reina, mirando con amor á su esposo. Si deseais mi felicidad, no violenteis vuestro corazon. Esto os hará padecer, y yo vivo contenta con veros dichoso.

El rey se inmutó.

—Ese lenguaje, señora, dijo, me llena de admiracion, es el lenguaje de los celos.

—No os ofendais, señor y esposo mio: mi queja es justa, bien lo sabeis; pero hace mucho tiempo que os he perdonado.

—No comprendo.....

—Acaso estoy en un error. ¡Oh! ¡si fuese cierto! Pero no: ¿Los hijos de Aldonza son tan hermosos como los míos?

—¿Quién ha sido el traidor que os ha dicho eso?

—Lo ignoro, señor: y por quien soy, que á saberlo, el osado habria sufrido el peso de mi indignacion; pues no sufro yo impunemente que nadie ofenda á mi marido. El traidor, bien decís, introdujo su delacion infame, como un puñal, entre varios documentos que yo debia ver; y poco faltó para que todo el consejo se enterase.

Don Fernando daba vueltas entre tanto á su imaginacion para descubrir quien podia haber descubierto este secreto, pues á nadie habia él revelado el nombre de su querida mas que á su primo el almirante, y era increíble que este hubiese abusado de tal manera de su confianza. Pero se acordó de las desavenencias de la reina con D. Fadrique, y como éste pudo haber sorprendido una correspondencia dirigida á su padre, en que se hacia mencion de todo, al momento que le ocurrió esta idea, sospechó de él.

—Pues bien, Isabel, dijo por último: es cierto que han existido esas relaciones, pero no fueron mas que un extravío de jóven, antes de conoceros, y ya están olvidadas.

—¡Ah! exclamó la reina llevada de un impulso irreflexivo. ¡No me engaños, Fernando!

—¿Por qué habré de engañarte, mi dulce amiga?

Doña Isabel guardó silencio: se acordó de que Aldonza tenía dos hijos; pero no quiso herir la delicadeza de su marido. Éste la colmó de caricias, y luego dijo:

—Tengo que pedir os una gracia.

—¿Cuál? Decid.

—Es menester que perdonemos la vida á ese Alvar Yañez.

—Pedís un imposible, señor.

—¿Qué hay de imposible para nosotros?

—¡La injusticia! El cielo está clamando por el castigo de ese hombre.

—Vamos: dejémonos de eso, y hablemos ahora como políticos. Concedo que Alvar Yañez no merece perdon. Pero, acaso, ¿no tenemos poder para concedérselo?

—Mí mayor delicia consiste en perdonar. Pero me han hablado ya de eso, y lo he negado.

—Y si pensándolo mejor... Suponed que ese perdon trajese por otro lado bienes considerables al reino; que por esa medida de clemencia obtuviésemos los medios de emprender cuanto antes el desagravio de la ofensa que nos ha hecho Muley-Hacem; ¿deberíamos despreciar tan buena coyuntura, por no hacer una cosa que se vé todos los dias?

—Comprendo lo que me quereis decir, señor: nos han ofrecido darnos cuarenta mil doblas de oro para ayudar á la conquista de Granada.

—¿Y os parece poco? Eso me basta, con la ayuda de los nobles, para echar á Muley del trono.

—Pero perderiais el vuestro.

—¿Cómo?

—Decidme, Fernando, ¿cuánto valdreis?

El rey se quedó sorprendido al oír esta pregunta.

—Sí, ¿cuánto valdreis? repitió la reina. Y ¿cuánto valdré yo? porque nos quieren comprar. ¿Valdremos los dos juntos cuarenta mil doblas? No creo que os tengais en tan poca estima.

—Ciertamente, no; pero veis las cosas de una manera estraña, dijo D. Fernando.

—Las veo tal como son, señor y esposo mio: se nos solicita para que vendamos la justicia por dinero. Esto es la verdad desnuda. Si hubiesen venido á mí los hijos de Alvar Yañez contritos y afligidos; si les hubiese yo visto á mis piés implorando clemencia y perdon para su padre, sin duda lo habrían alcanzado. Pero ofrecermé dinero cuando mas lo necesito; añadir al crimen el desacato y el insulto, es atarme las manos para que no pueda perdonar.

—Es decir, señora, que haceis de este asunto una cuestion de orgullo.

—¡No, Fernando, no! Es una cuestion de libertad y de autoridad para el trono. ¡Desdichado del rey que vende la justicia! El oro que le dan por ella es una pesada cadena, que le esclaviza para siempre. Si nuestra justicia puede comprarse por cuarenta mil doblas de oro, decidme, ¿no autorizamos al último alcalde de aldea para venderla por cuatro?

—Eso no; porque los demás jueces no tienen nuestras prerrogativas.

—Pero sí nuestro ejemplo.

—Además, Isabel, segun las antiguas leyes de Castilla, las penas pueden ser rescatadas, y hay una tarifa arreglada á los delitos y á la clase de los delinquentes.

—Lo sé; pero esas leyes no están en uso. Y ya que de leyes me hablais, os diré que no solo nos quieren comprar, sino que tratan de engañarnos. Por la muerte de Alvar Yañez, todos sus bienes pertenecen á la corona; porque además del crimen de parricidio, ha cometido el de fuerza contra nuestras autoridades y el de sacrilegio.

—¡Ah! exclamó el rey cambiando súbitamente de parecer. En ese caso no digo nada.

—Sin embargo, continuó la reina penetrando el pensamiento interesado de su esposo: yo no aprovecharé el beneficio de la ley. Los bienes de Alvar Yañez pasarán íntegros á sus hijos (1).

(1) Como pudiera parecer invencion del novelista este rasgo magnífico de Isabel, el autor debe decir que, en todo lo relativo al proceso de Alvar Yañez de Lugo, no ha inventado mas que la forma.

—¡Cómo! ¿Y qué ganaremos con eso?

—Ganaremos crédito de justos y de incorruptibles, lo cual es una mina de tesoros inagotables. ¿Quereis que digan que hemos sido severos con el criminal, por aprovechar el mezquino interés de su hacienda? ¡No lo permita Dios! Sepan todos que no basta el oro del mundo para vencer el fiel de nuestra justicia, y entonces hasta el miserable Reduan será libre y respetado de los demás; entonces no habrá quien ose atentar á los derechos agenos, y al abrigo de un saludable temor, prosperarán las artes, la agricultura y el comercio, y enriqueciéndose nuestros pueblos, nos enriquecerán, y podremos legar á nuestros nietos un estado floreciente. ¿Qué vale un puñado de oro, que luego se gasta, comparado con esta permanente riqueza?

—¡Pardiez! teneis razon, Isabel. Me habeis convencido.

El príncipe D. Juan, que durante este diálogo, no habia cesado de mamar la leche de su madre, afanándose, como si la encontrase mas sabrosa que otras veces, soltó de pronto el pecho, y volvió el tierno rostro hácia su padre.

Pero lo retiró de nuevo, al oirle decir:

—Me habeis convencido, y por lo mismo deseo que el castigo alcance á todos los culpables. A mi paso por Castilla, ví á mi sobrino D. Fadrique en la fortaleza de Arévalo.

—Sí, mandé trasladarle allí para mayor seguridad y decoro, hasta que resolviésemos juntos sobre su destino.

—Pues bien: su padre me escribe, pidiéndome su libertad. Pero yo no creo conveniente concedérsela todavía, y por el contrario, le impondria mayor pena.

El rey obraba en este caso movido de resentimiento y rencor.

—Todo se puede conciliar, Fernando, repuso la reina. Le daremos libertad, y le desterraremos á Sicilia. Allí, bajo la custodia y direccion de D. Iñigo Lopez de Mendoza, podrá Fadrique corregirse, y hacerse un perfecto caballero.

Esta decision no agradó mucho al rey; pero la aceptó, reservándose dar instrucciones severas al gobernador de Sicilia.

Poco tiempo despues, se habia ejecutado la sentencia de muerte dictada contra el rico-hombre de Lugo; los sevillanos

obtuvieron el indulto general que deseaban; y mientras la reina emprendia un nuevo viaje á Estremadura, para tratar de un arreglo de paz, con la infanta doña Beatriz, su tia, y cuñada del rey de Portugal, D. Fernando partia para Barcelona, donde le llamaba su padre enfermo.

Las negociaciones de paz tuvieron feliz término; y aunque se procuró aplazar el cumplimiento de lo tratado por las bellas negociadoras, la perseverancia de doña Isabel en sus operaciones militares, le aseguró al cabo la pacífica posesion del trono de sus mayores. Al mismo tiempo se verificaba la union de los reinos de Castilla y Aragon, por la muerte del rey D. Juan el segundo.

Doña Juana *la escelente* se consagró á Dios tomando el velo de religiosa en el convento de Santa Clara de Coimbra; y el novelesco rey de Portugal D. Alfonso, que no habia perdido la aficion á los hábitos monacales, murió de repente en Cuitra, yendo á vestir el de franciscano en el monasterio de Varatojo.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LUZ Y TINIEBLAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Los cuentos de Juan del Prado.



ESPAÑA gozaba las dulzuras de la paz; libres sus habitantes de los sobresaltos de la guerra y seguros, sino de ladrones y malhechores, de obtener pronta y cumplida reparacion y justicia, se entregaban sosegados en lo interior del reino á las faenas útiles y á las labores de sus oficios respectivos. Veíanse reverdecidos los campos, que antes eran yermos, resonaba en las calles y montañas la esquila de los ganados, y en las frondosas selvas, apenas abandonadas por los foragidos, sesteaban recostadas á la sombra las mansas ovejas, dormitando al sonido de la zampoña con que se solazaban los tranquilos pastores. A los gritos de alarma y á los lamentos de muerte, habíanse sucedido en los pueblos y en despoblado el rumor del martillo y la siera, los golpes de la azada y el arreo de los traficantes. Montá-

banse talleres, trabajábase por forzados y gente libre en la composición de los caminos reales, echábase puentes sobre los ríos y se abrían á estos desagües para fecundizar la tierra.

Entre tanto, solo en la frontera de los moros había continuas algaradas y rebatos, y en las demás partes del reino, las cuadrillas de la Santa Hermandad, cada cual encerrada en su respectivo distrito de cinco leguas, se ejercitaban en el manejo de las armas, y tal cual vez salían de su reposo activo, al percibirse el toque de alarma, dado por las campanas de los pueblos, para lanzarse en seguimiento de los criminales, que nunca escapaban de sus manos.

A dos leguas al norte de Sevilla, en la ribera derecha del Guadalquivir, y sobre una eminencia poblada de monte bajo, se había construido una cabaña, que servía como de atalaya á las tropas de la Hermandad. Un destacamento de cuarenta hombres situado en Sevilla enviaba diariamente á este punto una cuadrilla, para estar en contacto con otras de los pueblos comarcanos. Al pié de la cabaña se extendía un prado que bajaba en suave pendiente hasta bañarse en las aguas del río.

Era una tarde del mes de setiembre, templada y apacible, como lo son todas, por lo común, bajo el magnífico cielo de Andalucía. El ardor del sol se despuntaba en las frescas brisas, y sus rayos, jugando con las ondas del río, engendraban en ellas millares de bulliciosos hijos que las vestían de oro.

Mientras en la cabaña vigilaba un soldado, en la falda de la pradera se divertían los otros tres, presenciando los ejercicios de un recluta, que tomaba lecciones de su jefe. Y es que no carecía de atractivo el espectáculo, si se atiende á la índole de los actores. El recluta era nuestro conocido Reduan, y el jefe que le instruía el anciano aventurero Juan del Prado. El idiota estaba desconocido: con el dinero que le dió el prior de San Pablo le habían comprado un vestido nuevo, una coraza de baqueta y un colete de gamuza. En menos de un año había crecido un palmo y envaronado, merced al buen trato que le daba la tropa popular, pues era, como los perros de regimiento, que engordan con las sobras de todos, y tienen tantos amos como soldados.

Sin embargo, Reduan conservaba su aspecto grotesco, y apenas media cuatro piés de estatura. Formaba por lo tanto un singular contraste con la figura esbelta y marcial, con el aire inteligente y en cierto modo venerable del anciano cuadrillero, que á pesar de sus ochenta años, estaba fuerte y colorado y llevaba y esgrimia las armas con la soltura de un mancebo de veinte.

—¡Por vida de la mujer de mi padre! dijo el honrado veterano, acariciando su larga barba gris: hemos de hacer carrera de este avestruz; pero es un poco torpe.—Vamos á ver, Reduan: ponte tieso, mas tieso; como yo, ¡pardiez! Levanta la cabeza, y no me mires con esos ojos de mochuelo.

El idiota tomó un aire marcial estremadamente risible, alzando mucho la cabeza y pegando los brazos al cuerpo.

—Veamos si has olvidado ya el manejo de la ballesta, continuó el cuadrillero, poniendo en manos del recluta el arma que tenia en las suyas, y colgándole al costado izquierdo una aljaba con saetas.—¡Por allí van los ladrones!

—¿Dónde están? ¿dónde están? preguntó el idiota, volviéndose á todos lados con aturdimiento.

—¡Calma y serenidad! Míralos: allí están emboscados entre aquellos chopos, repuso Juan del Prado señalando á un bosquecillo que habia en la orilla del rio.—¿Qué es lo primero que se hace?

Reduan sacó una saeta y se bajó para ponerla en el arco, y enganchar la cuerda en la clavija, y gritando al mismo tiempo:

—¡Eh! ¡Alto ahí! ¡Todos á tierra!

—¡Perfectamente! exclamó el instructor aplaudiendo con las manos.—¿Pero qué haces parado? ¿No ves que te se escapan los ladrones? ¡Apúntales pronto, pronto!

El pobre idiota se echó la ballesta á la cara, sin cuidar de retener la saeta, la cual se le cayó en el acto de disparar, pasando entre los brazos y el cuerpo. Los soldados entonaron un coro de carcajadas.

—Vamos, no hay que reirse, dijo el cuadrillero. A todos nos ha pasado algo de esto. Vuelta á empezar, y cuidado con no aturrullarse.

Reduan repitió la misma operación; pero aturrido con el mal éxito de la primera prueba, esta vez apuntó con tanta precipitación, que sacó la saeta de su lugar, y la hizo saltar por encima de su hombro.

—¡Por vida de San Borondon! exclamó el veterano dando una patada en el suelo. ¡Ea! dejemos esto por hoy.

—¿Qué santo es ese que invocais siempre, seor Juan del Prado? preguntóle uno de sus soldados. No debe de ser santo español ese San Borondon, pues no recuerdo haberle oido nunca nombrar.

—No es extraño, amigo Matalobos, porque nunca has salido de la sombra de la Giralda, contestó el veterano, cuyo saber y larga experiencia le hacian mirar siempre con cierto desden la ignorancia de los demás. Si hubieses ido siquiera hasta el puerto de Palos de Moguer, sabrias quien es el famoso San Borondon ó San Brandan, (que en esto del nombre hay discrepancia de pareceres); y tendrias noticia de la isla maravillosa que lleva su nombre, y que está allá, en lo mas remoto del mar Océano, hácia poniente.

—Ya sé, repuso Matalobos, que tambien se preciaba de instruido. Esa será la isla que llaman de las Siete Ciudades, porque tiene, según cuentan los que la han visto, siete magníficas poblaciones cercadas por murallas de oro macizo, las cuales fueron fundadas por otros tantos obispos, que salieron de España cuando la invadieron los moros. Y diz que esos santos varones viven todavía, y vivirán en aquella isla, que es donde estuvo el Paraiso terrenal, hasta que sean espulsados del todo los sarracenos de nuestra tierra; y entonces vendrán á buscar aquí sus iglesias, para ser enterrados en ellas.

Juan del Prado escuchó esta relacion con una sonrisa de superioridad, y luego que hubo concluido su compañero de armas, dijo:

—Te equivocas completamente: esta isla de las Siete Ciudades no es la misma que la de San Borondon, en la cual he estado yo, y no hay tales murallas de oro macizo, sino otras maravillas de mas precio.

El veterano habia estado en la famosa isla, objeto de mil fábulas, consejas y suposiciones entre los marinos de su tiempo, lo mismo que en el Paraiso terrénal: pero su imaginacion pintoresca le habia hecho contraer la costumbre de apoyar todas sus relaciones de historias verdaderas ó ficticias con el testimonio de sus ojos: y era tal la fuerza de esta costumbre, que muchas veces creia él mismo de buena fé haber visto lo que solo imaginaba. Matalobos y los otros soldados le miraron con cierto respeto supersticioso, y el primero dijo:

—¿Es posible que hayais estado en esas prodigiosas regiones?

—Tan posible como que estamos ahora sentados á orillas del Guadalquivir, y á media legua de la *Cruz Sangrienta*, donde fué crucificado el niño Ignacio Alonso por el converso Simon de Utrera y la bruja de Cazalla.

—¡Líbrenos Dios de ella! exclamó Matalobos santiguándose, (y lo mismo hicieron sus compañeros): por lo demás nadie puede afirmar quién crucificó al niño Ignacio, pues no está averiguado.

—Lo afirmo yo, porque lo he visto.

—¿Cómo! ¿Vos visteis crucificar al cristianito y no matasteis al converso y á la pícara bruja?

—Es decir, repuso el veterano un tanto cortado, conociendo que su aseveracion era algo atrevida: yo ví al niño en la cruz, y sé toda la historia de este sacrilegio.

—¿Si quisierais contarnos esa historia y la de la isla de San Borondon?...

—Con mucho gusto, dijo Juan del Prado. Pero antes subid uno á la cabaña y traed la bota, que no es bueno hablar mucho tiempo, teniendo seco el paladar.

Uno de los soldados corrió á traer la bota, y luego que hubo vuelto con ella, sentáronse todos en piedras alrededor de su jefe, y hasta Reduan vino á recostarse á sus piés como un perro, apoyando los codos en la ballesta, y mirándole con atencion respetuosa.

—Pues, señor, dijo el veterano, tomando la actitud de ora-

dor, que solia en tales casos: hace cosa de diez años, me hallaba yo en Palos, cuando el famoso navegante Martin Alonso Pinzon volvió de un largo viaje á las costas de Guinea. Entre sus marineros habia un tal Felipe Ardales, antiguo amigo mio, el cual me contó, como habiéndose detenido unos dias el buque de su patron en la Gran Canaria, observó que habia grande agitacion en aquella isla, con motivo de haber visto algunos de sus habitantes una tierra lejana, que se divisaba en lo último del mar; y me dijo que su amo pensaba emprender una espedicion secreta para descubrir aquel pais desconocido, el cual se suponía fuese la isla de San Brandan ó San Borondón.—Entráronme ganas de ser de la partida; comuniqué mi deseo á Felipe, y convinimos en que él me avisaria oportunamente para que yo estuviese en la carabela en el momento de marchar. Así lo hicimos, y una mañanita con viento fresco salimos al mar, dejando yo á mi señor, que era entonces el conde de Arcos, padre del actual marqués de Cádiz.

«Muchos dias navegamos sin encontrar mas que agua y cielo, y habiamos llegado á unos mares tranquilos, donde no soplaban los vientos ni se movian las olas, cuando el piloto, acobardado á vista de una calma tan extraordinaria, opinó que debiamos retroceder. Y no le faltaba razon: la mar, cerca de nosotros parecia una plancha de acero bruñido; á lo lejos se confundia con la bruma plomiza del cielo, y al ponerse el sol era como un inmenso lago de fuego. Sin embargo, yo no me acobardaba y hacia por infundir alientos á los demás.

—Era una temeridad, dijo Matalobos; porque siguiendo por esos mares infinitos, solo se puede llegar á los abismos del infierno.

—Pues nosotros íbamos en busca del Paraiso, y al cabo lo encontramos. Una mañana vimos aparecer sobre las aguas, montes de topacio, rodeados de selvas magníficas; y millares de pájaros mansos vinieron á cantar sobre nuestros hombros. Nunca he visto animales mas hermosos: arribamos á una playa, cuyas menudas arenas eran de plata y oro: en lugar de piedras habia perlas y diamantes como el puño; vimos tres rios que bajaban

de una montaña; el uno era de leche, el otro de miel y el otro de vino riquísimo: á la sombra de los árboles, cuajados de frutas siempre maduras, dormían juntos los lobos con las ovejas. Quisimos aprovechar algunos de aquellos tesoros, pero al momento salió de un bosque vecino, el gigante Mildum, que es tan alto como diez veces yo, y tiene los cabellos y pelos del pecho tan gruesos como mi brazo, y cada ojo como la puerta de la catedral de Sevilla: sus pasos hacían estremecer toda la isla.

«Todos echaron á temblar, menos yo, que tuve valor para decirle:—No nos mates, que somos cristianos.—Entonces el gigante se sonrió y dejó caer la enorme clava, que traía ya levantada, para aplastarnos á todos de un solo golpe.

—¿Con que ese gigante es cristiano?

—Y de los buenos: cuando el glorioso San Borondon, abad de tres mil monges, salió de Escocia en busca de infieles que convertir, arribó milagrosamente á esta isla, y encontró al gigante muerto: lo resucitó y le bautizó, poniéndole por nombre Mildum; y despues de haber dicho misa en un altar de piedras, que allí está todavía con su cruz de madera, el santo se volvió, encargando al gigante que guardase la isla. Esto nos lo contó él mismo y al concluir nos dijo:—«Porque sois cristianos tengo compasion de vosotros; pero embarcaos pronto, si no quereis perecer.»

—«Inmediatamente nos retiramos á la carabela, y sentimos un ruido de huracan, que venia de la montaña: alzamos la cabeza y vimos á Elias y Enoch en su carro de fuego. Despues todo desapareció: la isla se habia sumergido en el Océano y nuestro barco bogaba hácia España á velas tendidas.»

Tal es la relacion de la isla maravillosa, que hizo á sus compañeros Juan del Prado, atribuyéndose el mérito de haber visto lo que referia la tradicion, algun tanto exagerada por él, respecto á la existencia de unos paises admirables, que el vulgo suponía situados en el confin del Océano.

Escusado es decir que los soldados dieron entero crédito á esta peregrina historia.

Despues de un rato de silencio, dijo Matalobos:

—¡Qué buena falta haría en España ese gigante Mildum, para acabar con los judíos y los herejes!

—No hará falta, repuso el veterano: si son ciertas las voces que corren, pronto no quedará uno solo de esos malditos enemigos de Dios, que crucifican á los niños cristianos, y seducen á las esposas de Jesucristo.

—Y añadid que hechizan á los buenos católicos, y los atraen por arte del demonio para chuparles el dinero y la sangre, y envenenan las aguas para producir la peste, y hacen otras mil abominaciones, que dá horror el pensarlas. Que, ¿os parece que las benditas monjas faltarian á sus sagrados votos, ni habria grandes titulados y hasta santos padres que se dejasen arrastrar á vicios feos, si no fuera por los sortilegios y maleficios de los perros judíos?

—Así es la verdad, repuso Juan del Prado; y aunque aquí, para entre nosotros, las mas de las veces esos vicios feos y tratos criminales son nacidos de la mala índole humana, sin embargo, hay mucho de las artes del demonio en lo que sucede. Y si no, ¿cómo podria ser que nuestra santa reina, siendo tan cristiana y tan enemiga de los malos, se opusiese, como diz que que se opone, al establecimiento del Santo Oficio?

—¿Creeis que los herejes y judíos hayan hechizado á la reina?

—No diré yo tanto; pero sé que es posible lo hayan intentado, ó que algun espíritu malo tenga el encargo de ofuscar el claro entendimiento de S. A. Sin embargo, el ángel de su guarda y el glorioso Santo Domingo, rayo de la herejía, velarán por la reina, y no permitirán que prevalezca la astucia de Lucifer. Por eso digo que pronto no quedará uno de los enemigos del nombre cristiano, de esos que no beben vino, ni aderezan las viandas con lardo, y visten una camisa limpia los sábados, ni de los que llevan sus hijos á cristianar, y luego en sus casas los limpian y conjuran para que nada les quede del agua del bautismo, y se burlan de los divinos misterios de la misa (*).

(*) No se debe estrañar este género de acusaciones, ni estas ideas en un hombre como Juan del Prado. Los cronistas, los sábios de su tiempo, pensaban del mismo modo.

—¡Qué horror! Menester es que esos malvados perezcan por por el fuego, como decia el último domingo el reverendo padre fray Lucas Dávalos, predicando en la iglesia de San Pablo. Por cierto que allí estaba el converso Simon de Utrera, y no puso muy buena cara.

—Ya lo creo, repuso Juan del Prado: como que le oleria el cuerpo á chamusquina; pues si llega ese caso,—y llegará, Dios mediante,—no seria él de los últimos que cayeran en el garlito: veriamos si entonces le libran los conjuros de la maldita bruja de Cazalla.

Diciendo esto, el cuadrillero tomó la bota, y la empinó largo rato, como para protestar de su ninguna participacion con moros ni judíos. En seguida, como los nombres que acababa de pronunciar despertasen la curiosidad de sus inferiores, á instancias de estos, comenzó así la historia tenebrosa y cruenta que les habia ofrecido:

—La bruja es una vieja de mas de doscientos años, dijo; pero con la virtud de unos polvos que le dió Satanás, tiene el poder de volver jóven y hermosa, tomando la figura que mejor le parece; y de este modo atrae á los hombres mas distinguidos y los enamora, hasta volverlos locos. Su mayor gusto consiste en pervertir á los jóvenes cristianos, fingiéndoles cariño, y en atormentarlos hasta hacer que se deseseren, luego que ha conseguido enamorarlos. Cuando llega este caso, si el que ha caido en sus diabólicos lazos es un caballero, ó persona de distincion, la bruja conserva su forma prestada, ó bien se infunde en el cuerpo de la mujer cuya semejanza ha tomado, y hace que su amante engendre hijos malditos, que perpetuen su raza infernal: si es un monge ó un prelado, le induce á pecar, y luego desaparece; y si es un villano, ha de abjurar la ley de Dios, ó de lo contrario le conduce á las ruinas de la torre del Espectro, donde ella tiene su morada, y le obliga á bailar alrededor del fuego, hasta que muere condenado.

—¡Jesús! ¡Dios nos libre de ella!

—¡Amen! respondieron todos.

—Cuéntase, continuó el viejo bajando la voz, que esa mal-

dita es hija del marqués de Villena, el de la redoma, y de una monja, y madre de la condesa de Medellin, que, como todo el mundo sabe, es bastarda del difunto D. Juan Pacheco. Además, bien recordareis aquella hermosa dama, que dejó caer las flores en el palenque, donde luchaban las fieras.....

—Sí, dijo Matalobos, doña Brianda de Sotomayor, riquísima heredera de no sé quién, por la cual estuvieron á punto de matarse D. Manuel Ponce y D. Juan de Robles.

—La misma: pues bien, esa dama, por quien se han dado ya de cuchilladas mas de veinte hijosdalgo, diz que nació de la bruja y de un padre dominico, al cual sedujo la perversa. Si esto es verdad, la doña Brianda es digna hija de su madre: tanto ella como el opulento viejecito Pedro de Sotomayor, que se dice su tio, pasan por buenos cristianos, y Dios sabe lo que serán. En cuanto á la bruja, no ha tenido nunca mas que un hijo varon, y éste le nació de legítimo matrimonio. Segun la tradicion, continuó el veterano, que á pesar de su buen juicio, daba mas valor á lo maravilloso que á lo verdadero,—un dia llegó á España un jóven peregrino, que volvía de visitar los Santos Lugares, y le cogió la noche cerca de la torre del Espectro. Hacia un tiempo borrascoso, y el buen peregrino se dirigió á la torre buscando un asilo contra la tempestad, cuando se le apareció la bruja en forma de una linda penitente, y valiéndose de sus conjuros y sortilegios, consiguió enamorarle, como hacia con todos.—El jóven traía consigo un relicario con un pedacito de la Veracruz, el cual debía librarle de los artificios del demonio; pero hubo de dejarlo, mientras cenaba, en la maleta, donde iba encerrado, y la bruja aprovechó aquel descuido para hacer de las suyas. Pasaron juntos algunos dias, y al cabo de ellos, el peregrino, temeroso de ofender á Dios, declaró á su amada su resolucion de abandonarla, si no los unia el santo lazo del matrimonio.—Viendo ella que se le escapaba su presa, y cediendo sin duda al poder misterioso de la reliquia, consintió en ello, aunque con ánimo de arrebatársela y quemarla cuando le viese descuidado. Bajaron á la inmediata aldea, y un sacerdote los desposó, despues de lo cual volvieron á su soledad.—El novio,

siguiendo su costumbre, antes de acostarse puso la reliquia debajo de la almohada del lecho nupcial, sin que lo advirtiese la bruja; hasta que sintiendo ésta en sus entrañas el tormento de una criatura concebida en gracia de Dios, abandonó de pronto el disimulo y apareció á la vista de su esposo tal como era. El peregrino, diz que huyó aquella misma noche, y no se supo mas de él. Pero la bruja dió á luz á su tiempo un niño, á quien atormentaba cruelmente desde el dia mismo en que nació: por supuesto que no lo llevó á bautizar, antes al contrario, no bien la criaturita comenzó á balbucear, su pícara madre le enseñaba á invocar á Moisés y á Belcebú.

«Sin embargo, lo que es de Dios, vuelve á Dios. Apenas el niño supo andar, se escapó de la torre maldita, y fué á buscar á un santo ermitaño, para que le enseñase la doctrina cristiana, y le echase el agua del bautismo. Su madre rabiaba como una loba hambrienta, desde que por medio de sus artes malignas averiguó donde estaba su hijo, y lo que con él pasaba. En seguida, el primer sábadó se presentó en el aquelarre toda desgredada, retorciéndose los brazos y mordiéndose las manos, como una poseida. Dió cuenta de todo, y el cornudo presidente de la reunion decidió que el cristianito fuese crucificado. Así se hizo, sacándolo la infame bruja del asilo donde estaba, y clavándolo ella misma en la cruz, que todavía se conserva allá bajo. Corrieron voces de que los judíos habian sido los autores de esta herejía, y es muy probable que tuviesen parte en ella, como tambien el converso de Utrera; y entonces fué cuando hubo aquel famoso levantamiento, en que perecieron mas de seis mil rabinos. ¡Justo castigo de Dios!

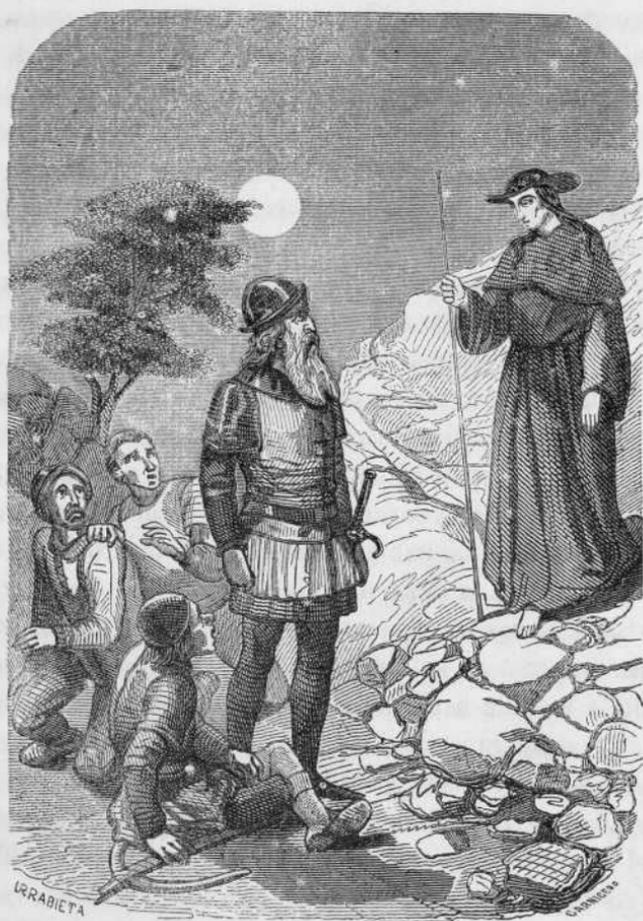
Calló Juan del Prado, y sus oyentes, poseidos de un terror fanático, no se atrevieron á levantar las cabezas. Era ya de noche, y la luna, saliendo por detrás del bosquecillo de chopos, proyectaba á lo largo del terreno las sombras de estos, que se movian como fantasmas. Pero no habian transcurrido dos segundos, cuando se oyó un comprimido suspiro, seguido de una voz de mujer, que con acento solemne decia:

—¿Concluiste ya tu cuento, Juan del Prado?

The first part of the report deals with the general situation of the country and the progress of the war. It is followed by a detailed account of the military operations in the various theaters of the war. The author then discusses the political and economic conditions of the country and the impact of the war on the population. The report concludes with a summary of the author's findings and recommendations for the future.

The author's observations are based on a thorough study of the available sources and a personal examination of the country. He has endeavored to present a fair and accurate picture of the situation as it exists. He believes that the information contained in this report will be of great value to the government and the people.

The author is deeply indebted to the many individuals and organizations that have assisted him in his work. He is particularly grateful to the government for the facilities and information it has provided. He trusts that the report will be found to be a valuable contribution to the knowledge of the country and its people.



¿Qué quieres de mí? ¿Quién eres?

Mudos de terror y asombro volvieron todos la cabeza, y vieron detrás de ellos, una figura humana, vestida de tosco sayal, que estaba en pié con los brazos caídos, en la actitud de una resignación dolorosa. Tenía un báculo en una mano, y cubría su cabeza un ancho sombrero de peregrino. Juan del Prado hizo la señal de la cruz, como sus demás compañeros, y fué el único que, á pesar de sus años, tuvo valor para levantarse, y dirigir la palabra á la fantástica aparición.

—¿Qué quieres de mí? preguntó: ¿quién eres?

—No os alarmeis, amigos, contestó la aparecida con estóica dulzura. ¿Temeis acaso que os haga daño Inés la solitaria?

Este nombre y la voz de la mujer que lo pronunciaba restituyeron al punto la serenidad y la calma á los soldados. Inés la solitaria era conocida en toda la comarca por su virtud ascética, y por sus benéficas acciones, como Juan del Prado lo era por su habilidad para contar historias. Teníasela en el concepto de santa, y sus conocimientos especiales en el arte de curar por medio de simples, la habían granjeado la gratitud de muchas familias pobres y la fama de milagrosa.

—Dichosos los ojos que os ven, santa mujer, dijo el veterano. Nuestra sorpresa ha sido muy natural. Figuraos que hablábamos de la maldita bruja de Cazalla, cuando nos hemos apercebido de vuestra presencia.

—¿Conoceis á la bruja de Cazalla?

—¡Líbreme Dios! Nunca la he visto.

—Lo mismo dicen todos, y sin embargo, todos hablan de ella y la maldicen.

—Como os bendicen á vos, santa madre. Á cada cual su merecido.

—¡Quién sabe si son tan justos los hombres conmigo, como con esa desgraciada! exclamó Inés con un acento singular. Esta noche hará diez y seis años, que fué sacrificado el niño Ignacio Alonso: ved si tengo presente la historia que contabais á vuestros amigos. Sin embargo, el tiempo no ha hecho mas que dar solidez á la calumnia. Cuanto habeis dicho de esa desventurada madre, es pura invención del demonio.

—¡Cómo! ¿decís que no es verdad? ¿Pues quién crucificó al niño cristiano?

—Eso no lo diré yo; porque la caridad nos manda ser indulgentes hasta con nuestros enemigos. Solo os daré un consejo: cuando oigais hablar mal de alguno, suspended vuestro juicio, y apelad al testimonio de los ojos: despues de haber visto, palpad, porque os pueden haber engañado los ojos, y despues de palpar, dudad todavía.

Diciendo esto, aquella mujer singular dió algunos pasos para alejarse en la direccion del rio. Juan del Prado intentó detenerla.

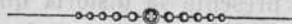
—No os vayais aun, santa mujer, la dijo: esplicadnos al menos nuestro error.

—Me lo prohíbe mi conciencia. ¡Quedad con Dios! contestó la solitaria.

Y siguió su camino.

Todavía hubiera querido el veterano insistir en su empeño de aclarar la verdad, pero en aquel momento se oyó la voz de alarma, dada por el vigilante, que estaba en la choza, y todos, incluso Reduan, se apresuraron á subir á la cumbre de la colina. En todo el circuito del horizonte se veian luminarias, y á lo lejos sonaban campanas tocando á rebato, y dando ciertas señales, para marcar la direccion en que iban los delinquentes á quienes se perseguia.

Juan del Prado se lanzó al valle con su gente, mientras la mujer solitaria seguia con paso firme por la orilla del Guadalquivir. Media hora despues habria podido vérsela de rodillas, abrazada á la Cruz Sangrienta. Los rayos de la luna se reflejaban á un tiempo en las plateadas aguas del rio, y en las lágrimas que corrian por las hundidas mejillas de aquella misteriosa mujer.



CAPITULO II.

Los hermanos de la Cruz Verde.



CABABAN de dar las diez de la noche en el reloj de la catedral de Sevilla, único que habia en la ciudad. Á esta hora estaban desiertas las calles, y solo de trecho en trecho se veia pasar por ellas algun bulto silencioso.

Los mas de estos bultos se encaminaban hácia el monasterio de dominicos de San Pablo, cuyas puertas cerradas conservaban un postigo entreabierto.

Acerquémonos á este postigo, y podremos ver lo que pasaba dentro del edificio.—Á dos pasos de la puerta habia un robusto lego, con una linterna en la mano izquierda, y en la derecha un acerado puñal, cuya hoja se ocultaba en la manga del hábito.

Un embozado de los que andaban por la calle se acercó al postigo y lo empujó, encontrándose en frente del lego, el cual le presentó la luz de la linterna á la altura del pecho, diciendo:

—*Exurge Domine!*

El embozado apartó el ferreruelo, dejando su cuerpo descu-

bierto, y mostrando una cruz de paño verde, que llevaba al pecho, cosida en la ropilla, contestó:

—*¡Judica causam tuam!*

—¡Bien venido, hermano! repuso el lego; y le dejó pasar, Después de este embozado se presentaron otros, hasta doce, y habiendo entrado, prévias las mismas formalidades, fueron conducidos por otro lego á la iglesia del monasterio.

Entre tanto, en la sacristía de la misma conferenciaban tres personajes, de los cuales uno vestia el hábito de Santo Domingo, otro llevaba traje de caballero distinguido, y el tercero, que estaba sentado en medio de los anteriores, en muestra de respetuosa deferencia, usaba ropa de seglar, pero toda ella negra. Nuestros lectores tienen ya noticia de los dos primeros; pues eran el reverendo prior de San Pablo y el asistente de Sevilla: no así respecto al último, por lo cual nos permitiremos decir algo de su persona. Era éste un hombre de cuarenta y cinco años, de mediana estatura, rostro largo y anguloso, y mirada penetrante: su frente espaciosa, terminada en una calva lisa y reluciente, habria parecido venerable, á no ser por cierta depresion de la parte superior, que daba al todo de aquel rostro un aire de astucia, semejante al de la zorra: llevaba la barba afeitada por los lados, menos el bigote y la pera, que caia en forma de cola de pescado, á la usanza de los juristas. El acento de su voz era italiano, así como el corte de su ropilla modesta y cerrada hasta el cuello revelaba á un curial de Roma.

—Con que decís, señor Domingo Centurion, preguntaba el prior al hombre de la perilla; ¿decís que Su Santidad ha espedido ya la bula?

—Ciertamente, contestó Centurion: así me lo escribe, para que os lo participe, el venerable Niccoló Franco, mi señor, nuncio de Su Santidad en estos reinos. Verdad es que la reina permanece reácia, y so pretexto de sus reformas de rentas, de leyes y tribunales, que la traen ocupada, quiere dar largas al negocio mas importante de la cristiandad. Sin embargo, el reverendo padre Fr. Tomás de Torquemada, que está en Toledo, no la deja un momento, y sus laudables gestiones y ardiente celo aca-

barán por vencer esa repugnancia pueril, que detiene á S. A. Por otra parte, al cabo ha comprendido el cardenal arzobispo los intereses de la religion, y esto unido á las buenas disposiciones del rey, hará que consigamos nuestro deseo.

—¿Pero qué dificultades puede oponer la reina á una bula del Santo Padre? exclamó como escandalizado el asistente. ¿Le toca mas que bajar la cabeza y obedecer?

—Ahí teneis, repuso Domingo Centurion: los príncipes dotados de algun talento son á veces una calamidad para la religion; porque el demonio del orgullo los ciega, y les hace creer que de todo entienden y que todo lo pueden.—No es decir que yo censure la conducta de la reina doña Isabel, santa y virtuosa señora, á quien respeto.—Sin embargo, continuó el delegado del nuncio, espiondo el efecto que producian sus palabras: los reyes suelen estar mal aconsejados, y si son algo audaces, cometen los mas crasos errores, creyendo servir á la fé. Aquí en España teneis introducidos ciertos abusos, hijos del desórden de los tiempos: la disciplina eclesiástica está muy rebajada: cuesta trabajo hacer que se reconozca la autoridad suprema del Vicario de Jesucristo, y si no se aleja este mal, rotos los vínculos de conciencia, se romperán todos los demás.

—Es cierto, es cierto, murmuró el padre Ojeda.

—Pues bien: observad lo que sucede, continuó Centurion mas animado: vaca la iglesia de Zaragoza, quiere el Santo Padre proveer la vacante en persona digna, y el difunto rey don Juan se opone, y la dá á un niño, al hijo de la concubina de su hijo D. Fernando. ¿No es un escándalo esto?—Muere el cardenal obispo de Tarazona, nombra el Papa un sucesor, y el rey Fernando lo rechaza, poniendo en su lugar á D. Pedro Mendoza, que reúne ya tres sillas. ¿Qué significa esto, sino el empeño de dominar á la Iglesia de Dios, como á todo lo demás? Por eso no debeis estrañar que la reina reciba una bula pontificia, y haga despues lo que se le antoje.—Y cuidado, señores, que no hablo así por el interés de la curia romana; volved la vista alrededor vuestro, y vereis que la política de vuestros príncipes vá encaminada á someter á la suya toda jurisdiccion.

Ya han dado varios golpes mortales á la de la nobleza: ¿creeis que conservará el clero mucho tiempo la suya?

—No, ciertamente, repuso el prior: ya se ha visto el escándalo y mal ejemplo de no ser respetado el santo asilo del claustro por los soldados de la Hermandad; y hemos presenciado la disolucion de la abadía del Cerrato allá en Castilla, cuyos respetables monges han sido perseguidos como fieras, en lugar de someterlos á un tribunal de fé, y en fin, la corte pretende intrusarse en todo lo que toca á la disciplina interior de las iglesias y comunidades.

—¿Convenís conmigo en que hay esa tendencia dominadora? continuó Centurion. Pues bien, hoy se toca á la jurisdiccion y á la disciplina; culpa de los obispos, que no cuidan de mantener sus prerogativas: mañana se pensará en atacar el dogma. ¡Y en qué tiempo, Dios mio! ¿Cuando las herejías antiguas levantan su asquerosa cabeza; cuando el cisma de Wideff sienta la planta en Europa; cuando en España misma, un teólogo de Salamanca se atreve á sostener que el Soberano Pontífice puede cometer errores en sus decisiones, y que los sacerdotes no tienen poder para perdonar los pecados! ¿Paréceos que tales proposiciones se escribirían, si se dejase obrar, como es debido, á la cabeza visible de la Iglesia? Es verdad que el arzobispo de Toledo ha convocado un concilio para condenar las máximas depravadas y heréticas del lector Pedro Oxemense; pero, ¿es eso lo que hace falta? No: mil veces no. El glorioso Santo Domingo de Guzman, desde la eterna mansion de los justos, donde todo es felicidad, verá con dolor tanta tibieza. No: ¡es el fuego, el fuego esterminador lo único que merecen estos blasfemos!

—¡Esa es la mia! exclamó Diego de Merlo: y no sé cómo la reina desconoce una cosa tan sencilla y tan necesaria.

—La reina cederá, amigos míos, no lo dudeis: tiene ciertos escrúpulos, pero cederá. No hay mas si no que, como el veneno del judaismo se ha infiltrado en las mas de las familias nobles, inclusa la del rey, no faltan consejeros que la disuadan: el mas poderoso está ya vencido, que es el cardenal; pero quedan otros secundarios, como son el maestresala Cárdenas, la

marquesa de Moya y el obispo Fr. Alonso de Búrgos; estas gentes todo lo estorban, pues como dice la coplilla que por allí se canta,

«Cárdenas y el Cardenal,
la Marquesa y fray *Mortero*,
traen la corte al retortero.»

—¡Y es verdad! exclamó el P. Ojeda.

—Y no son ellos solos, continuó el abogado romano: tambien meten su cucharada los secretarios Fernan Álvarez y Pulgar el cronista; y como el diablo es pérfido y no duerme, hay hasta obispos de reconocido celo y virtud, que se oponen al establecimiento del santo tribunal de la Fé, considerándolo atentatorio á su jurisdiccion. Por fortuna son los menos, y los mas pobres de espíritu. La oposicion de alguna importancia está entre la nobleza.

—¡Oh! eso se comprende bien, repuso Diego de Merlo: en Andalucía por lo menos los nobles y los ricos serán los que mas se resistan, como que tienen porque temer. Pero eso mismo exige de nosotros la mayor perseverancia en nuestro santo propósito: el espectáculo impío y repugnante que ofrecen los cristianos de mas distincion, mezclándose con la mala raza de Judá, debe desaparecer, y esto será de nuestra parte y para con ellos mismos, una obra de misericordia. Les dolerá al principio; como duele al enfermo el tumor que se le corta; pero luego que se vean sanos de la lepra, nos bendecirán.

—¡Oh! sí, es preciso limpiar la zizaña, que amenaza sofocar al trigo: hay que separar el tizon del infierno antes que pudra toda la era. Y ahora que me acuerdo, señor prior, continuó el abogado: ¿teneis ya reunidas las listas y genealogías de familias contaminadas de que hablamos el otro día?

—Tengo algunas, pero se está trabajando sin levantar mano en descubrir toda la inmundicia, contestó el P. Ojeda. Resultan cosas increíbles, amigo mio. Pero, si os parece bien, dejaremos esto para luego: los hermanos legos de la Santa Cruz deben de estar aguardándonos, y probablemente nos traerán nuevos informes, que podremos reunir con los que ya tenemos.

—Sí, decís bien: pasemos á la iglesia.

Los tres jefes de esta liga religiosa se levantaron y salieron de la sacristia.

Si el lector recuerda la asamblea de la Perpétua Noche, descrita en la primera parte de esta historia, tendrá una idea del aspecto lúgubre que presentaba el templo gótico de San Pablo en esta ocasion. Una sola lámpara pendiente del arco toral delante del altar mayor, difundia en el aire una luz opaca, é incapaz de disipar las tinieblas que se amontonaban en el fondo de la imponente nave; á un lado del crucero habia una gran mesa cubierta de negro tapiz, sobre la cual ardian cuatro velas de cera amarilla; en medio de estas se veian un crucifijo velado con un crespon, y delante una gran cruz de madera pintada de verde. Al otro lado y á lo largo de la nave divisábanse confusamente multitud de figuras humanas, unas sentadas en bancos, otras arrodilladas orando devotamente; unas vestidas con el hábito de Santo Domingo, y otras envueltas en túnicas moradas, y cubiertos los rostros con antifaces del mismo color, en forma de chias, que les cobijaban toda la cabeza.

El prior de San Pablo y sus dos compañeros avanzaron hasta los asientos, que se les habian preparado junto á la mesa, cuyos extremos ocupaban ya otros dos religiosos á guisa de secretarios, y despues de haberse arrodillado y orado un corto rato, se levantó el primero y pronunció con voz solemne y en tono de salmodía la fórmula convenida:

—*Exurge Domine!* (¡Levántate, oh Señor!)

Todos los congregados contestaron en coro, poniéndose en pié:

—*Judicam causam tuam!* (¡Juzga tu causa!)

En seguida el prior hizo seña con la mano para que se sentasen los que quisiesen. Él permaneció en pié, teniendo á su izquierda á Domingo Centurion, que á su vez daba la suya á Diego de Merlo, quedando en medio de los dos.

—Hermanos nuestros en Jesucristo, dijo el reverendo padre: *¡Beati qui ambulat in vias Domini!* Dichosos los que andan por el camino del Señor; dichosos los que cultivan su santa viña; dichosos vosotros, los que viviendo en el mundo, no os dejais ar-

rastrar por sus pompas y vanidades, y abrazando la santa cruz, poneis en ella vuestra esperanza. Vosotros doce en número, como aquellos felices pescadores, que siguieron las huellas del Divino Maestro, estais destinados á pescar apóstatas y herejes, como los otros pescaban gentiles. La iniquidad ha velado la faz del Salvador; la penitencia y el santo celo por la exaltacion de la fé, pueden solo rasgar el velo que la cubre, y vosotros sois los instrumentos escogidos para entresacar la zizaña, que maltrata los sembrados del Señor. El dia de la justicia se acerca: ¡*Dies ire!* Pero aun tenemos que luchar contra los ardides del demonio. Venid uno á uno, y renovad el juramento de secreto.

Los enmascarados fueron llegando á la mesa en buen orden y sin equivococar ninguno el turno que le correspondia, pues se hallaban constituidos á la manera de la tenebrosa hermandad de los judíos, que se suponía existente, y cuyos estatutos habian sido revelados al P. Ojeda por un penitente en el artículo de la muerte: cada hermano tenia su número, y nadie los conocia mas que el prior. Por este medio se queria evitar que ninguno de ellos fuese víctima de la animosidad herética, dejándoles plena libertad de obrar, sin temor á ningun compromiso: este sigilo aseguraba además el resultado de las investigaciones secretas, pues nadie sabia quien podia ser su acusador ante el terrible tribunal que se proyectaba.

El prior pronunció la fórmula del juramento, teniendo en la mano la cruz verde y presentándola á los hermanos, que venian á postrarse de rodillas delante de ella.

—Este es el signo de nuestra redencion: su color es el símbolo de la esperanza; porque esperamos restituir su brillo y esplendor á la santa religion, única verdadera. ¿Jurais, hermano, sobre esta cruz, guardar secreto fuera de aquí con todo el mundo, incluso vuestro confesor, acerca de cuanto aquí veais, oigais y entendais, y de cuanto averigüeis que pueda interesar á la exaltacion de nuestra santa fé, y estirpacion de las herejías?

—¡Lo juro! contestaba el hermano.

—Si lo cumplís, continuaba el prior, sea premio de vuestra fidelidad la eterna bienaventuranza: si faltais á la fé jurada,

que caigan sobre vos y sobre vuestros hijos todas las maldiciones del cielo; que vivais solo y errante sobre la haz de la tierra; que os nieguen el pan y el agua y todo trato humano, y que las llamas perdurables del infierno devoren, sin consumirla, vuestra alma, juntamente con vuestro cuerpo. Y si yo fuese el perjuro, que lo mismo me suceda.

—¡Amen! clamaba con sordo acento la asamblea entera.

De este modo juraron los doce primeros agentes ó familiares de la Inquisicion; despues de lo cual, y habiéndose tomado tambien juramento colectivo á la comunidad, continuó el padre Ojeda:

—Hoy, hermanos nuestros, es un dia fausto para los fieles cristianos.—Y añadió señalando al delegado del nuncio:—Tene-mos en nuestra compañía al ilustre señor Domingo Centurion, abogado romano; quien os dirá cuanto place á nuestro Santísimo Padre Sisto cuarto el celo que demostramos por la purificacion de la fé.

—Amados hermanos, que así puedo llamaros, dijo Centurion: el paternal corazon del Soberano Pontífice, al mismo tiempo que se ha contristado amargamente en vista de la relajacion de las buenas costumbres cristianas en estos reinos, se ha llenado de santo júbilo al saber que algunos buenos hijos de la Iglesia, poseidos de ardiente celo, han emprendido la grande obra de la estirpacion de la herética pravedad y apostasía. Su Santidad, consultado por los reyes de Castilla, acaba de espedir una bula, declarando que será obra piadosa, católica y grata á sus ojos, la del establecimiento del santo tribunal de la Inquisicion.—Mas os diré, amados hermanos: el Soberano Pontífice, nuestro señor, intercede con Dios, para que favorezca esta empresa, y concederá indulgencia plenaria y remision de sus pecados á los que con celo la sirvan. Aparte de esto decide, que los bienes de apóstatas, judfos relapsos y herejes, se pueden y aun deben ocupar por los buenos católicos, sin cargo, antes con satisfaccion de sus conciencias, siempre que se destinen á personas y objetos dedicados al servicio de la fé.

Un murmullo de aprobacion reveló el contento que sen-

tian los miembros de la hermandad. El delegado continuó:

—Sin embargo, aun faltan dificultades que vencer: todavía tenemos que luchar contra los ardides del demonio, como ha dicho muy bien el reverendo padre prior. Pero el sol desvanece las tinieblas, y el trabajo lento y constante abriga la tosca piedra. No ceséis de trabajar; ganad prosélitos para la causa del Señor, y con su ayuda venceremos.

—¡Así sea! exclamó el prior.—Y añadió dirigiéndose á los hermanos:

—Ahora veamos el fruto de vuestros trabajos, durante la semana que acaba de espirar.

Los socios fueron acercándose á la mesa y depositando en ella cada uno dos listas, marcadas con sus números respectivos.

Terminada la entrega de estos documentos, que contenian, los unos acusaciones, y los otros nombres de personas adictas al establecimiento de la Inquisicion, dijo el prior con acento solemne:

—¡Dios premie vuestros afanes, hermanos! Elevad los espíritus al Señor, para que os ilumine en las vias de su santo servicio.

Y se arrodilló: todos los demás le imitaron, permaneciendo un largo rato en oracion mental, mientras un lego de la orden apagaba las velas y la lámpara, reservando solo una luz, que fué á ocultar dentro de la sacristía.

En medio de la profunda oscuridad en que quedó el templo sonaron tres palmadas, y en seguida se efectuó un movimiento sordo como si cada individuo buscase en las tinieblas un lugar aislado y de antemano conocido. Cuando se restableció el silencio, resonó en las bóvedas la voz grave y robusta del prior, que entonaba el salmo *Miserere mei Domine*.

Un súbito estruendo muy semejante al del granizo, cuando en espeso turbion azota un cañaveral, siguió el primer versículo de aquel imponente cántico, á tiempo que toda la congregacion respondia con el segundo: *Et secundum multitudinem.....*

Y este ruido seco y confuso continuó sin interrupcion hasta

la conclusion del salmo. Entonces cesó de repente, y mientras el prior entonaba una antifona y una oracion, no dejó de percibirse un murmullo, como el que harian muchas personas vistiéndose á un tiempo.

Despues de un corto intervalo apareció de nuevo el lego con la luz, y encendió la lámpara: todos los hermanos estaban en los mismos puestos que ocupaban antes de esta escena tenebrosa; faltaban empero muchos frailes, como tambien el prior, y sus dos compañeros, que se habian retirado á la sacristía: los demás fueron saliendo uno á uno, luego que concluian sus devociones.

Cuando el templo quedó desierto, el lego lo recorrió todo, mirando con cuidado las baldosas del pavimento, y limpiando con una esponja húmeda varias de ellas, que estaban salpicadas de sangre. Los fanatizados hermanos de la Cruz Verde se habian desgarrado sus propias carnes con los azotes; y era menester que fuesen hombres capaces de atormentarse á sí mismos por ciego espíritu de religion, los que debian perseguir sin misericordia á los enemigos de la misma.

Entre tanto el P. Ojeda miraba con júbilo la cosecha de acusaciones y prosélitos que le habian recogido los hermanos.

—La obra marcha, decia: y marchará mas desde hoy. Vuestra presentacion, señor abogado, ha sido muy oportuna, y la hula de Su Santidad producirá buenos efectos. Á ver si la reina se decide, y entonces podremos dar ostencion á nuestros actos, y temblará el infierno.

—Para eso, contestó Centurion, pueden servir de mucho las noticias que me habeis prometido.

—Voy á entregaros ahora mismo las que tenemos reunidas. Pasemos á mi celda.

Diciendo esto, el prior recogió las listas que habia puesto sobre la mesa y guió á sus compañeros. Luego que llegó con ellos á la celda les hizo tomar asiento, y abriendo un armario, sacó de el un gran legajo de papeles, que desató y estendió encima de su escritorio.

—Ved aquí, dijo, lo que á fuerza de estudio y de profundas

indagaciones ha descubierto hasta hoy nuestro hermano el padre Dávalos.—Estas son las genealogías de las principales familias de Castilla y Aragon: pocas hay que no estén contaminadas por la mala sangre, y es preciso convencerse bien de que el tiempo y la virtud las han purificado. Empezando por las mas ramificadas y poderosas, tenemos aquí, primero: la de Pacheco, que hoy abraza el marquesado de Villena, el de Villanueva del Fresno y el condado de la Puebla de Montalvan, por los tres hijos varones del difunto D. Juan Pacheco, los cuales descienden línea recta de Ruy Capon, judío almorjate (*), por parte de padre; y por la madre de un moro convertido que se llamó Fernando Alonso: no tienen por donde el diablo los deseche. Además, el dicho D. Juan Pacheco casó nueve hijas entre legítimas y bastardas, y alguna de éstas se presume que sea nacida de mala parte, pues no se ha podido averiguar su madre.—Aquí hallareis los comprobantes por separado, y en esta otra carpeta los árboles de las doce casas que han emparentado con la de Pacheco, y son de las mejores: como Aguilar, Córdoba y Ponce de Leon en Andalucía; Pimentel, Mendoza y otras en Castilla.

—¡Esto es terrible! murmuró Centurion examinando con ávido interés los documentos.

—Todo está probado, continuó el prior. Ved aquí ahora la otra rama de la misma familia: comprende al conde de Ureña y al maestro D. Rodrigo Giron, que tienen tambien la tacha de Ruy Capon. Del mismo parece que proceden los condes de Castro Gono de Sandoval, y los Manriques de Nájera.—Observad otro escándalo mayor, prosiguió el reverendo padre, desdoblando un gran pliego:—El obispo de Palencia D. Pedro de Castilla, tuvo en una manceba llamada Isabel Droklin, judía, dos hijas, Constanza y Catalina: con ellas se enlazaron Ulloas y Sarmientos, y de aquí descienden por derivacion inmediata, los Lunas de Galaes y de Fuentidueñas, los Henriquez de Alcañices, los Bazanes, los Fonsecas de Toro y algun otro. Además,

(*) Recaudador de rentas reales.

de la misma cepa nació un hijo, que fué llamado D. Alonso de Castilla, y de él proceden esta multitud de familias que llevan su apellido.

—Bien habeis dicho que esto es escandaloso.

—Esperad, repuso el reverendo, cuyos ojos, ardientes de entusiasmo, parecia iban á salirse de sus órbitas.—Ahora vereis cosas mas recientes: D. Álvaro de Zúñiga, prior de San Juan en Toledo, tiene una hija reconocida y se sabe que la madre es una conversa solapada de Consuegra, llamada la Sub. Esta hija ha casado con el conde de Fuensalida.—*Item*: ¿conoceis al secretario de la reina Fernan Alvarez de Toledo? su mujer es hija del doctor Talavera de Salamanca, el cual tiene otra casada con el señor de Cerralbo, y ambas se cree que son nada limpias: esto es muy interesante.—¿Y qué os parece del señor Pedro Arias y de su hermano el obispo de Segovia? son hijos de una judía, tabernera de Madrid.

—Amigo, exclamó Centurion: veo que sois digno de ser nombrado inquisidor general.

—No digais eso: ¿cómo he de ser digno yo, miserable gusano, de tan alta gerarquía! exclamó el P. Ojeda con el tono de la mas profunda humildad. Y volviendo á sus mamotretas, continuó:—«Tambien son de suma importancia estas noticias, que me ha comunicado el reverendo padre fray Pedro Arbues de Zaragoza. ¡Ved qué abominacion! El hermano bastardo del rey, D. Alfonso de Aragon, ha tenido trato con una judía, llamada María Juncos, por sobrenombre *la Coneja*, hija de un judío á quien decian el Conejo; y de este coito impuro ha nacido un hijo á quien han hecho conde de Rivagorza. ¿Qué os parece?—Aparte de esto, hay en Aragon, como podeis ver, otras nobles descendencias de Mosen Chamorro, converso dudoso, y de un trapero judío llamado Beltran Cascon, de origen francés(*)».

Para no fatigar al lector, no seguiremos al P. Ojeda en sus minuciosas investigaciones genealógicas: bastará lo dicho para conocer el ardiente celo con que el buen prior de San Pablo

(*) Estos datos están tomados de una memoria escrita en el siglo XVI por el obispo de Búrgos, que los sacó de los archivos de la Inquisicion.

habia emprendido sus tareas inquisitoriales, aun antes de ser nombrado inquisidor. Mientras él daba cuenta de sus trabajos preparatorios, el abogado iba recogiendo los papeles y empaquetándolos, como pudiera hacerlo un avaro con las onzas de oro, si bien procuraba disimular el júbilo que asomaba á sus ojos.

Concluida la enumeracion de estos curiosos descubrimientos, el prior comenzó á leer las listas que le habian entregado los hermanos de la Cruz Verde, cuyas revelaciones, ora razonables, ora descabelladas y absurdas, inflamaban el entusiasmo mas ó menos ortodoxo de los tres compañeros.

«En el vecino pueblo de Alcalá del Rio, decia leyendo el padre Ojeda, falleció anteayer Lupian Sanchez, judío converso, y al morir, volvió el rostro hácia la pared.....»

—¡Fatal indicio! exclamó Diego de Merlo. Ese Lupian era judío relapso.

«Su familia, continuó el prior, lavó el cadáver con agua caliente.

—¿Que mas prueba? interrumpió el asistente: toda esa familia tiene rabo.

«Se ha observado, prosiguió el reverendo padre, tomando otro papel, que no sale humo por la chimenea de D. Pedro de Sotomayor los viernes por la noche, lo cual indica que no deja lumbré en su casa.

—Ese D. Pedro hace un año que vino de Portugal, observó Diego de Merlo, y siempre me ha parecido sospechoso. No pertenece á los Sotomayor de Castilla, y su opulencia y boato revelan la mala sangre... Además tiene en su casa una sobrina, que viste con mas lujo que una reina, y que sin duda con hechizos y sortilegios, (porque no puede ser de otra manera) trae revueltas las cabezas de todo la noble juventud de Sevilla. Ella fué la que dió aquel escándalo en las fiestas que se celebraron por el nacimiento del príncipe D. Juan; la que arrojó el ramo de flores al palenque, para que las fieras devorasen á un tan buen caballero como D. Manuel Ponce de Leon. Es menester no perderles la pista.

El prior siguió leyendo para sí, y de pronto arrugó el ceño y le tembló la mano.

—¿Qué tenemos? ¿Otro descubrimiento importante? preguntó Centurion, acercándose á mirar por encima del hombro del religioso.

Éste habria querido esconder el papel; pero era ya tarde, y repuso:

—Sí, es importante; porque prueba el celo de nuestros delegados. ¡Oid! ¡Oid!

«El reverendo padre fray Alonso de Ojeda, prior del monasterio de dominicos de San Pablo, tuvo en sus mocedades trato con una judía llamada Raquel, en la cual engendró una hija.»

—Pero eso será falso, dijo el asistente.

—No, amigos míos, es verdad; y el hermano que me acusa, merece por su valentía ser nombrado primer familiar del Santo Oficio.

—Pero vos...

—¡Sí, yo cometí ese horrible pecado! Por él fuí á pié y descalzo á postrarme á las plantas del Santo Padre, y obtenido el perdón, vine á llorar mi culpa en este claustro. Veinte años hace que rompí los lazos que me tendió el demonio, y aun hoy recuerdo esa historia, como una espantable pesadilla: todavía no se ha tranquilizado mi conciencia; y si la mujer que me perdió viviera, y si el fruto maldito de su vientre apareciese, yo mismo seria su juez, yo entregaria á las llamas la madre y la hija; ¡y si esto no bastase, me sacrificaria con ellas, en expiacion de mi delito!

Pronunciaba el prior estas palabras con una exaltacion frenética: temblábale la barba, y los ojos inflamados le giraban en las órbitas: era su acento el de la conviccion; diríase que su espíritu, mucho tiempo atormentado por terrores supersticiosos, ansiaba en aquel momento desatarse de los lazos de la carne.

Domingo Centurion y el asistente procuraron tranquilizarle, pero en vano; pues el recuerdo de aquel período lejano de su vida parecia presentarse á su imaginacion como una estela san-

griente, y acaso era el motivo que mas le enardecia contra la raza de Judá. Por último, deseando quedarse solo, el prior hizo un esfuerzo de voluntad, y dijo con voz serena:

—Es ya muy tarde, amigos míos: si quereis quedaros á dormir en esta santa casa, se os dispondrán buenos lechos; pero no os detengais mas por mi causa. Otro dia os contaré despacio la historia de mi abominable juventud, y vereis que necesito para borrarla, llorar lágrimas de sangre. Hoy es ya tarde.

El abogado reiteró sus palabras de consuelo, asegurando al prior que el arrepentimiento y la penitencia bastan para borrar el pecado, y se despidió de él, cuidando de recoger sus papeles. El asistente le apretó la mano con espresion bruscamente afectuosa, y ambos se retiraron.

Luego que el P. Ojeda quedó solo, permaneció mucho tiempo sentado en su sillón con el rostro apoyado en las manos y las manos sobre el bufete. Al cabo se levantó con violencia exclamando:

—¡Carne rebelde! ¡Todavía pretendes dominarme! ¿Qué demonio del infierno me ha traído ese odioso recuerdo?

En seguida se puso á rezar, paseando, y luego se acostó; pero no pudo dormir en toda la noche.

Quedaba algo del hombre en aquel sér petrificado para el sentimiento.



CAPITULO III.

Ni cristianos ni judíos.

NADIE sabia la verdadera historia de Pedro de Sotomayor; y por lo mismo, desde el asistente de Sevilla hasta el mas miserable zapatero, todos hablaban de él, suponiendo acerca de su vida y costumbres, lo que no habian podido averiguar.

Tenia empeño este hombre en vivir aislado del mundo, y el mundo parecia empeñado en sacarle á su tumultuosa palestra.

Poco mas de un año hacía, en esta época de nuestra historia, que se presentó en Sevilla con una jóven de ventiu años, hermosa como un sol; encontró una vieja casa, inhabitada por miedo á los duendes, que diz habian establecido en ella su morada, la cual estaba en un extremo de la ciudad cerca del rio; compróla por poco dinero, le hizo algunos reparos, y se encerró allí, á pasar la vida tranquila. Solamente los domingos y dias de fiesta salia por la mañana temprano á oír misa en un oratorio cercano, acompañado de la hermosa jóven y de dos venerables dueñas, que habia traído consigo, juntamente con un esclavo negro; éste iba des-

pues á cumplir con la obligacion religiosa, y los lúnes compraba las provisiones necesarias para toda la semana. Los demás del tiempo la casa permanecia cerrada y silenciosa como un sepulcro.

Pedro de Sotomayor vivia feliz de esta manera, y no parece que haya razon para que nadie lo estrañase, ni mucho menos para que se pusiese empeño en estorbar su gusto, que tenia sobre otros la ventaja de no molestar á ningun alma viviente. Sin embargo, es condicion de la naturaleza humana la tendencia á la tiranía: todos queremos que se nos deje completo nuestro libre albedrío, y cuanto mas gozamos de él, tanto mas nos incomoda la libertad ajena, mientras abusamos de la nuestra. El hombre pasa la vida en romper yugos y en forjar cadenas, y esta es la tela de Penélope, la historia de todos los siglos. Pedro de Sotomayor no pudo disfrutar mucho tiempo de su rara felicidad.

Los muchachos dieron en llamar á su puerta, solo porque la veian cerrada, y en tirar piedras á su jardin, porque su única diversion era tenerlo limpio y bien labrado. No le gustaba que ojos profanos, y en particular de gente baja, se recreasen mirando á su linda compañera; y por lo mismo, ya que el celoso manto la cubria cuando á misa iba, mozuelos atrevidos asaltaban las tapias de su huerto, para sorprenderla cuando por el triscaba gozosa. Parábase la gente á oirla cantar, que lo hacía con mucho primor, aunque por lo comun en una lengua extranjera, y al concluir la remedaban con groseros ahullidos.

El vulgo, amigo de zaherir lo que se resiste á su penetracion, aventuraba las mas estravagantes suposiciones acerca de los forasteros, y siempre que salian á la calle, los rodeaba con impertinente curiosidad. Pedro de Sotomayor era un anciano de ochenta años, que habria merecido respeto por sus canas y noble porte en cualquiera otra circunstancia; pero habiéndose revestido de misterio, se reparaba en su pequeña estatura y en el largo balandran que le cubria; chocaban sus crecidas y encrespadas cejas, que casi le ocultaban los ojos; su mirada profunda y recelosa, se tenia por de mal agüero, y hasta su desmedi-

da barba gris era objeto de comentarios. Decían unos que tenía trazas de usurero, y aun el epíteto de judío se escapaba de algunos labios: hubo quien advirtiese que usaba gorro puntiagudo, (acaso para taparse la calva), y se infería de aquí que debía de ser astrólogo, con sus puntas de hechicero. Esta suposición adquirió crédito por algun tiempo, y no faltaron personas que se compadeciesen de la hermosa doncella, que llegó á ser elevada hasta el rango de princesa encantada. El esclavo Etiope y las dos dueñas contribuían á mantener esta singular ilusion.

De aquí provino que acudiesen, como las moscas á la miel, muchos jóvenes *desfacedores de entuertos*, á desencantar á la dama misteriosa, siendo ellos, por su desgracia, los que salieron encantados.

El buen viejo conoció muy pronto que por querer aislarse del mundo, iba llamando sobre sí todas las miradas, y resolvió lanzarse á su torbellino, para confundirse entre la multitud, y poder gozar en medio de ella de su ansiada soledad. Presentóse en todas partes: llevó á la jóven á los espectáculos públicos, trató con afable cortesanía á sus galanteadores, dejando á la prudencia de ella el tenerlos á raya; y á los que desearon satisfacer su curiosidad, les dijo: que se llamaba Pedro de Sotomayor, que era hidalgo portugués, y tio de la jóven, la cual tenía por nombre doña Brianda; que muertos los padres de ésta, y siéndola nocivo el clima de Portugal, había vendido sus bienes y venido á establecerse al saludable pais de Andalucía.

Tales eran las noticias que de sí mismo y de su familia daba aquel hombre singular. Mas, á pesar de esto y de la aparente franqueza con que se entregaba al trato social, no consiguió verse libre del asedio que la malicia humana había puesto á su libertad interior. Sus riquezas despertaron la envidia de los hombres, y la hermosura de doña Brianda encendió el ódio de las mujeres. Dudóse de cuanto se sabia de ellos por ellos mismos: el fanatismo religioso de la época se mezcló con otras pasiones mas profanas para acusarles de faltas imaginarias, y en el concepto del vulgo de alto rango, el anciano era algun judío espulsado de otros reinos por su avaricia, y la princesa encantada se con-

virtió en una linda hechicera que pervertia con sus maleficios á los jóvenes nobles cristianos. Preciso es reconocer que aquella joven tendria muchos envidiosos y rivales.

Ya hemos visto en los capítulos precedentes que, segun Juan del Prado, eco fiel de los rumores populares, suponíase que doña Brianda fuese hija de la bruja de Cazalla, pues por ella se volvan locos los hombres; como tambien que un hermano de la Cruz Verde habia observado que no salia humo por la chimenea de Pedro de Sotomayor los viernes por la noche; prueba clara de que no dejaba lumbre para el sábado. Acusaciones mas terribles pesaban ya sobre el amigo de la quietud solitaria.

Decíase, que doña Brianda de Sotomayor no amaba á ninguno de sus adoradores, proponiéndose solo atormentarlos; que el viejo del balandran compraba corderos y otros animales para matarlos en su casa y comer su carne: indicio vehemente de judaismo; y que si frecuentaba la iglesia con su familia, era para encubrir su mal pecado y burlarse de los misterios de la fé cristiana, ó acaso para cometer mayores abominaciones.

Para saber lo que habia de verdad en todo esto, menester será que nosotros contrariemos tambien la voluntad de Pedro de Sotomayor, penetrando en el sagrado de su hogar doméstico.

Cuando el asistente de Sevilla, despues de despedirse del padre Ojeda, se retiraba á su palacio, seguido de un brillante acompañamiento de hombres armados, oyó al extremo de una calle ruido de espadas, y recelando algun trágico suceso, corrió para evitarlo hácia el lugar de la lucha. Pero llegó tarde, y solo alcanzó á ver, á la luz de la luna, próxima á terminar su carrera en el Occidente, la figura de un embozado, que dirigia sus pasos presurosos hácia el Guadalquivir: mandó á los de su escolta que le siguiesen; hicieronlo así, mas al llegar á la orilla del rio, no encontraron á nadie, y únicamente observaron, como indicio del fugitivo, una ligera barca, que hendia las aguas, cortando la corriente; un hombre remaba, y otro iba en pié sobre el esquife.

Entre tanto, Diego de Merlo hacía levantar del suelo á un joven bien portado, que yacia herido, y al parecer sin vida: y re-

parando que alentaba todavía, mandó llamar á la casa mas inmediata, para que se le administrasen algunos auxilios. Aquella casa era la de D. Pedro de Sotomayor.

A los golpes que daba en la puerta uno de los criados del asistente, salió el negro y abrió, no sin dar antes aviso á su señor, el cual se presentó solícito, al saber lo que pasaba, y con un celo caritativo, que nadie habria esperado de su ágría catadura, se apresuró á ofrecer su propio lecho para el herido, á quien examinó préviamente con la atencion de un hombre experto en el arte de curar.

Durante este exámen, Diego de Merlo fijó la vista en las facciones contraidas del jóven, y exclamó:

—¡Ira de Dios! ¡Es mi sobrino Adriano!

—Tranquilizaos, señor asistente, dijo el viejecillo: poseo algunos conocimientos en medicina, que aprendí en la universidad de Coimbra, y espero salvar la vida á vuestro sobrino.

Éste fué conducido á la habitacion de Pedro de Sotomayor, el cual tuvo cuidado de impedir que subiese mas gente de la indispensable, pretestando el silencio y la quietud que necesitaba el herido, y habiéndolo colocado en la cama, despidió á todos, quedándose solo con el asistente.

—Descuidad, descuidad,—le decia con voz muy queda, mientras descubria la herida y la vendaba, vertiendo en ella algunas gotas de un bálsamo, que habia sacado de un armario de cedro.—Entiendo algo de esto, y me parece que no hay grave peligro.—¿Veis? Ya abre los ojos, y quiere hablar; pero no conviene que se esfuerce en este momento.

—Sin embargo, repuso Diego de Merlo: es menester que nos diga el nombre del agresor. Adriano, hijo mio: ¿quién te ha herido?

El jóven hizo una seña negativa con la cabeza.

—No lo sabe, prosiguió el anciano. Dejadle, dejadle reposar; mañana podrá deciros lo que sepa.

El asistente se apartó del lecho, y saliendo á la estancia de D. Pedro, la examinó con ojo investigador. Nada vió en ella que debiese causarle estrañeza: muebles machuchos, como se usaban

en aquella época, un estante con gruesos libros en fóllo, una mesa de estudio, tapices historiados, representando varios pasajes de la Biblia, y el armario de cedro cerrado, que contenía medicamentos, era todo cuanto allí había. Sin embargo, el preocupado instigador de la Inquisición observó tres cosas. 1.^a Que los ornamentos de la cama y del mueblaje en general eran demasiado ricos: 2.^a que su dueño practicaba las ciencias naturales, y 3.^a que faltaba un crucifijo sobre la mesa ó en la alcoba, omisión imperdonable para un buen cristiano. En cambio reparó que en el estante, y entre Aristóteles, Plinio y Avicena estaban el *Nuevo Testamento* y la *Suma* de Santo Tomás, lo cual no dejó de parecerle una profanación, aunque por otra parte atenuó el mal efecto producido por la falta del crucifijo.

El anciano interrumpió á Diego de Merlo en sus investigaciones: presentóse con el dedo índice en los labios y andando de puntillas para recomendar el silencio, y reiterando al asistente en voz baja la seguridad de la cura, le obligó con buenos modos á despedirse.

Luego que se vió libre de huéspedes importunos, D. Pedro volvió con mucho tiento á la alcoba y observó al herido. En seguida salió á la pieza de estudio y comenzó á pasearse con impaciencia, murmurando palabras ininteligibles. Por último se sentó, echándose de codos sobre la mesa, con aire meditabundo, y exclamó:

—¡Santo Dios de Abraham! ¿Qué nuevas tribulaciones guardas á tu humilde siervo Isahak Sephardí?... ¡Señor, Señor! ¡Ten misericordia de mí! He pecado en tu presencia; he apartado mis pasos del Tabernáculo santo y entrado en la casa del falso Mesías; pero tú, Señor, conoces mi intencion, y la malicia de los hombres.

Al decir esto se levantó sobresaltado: un suspiro del herido era la causa de su agitacion.

—¿Me habrá oído? murmuró.

Y entró de puntillas en la alcoba; pero encontrando al enfermo tranquilo, y dominado por el sopor que le había producido la medicina, volvió á salir con semblante sereno.

— ¡Desgracia! ¡desgracia mia! exclamó luego. Si ese mozo fallece, me atribuirán su muerte: si le salvo, cundirá la fama de mi ciencia, y esos ignorantes que me acusan de hechicero verán en ella el fundamento de sus vanas quimeras. ¡Hombres! ¡hombres! Solo uno he hallado en el mundo: aquel honrado genovés, aquel Cristóbal Colon, que buscaba la ciencia por ser ciencia, y que era cristiano cual ninguno, sin ser fanático. ¡Lástima que tuviese la manía de encontrar la supuesta antilla de Aristóteles ó la isla de San Borondon! ¡Pero era un hombre! Espíritu elevado, corazón de ángel... Los demás... ¿qué son? ¡Miseria y vanidad!

Durante este monólogo empezó á clarear el dia. Isahak Sephardí, (pues así habremos de llamar al anciano, ahora que conocemos su nombre), abrió la ventana de su aposento, y dijo, mirando al cielo:

— ¡Bendita sea la luz y quien nos la envia!

Y prosternándose con profundo recogimiento, rezó las oraciones de la mañana. En seguida tomó del estante el libro, que aparecia rotulado como si fuese el *Nuevo Testamento*, lo besó y leyó largo rato en hebreo. Aquel libro era el *Talmud* ó ley judaica, disfrazado, como su dueño, con un nombre cristiano. Isahak confiaba mucho en la ignorancia de los hombres, y no temia que hubiese alguno capaz de descifrar los caracteres caldeos de aquel libro escrito de su mano.

Acababa el mísero anciano su lectura, cuando llegaron á su oido los alegres gorjeos de una jóven, que cantaba como los jilgueros al primer albor de la mañana.

— ¡Qué hace esa desdichada Noemí! prorumpió Isahak cerrando el libro. ¿Quiere perderme?

Y se dirigió hácia la puerta de la estancia: pero en aquel momento se oyó en la alcoba un gemido, acompañado de algunas palabras entrecortadas; y el pobre viejo se quedó indeciso en el umbral. Por último resolvió acudir primero al herido. Al verle éste, fijó en él sus ojos inflamados por la fiebre y exclamó:

— ¡Ah! ¿Sois vos? ¿A dónde me han traído?

Y el nombre de Brianda espiró en sus labios.

—¡Calma! calma, jóven, dijo Isahak: si os quereis morir, tiempo tendreis de sobra. Dejaos curar ahora.

—No quiero morir, no, repuso el jóven. ¿No es *ella* quien cantaba hace poco?

—Estais delirando, replicó el viejo: si teneis ganas de vivir, no habéis una palabra.

Y esto diciendo, tomó un extracto que habia puesto la noche antes sobre una mesa, y administró al herido algunas gotas de el como bebida; hecho lo cual, permaneció observándole, hasta que vió que cerraba los ojos, y que un sudor copioso le bañaba la frente. Salió entonces del dormitorio, y se dirigió á la puerta de su aposento murmurando:

—¡Esto solo nos faltaba, santo Adonay! Ese botarate es uno de los zánganos que pretenden á Noemí.

Sin detenerse un momento Isahak pasó á lo largo de un corredor, y se encaminó á un pabellon saliente, situado en el extremo opuesto del edificio, con ventanas al jardin; y á medida que á él se aproximaba, crecia su impaciencia, porque se oia mas clara y distinta la voz de la jóven cantora. Cuando llegó á la puerta, mas bien corria que andaba, y dando en ella un golpe precipitado, hizo cesar el canto de repente.

Aunque estaban dentro las dos dueñas que servian á Noemí, ésta fué quien abrió. Nunca la imaginacion ni el pincel podrán reproducir exacta la imágen de aquella linda criatura, tal como apareció á la vista del anciano. Seria fácil pintar su cuerpo esbelto y perfectamente formado, sus facciones de una regularidad clásica, sus magníficos ojos negros y hasta el caprichoso abandono de su traje y tocado; pero no la gracia, la vivacidad, la desenvoltura fina y centellante de toda su persona; ese no sé qué admirable y arrobador que está dentro del sér viviente, que irradia en el semblante, en la palabra y en los movimientos; el alma de la belleza, en fin, que se escapa á todos los esfuerzos combinados del arte, y que es como la agitacion de la llama, como el curso de una fuente, como la onda trémula de un sembrado de lino en flor.

Noemí dormida ó muerta habria parecido una obra maes-

tra de Apeles: Noemí viva y despierta era la belleza ideal.

El avinagrado rostro del anciano cambió instantáneamente de aspecto al contemplarla, como un día de invierno se torna risueño y alegre al disipar el sol las nieblas.

—Bendita seas, hija de Raquel, dijo Isahak Sefhardí.

Noemí le abrazó con una coquetería encantadora, y él la besó en la frente, después de lo cual, hizo un ademán imperativo á las dueñas que se apresuraron á salir.

—Estás hermosa, continuó el anciano, como la palma de Lion, como la azucena fragante, cuando abre su cáliz al amanecer. ¡Oh! ¡Dios te libre de mal, hija mia!

Y al decir esto, volvióse á nublar la faz del viejo.

—¿Qué mal puede sucederme, abuelito mio, mientras vos me vivais? preguntó la jóven, acariciando á Isahak.

—No quisiera afligirte, Noemí, porque tu alegría es el consuelo de mi ancianidad. No tengo mayor dicha que la de ver deslizarse tu vida, placentera y libre de cuidados, hija de mi alma; pero es preciso que me oigas alguna vez con seriedad. Nuestra posición en el mundo es la de la hoja desprendida del árbol, que el menor viento la arrastra.

—¡Oh! Estais melancólico esta mañana, repuso la jóven atrayendo á su abuelo hácia su tocador, y arreglándose el cabello. ¿Quién piensa en lo porvenir? Hoy nos alumbrá el sol radiante y puro, las aves cantan, el aura murmura en las hojas..... Vivamos felices amándonos. Venid y os cantaré el *Triunfo de Judit*, que tanto os agrada.

Y se dirigió hácia una magnífica arpa de ciprés con embutidos de nácar y oro, que habia en un extremo de la estancia. Pero Isahak corrió á detenerla, diciendo:

—No cantes, Noemí, no cantes.

—¿Por qué no, señor? ¿Pues qué sucede?

—¿No has oido cuchilladas esta noche? ¿No has sentido llamar á nuestra puerta?

Las finas cejas de la jóven sufrieron una rápida contracción, que fué seguida de un ligero encogimiento de hombros.

—Ven, hija mia, continuó el anciano. Siéntate, y óyeme con atención.

The first part of the report is devoted to a general
 description of the country and its resources. It
 is followed by a detailed account of the
 various industries and occupations of the
 people. The third part contains a list of the
 principal towns and villages, with a description
 of their respective characteristics. The fourth
 part is a list of the principal rivers and
 streams, with a description of their
 courses and the nature of the soil through
 which they flow. The fifth part is a list of
 the principal mountains and hills, with a
 description of their heights and the nature
 of the soil upon which they stand. The sixth
 part is a list of the principal lakes and
 ponds, with a description of their
 contents and the nature of the soil
 through which they flow. The seventh part
 is a list of the principal forests, with a
 description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The eighth
 part is a list of the principal fisheries, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The ninth
 part is a list of the principal mines, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The tenth
 part is a list of the principal quarries, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The eleventh
 part is a list of the principal salt works, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The twelfth
 part is a list of the principal manufactories, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The thirteenth
 part is a list of the principal public works, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The fourteenth
 part is a list of the principal public buildings, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The fifteenth
 part is a list of the principal public squares, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The sixteenth
 part is a list of the principal public gardens, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The seventeenth
 part is a list of the principal public parks, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The eighteenth
 part is a list of the principal public walks, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The nineteenth
 part is a list of the principal public roads, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The twentieth
 part is a list of the principal public bridges, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The twenty-first
 part is a list of the principal public fountains, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The twenty-second
 part is a list of the principal public wells, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The twenty-third
 part is a list of the principal public cisterns, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The twenty-fourth
 part is a list of the principal public reservoirs, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The twenty-fifth
 part is a list of the principal public canals, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The twenty-sixth
 part is a list of the principal public ditches, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The twenty-seventh
 part is a list of the principal public drains, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The twenty-eighth
 part is a list of the principal public sewers, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The twenty-ninth
 part is a list of the principal public drains, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand. The thirtieth
 part is a list of the principal public drains, with
 a description of their extent and the nature
 of the soil upon which they stand.



¡Nunca hallaremos paz, hija mía!

Hizo Noemí lo que le mandaba su abuelo, el cual prosiguió de esta manera:

—Noemí, tú sabes una parte de nuestras desventuras: sabes que el deseo ardiente de acabar mis dias cerca del lugar donde reposan las cenizas de mi padre, me ha hecho venir á Sevilla, despues de un largo destierro; y sabes, en fin, que siendo buenos israelitas en el fondo del alma, nos vemos obligados á vivir separados de la comunión hebrea, y á fingir que somos cristianos, para evitar el rigor de las leyes, que pesan sobre nuestra raza; pero ignoras, hija mia, las causas que nos han traído á tan deplorable estado.

—Esas causas no nos importan ya. ¿De qué sirve recordar las penas pasadas.

—Sirve para precavernos de su repetición en lo venidero. Nunca tendremos paz, hija mia; nunca habrá para nosotros reposo mientras no consigamos engañar á los hombres con apariencias frívolas: ellos lo quieren así; ellos, que en su soberbia, pretenden subyugar la conciencia. Escúchame y aprende: antes que tú nacieses era yo sacerdote, y juez de mi pueblo en la aljama de Córdoba. Por aquel tiempo las persecuciones y las apostasías de algunos sábios rabinos habian exasperado el celo, tal vez imprudente, de nuestros hermanos, que comenzaron á vengar la bárbara opresión que sufrían, sacrificando á su furor víctimas inocentes. En Sepúlveda, en la Guardia y otros puntos fueron crucificados varios niños cristianos, sacándoles el corazón: yo reprobé tan horribles actos de barbarie, y esto me atrajo el odio de los fanáticos. Se habia fundado una vasta hermandad para sostener la religion de nuestros mayores, y resistir enérgicamente los ataques de sus enemigos, entré en ella, como era mi deber, y me ligué con terribles juramentos.

«Tu madre era entonces una jóven hermosa como tú. Mi amor hacía ella era estremado. ¿Pudo Dios castigarme por esto? Sin duda, pues fuí débil con ella, hasta el punto de consentirla un amante de la raza enemiga. Pero, ¿qué habia de hacer? Cuando lo supe, ya vivias tú en el seno de Raquel. Solo puse mi cuidado en ocultar la flaqueza de mi hija: en vano intenté

obligarla á renunciar á sus amores: me contestaba que antes se haria cristiana, que dejar de amar á su cómplice. Á poco naciste tú, y crecieron mis tribulaciones, era menester sustraerte á las iras de un pueblo intolerante. Mi fiel esclavo Aberroes, ese pobre negro que tanto nos quiere, buscó para tí un asilo en la sierra de Cazalla.

«Pasó algun tiempo: David, hijo de Abraham, rabí de Sevilla, solicitó á Raquel por esposa, y se la negué. David me acusó ante el consejo de los ancianos de conspirar contra los judíos: descubrió los amores de tu madre y el consejo declaró que; si en el término de treinta dias no me sinceraba de los cargos que se me hacian dando la muerte al amante de Raquel, muriese ésta, y yo fuese arrojado del seno de Judá. ¡Oh! No quiero afligirte, Noemí; pero es preciso que sepas cuantos males cayeron sobre nosotros por el desliz de tu madre. La hermandad en que estaba yo afiliado tenia las mas terribles atribuciones: los padres debian sacrificar á sus hijos infieles á la causa del pueblo hebreo, y yo no podia sustraerme á este bárbaro deber: el veneno y el puñal alevoso estaban suspendidos sobre nuestras cabezas. Para salvarme necesitaba quitar la vida á tu padre ó hacerle adjurar su fé, y ni aun así aseguraba la existencia de Raquel: porque la sospecha y la duda nos perseguian siempre. Ella intentó inclinar el ánimo de su amante hácia nuestras creencias: no pudo conseguirlo, y entonces le reveló el peligro que le amenazaba, y le aconsejó que huyese.

— ¡Y dejó á mi madre abandonada!

— Él no sabia el riesgo en que se hallaba tu madre, ni podia salvarla aunque lo hubiese sabido: la ley cristiana condenaba á los dos á la hoguera. Se ocultó, pasaron los treinta dias, y se me comunicó la sentencia cruel del Gaon de Castilla, mandándome envenenar á mi hija en presencia del consejo de los ancianos, y salir inmediatamente del reino. En tan duro trance concebí el pensamiento de oponer á la crueldad el engaño. Pedí que me concediesen un dia y una noche para llorar á mi hija, y dejarla sepultada en el sepulcro de sus abuelos; pero me contestaron que solo podian permitir que estuviese una noche el

cadáver sobre la tierra bendita del cementerio, debiendo ser luego arrojado al río, para pasto de los peces. Me conformé, y dí á beber á tu madre un narcótico, cuyos efectos aparentes en nada difieren de los de la muerte. Pero, ¡cuánto sufrí al ver á mi amada Raquel pasar por los trances de la agonía! Ella, ignorando mi ardid, padecía mas que yo, creyendo recibir la muerte de mi mano. Los ancianos presenciaban este bárbaro sacrificio con serablante sereno.

«¡Ah! ¡Con razon aborrezco á los hombres de mi raza! continuó el anciano, exaltándose. No quiero trato con ellos, pero deseo vivir y morir en la ley de mis padres, Yo pude, abjurando esta ley, como tantos otros, acojerme al amparo de los cristianos, pero jamás incurriré en la maldicion de Dios, aunque me cueste la vida. Y luego, ¿qué habria conseguido? ¿No son hoy mas aborrecidos de nuestros opresores los conversos que los mismos judíos?

—Y por último, señor, dijo Noemí: ¿pudisteis salvar á mi madre?

—No, hija mia: cuando á la madrugada fuí á buscarla, para huir con ella, no estaba ya en el panteon, donde habia quedado depositada. Sin duda la arrojaron al río, antes que yo llegase.

Dijo el anciano estas palabras sollozando, y la veleidosa Noemí prorumpió en amargo llanto.

—¡Lloras, Noemí querida! exclamó Isahak. ¡Oh! ¿Por qué he venido á turbar tu alegría, que es la felicidad de mis postreros años? En veinte que han pasado desde aquel acontecimiento funesto mucho he sufrido, pero nunca tanto como ahora que te veo afligida. Pero era preciso que acabases de comprender lo anómalo de nuestra situacion: yo te recogí niña de dos años, contigo pasé á Granada, luego á Italia, despues á Portugal, y en todas partes fuí mal recibido de mis hermanos, y tuve que huir del odio y el desprecio de mis enemigos; enemigos á quienes nunca hice mal. Rechazado de Israel, dejé de frecuentar la Sinagoga; ni judío, ni cristiano, adoré á Dios, segun su Santa ley, en el fondo de mi conciencia, y me aparté de los hombre porque todos mienten delante de él. Pero, hija mia: ¿de qué sirve buscar la

quietud en la soledad? Los hombres, que no consienten nuestra compañía, no quieren sufrir tampoco nuestro aislamiento. Por eso vivimos solos en medio de su muchedumbre, despreciándolos y lisonjeando su vana ignorancia.

—Y yo vivo contenta, señor, dijo Noemí, rodeando con un brazo el cuello de su abuelo, y jugueteando con su cana barba, No creo que ya turbe nadie nuestro reposo.

Isahak meneó la cabeza con aire de duda.

—Esa era mi esperanza cuando me decidí á volver á Sevilla. Me habian hablado de una reina benéfica, santa y justiciera, que protegía la tranquilidad de todos sus súbditos, y amparaba á los débiles: y no dudé que, respetando yo las leyes civiles y religiosas, se respetaria mi independencia. Pero ¡ay! Los pecados de nuestro pueblo tienen irritado al Señor, y todo me anuncia grandes calamidades. Mis antiguos hermanos ya no me conocen; pero los *egipcios* me señalan con el dedo. Un rumor de tempestad se levanta, y el rayo de la cólera divina está próximo á caer sobre las tráfugas de Israel. Por eso, hija mia, nunca más que ahora necesitamos obrar con prudencia.

—Decidme lo que debo hacer: bien sabeis que soy esclava de vuestra voluntad.

—Lo sé, amada mia; pero los deberes que yo te impongo son muy duros para una jóven hermosa. No podemos dar un paso sin que importunos admiradores de tu belleza nos asedien, y la fatalidad los introduce en nuestra propia casa.

—¿No es mas que eso? replicó la jóven con una franca sonrisa. Dejadles penar. Yo me burlo de sus amores.

—Quiera Dios que siempre pienses así, repuso el israelita; pero eso tambien tiene sus peligros: la pasión desesepera, y el amor se trueca en ódio. Si entre esos jóvenes encontrásemos un protector poderoso, sería menos precaria nuestra suerte.

—Uno hay, señor, que es gallardo y leal, y á poderoso pocos le ganan.

—Su nombre..... dime su nombre.

—Don Manuel Ponce de Leon.

El anciano respiró como si le aliviase el corazón de un gran peso.

—No piensa en el herido, dijo para sí.—Pero, repuso en alta voz; ese D. Manuel no se acuerda mucho de tí: hace bastante tiempo que no le veo.

—Es verdad, contestó la joven con distracción.

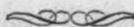
—Mas vale así, repuso el viejo alegremente: al cabo, el amor de un cristiano solo podría traernos desgracias, y tú no debes renunciar á la dicha de perpetuar nuestra raza. Serás una virgen consagrada al Señor en holocausto, para que nos perdone nuestras culpas. Soy rico; mis tesoros no se agotarán en toda tu vida, y aunque yo falte, la pasarás feliz.

Así este viejo singular, amando estraordinariamente á su nieta, la sacrificaba á su egoismo y á su tenacidad religiosa, pues nada le habria sido mas fácil, para vivir tranquilo, que renegar sinceramente de su fé, y abrazar el cristianismo sin doblez. Pero acaso era esto un imposible para su conciencia, y preferia el aislamiento y los continuos sobresaltos, á la felicidad tranquila y á la estimacion pública. ¿Era esto virtud? ¿era una estravagancia! Júzguelo quien tenga creencias, aunque sean erróneas, hondamente arraigadas en el corazón.

—Sí, hija mia, continuó Isahak, debes despreciar á los hombres, porque no hay ninguno que sea digno de tí. Ahora escucha: esta noche pasada han herido á un joven cerca de aquí: ese joven está en casa, y ha sido confiado á mis desvelos: es menester que te prives de cantar por algunos dias: no vayas tampoco á mi aposento, pues con el ruido pudiera peligrar la vida del enfermo. ¿Entiendes?

—¡Qué fastidio! ¡No poder cantar! exclamó Noemí. Está bien, señor: haré lo que me mandais.

Seguro el anciano de la obediencia de su nieta, la besó con mucho mimo, y se retiró al lado del joven herido, que dormia, soñando con Brianda de Sotomayor.



CAPITULO IV.

En que el autor pierde y vuelve á encontrar el hilo de esta historia.



ALTAN algunas hojas al antiguo manuscrito, de donde hemos extractado este período de nuestra historia, y no sabemos si el P. Ojeda contó á sus amigos lo que les habia prometido. Es probable que así lo hiciese, mas por nuestra parte no lo podemos afirmar, ni negar, pues terminado el episodio que dejamos transcrito en el capítulo precedente, encontramos una página en que se lee lo que sigue:

«Aquel año, que era el de 1480 de nuestra salvacion, el noble cavallero Diego de Merlo, asistente de Sevilla, fizo una entrada por tierra de moros, é la cosa pasó de esta manera. Fué así que andando los moros de Ronda é del Val de Cártanea muy desasosegados, facian danyos cuantos podian en los cristianos; é no lo pudiendo sufrir este cavallero, ca es muy honrado y temeros de Dios. ayuntó muncha gente darmas de su acostamiento, é salió á merodear, entrando de rebato, á hurtos y acometiendo de improviso. E magüer las treguas que habia concertado por el conde de Ca-

«bra, combatió á Villarluega, que es lugar muy fuerte en la «Serranía, é púsose delante de Ronda, é derribó una torre que «y estaba fuera del muro é tornóse á Sevilla con grand presa «que ganó á muchos cativos; todo lo cual fizo en buena ley, «ca non assentó Real, nin llevó banderas tendidas, nin sonó «trompetas, nin combatió castillo ó fuerza por mas de tres dias; «como es lo mandado en tiempo de treguas; que de no seer estas «mayor estrago ficiera en servicio de Dios..... E con el dicho «senyor asistente iba en esta entrada su sobrino Adriano, aquel «mozo que firieron meses atrás en celada de amorfos, bien que «esto non está acreditado.....»

Y luego continúa el manuscrito hablando «de cómo el senyor Domingo Centurion pasó á Toledo, é de lo que trabajó en pró de la Sancta Inquisicion.» Pasemos tambien nosotros á Toledo, siguiendo al bien informado historiógrafo, mientras no hallamos medio de reanudar el hilo de nuestra interrumpida historia.

Muy animada estaba la ciudad imperial, con motivo de las cortes extraordinarias que allí se celebraban: habian sido llamadas ellas por convocatoria especial, no solo los procuradores de las ciudades y villas que tenian voto, y los miembros del alto clero, sino tambien, y con particular encargo, los grandes y señores de todo el reino, desde Galicia hasta Cádiz. Y era porque en aquellas cortes que un historiador llama «cosa divina para reformacion y remedio de los desórdenes pasados,» además de haber de establecerse magníficas instituciones, como supremo Consejo de Hacienda y otros, iban á darse leyes y á decretarse reformas, que interesaban inmediatamente á la nobleza y á los poderosos.

En la casa que habitaba el nuncio de Su Santidad Niccoló Franco, habia tambien gran concurso de prelados y altos eclesiástico, que iban y venian, para tratar de un negocio importante.

Una noche, despues de sus laboriosas conferencias con estos y otros personajes influyentes de la corte, el Nuncio llamó á su secretario íntimo Domingo Centurion, que acababa de llegar de Sevilla, y á quien aun no habia podido hablar reservadamente.

Se encerró con él y habiéndole mandado sentarse á su lado, le dijo:

—Gracias á Dios que podemos hablar sin testigos. ¿Qué me contais de aquella gente?

—Aquella gente, respondió el secretario, queda admirablemente dispuesta. El prior es un San Pablo en lo fervoroso y en lo arrepentido, y no habrá nada que él no acometa por merecer las bendiciones é indulgencias del Santo Padre, y en cuanto al asistente, será capaz de promover un levantamiento, si se deja á los perros hereges y judíos poseer las riquezas que necesita la Iglesia de Dios. Ambos trabajan cuanto pueden, y en particular el P. Ojeda ha prestado grandes servicios á la cristiandad.

—De esto queria precisamente hablaros, repuso el Nuncio. ¿Traeis esos documentos de que me habeis hecho mencion en vuestras cartas?

—Permitidme ir por ellos.

Centurion salió del despacho, y volvió á poco trayendo un grueso legajo de papeles.

—Aqui teneis, señor, dijo, esos curiosos é importantísimos datos.—Y empezó á mostrar las genealogías y noticias que le entregó el P. Ojeda.—Será menester entresacar algunos, antes que el rey los vea; porque es muy desconfiado y pudiera recibir alguna cosa.

—El rey es nuestro principal apoyo, como que espera conquistar á Granada con el oro de los judíos, no solo por medio de las confiscaciones, sino tambien por los donativos que harán los ricos medrosos. Además de esto, como el Santo Tribunal es institucion antigua en Aragon, bien que haya decaido mucho, Fernando lo mira con ojos apasionados. La gran dificultad está en la reina, y es necesario vencerla con razones de alta conveniencia política, pero estos documentos la harán mucha fuerza.

—Y sin embargo, repuso Centurion sonriéndose y golpeando los papeles con la mano: aquí está el secreto de nuestro poder.

—¿Cómo?

—Yo, señor, continuó el astuto abogado, considero de poco momento las rentas que la Santa Iglesia romana va á ganar

con las confiscaciones de la Inquisición: lo que para mí tiene una inmensa importancia es el encumbramiento á que llegará esa misma Iglesia con el concurso de todos los hombres; el esplendor antiguo de la Religión, la supremacía de derecho divino, que nunca se ha podido introducir de un modo seguro en este pueblo indómito, serán una verdad en adelante, y los ángeles se regocijarán viendo renacer en estos dominios el Santo temor de Dios, y cantarán en las alturas el *Quare fremuerunt gentes* alternado con el *Gloria in excelsis*.

—Dejeos de amplificaciones y sutilezas, señor rábula, y hablad claro, replicó el Nuncio. Yo no soy el asistente de Sevilla ni el prior de San Pablo.

—Pues bien, monseñor, la cosa es muy clara: en este país se tiene un ódio rabioso á la raza de Judá, y apenas se encontrará una noble familia que no esté inficionada por la mala sangre: aquí tenemos las pruebas, y otras vendrán despues;—lo cual es altamente dañoso á la Santa Religión.....

—Convenido: adelante, adelante.

—El Tribunal de la Fé debe atacar lo primero esos abusos, á fin de purificar á la nobleza, é impedir que se mezele en lo sucesivo con los enemigos de Dios.

—Estamos de acuerdo. Pero, ¿á dónde vais á parar?

—Esto producirá desde luego un saludable terror, y bastará hacer media docena de escarmientos ejemplares, para que toda la nobleza se adhiera al Santo Oficio, como la vid al árbol.

—No cabe duda en eso.

—Ahora bien: la potestad real trabaja sin descanso en despojar á la vid de sus sarmientos viciosos, y fortalecerse á su costa. La unidad religiosa es la base indispensable de la unidad política, que tanto anhelan los reyes de España.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Quiere decir, que los reyes de España no reprobarán el que se reprima la irreligion de sus grandes vasallos, porque de arriba viene el ejemplo. Es positivo.

—Y como esos grandes vasallos tienen el orgullo cifrado en la limpieza de su linaje, y hay pocos limpios, adheridos por

honor y por interés propio al Santo Tribunal, este será un segundo poder, tan fuerte como el de los reyes.

—Añadid, algo mas fuerte, porque reposa en la fé y en la conciencia. Mas no por eso los actuales reyes de España se dejarán arrebatar sus esenciones y regalías.

—¿Y qué nos importan los actuales reyes? repuso el sagaz secretario. Probaremos, y si nada se consigue con ellos, se conseguirá con sus hijos. Nosotros les ayudamos ahora á fundar una monarquía fuerte: los que la hereden serán vanos y descuidados como lo son siempre los hijos de padres ricos. Entonces el Tribunal de la Fé dominará á los reyes, á los nobles y al pueblo, y el Soberano Pontífice dominará al Santo Oficio. ¿Comprendeis ahora? Pues todo ese brillante porvenir de la Iglesia está encerrado en estos papeles. Hemos de ver, (ó nuestros nietos lo verán), á los altivos nobles castellanos y aun á los reyes envanecerse de llevar las insignias de la Inquisicion, como ahora blasonan de llevar las armas reales.

—Nada mas santo y bueno, amigo Domingo. Además, eso recompensará á los grandes de las pérdidas que ahora sufren, pues las córtes los van dejando como al gallo de Moron. Ya les han privado de la facultad de usar los distintivos de alta justicia: se les prohíbe llevar macero y guardia, labrar moneda y otras cosas que hacian á la manera de príncipes soberanos. La religion será con ellos mas generosa. Guardad mucho la especie que acabais de comunicarme, yo cuidaré de que seais recompensado como merece vuestro talento. Ahora examinemos despacio estos papelotes.

Mientras Niccoló Franco y su secretario se ocupan en su enojoso exámen de genealogías, pasemos al régio alcázar, donde hallaremos á la reina entretenida en revisar unas cuentas, que le presentaba un reverendo padre Gerónimo. Doña Isabel ocupaba el lado ancho de una mesa; enfrente de ella estaba el fraile, y á su izquierda, en uno de los extremos, el cardenal Mendoza, arzobispo de Sevilla.

«Al señor almirante Henriquez, decia el padre Gerónimo, le he revocado de las mercedes que tiene recibidas, doscientos cua-

renta mil maravedís de renta anual, que volverán á la corona.

—Mucho me parece, repuso el cardenal.

—Mucho mas le queda, contestó el fraile secamente. Con cincuenta mil ducados de renta bien puede mantener el lustre de su casa. La rebaja está hecha conforme á las bases propuestas por vuestra eminencia, y me parece que los servicios del almirante quedan sobradamente recompensados.

—Está bien, dijo la reina. Pasemos á otro.

—El señor duque de Alba, continuó el fraile, dejará quinientos setenta y cinco mil maravedís.

—Eso sí que me parece exorbitante, observó la reina.

—No puede ser menos, señora. Este magnate ha recibido, como otros varios, muchas mas mercedes de las que en justicia correspondian á sus servicios, y tambien le quedan sobre cincuenta mil ducados, renta escesiva.

—Tiene razon el padre Hernando de Talavera, dijo el cardenal. La casa de Toledo ha sido de las favorecidas.

—Como la vuestra, monseñor, continuó el severo monge. Á vuestro hermano, el duque del Infantado, le rebajo trescientos veinticinco mil maravedís, y la mitad á D. Iñigo, conde de Tendilla.

—Está perfectamente, repuso el cardenal.

—La partida que sigue, dijo el confesor de la reina, os parecerá sin duda muy cuantiosa: pero la he puesto segun mi conciencia: dos millones de maravedís á D. Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque.

—No es mucho, contestó D. Pedro de Mendoza.

—Sin embargo, dijo la reina, D. Beltran nos ha prestado eminentes servicios en la última guerra. Se le puede rebajar algo.

—Se hará lo que mandeis; pero advertid, señora, que don Beltran no tenia, cuando le trajo á palacio D. Juan Pacheco, nada mas que su linda persona, y la habilidad para jugar á la pelota con el rey vuestro hermano.

—Con todo, le sirvió siempre con lealtad, y peleó por él valientemente en Olmedo, cuando otros grandes le deshonraban. Dejadle, pues, la cuarta parte de esa suma.

Fray Hernando de Talavera corrigió la partida del duque, y continuó:

—Al marqués de Villena se le revocan un millon seiscientos mil maravedís, y es lo menos que se puede, gracias á la guerra que ha hecho á V. A., en atencion á que su padre abusó escandalosamente del favor del rey.

—Está bien, está bien, dijo el cardenal: aun así le quedarán mas de sesenta mil ducados, tanto como al condestable.

—No habeis calculado mal, repuso fray Hernando. El marqués de Moya D. Andrés de Cabrera, tiene recibidos de mas ochenta mil maravedís.

—Pues bien, que los pierda, contestó la reina.

De este modo siguió el confesor enumerando todas las rebajas de las rentas adquiridas indebidamente, hasta llegar á una que decia así:

«Á D. Abraham Señor, judío de Segovia, por vales que tiene comprados, cuyo importe se le satisfará, ciento cincuenta mil maravedís de renta.»

—Borrad esa partida, exclamó la reina.

—¡Cómo, señora! Esos vales proceden de contratos leoninos hechos en perjuicio de las rentas reales, y se ha dispuesto recoger cuantos existan, pagando á sus poseedores lo que les costaron.

—Sin embargo, yo no puedo pagar á Abraham lo que le cuestan esos vales: ha hecho por mí ese judío sacrificios de tanta monta, y en circunstancias tan azarosas para mí, que puedo asegurar no es mal ganada la renta que cobra, y aun necesito añadir á ella mi agradecimiento. Sé que ningun príncipe puede enagenar su patrimonio, y por lo mismo recobro unas rentas que la codicia y el abandono arrebataron á la corona, pero esto no ha de impedirme emplearlos en aquello para que Dios nos las ha dado: en recompensar la adhesion de nuestros amigos, y hacernos temer de nuestros enemigos.

—¿Y contais al judío Abraham en el número de vuestros amigos? preguntó el cardenal.

—Es uno de los hombres que mas fielmente me han servido

en los tiempos de mi adversidad; y si algunas veces me acuerdo de su calidad de judío, es para rogar á Dios le ilumine, y le traiga á la verdadera fé.—Borrad esa partida, P. Talavera: no puedo, en conciencia, pasar por ella.

El confesor de la reina hizo lo que ésta le mandaba, y continuó dando cuenta del delicado arreglo que las córtes habian confiado á su probidad, con no poca honra de las mismas, pues ya hemos indicado que se componian en su mayor parte de las mismas personas á quienes perjudicaba la revocacion de las mercedes.

Terminado el exámen de las rebajas parciales, quiso saber la reina cuanto importaban las rentas devueltas al tesoro real.

—Deducido lo que hay que pagar por vales enagenados, dijo fray Hernando, la renta líquida suma poco mas de treinta millones.

—¿Y cuanto es lo que teníamos? preguntó doña Isabel.

—Unos veintisiete millones.

—¿De modo que podemos contar con sesenta millones aproximadamente?

—Algo mas, señora: segun el catastro que se ha formado de órden de V. A., calculo que ascenderán á ciento para el año que viene, y acaso escedan de esta suma; pues apenas entre á funcionar el Consejo de Hacienda, lucirán triple las rentas reales, que hasta hoy se han quedado pegadas entre las manos de los *recogedores* y *cobradores* judíos, aparte de lo mucho que dejaba de pagarse, por ódio á esos mismos funcionarios (*).

—¡Oh! ¡qué felicidad! exclamó la reina. ¡Y todo esto podrá hacerse sin gravámen de nuestros pueblos!

—Muy al contrario, con notable alivio de ellos, repuso el cardenal.

(*) La esperiencia vino muy pronto á justificar el acierto con que calculaba fray Hernando de Talavera, pues á los dos años de planteadas estas sábias reformas, á pesar de haberse suprimido algunas contribuciones y gabelas gravosas para el pueblo, las rentas reales pasaban de ciento cincuenta millones; seis veces mas de lo que producian al tiempo de ascender Isabel al trono.

— ¡Cuántas gracias debo á Dios por tamaño favor! continuó doña Isabel. Los príncipes, cuanto mas ricos son, mayores bienes pueden derramar sobre sus súbditos. Ved que fortuna, amigos míos: con cuatro mil marevedís me sobra dinero para mantener mi casa un año: todo lo demás puede emplearse en el pago de servicios y en vastas empresas de utilidad pública; y sin advertirlo, mis pueblos verán centuplicarse en poco tiempo, y en provecho suyo, y honra mia, los tributos que me dan. Haremos construir muchos caminos y puentes, muchos edificios magníficos para hacer justicia, muchos templos y hospitales, muchos puertos y buques para seguridad del comercio; crearemos establecimientos para socorrer en sus necesidades á los labradores pobres..... ¡Oh! ¡Bendita sea la mano de la Providencia!

Eran ya las doce de la noche: la reina despidió á sus leales consejeros, y habiendo quedado sola, se ocupó dos horas mas en estudiar su leccion de lengua latina, que no habia podido aprender cuando niña, rezó sus oraciones y se entregó al descanso. Pero ni aun el sueño dejaba completo reposo á la mas ilustre y laboriosa princesa de cuantas han nacido: soñando creyó ver que el cielo se rasgaba, y que un ángel, cabalgando en un caballo de fuego, la tomaba de la mano; y remontándola sobre las nubes, la hacía recorrer todos sus estados, y se los mostraba florecientes, y á sus vasallos felices, descansando de sus faenas, y entregados á ocupaciones devotas y placeres inocentes. Luego se sintió transportar á un pais montañoso, cruzado de amenísimos valles y guarnecido de innumerables fortalezas y poblaciones opulentas: delante de ella iba una cruz resplandiente, ante cuyo resplandor prodigioso caian las altas torres y huian despavoridos los habitantes de aquel ameno pais. Mas allá se estendia una tiniebla densa, de cuyo seno lóbrego brotaban rayos cárdenos, y salia ruido de maldiciones y lamentos. Otra cruz flotaba en el espacio; pero la rodeaban llamas caliginosas.

El ángel habia desaparecido. La reina despertó sobresaltada.

CAPÍTULO V.

El sueño de Torquemada.



El día siguiente consultó la reina con su confesor el sueño extraordinario que había tenido la noche precedente, no porque fuese supersticiosa, sino porque hallando en sus propios pensamientos la explicación de una gran parte de aquellas visiones fantásticas, su espíritu profundamente religioso se hallaba asaltado por esperanzas y temores de indefinible naturaleza.

—No me creo digna de recibir de Dios inspiraciones directas, dijo; ni doy á los sueños en general mas valor del que tienen esas aberraciones del entendimiento. Pero, padre mio, ¿no se ha dignado algunas veces su Divina Magestad comunicarse en sueños con los mortales, cuando estos regian los destinos de los pueblos? Aquel rey pagano de Egipto que admitió á su servicio al patriarca José, ¿no tuvo una revelación misteriosa? Lo que yo he soñado esta noche, sea don del cielo, sea fascinación del espíritu, tiene un fondo de verdad, y no merece despreciarse. Por una parte he presenciado el espectáculo de mis pueblos

prósperos y dichosos, que es uno de mis ardientes deseos; por otra he visto hundirse las torres mahometanas como si el fuego divino las derritiese, y campear triunfante sobre ellas el estandarte de la Cruz, que es tambien mi pensamiento mas querido. Todo esto me lo esplico perfectamente, y puede ser efecto natural: pero la tercera vision, que me aterra todavia, no sé lo que puede significar; porque no tengo idea ninguna semejante á ella. ¿Qué representa aquel caos espantoso, imágen del infierno, en cuanto salen de él lamentos y maldiciones; y como se vé allí la Cruz rodeada de horribles llamas?

— Ese sueño, contestó el sábio director espiritual, puede ser, con efecto, un aviso del cielo; y tiene una esplicacion natural: las tinieblas de la herejía rodean á la Santa Cruz y el fuego de la iniquidad la ataca sin llegar á consumirla. Es decir que á V. A. está reservado luchar contra enemigos poderosos de la religion, y que muchos caerán en el abismo maldiciendo; pero sin que os sea dado vencerlos enteramente y sacar triunfante el signo de nuestra redencion. Acaso signifique la guerra misma que los herejes preparan contra nuestra Santa Fé, y esto es solo un aviso para que os dispongais á combatirlos.

— ¿No puede tener este sueño alguna relacion con el Tribunal de la Fé? preguntó la reina.

— Asi parece, señora; pero en el sentido que os he explicado.

— Segun eso, ¿es la voluntad de Dios que la herejía se depure con el fuego? ¡Ah! No puedo conformarme con esa idea; ¡me parece horrible!

— No demos á un sueño mas importancia de la conveniente, señora, repuso el honrado fray Hernando. El Tribunal de la Inquisicion es de una necesidad reconocida por todos los sábios teólogos y políticos; pero cuidado no nos dejemos cegar por ilusiones fanáticas. Admitido está el castigo de los herejes por el fuego, y en esto no se hace innovacion ninguna. Sin embargo, es menester mucho tacto, mucha prudencia para no incurrir en estremos dañosos á la misma mitad de la Fé. Indudablemente debe ser grato á los ojos de Dios todo cuanto conduzca

á dar esplendor y firmeza á su Religion Santa, y esta obra magnífica parece reservada á V. A. Pero cuidado, repito, que, si en todo tribunal de justicia es necesaria la templanza, en ninguno debe brillar tanto esta virtud, como en un tribunal de Fé. Yo, por mi parte, os confieso mi insuficiencia para poder decidir, de pronto, y sin maduras reflexiones, lo que la Suprema sabiduría os ha querido revelar, si efectivamente es una revelación ese sueño; pero si se refiere al Santo Oficio, me inclino á creer que os anuncia un peligro. Con todo, el sueño puede no ser mas que una quimera.

Por estas palabras se conocerá que el virtuoso sacerdote fluctuaba entre la verdad y el error. En igual caso se hallaba la reina: educada de modo que no podia permitirse la menor libertad de pensar en materias religiosas, fuera de aquello que le dictasen sus directores espirituales; rodeada de hombres áusteros, que no todos tenian la mansedumbre del P. Talavera; concedora de los estragos que en los sentimientos cristianos y en las buenas costumbres de muchos españoles habia hecho el roce continuo y trato con judíos y moros, y persuadida interiormente de que era necesario adoptar una medida fuerte que consolidase las creencias, y cortase en su origen los errores heréticos importados de Alemania, su corazon se resistia, sin embargo, á consentir el establecimiento del Tribunal de la Fé; pero esta repugnancia nacía esclusivamente del sentimiento, el cual estaba en lucha desigual con su conciencia. Su razon no tomaba, no podia tomar parte alguna en este combate interior.

Y fuera de esto, si con entera independencia de espíritu nos trasladamos al siglo de Isabel, si examinamos con filosófica mirada el caos de aquella sociedad que salia de la edad media para entrar en una nueva era, ó robustecida por los principios, ó desquiciada por la anarquía; si consideramos por una parte las ideas dominantes de la época, y por otra, que para vigorizar aquella misma sociedad, era condicion indispensable depurarla de los elementos eterogéneos y estraños á su fé constitutiva, reconocemos que el pensamiento que presidió al establecimiento de la Inquisicion fué sábio y político en el fondo: no lo fué, sin em-

bargo, en la forma; es decir, en el medio que se adoptó para imponer la unidad de las creencias, y menos aun en los instrumentos de que se sirvió.

El tribunal de la Inquisicion está ya juzgado, condenado y muerto: ha sido la prueba mas terrible de santidad divina por que ha pasado la religion del Redentor del mundo; el ataque mas fuerte de que ha salido vencedora; pero es menester no perder de vista que, en nuestros dias, lo juzgamos por lo que llegó á ser, no por lo que debió haber sido, segun la mente de los mejores consejeros de la reina Isabel; como tambien que fué en gran parte provocado por el fanatismo indiscreto y cruel de la raza hebrea, que llegó á chocar con el no menos ardiente y sanguinario del pueblo dominante; y aconsejado por la necesidad de corregir los abusos de religion: así es que sus primeros golpes se dirigieron contra los conversos ó cristianos nuevos, que realmente abominaban la misma Fé que habian abrazado en apariencia, y que cubiertos con la égida del cristianismo, estaban en posicion de minar sus fundamentos en el ánimo de la sociedad española. Reconozcamos asimismo, que se vino á parar á este deplorable extremo por un encadenamiento de hechos fatales, nacidos del ódio innato y tradicional que existia entre las dos razas rivales, habitantes de un mismo suelo. Los judíos aspiraron siempre, y por todos los medios imaginables, á la posesion de los derechos sociales concedidos á los demás hombres, y al dominio, siquiera fuese indirecto, de un pais, del cual se creian los primitivos y legítimos señores: consideraban al pueblo cristiano como los israelitas de Moisés á sus opresores les egipcios, y los aborrecian, sin agradecer ni aun los beneficios que de sus dominadores recibieran. Éstos miraban con celos el lujo de aquel pueblo singular, y las riquezas que amontonaba por medios lícitos é ilícitos: los reyes de Castilla y de otros reinos de España, unas veces los protegieron, otras necesitaron dictar las leyes mas tiránicas, para reducirlos á estrechos límites y coartar á la vez su ambicion y los desmanes del populacho. Pero la perseverancia y la sagacidad de aquellos hombres burlaron siempre las leyes mas severas, que por otro lado resultaban contradicto-

rias. El fanatismo, santificando la codicia y la inhumanidad, ensangrentó muchas veces las calles de las aljamas ó juderías; y en particular á fines del siglo anterior y durante el que nos ocupa, el sentimiento público exacerbado, con razon ó sin ella, condujo á las turbas á la matanza y el saqueo. Esto era ciertamente mas insoportable que la Inquisicion misma. Infinidad de judíos se convirtieron; pocos por convencimiento, los mas de mala fé: la animosidad popular descargó entonces sobre estos últimos, respetando, sin embargo, á los buenos conversos. Pero llegaron las cosas á un estado en que no era posible distinguir á los fieles de los apóstatas, y en este caso el Tribunal de la Fé, hasta pudo ser, y fué con efecto, un dique contra las turbulencias religiosas, en que lo mismo podian pasar los inocentes que los culpados.

Nada justificará, sin embargo, el error de querer imponer la religion todo amor y mansedumbre á fuerza de sacrificios humanos, cosa incompatible con ella; ni los excesos y abusos á que dió lugar aquella institucion reprobada. Fué además altamente impolítico y de funestas consecuencias al revestir á una clase, la mas influyente del Estado, de un poder discrecional y superior á la autoridad soberana.

Despues de las leales, aunque indecisas esplicaciones del P. Talavera, la reina se quedó pensativa.

—Un peligro, dijo por último; sí, mi corazon me anuncia un peligro; pero ¿en qué consiste? ¿de qué lado puede venir? ¿Y quién soy yo, pobre mujer ignorante, para decidir con acierto lo que mas convenga en esas árduas cuestiones de Fé? Vos mismo vacilais, y sin embargo, me decís que es de absoluta y reconocida necesidad el establecimiento del Santo Oficio: lo mismo me dicen los mas sábios doctores, y hasta el Santo Padre. lo aprueba y me alienta, para que lleve á cabo esta empresa. ¿Cómo es que á pesar de todo vacilo? ¿Cómo es que me arredran esos castigos de fuego?

—Efectivamente son una cosa terrible, señora; pero el peligro no está en eso, sino en el abuso que haga de ello un celo extraviado. El temor que infunda esa pena formidable, y la se-

guridad de que existe siempre en vela un ojo investigador para descubrir la iniquidad, arrebatará indudablemente millares de almas al infierno; y ya veis que un mal grave viene á evitar otro infinitamente mayor. El escollo está en la eleccion de las personas que han de juzgar á los desgraciados apóstatas y herejes; si estas personas reunen á una virtud cristiana é incorruptible una sábia templanza para moderar sus fallos, cuidando de que sean ejemplares, podrán ser pocas las víctimas, y ópimos los frutos. En otro caso, ¿quién sabe? Solo Dios conoce lo porvenir.

En este momento se entreabrió la puerta de la cámara real, y un oficial anunció al padre Prior de Santa Cruz de Segovia; apareció en ella un fraile dominico, cuyo aspecto imponia un involuntario respeto mezclado de terror. Era un hombre de cuarenta y cinco años, alto, pálido, de mirada sombría y vaga, la mas rígida austeridad reflejaba en su semblante demacrado por la maceracion y el ayuno, resaltando por esta causa su nariz y barba prominentes y sus labios gruesos que llevaba habitualmente apretados.

—¡La paz sea en esta casa! dijo al aparecer en el umbral.

—Seais bien venido, P. Torquemada, contestó la reina.

Fray Tomás de Torquemada, prior del monasterio de Santa Cruz de Segovia, hombre de indisputable virtud monástica y de rígida conducta como religioso, habia sido confesor de doña Isabel.

—Nunca podiais llegar á mejor ocasion, le dijo el padre Talavera, vuestra sabiduría podrá venir en ayuda de mi insuficiencia, para descifrar un enigma, que trae inquieto el ánimo de S. A.

—Es verdad, añadió la reina: sentaos, que bien podeis hacerlo, habiendo sido mi juez espiritual, y hablaremos.

—Si os dignais decirme de lo que se trata, daré mi humilde parecer, repuso Torquemada.

La reina repitió la relacion de su simbólico sueño, sin ocultar los escrúpulos que la asaltaban: y luego que hubo concluido, dijo el sombrío dominico:

—Ese sueño es efectivamente una revelacion de Dios: yo he tenido esta noche otro sueño, que esplica el de V. A. La tierra era un campo cubierto de lozanas espigas, entre las cuales vagaba un gusano roedor, pintado de sucios colores; las espigas iban cayendo una á una tronchadas por el diente invisible del asqueroso insecto, y los granos del trigo tornábanse reptiles, cuyo aliento fétido empañaba la claridad del dia. Poco á poco fué creciendo el gusano, hasta tomar la forma de un dragon monstruoso, con escamas de oro, alas de azor y cola de raposa: de su boca fluia un veneno sutil, dulce como la miel, cuyas gotas congeladas parecian diamantes de inestimable precio: cayeron sobre un manto de púrpura y una corona real y los abrazaron. Entonces las tinieblas del Tártaro ciñeron la tierra, y ví en la oscuridad muchedumbre de pueblo, caballeros de insigne nobleza, sacerdotes y prelados, que corrian en tumultuoso desórden hácia el mónstruo, y lo adoraban, profiriendo en su honor horribles imprecaciones: y en medio de aquel lóbrego torbellino sonaban carcajadas infernales, ayes y lamentos; y oí una voz como de trueno que me decia: *¡Exurge et júdica!* ¡Levántate y juzga!—Y un ángel arrancó de sus bases mi convento, y transportado en él, como en una nave, me ví lanzado en medio del caos: en mi mano habia una cruz de fuego; y al verla, hondo bramido surgió de entre la frenética turba: pero muchos corrieron hácia la flotante nave, y se salvaron en ella. Esclarecióse la densa oscuridad; las espigas que habian quedado sanas levantaron sus gallardas cabezas, y sobre ella se estendió ileso el manto régio, y la corona subió del abismo, elevándose hasta la cúpula del cielo.

Tales eran las fantásticas visiones que habia representado á Torquemada su imaginacion exaltada por el ascetismo y el fervor religioso. Crefase este hombre llamado por Dios á ser el azote de la irreligion y la herejía: las fascinaciones de su espíritu ardiente parecianle avisos del cielo: dotado de un temple de alma duro, que le habia dado fuerza para ahogar en su corazon todas las pasiones mundanas, era intolerante con los demás hombres, y le faltaba la sabiduría necesaria para reconocer

que á cada cual nos dió la naturaleza un temperamento diferente. Y como no hay defectos mas incorregibles que aquellos que revestimos en nuestra conciencia con el manto de la virtud, este mismo hombre desconocia el inmenso orgullo que le dominaba, y del cual era consecuencia legítima su intolerancia. Las personas que le trataban mas de cerca tampoco podian juzgarle con la imparcialidad debida; pues admirando en él su rigorismo de principios, confirmado por el ejemplo, nada encontraban en su conducta que no mereciese respeto. Sin esto, y sin las ideas dominantes de aquella época, tal vez su parabólico sueño habria sido susceptible de una doble y contradictoria interpretacion.

—Con efecto, dijo la reina: existe una notable semejanza entre esa vision y la mia. Solo que la vuestra es mas clara y espresiva.

—Ved, sin embargo, repuso el prior de Santa Cruz, lo que liga y esclarece ambas revelaciones.

Y esto diciendo, sacó de entre los hábitos un legajo de papeles y lo mostró á la reina.

—Ved, aquí, continuó con acento inspirado, las llamas infernales, que atacan en vuestro sueño al Santo signo de la Cruz, y la lobreguez que lo rodea. ¡Tiemblan las carnes, erízase el cabello, al contemplar tanta degradacion, tan hondo estrago! Apenas hay una noble familia en Castilla, que no tenga en sus venas la mala sangre de Judá. Aquí, en estos documentos se demuestra, y se vé con horror, señora, que hasta vuestros mas leales servidores, los hombres de vuestra confianza, los parientes mas cercanos del rey, sugetos que de cristianos se precian, y que por la Fé de Jesucristo deben morir, viven mezclados con las hijas de los judíos y de los apóstatas judaizantes. Abí tenéis, repito, las tinieblas y el fuego voraz, en cuyo seno yace la Cruz abandonada, esas son las espigas que producen reptíles asquerosos; esa la baba emponzoñada, que con apariencia brillante, amenaza destruir vuestra realeza; y esos, en fin, los caballeros y prelados que adoran al mónstruo.—*¡Exurge, exurge!* os diré yo con el profeta. ¡Levantaos, señora, y juzgad la causa del Omnipotente! ¿Qué haceis, que no acudís pronto al remedio

de tantos males? ¿Aguardaréis que el cuerpo entero de la sociedad se corrompa y que sea imposible detener la gangrena?

Conociendo la sociedad de aquellos tiempos, era preciso convenir en que habia un fondo de verdad en las atrevidas metáforas del intolerante dominico. La reina, cuya natural bondad habia resistido hasta este momento las repetidas solicitudes de muchos hombres respetables y las de su propio marido, tembló al pensar que su obstinacion pudiera ser causa de que se extinguiese la Fé cristiana entre sus principales vasallos.

—Dadme esos documentos, dijo, sin embargo, con calma: necesito examinarlos.

La lectura de las genealogías y notas recogidas por el padre Ojeda, produjo en la reina el efecto que habia previsto Domingo Centurion. Á medida que avanzaba en su exámen, se fortalecia en su espíritu la idea de que era indispensable cortar de una vez para siempre toda relacion entre su pueblo y los de las otras religiones. Cuando acabó estaba plenamente convencida de que solo el rigor del castigo, y la nota de infamia podian retraer á la nobleza de unas alianzas que, si no daban el triunfo á las creencias hebreas y mahometanas, porque esto era imposible, producirian sin remedio, tarde ó temprano, el peor de los males para un pueblo, la incredulidad, el ateismo.

La razon habló en este caso con verdad á su claro entendimiento, pero no pudo conducirla mas allá del punto en que la detenia el valladar de su conciencia. Sin embargo, no olvidó enteramente los consejos de su confesor, ni las miras interesadas del rey.

Al dia siguiente convocó al cardenal y á los padres Talavera y Torquemada, y en presencia de D. Fernando espuso su convencimiento, y los escrúpulos con que todavía luchaba su razon.

—Veo que és necesario, dijo, establecer el Santo Tribunal de la Fé; pero es mas necesario todavia fijar en sus constituciones principios de humanidad y de justicia. Vos, señor cardenal, los dictaréis; y aunque reconozco mi insuficiencia para decidir en estas cuestiones, os indicaré algunos de mis pensamientos.

—Decid, señora, repuso el cardenal.

—Primeramente conviene que la moderacion y la caridad presidan á los fallos del Tribunal; que en sus juicios no domine, ni aun intervenga el rencor.

—Eso es natural que así sea, dijo Torquemada, toda vez que los jueces han de ser ministros del Altísimo.

—Como tales deseo que juzguen, prosiguió la reina: en segundo lugar, es menester que cuiden de reconciliar con nuestra Santa Madre la Iglesia el mayor número posible de culpables, de modo que sean muy raras las penas graves que se impongan.

—Eso dependerá de la pertinacia y criminalidad de los reos, contestó el rígido fraile.

—Convengo en ello, repuso la reina: no es mi ánimo que la clemencia degeneren en lenidad, pero sí que predomine.

Torquemada meneó la cabeza y apretó los labios, como diciendo:—Allá veremos.

—Además, continuó doña Isabel; como sería tal vez impío y ageno de la mansedumbre sacerdotal el que los padres inquisidores impusiesen las sentencias de muerte, conviene que los reos convictos é impenitentes pasen luego de juzgados al brazo de la justicia secular.

La enunciacion de esta idea, concebida con el fin benéfico de mitigar el rigor de las penas, que pudiera imponer el celo clerical estraviado, produjo tres pensamientos diferentes en las personas que escuchaban.

Fray Hernando de Talavera se sonrió con santo celo por el honor de su clase.

Torquemada apretó mas los labios y arrugó el entrecejo, porque vió que se coartaba la autoridad de los inquisidores.

El rey fijó en la reina su aguda mirada, y se apresuró á decir con extraordinaria viveza:

—Eso está admirablemente pensado.

—Y no puede ser de otra manera, añadió el cardenal, de acuerdo con la reina y Talavera.

Pero lo que pensaba el rey era que, interviniendo el brazo secular, no se podria fácilmente ocultar las confiscaciones que se hiciesen á los reos.

—Tambien convendrá, continuó doña Isabel, que se respete la fé sincera de los judíos, en tanto que éstos no conspiren contra la nuestra, sea procurando entibiar el fervor de los cristianos, sea buscándolos para atraerlos á su falsa creencia, ó de cualquier otro modo.

—No es factible lo que pretendéis, señora, dijo el rey: los judíos conspirarán siempre.

—Pues bien, que se les castigue, cuando realmente delincan: esto es justo. Pero no por ser judíos se les condene, mientras se limiten á creer en lo que creen, respetando esterioresmente la verdadera Fé.

—¡Ah! ¡Señora! exclamó Torquemada, no pudiendo contenerse: ¡Cómo os ciega el espíritu maligno! Acaso el judío negando á Jesucristo, el moro adorando á Mahoma, el hereje creyendo en sus errores, ¿no delinquen delante de Dios? ¿no insultan de hecho á nuestro Divino Salvador?

—No me opongo, pero entre ellos los hay de buen corazon: castigad á los malos y compadeceos de los buenos, y así podreis atraerlos al gremio de los fieles: las moscas se cogen con miel, mas no con hiel.

Torquemada no replicó, pero en su semblante se conocia que no estaba convencido.

—Por último, prosiguió la reina, no se confiscarán bienes ningunos, sino en el caso estremo de que el reo carezca de herederos legítimos, ó de que éstos sean condenados con él.

—Eso es inadmisibile, dijo el rey. Yo creo, por el contrario, que se deben confiscar los bienes de todo reo, aun cuando no se le condene á la última pena; aunque se le reconcilie.

—No alcanzo, señor, porque sea indispensable la confiscacion, repuso doña Isabel.

—Os lo diré: nosotros no podemos desconfiar de las personas á quienes nombremos inquisidores, porque las buscaremos que sean íntegras é incorruptibles; pero por lo mismo debemos evitarles la tentacion del soborno, que daría en tierra con la institucion. Además, despues de estos hombres vendrán otros que podrán no ser tan seguros. Pues bien: ¿cómo se logrará la

mas recta imparcialidad de los jueces? Sabiendo éstos que el delincuente apenas pisa el tribunal no tiene nada que ofrecer, ni mucho menos que dar, porque sus riquezas no le pertenecen.

—Os comprendo, señor: pero en ese caso tropezamos con otro escollo. Como quiera que el tribunal participaria de las confiscaciones, la codicia pudiera hacer, lo que no hiciese el soborno; aunque en sentido inverso.

—No os creia tan sutil, señora, repuso el rey algo picado: sin embargo, ese mal siempre sería menor que el de la posible venalidad de los jueces; la cual, en un tribunal de esta especie, haría mas daño á la Fé, que la misma herejía.

—Otro tanto opino de las confiscaciones, insistió la reina: primero, porque envuelven una idea de interés mundano y ruin; y segundo, porque si escitasen la codicia, darian lugar á la crueldad y al ciego encono.

—Esos argumentos carecen de base: nadie dirá que un interés ruin y mundano es el móvil de una decision tan justa, cuando se vea que una parte de esas riquezas se destina generosamente al esplendor de la Iglesia, y la otra para emprender obras piadosas, como la guerra santa. En cuanto á la crueldad, ¿quién dudará que todo rigor es poco, tratándose de infieles y herejes?

—Pensad como querais en este punto, concluyó doña Isabel. No creo que necesitemos esos tesoros para nada, cuando Dios derrama sus bienes á manos llenas sobre nosotros. Ya veis señor, que me ha bastado hacer un llamamiento á la lealtad de mis nobles castellanos, para que al punto entreguen de buen grado una parte de las rentas que poseian. Por mi parte rehusó el precio de la sangre, y no consiento esas confiscaciones en Castilla. Podreis hacer lo que os plazca en Aragon.

—Permitidme una observacion, señora, dijo el cardenal. En mi concepto las confiscaciones y demás penas pecuniarias son medidas de doble importancia política y religiosa: el oro es á la vez el instrumento corruptor de las conciencias, y el origen de las falsas conversiones. Por lo mismo conviene debilitar ese poder bastardo, que fascina y subyuga, enseñando á los hombres á despreciarlo ante los tesoros de la salvacion eterna, y los tem-

porales del honor. Esas riquezas en vuestras manos serán un elemento de prosperidad y gloria, en manos de los enemigos de la Fé son la palanca de nuestra ruina. Este es mi parecer; y en cuanto á la idea que acabais de emitir, opino que unos mismos principios deben regir en Castilla y Aragon: de lo contrario, no conseguiremos dar unidad á los estados diversos que ha puesto la Providencia bajo un solo cetro. No debemos olvidar que la mayor ventaja del Santo Oficio, tal como hemos pensado constituirlo, consiste bajo el punto de vista político, en la concentracion del fuero eclesiástico bajo la jurisdiccion real.

—Convengo en eso, repuso la reina. Sin embargo, no doy tanta importancia al oro, que no se le pueda vencer por medios mas elevados. Continuemos despertando de su pasagero letargo el honor y la Fé de nuestros nobles, al paso que arrojemos la infamia y el castigo sobre la opulencia descreida, y conseguiremos sin sombra de bajeza nuestros altos fines.

Así esta ilustre princesa, que habia sido vencida en una lucha de conciencia superior á su razon, defendia palmo á palmo el terreno de la templanza y la justicia. Doña Isabel pudo errar, ignorando la política subterránea y los planes, que se desarrollaban al nacer el pensamiento de la Inquisicion, y conociendo solo sus ventajas; pero ni aun en este caso se desmintió su magnánimo carácter; y si se rindió, fué cediendo á una necesidad fatal y reconocida de su tiempo.

El Tribunal de la Fé no quedó, sin embargo, definitivamente decretado. La reina, siempre temerosa del abuso, mandó nombrar jueces pesquisidores, para que funcionasen por via de ensayo; dando instrucciones al mismo tiempo al clero, á fin de que, por medio de la persuacion y con la mas asídua constancia, procurasen ir cautivando la voluntad de los apóstatas y falsos cristianos, y enseñándoles las verdades de la Fé católica.

Pero el primer paso estaba dado, y el sueño de Torquemada comenzaba á realizarse.

CAPITULO VI.

Refiérese lo que vió y oyó el judío Isahak, por lo cual se hizo mas devoto que antes.



OLVAMOS á Sevilla.

La hermandad de la Cruz Verde celebraba el triunfo de su instituto con solemnes procesiones y fiestas religiosas, declarando públicamente su profesion de Fé: las reuniones nocturnas en el convento de San Pablo eran mas frecuentes que antes; y los jueces pesquisidores, congregados diariamente bajo la presidencia del P. Ojeda, trabajaban sin levantar mano en la formacion de procesos para la estirpacion de la herejía. En los templos y en las plazas públicas veíanse á cada paso ardientes predicadores, rodeados de numerosa muchedumbre, los cuales exaltaban las pasiones de sus oyentes, ora con elogios inmoderados á la institucion del Santo Tribunal, ora con enérgicas imprecaciones contra los delitos de irreligion, aludiendo de un modo claro y comprensible á personas conocidas. Otros mas templados y menos impacientes enaltecian las escelencias del cristianismo, afeando la incredulidad y la apostasía, y al terminar sus sermones, invitaban á los fieles remisos y á los estraviados á reunirse bajo su

direccion para fortalecer su Fé, y les repartian ejemplares impresos de un *catecismo* de la doctrina cristiana, que acababa de componer el cardenal Mendoza de orden de la reina. Por desgracia estos últimos predicadores eran los menos estimados del pueblo.

Por otra parte los judíos, los conversos judaizantes y mudejares, viendo la tempestad que se formaba sobre sus cabezas, hacian esfuerzos inútiles para concertarse y acudir á la comun defensa: divididos entre sí por los mismos ódios de religion que los separaban del pueblo cristiano, se miraban mutuamente con prevencion y desconfianza, de modo que solo podian estrecharse con vínculos seguros aquellos que pertenecian á una misma comunión. Los judíos puros acusaban á los conversos de haber atraído con sus apostasías la cólera del cielo sobre su raza. Los apóstatas de judá y los de Mahoma dudaban unos de otros, como personas que no tenian seguridad en su propia fé. Pero todos estaban conformes en aborrecer tanto mas el nombre de Cristo, cuanto mas cercana veian la persecucion.

Los judíos renovaban sus juntas y conciliábulos y pronto se entendieron y concertaron: el Gaon ó jefe supremo de Castilla recorrió las principales juderías, dando á todas el plan de conducta que convenia observar, reducido á las siguientes bases: obediencia pasiva á las leyes del reino; tregua con los cristianos; desprendimiento de las riquezas en obsequio de éstos, ayudándoles generosamente en sus empresas; separacion completa de todo individuo en quien recayesen sospechas de apostasia. Este plan era el mas cuerdo que podia seguirse en aquellas circunstancias.

Durante algun tiempo, ningun acto público vino á confirmar los temores de los enemigos de la Fé cristiana: la calma renacia en sus espíritus y el desenfado en sus acciones. Habia, sin embargo, muchos que temblaban en secreto como si un presentimiento agobiase sus corazones, y entre estos se contaba nuestro conocido Pedro de Sotomayor. Su posicion escepcional le permitia traslucir los planes que se tramaban sin descanso en el convento de San Pablo, y conocer que la tormenta condensa-

da en silencio estallaria con estrépido de un momento á otro.

El viejo Isahak alimentaba, no obstante, una esperanza de salvacion, aunque muy vaga é incierta. El nombre del padre Ojeda, oscurecido hasta este tiempo entre los de otros mil frailes de diferentes órdenes, habia comenzado á propagarse y hacerse popular; y este nombre sonaba en los oidos del atribulado judaizante, como la campana de un lugar de refugio en caso estremo. Pero habia experimentado tantas decepciones, y tan grandes cambios en el corazon de los hombres, que aun suponiendo que el inquisidor de Sevilla fuese cierto amigo antiguo suyo, (de lo cual no estaba muy seguro), dudaba que esta circunstancia le salvase si por una fatalidad llegára á descubrirse el secreto de su vida. Veintidos años antes habia conocido y tratado con intimidad á un jóven que se llamaba, como el prior de San Pablo, Alfonso de Ojeda; pero aquel jóven era un estudiante enamorado, y al parecer nada inclinado á la vocacion monástica; lo cual desvirtuaba mucho la presuncion de que el escolar de antaño y el reverendo padre fuesen una misma persona.

Momentos habia en que, meditando el viejecillo sobre este particular, fluctuaba entre su débil esperanza y un nuevo y mas fundado temor.— «Si efectivamente, decia para sí, es ese fraile intolerante aquel Alonso que yo conocí, ¿quién me asegura que, reconociéndome, tendrá piedad de un pobre anciano, que tanto ha padecido por él? Porque al cabo, ese hombre debe de haber sufrido una gran transformacion en su espíritu, cuando ha llegado á ser el prior de su convento, y es el principal instigador de la persecucion de los judíos. Sin embargo, ¿sería posible que no tuviese un recuerdo afectuoso para el padre de su Raquel? Aunque hubiese perdido el corazon, ¿no cubriría con un manto de misericordia al abuelo de su hija? ¡Oh! ¿Quién fia en el afecto de los hombres?—Si yo me presentase á fray Alonso, quizá el tenor de verse envuelto en mi desgracia le inspiraria la idea de apresurar nuestra perdicion; y si no fuese el que yo pienso, sino otro de igual nombre, me delataria yo mismo. No, por ningun concepto debo acercarme á ese dominico fatal: debo, por el contrario, esquivar su presencia, ocultarme de él en las entrañas de la tierra.

De este modo cavilaba el anciano Isahak Sephardí, á solas en su gabinete de estudio, una tarde fria y nebulosa del mes de enero de 1481. Y como no somos inclinados á dar tormento á los lectores, poniendo á prueba su curiosidad con importunos misterios, nos hemos apresurado á comunicarles el anterior soliloquio, que acabamos de hallar en el consabido manuscrito. Por él habrán acabado de comprender lo que ya en otros capítulos sospecharian: que la hermosa Noemí era la hija de la judía, con quien el padre Ojeda tuvo trato en sus mocedades, segun la delacion de uno de los hermanos de la Cruz Verde.

La resolucion que acababa de tomar Isahak no podia ser mas acertada, pues ya sabemos la disposicion de ánimo del fanático religioso. En aquel momento se presentó el esclavo negro en la puerta del aposento, y como si respondiese al pensamiento de su amo, dijo con voz gutural:

—Señor, la muerte está en Sevilla. Nuestro fin es seguro, si no buscamos asilo en tierra estraña.

—¿Qué has sabido de nuevo, mi buen Aberroes? le preguntó el anciano, mirándole con ojos espantados.

—¡Ah! señor: ¿qué puedo yo saber, que vos no sepais? El leon ruge, y pronto estenderá la garra: pero vos no teneis ya confianza en vuestro fiel Osmin, y le llamis Aberroes.

—¿Qué significan esas quejas, Osmin? ¿Cuándo he desconfiado de tí, ni qué importa el nombre con que te llame? ¡Ah! ¿Sería posible que tú me abandonases?

—Osmin no abandona á su bienhechor Isahak: Osmin era un gran jefe en su tierra; los moros le sorprendieron y aprisionaron, y habria muerto en su cautiverio, cuando Isahak le compró y le trató como á un hombre: le vió enfermo, y le sanó, y le habria dado la libertad, si él quisiera aceptarla. Osmin sabe morir, hoy, mañana, no importa cuando: pero no sabe hablar, ni ser traidor. ¿Por qué os encuentro en todas horas pensativo y reservado?

—Te comprendo, pobre Osmin: estás quejoso porque no te consulto mis temores y penas. Es, amigo mio, que hace algun tiempo tengo miedo á mis propios pensamientos: es que tú no

puedes remediar ni detener los males que nos amenazan; porque la ira de *Barcelay* (1) ha desencadenado los rayos, y los arroja sobre la desolada Jerusalem.

—Lo sé; por eso acudís á la *Teflá* (2), para conjurar su malicia; pero es en vano. El mancebo de la herida gana el corazón de la hija del estudiante, y el estudiante es ahora gran *cohen* (3) de los cristianos.

—¿Estás cierto de lo que dices? ¿Noemí se aficiona al sobrino del asistente?

Osmin hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—¿Y sabes positivamente, prosiguió Isahak, que el prior de los dominicos es el mismo Alonso de Ojeda que sedujo á Raquel?

—Sí, es el mismo, y no debemos esperar á que nos reconozca; porque si él pudiese tener misericordia de vos, no la tendrían sus compañeros ni el asistente.

—Dices bien. Pero, ¿qué haremos?

—Huir de Sevilla. ¿No escucháis ese vago rumor que zumba en el aire?

—Con efecto: suenan trompetas y gritos de pueblo. ¿Qué puede ser eso?

—Es el rugido del tigre, que ronda la cabaña; el grito de *Barcelay*, que desplega sus falanges.

El rumor que acababa de indicar Osmin se iba acercando y haciendo mas perceptible por intervalos: oíase primeramente un lúgubre sonido de trompetas y chirimias; cesaba luego todo ruido tumultuoso, percibiéndose solo un murmullo leve, y despues de largo rato estallaba de pronto un fuerte clamoreo, que ora sonaba nutrido é imponente, ora vago y confuso, como las ondulaciones del trueno. Esta sensacion auditiva se repitió muchas veces, adquiriendo una intensidad gradual, hasta que por último se oyó el estruendo de la trompetería y del bullicio á muy corta distancia. Isahak se levantó, dirigiéndose hácia una

(1) El demonio.

(2) La oracion.

(3) Sacerdote.

ventana que daba á la calle, al mismo tiempo que Noemí, sorprendida tambien, acudia preguntándole:

—¿Qué ruido es ese, abuelito mio?

—¡Calla, calla! exclamó el miserable anciano. Veamos sin que nos vean: escuchemos sin que nos oigan.

Y entornando las ojas de la ventana, se puso á observar por un resquicio: Noemí se asomó por encima de su hombro, y el etíope se quedó detrás con los brazos cruzados. En esta forma, los dos primeros vieron ir llegando y detenerse á la puerta de su casa, primero seis hombres montados en caballos con gualdrapas listadas de blanco y negro, los cuales tocaban sendas trompetas y chirimias de sonido lúgubre, adornadas con pendoncillos verdes; en seguida otro ginete vestido con traje talar negro y sombrero de anchas alas, recogidas sobre la copa con un cordon, trayendo en la mano una banderola morada, cuya divisa era una cruz verde con rayos dorados, y debajo de ella una espada y una palma cruzadas: detrás fueron llegando, igualmente montados, un notario, tres frailes dominicos, el asistente de Sevilla y una numerosa escolta de hombres de armas, seguidos de una inmensa muchedumbre de pueblo.

La escolta formó círculo alrededor de los personajes principales de esta escena: callaron las trompetas, despues de tres toques enérgicos, dados para imponer silencio, y entonces el notario leyó con voz campanuda un edicto, que no trasladaremos aquí por su mucha estension. Declarábase en él que los reyes de Castilla, por decreto y de acuerdo con el Santo Padre, y en atencion á la pertinacia de los apóstatas y herejes, que persistian en sus errores á pesar del amoroso celo con que se les llamaba al seno de la verdadera Fé, habían dispuesto establecer en sus reinos el Tribunal de la Inquisicion, tal como existia en los Estados de Italia, Sicilia, Francia y otros: que al efecto quedaba constituido el Santo Oficio por las personas que habian nombrado sus Altezas; y que el Tribunal requería, mandándolo en caso necesario, so pena de incurrir en su desagrado, á toda clase de personas, para que le ayudasen á prender y acusar á cuantos supiesen ó sospechasen ser culpables de herejía. Garantizábase

el secreto á los acusadores, y para que ninguno tuviese por qué temer, se les autorizaba para presentar sus delaciones en cualquiera forma, de palabra ó por escrito, dando ú ocultando su nombre: se conminaba con las penas destinadas á los herejes, á quien conociendo delitos de esta especie, no los revelase al Tribunal, aunque el culpable fuese su mismo padre ó madre, su esposo ó su hermano. Y por último se ofrecía la absolucion á los que confesasen sus errores dentro del término de treinta dias.

Acabada la lectura del edicto, que Isahak oyó temblando y sin perder una sílaba, el porta-estandarte dió varios vivas á la Religión, á los reyes, al Santo Padre y á la estirpacion de la herejía, ondeando su banderola, y las turbas contestaron con frenéticos gritos. En seguida un soldado fijó el edicto en la pared de la casa de Isahak, y la comitiva siguió su marcha, entre el estridente sonido de los instrumentos y las vociferaciones de la multitud entusiasmada.

—¿Qué significa todo esto, señor? preguntó Noemí.

—Desdichada hija de Raquel, ¿no lo comprendes? repuso el anciano, atrayendo hácia sí á su nieta, y abrazándola, con las lágrimas en los ojos.—¡Oh! ¡Tú no comprendes el bramido de las fieras, ni los ayes del dolor! Eso significa que estamos condenados á padecer por nuestras culpas, y que el pueblo de Dios vá á ser borrado de la tierra.

—Pero, señor, dijo la jóven acariciando á su abuelo: ¿qué mal hacemos nosotros á los hombres? ¿Por qué habrán de perseguirnos, siendo buenos con ellos, y no pidiéndoles en cambio mas que la quietud de nuestra casa?

—¡De nuestra casa! exclamó Isahak con amargura. Nosotros no tenemos casa, hija mia, porque carecemos de patria: somos menos afortunados en esto que las golondrinas; pues ellas, vagando de uno en otro pais, hallan siquiera hospitalidad en el asilo que escogen; nosotros tenemos que purgar el pecado de tu madre.

—Dios nos salvará.

—Solo él puede hacerlo, hija mia. Porque, ¿quién está ya

seguro de morir en su lecho? ¿quién se verá libre de un delator fanático, ni de un enemigo encubierto?

—Nosotros no tenemos enemigos, señor, ni escandalizamos con nuestra conducta.

—¿Qué no tenemos enemigos! ¿Por qué han venido á publicar ese edicto á la puerta de nuestra casa? El asistente de Sevilla es nuestro enemigo, y tú la causa de su encono.

—Eso es imposible, contestó la jóven con alguna turbacion. El asistente no debe aborreceros, pues salvasteis la vida de su sobrino.

—Sí, es verdad, replicó el viejecillo, clavando en la jóven su penetrante mirada; pero tú te compadeciste de él, Noemí; permitiste que te viera, contraviniendo á mis instrucciones, y él no te ha olvidado: hé aquí un crimen, que no te perdonará Diego de Merlo. Todas las noches rondan espías nuestra casa; se nos vigila, se nos acecha, y Dios sabe lo que será de nosotros.

—Pues bien, señor; huyamos de Sevilla: el mundo es grande, vámonos á otro pais, replicó el esclavo.

Noemí bajó los ojos y ocultó las lágrimas.

—Sí, nos iremos, repuso el anciano vacilando: pero todavía no. Esperemos algun tiempo... aun nos dan treguas. Yo no viviré mucho: cuando muera, Osmin embalsamará mi cuerpo y lo ocultará, diciendo que he partido para un viaje, me llevará á reposar junto á las cenizas de mis padres, y despues marchareis todos al África, donde podreis vivir seguros.

El negro meneó la cabeza en señal de desaprobacion.

—¿Qué decís, Osmin? prosiguió Isahak ¿no apruebas mi pensamiento?

—Señor, contestó el esclavo: lo que Isahak dispone, está bien dispuesto; y Osmin no tiene mas que una vida, y una vez ha de morir: sea hoy, sea mañana; no importa cuando.

—¿Es decir, que no confias en lo porvenir?

—Como vos, señor: la voluntad de Isahak es la voluntad de Osmin.

—Pues bien: Dios escuchará las oraciones de su siervo. Re-

doblabamos nuestras precauciones, y que *Saday* (1) nos proteja.

Desde aquel día no hubo cristiano alguno que frecuentase la iglesia mas asiduamente que el judío Isahak: muy á menudo se le veia en el rincon de un confesionario cargado con un enorme rosario, haciendo como que rezaba; pero si por acaso pasaba cerca de él algun fraile dominico, escondia el rostro entre la espesura de su barba, inclinando el cuerpo y la cabeza en actitud devota.

(1) El Dios inmenso.



CAPITULO VII.

De como el hombre no siempre vé lo que vé, sino lo que piensa ver.



PASARON los dias tétricos del mes de enero, y vino su inmediato sucesor, que fué aquel año mas revuelto y veleidoso que sus semejantes. El cielo parecia estar tan descompuesto como los entendimientos humanos: pasaban las nubes rotas y fugitivas de uno á otro extremo del horizonte, derramando turbiones momentáneos y dejando á trechos aparecer el sol, que calentaba como en el mes de mayo; mientras de las montañas descendian ráfagas de viento helado, que traspasaban los huesos. Por las mañanas y tardes una niebla delgada y negra, semejante al humo de la paja, se estendia sobre Sevilla y su dilatada campiña.

Los hombres entendidos en la ciencia de los astros pronosticaban grandes calamidades; pero como estos hombres pertenecian, por lo comun, á la raza proscrita de Judá, se guardaban de hacer notorios sus augurios, por temor de incurrir en el desagrado de los cristianos. Sin embargo, corrian entre el pueblo voces alarmantes, aunque vagas, de futuros y desconocidos desastres. Aquella niebla sutil que cobijaba diariamente á la ciu-

dad, como un sudario de crespon, daba lugar á los mas sombríos comentarios: y hubo mas de cuatro individuos supersticiosos que, achacándola á los conjuros y maldiciones del pueblo judío, se acercaron al monasterio de San Pablo, pidiendo el pronto desagravio de la cólera divina.

Entre estos instigadores del celo inquisitorial habia un hermano de la Cruz Verde, hombre que tenia dadas las mayores pruebas de exaltacion religiosa; el mismo que llevó su severidad hasta el punto de acusar al P. Ojeda, y el que denunció la falta de humo, que se observaba ciertas noches en la chimenea de Pedro de Sotomayor.

Reunido con el prior y con Diego de Merlo se encontraba el osado hermano una tarde á la caida del sol, en la sala del Tribunal de la Fé, que acababa de instalarse en el convento de dominicos. Era un hombre de corta estatura, rubio azafranado, de mirada suspicaz é inquieta.

—No tengais la menor duda, reverendo padre, decía, que la niebla maldita sale todas las noches de la casa de Pedro de Sotomayor: ese hombre perverso tiene trato diario con los demonios; y la prueba es que vive tranquilo en un edificio habitado por duendes, segun es pública voz y fama. ¿Quién, sino un brujo condenado, pararia un momento en una guarida de diablos?

—Pero ¿qué hombre es ese, de quien estoy oyendo hablar hace un año, y sobre quien pesan las mas graves acusaciones? preguntó el prior.

—Tanto valdria preguntar por Lucifer, dijo el asistente. Nadie sabe quien es Pedro de Sotomayor, ni lo que hace, ni de donde ha venido. Yo que, por desgracia, he tenido ocasion de entrar en su casa, no sé de él mas, sino que profesa las ciencias ocultas, y que entre él y su sobrina Brianda han hechizado á mi pobre sobrino Adriano, que está desconocido.

—¿Creeis que esa gente se valga de hechizos y artes malignas para perder á los hombres?

—No es posible que sea otra cosa, reverendo padre repuso el rubio. ¿Cómo, sino, levantarían esa niebla, que, segun los inteligentes, anuncia mortandades? Además, lo que ha dicho el

señor asistente, me recuerda un rumor que corre entre el vulgo, y que sin duda tiene algun fundamento. Se asegura que doña Brianda, ó como se llame, es hija de la bruja de Cazalla: de modo que esta circunstancia explica perfectamente los lazos en que caen jóvenes de tanto mérito como el señor Adriano de Merlo.

El P. Ojeda se quedó profundamente pensativo: el nombre de Cazalla le recordaba su antiguo extravío. Despues de un corto intervalo de silencio, dijo:

—Sería menester adquirir la certidumbre de que la niebla negra sale de la casa de los duendes.

—Nada es mas fácil que eso, reverendo padre, contestó el hermano. La noche se acerca: subamos, si gustais, á la torre de la iglesia, y podreis verlo por vuestros ojos.

Una invitacion de esta especie, no podia ser desoida por dos personas tan infatuadas y supersticiosas como el prior de San Pablo y Diego de Merlo. Inmediatamente subieron al campanario, y se pusieron á observar el fenómeno anunciado.

El sol tocaba ya en el lindero del horizonte, y por una circunstancia casual, y efecto de los celajes vespertinos, el astro poderoso, medio oculto detrás de las lejanas montañas, aparecia desde el punto de observacion al otro lado de la casa sospechosa, y rodeado de una atmósfera roja, cual si estuviese sumergido en un mar de fuego. La casa parecia negra como un tizon, sobre aquel fondo refulgente; y los reflejos del rio, que á su espalda se deslizaba manso y tranquilo, completaban la fantasmagórica ilusion de un incendio sobrenatural, propio para dar pábulo á los antojos de imaginaciones visionarias.

La filosofía de los escépticos tenia indudablemente su fundamento en la esperiencia y el estudio de la naturaleza humana: el hombre no vé lo que vé, por mas paradójica que parezca, *á priori*, esta proposicion absoluta: los objetos sensibles, pasando por el órgano de los sentidos, no llegan al espíritu, las mas de las veces, sino despues de modificados por el prisma *proteico* de la imaginacion, donde toman la forma que quiere darles á su antojo esta facultad caprichosa, receptáculo de todas las preocupacio-

nes. Así se explica la infinidad de errores, que ha sancionado como verdades la ciencia humana, en el transcurso de los siglos; y así se comprende como hombres pensadores llegaron á dudar de la realidad de las cosas, y hasta de su propia existencia.

Predispuestos los ánimos del prior y el asistente contra Pedro de Sotomayor, el espectáculo grandioso de la naturaleza, rodeado de accidentes sencillos, que á la vista tenían, les pareció desde luego una imágen del infierno; y esta ilusoria idea se fortaleció y tomó cuerpo á medida que, lijos en ella sus ojos por algun tiempo, se les concentraba en el alma.

—¡Qué horrible aspecto tiene esa casa! exclamó el prior. Parece que arde entre las llamas del infierno.

El hermano rubio hizo un gesto, semejante á una sonrisa, y hubiérase dicho que gozaba en la credulidad del dominico.

—Ciertamente hace daño el mirarla, dijo el asistente. Pero no veo la niebla negra.

—Esperad, esperad que comience á anoecer, repuso el rubio. Mirad la casa fijamente, hasta que yo os avise, y vereis la niebla.

Si en aquel momento la preocupacion no hubiese tenido tan absortos al fraile y á su compañero, y hubieran reparado en el semblante del hermano, iluminado con vigorosos toques por los rojizos rayos del sol, habrían creído ver en él la imágen de Satanás. Había en aquel rostro una complacencia feroz, que lo revestia de cierta sublimidad horrible.

—Mirad, mirad, les decia señalando con el dedo: parece que los malos espíritus danzan alrededor de la casa. Eso espanta: muchas veces lo he contemplado y luego por la noche he tenido calentura. ¿No advertís que brotan chispas de los cimientos? ¡Jesús nos valga, y su madre Santa María!... Pronto aparecerá la niebla: no aparteis la vista un momento del edificio maldito.... ¡Vedla allí!

—¡Es cierto! ¡Es cierto! exclamaron á la vez los dos fanáticos.

La niebla se levantaba del Guadalquivir, que como ya hemos dicho, corría casi lamiendo las tapias del jardín de la casa del

judío Isabak. La ilusión óptica continuaba, mantenida con asiduo empeño por el hermano rubio, quien, haciendo que las miradas de sus dos ilusos compañeros permaneciesen fijas en aquel edificio, conseguía impedir que observasen el mismo fenómeno nebuloso formándose en toda la ondulante línea del río. Los ojos veían el sutil vapor elevarse sobre la casa, y la imaginación completaba el convencimiento de que realmente salía de ella.

—¡No quiero ver mas! exclamó el P. Ojeda. El demonio está metido en esa casa.

—¿No os lo decia? repuso el asistente.

—Ya lo veis, reverendo padre, añadió el hermano. En esa guarida del diablo se fragua la perdición de Sevilla.—Y continuó suspirando.—¡Ay! Yo conozco, por mis pecados, las artimañas de esos enemigos de Dios Nuestro Señor. Ahí se reunirán con el hechicero Sotomayor, los hijos de Lupian Sanchez y la bruja de Cazalla, aquella maldita que crucificó á su hijo en el sitio llamado la Cruz Sangrienta, y todos juntos evocarán al príncipe de las tinieblas. ¡Cuántas gracias debo dar á Dios por haber abierto mis ojos á la luz! Cuando sucedió el cruento sacrificio del cristianito Ignacio Alonso, ya habia yo abjurado mis errores. ¡Bendita sea la misericordia divina!

Hablando de este modo, bajaba de la torre el hermano rubio en pos del asistente y del prior, que le precedían cavilosos.

—Decidme, Simon de Utrera, preguntó fray Alonso, parándose en medio de la escalera: vos que habeis tenido la desgracia de tratar con esas gentes perversas, ¿no sabriais valeros de tretas, para sorprender al viejo hechicero y á los demás en el acto de sus abominaciones?

—Reverendo padre, contestó el maligno converso: los que de todo corazon nos arrancamos de los lazos del demonio, no tenemos ya poder para penetrar, sin ser sentidos, en el seno de esos conciliábulos. El espíritu maligno se ahuyenta y desaparece con todos los suyos, apenas le dá el olor del agua bendita. Lo que yo puedo hacer es introducirme con algunos fieles amigos en la casa endiablada, entrando por un subterráneo que existia en otro tiempo, y que es probable subsista, y puede ser que des-

cubramos algun indicio favorable á nuestros santos fines. Pero antes habeis de darme vuestra bendicion, y alguna reliquia que me proteja.

—Tendreis lo uno y lo otro.

—En ese caso, reverendo padre, no demoremos la santa empresa: hoy es sábado, y esta misma noche podemos dar el golpe atrevido.

Mientras esto pasaba en el convento de San Pablo, el espectáculo mismo del sol poniente producía otra sensacion muy diversa en el ánimo de una jóven, que lo observaba desde una de las ventanas que daban al jardin de la casa de Isahak. Noemí contemplaba los rojos matices del cielo con arrobamiento poético: su espíritu seguía con las alas de la imaginacion el curso del astro rey, que se le representaba como un globo de oro encendido, sumergiéndose en un piélago de fuego.

Un pensamiento triste vino á mezclarse con las ideas de la doncella, durante su contemplacion estática.

—Si ese magnífico lumínar se hundiese para no volver jamás, ¡qué horrible sería la vida!

El sol desapareció detrás del horizonte: Noemí continuó mirando con placer, no exento de alguna impaciencia, los bellos celajes, que de rojos se tornaron naranjados, luego dorados con ráfagas violáceas, y por último aparecieron lívidos y empañados por el sudario nebuloso que cobijó todo el cielo.

La jóven permaneció todavía en el balcon, á pesar de la oscuridad y el frio, como si aguardase alguna cosa. De pronto se estremeció, y apretó sobre su corazon un objeto, que habia tenido encerrado en la mano: acababa de sentir el ruido que hacía una persona rozando con su cuerpo las tapias del jardin.

Ligera y silenciosa, como un deseo casto de amor, se retiró la hermosa doncella de su puesto de observacion, cruzó su perfumado aposento, y bajó de puntillas una escalera, que terminaba en una estancia del piso inferior: allí abrió una ventana enrejada, y se asomó á ella. El leve ruido que hizo atrajo hácia aquel sitio el bulto de un embozado, que aguardaba no lejos de allí, arrimado á la pared.

—¡Brianda! se oyó esclamar tenuamente á una voz varonil.

—¡Adriano! ¿Sois vos? repuso la jóven.

—¡Yo soy, vida de mi vida! contestó el mancebo abalanzándose á la reja. Temia no veros, encanto mio; pues ignoraba si habriais recibido mi carta, y dudaba si os dignariais acceder á mis ruegos.

—Sí, Adriano, la he recibido: cayó á mis piés, cuando la tirasteis esta mañana por encima de aquel muro, metida en una sortija, y aquí la tengo; pero, si he bajado, es solo para deciros que nunca volvais á confiar de ese modo vuestro pensamiento á un papel, que no sabeis á qué manos puede llegar.

—¡Ah! no me riñais ahora, querida Brianda, cuando tiré mi carta, estaba seguro de que vos sola podiais recogerla, porque os habia visto en este jardin desde un alto, del otro lado del rio: además, poco me importaba que la encontrase cualquiera de vuestra familia, con tal que no fuese perdida para vos. Mi mayor interés era el de revelaros un terrible secreto.

—¿Un secreto?

—Sí, amada mia: un secreto, que he llegado á descubrir y que os importa mucho saber. Vuestra vida y la de vuestro tio están en inminente peligro. No sé de qué os acusan: se habla de crímenes imaginarios, de hechicerías que se os atribuyen, y estais á punto de caer en manos del tremendo Tribunal de la Fé.

—¡Qué me decís! exclamó la jóven desolada. ¡Oh! Mi abuelito lo temia.

—¿Vuestro abuelo? ¿Quién? ¿Don Pedro es vuestro abuelo?

—Sí, amigo mio. Pero, ¿qué importa eso?

—Con efecto, eso nada importa. Lo que ahora interesa es salvaros, y no se debe perder un momento. Los espías del Tribunal os acechan; yo los he visto rondar esta casa de noche: os siguen á donde quiera que vais, y es preciso burlar su vigilancia y escapar de sus garras.

—¡Dios mio! ¿y qué haremos?

—Escuchadme, Brianda mia. Es menester que esta misma noche os pongais en salvo: mañana quizá sería tarde. Yo tengo

ya fletadas dos barcas muy capaces para conduciros en pocas horas de aquí á San Lúcar: además nos acompañarán cuatro criados fieles. Vuestro equipaje puede pasar por las bardas del jardin para embarcarlo, y cuando todo esté dispuesto, vos y vuestra familia vendreis á reuniros conmigo por el mismo camino: al efecto traigo aquí una doble escala de cuerda, no conviene que salgais por la puerta, porque os pudieran sorprender. En llegando á la costa de España, fletaremos un barco, que nos lleve á Portugal, á Granada, al Africa, á las islas Fortunadas, á cualquiera parte del mundo, en donde podamos vivir tranquilos y ser felices.

—¡Ah! ¡Mi buen amigo! No en vano me decia mi corazon que erais digno de ser amado. Pero temo que mi abuelito no consienta en aceptar vuestro leal ofrecimiento.

Al hablar así, la jóven habia abandonado una mano con que tenia asido un hierro de la reja, y que Adriano estrechaba entre las suyas.

—¿Y por qué no habrá de acceder, ángel mio? preguntó el enamorado mozo. Rogádselo vos, y es imposible que resista á vuestras súplicas: decidle que vuestra vida está en peligro, y no titubeará un momento.

—No lo sé, Adriano: hay un misterio fatal en nuestra familia, el cual hace que mi abuelo desconfie de vos, como vos mismo desconfiariais de mí, ó me abandonariais, maldiciéndome, si supieseis quien soy.

Sonó en este momento detrás de Noemí una especie de gemido sordo y gutural. La doncella volvió sorprendida la cabeza, pero nada pudo ver en la oscuridad profunda de la estancia.

—¡Desconfiar yo de vos! ¡Maldeciros, alma de mi alma! exclamó el jóven, llevando á sus labios la mano que tenia asida. Si hay un misterio en vuestra familia, yo lo respetaré siempre. ¿Qué me importa saber quien sois? Con tal que pueda veros, beber la vida en el aliento que emana de vuestros labios, llamar mio vuestro corazon, ¿qué mas necesito? Yo os amo tal como os he conocido, y no dejaria de amaros, aunque fueseis mi mayor enemiga. Sé que sois un ángel en forma humana, y esto me basta:

por vos abandonaré gustoso mi patria, mi familia, mi porvenir; porque todo mi mundo, todas mis esperanzas se encierran en vos sola. Dicen que me habeis hechizado. Si es acaso verdad, solo deseo que el hechizo dure tanto como mi vida.

—¡Hechizos! ¿qué entiendo yo de hechizos? dijo Noemí con acento melancólico y dulce. Si hay hechizos en el mundo, ¿no podria yo acusaros tambien de habérmelos dado? Yo me burlaba del amor y de los hombres: solo uno habia llamado mi atencion, de un modo pasajero y superficial, acaso porque me fingia desden: pero D. Manuel Ponce os hirió por mi causa, y desde entonces le aborrezco. ¿Necesito deciros que mi corazon no es ya libre?

—¡Brianda! ¡Encanto mio! ¿Cómo podré pagar la felicidad que me dispensais en este momento?

Los dos amantes habian llegado, sin darse cuenta de ello, á esa cumbre resbaladiza del pais de las ilusiones, desde donde se descubre por un momento el paraíso con todas sus delicias, y donde las almas se atraen para fundirse en una. Insensibles á los objetos exteriores, y arrastrados hácia un centro comun, por la poderosa corriente de la felicidad, sus dos pechos se estrecharon á través de la reja, y los labios del jóven depusieron el gérmen de la vida en la mejilla de la doncella, que, privada de fuerzas, no se atrevió á resistirlo.

Otra vez se oyó aquel estraño gemido que poco antes habia sorprendido á Noemí: la cadena magnética del amor se rompió instantáneamente por la interposicion de un hálito ageno á su naturaleza, y los jóvenes, cayendo despeñados de la dicha al abismo de la realidad, se desprendieron el uno del otro.

—¿Habeis oido? preguntó Adriano.

La jóven miró á su alrededor y contestó:

—Habrá sido el viento.

—¡El viento, que se lleva nuestra felicidad! repuso el doncel con amargura.

Noemí suspiró.

—No debemos perder el tiempo, continuó Adriano: la noche avanza, y es menester aprovechar sus horas. ¡Adios, amada mia! Os aguardo al pié de las tapias.

—¡Adios, Adriano! Hasta luego.

Los dos amantes se apretaron mutuamente las manos y desaparecieron; él entre las sombras del jardín, ella en la lobre-guez de la estancia. Pero Noemí permaneció un corto rato ob-servando, hasta que oyó un golpe sordo, que le anunciaba el salto de su amado al otro lado de la tapia: entonces retrocedió, y lanzó un grito de sorpresa y terror.

—Nada temais, señora, dijo una voz gutural en la oscuri-dad. Soy yo: todo lo he oido.

—¡Ah! ¡Osmin! ¿Estabas aquí?

—Sí: Osmin vela siempre, y todo lo sabe.

—Mas vale así, amigo mio: vamos y me ayudarás á persua-dir á tu señor: es preciso que partamos esta misma noche.

—Vamos.

Isahak estaba ocupado en leer el *Talmud*. Al entrar en su aposento la jóven y el etíope, levantó la cabeza y los miró con ojos indignados.

—¿Qué me queréis? Les preguntó: ¿por qué me interrumpís? ¿Habeis olvidado que hoy es el santo dia del sábado?

—No lo hemos olvidado, señor, respondió Noemí: ya hemos hecho nuestra *teflá*.

—Eso no basta: es menester pasar todo el dia consagrado al Señor en el recogimiento y la contemplacion.

Noemí tembló al pensar que habia pasado una hora conver-sando con su amante. ¿Qué diria el rígido israelita cuando lo supiese? Sin embargo, era forzoso revelarle el terrible peligro que le amenazaba.

—Señor, dijo despues de algunos momentos de indecision: Dios, que no quiere nuestra ruina, ha permitido que yo infrinja su santa ley, para darnos á conocer un golpe que nos amaga, y ofrecernos los medios de salvacion.

—¿Estás delirando, hija mia? El infractor de la ley divina no merece nunca premio. Eso de que hablas te lo ha sugerido el demonio.

—¡Ah! No, señor. Escuchadme, y no me condeneis: estamos perdidos, y un alma generosa nos avisa y nos quiere salvar.

—¡Un alma generosa! ¿Dónde está ese? ¿Quién es?

—Adriano, aquel jóven á quien salvasteis la vida, reconocido á vuestro favor, ha venido á decirnos que la Inquisicion nos acecha: que tal vez nos prenderán esta noche; y os ofrece dos barcas para huir inmediatamente de Sevilla: todo está dispuesto, señor, y si nos damos prisa podemos llegar antes del día á las costas de España, y salvarnos en algun pais remoto.

—¡Adriano! prorumpió Isahak con voz sorda: ¡el sobrino del asistente, que será un fanático como su tío! ¿y le has recibido en mi casa, Noemí? ¿has hablado con él?

—Y en mi presencia, dijo el esclavo.

—¡No, no! exclamó el anciano uniendo á la palabra un ademán negativo con el dedo índice. Yo no aceptaré los servicios de ese hombre: ¡Dios me castigaria por esto solo! Vosotros profanais el dia santo, hablando con un egipcio maldito, y ¿no teméis que eso baste para atraernos la cólera del Señor?

—Abuelito mio, juzgais mal á Adriano: es un jóven bueno y leal, como aquel Colon que conocimos en Lisboa.

—No: como Colon no hay otro. Él amaba su ley, como yo la mia: yo quise convertirlo y él á mí; pero nunca nos aborrecimos. ¿Quién puede compararse con él? Ese Adriano quiere perdernos y nos tiende asechanzas.

—¡Oh! ¡No digais tal, señor! Vos no le conocéis.

—Mejor que tú, porque tú le amas.

—Y él á mí, bien lo sabeis. ¿Cómo querrá mi perdicion?

—Es verdad, murmuró el anciano.

—Señor, dijo el esclavo; yo he oido las palabras del jóven de la herida; su aviso es amistoso; su ofrecimiento es leal, su consejo bueno; y Osmin nunca se equivoca.

—Pues bien, repuso Isahak con indecision: si Dios lo quiere, partiremos; pero no esta noche.

—Si esta noche no, puede ser tarde mañana.

—Que lo sea, Osmin: si es la voluntad del Señor que muramos, moriremos; pero que sea obedeciendo nuestra ley. Hasta pasada la media noche no intenteis hacer nada contrario á los divinos preceptos.

—¿Y si nos falta el tiempo? dijo tímidamente Noemí. Hay que disponer el equipaje y trasladarle á bordo.

—¡Se hará mañana! exclamó el fanático Isahak con energía. No pretendas hacerme quebrantar el precepto del sábado.

La jóven y Osmin bajaron la cabeza, no hallando nada que contestar contra el mandamiento religioso.

—Vosotros lo habeis quebrantado ya, continuó el anciano. ¿Sabeis si lo que Dios nos prepara no es el castigo de esa culpa? En vez de ocuparos en la salvacion del cuerpo, preparaos á purificar el espíritu. Dedicuemos al Señor las últimas horas de este dia, y luego que se cumpla su voluntad. Tú, Osmin, lleva un cordero sin mancha al lugar del sacrificio; tú, Noemí, toma el harpa y baja conmigo á cantar las glorias de Israel: haz que te acompañen Sara y Jamelica, y descalzaos los piés antes de entrar en el sagrado recinto.

El esclavo y Noemí salieron cabizbajos del aposento. Isahak sacó del armario de cedro unos ornamentos sacerdotales, se revistió con ellos, y tomando una lámpara de mano, se dirigió al corredor contiguo, abrió allí una puerta secreta, y bajó una larga y tortuosa escalera, que terminaba en una soberbia bóveda subterránea, de aquellas que solo se han construido en la Edad Media, y que parecen obra de titanes.

En un rincon de la pieza cuadrangular, á donde primero llegó Isahak, se veian hacinados muchos instrumentos de hierro, enmohecidos, y que parecian los restos de una fábrica de fundicion: examinados de cerca se habria podido reconocer que habian servido para labrar moneda. El anciano *cohen* pasó de largo, sin reparar en aquellos objetos, que sin duda tenia olvidados, y que esplicaban la tradicion de los duendes, atribuida por el vulgo á la casa en que vivia: dirigióse á un testero de la estancia y abrió con llave otra puerta que tambien estaba cerrada, penetrando en un espacioso salon cuadrilongo, de cuya bóveda pendia una lámpara de plata encendida: en el fondo de esta pieza se habia levantado una estrada, formando sobre ella un segundo recinto, cubierto con tapices de brocado.

Isahak se postró al entrar, y besó la tierra: en seguida se

descalzó y marchó hácia la estrada, haciendo tres reverencias: subió á ella, separó los cortinajes, y volvió á postrarse humildemente. Allí estaba el santuario, ó lugar consagrado á Dios. Entró el sacerdote en él, y sin dejar la lámpara de la mano, encendió con ella los siete mecheros de un candelabro de otros tantos brazos, que habia sobre una mesa de maderas preciosas; preparó los vasos sagrados, y limpió el ara y el cuchillo de los sacrificios.

Entre tanto fueron llegando el esclavo con la víctima, Noemí con su harpa y las dos dueñas. Isahak encendió el fuego sagrado, quemó perfumes olorosos en un braserillo de oro, y tomó en una mano el cuchillo, y con la otra puso el cordero atado sobre el ara. La jóven preludió una armonía mística y entonó los cantares de Israel.



CAPITULO VIII.

Que Dios ayuda al que se ayuda, y al que no, le desnuda.



TENEbrosa era la noche: la niebla negra impedía ver los objetos á seis pasos de distancia.

Dos barcas amarradas á la orilla del Guadalquivir, flotaban en su corriente.

Adriano aguardaba impaciente al pié del muro del jardin de Isahak: habia pasado algunas horas en aquel sitio, y se abrigaba cuanto podia con su ferreruelo, para resistir al frio húmedo que le penetraba los huesos. De pronto percibió ruido de pasos: prestó atencion, requiriendo la espada, y oyó á dos hombres que hablaban con sigilo, y que llegaron á pararse á corta distancia de él. Su memoria le queria recordar el metal de la voz del uno, que decia:

—Pronto ha de quedar desalojado nuestro antiguo asilo: la casa de los duendes ha de ser para los duendes, no para ese maldito brujo, que nos ha echado de ella con sus conjuros.

Estremecióse Adriano al oír estas palabras: pues á pesar de su valor y buen juicio, pagaba tributo á las preocupaciones de su tiempo. Recordó que antes de Isahak habian habitado duen-

des aquella casa, y creyó tenerlos delante. La prevencion misma que tenia el vulgo contra el mísero anciano y su familia, llegó á penetrar por un momento en su espíritu; sin embargo, el sentimiento del honor caballeresco, propio de la época, le infundió nuevos bríos, y pensando en Brianda, se dispuso á luchar aunque fuese con vestiglos infernales. Se pegó á la pared, y continuó escuchando.

—¡Lástima de guarida! contestó el segundo interlocutor al primero: merece el perro hechicero que le tuesten vivo por lo que nos ha hecho perder.

—Ya se recobrará con creces, repuso el primero: lo único que se puede sentir son los cuños y troqueles y los demás instrumentos que se habrán estraviado, ó estarán ya comidos de orin. Pero yo procuraré sacar de la mina para adquirir otros.

—¡Silencio! exclamó el segundo. ¿No habeis oido algo, Simon?

—No es nada: parece ser alguna barca de pescador que anda en el rio. Sin embargo, seamos cautos: con la Santa Inquisicion, chiton. Ya no deben de tardar mucho los soldados de la Fé.

Los dos interlocutores invisibles se alejaron rio abajo, y Adriano se quedó sin poder comprender del todo lo que tramaban aquellos hombres, si bien se convenció de que no eran duendes, aunque aspiraban á poseer, en calidad de tales, la casa de Pedro Sotomayor.

—Esta gente, dijo para sí, han de ser monederos falsos, á lo que entiendo, y quieren recobrar su taller, que estaria sin duda en algun subterráneo de esta casa. Pues bien, se les vá á lograr su gusto; porque los inquilinos se marchan..... Pero, ¡Dios mio! ¿En qué consiste tanta tardanza?

Y comenzó á dar paseos á lo largo de la tapia, para desentumir sus miembros. Al cabo de un rato, perdida la paciencia, trepó á las bardas por la escala de cuerda que tenia echada y sujeta de un arbol, y observó con profundo terror que no se veia una luz, ni se percibia el menor ruido en toda la casa: únicamente parecióle oir una música deliciosa, pero muy lejana, y como si saliese de las entrañas de la tierra.

Entre tanto los dos desconocidos seguían su marcha silenciosa: no tardaron en reunírseles otros seis hombres armados con espadas y arcabuces ligeros, que salían de la ciudad, y que, guiados por los primeros, se encaminaron á un paraje de antemano reconocido, en la lengua misma del agua: los piés tocaron allí tierra blanda y removida, y uno de los que guiaban, dijo:

—Cuidado que no caiga alguno: aquí es. Seguidme todos.

Y comenzó á bajar, hasta que se sumergió en la tierra: detrás de él entró su compañero, hombre de talla gigantesca, y uno á uno todos los demás.

El que iba delante sacó eslabon y piedra, y encendió lumbre, y con ella y una torcida de azufre prendió fuego á una antorcha, y la dió á su segundo: éste y él iban vestidos de negro, con capas largas y máscaras: en la ropilla llevaban cosidos unos escudos, que tenían por armas una cruz, una espada y una palma. Los soldados iban descubiertos, y llevaban el mismo escudo al pecho.

El lugar donde se encontraban era una profunda y larga mina labrada toscamente de sillería, y tan baja, que casi se tocaba con la cabeza en el techo: el primer familiar no corría, sin embargo, este peligro, pues era de ruin estatura: no así el segundo, que necesitaba ir encorvado.

Largo rato caminaron los agentes del Santo Oficio por aquel lóbrego y tortuoso subterráneo, hasta desembocar en una especie de habitacion ovalada, en cuyo extremo habia una escalera de piedra. La forma de aquel recinto era la mas á propósito para condensar y reproducir los sonidos: los soldados de la Fé se sobrecogieron de pavor al oír el eco de sus mismos pasos, que resonaban como una vibracion metálica. Pero fué mayor su sorpresa cuando percibieron una dulce armonía, ora melancólica, ora enérgica y desgarradora, como el llanto de un guerrero cautivo, que parecia venir del techo. El primer familiar les hizo un ademán para que guardasen silencio, y todos pudieron oír distintamente el salmo setenta y nueve de David, cantado por diferentes voces. Pocos entendieron la letra, pues el hebreo en que estaba, solo era conocido de los dos enmascarados, y como la

generalidad de nuestros lectores no se hallarán en este caso, bueno será que les demos una traducción libre para su inteligencia.

Cantó primero una voz sola de tan dulce timbre y tan armoniosa, que habríasela creído salida de la boca de un ángel, y decía:

«Hasta cuándo, Señor, Dios poderoso,
Contra tus siervos estarás airado?
¿Por qué nos das tu pan dulce y sabroso
Con lágrimas acerbadas amasado?»

Y un coro de mugeres en que se mezclaba la áspera voz de un hombre, contestaba:

«Señor, Dios de las virtudes,
Vuelve á nosotros tu faz:
Para que salvos seamos
De triste cautividad.»

—
LA VOZ DE ÁNGEL. (*Con tristeza*).

«Pusístenos en pugna desastrosa
Con los que eran, ¡oh Dios! nuestros hermanos;
Y sufrimos la befa ignominiosa,
Y el odio de los pueblos comarcanos.»

EL CORO.

»Señor, Dios de los ejércitos,
Armaos de vuestro poder,
Y destrozad las cadenas
Que oprimen al pueblo fiel.»

LA VOZ DE ÁNGEL.

«Acuérdate, ¡oh Señor! que trasladaste
Tu viña que en Egipto padecía;
Y á través del desierto la llevaste,
Y tu presencia le sirvió de guía.»

EL CORO.

«Señor, que asientas tu trono
En alas de querubines;
Arma la potente diestra,
Para proteger tus vides.»

—
LA VOZ DE ÁNGEL. (*Con creciente brio*).

«Para darla el vigor que le faltaba,
En tierra fértil la plantó tu mano;
Y los mas altos montes cobijaba
Su grata sombra, su verdor lozano:
Por encima del cedro se elevaba
El tallo de tu vid pujante y sano;
Y del Éufrates á la mar bravía
Sus vástagos pomposos estendia.»

EL CORO.

«Mas arrogante que el cedro
Fué la viña de Sion:
Pero ha descargado en ella
La cólera del Señor.»

—
LA VOZ DE ÁNGEL. (*Con profunda melancolía*).

«¿Y ahora la dejas, Labrador divino,
Rota la cerca, los jugosos frutos
Pasto de cuantos van por el camino,
Cebo de fieras y de torpes brutos!
¡Ay...! Tú que ves su mísero destino,
¡Protégela, Señor! ¡No haya mas lutos!
¡Mira que el fuego á devorarla empieza,
Y nada quedará de su grandeza!»

EL CORO.

«¡Romped ya nuestras prisiones,
Omnipotente Jehová!
Y volved á vuestro pueblo
Su antigua felicidad.»

Durante este cántico los soldados de la Fé no se atrevían á respirar: el sabor religioso de aquellas armonías embargaba sus espíritus, por otra parte sometidos al poder mágico de una aprehension supersticiosa. El familiar permaneció arrimado á la escalera, y luego que cesó la música, dijo á sus auxiliares en voz baja:

—Seguidme sin meter ruido, y nada temais: la presa vá á ser magnífica, y no se nos puede escapar.

Y subió la escalera delante de todos. En lo alto de ella estaba cerrado el paso por una enorme losa cuadrada.

—Vengan dos aquí, para sostener este peso, continuó el primer familiar. Apoyad las palmas de las manos en la juntura de esta piedra, y recibidla cuando se desprenda, á fin de que no caiga de golpe: ella misma bajará como una trampa.

Dos soldados se apresuraron á ejecutar esta órden: el familiar comprimió un resorte, y la piedra sostenida por aquellos, bajó conforme habia dicho, dejando espedito un hueco suficiente para dar paso á una persona. Un triple grito de sorpresa y terror sonó sobre sus cabezas, repitiéndose mas enérgico, al aparecer sobre el pavimento la siniestra figura de los dos enmascarados, y detrás de ellos el reflejo de las armas.

—¡En nombre del Santo Tribunal de la Fé, daos á prision! dijo el primer familiar.

Encontrábase éste con sus satélites en el centro mismo del vasto subterráneo donde Isahak celebraba con su familia las ceremonias de su religion. Á un lado de aquella oculta sinagoga, estaban las tres mugeres arrodilladas y abrazadas unas á otras con los cuerpos retirados hácia atrás por un movimiento de pavor y repulsion: al pié de la estrada se veía el negro en pié,

pero encogido, con el pecho avanzado, las manos levantadas á la altura de él y los ojos chispeantes, en la actitud de un tigre que ansía devorar una presa; y por último, junto al ara, en la cual se quemaban los últimos restos de la víctima, estaba Isahak revestido de los ornamentos sacerdotales, silencioso y conternado, pero con ademan digno y tranquilo. Allí no habia del hombre débil y medroso nada mas que un recuerdo: el sacerdote de Israel, celoso del decoro de su ley, se sobreponia al simple mortal. Osmin le miraba y alternativamente á los intrusos, como si aguardase una señal para arrojarse sobre ellos y castigar su atrevimiento. Isahak le comprendió y dijo:

—Cálmate, Osmin: no profanes tú tambien el tabernáculo santo. Que la voluntad del Eterno sea cumplida.

Los soldados avanzaron á una seña del primer familiar, y entonces el *cohen* estendió su brazo derecho y exclamó con voz tonante:

—¡Atrás, sacrílegos! ¡No intentéis acercaros al Santuario de Dios! No temais que me escape. Yo no niego mi fé, ni me sustraigo á morir por ella. El Todopoderoso es quien me castiga, no vosotros, por haberla disfrazado.

Y hablando así, rasgó sus vestiduras, tomó un vaso de vino y con el apagó el fuego que ardía en el ara; bajó del santuario y se puso en manos de los soldados. En seguida miró á su alrededor y dijo:

—¡Noemí, sé digna hija de tus abuelos! Que no vean tus verdugos flaqueza ni temor en la raza de Sephardí.—Osmin, sé fiel á tu señor.—Jamelica, Sara, desdichadas, poned en Dios vuestros pensamientos: él os dará fortaleza. Hijos míos, es llegada la hora de prueba para el pueblo de Israel: seguidme á conquistar la palma del martirio.

—¡Silencio, blasfemo! dijo el segundo familiar. Tiempo tendrás de dar cuenta de tus abominaciones.

Isahak guardó silencio, pero miró al enmascarado con ojos de desprecio. Sin embargo, un momento despues se le saltaron las lágrimas, al ver á los soldados atar los brazos á la delicada Noemí.

Aprisionados todos, los sacaron del subterráneo, subiendo con ellos al piso principal de la casa, y los metieron en un cuarto con centinelas de vista, mientras los familiares inventariaban y sellaban todos los objetos, cerrando las puertas de las habitaciones y poniéndoles un sello de cera verde con las armas del Tribunal.

Hecho esto, pusieron á cada uno de los presos una mordaza en la boca, y los condujeron fuera del edificio por la puerta principal, que dejaron cerrada, y se llevaron las llaves.

Era casi amanecido, cuando el sobrino del asistente, perdida ya toda esperanza, y receloso de lo que habia pasado, abandonó la ribera del rio, volviéndose á la ciudad. Paróse un momento delante de la casa de Isahak, y contemplando aquella puerta cerrada, un frio glacial circuló por sus venas.

—¡Qué ha pasado aquí, Dios mio! exclamó: Brianda, si alguna fatal calamidad ha caido sobre tu cabeza, te juro por Dios vivo que adonde quiera que tu destino te lleve, allí te seguiré.

Dicho esto se acercó á la puerta, la besó, y se internó en las calles de la ciudad, que comenzaba á espesarse.

Las aves tempranas saludaban la venida de la nueva aurora, y la niebla negra, mas espesa que nunca, estendia sus alas de gasa sobre el apiñado caserío.



CAPITULO IX.

De como el P. Ojeda vió al demonio, y de sus resultas tiró el diablo de la manta.



cho dias empleó el Tribunal de la Fé en tomar declaraciones á mas de cuarenta testigos que se presentaron ó fueron llamados á deponer contra la familia de Pedro Sotomayor: durante este tiempo los reos permanecieron incomunicados en profundos calabozos, á donde no penetraba nunca la luz del dia, sin ser llamados á comparecer ante sus jueces.

Eran estos dos dominicos de Castilla espresamente nombrados y el P. Ojeda, que, como decano, hacía de presidente, y además un fiscal letrado y dos notarios clérigos, que juntos componian el Tribunal. En presencia de todos quedó plenamente probado que Pedro de Sotomayor, su sobrina y sus criados eran herejes juidazantes, lo cual estaba demostrado hasta la evidencia, con saber todo el mundo que frecuentaban la iglesia, y con haberles encontrado en el acto mismo de celebrar los ritos de la religion hebrea: los objetos destinados á este culto, las vestiduras sacerdotales de Isahak y hasta el arpa de Noemí se hallaban depositados en el Tribunal. Pero lo que es mas sorprendente, tambien se habia

probado por testimonio de personas fidedignas, que el viejo era hechicero y su sobrina bruja, que ambos tenian ó debian tener relaciones con la de Cazalla y pacto con el demonio: y por último, que con sus maleficios habian producido la niebla negra para infestar á Sevilla.

Solamente un testigo se atrevió á defender á los acusados, en cuanto se lo permitieron las preguntas vagas é indeterminadas que le fueron hechas: era un jóven de veintitres años, y habiéndole interrogado sobre la profesion de fé religiosa de los acusados, dijo que siempre los habia tenido y tenia por buenos cristianos; sobre las relaciones que á ellos le ligaban, manifestó que las de la gratitud y las de la mas merecida amistad. Preguntósele si habia tomado de ellos algun alimento sospechoso, ó dejándose hacer alguna operacion por ensalmo; á lo cual contestó que solo habia recibido medicinas y la salud de sus manos; pero no otra cosa, ni por medios supersticiosos. Últimamente, habiéndose querido saber qué clase de inclinacion sentia hácia la jóven Brianda, se evadió de dar respuesta. El Tribunal le tuvo compasion, y reputándolo hechizado, mandó encerrarle en una celda del convento para que hiciese penitencia, y que se le aplicasen exorcismos diariamente, para ahuyentar de su cuerpo los malos espíritus. El jóven se resignó sin hablar palabra.

Pudiéramos muy bien hacer un libro de medianas proporciones y no escaso de interés solo con seguir el curso de este proceso, y acaso no haríamos sino una cosa necesaria; pero además de faltarnos el espacio suficiente, nos ahoga el aire de las cárceles y habremos de pasar muy de ligero por este campo de espinas, limitándonos á tocar los puntos mas indispensables de nuestra dolorosa historia.

Llegó el dia señalado para el exámen de los acusados, y se comenzó por las dos dueñas Sara y Jamelica: las desdichadas no pudieron negar lo que habian visto los agentes del Tribunal; pero á las preguntas que se les hacian acerca de las demás acusaciones, solo contestaron bendiciendo la bondad natural de sus señores y derramando torrentes de lágrimas.

Despues de las dueñas se hizo comparecer al negro: la pri-

sion sufrida por el fiel esclavo no había hecho mas que exaltar su primitiva fiereza: sus ojos calenturientos despedían un fuego sombrío.

—¿Cómo te llamas? le preguntó el primer inquisidor.

—En mi tierra, Osmin: aquí Aberroes, contestó el negro.

—¿Qué ley sigues?

—Adoro á Dios, amo al que me hace bien, y aborrezco á quien me hace mal.

—Eso no es contestar á la pregunta del Tribunal; ¿eres judío?

El etíope se encogió de hombros con desden.

—Responde, insistió el juez.

—Osmin no habla: Osmin no es traidor.

—¿Qué hacía tu amo todas las tardes?

—Osmin no tiene amo: es un gran jefe.

—¿Conoces á la bruja de Cazalla?

El negro miró con desprecio á los jueces y soltó una carcajada sardónica.

Otras varias preguntas se le hicieron; pero el indómito esclavo guardó á todas un despreciativo silencio.

—Esa obstinacion te pierde, le dijo el P. Ojeda: solo una confesion franca y un arrepentimiento sincero pueden salvarte.

—Osmin ha de morir, contestó el negro: no importa cuando.

El inquisidor hizo una seña al alcaide del Tribunal, y éste con dos guardias se apoderó del negro y le condujo á la sala del tormento.

Á poco se presentó Noemí; su belleza centelleante y vivaz estaba amortiguada; pero no parecia menos hermosa bajo el sello del dolor. Al recibir la luz, aunque escasa, escesiva en comparacion de la oscuridad en que habia yacido, se cubrió los ojos con la mano: pero apenas pudo mirarla, volvió la cabeza hácia la ventana por donde aquella entraba, y su rostro se iluminó con una areola pasagera de felicidad. Los jueces no se atrevían á contemplarla fijamente.

—Decidnos vuestro verdadero nombre, preguntó el padre Ojeda.

—Noemí, contestó la doncella.

El prior de San Pablo se estremeció, y compuso alrededor de su rostro la capucha del hábito.

—¿Vuestro apellido? continuó con voz algo trémula.

—Lo ignoro.

—¿Vuestros padres?

—No los tengo.

—¿Qué parentesco os liga con el llamado Pedro de Sotomayor?

—Soy su nieta, hija de su hija.

—¿Sabeis cómo se llamaba vuestra madre?

—Raquel Sephardí.

El prior quiso hacer otra pregunta; pero le faltó la voz. Al cabo de un breve rato de silencio, se volvió hácia uno de los otros inquisidores, y le dijo:

—Interrogadla vos: me siento algo malo.

El segundo inquisidor continuó preguntando:

—¿Dónde está vuestra madre?

—Murió y nunca la he visto.

—¿No conocéis á la que llaman bruja de Cazalla?

—No sé quién es.

—Decid la verdad, porque de lo contrario, habreis de confesarlo por fuerza.

—Nunca he sabido mentir.

—¿Quién fué vuestro padre?

—Jamás me han revelado su nombre: solo sé que era cristiano.

El inquisidor meneó la cabeza, y miró á sus compañeros: el rostro del P. Ojeda estaba pálido y desencajado.

—Y vos, ¿sois cristiana? preguntó éste último.

—No: soy judía, y judía quiero morir.

—¡Insolente! exclamó el segundo inquisidor. ¡Modera tu lengua!

—Os he dicho la verdad, repuso Noemí con dignidad. ¿Por qué me insultais?

—No te toca hacer cargos, sino contestar humildemente á lo

que te preguntemos. Te se acusa de hechicerías: ¿es cierto que has hecho uso de ellas para someter á tu influjo á varios jóvenes nobles, entre ellos al sobrino del asistente?

—¿Lo ha dicho él? preguntó á su vez Noemí.

—Pecadora, no debes interrogar: contesta.

La jóven bajó la cabeza, y ocultó las lágrimas entre sus manos.

—¿Te arrepientes de tus gravísimas culpas?

—No hay nada en mi conciencia, de que deba arrepentirme delante de Dios, contestó la doncella con firmeza, pero sin arrogancia.

Los jueces se consultaron en secreto.

—Es rebelde por demás é incorregible, dijo el segundo inquisidor.

—Y está convicta, añadió el tercero. Hay que arrancarle á todo trance el secreto de sus maleficios.

—Creo efectivamente que nos oculta algunas circunstancias importantes, repuso el P. Ojeda. Sin embargo, no me parece del todo perdida, y acaso tratándola con dulzura y á solas, se conseguirá con ella mas que por la fuerza. Opino que conviene volverla á su calabozo, y esta noche procuraré yo sondearla, oyéndola en confesion.

—Guardaos de ella, réplicó el segundo. Yo creo que hay mucha malicia bajo esa apariencia de candor. Al presentarse aquí, os habeis puesto malo repentinamente, y ahora mismo tenéis el rostro cadavérico.

—Tranquilizaos, dijo el prior: esto no ha sido nada, y ya se me ha pasado. Si me sobreviniese una desgracia, la sufriré por Dios.

En seguida hizo seña para que llevasen á la jóven á su prision.

—Tambien soy de parecer, continuó fray Alonso, que suspendamos por hoy esta informacion, hasta que yo hable á solas con esa desdichada, y pueda obtener algunas noticias que nos faltan.

—Como gustéis.

Disuelto el Tribunal, el P. Ojeda mandó llamar á Simon de Utrera, con el objeto de interrogarle acerca de Noemí, y mientras aquel venia, se encerró en su celda.

La situacion en que el prior se encontraba era horriblemente trágica: véase constituido en juez de su propia hija, y asediado entre el bárbaro deber de su conciencia, y el compromiso no menos cruel que su calidad de inquisidor, y mas aun, de fundador del Tribunal, le creaba respecto á sus compañeros. Recordaba cuanto habia trabajado para establecer aquella institucion, y cómo habia venido á parar, por un camino desconocido, por una pendiente misteriosa y fatal, á ser el verdugo de su propia sangre. Sin comprender cómo esto sucedia, pasaban por su mente las fantásticas sombras de otros padres colocados por un decreto inexorable del destino en situacion semejante á la suya: Idomeneo, Jephthé, Virginio, Leovigildo, en diferentes épocas y situaciones, pero impulsados todos ellos, como algunos otros, por una fuerza superior á su voluntad, habian sacrificado tambien sus hijos, ya en las aras de la religion ó de la patria, ya ante el ídolo implacable del honor. Pero ninguno se habia encontrado tan fatalmente compelido como él: ninguno habia dispuesto con tanta perseverancia y empeño el instrumento de su accion; ninguno llegó á crearse obligaciones tan formales é indisolubles ante Dios y los hombres.

Habia otras circunstancias en el drama misterioso del inquisidor, que atormentaban como rabiosas furias, su corazon, y al mismo tiempo lo enlazaban como serpientes al potro de su martirio. Aquella hija que tan inopinadamente se le presentaba culpable de herejía, de judaismo y de hechicería, era el fruto de su pecado: nadie acaso, ni aun ella misma, sabia que él fuese su padre, y sin embargo, en la primera entrevista se lo habia dicho con la sencillez de la inocencia, con la espontaneidad ignota de la revelacion: sus afanes de mucho tiempo para castigar los delitos religiosos, parecian ordenados por una mano invisible, para caer de improviso y sin remedio sobre su cabeza. Para un hombre de sus ideas, ¿no tenia todo esto mucho de providencial? Así es que se paseaba por su celda furiosamente agitado, y murmurando si cesar:

—¡Expiacion! ¡Expiacion! ¡Castigo de Dios!

—De pronto se paró con el entrecejo fuertemente contraído, la mirada fija en el suelo y los puños apretados.

—¿Qué es esto? se preguntó á sí mismo. ¿No soy yo quien dijo, aquí, en este sitio, que si apareciese el fruto maldito de mi pecado, lo sacrificaría en holocausto de expiacion? Lo dije, cuando no podia esperar que sucediese: lo he repetido en mi corazón; y ahora que la mano de Dios me lo muestra, y lo somete á mi juicio, ¿por qué tiemblan mis carnes? No es la ira del Señor; es su misericordia la que me ofrece la ocasion de probar mis fuerzas y reparar mi culpa. ¡Sí, perezca la hija maldecida del crimen! Yo la engendré en pecado, y el fruto ha salido igual á la semilla. ¡Oh! ¡Cuánta abominacion, cuánta maldad en tan pocos años! ¡Hereje, judaizante, hechicera!... Pero, ¿esto es imposible!... No: aquella niña que yo tomaba en mis brazos con amor; que tenia en su rostro infantil toda la dulzura de un ángel, no puede ser nada de esto! Sin duda soy víctima de una horrible pesadilla... Necesito hablarla y convencerme de que no hay remision para ella... ¿Qué estoy diciendo?

Al pensar así en alta voz, el fraile se apretó rabiosamente con ambas manos, primero las sienes, luego el pecho, y mirando con la fijeza de un loco á la puerta de la celda, prorumpió, como si hablase con algun ser allí visible:

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Huye de mí, espíritu infernal! ¡Yo te conjuro!... ¡Retírate, maligno tentador! ¿Quieres mi alma? No la tendrás, no; porque Dios me dará fortaleza para triunfar de tí.... ¡Pretendes engañarme!.... ¡Jah! ¡jah!.... ¡Te aborrezco! ¡Aborrezco mi pecado y todo cuanto de él procede!.... ¡La hoguera!.... ¡La hoguera!.... ¡El fuego eterno!.... ¡Una hija mia! ¡Oh! ¡esto es horrible!.... ¡Apártate! ¡apártate, demonio tentador!...

El espíritu venció al hombre en esta terrible lucha de afectos encontrados. Entreabrióse la puerta, y apareció en ella Simon de Utrera. El prior cayó al suelo sin sentido, derribado por el huracan del fanatismo: habíasele representado el demonio en la figura de aquel hombre.

Simon se acercó á él pausadamente, le contempló con una sonrisa infernal, y murmuró:

—Tambien á tí te ha llegado la hora del sufrimiento... ¡Aun es poco!.... Tú has hacinado la leña para el sacrificio... yo te he traído la víctima... ¡y ahora te asusta la hoguera!... Falta todavía que tú la ocupes con tu amada Raquel.

Diciendo esto, se acercó á la mesa, tomó una campanilla que habia en ella, y saliendo al corredor, se puso á tocar y á pedir socorro.

En un momento acudieron multitud de frailes y otras personas, que por casualidad se hallaban en el convento: entre estas se presentó un cuadrillero de la Santa Hermandad, anciano de tantos años como su siglo, pero robusto y derecho como un cedro, al cual seguía un mozo imberbe y de mirada estúpida. Tambien acudió el jóven Adriano de Merlo, á quien acababa de dejar momentáneamente libre el religioso que le guardaba.

En aquellos primeros instantes todo fué confusion. El converso de Utrera corria de una parte á otra dando disposiciones para socorrer al prior: los frailes unos lo sostenian, otros le hacian aire con el escapulario; cual pedia agua y vinagre, cual tomaba agua bendita de una pila que habia en la celda y se la esparcía en el rostro. Entre tanto, Adriano reconcentraba su memoria para acordarse dónde habia oido pocos dias antes la voz del hermano rubio, á quien ya conocia. De pronto se dió un golpe en la frente, y palideció; pero guardó silencio.

—Reverendos padres, dijo á este tiempo el cuadrillero: lo que tiene su paternidad es un desmayo. Para eso no hay mejor remedio que un vaso de vino de Jerez. Yo tengo ochenta y un años: nunca he tomado otra medicina, y estoy robusto.

No fué menester, sin embargo, aplicar la panacea del cuadrillero, pues el prior comenzó á volver en sí al poco rato, y miró alrededor, como asombrado de ver tanta gente.

—Dadme agua, dijo.

El cuadrillero hizo un gesto de desagrado. Despues que el prior hubo bebido el agua, y sintió renacer sus entorpecidas ideas, dijo:

—Deseo estar solo. ¿No ha venido Simon de Utrera?

—Aquí estoy, reverendo padre, se apresuró á contestar el rubio.

El cuadrillero se santiguó, y mirando fijamente al converso, exclamó:

—¿Qué hace aquí ese hombre perverso entre tanto siervo de Dios?

—Eso mismo pregunto yo, dijo Adriano: ¿qué hace aquí un monedero falso?

Simon de Utrera quedó solo en medio del círculo que formaron los frailes y enfrente de sus acusadores.

—Sin duda os equivocais, señores míos, dijo; y me confundís con otra persona.

—¡Equivocarme yo! repuso el cuadrillero. Juan del Prado tiene buena memoria. Ese hombre es Simon de Utrera el mismo que en compañía de la bruja de Cazalla crucificó al cristianito Ignacio Alonso.

—Y el mismo que, hace ocho días, paseándose por la orilla del Guadalquivir, deseaba recobrar la casa de Pedro Sotomayor, donde habia tenido su fábrica de moneda, añadió Adriano.

—¿Qué contestais á esos cargos? preguntó el prior á Simon.

—Reverendo padre, digo que estas son alucinaciones del demonio. Esos hombres mienten.

—¡Qué es mentir! exclamó el cuadrillero con energía: pues qué, ¿no conozco yo al converso Simon de Utrera? Digo mal, añadió iluminándosele vigorosamente los ojos: este hombre se ha llamado David ben Abraham.

—¡David ben Abraham! prorumpió el prior poniéndose en pié de un salto. ¿Á ver? Prendedle.

—No se me escapará, repuso el cuadrillero.

Y echándose sobre el converso, le agarró los brazos á la espalda, sujetándose los con las manos. Reduan acudió á dar auxilio á su jefe, soltándose la correa del cinto para atar al preso.

Simon de Utrera fué aherrojado y metido en uno de los calabozos de la Inquisicion.

CAPITULO X.

Aclaraciones.



DAVID ben Abraham (*) se llamaba, segun podrá recordar el lector, aquel judío, hijo de un rabí de Sevilla, que solicitó de Isahak la mano de Raquel, y que, no habiéndola obtenido, reveló á la Perpétua Noche los amores sacrílegos de aquella mujer sin ventura con el estudiante Alonso de Ojeda, y acusó al *cohen* de Córdoba de conspirar contra el pueblo hebreo. Jamás habia conocido el padre de Noemí á su rencoroso rival: pero muchas veces le oyó nombrar en su juventud, y el nombre de David vivia en su memoria, indeleble como todo recuerdo de afliccion.

Cuando, á consecuencia del cruento sacrificio del niño Ignacio Alonso, se amotinó el pueblo de Sevilla contra los judíos, el rabí Abraham pereció con toda su familia, y nadie creia que David se hubiese salvado de la matanza; pues la saña popular habia caido sobre él principalmente, atribuyéndole la muerte de aquella criatura; pero fué así, que habiendo recibido muchas heridas mortales, no sucumbió á ellas, sin embar-

(*) David, hijo de Abraham.

go; y recobrando los alientos vitales durante la noche que siguió al día de la catástrofe, logró esconderse y sanar, fugándose luego al reino de Granada.

Los judíos encontraban mas proteccion y reposo entre los moros que entre los cristianos, pero no tanto lucro; pues el pueblo árabe era laborioso y rico, al revés del castellano guerrero y pródigo del tiempo: David echó menos en Granada las mil sacaliñas y estafas con que brindaba Sevilla á la gente ingeniosa y aplicada de su raza; y pasados algunos años de su destierro, determinó volver á su pais natal. Tenia la barba y el pelo negros; compuso una mistura con varios ácidos y tornóse rubio azafranado: mudó de nombre, se presentó muy contrito á un clérigo de Utrera, y tornóse cristiano, haciéndose llamar Simon. Con esto pudo vivir sosegado, y entregarse libremente á sus malas mañas, que en poco tiempo le enriquecieron.

Sin embargo, el pueblo, ya fuese por haber notado rasgos de semejanza entre el converso Simon de Utrera y David ben Abraham, ya por ese instinto inexplicable, que le revela muchas veces el crimen oculto, ya, en fin, porque la conducta de aquel hombre le inspirase un sentimiento repulsivo, dió en mirarle de reojo, y en propalar la voz de que habia tenido parte en la crucifixion del niño Ignacio. Él, por otro lado, hizo cundir entre el vulgo, el cuento que refirió Juan del Prado, atribuyendo toda la culpa á la bruja de Cazalla. Y como Juan del Prado era el repertorio ambulante de todas las tradiciones populares, juntó en su imaginacion á la bruja y al converso.

Al formular el cuadrillero su acusacion, quizá no estaba seguro de lo que afirmaba; pero como no habia sino contradecirle, para producir en su ánimo la conviccion de sus asertos, al verse descaradamente desmentido, sostuvo su palabra; y así, por un acaso, brotó la verdad de su espíritu comprimido. No hubiera quizás pronunciado el nombre de David, que tan mal efecto hizo al prior, si acosada su perspicaz inteligencia, no hubiese recibido en aquel momento el auxilio de la memoria para reconocer al antiguo judío á pesar de sus pelos rojos.

La revelacion de Adriano concurrió muy oportunamente á

fortalecer las persuasiones de culpabilidad contra el converso, pues desde luego aparecía, que había obrado movido por espíritu de venganza y por otras causas profanas en el asunto de Pedro de Sotomayor. Y con efecto, aquel malvado profesaba un ódio inestinguible al P. Ojeda, á Isahak, y á toda su familia: probablemente, despues del tiempo transcurrido, y á pesar de su carácter vengativo y sañudo, se habría retraído de cometer el vasto crimen que meditaba, siquiera fuese solo por miras de propia conservacion. Pero sobrevino un incidente que le irritó de nuevo, y otro que le facilitaba los medios de accion, dejándole en salvo de todo riesgo; y entonces fué cuando alimentó en el alma su plan de venganza.

El deseo de vivir aislado del mundo llevó á Isahak á establecerse en la casa de los duendes, y sin pensarlo, expulsó de ella á David, que ya sabemos en lo que la ocupaba. Él divulgó las mil voces que errebaron la tranquilidad al anciano *cohen*, y firme en su propósito de perderle, se introdujo en la Hermandad de la Cruz Verde, como hacen por lo comun los criminales astutos, que procuran vivir de acuerdo con los tribunales de justicia.

El descubrimiento repentino de tanta maldad encubierta suspendió por algunos dias el curso del proceso formado á Isahak, pues la prudencia aconsejaba que, antes de continuarlo, se depurase la verdad respecto al acusador. El P. Ojeda aprovechó este tiempo para hablar á solas con el anciano judío y su nieta; pero estas entrevistas no dieron ningun resultado favorable á los reos.

Fray Alonso tenia miedo de permanecer mucho rato al lado de Noemí: limitándose á exhortarla para que confesase sus culpas y abjurase el judaismo, sentíase á su pesar enternecido muchas veces, y huía de ella, para no dejarse vencer, como él pensaba, por las tentaciones del demonio. Á Isahak solamente le hizo dos visitas: en la primera llegó á dudar de la realidad, y sospechó que el viejo y su nieta, sabedores de su antigua historia, sea por relacion de alguien, sea por medio de averiguaciones cabalísticas, se habían propuesto esplotarla, para sus traerse al castigo.

Isahak habia envejecido diez años en los pocos dias de su prision, tanto que el inquisidor no le reconoció al verle, y le dirigió algunas preguntas indeterminadas, con el fin de arrancarle su secreto.

—Anciano, le dijo: tengo compasion á tus canas: un enemigo tuyo, que yace contigo en estas prisiones, y tus propios delitos te han traído á este deplorable estado. ¿Deseas tu salvacion?

—«Mi salvacion está en Dios, en quien confío», contestó el prisionero con las palabras del salmista.

—¿No tienes ninguna esperanza en los hombres?

—«Todo hombre es falaz.» repuso el hebreo con el texto de Salomon. No hay esperanza ni misericordia sino en Dios.

—Judío, repara que soy tu juez, y que puedo ser tu salvador.

—No me salvarás tú, si no está decretado de lo Alto; y si lo hicieres, no harias sino cumplir el precepto divino: haz bien por bien; no olvides el beneficio de tu hermano.

—Espécate claro, judío: ¿cuándo me has hecho bien?

—Corta es tu memoria, fray Alonso; pero la memoria de Dios es eterna. ¿No te acuerdas ya de Raquel?

Fray Alonso se estremeció de piés á cabeza. El juez se encontraba convertido en reo de ingratitud, y el interrogador en interrogado.

—Sí, contestó: me acuerdo bien que he cometido un horrible pecado, y que necesito expiarlo con una vida de remordimientos y penitencia. ¿Es ese el beneficio que he recibido de tí?

—Raquel dió su vida por conservar la tuya.

—Y aunque eso sea, ¿qué fruto pretendes sacar de las obras ajenas?

—Disimulas en vano, Alonso de Ojeda, repuso Isahak: Raquel te salvó y se perdió, por haber yo tenido misericordia de tí: mi ley, mis juramentos me imponian el deber de dar la muerte al burlador de mi hija: sin embargo, yo te cubrí con mi manto, y dí lugar á que te escapases de la saña de mi pueblo. No pretendo sacar ningun fruto de tí, pues no poseo la virtud ni la vara de Moisés: te recuerdo mis propias obras, no las ajenas, para que aprendas en ellas.

—Anciano, replicó fray Alonso con gravedad sombría: el estudiante libertino de Córdoba no es el prior de dominicos de San Pablo; el amante de la judía no es el juez inquisidor de Sevilla: enténdelo bien. Pero si te obstinas en evocar los recuerdos de lo pasado, no olvides que Isahak Sephardí sacrificó bárbaramente á su propia hija, y enseñó al joven inesperto á odiar con todo su corazón á la raza maldita de Judá.

Isahak lanzó un profundo suspiro y contestó:

—Es decir que algo has aprendido de mí: yo sacrificé á mi hija, ¡y tú, por odio á mi raza, sacrificarás la tuya!

—Te comprendo: quieres conmover mi corazón con sagaces argucias; pero te engañas. El ministro del verdadero Dios permanecerá inmóvil como la roca en medio de las tempestades. No hay comparacion posible entre nosotros dos. Yo, sacrificando á mi hija infiel y hechicera, seré el instrumento de la justicia divina: tú, sacrificando á la tuya, fuiste el verdugo servil de la iniquidad, y el dogal de la venganza humana.

—¡Oh! exclamó el mísero anciano sollozando. ¿Con qué no hay salvacion para Noemí? ¡Ah! ¡Desventurada hija de mi dolor! ¡Paraiso de mi vejez! ¿Qué mal has hecho á los hombres, para que así te maltraten? Señor Dios de las virtudes,—continuó el desdichado arrodillándose y juntando las manos:—vos que veis los corazones, haced que caiga sobre mi cabeza todo el peso de vuestra indignacion; pero no castigéis en ella los pecados de sus padres! ¡Piedad, Dios mio, piedad para ella!

—Isahak, dijo el prior, conmovido á su pesar: os he dicho que deseo vuestra salvacion.

—Si lo deseais, ¿para qué es decírmelo? Si quereis mi bien, ¿por qué me atormentais?

—Os lo digo, porque de vos depende vuestra vida; porque además de la vida pasajera de este mundo, hay la salvacion ó la condenacion eterna, que os doy á escoger. Si confesais vuestras culpas con un corazón contrito: si abjurais vuestros errores, en vez de la muerte, puedo hacer que se os imponga una penitencia.

El apego á la vida hizo pensar á Isahak en una abjuracion aparente.

—¿Y en qué consistirá esa penitencia? preguntó.

—Segun la gravedad de vuestras culpas se os conmutaria la hoguera por una prision perpétua.

—¡Déjame, mónstruo! exclamó el viejecillo con los ojos chispeantes de ira. ¡Una prision perpétua! Prefiero la muerte, y conservar pura la fé de mis mayores.

—En ese caso, replicó el prior indignado, perecerás, y tu nieta contigo.

—¡Bárbaro! ¿Y no tendrás compasion de tu hija?

—Yo no tengo ninguna hija: mis hijos son todos los fieles cristianos; los enemigos de Dios son mis enemigos.

—Pues bien, somos enemigos: tú nos acompañarás á la hoguera; porque revelaré tu pecado, y te condenarán tus hermanos.

—Mi pecado está ya absuelto por el Santo Padre: solo Dios tiene poder para castigarlo.

—¡Ah! ¡Cruel destino! exclamó el anciano mordiendo la cadena que le sujetaba las manos. ¡Perezca yo mil veces! ¿Qué me importa esta vida, que ya me abandona? ¡Pero ella, la infeliz!.... ¡Oh! ¡Ella puede morir, pero tú no te salvarás! ¡Te acusaré, y horrorizados los hombres de tu crimen, te condenarán por parricida!

—Isahak, no conoces mi situacion. Si llegas á proferir ante el Tribunal una sola palabra, que me acuse, me privas de los medios de salvarte y salvar á Noemí; porque al absolveros yo, pronunciaria mi sentencia de muerte. Vé, pues, lo que haces. No tienes mas recurso que el de abjurar tus errores.

—Triste recurso que nos brinda con un destino mil veces peor que la muerte! ¡La prision y el remordimiento! ¡Vete! Déjame con mis penas, y obra como te dicte tu conciencia. ¡Dios nos juzgará á los dos!

La segunda entrevista se redujo á una lucha estéril, en que el prior agotó su elocuencia, para conseguir la conversion del judío; pero sus esfuerzos fueron tan inútiles con él, como con Noemí. Ambos estaban resignados á morir.

Entre tanto el inquisidor sufría interiormente un combate horrible entre su corazon y su conciencia. Perdió el sueño, y cada

dia que pasaba era mayor el tormento de su alma. El destino inhumano que le sujetaba sobre el carro triunfal de la muerte, no habia querido permitir que, como otros padres, ejecutase él su sacrificio en un arrebató de celo ó de indignacion, ni tampoco á ciegas ó por ignorancia: queria, sí, que obrase subyugado por el fanatismo y la preocupacion, pero tambien con pleno discernimiento y á sangre fria. Por esto, á medida que el tiempo le daba lugar á la reflexion, crecia su ansiedad de padre, juntamente con sus escrúpulos é intolerancia. Temia que llegase la hora de juzgar á Noemí; temblaba al pensar que le sería imposible absolverla, y mas aun al presumir que le faltase valor para condenarla: este último pensamiento le cercaba de dobles terrores, unos espirituales y otros mundanos. La cólera de Dios y la severidad de los hombres, el fanatismo y el egoismo ponian á un tiempo la planta sobre su cuello, y lo aterraban.

Cuando se trató de interrogar á Simon de Utrera previendo que el converso procuraria comprometerle, dispuso que nadie presenciase su declaracion, mas que él y sus dos compañeros, haciendo uno de estos de secretario. Pero Simon lo negó todo: su primitivo nombre, los delitos que le imputaban y el conocimiento mismo de las personas á quienes habia acusado. Pretendia por este medio sustraerse al castigo; pero ignoraba que en su propio rostro iba apareciendo un testimonio irrecusable contra él: faltándole el específico de que hacía uso para teñirse de rubio la barba y el cabello, estos comenzaban á ser negros hácia la raiz. El prior lo notó, y mandó raparle toda la cabeza, sometándole luego á la cuestion de tormento.

David no pudo resistir seis vueltas de torniquete: poseido de rábía, confesó todos sus crímenes, pero sosteniendo á la vez que el arrepentimiento y el deseo de hacer méritos para con Dios eran los únicos móviles de sus acusaciones contra Isahak: en su desesperacion reveló tambien los amoríos del P. Ojeda, con ánimo de perderle. Habló de la bruja de Cazalla, como la principal culpable del sacrificio del niño Ignacio, y prometió prenderla, si le permitian salir en su busca. Tal vez se proponia seducir á los jueces, para tener una ocasion de fugarse, por lo cual no se le concedió lo que deseaba.

Vuelto el reo á su calabozo, el prior habló con los otros inquisidores y les dijo:

—Ya habreis conocido toda la perversidad de ese hombre: lo que ha dicho contra mí es cierto; pero hay mas: la hija de mi pecado está bajo mi justicia, por permission de Dios: en vano he trabajado para volverla al camino de la virtud. Ella y su abuelo Isahak permanecen irreconciliables é impenitentes: los entrego á vuestro rigor, y el dia del juicio votaré con vosotros. Obrad como ministros de Dios y jueces de la Fé.

Los inquisidores quedaron un momento consternados al oir esta revelacion; pero pasada su sorpresa, se dispusieron á obrar. Agotados los medios de persuasion, acudieron á la violencia contra los reos. Sara y Jamelica declararon en el tormento cuantos delitos imaginarios se atribuian á sus señores, Isahak y Noemí confesaron su fé judaica y su culpa de herejía, en el hecho de frecuentar la iglesia; pero á todo lo demás no hicieron sino implorar la misericordia de Dios.

El negro, no sabiendo que hacer para no comprometer á sus amos, se encerró en el mas obstinado silencio: cuatro veces fué puesto en el potro y otras tantas se le retiró moribundo, sin poder arrancarle una palabra: su terquedad irritó la cólera de los jueces, y el infeiz pereció en el tormento, víctima de su obcecada fidelidad.



CAPÍTULO XI.

Se demuestra, que la bruja de Cazalla era invisible, y se tragaba los hombres vivos.



UNA partida de veinte hombres á caballo, mitad soldados de la Fé, y otros tantos de la Hermandad, salia una mañana del Pedroso, lugar situado en la sierra de Cazalla, con direccion á una enriscada cumbre, que no léjos de allí se divisaba. Iban mandando la expedicion un oficial del Santo Oficio, Juan del Prado, y el gigantesco familiar que acompañó á Simon de Utrera, en el acto de prender á Isahak Sephardí.

Al emprender la caminata pidieron en el pueblo un guía, que les condujese á la torre del Espectro, pero no encontraban á nadie que se hallase dispuesto á subir hasta aquella fortaleza endiablada. Un anciano les dijo:

—Si vuesaercedes quieren creerme, desistan de su empresa temeraria, y no tienten al diablo. Desde hace quince años, que se nos vino á vivir en estas cercanías la bruja de Cazalla, continuó santiguándose, ninguno de cuantos han subido á la maldita torre, han vuelto para contar lo que allí les ha pasado.

—¿Creeis que la bruja se trague los hombres vivos? preguntó el familiar.

—Eso creo, repuso el anciano; y ojalá fuera mentira, que un nieto mio, enamorado de una hidetal de este pueblo, llamada la Jacinta, y cansado de sus desdenes, fuese desesperado á buscar á la bruja, para pedirle hechizos con que rendir el desamor de la taimada mozuela: treinta meses hará de esto por Pascua Florida, y todavia no ha vuelto el cuitado. Por cierto que era un mozo como unas platas, y que no valia la Jacinta para descalzarle.

—¡Bah! dijo Juan del Prado. Apostaria un jarro de Jerez á que ese muchacho se ha hecho soldado.

—Todo pedria ser, replicó el viejo lugareño. Pero, ¿qué me direis del cazador Iginio Pastraña, que, habiendo andado un dia entero por el monte, sin encontrar una pieza, cometió la temeridad de entrar en la torre, persiguiendo á un jabato, que se metió en ella á boca de noche? Tampoco no ha vuelto á salir; y un compañero suyo, que fué á buscarlo al dia siguiente, se quedó por allá.

El familiar se encogió de hombros; pero Juan del Prado y el oficial menearon las cabezas con aire preocupado.

—Si eso es verdad, dijo el familiar, por lo mismo debeis prestarnos auxilio para coger á la bruja; pues la santa Inquisición se ha propuesto libraros de ella.

—Gran servicio nos prestaria el Santo Tribunal, repuso el viejo, pues no tenemos hora de reposo: este invierno pasado hizo una noche de viento que levantaba las casas: todos los vecinos del pueblo oimos unos ahullidos infernales en las chimeneas, y en algunas se esparció la lumbre y la ceniza. Una jóven se atrevió á cerrar la ventana que el viento habia desencajado: en seguida le dió un dolor agudo en el pecho y murió á los tres dias: otras varias personas perecieron del mismo mal. Pero, amigos, no creo que nadie se atreva á daros el auxilio que necesitais, como no sea la bendita mujer Inés la Solitaria, que vive retirada en esas alturas, y que, por un favor de Dios, no recibe daño alguno de la maldita hechicera: muy al contrario, suele remediar los que hace á los demás.

—¿Y no habrá tampoco quien nos guie á la mansion de Ines la Solitaria? preguntó el cuadrillero.

—Eso sí: con mil amores. Y si no fuera por mis achaques, yo mismo iria con vuesarcedes, aunque solo fuese por ver á mi bienhechora; pues, gracias á ella, esta primavera no estoy postrado en la cama.

—Lo creo, y mucho mas que me dijerais, repuso Juan del Prado: como que es una santa; y en toda la comarca desde aquí hasta Sevilla, no habrá quien no la bendiga. Lo que no comprendo es, cómo vive en esas montañas sin temor á la endiablada bruja, que puede una noche llevársela por los aires y arrojarla en el mar.

—Inés la Solitaria no teme á nada de este mundo.

—Ya: pero la bruja no es de este mundo.

—Los diablos huyen de su presencia. Lo mismo entra ella en la torre del Espectro, que si fuera en la iglesia. Cuando amenazan tempestades, y vemos peligrar nuestras mieses ó nuestros ganados, vamos á suplicar á la Solitaria que ahuyente de estos contornos el espíritu malo, y ella lo hace, penetrando sin riesgo alguno en la torre maldita.

Parecerá inverosímil tanta credulidad; pero estamos en pleno siglo XIX, siglo de análisis y de positivismo, en que apenas se cree mas que en el poder del oro; y sin embargo, hemos conocido brujas y quien acudiese á consultar sus conjuros, y santas embaucadoras, y duendes, y personas ilustradas que buscaban tesoros ocultos con ayuda de una vela misteriosa, y grandes de España que han ido á perder el reposo de sus espíritus y tranquilidad de sus familias á casa de una charlatana, que les revelaba los destinos de su vida, escritos en una baraja. Todo esto y algo mas hemos visto á los treinta años de nuestra vida actual. ¿Qué mucho que hubiera gentes sencillas que creyesen otros prodigios mayores en el último siglo de la Edad Media?

Inés la Solitaria no era, sin embargo, una visionaria, ni una embustera. Transigia con las preocupaciones vulgares, porque de este modo consolaba muchas veces á los afligidos, y porque tratar de desengañarlos, habria sido, dado que lo consiguiese,

arrebatarles sus ilusiones y esperanzas. Vivía para hacer bien, y empleaba en esto indistintamente, todos los medios que le ofrecían la naturaleza y la sociedad. Era una mujer sábia y virtuosa, que sanaba las dolencias del cuerpo con yerbas y bálsamos salutíferos, y aliviaba los padecimientos del alma con oportunos consejos.

Apenas se trató de ir á ver á la benéfica solitaria, un mozo del lugar, que, entre otros, habia oído la conversacion, se prestó voluntariamente á servir de guia. La partida emprendió en el acto el camino de las montañas, siguiendo los pasos de aquel jóven, que, con su conocimiento del terreno y su charla interminable, fué de no poco provecho para salir con bien de la expedicion. A cada paso se encontraban obstáculos que parecían insuperables; bosques densos, barrancos y precipicios, tan peligrosos, por lo menos, como la bruja de Cazalla. De cuando en cuando se descubrian los agujereados murallones de la torre del Espectro, al parecer, suspendidos en el aire sobre las cabezas de los viandantes; luego se ocultaban por largo trecho, para mostrarse de nuevo á larga distancia, como si realmente hubiese allí algun poder oculto empleado en burlarse de los mortales.

—Ved allí, decia el guia, señalando á un profundo valle, que se descubrió á la traspuesta de una colina:—Ved allí el rio Viar, en donde la bruja lava los huesos de sus víctimas, y luego los pone á secar al sol.

—Pero eso no lo hará con sus amantes, observó Juan del Prado.

—Todo el que pisa el umbral de su vivienda sufre igual suerte, repuso el guia: es decir, que desaparece para siempre: si todos mueren, ó si algunos quedan vivos para servirla de distraccion, eso nadie lo sabe.

—Pero, ¿la habeis visto vos alguna vez? preguntó el oficial.

—¡Yo verla! ¡Libreme Dios! Si la hubiese yo visto, no estaria aquí para contarlo.

—¡Cosa mas estraña! dijo el familiar. Pues yo he de verle las barbas á esa dueña, hoy mismo si Dios me ayuda; ó he de poder poco.

—Nada es mas fácil, replicó el guia: la puerta de su casa está siempre abierta para todo el que llegue. Lo difícil es la salida.

—¡Bah! Sería la primera bruja que me hubiese metido miedo. Veremos si sabe volar cuando le chamusquen las alas en el arrabal de Triana.

Siguiendo de este modo la conversacion, evitando tropiezos y malos pasos y trepando breñas, llegaron, por fin, nuestros expedicionarios á dominar la parte occidental de aquellos montes ocultos y pocas veces hollados por la planta humana. El horizonte se desarrollaba inmenso, perdiéndose en lontananzas de lontananzas, y ya se divisaba la torre del Espectro asentada sobre un pelado tajo, en cuyas quiebras profundas anidaban los mochuelos y otras aves agoreras. Aquel ruinoso edificio parecia inaccesible, y en efecto lo era por el lado que la tropa lo contemplaba; pero, rodeando la roca, se llegaba, no sin grandes dificultades, primero á la mansion de Inés la Solitaria y despues á la cumbre del peñasco.

La tradicion daba una respetable antigüedad á la carcomida fortaleza: creíase que habia sido fundada por uno de los terribles gefes de aquella raza húngara, que á principios de la quinta centuria invadió la Bética, mudando su nombre en el de Vandalicia ó Vandalucia; y que poseida por los descendientes del fundador, linaje feroz y sanguinario hasta el siglo octavo, quedó en lo sucesivo patrimonio de duendes y malos espíritus, que cuidaban de su conservacion. Observándola estaban nuestros viajeros, cuando el familiar esclamó de repente:

—¿No deciais que la bruja era invisible? Pues vedla allí, en lo alto de aquel torreón.

Con efecto, acababa de aparecer una figura humana encima de la torre; pero en seguida desapareció.

—Esa no es la bruja, contestó el guia: es el espectro de la desgraciada Riquilde, hija del último señor de la fortaleza, que fué despeñada por su padre desde la cumbre de esa roca. Si fuese la bruja, ¡desdichados de nosotros!

Declinaba ya el sol hácia el Occidente, cuando la columna